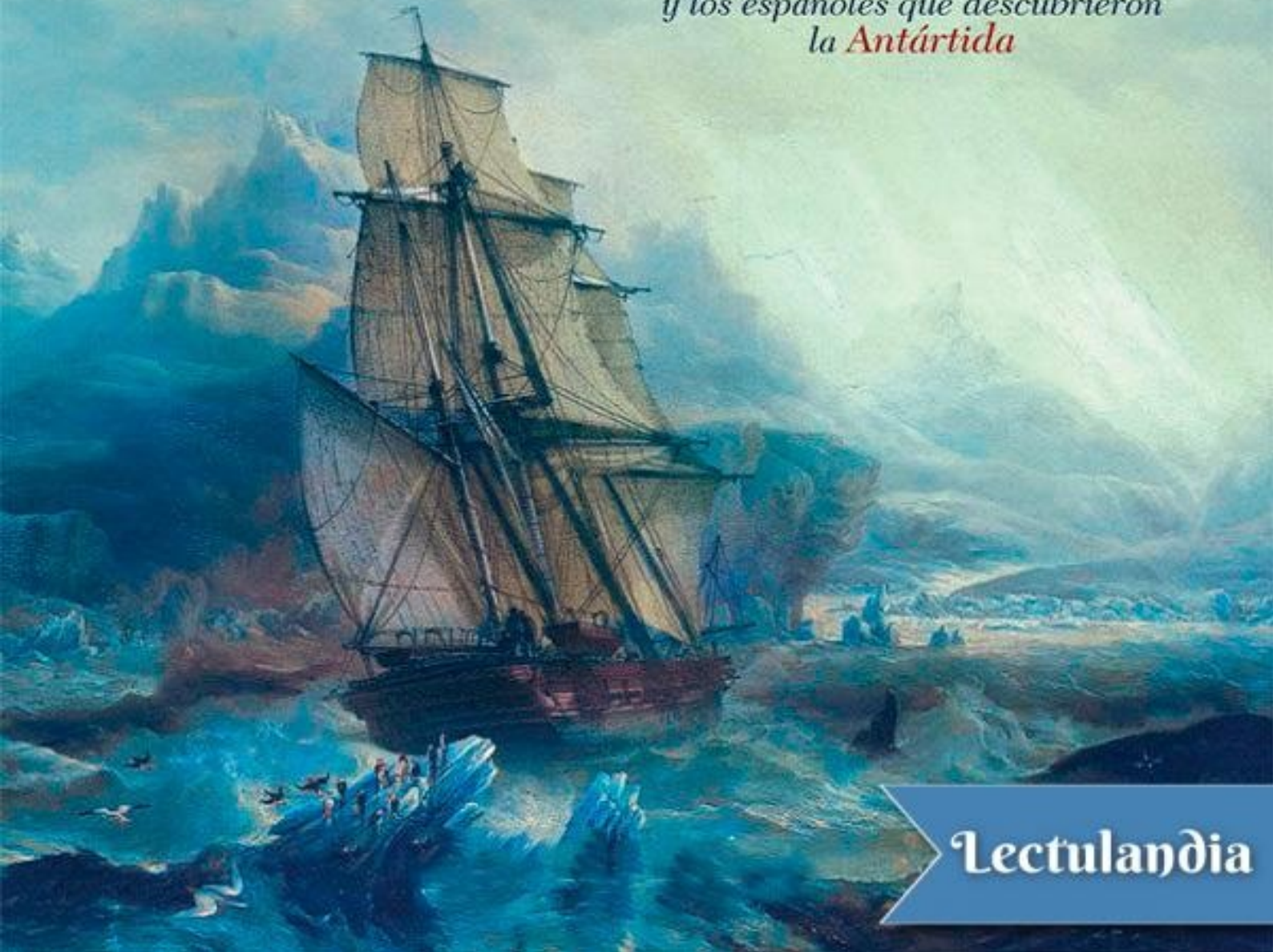
ÁLBER VAZQUEZ

MUERTE EN EL HIELO

La historia del San Telmo y los españoles que descubrieron la Antártida



Lectulandia

En septiembre de 1819, el *San Telmo,* un navío español con 644 hombres a bordo, encalló en una isla muy al sur del cabo de Hornos en un lugar que jamás nadie había pisado antes. Meses después, un barco inglés encontró el pecio y restos de un campamento sin hombres. Tras comunicarlo a las autoridades de su país, estas decidieron enterrar dicho hallazgo para así adjudicarse, inmerecidamente, el descubrimiento del continente helado.

Esta novela narra la posible epopeya de aquellos 644 españoles. Y reivindica un hecho: que España, antes que nadie, llegó a la Antártida.

Lectulandia

Alber Vázquez

Muerte en el hielo

ePub r1.0
Titivillus 12.06.2019

Título original: *Muerte en el hielo*
Alber Vázquez, 2018

Editor digital: Titivillus
Retoque de portada: preigad
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Muerte en el hielo

Dedicatoria

Palabras previas

Acerca de las temperaturas

Breve cronología

Mapa

Cita

LIBRO PRIMERO

1. 2 de septiembre de 1819. Sobre la cubierta de la Primorosa Mariana, muy al sur del cabo de Hornos
2. 2 de septiembre de 1819. Seiscientos cuarenta y cuatro hombres en el camarote del muerto
3. 3 de septiembre de 1819. Un monstruo del tamaño del mundo cierra sus fauces con vosotros dentro
4. 3 de septiembre de 1819. Yo soy el Nombre que recoge vuestro nombre
5. 3 de septiembre de 1819. Dos minutos para la medianoche
6. 4 de septiembre de 1819. A la luz de la luna contempló lo que ante él se extendía

LIBRO SEGUNDO

7. 4 de septiembre de 1819. Cómo todo acabó y volvió a empezar
8. 5 de septiembre de 1819. No supimos de Dios en toda aquella larga jornada
9. 6 de septiembre de 1819. Comieron del árbol del conocimiento del bien y el mal
10. 6 de septiembre de 1819. La batalla del túmulo que decide la intensidad del mundo
11. 6 de septiembre de 1819. Ninguna luz, sin señales, la rotunda soledad que nos engulle

12. 7 de septiembre de 1819. Señor, me temo que se está usted volviendo de color azul
13. 7 de septiembre de 1819. La ley de los círculos concéntricos
14. 7 de septiembre de 1819. El ataque de los hombres aturdidos
15. 7 de septiembre de 1819. Antes de que el más dulce de los sueños nos acoja, esto
16. 7 de septiembre de 1819. El sucumbimiento

LIBRO TERCERO

17. 8 de septiembre de 1819. Merecían algo distinto a yacer inertes sobre la nieve
18. 21 de diciembre de 1819. Tan pronto os poséis en el lecho marino
19. 16 de enero de 1820. Yo soy el Nombre que recoge vuestro nombre

Sobre el autor

Para Maialen,
jamás a la deriva

Palabras previas

La historia la escriben los que primero se ponen a ello. Este es el motivo de que, de forma comúnmente aceptada, el descubridor de la Antártida sea el capitán británico William Smith, quien desembarcó en las islas Shetland del Sur el 16 de octubre de 1819.

Tres meses después de poner pie en tierra y en una de las expediciones de exploración que emprendió, Smith, hombre de mar y de honor, descubrió rastros claros del reciente naufragio de un navío que él no tuvo dificultad en identificar como español. No solo contempló con sus propios ojos el pecio encallado, sino que advirtió numerosas muestras de que al menos parte de la tripulación había sobrevivido en tierra firme.

Cuando, de regreso a su base en Valparaíso, el capitán Smith quiso admitir que él no había sido el primero en pisar en aquella tierra, las autoridades británicas le ordenaron que guardara silencio, y, así, reclamaron aquel vasto territorio para su rey.

El barco varado era el *San Telmo*, un navío español de setenta y cuatro cañones y una tripulación de 644 hombres. Se había desviado de su ruta el 2 de septiembre de 1819 debido a una tormenta en el cabo de Hornos y, tras ser arrastrado por los vientos y las corrientes, había encallado en el cabo Shirreff, en la costa norte de la isla de Livingston. Tanto Smith como otros marinos que desembarcaron posteriormente en dicho lugar reconocieron la existencia de los restos del naufragio anterior a la presencia británica en la Antártida.

En la actualidad, y desde 1993, una placa conmemora, en el cabo Shirreff, la epopeya del *San Telmo*. En la placa se puede leer: «En memoria de los tripulantes del navío español *San Telmo* que naufragaron en septiembre de 1819. Los primeros en llegar a estas costas».

La historia que a continuación sigue es la historia de aquellos hombres. O una de entre todas las posibles.

Acerca de las temperaturas

Durante toda su estancia en la isla de Livingston, los hombres del *San Telmo* estuvieron sometidos a temperaturas bajo cero. El lugar más cercano al punto del naufragio donde se realizan mediciones sistemáticas de la temperatura es la base antártica chilena Capitán Arturo Prat, situada en la vecina isla de Greenwich, unos cincuenta kilómetros al este de Livingston y prácticamente en la misma latitud.

La temperatura media en septiembre en la base Capitán Arturo Prat es de -3,75 ºC y la velocidad media del viento de 35,03 km/h. Eso significa que, durante la noche, la temperatura cae por debajo de los -10 ºC y, debido al fuerte viento, la sensación térmica es aún menor.

Por establecer comparaciones, la temperatura media en septiembre en Madrid es de 19,29 ºC y la velocidad media del viento de 12,82 km/h. En Sevilla, la temperatura media es de 23,41 ºC y la velocidad media del viento de 13,86 km/h.

Sin lugar a dudas, el mayor problema al que se enfrentaron los hombres del *San Telmo* fue la hipotermia. Carecían de ropas adecuadas para enfrentarse al clima antártico y es seguro que, a las pocas horas de desembarcar en la isla de Livingston, aparecieron los primeros síntomas que acompañan al descenso de la temperatura corporal: entorpecimiento del habla, amodorramiento, falta de coordinación muscular, confusión mental y, en los casos más graves, alucinaciones, comportamientos incoherentes y estupor. Y, por supuesto, el síntoma más llamativo de todos: la piel se les volvió azul.

Breve cronología

11 de mayo de 1819. Parte de Cádiz, con órdenes de llegar al Perú, la División del Mar del Sur. La componen cuatro barcos: el navío *San Telmo*, como nave capitana, el navío *Alejandro*, la fragata de guerra *Prueba* y la fragata mercante *Primorosa Mariana*. Como comandante de la flota y a bordo del *San Telmo*, se encuentra el brigadier Rosendo Porlier y Asteguieta, experimentado marino y militar español que había luchado en, entre otras, la batalla de Trafalgar. Días más tarde, el *Alejandro* se ve obligado a regresar a Cádiz debido a su mal estado general.

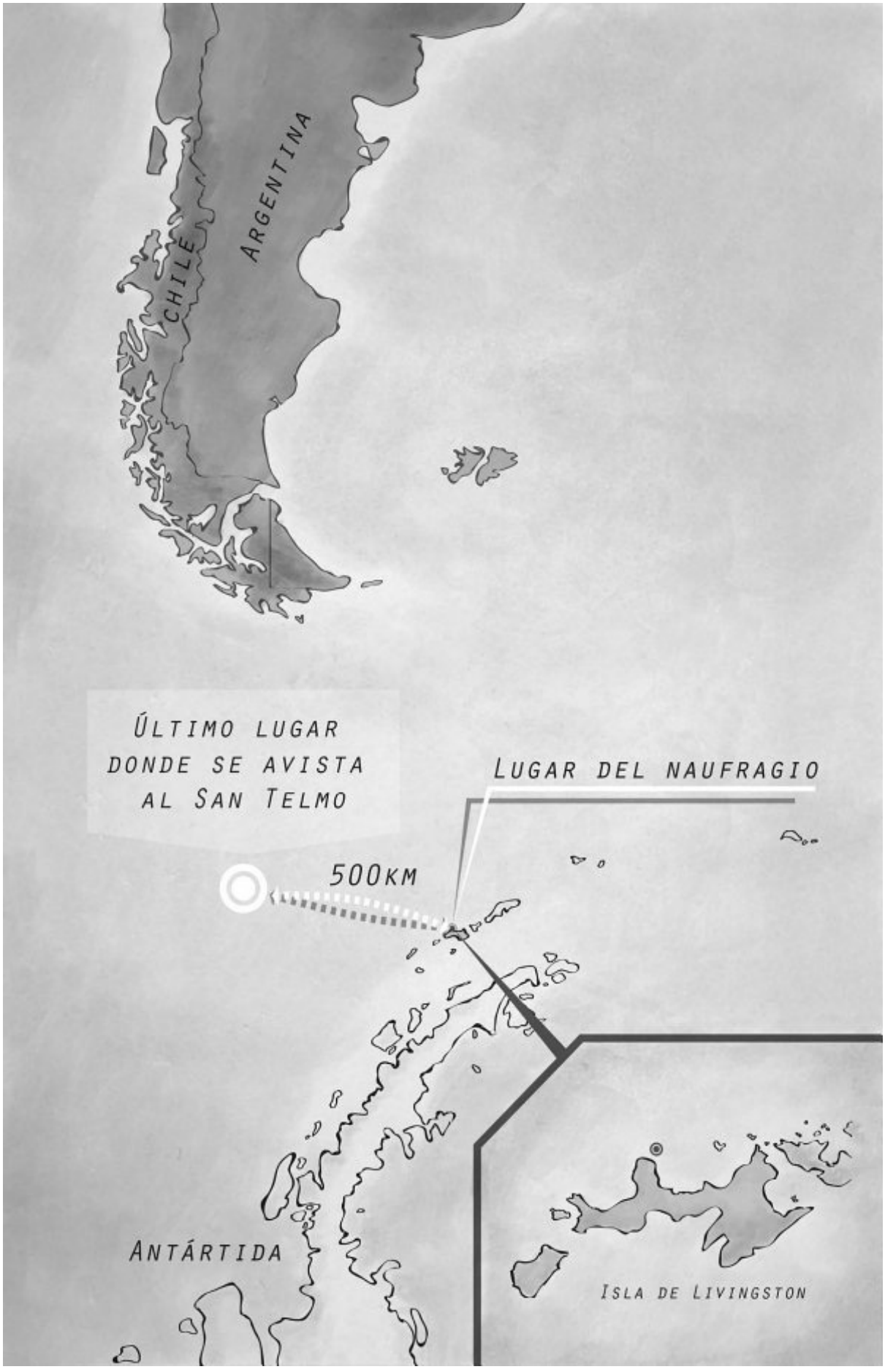
2 de septiembre de 1819. Tras tratar infructuosamente de doblar el cabo de Hornos, las fuertes tormentas separan a los barcos y los empujan hacia el sur. En esta fecha, es visto por última vez el *San Telmo* desde la cubierta de la *Primorosa Mariana*. Hay, a bordo, 644 hombres. A pesar de las dificultades extremas, la *Prueba* y la *Primorosa Mariana* consiguen, finalmente, doblar el cabo de Hornos y poner rumbo norte en el océano Pacífico.

15 de octubre de 1819. El capitán británico William Smith, a bordo del bergantín *Williams*, llega a la costa norte de la isla de Livingston y se sitúa a pocas millas del lugar donde naufragó el *San Telmo*. Sin embargo, debido a la distancia y a lo escarpado del litoral, no observa nada que llame su atención.

16 de octubre de 1819. William Smith desembarca en la isla Rey Jorge, perteneciente al archipiélago que se denomina islas Shetland del Sur, y toma posesión del mismo en nombre del Reino Unido.

16 de enero de 1820. Smith, en su cuarto viaje de exploración, desembarca en la costa norte de la isla de Livingston y descubre rastros del naufragio de un navío español y abundantes muestras de actividad reciente en un campamento improvisado. Afirma no haber hallado cuerpos ni a nadie con vida. De regreso a su base en Valparaíso, decide admitir que no ha sido el primero en pisar aquellas tierras, pero las autoridades británicas le conminan a

callar. Hoy en día, se considera a William Smith el descubridor de la Antártida.


CHILE
ARGENTINA
ÚLTIMO LUGAR
DONDE SE AVISTA
AL SAN TELMO
LUGAR DEL NAUFRAGIO
500KM
ANTÁRTIDA
ISLA DE LIVINGSTON

En ti confiarán los que conocen tu nombre.
Salmos 9:10

LIBRO PRIMERO

1
2 de septiembre de 1819
Sobre la cubierta de la *Primorosa Mariana*, muy al sur del cabo de Hornos

Alguien dijo que las había visto peores, pero lo cierto es que quien las haya visto, sido o no, gusta de exagerar. Uno no dobla el cabo de Hornos si luego no puede sacar pecho y cenar con un pie encima de la mesa.

Fuera como fuera, aquella tormenta era descomunal. Para la inmensa mayoría de los hombres atrapados entre las cuadernas de la fragata *Primorosa Mariana*, la antesala del mismísimo infierno. Se hallaban muy al sur, demasiado al sur, desquiciadamente al sur como para que aquello les trajera nada bueno. Quizás se acabara el mundo y se deslizaran por una cascada abismal hacia la profundidad de los mares. O quizás no. Lo bueno de estar a punto de ser tragado por una tormenta de lluvia, olas, vientos y miedo es que no tienes demasiado tiempo para pensar en nada que no sea controlar el barco.

Si lo controlas, a lo mejor dispones de una posibilidad. Si pierdes el control, ten por seguro que vas a pique.

Porque de eso van las tormentas en los confines del universo. Piensa en ellas como en una batalla: tú eres un contendiente y ella es el enemigo. El plan, el de todas las contiendas: vencer tú antes de que tu adversario te destruya.

Para lograrlo debes mantener la nave bajo tu control. Lo cual, dadas las circunstancias, no es sencillo. ¿Qué circunstancias? Que la única forma de vencer es arremeter contra el enemigo. Debes ir hacia él, debes encarar la tormenta, el viento que enfurecido sopla hacia ti, las olas que te empujan lejos y más lejos de tu derrota.

Recapitulemos un poco.

La División del Mar del Sur había arribado al cabo de Hornos ese mismo día. Su intención, la obvia: doblarlo. Después, debían poner proa hacia el Perú y contribuir a apaciguar las revueltas independentistas. Por ello, de los mil y

pico hombres que se repartían entre los tres barcos que habían llegado hasta el cabo de Hornos, un elevado número estaba constituido por tropa. En suma, por gente que en mitad de una tempestad venida de frente, salvo ponerse a rezar y echar los hígados, poco más puede o sabe hacer.

No molestar demasiado, en el mejor de los casos. Quitarse de en medio y permitir que la marinería se haga cargo de la situación. Bregue contra el enemigo.

Un enemigo que había dispersado a las tres naves que completaban la División: el gran *San Telmo*, capitana de la expedición; la fragata de guerra *Prueba* y la mercante *Primorosa Mariana*. El grueso de la expedición navega en el navío. También hay infantes de marina en la *Primorosa Mariana*, aunque menos. La *Prueba*, por su parte, transporta esencialmente pertrechos para la guerra. Lo que se supone que les va a ser necesario para hacer frente a los insurrectos peruanos. Que malditos sean todos y ardan sus almas en los infiernos por obligarnos a estar aquí y ahora.

Tan al sur que casi no hay más sur. Y encarando los vientos con todo.

Unos vientos que en la *Primorosa Mariana* ya habían barrido a un par de hombres de la cubierta. De uno de ellos se sabía que había caído al agua, pues había testigos. Del otro, a saber… Puede que un golpe de mar lo hubiera lanzado contra unos barriles y yaciera, sin sentido, en cualquier rincón de la cubierta. Las continuas olas estrellándose contra las cuadernas y llenándolo todo de violenta espuma no daban tregua a la marinería, así que como para buscarlo estaban.

Lo más seguro, además, era que hubiese caído al mar y se lo estuvieran, ya, comiendo los peces.

—¿Qué hace el capitán? —preguntó a gritos un marinero que luchaba con un cabo en el trinquete. No había mucho más que hacer y todo eso que había que hacer suponía una tarea inmensa. Sin la arboladura bajo control, solo era cuestión de tiempo que la *Primorosa Mariana* fuera carne de naufragio.

—¡Intenta poner proa al noroeste! —respondió, también a gritos, uno de los hombres que luchaban a su lado. El agua, del mar y de la lluvia que les golpeaba de lado, había hecho que se hallaran empapados de los pies a la cabeza. Si no el pan nuestro de cada día, algo corriente cuando encaras la boca del lobo.

—¡Joder!

Es decir, que lo consiga. Que nos saque de una maldita vez de aquí. Porque estamos hechos a casi todo y el trabajo no nos asusta, pero el temporal

sí. Sí cuando es de estas dimensiones. O ponemos proa hacia el norte, o de esta no salimos.

—¿Ves la *Prueba*?

—Está a popa. Se ha separado y nos sigue con dificultad, pero ahí está.

—¿Y el *San Telmo*?

Ambos hombres tenían la piel de las manos en carne viva. El vendaval movía la arboladura y ellos debían evitarlo. La batalla en pleno fragor. Mientras demos la piel de las manos, vamos bien. Y si hay que dar los tendones y hasta un par de dedos, también. Pero, Dios que todo lo puedes, permite que salgamos vivos de esta.

—El *San Telmo* está…

Aquel hombre giró la cabeza para comprobar la situación del navío antes de confirmarla. Entonces, cayó en la cuenta. No es fácil verlo si no sabes verlo, pero resulta tarea sencilla cuando has pasado toda tu vida sobre la cubierta de un barco. Y este hombre, como todos los hombres del *Primorosa Mariana*, lo había hecho.

—Virgen santa… —acertó a decir sin soltar el cabo con el que luchaba.

—¡Qué! —gritó el otro. Desde su posición no podía mirar por encima de la borda. Bregaba, eso sí, porque todo hay que decirlo, como un titán. ¿Guerra? Pues guerra. ¿Somos ahora soldados? He aquí nuestro ejército y estas son las armas que para la batalla presentamos.

—¡Han roto el timón!

—¿Qué?

—¡Que han roto el timón! ¡Están a merced de los vientos y la corriente! ¡Se alejan!

2
2 de septiembre de 1819
Seiscientos cuarenta y cuatro hombres en el camarote del muerto

Y tanto que se alejaban. El brigadier Rosendo Porlier, comandante de la División de Mar del Sur, más del sur de lo que ningún español lo había estado jamás, no tuvo que intercambiar palabra con el capitán Joaquín Toledo. El *San Telmo* se hallaba con el timón roto y una parte importante de la arboladura se había perdido.

Estaban a la deriva, jamás remontarían el cabo y lo sabían.

¿Qué cara se te queda? Tenían a seiscientos cuarenta y dos hombres bajo su mando en aquel navío. Marineros, infantes y artilleros. Todos aguardando que ellos, Porlier y Toledo, dijeran esta boca es mía.

Se te queda cara de espanto, claro.

El *San Telmo* no era un navío de tomárselo a broma. Con sus dos puentes y sus setenta y cuatro cañones, puede que no fuera la más fiera nave de la Real Armada española, pero si te acercabas a él con intenciones de tentar tu suerte, te la tentaba.

Y de lo que les servía ahora. El temporal arreciaba, arreciaba desde poniente, pero, para el caso, como si lo hiciera desde los cuatro puntos cardinales, el firmamento y lo profundo del mar. Se hallaban atrapados en una tormenta que reunía en su seno la ira de mil dioses coléricos. ¿Pero qué habían hecho ellos para ser merecedores de tamaña atención? Desgracia, si se quiere. Bien, sí, intentar doblar el cabo de Hornos, ir de un océano al otro a través de la única ruta posible. Bueno, nada, en cualquier caso, que no se hubiera hecho cientos y cientos, ¡miles!, de veces en los últimos siglos. Unos van, otros vienen y el cabo, por lo general, te guarda el respeto. Algo te sacude, desde luego, porque tampoco debes intentar doblarlo yéndote de rositas, pero de ahí a esto… Hay un trecho largo. Largo y más largo que se está haciendo a medida que los vientos y las corrientes empujaban al cascarón

San Telmo en dirección este. Porque nuestro rumbo es este, ¿no, capitán Toledo?

—Hacia el este, sí, Porlier.

Se llamaban por el apellido, al menos cuando se hallaban solos o en presencia de los oficiales de más alto rango. Había, quizás no podría decirse que una amistad entablada, pero sí cierta camaradería sincera. Porlier con cuarenta y ocho años a sus espaldas y Toledo con treinta y nueve; la diferencia de edad, formación y conciencia no era tanta y se comprendían el uno al otro. Que si menuda en la que nos han embarcado. Que si solo Dios sabe si llegaremos a buen puerto. Se lo decían a menudo, pero con la sorna propia de los marinos. Como quien cita expresamente a la desgracia para conjurarla. Honestamente, ninguno pensaba que terminarían por hallarse tan tan tan… jodidos.

—Hacia el este —confirmó Porlier en lo que no era una aseveración de interés general, sino un lamento. Madre mía, nos vamos al este. A quién sabe dónde. Al lugar donde no hay lugar. Y, si lo hay, nosotros no lo hemos visitado jamás.

Sea como fuere, sin timón y con la arboladura gravemente dañada, el cascarón se encontraba abandonado a su suerte.

Una gran ola, una ola de descomunal tamaño, llegó por estribor y los zarandeó de tal forma que casi no lo cuentan. De estas, de casi no contarla más, les faltarían todavía unas cuantas. Al final, quieras o no, te acostumbras y la inminencia, la real y nítida inminencia de la muerte hasta deja de parecer una idea tan temible. Uno, a estas alturas, ya está rezado y persignado. Lo que esté escrito para nosotros, sea si ha de ser.

Tres hombres cayeron al agua. Dos grumetes y un hombre que Porlier creyó de tropa. En realidad, ninguno de esos tres desdichados debía estar sobre la cubierta. En este momento, en esta situación, el trabajo era para la marinería. Para todos aquellos que son capaces de gobernar el navío, de ponerlo a trabajar, de hacerlo ir del lado del que queremos partir al que queremos arribar. Los grumetes, pobres chicos, debían hallarse guarecidos en los fondos de la bodega. Por mantenerse a salvo, porque, mira, algo de lastre extra no viene mal en mitad de la tempestad y porque así lo ha mandado el capitán Toledo.

En cuanto al otro desgraciado… ¿Qué era? ¿Un infante? ¿Un artillero? ¿Un idiota que decidió abandonar su lugar en el sollado para ver si escampaba? Pues mira, no, no escampa. Y una ola más alta que el palo mayor te ha barrido de la cubierta y te ha enviado al lugar donde viven las ballenas.

En un navío se puede ser muchas cosas excepto torpe. Ante la duda, es mejor omitir el gesto. Porque si lo haces y yerras, si metes la pata hasta el fondo del tonel, serán tus compañeros los que tendrán que trabajar para solucionarlo, ¿entiendes? Bastante sobrados de labor vamos todos como para dedicarnos a reparar las impericias del lerdo. Al menos, en lo que a este hombre se refiere, tuvo la decencia de morirse solo y sin molestar a nadie. Que, puestos a liarla, se le podría haber enredado el pie en un cabo, el cabo en un marinero y el marinero en a saber qué. Y el desastre, servido y por la borda.

Una ráfaga de viento oscuro, rápido y helado hizo que Porlier y Toledo entornaran los ojos, todavía espantados. El *San Telmo* se movía lento entre las olas gigantes. Ladeado a ratos, con la proa al frente las menos de las veces. En plata: a la deriva.

—Algo hay que hacer y hay que hacerlo ya —dijo Toledo. Él era el capitán del navío, pero Porlier comandaba, así que empiece usted a dar ideas y luego, si acaso, ya le iré yo dando réplica.

Sí, había que hacer algo. La marinería no era tonta y hasta el menos avispado se había dado cuenta de que estaban a la deriva. Más de cien hombres haciendo como que continuaban trabajando en el gobierno de un navío que se había vuelto ingobernable. Como el que disimula, no vaya a ser esto una descomunal broma y sea yo el lelo a cuenta del cual, el resto, después, se desternille de risa.

Pero por los cojones broma.

* * *

Fue entonces cuando Rosendo Porlier hizo algo de lo que se arrepintió tan de inmediato como para un hombre resulta posible arrepentirse. Tenía las palabras recién pronunciadas frente a él, ahí, en medio del aire, hechas de vaho, de ese vaho obstinado que ni siquiera el más descabellado de los temporales puede llevarse.

Se las habría tragado una por una de haber podido.

—¿Usted qué recomienda, Toledo?

Se hallaban codo con codo sobre la cubierta del *San Telmo*. El capitán Toledo y el brigadier Porlier. Sobre el papel y sobre la madera, mandaba Porlier. Por muy capitán de navío que fuera Toledo. Por muy rango insuperable que a bordo del *San Telmo* tuviera Joaquín Toledo. Todo el mundo es más que alguien cuando está embarcado excepto el capitán. Si eres el capitán, tú tomas las decisiones y el resto las obedece. Esto es así desde que navegábamos en almadías.

Pero el *San Telmo* no era un navío, sino el navío. La nave capitana de una división sobre la cual manda un hombre: Porlier. Porlier está al frente de las decisiones; Porlier es el tipo al que nadie le pone un pero; Porlier, en suma, no puede ni debe solicitar opiniones. No ahora, cuando están yéndose, literalmente, al infierno, sino nunca. Salvo la operativa propia del navío, que esa sí es cosa de Toledo, cualquier determinación que afecte a la integridad de la empresa corresponde a Rosendo Porlier.

Lo bueno es que se dio cuenta a tiempo. Lo malo, que lo dicho, dicho estaba. Frente a cien hombres, doscientos ojos y otros tantos entendimientos. Algunos menos de estos últimos, para hacer honor a la verdad.

—Recomiendo enviar a los hombres a la bodega —respondió, no sin antes mascar un poco la respuesta, el capitán Toledo.

Porque, ¿qué opciones tenemos? Dos y solo dos.

La primera: que el navío aguante los azotes del temporal y no se vaya a pique. Cada uno de los hombres a bordo daría un brazo para que fuera así. ¿Quién no se conforma, dadas las condiciones actuales, con, simplemente, no morir? Es curioso como, en cuestión de horas, quizás hasta de minutos, las expectativas de un hombre se comprimen con una simpleza que pasma: hace un rato, todo el mundo a bordo tenía planes para el futuro. Mejores o peores, ambiciosos o de medio pelo, pero planes a fin de cuentas. En este preciso instante, sabedores de que el *San Telmo* navegaba sin timón y a merced de olas del tamaño de una catedral, con no palmarla se daban por satisfechos.

Y la segunda: la primera pero sumándole un plus de buena suerte. No hundirse y hallar tierra.

¿Había alguien que pensara seriamente en la segunda opción? No, claro que no. En medio del azote de los vientos y las olas, el futuro lo constituyen los cinco próximos minutos de tiempo. Ciñámonos, pues, a ellos. Sigamos vivos durante cinco minutos más para, una vez superado ese lapso, poner la cuenta a cero y rezar para que Dios nos dé otros cinco minutos más. De hecho, nos echaría una mano que verdaderamente necesitamos si hiciera que el vendaval amainase, pero tampoco tentemos nuestra suerte. Con seguir respirando, oh Señor que reinas en los Cielos, nos damos por satisfechos. De cinco en cinco minutos, que es, al menos, la más humilde de las maneras de respirar.

Rosendo Porlier asintió mientras el agua de la lluvia resbalaba por su nariz y su mentón.

—Teniente Ostos —dijo Toledo a un hombre que se hallaba a su lado. En circunstancias normales no habría levantado la voz. Teniente, ordene que se

haga esto o lo otro. Teniente, vaya o venga. Lo común en un navío, que es como el cuerpo de un caballo: armonioso hasta el éxtasis en cada uno de los movimientos que conforman un desplazamiento en el tiempo y en el espacio.

Aquí, el teniente Ostos debería haber respondido algo. Se habría puesto a las órdenes de su capitán o algo similar. Pero al teniente de navío Alonso Ostos el temporal y el pánico lo estaban agarrotando. Lo ocultaría muy dentro de sí y jamás se pondría en evidencia delante del resto de los oficiales, pero el miedo es libre y cuando la muerte te ronda, la muerte real y rotunda te ronda, tú aprietas los labios y poco más.

—Envíe a todos los hombres a la bodega —dijo Toledo.

—No cabrán —supo articular Ostos. Si te agarrotas en el protocolo, pero no en la operatividad, todavía te mereces estar dentro de tus pantalones—. Ya hay cientos de hombres en la bodega y en el sollado.

En las tripas del *San Telmo*, amontonados los unos sobre los otros como si de fardos se tratara. Traspasándose miedo los unos a los otros por contacto.

—Que quepan —intervino Porlier con voz firme. Tras el instante de titubeo, volvía a estar al mando y lo estaría hasta el final, fuera este el que Dios quisiera disponer para ellos.

—Pero… —Intentó Ostos, aunque él mismo se dio cuenta de que, por un lado, a Porlier no se le replicaba y, por otro, la decisión correcta era esa y no otra. La correcta y la única—. A sus órdenes.

Todos y cada uno de los hombres sobre la cubierta del *San Telmo* debían abandonarla. El navío se hallaba sin gobierno y allí no hacían sino correr peligro y arriesgarse a cometer errores. Abajo, si se quiere, servían de lastre adicional, que no era algo que fuera a resultar crucial para sacarlos de aquella, aunque menos era nada.

Si había algún cabo suelto que mereciera ser amarrado, se amarró. Y poco más. Los hombres, recios marineros, muchos de los cuales habían navegado de mar a mar y de océano a océano en medio de tempestades que a la de ahora no le hacían sombra, agacharon la cabeza y comenzaron a abandonar la cubierta en silencio. Estaban a la deriva y sabían muy bien qué significaba algo semejante.

Se encontraban premuertos.

* * *

Sobre la cubierta del *San Telmo* solo quedaban oficiales, y no todos. El capitán Toledo se había deshecho de los que no le eran estrictamente necesarios con la milonga de que abajo se necesitaba mantener el orden entre

la tropa y la marinería. Como si cientos de hombres hacinados los unos junto a los otros, mientras sobre sus cabezas un temporal armaba la de Dios es Cristo, tuvieran ganas de hacer algo que no fuera rezar. Calladitos y a verlas venir. Ojalá al brigadier se le ocurra algo. Sea lo que sea.

El *San Telmo* iba de culo, literal y figuradamente. Las olas lo habían puesto de popa y así encaraba la corriente hacia quién sabe dónde.

Porlier, Toledo, el mencionado Ostos, Félix Marín, teniente de navío al igual que el anterior, y dos alféreces: Lázaro Hernaiz y Nicolás Manrique. Los hombres que tenían que pensar en algo.

Toledo había insistido en que se reunieran junto al palo mayor. Le parecía el lugar más seguro de toda la cubierta o, al menos, el menos incierto cuando las olas venían dobladas. Y venían, vaya que si venían… Una, otra, otra más en cuestión de medio minuto… El casco del *San Telmo* se balanceaba de tal manera que pareciera que en cualquier momento fuera a volcar, a partirse en dos o ambas cosas al mismo tiempo. Que peores cosas se habían visto en estas latitudes demoníacas.

—Caballeros, esta es la situación —dijo Porlier a voz en grito. El brigadier tenía tan metido el miedo en el cuerpo como cualquiera, pero tocaba disimular. Hacer como que no. Mirar para otro lado, ver que allí también arreciaba el temporal y fingir que tampoco era para tanto—. Como a nadie se le escapa, nos hallamos en una situación delicada.

Seiscientos y pico hombres bajo la cubierta con el timón roto y la arboladura destrozada constituye algo más que una situación delicada, pero dejémoslo ahí. Ya iba todo lo suficientemente mal.

—¿Y si intentamos algo con las velas que nos quedan? —aventuró el alférez Manrique. No debería haber hablado antes que el capitán o los tenientes, pero se le excusaría la impertinencia. Que nos morimos.

En teoría, el *San Telmo* se podía gobernar solo con el velamen. Si tus hombres son diestros, si están bien coordinados, si el viento sopla en la dirección oportuna, si lo hace con la intensidad adecuada, si luce el sol y puedes así calcular tu posición, si la arboladura se halla más o menos completa…

En la práctica no se daba ni una sola de esas condiciones. Ahora mismo, ni siquiera serían capaces de poner al *San Telmo* de proa, aunque se echara toda la tripulación al mar y empujara mientras nadaba.

—No —atajó Porlier. No pensaba volver a pedir la opinión de nadie. No obstante, miró a Toledo, el cual le devolvió la mirada en la lluvia.

—Estoy de acuerdo con el brigadier —dijo el capitán.

—Entonces, ¿qué nos queda? —intervino Ostos.

—Llevamos rumbo este —informó Marín, más por decir algo y no quedarse fuera de la conversación que por aportar una información relevante que los demás no supieran. Si salían con vida de aquella, que no se dijera que él no había contribuido con lo suyo.

—Y al este no hay nada —dijo Toledo. Tampoco él añadía algo que resultara novedoso para los presentes.

El capitán estaba en lo cierto. Al este había tan pocas cosas como las que ellos tenían que decirse. Sin embargo, allí estaban, en torno al palo mayor, debatiendo la situación como si dispusieran de alternativas viables a las que acogerse.

—El temporal amainará —reflexionó Ostos.

—No lo sabemos —repuso Porlier.

Una ola zarandeó al *San Telmo* por babor, y los oficiales tuvieron que separar las piernas para mantener el equilibrio. Dentro de poco, ellos mismos tendrían que descender al estómago del navío.

Pero con algo que contar a los hombres. Aunque fuera una solemne mentira.

—Debemos resistir. Rezar para que el *San Telmo* resista —resumió sus probabilidades Rosendo Porlier—. De momento, no nos está yendo tan mal.

No nos hemos ido a pique.

—Y el temporal no puede arreciar —dijo Toledo. A esto se le llamaba cruzar los dedos. Dado que a peor no podemos ir, nos basta con mantenernos como estamos. Sí, seguiremos siendo un cascarón a la deriva una vez que el temporal amaine, pero ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a ese río. De momento, no nos hundamos.

Se miraron en silencio los unos a los otros. Debían permanecer en cubierta durante unos cuantos minutos más. Se suponía que abajo pensaban que ellos estaban urdiendo un plan para sacarlos del entuerto. Dado que plan no había, convenía fingir. Hacer como que sí. Y, para ello, se demorarían un rato más antes de reunirse con el resto. Con los rezos, los lloros y hasta las histerias. Que no ha nacido el hombre que se enfrente a su propia muerte con una entereza para la que no hemos sido avisados: cuando nos llega el momento y sabemos que es ese y no otro, la actitud que cada cual mantiene nadie, ni él mismo, la sabe de antemano.

Bueno, pues mala suerte. La verdad es que habían tenido mala suerte. En principio, aquella época del año no era mala para doblar el cabo de Hornos. O eso decían. Porlier mismo, que había realizado aquel tránsito en varias

ocasiones, podría aseverarlo, si es que mereciera la pena hacerlo. Pero ¿para qué? ¿En qué te consuela algo así? Normalmente los vendavales no suelen ser de esta magnitud. Normalmente esto, normalmente lo otro. Puedes dar mil explicaciones y hasta hacerte el sorprendido. ¡Caray, qué raro que hayamos roto el timón! ¡En mi vida había visto algo semejante! ¡Si me lo cuentan, no me lo creo!

La lluvia había hecho que sus ropajes se empaparan. El viento soplaba helado y las casacas azules se aparecían negras. Más o menos, como su futuro.

3
3 de septiembre de 1819
Un monstruo del tamaño del mundo cierra sus fauces con vosotros dentro

Que supieran, contaban al menos con cuatro bajas. Era todo lo que un hombre u otro había podido referir. Cuatro, quizás cinco. Puede que hasta seis, pero no más. En cualquier caso, no era momento ni lugar para recuentos. La bodega y el sollado del *San Telmo* guardaban seiscientas cuarenta almas, pecador arriba, pecador abajo.

Dos menos, porque Porlier, en un impuso de última hora, decidió que habría siempre un par de hombres de guardia sobre la cubierta. Que estuvieran perdidos no significaba que esta no fuera, a falta de novedades decisivas, una embarcación militar. Pidió voluntarios, y, de entre los infantes de marina que componían la tropa embarcada, varios, muy jóvenes, eso sí, se ofrecieron sin dudar. Porlier frunció el ceño y negó con la cabeza.

Si iba a mandar a alguien a cubierta con este tiempo, tendría que ser alguien que no resbalara a la primera de cambio y se precipitara por la borda. Marineros, él quería marineros.

Pero los marineros, ante la petición del brigadier, miraron, sin disimulo, hacia otro lado. Que subieran los infantes y que si caían al agua en el más tonto de los accidentes, pues qué se le iba a hacer… Son cosas que pasan.

Porlier no fue de la misma opinión y prometió doblar la paga de los dos hombres que aceptaran hacer guardia sobre la cubierta. Un juego de niños, por el amor de Dios: atarse firmemente con cabos a cualquiera de los palos y aguardar con los ojos bien abiertos. ¿A qué? A nada exactamente. Y a todo. Mantenerse alerta por lo que pudiera suceder. El *San Telmo* estaba tocado de muerte, pero aún respiraba. Y merecía, por lo tanto, ver.

Hubo que triplicar y hasta cuadruplicar la paga para que dos marineros dieran un paso al frente. Es una forma de hablar: en el sollado, por debajo de

la línea de flotación del navío, nadie podía mover un brazo sin incordiar al de al lado.

—No nos tenga ahí toda la noche, brigadier —pidió uno de ellos cuando logró acercarse hasta la posición de Porlier.

—En dos horas os envío el relevo, tenéis mi palabra —respondió el otro.

—En cubierta hace un frío de los mil demonios —objetó el segundo marinero.

En contraste con la temperatura que había dentro del sollado, donde los cientos de hombres apiñados los unos sobre los otros sudaban la gota gorda, fuera, al aire libre, el frío era gélido.

Porlier hizo una señal al alférez Hernaiz, el cual, sin llegar a encogerse de hombros, le hizo saber que estaban con lo puesto. El *San Telmo* no tenía previsto aventurarse tan al sur. Sí, cuando doblas el cabo de Hornos notas cómo el aire te hiela el rostro, pero no lo piensas demasiado: las maniobras necesarias para empujar un navío en sentido contrario al del viento y las corrientes son tales que bastan para que hasta el más destemplado entre en calor.

Pero ya no doblaban el cabo de Hornos. De hecho, posiblemente se hallaran muy lejos de él. En un lugar perdido en mitad de la parte más austral del océano Atlántico… En territorio desconocido y oscuro.

—Unas mantas para estos hombres —ordenó Porlier.

Alguien rebuscó entre sus pies y halló lo que el brigadier solicitaba. De brazo en brazo, las mantas, bastas y algo raídas, fueron pasando hasta alcanzar a los dos marineros que se disponían a subir a cubierta.

—Son muy finas —observó uno.

—Ha anochecido —informó Porlier, ignorando la queja—. Amarraos a los palos, no a la borda. ¿Entendido?

—A los palos, señor.

—Si veis algo raro, os desatáis y acudís a informar.

—¿Qué es algo raro, señor?

Porlier no estaba para disquisiciones.

—Si veis algo, os desatáis y acudís a informar.

—Sí, señor.

Los marineros subieron a cubierta entre el silencio general. A pesar de saberse encerrados vivos en lo que en poco se diferenciaba de un ataúd, algo les hacía mantener la esperanza. ¿La gallardía de su comandante? ¿Cierto pudor de mostrarse débiles ante sus semejantes? ¿El miedo paralizante que te comprime la garganta?

Eso, o que, de un modo o de otro, mientras hay vida hay esperanza. Que las posibilidades eran pocas y que a se podía tocar la muerte con la punta de los dedos, pero, caramba, seguían respirando.

Y notando el impacto de las olas sobre las cuadernas del *San Telmo*. Se hallaban bajo la línea de flotación y allí todos los sonidos se amortiguan, todo movimiento es arrullo y cada ruido una nana. El acurrucamiento en el ataúd propio de los que han asumido su destino: sea este el que sea, lo encararemos como toque.

* * *

Nadie dijo gran cosa durante las siguientes tres horas. El tiempo se había convertido en un concepto elástico y algo pastoso que se cernía sobre los hombres: ni amenazante ni todo lo contrario. En realidad, ellos, hechos ya al hacinamiento extremo en el sollado y la bodega del navío, carecían del sentido de la importancia de los acontecimientos.

De lo cual los oficiales se dieron cuenta sin despegar los labios: mira, mientras reine la calma, eso que nos llevamos por delante. Lo que faltaba ahora era que cundiera el pánico.

El *San Telmo*, de cuando en cuando, crujía. Se habían abierto algunas vías de agua, minúsculas todas ellas, pero los calafates se pusieron manos a la obra y las taponaron. Todos miraban sus progresos y hasta algún infante de marina consideró oportuno dar su opinión al respecto, lo cual a los calafates les sentó como una patada en los huevos. En un navío de guerra, el personal embarcado se toleraba entre sí, pero porque de este modo eran las cosas: en realidad, ganas, las justas. Los marineros aborrecían a la tropa porque era eso, tropa: soldados que, en lugar de luchar en tierra, luchaban en la mar, pero soldados a fin de cuentas. Los infantes, por su parte, menospreciaban a la marinería porque la consideraban netamente inferior. Donde esté un fusilero hecho y derecho, un granadero vestido de los pies a la cabeza, que se quiten esos desarrapados de mirada incierta y siniestros tatuajes.

—Es hora de dar relevo a la guardia —advirtió el teniente Ostos, el cual había sido encargado por Porlier de llevar la cuenta del paso del tiempo.

—Gracias, teniente —repuso el brigadier.

Los oficiales, vestidos todos ellos con el correspondiente uniforme reglamentario, se hallaban en las mismas condiciones de hacinamiento que el resto de la tripulación. Sin embargo, alguien los había proveído de un banco corrido para que no tuvieran la necesidad de sentarse en el suelo. Y allí estaban, silenciosos, taciturnos, con la mirada fija en cualquier sitio.

Rosendo Porlier se puso en pie. Cientos de pares de ojos se giraron en su dirección.

—Dos voluntarios para la segunda guardia —solicitó.

Cuando pasa el tiempo y sigues vivo, tiendes a dar por hecho que seguirá pasando el tiempo mientras tú sigues estando vivo. Resulta lo más normal del mundo: hasta para la angustia hay un límite, y no puede pasarse uno la existencia con el corazón en un puño.

Así que esta vez no hubo que insistir tanto. Dos marineros levantaron un brazo y dijeron que subirían ellos.

Un murmullo general se alzó sobre los hombres. De admiración, de respeto, de conmiseración, de sorna o de vete tú a saber qué. Dado lo poco que había que hacer, murmurar constituía un buen plan.

—¿Nombres? —inquirió el teniente Ostos. A los dos marineros que todavía se hallaban en cubierta no se lo había preguntado. Efectos de la premura. Sin embargo, ahora las cosas iban a llevarse a cabo como Dios manda.

—Gaspar Moreno —respondió uno de los marineros.

—Luis de la Torre —añadió el segundo.

—Anote, alférez —dijo Ostos, dirigiéndose a Hernaiz—. Moreno y De la Torre.

El teniente extrajo un pequeño cuaderno de un bolsillo interior de su casaca y, con un lápiz algo gastado, anotó los nombres de los dos marineros que se disponían a realizar la segunda guardia. Por si un golpe de mar se los llevaba y se hacía preciso informar a las viudas.

—Vamos —resumió Porlier, dispuesto a acompañarlos a cubierta para, así, echar él un vistazo al panorama general. Si a los demás esta situación les aterrorizaba, a él le reconcomía las entrañas. Que a saber qué es peor.

Fuera, sobre cubierta, el temporal continuaba arreciando embravecido. El teniente Marín, que se había ofrecido a acompañar a Porlier más por que no fuera solo que por otra cosa, calculó que la visibilidad no iba más allá de diez palmos por delante de sus narices.

—Parece que amaina un poco —mintió, a sabiendas, Porlier.

—Seguimos con rumbo este —dijo Marín.

El brigadier no añadió nada más. Salvo al noroeste, cualquier rumbo los conducía al desastre.

Hallaron a los dos marineros a los que venían a sustituir amarrados al palo mayor. Cuando les interrogaron al respecto, afirmaron que la habían considerado la opción más sensata. El trinquete había sufrido daños graves, al

igual que el bauprés, y hacia la popa les había parecido muy peligroso aproximarse: demasiados obstáculos que salvar para alcanzar una posición que nadie les aseguraba que fuera mejor. Así que, mirando uno en cada dirección, habían terminado por amarrarse al palo mayor.

—¿Novedades? —interrogó escuetamente Porlier mientras ayudaba a desanudar los cabos que sujetaban a los marineros.

—Ninguna —dijo uno de ellos.

Seguían a la deriva, transcurría el tiempo y todavía no se habían ido a pique. En este momento, el informe de situación sonaba hasta, si se quiere, satisfactorio.

El proceso de desamarrar a unos hombres y amarrar a los que se disponían a sustituirlos fue rápido y eficaz. Nadie pensó en buscar otra ubicación para realizar la guardia. Las velas del palo mayor se hallaban completamente desplegadas y no mostraban deterioro aparente. Por ello, cuando el viento helado soplaba a favor, las hinchaba realizando un ruido tremebundo en mitad de la noche y la lluvia.

Como aullidos provenientes del infierno.

* * *

No se ocultó el regocijo general cuando los dos marineros que habían superado la primera guardia regresaron al sollado. Incluso desde la bodega se escuchaban gritos de alborozo.

Los hombres, completamente empapados, sonrieron orgullosos a pesar de que una fuerte tiritona se había apoderado de ellos.

—Será mejor que os quitéis esa ropa —dijo alguien.

—Hace tanto frío ahí fuera que, por momentos, pensé que se me iba a caer la polla —repuso uno mientras comenzaba a desnudarse. Era la bravuconada que se permiten los que lo han pasado tan espantosamente mal que cualquier versión de lo espantosamente malo que podamos imaginar se quedaría, con seguridad, más que corta.

En el sollado, todos tenían la vestimenta mojada y todos, en mayor o menor medida, sentían la humedad pegada a sus pieles. Sin embargo, para estos dos marineros se buscó ropa seca e, incluso, un trozo de tocino y un pedazo de bizcocho.

A continuación, y mientras daban cuenta de las raciones, los hombres los interrogaron a fondo. Porlier no lo impidió. ¿Cómo hacerlo?

—¿Divisasteis a la *Prueba*?

—¿Y a la *Primorosa Mariana*?

—¿El temporal amaina?

—¿Continúan llegando las olas de poniente?

—¿Oísteis el canto de las sirenas? Dicen que es dulce y melodioso…

Y mortal. Porque te atraen con él para, después, hacerte suyo. Una muerte tan lenta como apacible en brazos amorosos…

—Esos grumetes —interrumpió Porlier—. A estribor.

Cuando llevas cientos de hombres bajo la línea de flotación de un navío a la deriva en mitad de una tempestad, estibarlos resulta esencial. Como si de carga bruta se tratara. O los distribuyes uniformemente, o es tu propia tripulación la que contribuye a llevarte a pique. Y aquel grupo de grumetes, quizás veinte o treinta, se había desplazado en el estrecho espacio del sollado para escuchar con mayor nitidez las explicaciones dadas por los marineros recién llegados desde la cubierta. Que no es que supusieran nada del otro jueves, pero que eran mejor que el sepulcral silencio.

—Sin rastro de la *Prueba*.

—No, a la *Primorosa Mariana* no la hemos visto.

—Amaina un poco, puede que sí… Pero no gran cosa, no os hagáis demasiadas ilusiones…

—De poniente, siempre de poniente. Maldita sea…

—No solo las oímos, sino que las vimos con nuestros propios ojos. Saltaron del mar y se posaron sobre la cubierta. ¿Es verdad o no lo que digo? Que me muera ahora mismo si miento. Dos maravillosas sirenas de piel blanca como la sal y pelo hasta la cintura. Su cola de pez golpeaba rítmicamente sobre la madera de la cubierta. Un golpe, dos golpes, tres… Entonces, nos miraron a los ojos y nos sonrieron.

—A mí se me puso dura como la piedra.

Las carcajadas tomaron el sollado. Cientos de hombres a punto de morir y doblándose de risa. Algunos, los que más alejados se hallaban del tipo que acababa de referir la historia, preguntaban, impacientes, acerca de lo que no habían logrado escuchar y el cuento iba corriendo de boca en boca. En cuestión de minutos, la milonga había llegado hasta la bodega, aunque ya, para entonces, no eran dos, sino siete las sirenas que habían abordado la cubierta del *San Telmo*. Habían desatado a los buenos mozos y los habían amado con sus pechos turgentes, con sus labios carnosos, con un ardor mitad pez, mitad mujer.

Más de uno se quedó sin palabras. Caray, merecería la pena morir por experimentar algo así.

* * *

A Moreno y a De la Torre los habían dejado solos. Que era lo que se esperaba, que era lo que sabían que les sucedería, que a eso se hallaban abocados cuando se ofrecieron voluntarios para realizar la segunda guardia sobre cubierta. Pero una cosa es saberlo y otra topárselo de frente.

En el océano Atlántico austral, un temporal jamás había sido asunto de tomárselo a broma. El comandante de la División del Mar del Sur en persona no te acompaña hasta el palo mayor y se asegura de que los nudos que te amarran a él estén bien hechos si de ello no dependiera tu propia vida. Al temporal, en todas las aguas, sí, pero especialmente en estas, hay que tomárselo muy en serio. Con el respeto que los seres que hieren y matan merecen.

Con el respeto con el que encaras a los que albergan malas intenciones y sabes que lo hacen.

El frío se les caía dentro de los pulmones, los atravesaba y colonizaba sus cuerpos como si de una tenia de mil tentáculos se tratara. Dolía, dolía más que cualquier otra cosa que pudieran haber experimentado antes. Ello, unido a una lluvia que, dijeran lo que dijeran, no arreciaba en exceso, hacía que las condiciones sobre la cubierta fueran demenciales.

—No sé qué hacemos aquí —dijo De la Torre. No era su primer viaje en el *San Telmo* y, por todos los santos, esperaba que no fuera el último—. No se ve nada.

La visibilidad era, si acaso, incierta: por momentos, veían, o creían que veían, un largo trecho delante de ellos. Por ejemplo, observaron sin lugar a dudas la cresta espumosa de una enorme ola que, por babor, rompió contra la cubierta y hasta les alcanzó en las piernas; sin embargo, de pronto, todo se espesaba a su alrededor y les daba por pensar que un monstruo del tamaño del mundo había cerrado sus fauces con ellos dentro.

Los deglutiría sin miramientos, de desearlo.

Joder, y eso sí que daba miedo. Eso sí que causaba espanto y consternación. Allí, atados a un palo que crujía como el eje en torno al que gira lentamente el infierno, sintieron que lo del sollado y la bodega era, en comparación, una fiesta de puesta de largo para señoritas de alta alcurnia. Con bollitos de canela y esponjosas fresas recién cosechadas y extrañas bebidas que hacían que te cosquilleara la nariz. O con lo que fuera que se sirviera en fiestas como aquellas, de las que, naturalmente, dos marineros como ellos solo sabían de oídas. Muy de oídas.

—¿Te gusta la canela? —preguntó De la Torre. Tenía las manos apoyadas en los cabos que, a la altura de la cintura, lo sujetaban al palo. Se había visto

obligado a girar el rostro y a gritar para que Moreno le escuchara.

—No lo sé —devolvió el grito su compañero de fatigas—. Nunca la he probado.

Tras una pausa en la que ambos parecieron rumiar lo dicho, el marinero Moreno añadió:

—Pero me encantaría probarla.

De la Torre no parecía haber estado aguardando otra respuesta:

—Y a mí —bramó contra el viento—. ¡Adoro la canela!

Una racha de viento especialmente fuerte hinchó, de golpe, las velas del palo mayor. El *San Telmo* dio un brinco sobre las olas y se impulsó con violencia hacia el este. Iba, al menos, ahora sí, con la proa por delante. Como se esperaba, también estando a la deriva, de un navío de su prestancia.

Abajo se habrían meado encima. Salvo ellos dos, toda la tripulación del *San Telmo*, más de seiscientos hombres vivos, navegaba bajo la línea de flotación en aguas bravas, corrientes impredecibles y vientos inclementes.

—¿La hueles? —gritó, de improviso, De la Torre.

—¿Oler qué? —Devolvió la pregunta, girando tanto el cuello como sus ataduras lo permitían, Moreno.

El marinero Luis de la Torre sonrió antes de responder. Una sonrisa que nadie vio porque allí no se veía nada y allí no había nadie que pudiera verle. Si algo es la soledad, se trata de esto: de que ese instante de auténtica felicidad que experimentas pase desapercibido para todos y cada uno de los seres vivos del universo. Por una pura ausencia de mundo.

—¡La canela! —gritó, apretando tanto los dedos contra el cabo en su cintura que la sangre desapareció de los nudillos.

Gaspar Moreno se tomó unos minutos antes de responder. Si de algo disponían, era de tiempo. El *San Telmo* aguantaba, qué diablos. No se iría a pique. No naufragarían. No, al menos, de momento. Empujados por el vendaval cada vez más y más hacia el este, su sino parecía comenzar a escribirse.

Por fin, el marinero supo qué quería contestar. Antes, aspiró hondo y, a continuación, presa del más arrebatado alborozo, aulló:

—¡La huelo!

4
3 de septiembre de 1819
Yo soy el Nombre que recoge vuestro nombre

Nadie había pegado ojo en toda la noche, huelga decirlo. Poco a poco, eso sí, a todos los miembros de la tripulación se les quitaron las ganas, si es que alguna vez las habían tenido, de conversar. Salvo algún que otro susurro intercambiado en la penumbra, allí nadie despegaba los labios.

Que esa era otra: tanto en el sollado como en la bodega, la oscuridad era casi absoluta. Un navío como el *San Telmo* disponía de suficientes lámparas como para alumbrar la noche de media Cádiz, pero el brigadier había decidido no tentar más la suerte y ordenó que se encendieran solo las estrictamente precisas. Que eran una a proa y otra a popa, y nada más. Lo único que les faltaba ahora era que se declarara un incendio a bordo.

Una hora antes del alba, el vaivén del *San Telmo* se moderó un tanto. Los hombres, sentados los unos juntos a los otros con las piernas encogidas y los brazos rodeándolas, interpretaron la relativa calma como un buen augurio. Es curioso como, cuando tienes un pie y buena parte del otro en el precipicio, las florecillas silvestres que crecen en el talud te parecen de una rabiosa belleza. Adviertes lo inadvertible. Prestas atención a cada signo a tu alrededor y lo interpretas.

—Parece que amaina —dijo el propio teniente Ostos.

Ni en sueños, pensó Porlier. Pero no dijo nada. Fuera como fuera, mejor no fiarse. Sabía por experiencia que en estas latitudes las tormentas no arrecian de buenas a primeras. O sí, pero para, antes de extinguirse por completo, encadenarse a una nueva. Podía, lo sabía sin atisbo de duda, llevarles un mes volver a ver el sol.

Lo cual, por suerte para todos, no sucedería. Que les iba mal, realmente mal, pero tampoco como para dejarse llevar por la desesperación. Un marino vestido de los pies a la cabeza pone las cosas en perspectiva y se amolda a las

circunstancias. Nos están llegando más que dobladas, pero una mejora en el tiempo nos vendría tan de perlas que podríamos darnos por bienaventurados.

—Teniente, haga el favor de hacerse con una lámpara y sígame —dijo Porlier—. Quiero echar un vistazo a los hombres de la bodega.

Ostos hizo lo que se le ordenaba y se dispuso a seguir al brigadier. Antes, realizó un gesto con la cabeza al alférez Hernaiz para que los acompañara.

La escalerilla por la que se descendía a la bodega era estrecha y sin baranda. A la luz mortecina de la lámpara que Ostos sostenía en su mano derecha, el panorama que se les reveló fue desolador: cientos de hombres, sin duda más de trescientos, se amontonaban no ya los unos junto a los otros, sino, incluso, los unos sobre los otros.

Porlier no pudo evitar que un latigazo de rabia le golpeara en las sienes. Todos, todos y cada uno de aquellos hombres, se hallaban bajo su mando y se le encogían las entrañas al verlos así.

—Buenos días, brigadier —dijo un hombre que trataba de acercárseles apartando cuerpos a su paso. Lo cual no era fácil, ni aunque todos colaboraran en ello: más de uno y de dos se quejaron al ser pisoteados sin excesivos miramientos. Pero es que el comandante de la División en persona se encuentra en la estancia.

Por llamarlo de alguna manera, porque allí apenas podían mantenerse erguidos y con el cuello estirado. En fin, nada del otro mundo. Un navío de guerra es un navío de guerra y a lo que se está, se está.

El ambiente que se respiraba era, cómo decirlo…, inhabitual. Extraño. Raro. Por un lado, el calor que los cuerpos de los cientos de hombres emitían hacía que la temperatura fuera muy alta. Pero el calor conseguía que esos cuerpos sudaran y la humedad lo impregnara todo de gotitas de agua que empapaban el ambiente. Por si esto no fuera suficiente, al otro lado de las cuadernas del *San Telmo* las aguas del mar austral se encontraban solo unos pocos grados por encima del punto de congelación. Bastaba con extender una mano y apoyarla en las cuadernas para caer en la cuenta de que al otro lado el frío era helador.

Un hombre dijo, tras escuchar unos ruidos inidentificables provenientes del mar, que las orcas los rondaban. Un gran rebaño de ballenas dentadas que, simplemente, aguardaba la cena. Al tipo lo mandaron callar de inmediato. Entre los embarcados, bromas sobre la inminencia de la muerte, las justas.

—Sargento de infantería de marina Sebastián Rodríguez —se presentó el recién llegado, utilizando la enunciación completa del rango. ¿De qué diablos

pensaba este tipo que podría ser la infantería embarcada en el *San Telmo*? Porlier respiró hondo.

—¿Cómo van las cosas por aquí, sargento? —Fue al grano el brigadier.

El *San Telmo* era un navío de guerra que iba a la guerra. Por este motivo, portaba tropas suficientes como para tomar una ciudad. O, al menos, como para intentarlo con solvencia. Sin contar los artilleros, que rondarían el centenar, a bordo del navío se hallaban más de doscientos infantes de marina cuyo trabajo consistía en aguardar hasta que llegaran a puerto. Por eso los habían enviado a la bodega en cuanto la cosa se puso fea: en mitad de una tormenta como aquella los infantes poco podían hacer. Quitarse de en medio bastaba para actuar con corrección. Y el lugar adecuado para hacerlo era, sin duda, la bodega. Ahí no molestaban a la marinería en sus labores y, ya que estábamos, sumaban lastre al buque, lo cual no venía nada mal cuando olas del tamaño del palo mayor te zarandeaban como si fueras un barquito de papel.

—En calma, brigadier —informó el sargento Rodríguez. La tropa embarcada disponía de su propia suboficialidad, pero era poco numerosa y relevante ya que, en un navío, todos, hasta el último paje de seis años de edad, respondían directamente ante los oficiales de guerra.

Para mantener el orden entre sus infantes, Rodríguez se bastaba y se sobraba. Al que lo pusiera en evidencia delante de Porlier, él mismo lo llevaba a cubierta y lo lanzaba por la borda.

—Bien —repuso taciturno el brigadier.

La lámpara en la mano de Ostos bailó un poco debido al movimiento del navío y las sombras de los hombres allí encerrados se tornaron espectrales. Porlier sintió cómo cientos de pares de ojos se clavaban en él y solo en él. Soldados jóvenes, hombres que no acababan de sentirse cómodos en mar abierta. Tipos a los que la calma chicha ya les perturbaba el ánimo. Ponlos ahora en esta tesitura y espera que respondan adecuadamente.

Bastante estaban haciendo con no echarse a llorar a moco tendido. Porlier nunca diría esto en voz alta. No ya por los propios infantes, que le importaban lo que le importaban: era tropa bajo su mando y punto. Más bien, lo hacía por el sargento Rodríguez, al que se veía realmente azorado. De algún modo, Rodríguez pensaba que en lo de temporal algo de culpa tendrían los infantes bajo su mando. No es broma: los militares como Rodríguez sentían siempre cierta culpabilidad por no saber comportarse como es debido a bordo de un navío de guerra. Lo mires como lo mires, su tiempo era, salvo contadísimas excepciones, para la ociosidad. No estamos todo el santo día abordando naves

enemigas o desembarcando por las bravas en territorio hostil. Los mosquetes están bajo llave en la armería, junto a las bombas y las granadas. Los hombres silban y, cuando no silban, vomitan a causa de las náuseas que producen los mareos.

Ojalá el brigadier les dedicara unas palabras de ánimo. A esos pares de ojos alucinados. A los cientos de fantasmas encerrados en la bodega de un barco a la deriva.

A los que saben que quizás ya no vuelvan a ver nunca más la luz del sol. ¿Cómo era? ¿Portentosa y deslumbrante? ¿Cálida y gelatinosa como la carne de las ostras abiertas? Oh, pensad en que bastaría con que todos extendierais vuestros brazos hacia arriba, hacia el frente, para que un ejército de casi muertos germinase. Un ruego, una reivindicación antes de ser pasto de los peces: que se nos recuerde por nuestros nombres, por cada uno de nuestros nombres.

Que se sepa de nosotros y de nuestra desdicha.

—¿Algún enfermo? —se interesó Porlier.

Salvo de angustia y melancolía, ninguno, brigadier. Se hallaban bien. Sedientos, si acaso, porque habían intentado pasarse el agua los unos a los otros y solo habían logrado derramarla. Desistieron en cuanto el sargento Rodríguez lo ordenó. Solo faltaba que salieran de esta y los demás descubriesen que la puta infantería de Marina ha echado a perder todo el cargamento de agua dulce. Por no saber estarse quietos y aguantar la sed.

Aguantarían, por Dios que lo harían. De la tropa, que no se diga.

—Ninguno, señor —repuso el sargento.

Porlier se daba ya la vuelta para regresar al sollado cuando Rodríguez lo interrumpió:

—Señor… —comenzó con una voz más quebrada de lo que le hubiese gustado.

El brigadier giró la cabeza, pero no se dio la vuelta.

—Señor, nos preguntábamos… Pensamos que…

Porlier pensó que ojalá él también pudiera titubear. Tomarse los acontecimientos como un hombre más. Experimentar un pavor extremo y no hacer nada por ocultarlo porque, simplemente, resulta imposible.

—De momento, no podemos hacer nada que no sea aguardar —explicó.

—Desde luego, señor —asintió, raudo, Rodríguez. No quería que el brigadier pensara que ellos se estaban quejando. Nada más lejos de la realidad.

—En cuanto sepamos algo más, enviaré a alguien para que le informe —añadió Porlier con gesto huraño. Como cuando estás enfadado, pero no sabes con quién.

Si querían saber algo más, debían regresar a la cubierta del navío.

⁎ ⁎ ⁎

Cuando la alcanzaron, ya era completamente de día. Aunque aquello seguía siendo la boca del lobo: nubes negras en el firmamento, un viento helado que les atravesó la piel en cuanto pusieron el primer pie en cubierta y lluvia, lluvia cayendo de lado y haciendo que sus uniformes, tibios tras unas cuantas horas a resguardo, volvieran a empaparse en cuestión de minutos.

Los marineros de guardia constituían el cuarto relevo. Como el resto de sus compañeros, permanecían amarrados al palo mayor sin más ocupación que la de observar la ventisca y rezar para que un golpe de mar no rompiera los cabos que los asían y los lanzase por la borda.

—¡Mire! —gritó de pronto el alférez Hernaiz.

Señalaba un punto en el cielo hacia poniente.

Porlier giró la mirada en la dirección que indicaba Hernaiz y pudo verlo: no era gran cosa, pero un pequeño claro comenzaba a abrirse entre las nubes.

—Teniente, su sextante —dijo de inmediato—. Téngalo a mano. Necesitamos conocer nuestra posición.

Mucho tenía que escampar todavía para que eso sucediera. Pero como experimentados marinos que eran, Porlier y Ostos sabían que, cuando menos te lo esperas, un claro se abre en el cielo y puedes realizar tu observación. Un claro que, como llega, se va: si no estás atento y preparado, has perdido tu oportunidad. Y puede que no haya otra en días…

—¿Novedades? —preguntó Porlier dirigiéndose a los marineros de guardia. El brigadier, como también hacían el teniente y el alférez, separaba mucho las piernas para mantener el equilibrio en la inestable cubierta del *San Telmo*.

—Ninguna, señor —respondió uno.

—A ratos, parece que la ventisca se debilita… Pero no —añadió el otro.

En ocasiones, los temporales se extinguen a trompicones. Quizás estuvieran ante una de esas.

—Escuchadme bien —dijo Porlier a voz en grito para que los marineros le oyeran a través de las ráfagas de viento—. Si se abre un claro en el cielo, corred a avisar al teniente, ¿entendido? No a mí. ¡Al teniente Ostos!

—¡Entendido, señor!

De regreso al sollado, observaron cómo un cañón se había soltado de su cureña y golpeaba contra todo lo que encontraba a su paso. Porlier se quitó el sombrero, aprovechó para sacudirle el agua y comenzó a trajinar, él solo, con el cañón. Gruñía, y pareció tomarse a mal que, al verlo trabajar, Ostos y Hernaiz decidieran ayudarle.

Sería gracioso que fuera uno de nuestros propios cañones el que nos abriera una vía de agua que nos enviara a pique. Muy gracioso, de verdad que sí.

* * *

En contra de lo que pudiera parecer, el capellán del *San Telmo* era un hombre de acción. De iglesia, pero de acción. Se llamaba Juan Pizarro y llevaba dando misa sobre una cubierta prácticamente desde el día en que se ordenó. Jesús había tirado de él, pero la mar más.

El padre Pizarro quedó encerrado en el sollado cuando todos los hombres del navío fueron confinados bajo cubierta. A pesar de ello, hasta en tres ocasiones había descendido a la bodega para asegurarse de que su rebaño se encontraba como Dios manda. El trajín, entre subidas y bajadas, había sido importante. Pero piénsese que, de alguna manera y en aquellos especiales momentos, el padre Pizarro se veía a sí mismo como la piedra angular de la comunidad atrapada en el navío. Porque sí, el brigadier, el capitán y todos los demás oficiales se estarían dejando la piel para salvar las vidas de los hombres embarcados, pero ¿quién salvaría sus almas?

Él. Fuera cual fuese la suerte que Dios nuestro Señor deparara para el *San Telmo*, él tenía una ardua tarea por delante: si finalmente lograban salvarse, el camino hacia ese tiempo no llegaría de la noche a la mañana; hasta al más tonto a bordo no se le escapaba que les aguardaban tiempos duros por delante.

Y si lo que Dios planeaba para ellos suponía otra cosa… Qué decir. Ahí el padre Pizarro debía entregarse hasta el último de sus resuellos. Porque encaminar almas hacia las puertas del Cielo no era algo que se solventara en dos patadas.

En cualquier caso, el padre Pizarro iba a sudar el uniforme. Había comenzado a hacerlo ya.

—¡Rezad, rezad, hijos míos! —decía, a veces a grito pelado, a veces en susurros tan silabeados que más de un grumete se meó encima. Que se te hunda el navío, vale. Que te toque compartir con nueve hombres más el espacio que ocupa un barril de grasa, de acuerdo. Pero que, encima, venga el capellán y, a la luz tenebrosa de una lámpara a punto de expirar, te recuerde

que ahora lo importante es ponerse a buenas con Dios, hace que el vello se te erice y los huevos se te retraigan hasta bien subido el vientre.

Puso a rezar a media voz a todo el sollado y parte de la bodega. Algunos infantes ubicados en la zona de popa, adonde el capellán no podía acceder dado el amontonamiento de cuerpos, ignoraron la orden y se conformaron con verlas venir. Bastante tenían con evitar que los intestinos se les salieran por la boca. Si por hache o por be la diñaban, ya se pondrían a buenas con Dios cuando lo hallaran delante. A fin de cuentas, ninguno se tenía a sí mismo por un mal tipo. Maldades, lo que se dice maldades, apenas habían cometido. ¡Si ni siquiera les había dado tiempo, de tan jóvenes que eran!

Pero el padre Pizarro no se arredraba. Estaba en una misión de Dios y por Él que la llevaría a cabo. ¡Almas para su Reino! ¡Almas y almas diligentemente entregadas al sumo Creador! De una tacada. El sueño, ¿verdad que sí?, de todo sacerdote que se precie de serlo.

—Y dijo el Señor —predicaba con una biblia abierta en la mano derecha que no leía, porque ni le hacía falta—: Yo soy el Nombre que recoge vuestro nombre. Yo soy lo que sustenta y lo sustentado. Llegaréis a mí desnudos y mi Nombre será el que os acoja y en mi Nombre seréis reconocidos.

Repetía la prédica aquí y allá, en pie, tocado de esa magnanimidad que acompaña a los momentos más inciertos. Porque Pizarro, sea dicho, se daba por muerto. Él, y el resto. ¿Acaso Dios desperdiciaría una oportunidad semejante? El desastre se hallaba desatado; el rizo apocalíptico de los vientos, aullando sobre sus cabezas.

El mar, al grosor de unas tablas de distancia y decenas de hambrientas orcas aguardando en el agua helada. Sí, morirían, morirían porque ya no merecía la pena echarse atrás.

Eran carne para el fondo del mar y almas que han de ser recolectadas.

He aquí el segador en tiempo de cosecha. He aquí quien, tras la siembra, recoge orgulloso y humilde al mismo tiempo.

Grandes goterones de sudor le resbalaban por el cuello y empapaban su uniforme. Los capellanes embarcados, a diferencia de los que ejercían su ministerio en tierra, no usaban jamás sotana, sino una vestimenta, si bien completamente negra, de parecido corte al de los oficiales. En un navío de guerra, faldas, ni las de la madrina.

A los muchachos más jóvenes, muchos de ellos todavía niños, les impresionaba esa figura recortada y perfilada al contraluz de las lámparas vacilantes. Un libro siempre en la mano, un libro que no leía pues se lo sabía

de memoria. El libro que compendiaba todas las enseñanzas. Y si no todas, sí las precisas en un instante como el actual.

—¡Y el Señor, acercándoseles, les dijo: venid y comprended que el nombre de mi Padre es el Nombre que no precisa mención! ¡Sabed que bajo su sombra habrá amor y habrá calma para vuestras denominaciones! ¡Nadie que sepa quién es, que realmente se reconozca a sí mismo en lo que para él ha sido previsto en el Plan, será excluido del Nombre Maravilloso!

El alférez Manrique, que lo había escuchado predicar de aquella manera varias veces a lo largo de la noche y hasta el alba, se rascó la cabeza, aunque no dijo nada. Él, que provenía de buena familia y que había recibido una estricta educación religiosa, no recordaba aquellos pasajes de la Biblia. Lo cual era raro, porque a Manrique, desde bien niño, le habían obligado casi a memorizar las Sagradas Escrituras.

—Y dijo el Señor: Yo soy el Nombre que recoge vuestro nombre. Yo soy lo que sustenta y lo sustentado. El alimento hecho palabra y el Verbo que ama y contiene. Venid y calmad vuestra sed de nombre. Acercaos y el miedo aferrado a vuestra identidad desaparecerá de inmediato. Quien a mí se acerca y en mí confía es yo y yo soy él. La Palabra es mi promesa y vuestro hogar. Por los siglos de los siglos y hasta en lo profundo de los mares y océanos.

En fin, estuviera aquello en la Biblia o no, Manrique no tenía tiempo para ponerse a discutir. El capellán parecía fuera de sí. De una forma casi orgánica: como si el alma se le hubiera desplazado un palmo al frente y caminara oscilante en torno a un cuerpo que le servía de asidero, pero al cual no acababa de amarrarse por completo.

Porlier y Ostos, en una ocasión, pasaron a su lado y apenas le prestaron atención. Al igual que Manrique y que el resto de la oficialidad, en bastantes cosas tenían que pensar como para detenerse a analizar las prédicas de su capellán. ¿Mantenía a la tripulación en calma? ¿Los ayudaba a sobrellevar sus zozobras? ¿Sí? Pues más que suficiente.

El silencio que durante largas horas solo la soflama del padre Pizarro rompía se tornó en arrullador. Muchos hombres entrecerraron los ojos y se sumieron en un extraño duermevela. La posición de sentados sobre las tablas no les permitía conciliar el sueño. El miedo real a una muerte inminente, menos aún. Pero en la letanía del padre Pizarro habitaba algo que traía con ello el consuelo.

—Pensad ahora, en esta hora funesta, en la grandeza de su Nombre, que ha de recoger el vuestro —susurraba el capellán. Libro abierto en la mano, sudor a chorros en su piel. Y en los ojos esa mirada del lobo que se aproxima

lentamente al rebaño. Del que sabe que él es más fuerte, más sabio, más rápido.

También para proveer a Dios de alimento. De almas frescas ante sí desplegadas.

¿Y bien, Señor? ¿Soy digno de que poses en mí tu mirada? ¿Recolecto a la velocidad precisa y adecuada? Sí, sí, sé que apenas nos resta tiempo, pero lo estoy haciendo lo mejor que sé. No desfalleceré, Señor, no lo haré. Me reconozco en el trabajo que me has encomendado y entregaré mi vida antes que defraudarte. Será la última tras todas las demás.

⁎ ⁎ ⁎

A primera hora de la tarde llegó desde cubierta un aviso que hizo que la tripulación entera del *San Telmo* diera un respingo: ¡se había abierto un claro!

—¡Ostos! —gritó Porlier.

No habría hecho falta, pues, para entonces, el teniente ya corría hacia la cubierta con el sextante en la mano. Necesitaba ver el sol y el horizonte durante un rato para, así, calcular la latitud en la que se hallaban.

¡Era cierto! Cuando llegaron a cubierta, si bien la tormenta no había amainado por completo, sí daba señales de haber comenzado a extinguirse. De sur a norte, una amplia franja de cielo se estaba despejando a gran velocidad. Ostos no perdió el tiempo. Sabía que tan pronto las nubes se separaban como podrían volver a encontrarse. Había que actuar rápido.

El alférez Hernaiz le acompañó con el cronómetro y un rato después tenían una respuesta para el brigadier. Una respuesta a la que ni ellos mismos daban crédito.

—Sesenta y dos grados sur, señor —anunció el teniente.

Porlier fijó, alternativamente, su dura mirada en Ostos y Hernaiz.

—Repitan la medición —dijo.

—La hemos repetido, señor. No hay duda. Los datos son correctos.

—Es imposible.

Que era otra forma de decir que estaban irremisiblemente perdidos.

—Me temo que lo es, señor.

—¿Cómo podemos estar tan al sur, maldita sea?

—Parece que el vendaval y las corrientes…

Porlier levantó una mano para interrumpir a su teniente. Volvió la mirada hacia un lado, en ese gesto propio de quien, primero, no da crédito a lo que escucha para, a continuación, darlo porque sabe que lo que le dicen no es falso.

Maldito vendaval, malditas corrientes y maldita su estampa. Y eso sin conocer todavía su longitud. Que ni hacía falta, porque llevaban, ¿cuánto?, ¿veinticuatro horas?, yendo a la deriva en dirección este. Se hallaban tan al sur y tan en el puto culo del mundo que daban ganas de lanzar un cabo sobre una verga y ahorcarse uno mismo.

Los oficiales sobre la cubierta del *San Telmo* aguardaron en silencio. ¿Qué decir? Todos disponían de los conocimientos suficientes como para comprender, al detalle, lo extremadamente delicado de la situación. La cual, resumiendo, era la siguiente: estaban perdidos.

Sin medias tintas. Perdidos y abandonados a su suerte. Lo que fuera a ser de ellos, nadie lo sabía. Y peor aún: en estas circunstancias, de nadie dependía.

—¡Joder! —gritó por fin Porlier. Caray, se merecía perder, al menos un poco, los estribos. No somos de piedra. Nadie lo es, pero el que tiene tantas vidas bajo su entera responsabilidad menos.

Los oficiales continuaron guardando silencio. El capitán Toledo, que llegó entonces porque se había demorado repasando por enésima vez la estiba de la bodega del *San Telmo*, advirtió la desolación en los rostros de sus hombres.

—¿Tan al sur? —preguntó sin aguardar respuesta.

Ostos se limitó a asentir. Su capitán merecía una respuesta explícita y verbal, pero las palabras no le brotaban de la garganta.

—¡Joder! —repitió Porlier, dando un puñetazo en el aire. Se tomó un par de segundos más, miró a los oficiales que le observaban y se recompuso.

Los hombres de mar, si por algo destacan, es por su pragmatismo. Por su capacidad de amoldamiento a las circunstancias. Todavía no estaban muertos. Y la tormenta, ahora sí, parecía amainar. Algo bueno y algo malo. Algo levemente bueno y algo descomunalmente malo.

—¿Deberíamos comunicárselo a la tripulación? —preguntó el teniente Ostos.

—Creo que tienen derecho a saberlo —respondió el capitán Toledo.

Porlier se lo pensó durante unos segundos y añadió:

—Tienen derecho a saber que nos vamos a poner a trabajar.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó Ostos.

—Que vamos a ponernos a trabajar. Quiero a la marinería en cubierta. Lo primero es poner orden en este desconcierto. La tormenta nos ha golpeado duro, pero el *San Telmo* ha resistido. Estamos a la deriva, pero eso no significa que debamos quedarnos de brazos cruzados.

* * *

Una vez que la marinería hubo subido a cubierta, el espacio tanto en el sollado como en la bodega aumentó de forma notable, lo cual hizo que los hombres pudieran estirarse. La mayoría de ellos, por primera vez en más de veinticuatro horas. Porlier ordenó que a todo el mundo se le diera media ración de comida y un cazo de agua. A los marineros en primer lugar, y después al resto.

—El navío ya no se mueve —dijo un infante de marina—. Eso quiere decir que la tormenta ha cesado. Deberían dejarnos salir a tomar el sol.

El sargento Rodríguez no se anduvo por las ramas. Escuchó lo que aquel infante decía, comprendió que tenía toda la razón de mundo y se le encaró sin miramientos para espetarle:

—Como vuelva a oírte queja alguna, te arresto de inmediato. Entonces vas a saber tú lo que es no ver el sol en días.

El sargento apreciaba a cada uno de los infantes bajo su mando. Como a hijos, dicho sea exagerando solo un poquito. Pero sabía que el modo de tratarlos era este y no otro. Tenía a doscientos tíos ociosos y con armas de fuego a su alcance. Armas que sabían utilizar mejor que nadie en ese navío. Bastaba, en consecuencia, con que bajara la guardia un instante para que alguien se la jugara y le diera un disgusto. Disgustos de los que cuestan vidas. Así que no, aunque tengas toda la razón del mundo, no te la voy a dar. Ni ahora ni en cien años. Cierra el pico, cómete la comida y bebe tu sorbo de agua. Nuestro trabajo es estar preparados para cuando se nos requiera.

—Parece que nos hemos ido a tomar por culo —dijo uno mientras masticaba. Sonreía con la boca abierta y mostraba una dentadura a la que ya le faltaba alguna pieza.

—Zarraluqui, cierra el pico —repuso Rodríguez, con el tono rudo y al tiempo comprensivo de los sargentos de guarnición. Palo y zanahoria.

—Joder, sargento, es lo que dicen, ¿no?

Todavía estaban los oficiales debatiendo en cubierta acerca de la idoneidad o no de comunicar la noticia a la tripulación, y esta, la noticia, ya había corrido como la pólvora. En un navío no hay secretos. Los oficiales, que viven una vida apartada de todos en su magnífico castillo de popa, creen que sí, pero no. Hablan y debaten sobre la cubierta, jamás bajan el tono de su voz porque algo así resultaría inconcebible para ellos y los marineros que faenan a su lado escuchan. Fingen que no escuchan, pero lo hacen. Aunque tampoco haría falta tanto disimulo, pues, a efectos prácticos, un oficial no ve a un marinero hasta que necesita verlo. Mientras tanto, aunque lo tenga a un palmo de sus narices es, para el oficial, lisa y llanamente invisible.

—Que digan lo que digan —zanjó el sargento Rodríguez.

Un grupo de unos treinta o treinta y cinco infantes había formado un pequeño corro en un rincón del sollado. Algunos hombres habían optado por tumbarse cuan largos eran, ahora que podían, y así, en esa posición, seguían el debate.

—¿Y ahora qué? —preguntó el tal Zarraluqui. No tenía un carácter pendenciero, ninguno de los infantes embarcados podía permitirse una actitud semejante, pero era de los que no se callaban las cosas. Había más de doscientos infantes de marina embarcados, lo que suponía un tercio de la tripulación, y nadie se iba a dignar a informarles de nada. Contar con ellos, menos aún. Al menos, a la marinería se le permitía estar en cubierta y se enteraban de lo que sucedía por sus propios medios.

—Ahora esperaremos —dijo el sargento.

Que es lo que la infantería de marina hace. Espera y espera y espera y sigue esperando. En algún momento, tras largos meses de inactividad, alguien da una orden y el sargento manda que a las armas y listos para el abordaje. Se trabaja duro durante un par de horas y, si consigues salir con vida, regresas a la calma y la tranquilidad. Deja que los demás se preocupen. En cualquier caso, nosotros no sabríamos hacerlo mejor, de manera que así están bien las cosas.

—Si nos hemos ido a tomar por culo —terció otro infante de nombre Irisarri—, las ordenanzas ya no rigen, ¿no, sargento?

—¿Tú eres gilipollas o qué te pasa? —Devolvió, calmoso pero tajante, la pregunta el sargento Rodríguez. Y añadió—: Te voy a decir dos cosas. En primer lugar, no nos hemos ido a tomar por culo. Nos habremos ido a tomar por culo cuando el brigadier Porlier diga que nos hemos ido a tomar por culo. Ni un segundo antes, hijos de la gran puta. Y en segundo lugar, y no menos importante, aunque nos hayamos ido a tomar por culo esto sigue siendo un buque de guerra y nosotros somos soldados del rey. Al que olvide esto, aunque sea por un miserable instante, lo fusilo de inmediato. Qué cojones voy a fusilarlo… Ni una bala se merece: le rebano el cuello de oreja a oreja, pongo las cosas en su sitio y munición que nos hemos ahorrado. Viva el rey, cabrones.

Los hombres sonrieron mientras comían. Les gustaba ese tono sargentero: se reparte leña, pero desde el cariño y la comprensión mutuas.

Las medias raciones se les hicieron cortas a la mayoría de ellos. Las engulleron, claro, porque un soldado siempre devora todo lo que le ponen delante ya que no sabe cuándo será la próxima vez que podrá comer. Sí hubo

quejas en torno a la cortedad del sorbo. El calor reinante en la bodega los había hecho sudar como cerdos sobre las brasas y ahora la mayoría de la tropa estaba deshidratada y anhelante de beber hasta hartarse.

—Yo creo que las ordenanzas ya no rigen —repitió Irisarri con la mirada perdida en el techo.

El sargento ya no se molestó en responder. A veces había que dejar hablar a los hombres aunque no dijeran más que sandeces. La cháchara calmaba a los soldados inactivos.

—Seguimos embarcados —adujo un tercer infante. Se llamaba Sotomayor, Alejo Sotomayor, y todos sabían que era muy de tierra adentro. Lo suficiente como para preguntarse cómo diablos había acabado un muchacho así en un buque de guerra perdido en un lugar al sur del sur.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Zarraluqui.

—Joder, pues que si estamos embarcados, las ordenanzas rigen. Es de cajón, ¿no?

Zarraluqui ni se lo pensó demasiado antes de responder:

—Puede que estemos embarcados, pero nos hallamos a la deriva. ¿Lo estamos o no lo estamos?

—Supongo.

—¿Cómo que lo supones? ¡Estamos a la puta deriva! ¡Nos vamos a la mierda porque se nos ha roto el timón y no sé cuántas cosas más! ¡Los hijoputas que trajinan ahí arriba no nos van a salvar de esta! Te lo digo yo…

—Tú no tienes ni puta idea de lo que dices.

—¡Habló el que habló! Hostias, tío, que tú tenías los huevos negros la primera vez que viste el mar. No me vengas a mí con chorradas…

—Puede que sea verdad, pero sé que un barco a la deriva sigue siendo un barco. Tenemos capitán a bordo, ¿no? Y oficiales y todo eso. Hasta nuestro sargento cree que las ordenanzas rigen.

Rodríguez hizo como que no le había oído. Que discutieran entre ellos hasta caer rendidos. Él no se inmiscuiría mientras no fuera necesario.

—Yo lo único que sé —intervino ahora Irisarri— es que esto va a ser un sálvese quien pueda.

—En ese caso nosotros vamos a ser los primeros en palmarla —dijo Sotomayor—. Yo no sé nadar.

—Ni yo.

—Ni yo.

La casi totalidad de los infantes de marina presentes repitió la cantinela por lo bajo. Y los que, por vergüenza o por lo que sea, callaron, lo pensaron.

Allí no sabía nadar ni el capitán Toledo. ¿Para qué? ¿Acaso pretendían darse baños de recreo en el mar? Si se iban a pique, se irían todos al fondo con el buque. Y asunto resuelto.

—Aún flotamos, me parece a mí —terció un infante llamado Escalante.

—Pero a la deriva —repuso Irisarri.

—Pero flotamos.

—A la puta deriva.

—Yo diría que sigo vivo.

—Por poco tiempo, cabrón.

—Me cago en tu puta madre.

De pronto, quién sabe si terciando en nombre del señor, el padre Pizarro apareció en la bodega. Llevaban viéndolo ir y venir desde hacía un día. Con el rictus desencajado y algo que si no era enloquecimiento en la mirada en mucho se le parecía.

—¡Hijos míos! —espetó el capellán del *San Telmo*. Parecía pletórico de fuerzas. Separó los brazos del cuerpo y mostró el libro que portaba en la mano derecha. Era una biblia más o menos abierta por la mitad. El cura usaba su dedo pulgar para separar las hojas, las cuales, al agitar el hombre el libro en el aire, emitían un extraño silbido que más de uno tomó por una señal divina. En cuanto te tiras veinticuatro horas seguidas sin pegar ojo, sin apenas beber ni comer y con el pensamiento fijo en las orcas que aguardan cerca para devorarte, ves señales de Dios por todas partes—. ¡Hijos míos!

—Padre… —dijo el sargento sin demasiado énfasis, pero mostrando respeto.

—¡Yo os digo, os digo ahora, que nuestro momento se acerca! —exclamó el padre Pizarro. Su cabeza oscilaba de babor a estribor sobre los hombros, como si en lugar de cuello tuviera un muelle.

—Padre —se dirigió a él Irisarri—. Quizás usted pueda echarnos una mano con un tema que nos preocupa.

—Dime, hijo, dime…

—¿Usted cree que las ordenanzas siguen en vigor?

—Aquí la única ordenanza que importa es la que dicta Dios nuestro Señor. Ateneos a ella y os prometo la salvación.

Irisarri no se quedó demasiado convencido con la explicación del capellán. Zarraluqui tampoco, e intervino en búsqueda de aclaraciones:

—Ya… Ya, si de eso no dudamos, padre… Lo que nos preocupa es saber si tenemos que seguir obedeciendo las normas.

Fue el sargento Rodríguez quien, sin aguardar la respuesta del padre Pizarro, respondió al infante:

—Pues claro que debes seguir obedeciendo las normas, gilipollas. —Y mirando al capellán, añadió—: Disculpe, padre.

—Tranquilo, hijo, tranquilo… —dijo el aludido—. Todos estamos muy tensos desde que Dios nos mostró la enormidad de su Nombre. Porque es eso y nada distinto lo que sobre nosotros se cierne: un aviso, una advertencia de que cada uno de nuestros nombres está dispuesto para ser cosechado. Es Él, es su Nombre, el que recogerá nuestro nombre. Lo recogerá y lo acogerá, y seremos calma y amor por el resto de la eternidad. Bienaventurados los que la letra exacta reconocen.

Tras el sermón, los infantes permanecieron en silencio. Ellos debatían en torno a la vigencia de las ordenanzas y el cura les hablaba del Apocalipsis. Porque a eso se refería con toda esa perorata del Nombre que recoge los nombres de los demás, ¿no? De que aquí moría hasta el buzo y Dios recolectaría sus almas, porque habían sido buenos, o más o menos buenos, o quizás decentes, o simplemente no habían practicado suficiente mal como para ir derechitos al infierno.

—Recordad lo que ahora os digo —añadió el padre Pizarro que, al parecer, no había terminado todavía—. Seréis seres de amor infinito para él, seres resumidos en un nombre inteligible, un nombre único para cada uno de vosotros, un nombre que no se pronunciará jamás y que se extinguirá con vuestra adhesión a Él. Nadie será vosotros una vez que hayamos partido. Una vez que constituyamos el Nombre.

Amén.

5
3 de septiembre de 1819
Dos minutos para la medianoche

Porlier dijo que iba a poner a la marinería a trabajar y vaya que si lo hizo. Como si no hubiera un mañana, porque no era nada improbable que no hubiera un mañana. El centenar largo de marineros del *San Telmo* se dispersó por la cubierta del navío y, antes de emprender cualquier otra acción, hizo limpieza. La tempestad, que poco a poco daba más y más señales de estar amainando, había dejado la cubierta repleta de escombro. Una vez despejado el espacio, el plan de Porlier, que consultó con el capitán Toledo y que comunicó a los tenientes Ostos y Marín, pasaba por intentar gobernar el navío con la vela cangreja.

—Soy escéptico al respecto —dijo Toledo cuando supo de las intenciones del brigadier.

—No tenemos muchas más opciones, ¿verdad? —resumió este la situación general.

—Me temo que no.

—Pues intentémoslo. Aunque no funcione.

Ostos y Marín asistieron a la breve conversación sin despegar los labios. Ni se les había pedido su opinión ni se esperaba que, en caso de hacerlo, fuera a discrepar de la de Porlier.

Gobernar un navío de setenta y cuatro cañones y más de seiscientos hombres a bordo con una sola vela era algo más que un acto heroico: era imposible. Pero de donde no hay no se puede sacar, y el *San Telmo* tenía más de la mitad de la arboladura arrasada y nadie podría reparar el timón en mar abierta. Así que, fuera imposible o no, lo intentarían. Cualquier cosa antes que darse por vencidos. O por muertos.

Vamos a ello.

Se mantuvieron izadas todas las velas del palo mayor, las únicas que no habían sufrido desperfectos imposibilitantes, y se arrió el resto. Algunas de

estas velas tuvieron que ser cortadas por hombres subidos a los palos, pues, dado el estado en el que habían quedado, no había forma de arriarlas.

Después, cuando se aseguró que el *San Telmo* mantenía un rumbo estable, se trató de dirigirlo con la cangreja. La cangreja, a diferencia del resto de velas de la arboladura, se colocaba longitudinalmente en el navío, con una de sus bandas hacia popa y la otra hacia proa. En teoría, moviéndola como uno deseara el navío se dirigiría hacia el destino elegido. En teoría, porque el *San Telmo* era un mastodonte sobre el mar que difícilmente se dejaría domar con una velita del tres al cuarto.

Los hombres, fuera como fuese, lo dieron todo durante más de cinco horas. Al principio, cuando la tormenta aún castigaba la cubierta del navío con sus buenos coletazos de viento y lluvia ladeada, los resultados fueron inciertos. Sí es verdad que el navío viró ligeramente hacia el noreste, pero, tras un rato, volvió a avanzar en su habitual y desesperante rumbo este.

Más tarde, con el vendaval más apaciguado, los hombres, veinticinco marineros al unísono en no pocos momentos, adquirieron cierta pericia en la maniobra y el *San Telmo* volvió a virar hacia el noreste. Durante más de media hora pareció que lo conseguirían. Después, debido a la fuerza del viento y al castigo que llevaba días soportando, la cangreja se rajó de parte a parte y dejó con cara de bobos a todos sobre la cubierta.

Durante un par de minutos nadie dijo nada. Los hombres cesaron en sus labores, pero permanecieron inmóviles en sus sitios. Los oficiales, otro tanto. Solo Porlier agachó la cabeza y murmuró, puede que para sí, algo parecido a:

—Un poco de suerte, solo un poco de suerte…

No para vosotros.

El capitán Toledo, sin ánimo de incomodar al brigadier, pero sintiéndose impelido a ello, hizo la pregunta que todos esperaban. En voz baja, para que solo los oficiales presentes en cubierta la escucharan:

—¿Y ahora qué?

Porlier se pasó la mano abierta sobre la boca cerrada y la dejó caer hacia el mentón. ¿Ahora qué? Ahora nada.

—Que den de cenar a estos hombres —dijo, seco y escueto—. Han trabajado bien.

Al menos ya no llovía y el viento se había convertido en una ligera brisa. Estaban solo a merced de las corrientes. Que no era poco, pues entre lo malo y lo peor, tenían lo malo. Algo digno de mención.

—¡Mierda! —exclamó Porlier mientras veían cómo sus marineros descendían hacia el segundo puente.

⁎ ⁎ ⁎

Al anochecer el frío comenzó a ser muy intenso. Quizás lo había sido hasta ahora, pero el hacinamiento de la tripulación entre el sollado y la bodega, además del agudo miedo al que la tormenta los había tenido sometidos, hizo que pasara desapercibido. En este momento, tras ordenar Porlier que los hombres se distribuyeran también por los dos puentes artillados ocupando, más o menos, sus lugares habituales, el frío se apoderó de ellos y muchos comenzaron a tiritar. De un modo o de otro, la preocupación los había mantenido ajenos a la temperatura. Y no es que nada de eso hubiera desaparecido, pero, al amainar la tormenta, algo se había serenado a bordo del *San Telmo*: los hombres eran más conscientes de su situación, de que seguían con vida y de que, una vez dejado atrás el vendaval, no era probable que cualquier circunstancia imprevista los matara a corto plazo.

Salvo el frío que comenzaron a experimentar cuando creyeron que las cosas mejoraban para ellos. Ironías de la vida, sí.

El *San Telmo* era un navío que pasaba por allí. Ni por lo más remoto se les había ocurrido que acabaran a sesenta y dos grados sur. El plan de ruta suponía doblar el cabo de Hornos y poner rumbo norte a la velocidad del rayo. Puede que notaran algo de frescor en los momentos más australes de su derrota, pero sería cuestión de un par de días. Tres, a lo sumo. Entre el trabajo diario, una cosa y otra, nada que mereciera tenerse en cuenta y, menos, prever. Así que, dicho llanamente, iban con lo puesto: el uniforme normal y corriente y una manta por barba.

Manta que ahora todos sin excepción se habían echado sobre los hombros para protegerse del frío y la humedad reinantes.

Los marineros, que eran los únicos que tenían información de primera mano como para hacerse una idea de cuál era su situación, corrieron la voz de que más le valía a cada cual ponerse a buenas con el Señor. No era cierto porque, objetivamente, desde el momento en el que rompieron el timón y se separaron de la Prueba y de la Primorosa Mariana, no habían estado mejor. Ya no llovía, ya no estaban siendo azotados por olas gigantescas ni formidables vientos los zarandeaban a placer. Simplemente, estaban a la deriva, que, en sí, suponía un problema de extremada gravedad, pero no como para darse por muertos.

Empezaron a escucharse rezos por aquí y por allá. El padre Pizarro, aún más exhausto y desquiciado si cabe, se movía, raudo, entre los diferentes grupos de hombres. Se detenía en uno, conducía la oración durante cinco o diez minutos, soltaba su habitual diatriba sobre el Nombre que recogería sus

nombres y, como tomado por un espasmo, se dirigía a un nuevo grupo de hombres.

Los infantes de marina, que habían ocupado la totalidad del sollado haciéndolo suyo, eran los que menor inquietud sentían. Les habían llegado rumores desde los puentes superiores, pero un soldado solo cree en lo que ve con sus propios ojos: y si había algo indiscutible allí era que el navío había dejado de moverse sacudido por la tormenta. Flotaban, disponían de suministros suficientes para un mes o dos y la marinería no se había amotinado. Al menos, no todavía.

Nada iba especialmente mal. Si lo pensaban despacio, y lo hacían, se habían librado de entrar en combate, allá en el ahora remotísimo Perú. En un combate contra fuerzas reales que se defenderían con uñas y dientes, y todo lo que eso comportaba: que ir, iban todos; pero regresar, solo lo harían Dios sabe cuántos.

El navío se había desviado de su rumbo por causas ajenas a la guarnición de a bordo. En lo que a ellos respectaba, continuaban cobrando sus soldadas. Sin pegar un palo al agua. Sin dar un solo tiro, tan siquiera al aire. Si no fuera por este maldito frío, podría decirse que mejores situaciones había pocas.

En la cabina del capitán Toledo un selecto grupo de oficiales formado por seis hombres se había reunido para cenar y deliberar acerca de los siguientes pasos a dar. O, por ser más concretos, de si existían pasos que, tras el fiasco de la cangreja, pudieran ser dados una vez amaneciese.

Salvo continuar a la deriva y aguardar, a nadie parecía ocurrírsele nada. Entre la marinería corrían leyendas acerca del fin de los océanos. Muchos hombres creían a pie juntillas que el mundo era completamente plano y que, llegados a su límite, todos, hombres y navíos, caerían por un precipicio sin fondo hacia la eternidad de los abismos insondables. Los oficiales, por supuesto, sabían que nada de eso era así y que, si el *San Telmo* se mantenía a flote y navegaba, tarde o temprano alcanzarían tierra.

—¿Amiga o enemiga? Esta es la cuestión —dijo, resumiendo las preocupaciones de todos los presentes, el teniente Ostos. Alzaba una copa de vino de Castilla en la mano derecha y se había achispado un poco. Como todos los presentes en aquella estancia, dicho sea de paso. Merecido se lo tenían tras el arduo trabajo llevado a cabo.

Nada comparado con lo que se les venía encima.

—Crucemos los dedos para que sea amiga —repuso el capitán Toledo con una leve sonrisa, producto del vino, en los labios.

Nada comparado al infierno que se preparaba para dentro de unos minutos.

—Será amiga, no lo dude nadie —levantó su copa el teniente Marín. El resto de oficiales lo secundó de inmediato y todos bebieron con alegría contenida. El primer obstáculo, la tormenta, había sido superado. Ahora debían cruzar los dedos para que la suerte los acompañara. Será amiga, será amiga, será amiga.

El infierno aguardaba al *San Telmo*. Muy cerca, tan cerca que aquellos seis hombres podrían haberlo olido de haber tenido aroma, o escuchado de haber emitido rumor alguno. Pero el infierno al que el *San Telmo* estaba siendo condenado carecía de toda propiedad, más allá de su imponente e innegable presencia. Les aguardaba oscuro y tenebroso en mitad de la noche.

De eso se trataba y eso era todo. El Nombre en el que sus nombres se estrellarían.

Brigadier de la Real Armada Rosendo Porlier, capitán de navío Joaquín Toledo, teniente de navío Alonso Ostos, teniente de navío Félix Marín, alférez de navío Lázaro Hernaiz, alférez de navío Nicolás Manrique. He aquí sus nombres. El Nombre acogerá a uno de ellos ahora mismo. Porque, y esta es una verdad ineludible, de los seis oficiales que levantaban sus copas sentados a la mesa del capitán del *San Telmo*, uno de ellos estaba a punto de morir.

—¿Qué hora es? ¿Alguien podría decírmelo? —preguntó el capitán Toledo.

El teniente Ostos tenía un reloj mecánico de bolsillo. Algunos oficiales, los de menor rango, lo envidiaban por ello. Porlier lo consideraba un detalle decididamente estrafalario. El *San Telmo* tenía su propio reloj, que era, en consecuencia, el que marcaba las horas para todos y cada uno de los hombres sobre su cubierta. ¿A santo de qué, pues, portar el tuyo propio? No le gustaba, no. Había, en el control de la medición del tiempo, cierto rasgo de ostentación innecesaria entre hombres de mar.

Salvo por las conversaciones del reducido grupo de oficiales, en el castillo de popa reinaba un silencio absoluto. A Porlier y al capitán Toledo los atendía un cocinero que trabajaba, día y noche, solo para ellos dos. A veces, también para los tenientes, pero no como regla general. Los días normales él se bastaba para, además de cocinar, servir la mesa con el decoro que se espera en un navío perteneciente a la Real Armada. Toledo mostraba ciertos remilgos, y hasta Porlier de cuando en cuando, pero cuando se está embarcado es preciso conformarse con lo que hay. Y esto era lo que había. No obstante, en esas

ocasiones en las que el brigadier o el capitán tenían invitados a su mesa, el cocinero se hacía ayudar de un paje de nueve años de edad que tenía bajo su tutela y al que pensaba transmitir todos sus conocimientos culinarios. El crío, que respondía al nombre de Domingo Sanz, llevaba embarcado en el *San Telmo* desde los seis años y, en un sentido estricto, jamás había conocido otro hogar que no fuera este.

Como era de ley en todo navío de guerra español, los pajes, fuera cual fuese su edad, recibían el tratamiento de un hombre. Domingo no era diferente. El capitán Toledo lo toleraba con simpatía, Porlier no siempre notaba su presencia, y el resto de oficiales de rango inferior lo ignoraba por completo. Sin embargo, Domingo se sentía feliz con aquel empleo: el cocinero del *San Telmo* sabía hacer su trabajo y sobre la mesa de los oficiales jamás faltaban vituallas que el resto de la tripulación no solo no imaginaba que existieran a bordo del buque, sino que ni existieran sobre la faz de la Tierra misma. Domingo, al igual que su patrón, se cuidaba muy mucho de que aquellas sabrosísimas viandas no se desperdiciaran nunca. Ni siquiera las más pequeñas de entre todas las migajas.

—Es medianoche —dijo, con cierta solemnidad, el teniente Ostos mientras usaba la mano que no sostenía la copa de vino para extraer el reloj, abrirlo en un hábil gesto y consultarlo no sin antes entornar ligeramente los ojos—. No, rectifico, señor: faltan dos minutos para la medianoche.

6
3 de septiembre de 1819
A la luz de la luna contempló lo que ante él se extendía

Cuando el sargento de infantería de marina Sebastián Rodríguez oyó cañonazos, no tocó a zafarrancho de combate porque no era esa una función que le estuviera atribuida, pero se dispuso a actuar como si así lo fuera. Un sargento como Dios manda se anticipa a las circunstancias. Y si las circunstancias son que estamos siendo atacados, preparémonos para el combate. Nos hallamos confinados en el puto sollado. En lo más hondo de este navío a la deriva. Hace un frío de mil pares de cojones y tenemos los sentidos abotargados. Por si esto no fuera suficiente, nos encontramos en plena noche. ¿Y si realmente han tocado a zafarrancho de combate y desde aquí no lo hemos oído? ¿Y si en cubierta nos aguardan para repeler el ataque enemigo, y nosotros, por un quítame allá esa ordenanza, nos hemos demorado tanto que la propia demora deviene en derrota?

Que no se diga que fue por culpa de la infantería de marina.

—¡Atención! —gritó el sargento Rodríguez poniéndose en pie y estirándose la casaca—. ¡Luces, quiero luces! ¡Encended los faroles!

Fácil era decirlo. Los cañonazos parecían venir por el lado de estribor y golpeaban en rápidas ráfagas al *San Telmo*. A buen seguro, el buque que les estaba atacando era un tres puentes.

—¡Disparan bajo la lumbre! —informó un infante. Eso significaba que los impactos en el casco estaban teniendo lugar bajo la línea de flotación. Y si no era en el sollado, donde ellos se encontraban y donde no parecía haber vías de agua, sería en la bodega.

—¡En pie todo el mundo, hostia puta! —se desgañitó el sargento, gritando para hacerse oír entre los murmullos que emitían sus doscientos hombres—. ¡En pie y preparados para el combate! ¡Y en silencio, cojones!

De repente, el *San Telmo* se inclinó hacia el lado de estribor y comenzó a aullar como un perro herido. Como un perro al que la herida lo va a matar muy lentamente y se lamenta, y se duele, y solloza, pero ahorrando esfuerzos porque la agonía se prevé larga.

—Son por estribor —dijo el sargento confirmando, más para sí que para cualquiera de sus hombres, el lugar donde estaban recibiendo los impactos. Hasta creyó reconocer la cadencia de las andanadas bajo la línea de flotación. Blam, blam, blam, y luego una pausa de unos segundos. Después, como si quien estuviera dando las órdenes desde el navío enemigo se hallara midiendo el ataque con un cronómetro en la mano, blam, blam, blam: una nueva descarga perfectamente articulada que doblegaba al *San Telmo* a una velocidad pasmosa.

Caían hacia el lado de estribor, maldita sea.

Rodríguez sabía que los artilleros rara vez disparaban todos los cañones de una batería al unísono. Incluso en un descomunal tres puentes, como parecía el caso, lanzar toda la potencia de fuego sin balancearla convenientemente podría desestabilizar el propio buque. De ahí que guardaran intervalos y de ahí que a Rodríguez no le cupiera la menor duda de que estaban siendo atacados.

En mitad de la noche y disparando bajo la línea de flotación. ¿Se podía ser más miserable? Se podía ser inglés. Hijos de la grandísima puta. Ahí los tenían, en este mar olvidado en la boca del abismo. Un lugar en el que os sentís como en casa, ¿verdad, cabrones? Pues nos vamos a defender. Vaya que si lo vamos a hacer. El *San Telmo* no se rinde fácilmente. La dotación bajo el mando del sargento Rodríguez, menos aún.

Necesitaba órdenes de los oficiales de guerra, pero esas órdenes no llegaban. Producto del desconcierto y, sin duda, del hecho de que toda la tropa se hallara, inhabitualmente y dadas las especiales circunstancias en las que el *San Telmo* se había visto inmerso durante las últimas jornadas, confinada en el sollado del buque.

Sin embargo, que no llegaran órdenes no significaba que debían cruzarse de brazos y aguardar. No cuando era obvio, porque tenían orejas a los lados de la cabeza y podían escuchar con total claridad el ruido que realizaban los impactos, que les atacaban.

Eso, unido al hecho de que el *San Telmo* se escoraba cada vez más y más, hizo que el sargento tomara, por su cuenta y riesgo, una determinación crítica: zafarrancho de combate; para sus adentros, porque si lo gritaba se arriesgaba a

que más tarde le abrieran un consejo de guerra, pero zafarrancho de combate a fin de cuentas.

Actuarían como si el oficial al mando lo hubiera ordenado, aunque del oficial al mando no se tuviera la menor noticia.

—¡Atención! ¡Más luz, más luz! —gritó.

Después, corrió hacia los dos pañoles donde, bajo llave, se guardaban los mosquetes y los cartuchos. En realidad, también disponían de una buena dotación de trabucos, pero Rodríguez sabía que en mitad de la noche y sin saber exactamente a qué se enfrentaban, armar a los hombres con el mosquete reglamentario suponía la mejor opción. Un trabuco barre la cubierta enemiga si se dispara a corta distancia. No obstante, ¿se hallaría tan cerca el navío enemigo? El sargento se dijo que no y no le dio más vueltas. Tal y como sonaban los cañonazos, el adversario se hallaba cerca, pero no lo suficiente como para que los trabucazos hicieran mella en él.

Al estilo de toda la vida: infantes armados con mosquetes y a batirse el cobre a cubierta con lo que venga.

Dos infantes eran los encargados de repartir las armas: Diego Ortiz de Zárate y Javier Pérez. Lo habían ensayado hasta el hastío. El primero se situaba en la puerta del pañol donde se guardaban los mosquetes y el segundo en el de las cartucheras. El sargento se colocaba entre ambos y los infantes, en rigurosa formación, recogían la cartuchera, se la colocaban en bandolera y, una vez realizado este proceso, asían el mosquete que les tendía Ortiz de Zárate.

Ambos pañoles eran los lugares más limpios y ordenados de todo el *San Telmo*, incluido el camarote del capitán. Allí no se toleraban las tibiezas: de las armas que los pañoles guardaban dependía, en último término, la seguridad del navío. Por ello, el sargento Rodríguez inspeccionaba los pañoles hasta tres veces por día para asegurarse de que todo se hallaba en su lugar.

En la repetición reside la virtud. He aquí la única verdad incuestionable que guía los días y los actos de un infante de marina embarcado. Repítelo todo una y mil veces y, cuando hayas terminado y sepas de memoria cada movimiento, finge que no recuerdas nada y comienza desde el principio. Una y otra vez, una y otra vez, hasta que doscientos hombres consigan realizar su trabajo con los ojos cerrados. O en plena oscuridad, como era el caso, dado que nadie parecía ser capaz de encender los faroles que el sargento había pedido hacía ya un rato.

El *San Telmo* rezongó lastimeramente y redujo su avance, lo que hizo que varios infantes cayeran rodando por el suelo.

—El piso se inclina, sargento —indicó Ortiz de Zárate, que oyó cómo los mosquetes se desplazaban dentro del pañol en cuya puerta él prestaba servicio.

—Nos están dando por estribor —confirmó Rodríguez—. Vamos, sin demora. ¡Quiero a toda la guarnición armada y formada sobre cubierta en dos minutos! ¡Vamos, vamos, vamos!

Los infantes, a muchos de los cuales les costaba mantener el equilibrio, comenzaron a armarse. Pérez lanzaba las cartucheras, cada una con setenta cartuchos en su interior, a los hombres que se le acercaban. Se hallaba dentro del pañol, donde la oscuridad era absoluta. A tientas, asía una cartuchera y, tras un grito previo de aviso, se la arrojaba al hombre que veía perfilarse junto al quicio de la puerta del pañol. Después, ese mismo hombre pasaba frente al sargento, quien lo apremiaba para que se diera aún más prisa, y se situaba junto al pañol contiguo, donde Ortiz de Zárate le entregaba un mosquete y una bayoneta que debía ser calada de inmediato.

Un error que el sargento rectificó después de que varios hombres se acuchillaran a sí mismos mientras realizaban esta simple maniobra, en un *San Telmo* que, por momentos, se ladeaba más y más.

El plan ensayado suponía que, a medida que los infantes fueran armándose, enfilaran camino hacia el primer puente, de ahí hasta el segundo y, a continuación, accedieran a la cubierta, donde deberían ocupar las posiciones previamente asignadas. Cada hombre sabía, o debería saber, adónde dirigirse. Sin titubeos, con prontitud, eficaces en todo momento.

Cuando los primeros infantes de marina alcanzaron el primer puente a través de unas empinadísimas escalerillas, se dieron de bruces con un caos de hombres enloquecidos que corrían de aquí para allá en lo que a muchos les pareció un auténtico desgobierno. Al menos, aquí habían conseguido encender los suficientes faroles como para que la visibilidad fuera, si no buena, sí razonable.

Entonces, vieron a varios hombres tendidos en el suelo, muertos. Al otro lado del puente, entre los gritos y los lamentos de la marinería, los infantes distinguieron la voz del contramaestre, quien, con evidente temple, repartía órdenes cortas y eficaces. No supieron identificar de qué se trataba, pero a buen seguro tenían que ver con la recuperación del orden y de la disciplina en aquel puente.

Más de un infante y de dos se sonrieron. La infantería de marina, la incompetente e innecesaria tropa que no importaba confinar en el infecto sollado para que, así, la marinería campara a sus anchas en las bien aireadas cubiertas artilladas, estaba actuando como se esperaba de ella. Armados, prestos para el combate y dirigiéndose a sus puestos para el zafarrancho.

¿Y vosotros?

Muriéndoos como niñas solo porque el *San Telmo* está recibiendo unos cuantos cañonazos por estribor.

Un *San Telmo* que aullaba de pánico y al que nadie socorría. Salvo ellos, que corrían a ocupar sus puestos en la cubierta del navío, ¿en qué estaban ocupados los demás miembros de la tripulación? En morirse, básicamente. Eso, en el mejor de los casos, porque muchos hombres, marineros o incluso artilleros, deambulaban por el puente sin rumbo fijo haciendo caso omiso a las indicaciones del contramaestre. Confusos, desorientados, ridículamente extraviados de sí mismos.

De acuerdo, el *San Telmo* crujía por dentro y todo él amenazaba con hacerse añicos. Lo normal cuando te cañonean con acierto desde un navío enemigo. ¡Lo importante ahora era responder al ataque! ¡Responder, responder y responder!

Al menos, un grupo de media docena de artilleros trabajaba de firme para sujetar varios cañones del lado de babor, los cuales, debido a la inclinación que estaba tomando el *San Telmo*, comenzaban a deslizarse con lentitud hacia atrás aplastándolo todo a su paso. Un idiota estremeció el entrepuente al proferir un endemoniado alarido cuando una de las cuatro ruedas de madera de la enorme cureña, que sostenía un cañón de treinta seis libras le pasó por encima de su pierna derecha y se la partió con una limpieza tal que casi se la secciona de cuajo.

—¡Cirujano! —llamó a gritos, apiadándose, uno de los infantes que observó la desgracia—. ¡Cirujano!

Porque era lo que debía hacerse en estos casos, le practicaron un torniquete de urgencia con un cabo, pero aquel tipo perdería la pierna con total seguridad. Y el empleo, si no conseguía hacerse a tiempo con una buena pata de palo que no lo hiciera cojear demasiado y no lo imposibilitara para su faena.

Ese mismo grupo de infantes que corría en vanguardia hacia las posiciones de defensa en cubierta cruzó la escotilla a través de la que se daba paso al segundo puente. Allí las cosas no parecían pintar mejor. Vieron al cirujano apresurarse hacia un grupo de marineros heridos y le indicaron que

en la cubierta inferior también precisaban de sus servicios. El tipo asintió y farfulló algo que los infantes no entendieron. Al parecer, aquí tenía trabajo más que de sobra. Los demás tendrían que esperar.

—¿Se sabe ya desde qué distancia nos disparan? —preguntó uno de los infantes. Llevaba el mosquete frente al pecho y en posición vertical. Tras él, poco a poco y en fila de a uno debido a la estrechez de los pasillos y los pasajes, se iba reuniendo la guarnición del *San Telmo*. Diez, quince, veinte, treinta, cuarenta hombres y sumando.

El cirujano volvió la mirada hacia el infante que había hecho la pregunta y lo observó con incredulidad. Daba la sensación de no comprender el sentido de aquella cuestión. Como cuando alguien te pregunta algo en chino.

* * *

Los seis oficiales sentados a la mesa sintieron cómo el *San Telmo* se estremecía de dolor. A ninguno de ellos le cupo la menor duda de lo que estaba sucediendo. El navío frenó casi en seco su avance y todos los objetos de la cabina del capitán Toledo saltaron por los aires.

La cristalería, la vajilla, los cuadros, las cartas, los papeles, los sables exhibidos con orgullo en las paredes. Sabe Dios a quién habrían pertenecido estos últimos. Algunos, Toledo bien lo sabía porque era aficionado a las armas y los había examinado con detalle durante las largas jornadas de travesía desde España, tenían no menos de cien años.

El *San Telmo* se detenía. Y lo hacía porque algo lo estaba frenando.

Porlier, empujado por la inercia, cayó, cuan largo era, sobre la mesa. El capitán Toledo, a su lado, se ladeó en la silla y arrolló al teniente Marín, el cual dejó caer su copa y derramó el vino sobre su casaca. Ostos, todavía con el reloj de bolsillo en la mano, salió despedido hacia atrás y se golpeó de espaldas contra el respaldo de una silla. Manrique, quien había levantado los brazos en un inesperado gesto, se abalanzó sobre Hernaiz y ambos rodaron por el suelo de la cabina.

Tardaron unos segundos en recomponerse. Para entonces, Porlier ya lo había comprendido todo y se disponía a dar órdenes. Porque había que dar órdenes. A decenas, a centenares. Aquel era el momento más importante de toda su carrera. De lo que sucediera en los próximos minutos dependería su vida y la de su tripulación.

El impulso había sido brutal. Brutal y totalmente sorpresivo. Solo de esta forma se entendía que, cuando Manrique se incorporó, vio que el cuchillo de trinchar carne que hasta hacía un instante sostenía en su mano, ahora estaba

clavado en el rostro de su compañero Hernaiz. Un mal gesto lo tiene cualquiera y, dadas las circunstancias, nadie se lo reprocharía jamás. Pero había matado a uno de sus mejores amigos a bordo con un cuchillo de mesa.

Estúpida forma de morir para todo un alférez de navío embarcado en un buque de guerra. Ni batalla ni enemigo a la vista ni un triste plomazo que se te hunda entre las costillas. Nada. Un compañero torpe al que no le dio tiempo a dejar el cuchillo sobre la mesa mientras estaban cenando.

Mientras el navío de dos puentes en cuyo interior se hallaban naufragaba en tierras desconocidas.

—¡Hemos encallado! —exclamó Porlier, quien, a pesar de no haberse visto jamás en una de estas, reconoció el quejido de la quilla al tocar el fondo del mar—. ¡Hemos encallado!

El capitán Toledo y los dos tenientes se pusieron, de inmediato, en pie. Solo Manrique permaneció tendido en el suelo, de lado sobre el cuerpo inerte se Hernaiz.

—Vamos, alférez —dijo el teniente Marín dando un paso al frente y agachándose para tomarlo por un brazo. El *San Telmo* comenzaba a ladearse hacia estribor y los oficiales notaron cómo les costaba mantener el equilibrio —. Ahora tenemos trabajo.

Y lo tenían, vaya que si lo tenían. Uno no embarranca todos los días. De hecho, a uno no lo preparan jamás para embarrancar. Se da por hecho que los oficiales de guerra se baten contra fieros enemigos en alta mar, que han de trazar estrategias, hallarse atentos a las señales, guardar escrupulosamente la línea en la contienda… Los asuntos propios de la guerra. Pero el naufragio, o el hundimiento llegado el caso, es algo que ni se menciona. Por mal fario o por lo que sea, pero no se hace. Llegado el caso, nos hundimos improvisando sobre la marcha.

Que es lo que harían.

—Caemos del lado del estribor —observó Toledo mientras un ruido como de cañonazos atronaba en el navío—. Sí, están reventando las cuadernas de la proa.

El *San Telmo* crujió por la inmensa presión que la colisión contra el fondo marino ejerció sobre los cientos, miles de maderos con los que estaba construido el navío. Podían flexionarse hasta extremos inusitados, pero no infinitamente. Por ello, como estaba ya sucediendo, crujían y se partían. Dentro de la propia cabina en la que se hallaban, donde los destrozos habían sido importantes, varias tablas se habían quebrado produciendo un sonido característico: como el de toda una empresa yéndose, en un instante, al traste.

El brigadier Porlier salió al estrecho pasillo desde el que se accedía a la cabina. Se encontraba tenuemente iluminado por una lámpara minúscula, pero le bastó para ver el camino que debía recorrer. Tras él, Ostos y Marín, sus dos tenientes, lo seguían sin apenas despegarse.

—¡Tenemos que llegar a la cubierta! —dijo Porlier.

—¡Nos inclinamos cada vez más! —exclamó Marín, que casi se apoyaba ya en una de las paredes del pasillo.

—¡Los baos! ¡Ese sonido proviene de los baos! —Adivinó Ostos. No los podía ver, pero los sentía: de babor a estribor, los baos, de madera de roble, pertenecían al esqueleto mismo del navío. Oírlos crujir de aquella manera hacía que, por un lado, se te partiera el alma y, por otro, experimentaras un profundo orgullo al darte cuenta de que resistían.

Vamos, muchacho, no nos dejes tirados ahora. Hemos pasado mucho juntos en el cabo de Hornos. Sigue de nuestro lado, gran *San Telmo*. A ti nos encomendamos porque ahora tú eres nuestra única casa y nuestro único Dios.

El objetivo de Porlier era llegar a la toldilla cuanto antes para reconocer con sus propios ojos la situación que se hallaban atravesando. Sin embargo, algo que le habría llevado un par de minutos, puede que menos, en condiciones normales, se convirtió en una misión casi imposible dados los múltiples obstáculos que, tanto él como sus tenientes, encontraron a su paso: escombros, trozos de madera quebrados, balas de cañón rodando, utensilios de la navegación que se habían caído de sus cajones, cabos sueltos… Hasta el cuerpo de un hombre sin vida que ni Porlier ni los tenientes supieron identificar: pasaron sobre él y notaron cómo el helador viento de la noche austral les dejaba sin aliento.

El *San Telmo* crujió más aún, si cabe. En un lamento estirado y lastimero propio de una gran res tocada de muerte. Porque así estaba: a punto de fallecer. Porlier lo comprendió y los tenientes también. No habría modo alguno de salir de aquella. Embarrancaban, habían embarrancado, y tanto la quilla como la sobrequilla se habían incrustado en el fondo del mar. Muy probablemente, en ese mismo momento, las vías de agua abiertas en el casco inundaban a gran velocidad la bodega y el sollado. Quizás también parte del primer puente, dada la inclinación que estaba adoptando el navío.

Escucharon los gritos de la tripulación. Escucharon, sobre todo, el gran silencio de la inmensa noche que los envolvía. Eran nada, menos que nada en mitad de un mundo sin límites. Tendrían que aprender a vivir con ello. O a morir despacio.

* * *

Mucho tiempo más tarde, Domingo Sanz sabría que aquel quejido proveniente del averno no procedía, en realidad, de tan lejos: lo había provocado la quilla del *San Telmo* al tocar tierra y combarse primero para saltar en mil pedazos después.

Al cocinero del castillo de popa del *San Telmo* no le dio tiempo a más. Sostenía un gran cuchillo en la mano y se disponía, con él, a cortar un buen trozo de carne de cerdo para que Domingo, acto seguido, lo sirviera a los oficiales. En realidad, lo que cortó fue su propio cuello, bajo la barbilla, en un corte tan limpio y profundo que ni dado a traición habría salido tan perfecto. Domingo recibió un chorretón de sangre caliente sobre su torso y vio cómo al cocinero se le salía el alma por los ojos: el pasmo de los que se mueren inesperada y tontamente.

Al tiempo, por la misma extraña fuerza que había hecho que el cocinero se pasara él mismo a mejor vida, Domingo salió despedido hacia el frente y se dio de bruces contra una de las paredes de madera de la estrecha cocina. Conmocionado, oyó voces, gritos más bien, en los pañoles contiguos al suyo.

También escuchó los aullidos del *San Telmo*. Mucho tiempo más tarde, Domingo Sanz sabría que aquellos aullidos proferidos, al parecer, por el mismísimo Satanás no eran en realidad tales, sino el *San Telmo* naufragando. Habían tocado tierra en plena noche. Una tierra que no aparecía en ninguna carta, que no debería estar ahí, que maldita la gracia que les hacía a todos que estuviera ahí.

El navío se inclinó hacia estribor, o eso, al menos, le pareció a Domingo Sanz. Se hallaba aturdido, por el golpe y por las circunstancias. Él sabía pocas cosas de la vida, pero una de ellas sí la tenía muy clara: si no se ocupaba de sí mismo, nadie lo haría jamás. El pobre cocinero, todo hay que decirlo, se había portado muy bien con él. Lo había tomado bajo su tutela y se había ocupado de que no fuera por el mal camino. En ocasiones, un navío de guerra es un lugar muy seguro para un muchacho de corta edad, pero, en otras, no lo es tanto. Si te desvías del camino recto te has desviado del camino recto, la tripulación lo sabrá y serás carne de cañón. Y no, Domingo Sanz, gracias al buen hombre que lo había elegido para que lo ayudara entre los fogones y en el servicio de la mesa de los oficiales, no se había apartado ni un ápice del lado honesto de la existencia. Descansara en paz y lo acogiera Dios en su seno por todo ello.

El paje, apoyándose en las paredes, salió de la cocina y accedió a un estrechísimo pasillo iluminado por una pequeña lámpara. En el *San Telmo*, la cocina de los oficiales se hallaba en el sollado, bajo la línea de flotación. No

era lo habitual en modo alguno, pero tampoco lo era que a bordo de un navío se hallara, además del capitán, el comandante de toda una escuadra de buques de guerra. A grandes males, grandes remedios, y no hay nada que en un barco no se pueda solucionar si quien tiene que poner de su parte, lo hace. Sacrificaron, obviamente, la cocina situada en la parte noble del navío y encontraron, así, el espacio necesario para un camarote adicional en el castillo de popa.

Al salir de la cocina, Domingo encontró, hacia un lado, la empinada escalera de madera que lo conducía directo hasta la cabina del capitán. Hacia el otro, tras subir unas escaleras distintas de las anteriores, se abandonaba la cocina y se accedía al primer puente. Domingo, asustado por los rugidos del *San Telmo*, se decidió por la segunda de las opciones y echó a correr.

De pronto se oyeron cañonazos. En realidad, era la sobrequilla partiéndose por varias partes y decenas de cuadernas quebrándose hacia dentro cuando las duras rocas del fondo marino con el que el *San Telmo* había topado las empujaban sin miramientos.

El navío se inclinó aún más a estribor. Mientras corría sin saber muy bien hacia dónde, escuchó el lamento de los baos, arqueándose como palillos pero sin llegar a romperse. Un puntal se hizo trizas casi junto a él y varias astillas del tamaño del brazo de un hombre salieron disparadas como si de flechas se tratase. Domingo las sintió silbar muy cerca, pero, por suerte para él, ninguna de ellas le llegó a rozar siquiera.

Vio al primer miembro de la tripulación un instante más tarde: por el uniforme, reconoció que se trataba de un marinero y lo encontró en el primer puente, todavía muy cerca de la popa. Se apoyaba en la cureña de un cañón de veinticuatro libras. El piso de madera crujió cuando Domingo Sanz avanzó hacia él y trató de preguntarle algo. Un farol, algo alejado, iluminaba el puente con una luz tan tenue que prácticamente se hallaban a oscuras. O no tanto, porque en cuanto el marinero se giró, Domingo pudo observar con más claridad de la que le habría gustado, cómo el rostro del hombre había sido atravesado, desde la oreja izquierda hasta el ojo derecho, por una gran astilla proveniente de algún puntal quebrado a causa de la enorme presión.

El tipo miró a Domingo, alargó un brazo hacia él, pareció que iba a decir algo y, sin previo aviso, se desplomó muerto. El paje se quedó a su lado durante un momento. No se agachó para cerciorarse de su muerte porque, la verdad, tenía el pánico tan calado en los huesos que apenas podía moverse si no era para correr y seguir corriendo. ¿Hacia dónde? Hacia ese sitio donde el

horror ha cesado. Que muy probablemente no se halle dentro del *San Telmo*, pero que por intentar buscarlo no se pierde nada.

El paje levantó la mirada y avanzó hacia el frente, hacia la proa del navío, que continuaba escorándose más y más hacia el lado de estribor. Algunos bancos corridos de los que se situaban entre los cañones y que la tripulación utilizaba para sentarse a comer, se deslizaron hacia un costado. Fue entonces cuando Domingo vio a más hombres. Se encontraban en el mismo puente que él, confusos bastantes, heridos muchos, muertos algunos. El contramaestre, al que Domingo conocía y sabía que se llamaba Francisco Manzano, daba gritos cortos que eran órdenes e instrucciones. Algunos de sus hombres respondían, otros no. Lo que a Domingo le impresionó fue la serenidad con la que el contramaestre se comportaba en unos momentos tan terribles como aquellos: guardaba silencio mientras el *San Telmo* aullaba de dolor, y, en cuanto callaba para tomar resuello, repartía unas cuantas órdenes dirigidas a los hombres que pudieran escucharle. La más importante, la esencial dadas las circunstancias: que se amarraran mediante cabos y cuñas los cañones de babor. El contramaestre Manzano parecía obsesionado con la idea. Hombres y hombres muriéndose por todas partes y el tipo emperrado en que los cañones de babor no se movieran.

Domingo Sanz no tuvo que esperar demasiado para darse cuenta del porqué de la premura del contramaestre: debido a la inclinación que estaba adquiriendo el buque, tres, cuatro, quizás cinco o seis cañones de treinta y seis libras, monstruos de hierro fundido que Domingo había visto mover siempre entre varios hombres de indiscutible corpulencia, comenzaron a deslizarse poco a poco hacia atrás. Se salían de sus sitios en el lado de babor y, rodando hacia atrás como lo hacían durante el retroceso tras un disparo, alcanzaban primero la parte central del puente y, después, el mismo lado de estribor. Aplastando a tanto hombre como encontraran a su paso, por supuesto.

El paje vio morir al menos a cuatro marineros en aquellas circunstancias. O quizás no morir, cierto: la oscuridad reinante era tal que uno no sabía con certeza qué sucedía exactamente. Pero Domingo, aún en tinieblas, supo que cuando un cañón de aquellas dimensiones te pasa por encima, poco puedes esperar de la vida: que se te vaya rápido y que sufras lo menos posible.

Domingo transitó junto al contramaestre, avanzó a paso ligero y, ante la disyuntiva de ascender al segundo puente o bajar de nuevo al sollado, se decantó por la primera opción. No por nada en particular, sino por un simple instinto de supervivencia: si conseguía llegar a la cubierta del *San Telmo*, quizás pudiera saltar por la borda. Sospechó que, dado que el navío acababa

de naufragar, de partir la quilla contra el fondo del mar, no habría mucho mar en el que nadar. Y si aún era así, nadar, ¿hacia dónde? ¿Para qué? Y lo más importante, ¿cómo? Él, al igual que el resto de la tripulación del *San Telmo*, no había nadado en su vida. Sospechaba que cierta dificultad tenía, pues había visto, en no pocas ocasiones, a hombres a punto de ahogarse antes de que un cabo milagroso arrojado desde cubierta les salvara la vida; sin embargo, no era lugar para disquisiciones mayores. Aquí, aquí abajo, los hombres morían. Sobre cubierta o en el agua, quién sabe. A Dios encomendaba su suerte.

En el segundo puente, y nada más atravesar la escotilla de acceso a él, se encontró con el carpintero. Aquí los cañones, de menor calibre que en la cubierta inferior, se hallaban bien sujetos y no parecía que su posición peligrara. Parecía, ya que, de nuevo, la oscuridad era prácticamente total y los gritos de los hombres no dejaban ver dos palmos por delante de las narices. Lo cual podría resultar extraño y hasta insensato, pero eso es porque quien lo arguye jamás ha caminado sobre el segundo puente de un navío de línea que se inclina varios grados hacia estribor mientras los hombres mueren y el buque aúlla de dolor. Mientras se encalla en tierra oscura y desconocida y todos saben, porque lo saben sin el menor atisbo de duda, que he aquí la antesala del punto final.

El carpintero, que se llamaba Antonio Fernández, era uno de los pocos hombres a bordo que jamás había dejado de trabajar un solo instante desde que el *San Telmo* se perdiera a la deriva al sur del cabo de Hornos. Alguien dijo que hasta se había ofrecido voluntario para, amarrado mediante cabos, descolgarse desde la toldilla y, así, inspeccionar con sus propios ojos el estado del timón. Por supuesto, le quitaron la idea de la cabeza. Probablemente, dado el feroz vendaval de viento, lluvia y olas que había hecho que el *San Telmo* se separara del resto de los buques de la División, semejante insensatez ni siquiera llegó a oídos del capitán. Pero él lo propuso. Lo intentó. Porque él era de esos hombres que conocían la relevancia exacta de su oficio. Un carpintero, para muchos, puede no ser gran cosa. Un carpintero, a bordo de un navío donde todo, íntegramente todo, está construido de madera, es uno de los hombres a tener en cuenta. Muy a tener en cuenta.

Ahora, en mitad del desastre, Domingo Sanz lo encontró claveteando como un poseso los cajones del lado de babor, los cuales, por efecto de la inclinación del *San Telmo*, habían comenzado a abrirse y a desparramar su contenido sobre el puente. Y quizás no fuera esta la tarea más apremiante en aquel instante, cuando, no muy lejos de donde él se hallaba, a tres o cuatro pasos a lo sumo, hombres morían por aplastamiento o víctimas de las astillas

que salían despedidas de los infinitos maderos que la presión fragmentaba en mil pedazos. Gente muriendo y él claveteando cajones. Pero al igual que un marinero solo ve velas, un calafate grietas en el casco y un artillero pólvora y balas de cañón, el carpintero juzgó que, mientras le quedara un hálito de vida, cada clavo en sus bolsillos recibiría los martillazos necesarios.

Domingo Sanz saltó entre varios cuerpos inertes y alcanzó la escotilla que daba acceso al combés. En tres ágiles pasos, saltó a cubierta y el aire helado de la noche austral le golpeó con tal fuerza que lo dejó sin respiración. Tuvo que acuclillarse, durante unos instantes, para recuperar el resuello. Una vez lo hubo hecho, saltó al pasamanos de babor y se sujetó a la borda para no deslizarse y resbalar hacia el otro lado.

Observó la noche cerrada a su alrededor. En el firmamento, miles de estrellas titilaban en parsimoniosa calma. Abajo, en las tripas del *San Telmo*, gritos desgarrados daban noticia de la muerte y desolación que se hallaban en marcha. Sin embargo, aquí fuera todo se encontraba en paz. Domingo dirigió la mirada hacia el frente y, a la luz de la luna, contempló lo que ante él se extendía.

LIBRO SEGUNDO

7
4 de septiembre de 1819
Cómo todo acabó y volvió a empezar

El día no acababa de amanecer. O sí, pero lo hacía de una forma tan gris que la luz, filtrada tras cientos y cientos de nubes en el cielo, llegaba mortecina y desdichada a tierra.

Mortecina, pues así, muertos, se hallaban prácticamente. O se podría decir, sin demasiado temor a errar, que se hallaban por completo. Desdichada, porque, ¿acaso mayor desgracia le puede suponer a un navío que naufragar? El naufragio es el punto cardinal opuesto de la navegación. El lugar sin retorno, la ensenada donde el muerto se ha dejado caer, el fin, sea esta palabra expresada en toda su dimensión y esplendor.

Al menos, la luz mortecina y desdichada llegaba a tierra. Porque no se habían ido a pique, sino que se hallaban varados.

El *San Telmo* había tocado tierra. Embarrancado, varado, encallado, naufragado a fin de cuentas. Pero con la sutil diferencia de que no tenían un mar entero sobre sus cabezas.

Cuando todo va mal, rematadamente mal, indescriptiblemente mal, comienzas a apreciar la belleza en los pequeños detalles. He aquí el primero. Habría muchos. Muchos.

Con la primera luz, pues, parte de la tripulación salió a cubierta. Por puro instinto de supervivencia y porque uno, cuando se ve en estas, lo primero que hace es tratar de respirar. Que puede que no se haya visto antes en un naufragio, pues cierto es que naufragar, lo que se dice naufragar, tampoco se naufraga todos los días, pero tonto no es: buscar el aire, en un navío que hace aguas, es el movimiento reflejo por antonomasia.

Con la primera luz, los oficiales también salieron a flote. Y se dijeron, porque tontos tampoco eran, que allí, antes que nada, había que poner orden. El *San Telmo*, varado y naufragado, seguía siendo un navío de línea español.

El capitán seguía siendo don Joaquín Toledo y el comandante de la División del Mar del Sur, don Rosendo Porlier, brigadier de la Real Armada española.

Y de ahí para abajo.

El *San Telmo* había embarrancado de proa contra unas rocas, apenas arrecifes, de aspecto recio y color oscuro, prácticamente negro. Había detenido su marcha en seco y se había escorado hacia el lado de estribor. Y así permanecía, quieto, solemne, altivo hasta en la desgracia.

Frente a él, tierra. Tierra, negra, sin vegetación, pero con nieve, o hielo, cubriendo su superficie no de forma uniforme, sino por aquí y por allá. Anunciando, de alguna manera, que las cosas podían ir a peor. Que irían a peor.

En cubierta, la oficialidad más cercana a Porlier realizó un rápido reconocimiento de la situación y tomó las primeras decisiones. Porque algo había que hacer y, antes de nada, se imponía mantener el orden.

—¡Sargento Rodríguez!

—A sus órdenes, brigadier.

—Quiero que me despejen la cubierta a la voz de ya.

—Lo que mande, brigadier.

Rodríguez no tuvo ni la menor duda al respecto. No vaciló ni por un instante. Lo cual hizo que, de alguna manera, Porlier se sintiera mejor. Todo lo mejor que uno se puede sentir cuando el barco se le ha ido al diablo, pero mejor sea como sea. Si a la desgracia de naufragar le sumas la desgracia de que la tripulación se te amotine, ahí sí que estás jodido de verdad.

Por suerte, el sargento de infantería de marina continuaba siéndolo, creyéndose que lo era, que aquí los rangos y los galones se mantenían intactos y que todos y cada uno de los miembros de la tripulación debían actuar en consecuencia. Como si el encallamiento hubiera sido un pequeño accidente que se solventaría más pronto que tarde. Una especie de arribada imprevista en un puerto que no aparece en los mapas.

Desolado, negro y áspero como el lomo de un cuto.

La tierra que se divisaba desde la cubierta del *San Telmo* era amplia en todas direcciones. De tratarse de una isla, parecía lo suficientemente grande como para que no se pudiera reconocer por completo en un único vistazo. Frente a ellos, a una distancia de una hora caminando, se levantaba un pequeño promontorio de roca negra y nieve. Llamarlo pico o montaña sería excesivo, pero la elevación era importante y estaba, casi por completo, recubierta de nieve virgen.

El frío era tan intenso que respiraban escarcha. Caía el aire helado hacia los pulmones de los hombres y allí se solidificaba hasta hacer que cada bocanada doliese. Como si miles de alfileres se te clavaran desde dentro hacia fuera, desde las entrañas hacia la cara interior de la piel.

Los infantes, a órdenes del sargento, enviaron a toda la marinería al segundo puente y ordenaron que permaneciera allí hasta nuevo aviso. Muchos hombres, la mayoría, se hallaban lo suficientemente desconcertados como para protestar. Resulta dudoso que lo hubieran hecho de no estarlo, pero el caso es que fue así. Calma chicha en los puentes artillados del *San Telmo,* la guarnición, armada y bien armada porque tras el conato de zafarrancho de combate iniciado por el sargento Rodríguez así había quedado, y un puñado de oficiales en cubierta trazando el plan más importante de todas sus vidas.

Un grupo de peces, parecidos a los delfines, pero más pequeños y rechonchos, se acercó al casco y comenzó a resoplar en torno a él.

—Marsopas —informó, tras asomarse por la borda, el alférez Manrique. Al parecer, no era la primera vez que las veía.

Porlier pensó en comida. Y no porque llevara bastantes horas sin probar bocado, sino porque la familia de marsopas, que jugaba despreocupada en torno al casco varado del *San Telmo* le trajo esa idea a la cabeza. Comida, porque ahora tocaba sobrevivir como fuese. Comida porque ahí mismo, bajo la cubierta que estaba pisando, cientos de hombres se mantendrían mansos en la medida en que sus estómagos estuvieran llenos.

—Bien —dijo el brigadier tratando de despejar su mente y centrarse en los asuntos más importantes por el momento—, quiero que todo el mundo recuerde que somos una tripulación de combate. Las ordenanzas son claras al respecto: mientras el navío exista, toda la marinería y la guarnición se obliga a estar a lo que está. Desde el capitán aquí presente hasta el último de los grumetes. Es esencial que nada cambie.

El teniente Ostos hizo un levísimo gesto con las cejas que no pasó desapercibido a un siempre atento Porlier.

—¿Alguna cuestión, teniente?

—Nada, señor.

Que hemos naufragado, como usted ya habrá notado.

—¿Estamos de acuerdo en todo, teniente Ostos?

—Desde luego, señor.

—Perfecto. Me congratula oírlo. Ahora tenemos que disponernos a desembarcar. Hay mucho trabajo por delante y quiero que se lleve a cabo con rigor y profesionalidad. Utilicen la mano dura a discreción, señores. Si

cometemos un error, lo pagaremos caro. Si cometemos dos errores, lo pagaremos aún más caro. Si cometemos tres errores, quizás algunos de nosotros no lo cuenten. ¿Me siguen? Es importante que la disciplina se mantenga y que las cosas se hagan como deben. Nos jugamos mucho. Quien aprieta, siempre está a tiempo de aflojar. Quien no lo hace, no es seguro que pueda cuando lo desee o lo precise.

—¿Vamos a desembarcarlo todo, señor? —preguntó el teniente Marín.

—Todo. Y todo significa todo: quiero que vacíen el *San Telmo*. Por completo: hombres, armas, utensilios, víveres, munición… Todo. No sabemos cuánto tiempo vamos a pasar en este lugar. Quizás transcurran meses o, Dios no lo quiera, años antes de que alguien nos aviste y acudan en nuestro auxilio. Mientras ese momento llega, deberemos sobrevivir por nuestros propios medios.

Porlier era perfectamente consciente de la dificultad que entrañaba eso que acababa de pronunciar en voz alta. Pero ¿acaso le quedaba otra opción? ¿Qué iba a decir? ¿Que se salvara quien pudiese? Ni por lo más remoto. Constituían la tripulación del glorioso *San Telmo* y como tal se comportarían ahora y siempre. Aunque su vida terminara en aquel maldito islote rocoso y helado al que habían ido a parar sus huesos.

* * *

Al *San Telmo* lo servían tres embarcaciones de auxilio, ninguna de las cuales había sufrido daños durante el vendaval y la posterior deriva: un chinchorro, un bote y una lancha, todos ellos estibados en el combés. Bajo la supervisión del alférez Manrique, las tres fueron botadas al agua con la intención de trasladar, en primer lugar, a los heridos y a una parte del contingente de infantes.

Tanto el bote como la lancha, de esloras generosas, pronto se revelaron torpes e inadecuados para recorrer la escasa distancia entre el navío y una cercana playa pedregosa donde Porlier había ordenado establecer el primer campamento en tierra firme. El fondo marino estaba compuesto por afiladas rocas que golpeaban los cascos de las embarcaciones y amenazaban con abrir vías de agua al menor descuido. Porlier, decidido a conservarlas, ordenó que, tras el primer viaje, las empujaran playa arriba, más allá de la línea de la marea, y, así, mantenerlas a salvo.

De este modo, el chinchorro fue la única embarcación realmente efectiva para trasladar personas y enseres desde el pecio hacia la playa. Dada las dimensiones, por un lado, del *San Telmo* y de su tripulación, y por otro, del

minúsculo chinchorro, aquella operación les llevaría toda la jornada, si no más.

Algunos hombres, decididos a no esperar turno para pisar tierra firme, se echaron al agua, con tan poco tino que, debido a que cubría más de lo que parecía, se ahogaron de la forma más tonta. Había que verlos usar un cabo para descolgarse desde una porta cañonera abierta, soltarlo al tocar el agua y observar su cara de pasmo al darse cuenta de que, por un absurdo error de cálculo, no hacían pie. No lo hacían y, vaya, tampoco sabían nadar, siquiera los rudimentos básicos para mantenerse a flote. De esta forma tan estúpida pasaron a mejor vida cuatro hombres, dos de ellos marineros, uno grumete y el cuarto un infante de Marina al que, gracias a Dios, le convencieron para que dejara sobre el puente su mosquete y su cartuchera antes de que procediera a descolgarse por la soga.

Allí, un hombre de menos no supondría un quebranto para nadie. Un mosquete con su correspondiente munición podría salvar la vida de muchos. Así que con Dios el que se iba y gracias por todo.

Así pues, con el chinchorro a pleno rendimiento, durante la larga jornada y bajo aquella luz gris y sucia, más de cien infantes de marina fueron desembarcados junto al sargento Rodríguez, al cual se le ordenó que asegurara la posición de algún posible, aunque incierto, enemigo.

Salvo una colonia de pacíficas focas que se limitaron a ignorar la presencia de sus nuevos vecinos, allí no había nadie y no parecía haberlo habido nunca. Solo un frío helador que se colaba por cada resquicio de los ligeros uniformes de los infantes y que hizo que la guarnición se pusiera a tiritar. Algunos hombres se quejaron al sargento, pero este los mandó callar sin más miramientos: no pensaba ponerse en evidencia ante el brigadier a la primera de cambio. Si alguien tenía que alzar la voz, que la alzase y ya se vería. Pero que el primer paso no lo dieran los hombres bajo su mando. Eso, como que se llamaba Sebastián Rodríguez y tenía esposa y cuatro hijos aguardándole en Ferrol.

Durante más de tres horas Rodríguez fue el hombre de mayor rango en aquella isla perdida. La máxima autoridad en todo un continente. Nadie, ningún ser humano, había estado jamás allí. No lo sabían, no lo sabrían jamás, pero así era. Ellos eran los primeros en poner pie en la Antártida. Lo hicieron cuando pisaron aquella playa pedregosa solo habitada por una colonia de focas somnolientas.

No se recuerda quién fue el primer hombre en echar pie a tierra. Probablemente, fuera un marinero, pues para tirar del cabo en la proa del

chinchorro un infante no servía. Sí, fue un marinero del montón perteneciente a la tripulación del *San Telmo*, navío de setenta y cuatro cañones de la orgullosa Real Armada española.

Aquel tipo feo y arisco oriundo de la provincia de La Coruña, aquel sargento de infantería de marina gallego, reinó sobre un nuevo continente durante tres horas. Tres horas magníficas en las que nadie más, salvo sus galones, tenía autoridad en aquella tierra recién pisada. Por supuesto, él nunca comprendió que esto era así.

* * *

A mediodía, descubrieron que la santabárbara se había inundado por completo. Lo cual, tal y como Porlier repitió en voz alta varias veces, suponía un gran contratiempo. Él no renunciaba a nada. Veía las cartas que tenía, reconocía que su mano era horrible, pero estaba dispuesto a jugar con todo y hasta el final.

Y no puedes hacerlo sin pólvora. Por lo que pudiera pasar.

El teniente Ostos quedó encargado de las tareas de recuperación. Reunió un grupo formado por tres marineros y un paje y bajó con ellos al sollado. Quien les había dado la noticia se había quedado corto: el *San Telmo* presentaba un gran orificio en el lado de estribor a través del cual podían verse las rocas del fondo marino. El agua del mar había inundado casi toda la bodega y una parte importante del sollado.

—Al menos, parece estable —dijo uno de los marineros, de nombre Alfredo Bárcena. Apoyaba uno de sus musculosos brazos en una cuaderna rota y la empujaba con fuerza para ver si cedía. No logró que se moviera ni un dedo. Bárcena, tatuado desde las muñecas hasta los hombros, sonrió. El teniente, que sostenía en su mano derecha una lámpara de aceite, vio que le faltaban varias piezas de la dentadura. El tipo no tendría ni treinta años.

—Sería un puto descojono que ahora se nos viniera encima el primer puente —repuso, a su lado, otro de los marineros elegidos para el trabajo. Álvaro Pinto, de nombre. Tenía acento andaluz y el rostro cetrino. Al igual que Bárcena, sonreía mientras hablaba. Por esa cosa tan marinera de no tentar a la mala suerte, ¿sabes? Mira, nos ha ido mal. Tan mal que hemos naufragado. Puede que los oficiales se tomen esta circunstancia con preocupación y estoicismo, pero no así la marinería. Un marinero hecho y derecho sabe que todo se ha torcido de una manera irreversible. ¿Salvaremos la vida? Pues lo más probable es que no. Solo teníamos al *San Telmo* y ahora el *San Telmo* es un pecio varado. Sonreír solo supone una forma de exorcizar

a la mala fortuna. Ya nos tienes donde querías, ¿no es así? Bien, pues no te cebes en nuestra desgracia. Deja que nos riamos un rato y que, al menos, en la desdicha el humor no falte.

—No, es firme —dijo el teniente Ostos levantando la mano que no sostenía la lámpara e inspeccionando las tablas. En aquel lugar, un hombre de tamaño normal apenas podía mantenerse en pie. Como la santabárbara, que se hallaba en la bodega, estaba completamente inundada, el plan era abrir un hueco en el piso del sollado y, desde allí, acceder a ella.

El agua, en aquella parte del sollado, les llegaba solo hasta los tobillos. Ostos señaló el lugar donde, a su juicio, se encontraba la santabárbara y ordenó a los marineros que se dispusieran a retirar las tablas del suelo. La santabárbara era, por razones que a nadie se le escapan, la estancia más protegida de cualquier navío de guerra. Si suponía una verdad innegable que un setenta y cuatro cañones como el *San Telmo* era prácticamente imposible de hundir a cañonazos en una contienda abierta, no lo era menos que bastaba con que uno solo de ellos impactara en la santabárbara para que todo saltara por los aires. No en un sentido figurado, sino literal: si el enemigo acertaba en el pañol de los barriles de pólvora, hombres, navío y pertrechos se harían añicos y al artillero rival, que probablemente fuera un hijo de puta inglés, le doblarían la ración de grog.

—Venga, es aquí —dijo Ostos—. Levantad este par de tablas.

—¿Está usted seguro, teniente? —preguntó Pinto.

—Sí, joder, sí.

Ostos se hallaba de mal humor. Cierto era que Porlier le había encomendado aquella misión por la relevancia de la misma, pero, aun así, le disgustaba estar trabajando en el sollado en lugar de a cielo abierto. Aquí no había más que oscuridad, frío y ratas. Las cuales brotaron a cientos cuando los marineros retiraron la primera de las tablas.

—¡Hostia puta! —exclamó el teniente.

—Déjelas pasar, señor —indicó el tercero de los marineros del grupo. Se llamaba Cristóbal Ríos, era sevillano y, al igual que sus compañeros, sonreía mientras hablaba. Solo son ratas. Nos tienen más miedo ellas a nosotros que nosotros a ellas. La bodega, y esto la oficialidad no lo sabe porque jamás la pisa, está infestada. ¿Ratas en un navío? Tan normal como marineros laborando de sol a sol en cubierta o infantes echando las tripas por la borda.

—Joder… —Respiró hondo Ostos, que dio gracias por no haber dejado caer la lámpara de aceite. Habría sido el hazmerreír de los hombres y, a buen seguro, en cuestión de horas se habría corrido la voz entre toda la marinería:

conocer un buen chisme con un miembro de la oficialidad como protagonista era lo mejor que les podía suceder a aquellos hombres en semanas.

—Hala, ya está —dijo Bárcena retirando otra tabla y ensanchando el hueco. Y, refiriéndose a las ratas, añadió—: Eran unas pocas.

A Ostos no le había dado tiempo a contarlas, pero apostaría lo que fuera a que del agujero habían salido no menos de cien bichos del tamaño de un gato.

—Pues sí, ha acertado usted —aseveró Pinto inclinando la cabeza y mirando a través del agujero—. Estamos sobre la santabárbara. ¿Hace usted el favor de acercar la lámpara para que pueda ver mejor, señor?

Ostos no se sentía demasiado cómodo con el tono afable y campechano del marinero. Realmente, no sabía a ciencia cierta cómo debían hablarse. En condiciones normales, un teniente de navío no intercambia jamás una sola palabra con la marinería. Se limita a transmitir las órdenes a la oficialidad de rango inferior y, al rato, dichas órdenes terminan cumpliéndose. El mecanismo, fuera cual fuera, no le acababa de quedar claro. Lo que sí supo, en ese preciso momento, fue que, de ahora en adelante, las conversaciones directas con la tripulación serían muchas, variadas y largas.

Cuando el teniente acercó la lámpara, advirtieron lo que, sin lugar a dudas, eran los barriles de pólvora que el brigadier Porlier quería recuperar y llevar a tierra firme. Con la santabárbara inundada hasta los topes, sacarlos de allí no iba a resultar sencillo.

Lo primero que hicieron fue obligar al paje a que se metiera en el agua. Se trataba de un muchacho jovencísimo, de no más de seis años de edad. Tenía el rostro sucio de mugre y, como era costumbre entre los marineros embarcados, se ataba el pelo en la nuca con un trozo de cuerda.

—¡Está helada! —exclamó el niño, que vestía solo unos calzones y una camisa que, en tiempos, fuera blanca.

—No será para tanto —repuso Ríos.

Pero lo era, vaya que si lo era. El agua, cristalina como en pocos mares, tenía una temperatura cercana a la de congelación. El niño, de inmediato, se puso a tiritar.

—Lo mejor será que acabemos cuanto antes —dijo Bárcena. No es que se apiadara del crío, sino que, en caso de que se les congelara y quedara inútil para el trabajo, tendrían que ir a buscar otro paje y aquello los retrasaría más aún. Ahí abajo había muchos y pesados barriles de pólvora empapada. Si no comenzaban a sacarlos de inmediato, les caería la noche encima sin haber terminado—. Hazte a un lado, muchacho.

Bárcena, de un salto, se dejó caer a través del hueco y se hundió en la santabárbara anegada. El crío, las cosas como son, tenía razón: el agua estaba helada. Sin embargo, Bárcena no despegó los labios. Antes se arrancaría la lengua con los dientes y se la tragaría sin masticarla.

—Echadme el cabo —pidió.

Habían atado un garfio al extremo de un cabo y, tras engancharlo a los barriles, pretendían sacarlos de la santabárbara tirando de ellos. La presencia del paje se justificaba en que la corpulencia de un hombre adulto le impediría sumergirse en los pequeños intersticios que dejaban los distintos barriles entre sí. Si no aseguraban desde abajo el hierro, ya podían dejarse la vida tirando del cabo que la maniobra no funcionaría.

—Mira —dijo Bárcena al niño. Tenía el garfio en la mano y se lo mostró. Ambos estaban con el agua al cuello y no se hundían porque con los pies se sujetaban a los toneles—. Lo voy a realizar yo una vez para que veas cómo se hace. Después, es cosa tuya, ¿entendido?

El chico no respondió ni que sí ni que no y se limitó a seguir tiritando cada vez con mayor intensidad.

Bárcena, entonces, tomó aire y se sumergió. Con los ojos abiertos, no le costó demasiado hallar un punto donde asegurar el garfio. Acto seguido, se impulsó con las piernas hacia arriba, salió rozando el cuerpo del crío y respiró el aire viciado que provenía del sollado.

—¡Ya está! —indicó.

De inmediato, con la lámpara que sostenía el teniente Ostos como única fuente de luz, Pinto y Ríos comenzaron a tirar del cabo y el barril ascendió. Desde abajo, Bárcena ayudó a dirigirlo en la parte final.

—¿Ves, chaval? —le dijo al paje—. Ahora es cuando lo encaminas para que nosotros, desde arriba, lo podamos enfilar por el agujero.

El crío, ahora sí, consiguió reunir los arrestos suficientes como para asentir. Sabía que la única forma de salir de allí era tras sacar todos y cada uno de los barriles de pólvora. Solo entonces le lanzarían el cabo para izarlo a él. Un hombre de la tripulación del *San Telmo* es un hombre de la tripulación del *San Telmo*. Que tenga seis años de edad resulta un dato, si cabe, puramente circunstancial.

Trabajaron en silencio durante un par de horas, quizás algo más. O no exactamente en silencio, ya que los marineros silbaban durante la mayor parte del tiempo. Ostos, de cuando en cuando, daba una indicación corta: echad ese barril hacia atrás; apilad esos dos de ahí; cuidado no se os vaya a desfondar el que sube… Comentarios por el estilo a los que los marineros prestaban

atención, pero no la suficiente. O no la suficiente a juicio del teniente, acostumbrado siempre a que cada una de sus órdenes se cumpliera en silencio y con el debido respeto. Aquellos hombres, que en ningún momento se mostraban descarados, no acababan de dar muestras de que conocieran a fondo los resortes de la subordinación.

Tomó nota mental de tan peculiar forma de conducirse.

Por fin, el contenido de la santabárbara estaba a salvo en el sollado del *San Telmo*. Desde ahí, solo había que llevarlo a cubierta, desde la cubierta, bajarlo al chinchorro y, en varios viajes, desembarcarlo en la playa. Dado el clima reinante, Ostos calculó que se necesitarían días, o incluso semanas, para que la pólvora se secara por completo. Pero así estaban las cosas.

Bárcena, Pinto y Ríos necesitaron la ayuda de otros tres marineros para subir la carga. Se trataba de hombres duros, de una dureza tal que cuesta imaginar para quien jamás haya estado embarcado en un buque de guerra. Todos, sin excepción, trabajaban con una especie de temple a medio camino entre el orgullo y la resignación. La vida en la mar se elige y, por lo tanto, uno no anda quejándose por las esquinas a la primera de cambio. A fin de cuentas, encallado el navío o no, el trabajo era el trabajo y a ello dedicarían sus jornadas. Mientras el capitán no dijera lo contrario, ellos pertenecían a la tripulación del *San Telmo*. Y mientras el capitán no dijera lo contrario, se les pagaba por su trabajo. Se sabía, porque estas cosas las saben bien los marineros embarcados, que un barco no hundido es un barco con todas las de la ley a cuya tripulación se debe abonar los salarios religiosamente. Tardaran un mes o veinte años en salir de aquel lugar al que las olas los habían llevado.

En cuanto al niño, cuando por fin lo sacaron del agua gélida lo encontraron con un color morado demasiado intenso como para augurar nada bueno. Los marineros hicieron un par de bromas a su costa, le aseguraron que se había comportado como se esperaba de él y, el chico, por toda respuesta, esbozó una sonrisa que quiso ser alegre, pero que resultó mustia y deslucida.

Murió aquella misma noche.

* * *

A Porlier le preocupaba precisamente esto: qué hacer con los muertos. O, más que el qué, el cómo. Aunque pueda parecer lo contrario, el problema no era de los de fácil resolución.

Para empezar, había que dar con todos los muertos. Había que recolectar hasta el último de los cadáveres. Sin dejarse uno, pues uno bastaba para, tras pudrirse, atraer las enfermedades y las epidemias. Porlier, como cualquier

marino con dos dedos frente, sabía que siempre hay que deshacerse de los muertos. En alta mar y muriéndose la gente bajo un régimen de normalidad, es decir, de uno en uno, la cuestión no daba demasiados quebraderos de cabeza. Ninguno, en realidad: al hombre se le rendía el debido homenaje que la marinería se toma muy en serio y no perdona; se le rezaba una oración y, listo, por la borda. Rápido, limpio y eficaz. Morirse en un navío no era algo que sucediera todos los días, pero tampoco un hecho insólito.

¿Y si tu barco ha naufragado? ¿Y si lo tienes varado de lado en una playa pedregosa? ¿Sin ni siquiera saber cuánta gente ha perdido la vida en el transcurso del desastre?

Pues te pones a ello y le dedicas tantas manos como estén disponibles.

Lo cual puede sonar sencillo, pero no lo es. En absoluto. No ya porque no sabes a ciencia cierta cuánta de tu gente ha pasado a mejor vida, sino porque el propio *San Telmo,* con su cubierta principal, sus dos puentes, el sollado, la bodega, el castillo de popa y las decenas y decenas de estancias, camarotes y pañoles, es comparable a una ciudad en sí misma. Ponte a buscar ahora. Con la que tenemos encima. Con el naufragio en marcha y cientos de hombres desembarcando todo lo desembarcable.

Pues sí, ponte ahora. Porque si, como se ha dicho, un solo cuerpo se pudre, nos pudrimos todos con él. Al asunto, pues.

El brigadier Porlier encargó al alférez Manrique que se ocupara de llevar adelante tan ingrata tarea. Manrique, quien, las cosas como son, se hallaba bastante afectado por la muerte que le había provocado a su compañero Hernaiz, esa muerte absurda que solo un tonto que no sabe ni sostener un cuchillo de trinchar carne atrae, quiso negarse, pero Porlier no se lo permitió:

—Se me sobrepone usted y no hay más que hablar —dijo el brigadier.

Con estas palabras daba por zanjado el asunto de la muerte del alférez Hernaiz. Se había tratado de un lamentable accidente durante un embarrancamiento. No existía reproche alguno contra Manrique. Si sentía pena, y era normal que la sintiera, debía guardarla para más tarde. Ahora había que trabajar porque les iba la supervivencia en ello.

Manrique reunió un grupo de cinco marineros y, mientras el chinchorro continuaba desembarcando a la tropa en la playa, ellos se hundieron en las tripas del *San Telmo.* A recolectar cadáveres.

Al principio no resultó un trabajo especialmente complicado. Manrique decidió ir de arriba hacia abajo, es decir, desde el segundo puente hasta la bodega. No hubo complicaciones ni en el segundo puente ni en el primero, ambos sobre la línea de flotación del navío. Manrique ordenó que se abrieran

todas las portas de los cañones, y, unido eso a la luz que penetraba a través del combés, consiguió una visibilidad aceptable. Además, la apertura de las portas hacía que el aire fresco del exterior penetrara en el navío, de forma que los olores, los de a muerto y los de a vivo, se pudieran distinguir con mayor facilidad.

En el segundo puente hallaron doce cadáveres. En el primero ocho más. Sumo dos a los que se apilaban ya en la cubierta principal, quince, hacía un total de treinta y cinco bajas. Y aún no conocían el número exacto de hombres que habían perdido durante la tormenta a causa de los golpes de mar. Menos aún los que se encontrarían en el sollado y en la inundada bodega.

Esto último tenía solución: bajar y emprender el trabajo más desagradable.

Los cinco marineros elegidos por Manrique para esta tarea en ningún momento se quejaron. Al contrario: al igual que le había sucedido al teniente Ostos, todos ellos sonreían, cruzaban pequeñas chanzas los unos con los otros e, incluso, silbaban mientras acarreaban cadáveres. Manrique supuso que aquella era una manera tan buena como cualquier otra de enfrentarse al infortunio. Si tenemos dos opciones: echarnos a llorar y lamentarnos de nuestra mala suerte o mirar al frente y hacer como que aquí no ha pasado nada, decidirse por la segunda no es algo que pueda reprochársele a la gente de mar. Porque están tan acostumbrados a que las cosas se tuerzan que si optaran siempre por la primera, se pasarían los días, todos, con la lágrima en el ojo. Y no es cuestión, la verdad.

Así que a silbar y a apilar cadáveres en la cubierta principal. Hacia la proa, que necesitamos sitio.

En el sollado la luz menguaba notablemente. Manrique consiguió una lámpara de aceite y trazó un plan para que no quedara un solo rincón sin explorar. Caminó, con el agua en los tobillos, hasta la proa del navío y, desde allí, disponiendo a los marineros en formación de línea, comenzó a batir el sollado. El problema se hallaba en el lado de estribor, donde en lugar de cubrir hasta los tobillos lo hacía hasta la cintura e incluso hasta el pecho. La inclinación del navío así lo disponía.

Un marinero especialmente alto, de nombre Baltasar Noriega, fue el elegido por Manrique para que batiera la zona más cercana al casco.

—No me joda usted, alférez —protestó el tipo.

En circunstancias normales unas palabras como esas dirigidas a un oficial habrían merecido un severo castigo. Sin embargo, estaban buscando cadáveres en un sollado parcialmente inundado, lo cual, en sí mismo, suponía una excepcionalidad tal que liquidaba cualquier otra.

—Venga, cuanto antes acabemos antes saldremos de aquí —dijo, conciliador, el alférez.

—Todavía nos queda la bodega —repuso otro de los marineros, llamado Manuel Echarri.

Sí, y mejor no adelantar acontecimientos. La bodega se hallaba completamente inundada. Ahí sí que sería complicado completar la búsqueda.

Pero ahora estaban en el sollado. En la proa y con la fila dispuesta.

—Despacio y que no se os quede ni un rincón sin revisar —ordenó Manrique mientras comenzaba a avanzar con la lámpara en alto para que no se mojara con las salpicaduras.

Uno de los hombres comenzó a cantar una canción. Tenía una letra, como las de todas las canciones que cantaba la marinería, procaz y morbosa, al tiempo que dócil y resignada: la de quien asume lo infausto de su destino, pero no renuncia a, mientras este le alcanza, llevar una vida lo más licenciosa posible. Ensoñaciones de gentes embarcadas porque, la verdad, cualquiera de estos hombres podía pasar meses y meses sin tocar puerto, y años sin regresar a casa.

—¡Uno! —exclamó, de pronto, Noriega.

En efecto, el marinero tiró de algo hacia arriba y sacó fuera del agua el brazo de un hombre muerto.

—Venga, ayudadle —ordenó Manrique iluminando con la lámpara de aceite.

Costó lo suyo hacerse con el cuerpo, pues no solo estaba sumido en la parte más inundada del sollado, sino que parecía haberse trabado con algo. Allí había cientos de objetos flotando o medio sumergidos. ¿Los restos del naufragio de los que siempre se habla? Pues esos. Aquí, siendo vividos por los que han tenido la mala fortuna de no haber sucumbido en una muerte rápida. Fue el mismo Echarri el que puso palabras a este sentimiento general:

—Ay, amigo, amigo… —dijo mientras se acuclillaba, se sumergía en el agua helada y tiraba con todas sus fuerzas del cadáver—. Qué suerte la tuya, que ya no sufres más…

Lo tenía sobre los hombros y la espalda, y lo sujetaba por los antebrazos. Era un infante de marina, lo cual pareció reconfortar a los marineros. Los infantes no eran de los suyos. Estarían juntos durante meses, embarcados en el mismo navío y compartiéndolo todo, pero unos eran marineros y los otros soldados: los segundos se creían superiores a los primeros y los primeros se sabían superiores a los segundos.

—Venga, llevadlo arriba junto a los demás —ordenó Manrique.

Echarri y Noriega obedecieron de inmediato y hasta que no regresaron, el alférez no reemprendió la búsqueda.

—¿Cómo están las cosas en cubierta? —se interesó.

—Parece que siguen desembarcando a la tropa —respondió Noriega.

—Despacito, para que no se mareen —rio Echarri.

—¡En el puto chinchorro! —Se unió, altanero, a la conversación otro de los marineros. Se llamaba Felipe Vela y pertenecía a ese tipo de hombres ya entrados en años que han pasado, en sus vidas, más tiempo embarcados que en tierra. De hecho, su cuerpo se había transformado tanto que sentía lo contrario que los pobres infantes: si no percibía el lento cabeceo del navío bajo sus pies, comenzaba a dolerle la cabeza y perdía el sentido del equilibrio.

—¡Qué hijos de puta! —Se carcajeó, ya sin medias tintas, Echarri. El resto de marineros, y hasta el alférez, se unieron a la chanza, aunque este último con cierta tibieza y siendo consciente de que le amparaba la soledad reinante en el sollado.

—Sigamos —dijo al cabo de un par de minutos.

Siguieron. En total, les llevó más de dos horas inspeccionar por completo el sollado. Hallaron tres cadáveres más, dos pertenecientes a infantes de marina y el tercero a un artillero que solo Dios sabía por qué se encontraba en el sollado cuando la desgracia le alcanzó.

—De acuerdo, ahora hay que revisar la bodega —informó el alférez Manrique. Se ubicaba junto al hueco que un rato antes abrieran el teniente Ostos y sus hombres para vaciar la santabárbara.

—La bodega está completamente inundada —comentó Echarri. Era consciente de que estaba diciendo una obviedad, pero por si acaso. Con los oficiales nunca se sabe.

—Creo que lo mejor será levantar las tablas del suelo del sollado —dijo, tras pensárselo durante un rato, el alférez. Si había cadáveres ahí abajo, tenían que sacarlos como fuera. La bodega seguía conteniendo abundantes pertrechos y víveres que, probablemente, necesitaran en un futuro. Por muy empapado en agua salada que se hallara todo, recuperarlos era esencial. O mejor que nada, como se prefiera. Sabrían, en cualquier caso, cómo deshacerse del agua salada. La tierra en la que habían varado estaba cubierta, en gran parte, por hielo y nieve, lo cual significaba agua dulce. Y el agua dulce podía eliminar el agua salada y convertir en comestible lo incomestible. No en delicioso lo repulsivo, pero el *San Telmo* tampoco había destacado jamás por lo exquisito de su rancho.

—Iré a buscar herramientas —propuso Vela, quien, sin aguardar confirmación, dio media vuelta y ascendió al primer puente.

Cinco minutos después regresó con dos palancas de hierro y tres hachas. Se quedó una de estas y repartió entre sus compañeros el resto de lo que traía.

Cuando, sin cuidado alguno, comenzaron a emprenderla contra las tablas del piso, Manrique les pidió que se condujeran con mayor diligencia y que no las quebraran de cualquier manera.

Los marineros lo miraron de hito en hito. ¿Acaso el alférez esperaba que el *San Telmo* fuera algún día a dar media vuelta y a hacerse de nuevo a la mar? ¿Había que conservar en buenas condiciones algo que, se mirara como se mirase, estaba echado a perder para siempre?

No, no exactamente, pero… Un oficial de guerra era un oficial de guerra y, para él, el navío resultaba sagrado. Le habían inculcado este sentimiento desde el primer día en que comenzó su formación naval. Antes de aprender a saludar correctamente a un superior o a abotonarse la casaca, se les impregnaba del carácter sagrado, casi divino, de la nave. Nada es más importante que ella. Nada se supedita a ella. Ni tan siquiera la propia vida.

—Continuad —dijo Manrique tras una pausa.

Los marineros prosiguieron levantando tablas. Algunas salían enteras, otras no. Daba igual. Lo importante era retirar por completo el suelo del sollado y acceder a la bodega.

Necesitaron más de tres horas y media para conseguirlo. Cuando terminaron, los marineros se hallaban exhaustos. Apoyando los pies en los baos y caminando con sumo tiento por ellos, fueron examinando la bodega. En efecto, no había un solo compartimento que no se hallara inundado.

No encontraron ningún cadáver más.

* * *

El *San Telmo* estaba siendo vaciado a conciencia. Salvo los cañones, se lo llevaban todo. Por la tarde, el navío gruñó un par de veces y pareció que se escoraba todavía un poco más por el lado de estribor. Porlier, sobre la cubierta, y Toledo, ya en la playa pedregosa, cruzaron una mirada. La distancia era lo suficientemente corta como para que se reconocieran en los gestos. El del brigadier, a bordo, de completa preocupación. Sabía que si la inclinación del *San Telmo* alcanzaba un punto determinado, nada lo detendría y acabaría cayendo de lado como un gran toro muerto.

Toledo, por suerte, lo vio de otra forma desde la playa: no era para tanto. Quizás el navío se hubiera movido un poco, pero no más de uno o dos dedos.

El sonido de las cuadernas rozando contra el fondo marino era atroz, pero no pasaba de ahí. De que cientos de hombres sintieran cómo lo único que les ataba al mundo que conocían amenazaba con abandonarlos para siempre.

Mientras tanto, el chinchorro trabajaba de firme. Los marineros se habían habituado a la maniobra y, tras veinte o treinta veces de repetirla, no les llevaba más de diez o quince minutos. Cargaban el chinchorro con lo que les largaban desde la cubierta del *San Telmo* y ponían rumbo a la playa. De hecho, pronto hasta prescindieron de los remos: a alguien se le ocurrió atar un largo cabo a la proa y tirar de él para moverlo de un lado a otro. De esta manera, la tripulación del chinchorro quedó reducida, en un principio, a dos hombres. Con posterioridad, a uno solo. Trabajaban a buen ritmo en el vaciado de la nave.

Cuando toda la guarnición estuvo desembarcada, el capitán Toledo ordenó al sargento Rodríguez que se ocupara de organizarla y de tenerla preparada para fuera cual fuera la contingencia que se presentase. Todos los infantes de marina, unos doscientos, llevaban puesto el uniforme reglamentario y portaban, cada uno de ellos, un mosquete y una cartuchera completa. En teoría, suponían una fuerza de combate a tener en cuenta. En la práctica, el propio sargento Rodríguez se dio cuenta de que algo no funcionaba. Hizo que sus hombres formaran para revista en la misma playa y escuchó las primeras protestas. Algunos infantes no acababan de estar conformes con la situación. Como si el naufragio fuese culpa de alguien y ese alguien tuviera que hacerse responsable de las incomodidades sobrevenidas.

El sargento Rodríguez supo que lo mejor era cortar por lo sano, aunque con la debida mano izquierda:

—Que a nadie se le pase por la cabeza nada que no sea estar a las órdenes del brigadier, ¿entendido? —espetó mientras pasaba revista.

—No sé yo si las ordenanzas… —comenzó a objetar alguien.

—¡Me tenéis todos hasta los cojones con las putas ordenanzas! —zanjó Rodríguez—. Ni uno solo de vosotros se ha leído jamás las ordenanzas. Maldita sea, muchos ni siquiera sabéis leer, me cago en mi puta vida… Aquí la única ordenanza es esta que sale de mi boca.

El sargento se llevó el dedo índice de la mano derecha a los labios y se los señaló.

—¿Entendido? —gritó.

Ante unas afirmaciones que le parecieron un tanto tibias, repitió:

—¿Entendido?

Ahora sí, la tropa respondió afirmativamente, aunque sin demasiado entusiasmo. El sargento sabía de las dificultades en las que se hallaban. Sabía que ellos, la infantería de marina, no habían tenido ni la menor culpa en lo que les había ocurrido. Desconocía si las decisiones tomadas por los oficiales del navío o la impericia de la marinería los había abocado a este desastre, y tampoco le importaba gran cosa. Él era un soldado y, como buen soldado, permanecía a las órdenes de quien estuviera al mando. Y, con él, el resto de la tropa. Se dejaría la vida si era necesario para que este simple precepto se cumpliese a rajatabla.

Lo cual no era óbice para que entendiera a la perfección las quejas de los infantes. El frío reinante era helador y apenas tenían ropa con la que abrigarse. Llevaban unos calzones, una camisa y una casaca, eso era todo. Y en aquel paraje desolado solo había piedras negras, nieve y hielo. Y focas que apenas mostraban interés por los recién llegados.

Lo cual le dio una idea al sargento. Se ajustó la casaca y se encaminó, con paso firme, hacia el lugar donde se encontraba el capitán Toledo. Los guijarros de la playa convertían el avance en un tormento y Rodríguez notó cómo se le clavaban en la planta de los pies. No, el calzado que llevaban tampoco era apropiado para ese lugar.

—A sus órdenes, capitán —dijo cuando estuvo a dos pasos de Toledo.

—Sargento —repuso Toledo dándole así permiso para hablar. Se hallaba muy ocupado observando las idas y venidas del chinchorro, que ahora desembarcaba lo que parecían ser barriles con carne salada en su interior. Como casi todo lo que provenía del *San Telmo*, se hallaba mojado y en un estado más que cuestionable. De momento, el plan pasaba por descargarlo todo y después ya se vería qué servía y qué no.

—Víveres, señor —dijo el sargento.

Dentro del mar, con el agua hasta las rodillas, varios marineros empujaban el chinchorro hasta que la proa tocaba tierra y lo mantenían en esa posición mientras otro grupo de hombres comenzaba a descargar.

—¡Vamos, deprisa, que se nos echa la noche encima! —pidió Toledo.

Responder a todo un capitán era algo que ni se les pasaba por las cabezas, así que continuaron trabajando exactamente al mismo ritmo, pero sin despegar los labios.

—Verá, señor… —Buscó su oportunidad para hablar el sargento. Toledo parecía demasiado ocupado con las tareas de descarga y no deseaba parecer inoportuno. No en exceso, al menos—. He pensado que…

De pronto, un barril de grandes dimensiones resbaló de entre las manos de los tres hombres que lo manejaban, cayó al suelo y se quebró. Parte del contenido quedó derramado sobre las piedras de la playa. En efecto, se trataba de carne salada.

—Mierda… —dijo Toledo, contrariado. Y, volviéndose hacia el sargento, añadió en un tono que no ocultaba su enfado—: ¿Qué?

Rodríguez juzgó que tampoco se hacía precisa una orden directa del capitán. Ya se encargaría él, y, después, Dios dispondría:

—Nada, señor —dijo. Y antes de dar media vuelta y regresar con sus hombres, aseveró—: Yo me ocupo, no se preocupe usted.

* * *

A pesar de los ronquidos del *San Telmo*, ni la desestiba ni la descarga se detuvieron en ningún momento. Simplemente, los hombres se acostumbraron a los ruidos que las descomunales tensiones producían en el maderamen del barco y las ignoraron. ¿Qué otra cosa podían hacer? ¿Preocuparse por la posibilidad de que el navío se partiera por la mitad con ellos dentro? Si así ocurriera, morirían. Si no, morirían igual, aunque de forma un tanto más agónica. Si se observaba desde ese peculiar estoicismo marinero, un colapso rápido ahora les ahorraría una agonía lenta mañana. Al tiempo.

Desestibar la bodega no resultó, en modo alguno, sencillo. El hecho de que la guarnición estuviera completamente desembarcada ayudaba, qué duda cabe. Los marineros no lo decían en voz alta porque estas cosas se saben, pero no se pronuncian. Sin embargo, hasta el último de los integrantes de la marinería de a bordo estaba hasta el mismísimo prepucio de los infantes de marina. Arrogantes, perezosos cuando no directamente vagos, imbuidos siempre de ese desquiciante sentido de superioridad, soberbios y despreciativos sin límite. Los odiaban a muerte, maldita sea. Por desgracia, el *San Telmo* era un buque de guerra y los buques de guerra incorporan siempre una guarnición por razones meridianamente claras. Y ahí los tenían, exigiendo esto, exigiendo lo otro, maltratando a los grumetes y hasta faltando al respeto a marinos hechos y derechos que habían dado la vuelta al mundo varias veces. Idiotas sin los veinte años cumplidos y todavía con las caras repletas de granos.

Desde luego, estaban mejor en tierra. Trabajar duro nunca había supuesto un problema para la marinería de este o de cualquier otro barco de la Real Armada, pero hacerlo lejos de la soldadesca marcaba diferencias. Si lo miraban con el suficiente relajo, trabajar de firme y sin descanso en la

evacuación de un navío varado, tu propio navío varado, no tenía por qué resultar una mala ocupación si no había infantes de marina a la vista. Alguno dijo, a grito pelado, que aquello era, qué diablos, como estar de vacaciones. El resto rio con ganas la gracia. Y es que esas casacas azules, sinceramente, les daban mucho por el culo.

La desestiba, el vaciado por completo de la bodega, produjo los movimientos más peligrosos en el escorado *San Telmo*. A ritmo constante, los hombres extrajeron barriles, baúles, cajas, sacos y petates, todos ellos del todo empapados. Hubo quien comentó que la mayor parte de aquello estaba echado a perder. No obstante, órdenes eran órdenes y se les había explicado que el vaciado debía ser completo. Que mejor llevarlo todo a la playa por lo que pudiera suceder. Que ya verían luego qué hacían. Que mejor, en los días subsiguientes, inspeccionar despacio lo descargado.

El tipo de orden que hace que un marinero tuerza el gesto y farfulle por lo bajo. No siempre, claro; no, desde luego, en presencia de oficiales de guerra. A uno lo pasan por la quilla a la mínima de cambio. Di que ahora la quilla está partida por varias partes e incrustada en las rocas del fondo marino. Pero la oficialidad es imaginativa, vaya que si lo es, y, si bien no pega un palo al agua, se las ingenia a las mil maravillas para pergeñar escarmientos, a cada cual más escalofriante, con los que castigar a los únicos que realmente doblan el espinazo en este santo oficio.

El chinchorro volcó dos veces y se hundió, debido a la sobrecarga, una. Los marineros, lejos de preocuparse, aprovecharon la ocasión para poner las manos en la borda y descansar un rato. Miraban, más taciturnos que divertidos, al pobre compañero que, a duras penas, lograba sacar la cabeza del agua y asirse al chinchorro para salvar la vida.

—¿Está fría? —preguntaban desde la cubierta del *San Telmo*, no sin ánimo de sorna.

—Que baje tu puta madre y lo compruebe —respondía el de abajo, al que el agua helada del mar le había extirpado el buen humor para un buen rato.

La carga que, cuando esto sucedía, caía al mar, se daba por perdida si se hundía o se trataba de salvar si flotaba. Como casi siempre sucedía lo primero, el alférez Manrique intervino, no fuera a ser que todo aquello lo estuvieran haciendo aposta para ahorrarse trabajo.

Los hombres juraron por sus muertos que se trataba de accidentes. Incluso en la ocasión en la que el chinchorro se hundió, aseguraron que fue sin querer. Lo habían cargado tanto que, sencillamente, se fue hundiendo poco a poco hasta que penetró agua y como un peso muerto se fue al fondo con el

marinero a bordo incluido. Ahí sí que tuvieron que echarse al agua tres hombres para liberar la carga y reflotar el chinchorro. El alférez Manrique se tomó la molestia de elegir para esta ingrata tarea a los marineros que más se habían reído en los percances anteriores. Y es que un oficial escarmienta al marinero siempre que tiene ocasión y tanto con razón como sin ella. Es una ley inexorable en la mar.

⁎ ⁎ ⁎

Lo cierto era que ni el sargento Rodríguez ni ninguno de los infantes bajo su mando había visto una foca en su vida. Cuando se acercaron a ellas, el sargento ordenó precaución. No vaya a ser que hayamos sobrevivido a un naufragio para que ahora nos devore un bicho salido del averno.

Pero no, lo cierto fue que las focas no se mostraron agresivas con los hombres. En realidad, no mostraron nada que no fuera una honda indiferencia. Solo cuando se las tocaba, y no siempre, los animales pegaban un respingo y brincaban, dando torpes saltitos en dirección al mar.

—¿Qué cree, sargento? —preguntó uno de los infantes—. ¿Se comería usted uno de estos bichos?

—Ni lo dudes, chaval.

Había algo en lo que la oficialidad no parecía reparar, pero que la tripulación tenía muy presente: que llevaban ni sabían ya cuánto tiempo sin probar un bocado. Y tenían hambre, claro. Un frío que los dejaba casi sin sentido, pero también hambre. Muchos pensaban que comer algo no les vendría mal para entrar en calor. Unas mantas tampoco, pero esas las daban por perdidas: en el caso de que del *San Telmo* lograran rescatar algunas, a buen seguro la marinería se las quedaría para sí. Porque a buenas, todos somos buenos; pero a náufragos, algunos los son de primera categoría y otros de segunda.

Lo sabían, tomaban nota y por eso mismo estaban buscándose la vida sin ayuda de nadie.

—Haremos una prueba —explicó el sargento Rodríguez—. Primero matamos un bicho y vemos qué tal. En función del resultado, decidimos si seguir o no.

—A sus órdenes, sargento —respondió el infante que se hallaba inmediatamente a su derecha—. ¿Le parece que proceda?

—Con la bayoneta. Por lo que pueda suceder, hay que ahorrar munición.

El infante, sin pensárselo dos veces, levantó su mosquete, extrajo la bayoneta de su vaina y, en un rápido movimiento, la caló. Asió con ambas

manos el arma y, de un golpe seco, clavó la bayoneta en el cuerpo del animal. Sin demasiado éxito, pues la foca emitió un rugido de dolor y se agitó con cierta furia, pero no dio muestras de estar próxima a doblar el espinazo.

—Qué puto chapucero… —dijo uno de los que observaban.

—Déjeme a mí, sargento, déjeme, que yo tengo experiencia matando cerdos.

—Tú no has matado un cerdo en tu puta vida, maricón.

—¿A quién le llamas eso?

—A ti, joder, a ti. Que a algunos lo que os gusta es hablar por hablar…

El sargento los dejó discutir un rato, porque en algo debía entretenerse la tropa, pero cuando vio que la conversación se enconaba más de la cuenta, atajó:

—Vale, se acabó.

Los infantes, acostumbrados a recibir aquella orden de su sargento, obedecieron de inmediato.

—Tú —dijo dirigiéndose al infante que había dado el bayonetazo a la foca —. Dame el arma.

—Yo no le doy el arma, sargento. Ya sabe usted que…

—¡Que me des la puta arma, cojones!

El infante de marina, sin rechistar, le alargó el mosquete. Con él entre las manos, el sargento apuntó a la cabeza de la foca herida y le atravesó la nuca. El empuje de la bayoneta llevaba tanta fuerza que la punta de la misma le salió al animal por la garganta.

—¿Veis? Así se hace.

La foca estaba muerta. Rodríguez devolvió el mosquete a su dueño, le reconvino levemente por habérselo entregado transgrediendo el reglamento y extrajo de un bolsillo de su casaca una navaja de considerables dimensiones. Inclinándose sobre el animal y sin quitarle la mirada de encima por si las moscas, lo volvió panza arriba y le metió un tajo desde el cuello hasta el vientre.

Los infantes se arremolinaban en torno a él para seguir con expectación sus evoluciones.

—Parece comestible —dijo el sargento tras echar un primer vistazo a las entrañas del animal: carne roja y sangrante, grasa, huesos y piel. Con un ejemplar como este, se alimentaría un grupo de unos quince hombres durante un día completo.

—Habrá que asarlo, ¿no, sargento?

—Claro. Y se lo servirá a usted en bandeja de plata una odalisca negra semidesnuda. Vaya, vaya tomando asiento el señor, que ya nos ocupamos nosotros de que no le falte de nada.

La pulla hizo que algunos hombres riesen. No demasiado, la verdad, porque entre el frío, el hambre y el desánimo, no estaban para demasiadas bromas.

Pero el tipo tenía razón. No iban a comer carne cruda, como si los animales fueran ellos. Sin embargo, allí, en aquel paraje pedregoso y hasta donde alcanzaba la vista, no se veía un solo árbol o matojo que poder quemar.

El sargento Rodríguez volvió la mirada hacia el *San Telmo*. Ese mismo *San Telmo* que estaba siendo meticulosamente vaciado de todo lo útil que contenía. Dentro de poco, solo sería un pecio. Un barco varado sin nada aprovechable en él.

Salvo la madera de la que estaba construido.

—Matad veinte bichos más —ordenó el sargento—. Sin gilipolleces, tal y como me habéis visto hacerlo a mí. Después, los despellejáis y los cortáis en trozos de carne manejables. Como del tamaño de un brazo, más o menos, ¿entendido?

No había terminado de hablar cuando un nutrido grupo de infantes se lanzó, de forma un tanto desordenada, contra la colonia de focas. Se les había dicho que con veinte ejemplares bastaba, pero mataron más de ochenta. Los abrieron de arriba abajo, los despiezaron tal y como el sargento había ordenado y apilaron los trozos de carne fresca sobre la nieve.

Cuando terminaron, la casi totalidad de la infantería de marina del *San Telmo* tenía sangre en las manos, en la cara, en sus preciosas casacas azules. El ancla bordada en hilo amarillo que lucían en los cuellos de las prendas, se aparecía ahora de un rojo intenso.

* * *

La preocupación de Porlier por recuperar hasta el último de los cadáveres hizo que, durante al menos dos horas de la tarde, prácticamente la totalidad de la marinería se dedicara, en una labor o en otra, a ello. El teniente Ostos recibió la orden de realizar el recuento: de las bajas, por supuesto, y, acto seguido, de los que aún continuaban con vida.

Se apilaron con respeto los cadáveres en un extremo de la playa y Ostos, hasta tres veces, contó las cabezas: en total, tenían cincuenta y cinco muertos. Sin embargo, al recontar a los vivos, se dio cuenta de que la tripulación actual solo sumaba quinientos ochenta y dos hombres. Quedaban marineros a bordo

del *San Telmo*, de manera que, en uno de los más de cien viajes de ida y vuelta que aquel día realizó el chinchorro, se subió a él y recontó en el navío sin la ayuda de nadie. Efectivamente, las cuentas estaban bien hechas: faltaban siete hombres.

Tratando de ser minucioso, tomó una lámpara de aceite y, con ella en la mano, bajó al sollado y revisó la bodega. Allí se tropezó con varios marineros que continuaban con las tareas de desestiba. Se sorprendieron al verlo a bordo, pero se encogieron de hombros cuando el teniente les preguntó si habían visto algún cadáver bien en la bodega, bien en el sollado.

—Esto está limpio, señor —dijo uno a modo de simple respuesta.

Y sería cierto, porque aquellos tipos llevaban un día entero encerrados entre aquellas tablas. Si no habían recorrido al menos diez veces hasta el último pañol del *San Telmo*, no lo habían hecho ni una.

El teniente Ostos dio por buenas las explicaciones de los marineros porque realmente las tenía por tales: no quedaban más cuerpos a bordo.

De manera que, sí, les faltaban siete cuerpos y correspondían a los hombres que la mar les había arrebatado durante el temporal. Decidió cerrar el conteo, regresó al chinchorro y pisó de nuevo la playa. Allí, Porlier y Toledo le aguardaban esperando una respuesta.

—Tenemos quinientos ochenta y dos hombres vivos, contado la oficialidad. Hay cincuenta y cinco cadáveres alineados sobre las piedras. Nos faltan siete, que corresponden a los hombres perdidos en alta mar.

—Me parece una cifra razonable —dijo el capitán Toledo.

—De acuerdo —accedió Porlier tras pensárselo durante un instante—. La tripulación es ahora de quinientos ochenta y dos hombres. Anótelo, Ostos, y mantenga al día el conteo.

Porque seguirá cayendo gente.

—¿Y qué hacemos con los cadáveres? —preguntó Ostos—. Aquí no hay modo de enterrarlos.

El paraje, hasta donde se podía ver, estaba formado por piedras y más piedras. De diferentes tamaños, formas y hasta tonalidades, pero piedras en cualquier caso. Nada parecido a la tierra donde cavar una fosa y dar cristiana sepultura a los caídos.

—Se los daremos al mar —sentenció Porlier—. Busque una zona de corrientes que se alejen de la costa.

—A la orden.

Ostos no podía ni con el alma. Jamás en su vida había trabajado tanto y tan de continuo. Y en tareas a cada cual más estrambótica. Ahora, sin ir más

lejos, debía buscar una corriente que alejara a cincuenta y cinco cadáveres de la costa, es decir, del lugar donde ellos se hallaban. Joder.

Con sumo tiento, el teniente buscó astillas desprendidas de los barriles desembarcados. Cuando se hubo hecho con media docena de ellas, se dirigió hacia la orilla y observó el agua. Apenas había olas y, hasta donde la vista le alcanzaba, la mar estaba en calma. Atisbó sin prisa y trató de observar, en la superficie del agua, signos que le dieran alguna pista acerca de lo que buscaba. Cuando creyó encontrarlos, lanzó una de las astillas de madera y fijó sus ojos en ella para ver si se alejaba de la costa.

Intento fallido: la astilla regresó a la orilla y Ostos apretó los dientes. Bien, debería seguir intentándolo. Avanzó unos cuantos pasos más por la playa, alejándose del contingente principal de hombres, y cuando creyó haber dado con una nueva corriente que se alejaba de la costa volvió a lanzar una astilla para comprobarlo. Fueron necesarios hasta siete intentos antes de que Ostos diera con el lugar adecuado. Se encontraba alejado a más de trescientos pasos del lugar donde habían depositado los cadáveres, de manera que no les quedaría más remedio que acarrearlos uno por uno. Más trabajo, más extenuación, más abatimiento.

Cuando retornó a la posición donde se hallaba Porlier y le informó, este miró hacia el cielo y calculó el tiempo de luz que les quedaba. Dado que unas espesas nubes lo cubrían por completo, cualquier estimación no podía ser sino aproximada, pero Porlier se aventuró:

—Nos dará tiempo a hacerlo hoy.

Tenía ganas de deshacerse de los cadáveres. Cuanto antes los perdieran de vista, mejor para todos. No es que la moral fuera a subir de inmediato, pero de algo serviría. A nadie le agrada pernoctar con cincuenta y cinco de los que han sido tus compañeros durmiendo el sueño eterno a cuatro pasos de distancia. Había que ir pasando páginas al libro del desastre. Quizás, en algún capítulo posterior, alguien habría escrito para ellos un bonito golpe de buena suerte.

Lo dudaba mucho, sinceramente.

—Ordene que se transporten los cuerpos a la posición que usted diga y dispóngalo todo para una breve ceremonia de despedida. Y avise, si es tan amable, al capellán.

* * *

Con el *San Telmo* prácticamente vacío, el chinchorro se hallaba realizando sus últimos viajes. Se notaba que los hombres estaban cansados, pero ya

faltaba poco. Además, según los cálculos de Porlier, apenas les restaba una hora de luz solar. Debían apresurarse y finalizar la tarea.

Salvo un pequeño contingente de unos quince marineros, nadie quedaba a bordo del navío. Todo, hombres y pertrechos, se había apilado con cuidado en la playa. El contador del *San Telmo*, Juan Bautista Beltrán, se había ocupado, por orden del propio Porlier, de llevar un detallado inventario de lo descargado: excepto los hombres vivos y los cadáveres, cuyo recuento encomendó al teniente Ostos, Beltrán debía anotar en su libro de cuentas qué pertrechos y en qué cantidades se habían depositado sobre las piedras de la playa.

—Brigadier, con su permiso… —dijo el sargento Rodríguez mientras se acercaba a Porlier y se detenía a una distancia respetuosa de él.

—Sargento…

—Mire, señor, resulta que, por no permanecer de brazos cruzados, hemos dado caza a unos cuantos animales de esos que puede ver al otro lado de la playa…

Porlier giró el rostro y entornó los ojos. Estaba agotado y apenas podía pensar, mucho menos ver con detalle, pero antes se pegaría un tiro que mostrarse así ante un subordinado.

—Gracias, sargento —repuso, sin ser capaz de intuir adónde quería llegar Rodríguez.

—Había pensado, señor, que quizás pudiéramos preparar una buena cena para toda la tripulación. Hay carne de sobra.

A Porlier, que llevaba horas con el estómago encogido por el desasosiego, no se le había ocurrido que la tripulación tuviera que cenar. Pero sí, desde luego que era algo que había que hacer. El sargento se lo puso fácil:

—Si da usted su permiso, mis hombres y yo nos encargamos de todo.

Para qué quieres más.

—Tiene mi permiso.

—Sin embargo… Verá, señor, aquí no hay leña.

—No, no la hay.

El cansancio de Porlier hacía que no fuera capaz de seguir una conversación que hasta un grumete habría intuido.

—Y la necesitamos para asar la carne de los animales, ¿comprende?

Tarde pero seguro. Porlier comprendió. Volvió la vista hacia el *San Telmo* y el sargento asintió levemente con la cabeza. ¿Desmantelar la nave? ¿Desnudarla tabla a tabla, dejar a la vista el armazón, los baos, las cuadernas, prender fuego a los palos, a las vergas…?

Necesitó un par de minutos para hacerse a la idea. Porlier no era tonto ni era ingenuo. Sabía, sin el menor atisbo para la duda, que el *San Telmo* nunca volvería a navegar. Los daños eran tales que ya ni siquiera se lo podía llamar un navío: por respeto a la nave, seguirían hablando así hasta que no quedaran de ella sino cuatro tablas mal claveteadas entre sí, pero el navío ahora era solo un pecio. Un barco naufragado, como tantos y tantos a lo largo y ancho de los mares.

Lo que no acabas de encajar es que te haya sucedido a ti.

—Adelante —dijo simplemente.

* * *

Se retrasaron y la noche se les echó encima. No fue algo que les sucediera a Porlier y a los suyos tras conducirse con indolencia. Al contrario: hasta el último de los hombres lo había dado todo. Simplemente, uno no calcula bien en los naufragios. Crees que te va a dar tiempo a realizar lo que habías previsto y luego resulta que no. Que se te hace de noche y que los planes no salen redondos.

Tampoco era como para lamentarlo en exceso. Si algo tendrían de sobra en adelante, sería tiempo.

Tras la autorización de Porlier, el sargento Rodríguez se movió rápido. Tomó el mando del chinchorro, ya en la playa tras el último de los viajes de vaciado del *San Telmo*, y regresó al buque en búsqueda de leña con la que encender hogueras.

Uno de los infantes de marina a bordo en el viaje inicial propuso soltar las primeras tablas de casco que se encontraran. Para él, ni siquiera era preciso subir a cubierta y establecer cierto orden también para el desmantelamiento del pecio. Por supuesto, Rodríguez se negó de inmediato. Bastante precario le parecía ya el equilibrio de un *San Telmo* varado sobre las rocas como para añadir agujeros a la incertidumbre. No, lo harían como Dios manda. Desde la cubierta y utilizando primero las maderas que se hallaran secas.

Realizaron, en total, cinco viajes con el chinchorro cargado hasta los topes. Habían soltado tablones en la zona del combés y en la cubierta a la altura del trinquete. Tablas sencillas de arrancar con hachas y palancas. Y secas, tablas, sobre todo, que se hallaban secas a pesar del enorme trasiego que había soportado el *San Telmo* a lo largo de aquel largo día.

Con la madera ya en la playa, se encendieron un total de once hogueras, entre las cuales los hombres se fueron repartiendo de forma informal pero

precisa: los infantes con los infantes, los marineros con los marineros, los artilleros con los artilleros y, por supuesto, la oficialidad con la oficialidad.

Once puntos de luz en mitad de la noche más gélida y desolada que aquellos hombres recordarían jamás. No había nadie en torno a ellos. Nadie en el sentido más literal y desnudo de la palabra. Una soledad que, por momentos, parecía solidificarse a su alrededor. Que se volvía presente, corpórea, dotada de alma y esencia.

Los grandes pedazos de carne comenzaron a asarse lentamente. En casi todas las hogueras, uno o dos hombres se ocupaban de darles vueltas para que se asaran bien por todas partes. O, al menos, esa resultó ser la intención inicial, porque, tras un rato de espera y absorta observación de las llamas, algunos decidieron que ya era suficiente y que darían cuenta de la carne de foca tal y como estaba. Cruda todavía en muchas partes, pero sabrosa en cualquier caso. Sabrosa para aquel que ya nada tiene, que ya nada aguarda y al que la soledad de la noche y el frío helador le han arrancado cualquier atisbo de esperanza.

Nadie protestó, nadie se opuso, nadie dijo una palabra. Simplemente, los hombres extrajeron sus navajas, las abrieron y cortaron trozos de carne que comenzaron a comer en silencio. A la luz del fuego, se veían a sí mismos como seres salvajes: figuras sucias que roen un pedazo de carne sangrienta con la mirada perdida en la nada. Sentados sobre las piedras y el hielo. En general, salvo ligeras variantes, su vestimenta constaba de los calzones de trabajo, una camisa deshilachada por los codos, una casaca de paño no demasiado grueso y un par de zapatos de piel fina abotinados hasta el tobillo.

A sesenta y dos grados sur, los hombres sintieron cómo un frío animal se les adhería a la piel, a los músculos, a los mismísimos huesos. Ya no se desharían de él nunca más.

Desolados hasta los restos.

Casi seiscientos hombres en aquella playa y ni uno capaz de reunir los arrestos suficientes para decir esta boca es mía.

No, no es cierto. Había uno que sí los tuvo. Había uno que se encargaría de llevar adelante el trabajo para el cual había resistido vivo durante aquella infame jornada: el capellán Pizarro.

Porque a los muertos había, si no que darles sepultura, pues esto resultaba imposible, sí el adiós que todo cristiano merece.

El brigadier Porlier, sentado en torno a la hoguera donde se habían reunido los oficiales, sintió el reconfortante calor de las llamas en el rostro. Cerró los ojos y permaneció así durante unos minutos. Escuchaba el crepitar

de la hoguera y sostenía, entre las manos, un trozo de carne de foca a medio asar. La grasa resbalaba entre sus dedos, pero Porlier no tuvo fuerzas para limpiársela. De haberlas tenido, no hubiera hallado con qué.

El teniente Ostos se puso en pie y se acercó a la hoguera contigua, solo diez o doce pasos más allá en la playa, donde eligió a un grupo de ocho hombres.

—Será solo un momento —prometió.

Los hombres, marineros en su totalidad, protestaron por lo bajo, pero se incorporaron y se pusieron a las órdenes del teniente.

—Venid —dijo este.

El grupo llegó hasta el lugar donde había quedado abandonada la lancha del *San Telmo*. Se hallaba bastante lejos de la línea de la marea alta y cerca de un pequeño risco de negra roca que actuaba a modo de cortavientos. Ostos ordenó a los hombres que, a partes iguales, se repartieran por babor y por estribor y que volvieran boca abajo la lancha.

—Despacio —advirtió—. No quiero dejarla inservible.

Los marineros hicieron lo que se les pedía y en menos de cinco minutos la lancha se hallaba con la quilla mirando al firmamento estrellado.

—Es todo —dijo el teniente Ostos—. Podéis regresar junto a la hoguera.

No dio las gracias porque un teniente de navío no tiene por qué darlas. Él manda y el resto obedece. Tan sencillo como eso.

De vuelta con el resto de los oficiales, explicó su plan:

—Dormiremos al abrigo de la lancha. Dudo de que suponga un alojamiento en verdad cómodo, pero creo que nos protegerá del frío.

Porlier asintió. Toledo hizo lo propio. El resto de oficiales se limitó a seguir comiendo carne de foca con las manos desnudas.

Pizarro se acercó desde la oscuridad. Su uniforme completamente negro y su rostro cubierto a partes iguales de mugre, grasa de foca y serena enajenación lo convertían en parte del paisaje nocturno: un trozo de algo muy salvaje, muy despiadado, muy al margen de cualquier atisbo de humanidad.

—¡Capitán! —exclamó sin necesidad alguna de hacerlo pues nadie hablaba—. ¡Capitán! ¡Es la hora!

Era la hora. Bien, cuanto antes comenzaran, antes terminarían y se podrían ir a dormir.

Los cadáveres de los cincuenta y cinco tripulantes del *San Telmo* que habían perdido la vida durante el naufragio se hallaban alineados en el punto de la playa que, un rato atrás, había señalado el teniente Ostos. Con Porlier al frente, una comitiva formada por la totalidad de los hombres supervivientes se

dirigió hacia el punto en cuestión y se dispuso a escuchar un breve responso y a dar el último adiós a los idos.

Muchos llevaban trozos de madera ardiendo a modo de improvisadas teas. Nadie separó los labios. Quien más, quien menos, todos tenían algún amigo o conocido entre los caídos. En silencio, el sentimiento más común entre los hombres era de alivio, de agradecimiento incluso: por seguir caminando sobre la playa pedregosa en lugar de hallarse en el montón de cadáveres que iban a despedir.

El capellán, al llegar al punto donde aguardaban los muertos, se giró y alzó los brazos. En la mano derecha apretaba su biblia negra y en la izquierda un rosario de cuentas de madera.

—¡Aquí! —gritó como si fuera esa una instrucción necesaria.

Los hombres sabían perfectamente dónde estaban los muertos. Los hombres lo sabían todo acerca de aquella playa donde habían quedado varados. En primer lugar, porque se habían pasado la jornada sobre ella. Y en segundo, último y mucho más importante, porque no había gran cosa que saber: solo se trataba de una extensión de guijarros y hielo en la que estaban ellos, los pertrechos recuperados del *San Telmo*, las focas y los muertos. No era preciso que nadie explicara nada. No a aquellos tipos.

—Capitán —dijo el capellán.

Era necesaria, y él lo sabía, la orden de Toledo para que los hombres fueran entregados a la mar.

El capitán, sobre la playa y junto al resto de oficiales, dio su asentimiento. Pizarro, a la luz de las teas, sonrió. O eso dirían después muchos de los miembros de la tripulación del *San Telmo*. El capellán Pizarro sonrió en el momento de entregar cincuenta y cinco almas intactas a Dios nuestro Señor en los Cielos. Si alguien estaba haciendo bien su trabajo en aquel lugar maldito, era él. Si alguien albergaba esperanzas reales de mejorar sus expectativas en un futuro inmediato, por todas las vírgenes y todos los santos que era él.

Entre varios marineros se echaron a suertes quiénes se adentraban en el agua. Serían los encargados de empujar los cadáveres mar adentro con la esperanza de que, si todo sucedía como el teniente Ostos había predicho, la corriente se los llevara para nunca regresar.

Los desafortunados renegaron varias veces, pero terminaron por descalzarse y remangarse los calzones. Fue el brigadier Porlier quien rompió el silencio cuando el primero de los cadáveres entró en el agua. No los habían amortajado ni nada que pudiera parecérsele: se marchaban tal y como habían

sido hallados en las tripas del *San Telmo*. Si un consuelo merecían, fue Porlier quien se lo proporcionó:

—He aquí el momento más triste y doloroso de mi ya larga carrera como marino —comenzó a decir a los cientos de hombres reunidos en silencio sobre las piedras de la playa—. He aquí el momento de decir adiós a cincuenta y cinco hombres que murieron bajo mi mando en las más excepcionales de todas las circunstancias. Honremos su memoria siendo dignos de su recuerdo.

Porlier juzgó que con eso era suficiente y se retiró unos pasos hacia atrás. Entonces, el padre Pizarro le dio el relevo. Avanzó entre las teas ardiendo, buscó un hueco más allá de los vivos y de los muertos y habló. Habló como solo los individuos imbuidos de una verdad extraordinaria son capaces de hacerlo.

—Hermanos —peroró. Mantenía su biblia en una mano y el rosario en la otra. El frío era tal que escarchaba cada una de las palabras que brotaban de su boca—. Hermanos, nos hallamos hoy aquí ante lo que no pudimos prever pues nadie está llamado a advertir eso de lo que previamente no ha sido avisado. Él, Él sabe y, porque sabe, nos observa. ¡Y hay bondad manifiesta en cada uno de sus actos! Entendedlo bien, pues tras el entendimiento llegará la dicha; tras la dicha la paz de las almas; y tras la paz su Nombre completo escrito refulgirá ante nosotros.

El cura alzaba los brazos y se giraba para que su voz llegara hasta el último de los rincones de la playa. La mayoría de los hombres tenía la cabeza gacha. Escuchaban el responso y, por extraño que pareciera, hallaban un orden en él. Un sentido, una conexión. Como si fuera cierto que Dios tenía un plan para todos ellos y que lo que les sucedía no les sucedía en vano.

—Porque en nuestra adversidad —continuó Pizarro, quien, tras moderar levemente el tono de su voz, volvía de nuevo a adquirir potencia—, digo yo ahora: ¡Seré siempre conmovido, ya que, oh, tú, Señor, con tu dicha me designaste como el más menesteroso entre los desheredados! Escondiste tu Nombre y fui turbado, oh, Señor. ¡Y clamaré, clamaré y suplicaré! Señor, ¿qué habrá tras nosotros cuando seamos dados al mar? ¿Advendrá tu Nombre y nos recogerá? ¿Seremos polvo, polvo o semilla? ¿Habrá verdad en los actos que ahora emprendemos?

El padre Pizarro hizo una pausa. Respiraba agitadamente y de entre sus labios brotaba un vaho denso que, a ratos, impedía que se contemplase su rostro. Mejor, porque hasta el más recio y curtido de los marineros habría experimentado un temblor, sin duda para él inédito: el que asola a quien un

poder sobrenatural desconcierta. Los abandonados a su suerte sienten, sobre la propia piel, el influjo heroico de los que vencen si no se dan por vencidos, de los que se extinguen si por un único instante albergan dudas.

—Somos siervos que ruegan ser escuchados —comenzó la parte final del responsorio el capellán. Sus ojos se encontraban desorbitados; su pelo, pegado a las sienes por el sudor; los brazos, extendidos hacia la noche cuan largos eran—. Ten, oh, Señor, misericordia de nosotros. Conviértenos en lo que anhelamos, haz de nuestro insignificante nombre el Nombre cuya sola pronunciación detiene vendavales, derrite el hielo y templa la nieve. ¡Cantaremos en tu honor para que de entre las piedras broten flores y tallos, y árboles de maduros frutos! ¡Sí, cantaremos en tu honor y a cada pedazo de ti que en nuestro camino hallemos lo denominaremos con el Nombre exacto! He aquí un puñado de almas que ya son tuyas. Acógelas bajo tu manto cálido y te alabaremos para siempre.

Pronunció la última frase silabeándola en extremo. Las palabras finales apenas resultaron audibles para los hombres más alejados. Todo se extinguía. Todo se apagaba. También las llamas de los maderos prendidos con los que se iluminaban en la noche. Algunos hombres respondieron en la oscuridad:

—Amén.

La tripulación del *San Telmo*, que ya lo era y no lo era, comenzó a disgregarse. Pasarían la noche al raso en aquella playa helada. El viento arreciaba de nuevo y comenzó a nevar débilmente. Todos se encogieron dentro de sus casacas. Ni siquiera se escuchaban ya los gruñidos de las focas. He aquí un puñado de almas que ya son tuyas, había dicho el capellán refiriéndose a los cuerpos dados al mar. He aquí un puñado de almas.

Bien, he aquí otro puñado. A ver qué haces con él.

8
5 de septiembre de 1819
No supimos de Dios en toda aquella larga jornada

El alba vino lenta. Como si en estas tierras no amaneciera para gran cosa, como si tampoco en torno a la luz se guardaran excesivas expectativas. Nevó durante un rato y después paró.

Poco a poco, los hombres fueron poniéndose en pie. Algunos estiraban las piernas y trataban de entrar en calor. El frío continuaba siendo helador, aunque, al menos, el viento parecía haber cesado. Si tuvieran ropajes adecuados, podrían soportar durante tiempo indefinido. Sin ellos…

Sin ellos había que trazar planes. Cuanto antes.

El brigadier Porlier retiró unas cuantas piedras con las que, la noche anterior, habían sellado la estrecha entrada a su refugio bajo la lancha y se deslizó a través de ella para salir al exterior. Había pasado la peor noche de su vida, incluyendo las dos últimas. La lancha boca abajo los protegía, desde luego, pero, aun así, el frío en ella resultaba desconcertantemente gélido. De alguna manera se había instalado en sus cuerpos como si de un parásito se tratase: lo tienes encima y debes convivir con él pues no existe un remedio para expulsarlo. O, por ser más concreto: existe, lo conocemos, pero está del todo fuera de nuestro alcance.

Porlier echó un vistazo a su alrededor y observó el campamento. La práctica totalidad de los hombres se encontraba en pie, pero no hacía nada de provecho: algunos orinaban en la orilla, otros, muy pocos, se alejaban e inspeccionaban las inmediaciones y la mayoría permanecía sentada a la espera de quién sabe qué. Las hogueras encendidas la noche anterior se hallaban consumidas por completo.

El brigadier regresó al interior de la lancha, donde los oficiales comenzaban a desperezarse, y encendió una lámpara de aceite que, como todo allí, provenía del vaciado del *San Telmo*.

—Teniente… —dijo agitando el hombro de Ostos, el cual, tumbado de cara a la borda de la lancha, apenas se movió—. Teniente. Vamos, en pie.

Ostos sufrió un espasmo, se giró repentinamente y abrió los ojos de par en par.

—A sus órdenes —dijo, casi en un grito.

Porlier lo miró. Aquel hombre era el que más confianza le inspiraba de entre toda la oficialidad. Tenía algo, algo que al brigadier le insuflaba fe… ¿Esa extraña capacidad para comprender lo que los hombres bajo su mando pensaban y sentían en cada momento? Esa misma. Ostos la poseía de forma innata, natural. Lo cual, en una situación como la presente, resultaba de inigualable utilidad.

Porque un buque de guerra no lo gobierna, aunque así pueda pensarse, la pericia en las órdenes dadas. La oficialidad no ha de estar interviniendo en cada momento para advertir de que esto o lo otro ha de hacerse de inmediato. Al contrario, si acaso: el buen gobierno de un navío de línea se asienta en el escrupuloso respeto a la más fiel de las rutinas. Cada hombre debe saber qué ha de hacer en cada instante del día sin que nadie se lo recuerde. Si un oficial ha de intervenir para recordárselo, es síntoma indiscutible de que algo va mal, de que precisamos adentrarnos más en nosotros mismos, en nuestra respiración unida a la del buque, en el todo que conforman nave y tripulación.

Rutina, rutina y rutina. Solo de esta forma se consigue que un hombre pase un año embarcado sin amotinarse. O dos años, o tres, cuatro incluso.

Y precisamente eso era lo que habían perdido: los hábitos. Y precisamente por ese motivo Porlier había visto a casi seiscientos hombres desorientados en la playa, sin saber qué hacer, sin conocer qué será de ellos dentro de un rato, sin, en suma, disponer de los asideros que todo hombre de mar no solo necesita, sino merece.

—Vamos, teniente —dijo—. Tenemos trabajo.

—¿Qué hay para desayunar? —preguntó, entonces, el capitán Toledo.

Porlier lo miró y respondió:

—Nada.

—¿Nada?

—Nada.

No tenían nada y debían comenzar a construirlo todo desde cero. Al menos, si querían sobrevivir.

—Hay víveres —protestó el alférez Manrique.

Porlier lo pensó y asintió.

—Vamos, teniente —repitió.

A través del estrecho agujero practicado en el suelo, se arrastraron hasta la playa y se pusieron en pie. Llevaban su uniforme reglamentario y, aunque tanto Porlier como Ostos habían perdido varios botones de la casaca, en líneas generales no tenían un mal aspecto. No como para pretender el libre acceso a un baile de gala en uno de los más ricos salones de Madrid, pero sí si lo que se dispone a hacer el oficial en cuestión es caminar por una playa pedregosa en un punto del mapa desconocido para todos.

Así que sí, estaban de buen ver.

Unos cuantos infantes de marina hurgaban en los barriles de provisiones y el brigadier no se lo pensó dos veces.

—¡Sargento Rodríguez!

El aludido, que estaba sentado no muy lejos, se incorporó de un salto y corrió por la playa hasta la posición donde se encontraban Porlier y Ostos.

—A sus órdenes, brigadier —dijo manteniendo el tono y la sangre.

—No quiero que nadie toque los víveres.

—Pero, señor, los hombres necesitan desayunar…

—Ya cenamos anoche. De momento, los víveres no se tocarán. Hemos de ser precavidos.

—Sí, señor.

—Quiero a toda la tropa formada en dos minutos.

—A la orden, señor.

—Teniente Ostos, ocúpese de que la marinería haga lo propio. Vamos a ponernos a trabajar de inmediato.

—Lo que usted mande, brigadier.

—Oh, y si le viene de camino, despierte al resto de los oficiales. No quiero ni un puto gandul en mi playa.

De pronto, la playa se llenó de una actividad febril. La tripulación parecía responder con prontitud a la orden dada, lo cual satisfizo a Porlier. No estaban acostumbrados a formar en tierra, no lo habían hecho jamás, pero salió bastante bien: los infantes de marina se alinearon paralelos a la línea de la marea, los artilleros ocuparon la posición inmediatamente posterior, la marinería tras estos y, al final del todo, los grumetes y los pajes.

Porlier observó satisfecho. Los oficiales, tanto de guerra como de mar, también se hallaban presentes. El capitán Toledo, con el uniforme completo, al frente de ellos. Bien, esto era lo que quedaba de la orgullosa tripulación del *San Telmo*.

A ver qué se podía hacer con ella.

—Caballeros —comenzó Porlier en tono solemne—. Seré breve.

⁎ ⁎ ⁎

El infante de marina Sotomayor formaba al lado de su compañero Escalante. Más que compañero: amigo, compadre, camarada, hermano. Ambos portaban al hombro el mosquete reglamentario y la cartuchera con los setenta cartuchos de rigor en su interior. Ambos se encontraban ateridos por el frío. Escalante no sentía los pies desde hacía dos días.

—¿Los ves? —dijo en un susurro para que su sargento no se diera cuenta —. Ellos duermen a buen resguardo mientras nosotros lo hacemos al raso.

Sotomayor era de los que había resultado herido durante el embarrancamiento del *San Telmo*. Se había golpeado con la puerta abierta de un pañol y ahora sentía un fuerte dolor en mitad del pecho. Las quejas al sargento, por supuesto, habían resultado infructuosas: se atendía a los heridos de amputación de una pierna para arriba; los demás, a apretar los dientes y aguantarse.

—Hijos de puta…

Escalante echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que el sargento no les escuchaba.

—A mí me ha dado por pensar que…

Hizo una pausa. Como si mascase lo que se proponía exponer.

—¿Qué? —le apremió Sotomayor. No quería problemas ni con el sargento ni con ningún oficial. Bastante tenía con el frío que le partía el alma.

—Digo que ya no hay barco, cojones —resumió, más sucintamente de lo que habría deseado, Escalante.

—Bueno, sigue ahí… —adujo Sotomayor.

Y era cierto. A tan poca distancia de ellos que podían distinguir con claridad los cabos que todavía colgaban de la arboladura, el varado *San Telmo* los observaba con ojos de pez muerto.

—Pero ya no estamos en él, hostias. Lo hemos abandonado. Hemos puesto pie en tierra. El navío se ha ido a tomar por culo y nunca nos sacará de este lugar.

—Visto así…

—Visto así, yo lo tengo claro: si no hay barco, el capitán y todos los demás oficiales mandan aquí lo mismo que mi madre.

El infante Sotomayor se mordió el labio inferior para pensar mejor. En el fondo, no tenía ni la más remota idea de cómo funcionaban estas cosas. Sabía, por supuesto, que tanto él como el resto de la infantería de marina debía obedecer a rajatabla las órdenes dadas por los oficiales de guerra del navío en el que se hallaban embarcados. Incluso en tierra o sobre la cubierta de un

navío enemigo abordado, seguían siendo parte de la tripulación y se debían a su oficialidad. Pero quizás Escalante no estuviera tan descaminado al sugerir que el *San Telmo* ya no era el *San Telmo*. ¿O sí?

—Sea como sea —dijo, por fin—, yo al sargento Rodríguez no me lo salto.

Que él sí que sí, era un sargento de infantería. Es decir, el tipo que podía crujirles el esqueleto siempre que lo consideraba oportuno. El tipo que no dudaría en crujirles el esqueleto si se salían un dedo de la línea trazada. A buenas, con el sargento hasta el cielo. A malas… Mejor no estar cerca para comprobarlo.

Irisarri, desde la fila de atrás, se sumó a la conversación. Los había escuchado en silencio, pero ahora se veía impelido a intervenir. Porque tenía un frío de mil pares y porque comenzaba a estar harto de todo aquello.

—Aquí solo somos hombres en una playa —aseveró.

La mitad de eso se considera rebelión y te forman un consejo de guerra. Te pasan por la quilla y el sargento te deja sin bajar a tierra durante los próximos diez años. No serías el primero.

—Náufragos —dijo Escalante en un susurro casi inaudible. Pareciera que mentar esa palabra pudiese empeorar su suerte. Como si algo así fuera posible, ja.

Lo es, lo es. Siempre lo es.

—¿Quién manda sobre un náufrago? —preguntó un cuarto infante de marina. Se encontraba en la misma fila que Irisarri y respondía al nombre de Juan José Téllez. Él también tenía un frío mortal, tenía hambre, tenía miedo, tenía todo lo malo que se puede tener reunido en el centro de su pecho.

—Él mismo —respondió, tajante y seguro de sí mismo, Escalante.

Por si acaso se equivocaba, siguieron manteniendo la fila en la formación.

* * *

—Caballeros —repitió Porlier hablando en voz muy alta para que hasta el último hombre sobre la playa le oyese. Y para que a ese mismo último hombre le quedara meridianamente claro que era él quien allí seguía al mando —. Somos la tripulación del *San Telmo* y, por causas que a nadie se le escaparán, hemos embarrancado en este paraje aún sin nombre. Tanto el capitán Toledo como los tenientes Ostos y Marín, mejores conocedores de la latitud que yo mismo, me aseguran que este lugar no aparece en las cartas. Es por ello que ahora mismo, yo, Rosendo Porlier, brigadier de la Real Armada de España, reclamo para su rey la posesión de este territorio por primera vez

pisado por hombres españoles. Ustedes tienen el honor de servir de testigos de tan magno evento.

Porlier realizó una pausa dramática que cumplió perfectamente con su función: los hombres se dieron codazos entre sí, algunos murmuraron por lo bajo e, incluso, si bien no estaban para celebraciones, a más de un ingenuo se le escapó una sonrisa de orgullo y satisfacción. El puto tarado.

—Estoy seguro —continuó Porlier mientras caminaba por la playa rodeando a la tripulación en formación— de que tarde o temprano acudirán en nuestro auxilio. Por suerte, el *San Telmo* no navegaba solo al sur del cabo de Hornos. Tanto la Prueba como la Primorosa Mariana ya habrán tomado buena nota de nuestra desaparición y en cuanto arriben a puerto seguro, lo cual sucederá, sin duda alguna, en el transcurso de unas pocas jornadas, informarán a la autoridad pertinente y se organizará el consiguiente rescate.

Porlier improvisaba sobre la marcha. Tenía la total certeza de que, en el improbable caso de que la tormenta no se hubiera llevado también por delante a la Prueba y a la Primorosa Mariana, para cuando tocaran puerto, dieran noticia de lo sucedido, se reuniera una escuadra de rescate y esta recorriera durante meses o años los mares del sur en búsqueda de un navío cuya derrota desconocían por completo, ellos llevarían muchísimo tiempo muertos.

Pero la moral es la moral y hay que mantenerla alta. Sea.

Se escucharon algunas toses. La tos nerviosa de quien tiene algo que decir, pero no puede, no debe y no quiere decirlo. No, al menos, por el momento.

No fue algo que Porlier pasara por alto antes de continuar. Dedicó una mirada a los hombres en formación, tiró hacia abajo de los faldones de su casaca y se pasó la mano por la cara sin afeitar.

—¡Vamos a salir con vida de esta! —exclamó, casi por sorpresa—. ¡Quien lo dude que lo diga ahora!

Nadie despegó los labios salvo para seguir tosiendo.

Porlier fijaba la mirada en los rostros de los hombres. En los infantes de marina, en los artilleros, en los marineros, en los grumetes, en los pobres pajes sucios y temblorosos… Hasta el contramaestre Francisco Manzano recibió esa mirada que te penetraba hasta los huesos. A Porlier no se le iba a desmandar el campamento. Por sus muertos que no. Fiaba a su pericia como comandante el destino de la expedición. Y si la pericia fallaba, tenía dos centenares de hombres armados.

Ah, los hombres armados… Si Porlier hubiera sabido que eran ellos, precisamente, los que tantos quebraderos le darían en un futuro no tan

lejano…

—¡Digo ahora que cualquier hombre, cualquiera, puede tomar la palabra y hablar libremente!

Hubo algunos infantes que tentados estuvieron. Escalante, Sotomayor e Irisarri entre ellos. Pero a ver quién era el guapo. Mejor cerrar el pico y aguardar acontecimientos. Porlier pensaba que sumaba dos centenares de hombres armados. Ellos eran, mira tú por dónde, los hombres armados.

—¿Nadie? ¡De acuerdo! Caballeros, cuento con ustedes para sacar adelante la más extraordinaria de las misiones que jamás les haya sido encomendada: ¡sobrevivir en este inhóspito lugar!

El silencio era sepulcral en aquel sitio sin nombre. Como de tiempo iban sobrados, Porlier dejó que corriera sin cortapisas. Resultaba magnífico tener todo el día por delante sin nada que hacer, salvo verlas venir…

Maldita fuera su suerte.

—Las tareas —continuó, dejando de lado la arenga y yendo a lo práctico — se resumirán en dos. Por un lado, vamos a establecer un campamento en esta playa, para lo cual precisaremos de refugios lo más cómodos posibles en los que guarecernos del que, sin duda, es nuestro mayor enemigo: el frío. Por otro lado, hemos de organizar la defensa del campamento. Desconocemos dónde nos hallamos. En consecuencia, desconocemos también las intenciones que pudieran albergar las gentes que a este paraje se acercaran. Esta es, salvo que alguien venga y nos la dispute, nuestra casa. Nuestro hogar durante un tiempo que espero que sea corto, pero que habremos de acondicionar debidamente por si el rescate se demora más de lo deseado. En resumen: resguardo y defensa. Esos son nuestros objetivos a corto plazo.

Para estar improvisando, el discurso no le había salido nada mal. ¿Refugios? ¿Resguardo? ¿Dónde cojones, por el amor de Dios? Hasta donde la vista alcanzaba, solo divisaban rocas y hielo. ¿Quién en su sano juicio vendría a este lugar? ¿De quién diablos se iban a aprestar a defenderse? Solo un loco arribaría, por voluntad propia, a esta tierra yerma y extraviada.

De pronto, un marinero de los de cierta edad, de los curtidos en los siete mares del mundo, tomó la palabra. Una palabra que se alzó sobre las cabezas de la tripulación formada y se sostuvo allí, quieta, inalterable, concisa en su decidida expresión:

—Señor, con el debido respeto, necesitamos comida y agua.

Porlier se acercó a él con paso lento, pero decidido. Se sabía un tanto teatral en sus movimientos, pero los creía necesarios en un momento como ese.

—¿Nombre, marinero? —preguntó en un tono de voz que premeditadamente fue neutro.

—Pedro Álvarez, señor —respondió el hombre.

—Tienes toda la razón de mundo, Álvarez. A pesar de que contamos con abundantes víveres provenientes del *San Telmo*, sería prudente conservarlos por si nos fueran necesarios en el futuro. Nos avituallaremos de carne fresca, la cual, por suerte, abunda en las inmediaciones. Verdaderamente sabrosa, por cierto…

Aquí algunos hombres realizaron comentarios por lo bajo. Si de algo disponían de sobra, además de desesperación, era de hambre.

—En cuanto al agua —continuó Porlier—, no nos será complicado obtenerla fundiendo hielo. Me encargaré de que así se haga, Álvarez. Muchas gracias por tu aportación. Ha sido importante y necesaria.

El marinero no dijo nada ni mostró sentimiento alguno en su rostro. Se mantuvo impertérrito, como correspondía al tipo de marinos chapados a la antigua. Esos a los que los más jóvenes veneran y admiran porque aquí, en la Real Armada, la antigüedad sí es un grado, sí es motivo de orgullo y respeto, y sí cuenta.

Sin embargo, por la Virgen que experimentó un hondo orgullo cuando todo un brigadier se dirigió a él en aquellos elogiosos términos. Nunca, nunca en toda su vida se había dirigido a un oficial de tan alta graduación. Muy probablemente, jamás volvería a hacerlo.

No sería el último en hablar. Otro marinero, muy cerca del lugar donde se hallaba Álvarez, se animó, visto lo visto, a tomar, él también, la palabra:

—Con su permiso, señor —dijo. Mezclaba la reciedumbre propia de los hombres forjados por el viento salitroso y el sol a machamartillo con la desorientación natural de quien no acaba de saber cómo se hace para dirigirse al comandante de la División del Mar del Sur.

—Tu nombre, marinero —dijo Porlier. Ningún oficial naval sobre la faz del planeta, al menos ningún oficial de la Real Armada, se dirigía a un marino bajo su mando sin conocer primero su nombre. Aunque fuera a olvidarlo en cuanto la conversación se diera por concluida, todo hombre de mar español tenía derecho a que se dirigieran a él por el nombre que recibió al nacer.

—Pascual Suárez, señor —repuso el marinero. Al igual que Álvarez, era marino viejo. ¿Acaso un marinerito del tres al cuarto habría conseguido reunir los arrestos necesarios para dirigirse al brigadier? Y en caso de haberlo logrado, ¿para decirle qué? ¿Que tenía frío y que quería marcharse a casa cuanto antes?

—Habla, Suárez.

—Creo, señor, que sería una buena idea explorar el lugar en el que nos encontramos.

—Así lo creo yo también, Suárez.

—Quizás hallemos algo…

Porlier calló. Miró, eso sí, a los ojos del marinero. El marinero le devolvió la mirada. Y aunque ambos provenían de mundos tan distintos entre sí como la Tierra y la Luna, se entendieron con una facilidad pasmosa: no, no vamos a encontrar nada porque estamos perdidos en un lugar que nadie conoce, del que nadie tiene noticia y que no aparece en las cartas simplemente porque nadie lo ha descubierto ni lo ha reclamado para su rey. Somos los primeros en este lugar. Carecemos de todo, salvo de esta playa y de las esperanzas que queramos echarle al resto de nuestra existencia.

—Por supuesto, Suárez. Enviaremos, de inmediato, expedicionarios en todas las direcciones. Gracias por tu aportación. Ha sido significativa. —Porlier hizo una pausa antes de gritar a los cuatro vientos—: ¿Alguien más tiene algo que decir?

* * *

Con la formación rota y los hombres con orden de organizarse en brigadas de trabajo, Porlier reunió a la oficialidad en un rincón de la playa. Allí resultaba imposible mantener ni la menor de las reservas. Cualquier deliberación se haría en voz baja, con discreción y sin aspaviento alguno por parte de quien la realizara.

—Esto es un desastre —resumió, casi en un susurro, el brigadier Porlier. Junto a él, en el grupo, se hallaban el capitán Toledo, los tenientes Ostos y Marín y el alférez Manrique. Porlier había dudado en torno a la posibilidad de incluir al contramaestre Manzano y al sargento Rodríguez en su círculo de incondicionales, pero finalmente decidió que no. Y precisamente por esto último: porque de incondicionales podrían tener parte sí y parte no. En alta mar sabes cómo abordar un problema semejante; en mitad de un naufragio cualquier paso en falso te puede costar la vida.

—Podemos organizarlo todo tal y como ha señalado, señor —dijo, siempre optimista, Ostos. El vaso siempre medio lleno.

—Y lo vamos a hacer —repuso Porlier—. Sin embargo, ya veremos cuánto aguantamos.

—Pero…

Porlier no tenía ganas de andarse por las ramas. Había dormido poco, le dolía el estómago, le acosaba una migraña y habría dado el brazo derecho por la posibilidad de tomar un baño de agua caliente.

—Si hay una rebelión seremos los primeros en caer —resumió una vez más la situación. Hay hombres a los que el hastío les provee del don de la síntesis. Porlier era uno de ellos.

—Trabajemos, pues, para que no haya ninguna rebelión —intervino el capitán Toledo.

—¿Cómo? —preguntó el teniente Marín.

—Haciendo que se deslomen desde el amanecer hasta el anochecer —respondió Toledo. Continuaban hablando casi en susurros para que nadie les oyera. Había hombres que, en ciertos momentos, transitaban solo a diez pasos de distancia—. Hagámosles creer que sus condiciones de vida mejoran. Logremos que, de verdad, mejoren. Es necesario apretar los dientes y seguir hacia delante. Somos la tripulación de un buque de guerra. Si algo saben hacer nuestros hombres es empujar al unísono en una misma dirección.

—La prioridad es el refugio para todos —sentenció Ostos—. Si mantenemos a raya al frío ganaremos tiempo.

Porlier se llevó los dedos anular e índice de la mano derecha a las sienes.

—¿Cómo demonios pretende usted construir refugios en este páramo? ¿Ve árboles? ¿Ve algo con lo que edificar?

Ostos se giró hacia él.

—¿Qué nos sobra? Las manos. Tenemos cientos de hombres sin nada que hacer. Como ayer quedó demostrado, para proveernos de alimento no es necesario emplear grandes contingentes de soldados. Esto está lleno de focas. A cientos. A millares, quizás. Disponemos de una fuente inagotable de alimento que simplemente hay que recolectar. Creemos una pequeña brigada que se ocupe de cazar. Otra, aún más reducida, para fundir hielo y conseguir agua que podamos beber. También, como usted ha prometido, hemos de enviar a unos cuantos exploradores. Tres o cuatro bastarán, me temo. Que se den una vuelta por los alrededores y que regresen para informar. Y el resto, el grueso del contingente, ha de ponerse a crear refugios para cobijarnos.

—¿Pero dónde? —insistió Porlier.

Ostos se volvió hacia el fondo de la playa, donde un promontorio de la altura del palo mayor del *San Telmo* se levantaba sólido y rotundo.

—Ahí. —Señaló con un golpe de ojos.

El grupo de oficiales observó en la dirección señalada. Después, intercambiaron miradas entre sí y algunos asintieron. Podría funcionar.

—¿De qué herramientas disponemos? —se interesó Porlier.

—Tenemos cientos de hachas de abordaje —contestó el alférez Manrique, que se había encargado de ayudar al contador en el inventariado del armamento—. Y picas, garfios, palancas, cuchillos…

—Y pólvora —añadió Marín.

Barriles enteros de pólvora. Húmeda tras la inundación de la bodega del *San Telmo* y, por lo tanto inservible de momento, pero suficiente como para hacer saltar por los aires aquel promontorio y cinco más como él.

Porlier entornó los ojos.

—De acuerdo —dijo—. Adelante.

Ostos quedó encargado de secar la pólvora para que pudieran utilizarla. Tendrían que sacarla de los barriles y extenderla en algún lugar apartado. Les llevaría días conseguir que volviera a ser utilizable, pero lo conseguirían. Fabricar cartuchos con los que volar el muro de piedra del promontorio no resultaría complicado. Los artilleros, a buen seguro, sabrían elegir el mejor método para lograrlo.

A Manrique se le encargó que dirigiera la exploración de las inmediaciones de la playa. Sin alejarse demasiado ni ponerse en peligro, pero tratando de reunir toda la información posible acerca del lugar en el que se hallaban. Porlier intuía que podían encontrarse en una isla. Solo así se comprendería que no se hubieran topado con el menor indicio de presencia humana. Si estuvieran en un continente las preguntas serían al menos dos. La primera: ¿por qué no había llegado nadie hasta aquí, caminando o a caballo, si al menos la caza parecía abundante? Y la segunda y realmente importante…: ¿qué continente?

Marín tenía orden de desembarcar un cañón y situarlo en la playa orientado hacia el mar. Podía utilizar tantos artilleros como considerara oportuno. Porlier decidió que sería uno de veinticuatro libras. Más manejable que los de treinta y seis, pero con suficiente potencia de fuego como para que cualquier nave se lo pensara dos veces antes de acercarse a la playa. A esta playa que ya les pertenecía. Se defenderían de cualquiera que les pretendiera algún mal. Vaya que si lo harían.

Porlier ordenó que la obtención de carne fresca para el sustento diario quedara en manos del sargento Rodríguez. Ya que él, al frente de sus hombres, se había ocupado de la primera cacería, no existía motivo para relevarle de tal misión. Rodríguez parecía manejar adecuadamente a los infantes de marina, por lo demás una caterva de jóvenes inexpertos,

pretenciosos y, a día de hoy y por albur de las recientes circunstancias, armados hasta los dientes.

Fundir hielo para conseguir agua sería un trabajo para el contramaestre Manzano. Habría que encender hogueras y mantenerlas vivas prácticamente durante todo el día. Para lograrlo, los marineros que él mandaba tendrían que realizar numerosos viajes al único lugar del que se podía obtener combustible: el *San Telmo*. Porlier pensó, y en esto el capitán Toledo estuvo de acuerdo con él, que el *San Telmo* merecía un desmontaje honroso. Los marineros, mejor que nadie, sabrían rendirle ese último tributo.

Por fin, Porlier se encargaría de supervisar en persona la excavación de los refugios. Mientras secaban la pólvora, comenzarían el trabajo con palancas y hachas de abordaje. No era lo ideal, pero prefería eso a que los hombres se mantuvieran de brazos cruzados. La inactividad, no le cabía la menor duda, suponía el paso previo a la insurrección.

Al tajo todo el mundo.

* * *

El alférez Manrique solicitó voluntarios entre la tropa y cuatro tipos llamados Sarachaga, Porras, González y Collado dieron un paso al frente. La tarea consistía en, como había ordenado el brigadier, explorar las inmediaciones y tratar de averiguar tanto como fuera posible sobre el lugar en el que se encontraban.

De momento, sabían que estaban en un paraje desolado. A partir de ese instante, el plan pasaba por medir hasta dónde llegaba dicha desolación.

Lejos, bastante lejos, se temían.

Ante la pregunta de si debían ir armados, el alférez no se lo pensó dos veces: por supuesto. Uno no se interna en tierra desconocida si tan siquiera ser capaz de defenderse. Y no es que tuvieran demasiadas esperanzas de encontrarse con nadie, pero… Quién sabe. Es mejor prevenir que curar.

Tras dar noticia de la partida al teniente Ostos, los cinco hombres comenzaron a caminar en dirección sur, es decir, hacia el interior del territorio. Vestían su uniforme reglamentario y nada más. Muy vistoso en climas templados, pero absolutamente ineficaz en un páramo pedregoso donde el viento helado arreciaba de lado y, a cada paso que daban, se topaban con más y más nieve.

—¿Hacia el sur, entonces? —preguntó González.

—Si te has ofrecido voluntario no toques los cojones —respondió el alférez.

—Cualquier cosa antes que permanecer quieto.

—¿Se te congelaban los huevos?

—No sabe cuánto, alférez.

A Manrique no le satisfizo la disposición de los hombres. No era escasa, pero tampoco como para detenerse y celebrarlo a gritos. Se dijo que mejor sería andarse con tiento: de los infantes, mejor no fiarse. Ni cuando estás embarcado y los puedes amarrar muy en corto, ni ahora, en campo abierto, con ellos armados y tú no.

Campo, por llamarlo de alguna manera: en cuanto sobrepasaron el primer promontorio que había tras la playa, observaron que, hasta donde se perdía la vista, el paraje no estaba compuesto por otra cosa que piedras y hielo. Piedras, hielo y ese sempiterno viento húmedo que de tan mal humor los ponía.

—Aquí no hay nadie —sentenció Sarachaga cuando llevaban una media hora caminando. En fila de a uno, con el alférez abriendo el paso y los infantes, mosquete al hombro, detrás. Le podrían haber disparado por la espalda, haber regresado al campamento de la playa contando cualquier mentira y no les habría sucedido nada jamás: ni habrían encontrado el cadáver ni motivo alguno para sospechar de sus explicaciones.

Ya ves, un oficial menos y qué sencillo.

—Es lo que tenemos que averiguar —dijo Manrique, que trataba de mantener el buen tono.

—Mire que me gustaría que lo hubiera, señor… —continuó Sarachaga—, pero no tiene ninguna pinta, la verdad sea dicha.

Y no, no la tenía. Manrique también era de esa opinión, pero prefirió callar. Ni siquiera Porlier albergaba demasiadas esperanzas de salir con vida de aquella. Si estaban haciendo algo, era porque hacer algo siempre resultaba mejor para la moral que no hacer nada. Tratándose de infantes jóvenes, más aún.

—Si nos topamos con algún bicho, ¿podemos matarlo para comérnoslo, alférez? —preguntó Collado, que hasta entonces no había intervenido.

—Sí, puede que sí —dudó un poco Manrique—. Pero antes de abrir fuego, consúltalo conmigo.

—A la orden, señor.

Entonces, Porras, que venía rumiando algo durante gran parte del camino, dijo:

—Con el debido respeto, alférez, pero tengo una duda.

—Diga.

—Usted es un alférez de navío.

—Lo sabes de sobra.

—Y nosotros, infantería de Marina.

—Soy un oficial de guerra. Estáis enteramente a mis órdenes hasta el fin de vuestros días.

—O hasta que desembarquemos.

—De ninguna manera. Cuando la tropa desembarca en puerto, sigue estando a las órdenes de la oficialidad del navío al que pertenece.

—Ya, pero… ¿a qué navío pertenecemos nosotros?

Manrique abría la marcha y lo hacía por algo parecido a un sendero pero que, desde luego, no lo era: simplemente, allá las piedras se habían asentado entre dos taludes lindantes y daba la sensación de que se trataba de un camino abierto hacia un destino cierto.

Sabían que no era así, que no existía tal destino y que podrían pasarse un mes entero dando vueltas en todas direcciones sin hallar un alma.

—Pertenecemos al *San Telmo* —dijo el alférez Manrique. Como caminaba el primero en la fila de a uno, no observó el rostro de los infantes cuando dio su respuesta. Y prefería no hacerlo. La autoridad que ostentaba dependía de las ganas que los infantes tuvieran de respetarla. Lo vio tan claro que experimentó un escalofrío.

El *San Telmo* no existía. Porlier lo sabía, el alférez Manrique lo sabía y los cuatro infantes de marina armados que caminaban tras él lo sabían. Solo la posibilidad de que la civilización nos los hubiera abandonado los separaba del desastre. En un sentido figurado, pues era la única consideración que haría que los hombres se lo pensaran dos veces antes de iniciar una rebelión que no tendría marcha atrás; y también en un sentido literal: si se habían extraviado para siempre en un inmenso pedregal helado y desierto del que no existía salida ni por tierra ni por mar, el orden establecido perdía su razón de ser.

Habría que inventar algo nuevo y distinto. Una nueva jerarquía de poderes. Y los infantes, los estúpidos, aleados e inexpertos infantes ya estaban dándole vueltas a la posibilidad.

—Pero el *San Telmo* ha naufragado —terció Sarachaga.

—Sigue existiendo, ¿no es así? —arguyó el alférez. Y pensó que, tratándose de tipos como estos, la mejor defensa era un buen ataque, así que a ello fue—: Mientras el *San Telmo* exista, existe la tripulación del *San Telmo*. Importa tres cojones que esté embarcada o en tierra. Seguimos siendo lo que somos y todos, nosotros incluidos, estamos sujetos a la disciplina ordinaria.

Se paró en seco. Qué diantres, lo hizo. Giró en redondo sobre sus talones, esperó a que los cuatro infantes se detuvieran y, consciente de que los tomaba

por sorpresa, les espetó en el rostro:

—Si estáis pensando lo que creo que estáis pensando, olvidadlo. Yo no diré nada y asunto resuelto. Pero sabed que el simple hecho de especular sobre ello ya supone un motivo suficiente para que os monten un consejo de guerra. El brigadier podría hacerlo en la playa. Con todas las garantías y con toda la ley de su parte. Os fusilaríamos con la primera luz del alba de mañana.

¿Quiénes? ¿Quiénes lo harían? Todas las armas estaban en manos de los infantes de marina. Todas. Que vaya Porlier y solicite voluntarios para un pelotón. Venga, que lo haga.

Los infantes miraron inexpresivamente al alférez. Hacía cada vez más frío.

* * *

El teniente Marín no dudó a la hora de elegir a los hombres para llevar a cabo la misión encomendada. Si debía regresar al *San Telmo*, elegir un cañón, desembarcarlo y montarlo en tierra mirando hacia el mar, lo haría no tirando de marinería, sino con los propios artilleros que lo habrían de utilizar en caso de necesidad.

En la playa, los artilleros se habían refugiado en la zona este, cerca de la colonia de focas. Eran gentes de cierto carácter taciturno. Por supuesto, en el día a día de a bordo se les encomendaban tareas. Un navío de línea resulta prácticamente insumergible por muchos cañonazos enemigos que reciba en batalla. Muy mal se le tendrían que dar las cosas para que los carpinteros no supieran arreglar, sobre la marcha, los desperfectos. Además, disparar efectivamente bajo la línea de flotación tampoco es tan sencillo. No, más plausible es rendir un buque enemigo que hundirlo en batalla. Sin embargo, un puñado de hombres ociosos sí que te lleva el barco a pique. En menos de lo que canta un gallo, oye. Por ello, ni en la Real Armada ni en ningún otro cuerpo naval del mundo civilizado se tolera la vagancia a bordo. Porque un hombre sin nada que hacer es un hombre que, sí o sí, va a causar problemas. Apuesta, si no lo crees.

Por todo esto, los artilleros, además de las labores propias de conservación de la artillería, tenían asignadas múltiples tareas de auxilio a otros cuerpos. La verdad era que con los infantes de marina no parecía haber tantas preocupaciones: a ellos, quién sabe por qué, sí que se les permitía cierta ociosidad. Cierto que realizaban su propia instrucción; cierto que echaban una mano de cuando en cuando; cierto que se ocupaban de formar a la marinería en los rudimentos de la defensa y el abordaje por ese quién sabe cuándo nos

serán necesarios los refuerzos… Pero trabajar, lo que se dice trabajar en firme, la tropa trabajaba más bien poco.

La artillería, sin embargo, se dejaba la piel en el día a día. ¿La razón? Que quizás ellos sí pertenecían, como la marinería, a la dotación del navío; sí eran la sangre en sus venas, la savia en las cuadernas, el viento que infla las velas.

Ni marinos ni soldados: algo mejor que todo eso. Los hijos de puta que ponían al bicho a rugir cuando la cosa se calentaba. Vive Dios que hay que haber estado en el puente de un buque de guerra en plena batalla para saber qué supone servir en uno de sus setenta y cuatro cañones.

Pura nata para la leche.

Cinco artilleros, pues. Es lo que decidió Marín porque cuatro le parecieron insuficientes y seis demasiados. No iba a resultar sencillo llevar un cañón hasta la playa. No, no lo iba a ser.

Los tipos se llamaban Miguel Valdivia, Carlos Urquizu, Fermín Atienza, Marcos Dávila y Alfonso Reig. Todos llevaban sus años sirviendo en el *San Telmo*. Todos conocían su oficio y a todos les faltaba un pedazo de sí mismos. Al final, las amputaciones te ofrecen la medida del tío que tienes frente a ti. Si al artillero le faltan demasiados cachos puede que haya que tomarse con cierto tiento el servicio a su lado: quizás era imprudente, quizás acudía borracho al servicio, quizás no sabía colocarse adecuadamente… Hay mil señales que un artillero fetén sabe y debe leer. Por ello mismo, si al tipo que tienes a tu lado lo ves sereno, con las cosas del día a día, por supuesto, con su par de dedos de menos, su parche en el ojo a consecuencia de una esquirla descontrolada, sus quemaduras en el brazo por tocar el cañón antes de que hubiera dado tiempo a enfriarlo…, entonces piensas: aquí hay un cabrón con el que merece la pena darlo todo porque el tío sabe lo que hace. Conoce el oficio. Está a lo que hay que estar sin perder la concentración ni poner en peligro a los que con él sirven.

Que anda que no habrán caído en combate artilleros por simple imprudencia no ya suya, sino del hombre que sirve a su lado… Y no, uno asume los riesgos naturales del oficio y de la batalla, pero ninguno más.

Los cinco artilleros botaron el chinchorro y, junto al teniente, remaron hasta el *San Telmo*. En los pocos minutos que duró el viaje, Marín los puso al tanto:

—Vamos a desembarcar una pieza de veinticuatro libras.

—¿Un cañón a tierra, señor? —preguntó Atienza.

Los artilleros navales odiaban servir en tierra firme. A quien ha disparado teniendo en cuenta el balanceo del navío, disparar desde tierra firme le parece

una insignificancia. Algo propio de novatos, de lerdos, de patanes. Marín, a cuyo cargo estaba el segundo puente del *San Telmo* en caso de batalla, lo sabía muy bien: llega un momento en la vida de la gente de mar en la que todo lo relacionado con la vida en tierra le perturba, le molesta, se le indigesta.

—Sí, y sin rechistar —dijo el teniente. No era un oficial que acostumbrara a dar las órdenes en un tono hosco. Al contrario, los hombres bajo su mando lo tenían por un buen teniente al que la mano no le temblaba, pero tampoco se le iba—. El brigadier lo manda y nosotros lo haremos, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, señor —repuso Atienza. En el fondo, había preguntado porque un artillero que se precie no puede tener la boca cerrada. ¿Quieren un cañón en tierra? Pues tendrán un cañón en tierra.

—Cuento con vosotros para elegir la mejor pieza —dijo Marín.

—¿De veinticuatro libras, dice? Hay uno de los buenos hacia la popa del segundo puente…

—Intentemos que esté hacia la proa. Me han informado de que hay un par de rocas un tanto traicioneras por la parte de popa y que el chinchorro podría tener problemas en ese lugar. Intentemos no irnos a pique y hacer el ridículo delante de toda la marinería, ¿estamos?

—Estamos, señor —intervino Urquizu—. Mire, en la proa hay buenas piezas. En realidad, toda la artillería del *San Telmo* es de primera calidad. No encontraremos dificultades para encontrar lo que el brigadier busca.

—Sería ideal que estuviera en el primer puente —añadió Marín— y no en el segundo. Mi plan es sacarlo por la tronera mientras desde cubierta lo amarramos con sogas.

—¿Y la cureña, señor? —preguntó Reig—. Por la tronera no pasa, eso se lo aseguro.

Marín torció el gesto.

—Habrá que subirla a cubierta y descenderla desde allí. No queda otro remedio.

Nadie respondió porque acababan de llegar al *San Telmo*. Valdivia se puso en pie, asió uno de los cabos que colgaban desde la cubierta y comenzó a trepar por él. El resto lo imitó, salvo Dávila, que permaneció en el chinchorro junto al teniente.

—¡Cuando estéis en cubierta, descended directamente al primer puente! —gritó Marín.

El chinchorro golpeaba parsimoniosamente el imponente casco del *San Telmo*. Aun varado, el porte de aquel navío resultaba extraordinario. Pocas

cosas tan bellas y cercanas a la perfección habían sido capaces de construir los hombres. ¿Catedrales? ¿Estatuas? ¿Vidrieras? ¿Puentes? ¿Bellas pinturas palaciegas? No, qué diablos, no. Nada se puede comparar a un navío de guerra. Nada es tan sublime y ordenado como él. Incluso así, escorado terriblemente hacia uno de sus costados, con parte de la obra viva al aire y la quilla partida por varios lugares, el *San Telmo* suponía la catedral perfecta.

—¡A la orden! —gritó, ya asiéndose a la borda, Valdivia.

Los hombres no tardaron ni cinco minutos en, como había indicado Marín, bajar hasta el primer puente. Eligieron al azar un cañón y Reig se asomó por la tronera para informar:

—Este, señor.

—¿Seguro? No hace falta que lo decidamos tan rápido.

Reig sabía lo que decía. Dios santo, él era artillero. No sabría mucho de nada en el mundo, pero reconocía un buen cañón en cuanto lo veía.

—Seguro, señor. La pieza está casi nueva. Y la cureña se halla en un estado magnífico.

Marín, de pie en el chinchorro, se fio de lo que le decía el artillero.

—De acuerdo. Haremos lo siguiente. En primer lugar, sacáis la parte delantera del cañón por la tronera. Después, subís a la cubierta y lanzáis sogas suficientes para amarrarlo bien. Volvéis a bajar, lo atáis y lo empujáis otro poco. De nuevo a la cubierta, de nuevo más sogas para continuar amarrándolo y así hasta que lo tengamos en el aire. ¿Alguna duda?

—¿Y si lo arrojamos al agua y luego lo izamos al chinchorro? —aventuró Urquizu.

No se trataba de una opción descabellada, pero con la cureña no podrían hacerlo, así que el teniente pensó que era mejor ceñirse a un único plan.

—No, lo haremos poco a poco, guiándolo con sogas —dijo.

—Como mande, señor.

Valdivia, Urquizu, Atienza y Reig siguieron al pie de la letra las instrucciones del teniente y una media hora más tarde tenían toda la caña del cañón prácticamente fuera del casco del *San Telmo*. Solo el cascabel se encontraba apoyado en la tronera.

—Ahora con mucho cuidado… —indicó Marín desde el chinchorro. El cañón se encontraba sobre Dávila y él. Si se soltaba de las sogas y les caía encima, ni encomendándose a la Virgen se salvaban de una muerte segura—. ¡Urquizu!

Urquizu se había quedado en el puente mientras sus compañeros subían a cubierta para sujetar las sogas.

—¿Señor?

—¿Lo tenemos?

—Creo que sí, teniente.

—De acuerdo. Empújalo.

El artillero asió el cascabel con ambas manos y lo levantó. Acto seguido, empujó el cañón hacia el frente y la pieza atravesó definitivamente la tronera. Durante unos segundos se cimbreó en el aire hasta que, tras golpear contra el casco del *San Telmo*, se detuvo.

—¡Lo tenemos, señor! —gritó Urquizu.

Arriba, en cubierta, Valdivia, Atienza y Reig se partían el espinazo sujetando las sogas. Habían tomado la precaución de atar un par de ellas al trinquete, pero el peso muerto de la pieza de hierro fundido la estaban sosteniendo ellos tres a puro pulso.

—Ya estoy aquí —dijo Urquizu apareciendo a través de una escotilla y asiendo una de las sogas.

Los rostros de los cuatro artilleros se hallaban crispados por el descomunal esfuerzo. Si el peso del cañón los vencía, caería a plomo sobre el chinchorro. Y lo sabían.

—¡Comenzad a soltar! —gritó Marín desde abajo—. ¡Muy despacio! ¡Muy despacio!

Los hombres, con infinita parsimonia, soltaron cuerda. Desde el chinchorro, Dávila y Marín no quitaban ojo de la pieza. Hacía un frío que helaba el aliento, pero el teniente notó cómo la camisa se le pegaba a la espalda por efecto del sudor.

Poco a poco, el cañón comenzó a descender. En el chinchorro, Dávila se desgañitaba dando instrucciones a sus compañeros:

—¡Largad más por el bocal! ¡Bien, vais bien! ¡Un poco más despacio la soga del muñón!

Se tomaron sus veinte largos minutos para colocar el cañón sobre el chinchorro. El propio teniente, como uno más, ayudó en los palmos finales: si no lo situaban en la posición correcta, el chinchorro volcaría y el cañón se iría al fondo del mar.

Cuando lo consiguieron, Dávila desamarró las sogas y dio el grito final:

—¡Listo!

Arriba, en la cubierta del *San Telmo*, los cuatro artilleros se dejaron caer de espaldas. Tenían las manos enrojecidas y a Atienza se le habían reventado dos callos. Que para un artillero suponía, casi, que le hubieran amputado una pierna a la altura de la rodilla.

Bajo el peso del gran cañón de hierro fundido, el chinchorro se hundió hasta que no más de dos dedos separaban la borda de la superficie del mar. De hecho, algo de agua entró y Dávila, con el corazón palpitándole a gran velocidad, se puso a achicarla haciendo un cuenco con las manos.

—Aquí solo hay sitio para un hombre —dijo Marín—. Subiré al *San Telmo* y te dejo al mando.

Dávila lo miró. Al menos, la mar estaba tranquila y no había olas. En tierra, se había reunido un buen grupo de hombres que observaban, atentos y en completo silencio, la maniobra. Dávila se persignó, aguardó a que el teniente estuviera a medio camino entre el chinchorro y la cubierta del *San Telmo*, se sentó a horcajadas sobre el cañón y comenzó a remar en dirección a la playa.

* * *

Una carnicería en toda regla. Eso fue lo único que se pudo sacar en claro de todo aquello: que lo que la infantería de marina perpetró no podría tener otro nombre. Porque una cosa era ponerte en marcha y cumplir diligentemente las órdenes del brigadier Porlier: id y proveed de alimento a toda la tripulación del *San Telmo*. ¡Por supuesto que necesitaban matar! ¡Y mucho, y con motivo, y porque hacía falta! Pero lo que en realidad hicieron… Lo que en realidad hicieron fue otra cosa muy distinta.

El sargento de infantería Rodríguez dividió a la tropa en dos grupos más o menos homogéneos: contaba con, aproximadamente, doscientos efectivos y decidió que pondría cien por un lado y cien por el otro; y, porque un sargento lo es por galones, pero también por perro viejo, juntó a hombres jóvenes e inexpertos con infantes veteranos que ya se habían batido el cobre en unas cuantas batallas.

Dicho de otro modo: puso a la chiquillería con los mayores. Si no lo hubiese hecho así, si hubiera actuado como le pedía el cuerpo, es decir, contando con los veteranos y desentendiéndose de los que apenas habían cumplido la veintena, los problemas habrían surgido por doquier. No con los veteranos, por supuesto, de quienes se fiaba tanto como si fueran hermanos, sino con la chavalería: pon a, ¿cuántos serían?, ¿cien?, ¿ciento veinte?, ¿ciento cincuenta hombres? Armados y con predisposición pendenciera a deambular ociosos por ahí, y la armarían a la primera ocasión que se les presentase.

Al menos, mezclando muchachos jóvenes e infantes veteranos, el asunto se igualaba un poco. Uno de los grupos saldría de caza y el otro se quedaría

en playa manteniendo el orden que, a fin de cuentas, era una de las tareas encomendadas a la infantería de marina. Bien, de los que con él iban, él se encargaba. Y de los que en la playa se quedaban, los infantes más viejos y templados. Unos cuantos con los galones de cabo en el uniforme. Que no suponían nada del otro mundo, pero que, en estas circunstancias, representaban el único asidero al que agarrarse. Así que sí, se marchaba la mitad y se quedaba la otra mitad. Rodríguez lo advirtió en voz alta. No quería altercados. No quería problemas con el brigadier. Se obedecerían en todo momento las órdenes de los cabos. Y si estos no las daban, las de los infantes veteranos. Que no serían tales, pues no tenían el rango para darlas, pero como si lo fueran. Tonterías, las justas. Eso dijo Rodríguez. Eso espetó al rostro de tres o cuatro infantitos especialmente díscolos. Os estrangulo con mis propias manos si regreso y me entero de que la habéis liado.

Y alguno la liaría, sí, pero no sería necesario que el sargento se ocupara. Ya hubo quien lo hizo por él. Más adelante, más adelante. Pero los problemas estaban a punto de surgir donde Rodríguez no los aguardaba: en el seno del grupo que salía de caza con él a la cabeza.

Avanzaron durante tres cuartos de hora en dirección este. Caminar en aquella playa pedregosa resultaba doloroso con sus zapatos de suela fina. Algunos hombres protestaron y Rodríguez fue testigo de que lo hacían con razón: le mostraron pequeñas heridas, rozaduras, moratones producidos por el intenso frío. Carecían del calzado adecuado, de eso no cabía duda. Como tampoco de que las quejas de poco servían allí: sí, tenían toda la razón del mundo, pero no existía el arcón mágico del que, tras ser abierto, brotarían magníficos pares de botas de cuero duro y suela de tres dedos de espesor. Había lo que había y con ello tendrían que aguantarse.

Cuando llegaron al extremo de la playa, dejando a un lado la colonia de focas, descubrieron un pequeño paso entre las rocas que daba acceso a una segunda playa.

—Vamos, explorémosla —dijo Rodríguez.

—¿Para qué, sargento? —replicó uno de los infantes. Señalando las focas, añadió—: Hay comida de sobra ahí mismo. Matemos unas cuantas de esas y asunto resuelto.

—Hemos de pensar con perspectiva —adujo Rodríguez—. Hay muchas bocas que alimentar y no está de más explorar qué posibilidades nos ofrece este paraje. Mañana también habrá que comer. Y pasado. Y al día siguiente.

Los infantes dieron por buena la explicación del sargento y continuaron hacia delante. Buena en el sentido en el que un soldado lo hace: la mejor

orden es la que supone menos riesgos y menor esfuerzo, pero tampoco conviene obcecarse con las demás porque quien manda, manda. Y esa, en el Ejército, supone la evidencia más irrebatible, irrefutable e incontestable que ha existido jamás.

En fila de a dos, con las cartucheras en bandolera y los mosquetes al hombro, los infantes atravesaron el estrecho paso a través del que accedían a la nueva playa. Rodríguez reunió el grupo e improvisó un par de instrucciones:

—Caminaremos durante un rato y veremos qué hay detrás de ese recodo —dijo, señalando un muro de roca negra detrás del cual la playa se plegaba hacia lo desconocido—. Intentad no romper la formación. Seguimos siendo una compañía de infantería.

Los hombres murmuraron, porque los hombres siempre murmuran después de que el sargento hable, pero obedecieron. Durante diez o quince minutos avanzaron por la playa desierta. El frío allí era, si cabe, más cruel y el viento arreciaba con mayor intensidad. Los infantes se encogieron dentro de sus ligeras casacas.

Cuando por fin alcanzaron las inmediaciones del recodo de piedra, un rumor cada vez más intenso comenzó a llegar a sus oídos.

—¿Qué es eso, sargento? —preguntó un infante.

Rodríguez habría dado la última falange del dedo meñique por saberlo. No sirve para gran cosa y puedes llevar una vida digna y plena sin ella. En cambio, las sorpresas en tierra desconocida y hostil te conducen a la tumba. Rodríguez no era muy listo, ningún sargento lo era, pero tampoco idiota: ningún sargento lo es. Quizás por ello, ordenó:

—Atento todo el mundo. Preparad las armas.

Caminaron varios pasos en dirección al recodo. La orilla del mar llegaba prácticamente hasta su altura, de manera que para atravesarlo había que mojarse un poco los zapatos. El sargento, primero en la fila y seguido de sus hombres en una columna de a dos que habría merecido una hechura más satisfactoria, se aproximó al recodo.

El rumor, entonces, se tornó estruendo. Como si algo muy grande, descomunal, tosiera tras haberse atragantado con un trozo de galleta.

Doblaron el recodo. Y entonces los vieron.

* * *

Al poco de dar comienzo, Porlier se dio cuenta de que se hallaba frente a una misión imposible. Sin embargo, cerró el pico, entornó los ojos y permitió que

los hombres se partieran el espinazo en la tarea.

Que conste que la idea había sido buena: el promontorio se levantaba lo suficientemente alto y contundente como para que supusiera un refugio de alcance destinado a los cientos de hombres que había sobre la playa. De ahí que Porlier no dudara en ponerlos a todos a cavar. A todos, o a muchos: un buen número de marineros, unos cuantos artilleros y casi todos los pajes y grumetes del *San Telmo*. Cada cual con lo que pudiera, que no era demasiado: las hachas de abordaje, algunas picas, algunas lanzas, garfios, palancas, palanquetas…

Fueron con todo y el promontorio no se dio por aludido.

—La roca es dura de cojones —dijo un marinero después de haber descargado una buena tanda de hachazos sobre el muro. Desprendió varias lamas de roca y deshizo, para siempre, el filo del hacha—. No sé si vamos a conseguir excavar un refugio donde quepamos todos…

Ni todos ni media docena. Porlier lo tuvo tan claro como que aquello suponía un revés solo superable por un amotinamiento. Algo que, por cierto, no descartaba si no conseguía mejorar las condiciones de vida de su tripulación en un plazo cortísimo de tiempo. El frío que se cernía sempiternamente sobre ellos resultaba de una crudeza tal que los hombres no lo soportarían más de dos o tres días. No sin protestar. No sin intentar algo por su cuenta. No sin obviar que aquí sigue existiendo una cadena de mando porque seguimos siendo la dotación de un buque de guerra.

En eso pensaba Porlier, no en los refugios que jamás lograrían arrancar a la roca. Él mismo se daba cuenta de que el deterioro en la disciplina era más una cuestión de tiempo que de otra cosa. A fin de cuentas, podía exhibir sus galones tanto como quisiera, pero el incontrovertible hecho de que el *San Telmo* había naufragado se encontraba a la vista de todos. Hasta el más necio sabría sumar dos más dos. Y si no lo sabía, alguien a su lado se lo explicaría: que esos tipos que duermen a buen resguardo bajo la lancha del *San Telmo*, esos tipos que visten con galanura sus uniformes, que se saludan educadamente cada vez que se cruzan en la playa, esos tipos… Ya no son nadie porque las circunstancias los han arrollado, los hechos los han depuesto y el accidente ha vuelto del revés este trocito del mundo.

Lo ha sacudido con tal fuerza que aún están todos en el aire. Verás qué divertido resulta todo cuando regresen al suelo.

—Sigamos excavando —dijo el brigadier como única respuesta.

Tenía a más de cien hombres dándole duro a la roca. Los había dividido en cuatro grupos más o menos semejantes y les había contado el cuento de

que lo mejor sería excavar cuatro grutas. De una profundidad media, porque tampoco convenía excederse, no fuera el promontorio a venírseles encima mientras dormían. Prudencia, sobre todo, prudencia…

Porlier se dijo que a nadie en la playa le había dado por echar cuentas. Si excavaban cuatro grutas, cada una de ellas debería albergar a unos ciento cincuenta hombres. Con un poco de suerte, los más débiles caían en las próximas horas y el número se reducía a cien. Ni en sueños sucedería, pero supongámoslo. Bien, para que cien hombres se resguardasen de las inclemencias del tiempo y sobrevivieran a largo plazo en aquel lugar, las grutas debían tener el tamaño de un bergantín. Como mínimo.

Si han existido disyuntivas en el mundo, la de Porlier aquel día no era una de las menores: sabiéndose, como se sabía, muerto y muertos todos ellos, sentía la obligación moral de salvarlos, cuanto menos sea de la desesperación.

—¡Parece que aquí la roca es más blanda, brigadier! —gritó un artillero que excavaba en el promontorio a unos quince pasos de distancia del lugar desde donde observaba Porlier.

No había horadado ni en cinco dedos la roca, pero al tipo aquello le parecía un magnífico triunfo.

—Magnífico, muchacho —concedió Porlier sin acercarse—. Sigue dándole duro. ¡Seguid todos dándole duro! ¡Vamos a lograrlo!

A Porlier, su tripulación lo seguía ciegamente. Había algo en él que cuajaba en los hombres, que los impulsaba hacia delante, que los engrandecía. A su lado, uno se sentía distinto y mejor. Se trataba de un don que Porlier poseía y que los demás no. Ni el capitán Toledo ni Ostos ni Marín; nadie más entre la oficialidad prendía de aquel modo en la dotación. Por él se habrían arrojado al mar; por él habrían nadado hasta morir exhaustos; por él excavaban grutas en una pared de roca que jamás, ni aunque trabajaran al ritmo actual durante cinco años seguidos, conseguirían horadar lo suficiente como para construir en ella algo parecido a un refugio.

Y, sin embargo, el brigadier sabía que no le quedaba otro camino. Trabajo, trabajo y más trabajo. Desplegar las mil estrategias necesarias para la supervivencia, aunque albergara el íntimo convencimiento de que ninguna de ellas funcionaría.

Observando cómo sus hombres la emprendían contra el muro de roca, Porlier experimentó un profundo pesar. No lo reconocería, ni siquiera permitiría que aflorase a su rostro una minúscula parte del mismo, pero lo tenía ahí, instalado en la mitad del pecho, atormentándolo, amargándolo, intentando doblegarlo. Se trata de la tristeza de quien reconoce que ha perdido

por una simple cuestión de mala suerte. Porque el *San Telmo* era un gran navío y su tripulación no le iba a la zaga. Podían haber doblado el cabo. Podían haberlo hecho, joder, claro que sí. Y ahora estarían muy lejos de este pedregal helado, lejísimos, en una realidad totalmente ajena a la actual. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué Dios los había abandonado de una manera tan terrible y cruel?

Algunos de los hombres que cavaban en la pared de roca se giraban, a ratos, para secarse el sudor y comprobar que el tío que los guiaba con paso seguro y audaz inteligencia hacia la salvación final continuaba firme en su posición.

Porlier les sostenía una mirada que transmitía orgullo y grandeza. Por eso los hombres volvían al trabajo como si el trabajo fuera una dádiva que se les otorgaba y para la que debían mostrarse dignos. No sabían, no lo sabrían nunca, que tras la mirada del brigadier había temblor y miedo, espanto, perplejidad y pasmo. Ni uno solo de los hombres en la playa lo atisbó jamás.

* * *

El alférez Manrique y los cuatro infantes de marina se habían alejado bastante del campamento en la playa. Según los cálculos del oficial, llevaban no menos de cuatro horas caminando. Tras el conato de enfrentamiento, las aguas habían vuelto a su cauce y los cuatro infantes se habían limitado a hablar sobre temas intrascendentes. De comida, de camas calientes, de chicas ligeras de cascos. En realidad, este último asunto, que en principio suscitó algunos comentarios jocosos, pronto cayó en el olvido y los hombres se centraron en lo que, en aquellos momentos, más echaban de menos: comer como Dios manda y un lugar cálido en el que guarecerse.

Porque estaban, ahora sí que sí, en el confín del mundo. ¿Existiría algún hombre más alejado de cualquier civilización sobre la faz de la Tierra que ellos cinco? Muy probablemente no. Si la soledad pudiera medirse, y algunos creen que sí, el alférez Manrique y los infantes Sarachaga, Porras, González y Collado habrían obtenido la nota máxima. La calificación que no admite mejoras. El simple diez magnífico y único.

Después de caminar con sus zapatos de fina suela durante horas, se dieron cuenta de que se encontraba próximo el momento de dar media vuelta y regresar. El paisaje no había cambiado un ápice y no existía ningún indicio de que fuera a hacerlo. Piedras y hielo, hielo y piedras. Y viento y nubes y extraordinaria desolación hacia los cuatro puntos cardinales.

—Subimos esa loma, vemos lo que hay al otro lado y regresamos —dijo el alférez.

Los hombres protestaron levemente, pero continuaron caminando. Al menos, dentro del infortunio y el pesar, caminar los mantenía calientes. No, no exactamente así: los mantenía sumidos en una sensación que vagamente les recordaba a la calidez, pero que suponía una mezcla de dolor físico, postración emocional, esfuerzo, desdicha, agotamiento y hambre.

De esta última, por si no tuvieran suficientes problemas, bastante.

Alcanzar la cima de la loma les llevó casi una hora. Las piedras habían desaparecido bajo sus pies y el hielo se había tornado nieve. Una nieve blanda y esponjosa en la que terminaron hundiéndose casi hasta la cintura, lo cual dificultaba enormemente el avance de los cinco hombres.

—No se moleste usted, alférez, pero no sé qué cojones hacemos aquí —espetó Collado. Podría haberlo dicho cualquiera, la verdad, ya que todos pensaban lo mismo. El alférez incluido.

—Tenemos orden de explorar los putos alrededores —respondió Manrique, siempre al frente de la fila—. Pues eso estamos haciendo: explorar los putos alrededores.

—Diría que nos hemos alejado demasiado —musitó, casi sin hilo de voz, González.

—Diría que te vayas a tomar por culo —respondió el alférez.

Lucharon en silencio contra la nieve durante cinco minutos. A ratos, escuchaban el graznido de algún pájaro en el cielo, pero poco más. Ni el viento tenía en torno a qué silbar en este desierto blanco y helado.

—No se ponga usted así, alférez, que nosotros no tenemos la culpa de nada —dijo, al rato, González. Como si sus palabras hubieran merecido la debida deliberación.

—Venga, que ya estamos —animó Manrique observando que la cima de la pequeña loma se encontraba cerca. Por suerte, si es que en aquellas circunstancias algo de lo que les sucediera podría denominarse así, en aquel lugar la nieve había sido barrida por el viento y apenas les llegaba a las rodillas. A ratos, incluso podían caminar casi sin dificultades.

Sí, ya estaban. Alcanzaron la cima del montecito y fueron los primeros en, desde el inicio de los tiempos, hacerlo. Ellos cinco, aunque no lo supieran, no lo pensaran y, de haberlo hecho, les importase menos que nada.

Entonces, durante unos minutos, las nubes se entreabrieron y dejaron paso a un tímido sol que derramó sobre ellos una luz mortecina, anaranjada, abisal.

Se te habría encogido el alma si hubieras sido tú el que estaba allí. Debería, si tienes lo que hay que tener, encogérsete ahora. En honor a ellos.

—Mirad —dijo el alférez. Solo eso. Mirad. Ved.

Frente a ellos se extendía una soberbia llanura de nieve y hielo. A ratos, aquí y allá, se abrían claros y podían advertir la sempiterna roca negra de la que se formaba aquel lugar.

Los cuatro infantes de marina volvieron el rostro hacia el lugar que les señalaba su alférez. Se hallaban exhaustos, sin fuerzas, casi al borde del desmayo. Sin embargo, ninguno de ellos dejó de sentir un estremecimiento tan grande como el firmamento sobre sus cabezas. Allá, muy al fondo, tras la llanura, aquí y allá jalonada de pequeñas lomas nevadas, se abría un mar azul y tranquilo. El tipo de mar que está aquí para explicarnos nuestra propia pequeñez, la insignificancia de nuestros actos, lo leve de la existencia que pretendemos.

No las escucharon desde aquella distancia, ni siquiera las vieron, pero adivinaron un océano habitado por miles de descomunales ballenas de largas barbas y avispados ojos. Familias enteras de fantásticos animales que migraban de norte a sur, de sur a norte, que se apareaban con parsimonia, que se hundían hacia las profundidades marinas por el simple placer de hacerlo.

—Estamos en una isla —farfulló, sin apenas poder respirar, Collado.

Y no es que no lo sospecharan, pues la inexistencia de este lugar en las cartas de navegación así lo aventuraba, pero ahora tenían la confirmación explícita. Estaban en una isla, con todo lo que eso suponía: que nadie, nadie los encontraría jamás; que podrían explorar el mar del sur durante siglos y no dar ni siquiera con sus huesos mondos; que, en suma, estaban completamente abandonados a su suerte.

* * *

Transportar la cureña a tierra fue más complicado, si cabe, que hacerlo con el cañón. Tras intentarlo de varias formas e, incluso, desmontarle las ruedas, los artilleros tuvieron que admitir que no pasaba a través de la estrecha tronera del cañón.

—¿Y ahora qué hacemos, teniente? —inquirió el artillero Urquizu. Llevaban medio día de trabajo y en ayunas. Un sorbo de agua les habían dado, eso era todo. ¿Que la vida del embarcado resulta dura? Nadie ose decir lo contrario, pero es una cama de pétalos de rosas comparada con la existencia de los naufragados. De los naufragados no a su libre albedrío, como muchos en la playa ya comenzaban a pensar que debería ser, sino de los

naufragados sujetos a disciplina: porque seguían siendo tripulación, aunque de la nave quedara todo excepto la capacidad de navegar.

¿Qué determina que un barco siga siendo barco? Contéstate tú mismo.

—Abriremos un agujero en la tronera y sacaremos la cureña por ahí —dijo el teniente Marín—. Después, igual que hicimos con el cañón, la sujetamos con sogas y la vamos bajando poco a poco hasta el chinchorro.

Los hombres se miraron los unos a los otros. Se hallaban sobre la cubierta del cada vez más fantasmagórico *San Telmo*.

—Oiga, teniente, mire usted… —comenzó a decir, vacilando, Atienza—. ¿No podría interceder para que nos dieran algo de comida? Tenemos el estómago en los pies y así no se puede trabajar…

—Yo tampoco he probado bocado desde anoche. Nos os preocupéis, que hoy habrá una cena abundante para todos.

—Pero, teniente…

Marín no se anduvo con melindres:

—Comeremos cuando toque y punto en boca. No vamos a mendigar un trozo de carne seca. Que no se diga de nosotros, hostias…

Los artilleros lo miraron sin articular palabra y alguno puso los ojos en blanco, hecho que el teniente dejó pasar por alto. Tampoco estaba la cosa como para apretar más a aquellos tipos.

—Venga, saquemos la cureña y llevémosla a la playa. Después, quiero al menos una docena de balas y veinte o veinticinco cartuchos. Aseguraos de que recogéis los que están secos. No quiero que nos ataquen, el brigadier mande cargar y el cañón falle porque la pólvora está húmeda.

Reig no se pudo aguantar:

—¿Y quién cojones nos va a atacar, señor?

Durante un instante, los cinco artilleros y el teniente Marín permanecieron en silencio sobre la cubierta inclinada del *San Telmo*. El cielo, sempiternamente nublado, filtraba una luz sorda y pesada que caía sobre ellos con la parsimonia de quien jamás ha conocido zozobra ni agitación. Aquí, en este culo del mundo al que aún no le habían puesto nombre, no existían enemigos. Únicamente, soledad.

—Eso no nos concierne dilucidarlo a nosotros —repuso el teniente ateniéndose a la cadena de mando—. Si el brigadier ordena que, por lo que pudiera suceder, montemos un cañón en la playa, lo montamos sin rechistar.

Los artilleros respiraron hondo aquel aire helado y se dispusieron a continuar con la labor. A pesar de que, a ratos, caía una suave aguanieve, ellos trabajaban en camisa y arremangados. Los cinco llevaban los antebrazos

completamente cubiertos de tatuajes que simulaban extrañas figuras tan ajadas como inquietantes.

El ensanchamiento de la tronera lo realizaron sin miramientos: a hachazo limpio. De hecho, visto que cada pedazo de madera contaba en el campamento, se tomaron la molestia de guardar en un rincón del puente los trozos de tablamen que arrancaban al casco del *San Telmo*.

Después sacaron la pesada cureña a través de la tronera y repitieron el procedimiento que habían seguido para el cañón. Lo cierto fue que, aunque la cureña era, si cabe, más pesada que el propio cañón, su forma cuadrangular y plana en la base la convertía en muchísimo más manejable para los hombres.

El artillero Dávila, al igual que en la anterior ocasión, fue el único hombre a bordo del chinchorro durante el breve trayecto hasta la playa. Desde allá, los que observaban la maniobra se mordieron el labio inferior al tiempo que lo hacía el propio Dávila: una ola un poco más grande de lo habitual y el chinchorro volcaba sin remedio.

Por suerte, tocó tierra sano y salvo y los hombres allí reunidos ayudaron a desembarcar la cureña. Desde la cubierta del *San Telmo*, el teniente Marín y el resto de los artilleros respiraron aliviados.

—Venga, a por las balas y los cartuchos de pólvora. Hemos terminado aquí —indicó Marín.

* * *

Cuando el chinchorro quedó libre, llegó el turno del contramaestre Manzano. El grupo de marineros que mandaba llevaba todo el santo día aguardando, impaciente, a que el teniente Marín y los artilleros descargaran el cañón. Sentados en las piedras de la playa, los hombres observaron cómo los artilleros trabajaban. Y, en fin, eran compañeros y sentían respeto por ellos, pero… Caray, la marinería lo habría resuelto en la mitad de tiempo con el doble de eficacia. ¡Si casi se les vuelca el chinchorro cuando lo cargaron con la cureña, por el amor de Dios! Alguno que otro en la playa se sonrió y hasta el mismo Manzano enarcó las cejas. Nada del otro mundo, claro… Al menor indicio de sarcasmo el contramaestre habría cortado por lo sano: nadie se mofaba del teniente. Ni de los artilleros, qué diablos. No eran marineros, pero tampoco mala gente. Habían bregado juntos en demasiados mares, habían compartido demasiados ranchos infames, demasiadas botellas de vino peleón y más de una memorable bajada a tierra.

—Todo nuestro —dijo, por fin, Manzano.

Los marineros se pusieron en pie y fueron ocupando su lugar en el chinchorro. Ni siquiera necesitaban hablar entre sí. Precisamente, basta con que lo hayas contemplado una sola vez con tus propios ojos para reconocerlo, ese era un modo muy marinero de hacer las cosas: conocían tan bien la faena y al que tenían al lado, que, a lo sumo, una mirada era suficiente. Casi siempre, ni eso.

El grupo era numeroso: Bárcena, Pinto, Echarri, Noriega, Vela, Moreno, De la Torre, Ríos, Álvarez… Y unos cuantos más. Realizaron varios viajes rápidos para transportar a la marinería hasta el *San Telmo* y, una vez allí, el contramaestre repartió el trabajo.

—Las tablas de sollado están sueltas —explicó—. Se han levantado para vaciar la bodega. Empezaremos por ahí.

—De dentro hacia fuera —dijo Pinto.

De dentro hacia fuera. Para que el navío siga pareciendo navío. Lo vacías, literalmente lo vacías en el interior, lo conviertes en un cascarón de nuez y cualquiera que lo observe a una distancia prudencial ni cae en la cuenta.

—Mierda, joder… —rezongó Echarri.

—¿Qué pasa? —preguntó el contramaestre.

—Que me está dando por culo verlo así, eso es todo…

Daba, vaya que si daba… El pobre *San Telmo*, con el casco ladeado hacia un lado, ya solo servía como combustible para las hogueras.

—Hasta después de muerto nos será de ayuda.

—Sí.

—Sí.

Los marineros, todos ellos devotos hasta el tuétano de la Virgen María, permanecieron en silencio durante unos instantes. Flexionaban una de sus rodillas para mantenerse erguidos sobre la cubierta ladeada. Alguno murmuró una oración por lo bajo y otros le imitaron. El modo de rezar de la marinería que tan poco agradaba al capellán: con la cabeza inclinada sobre el pecho, pero siempre en pie, siempre cara a la mar y al viento. Porque, y esto el capellán no acababa de comprenderlo, todo se unía de forma indeleble en el alma de aquellos hombres: confías en la Virgen pues es ella la que te protege del mar y de los vientos, de ese mismo mar y de esos mismos vientos que nos dan la vida para amar y confiar en la Virgen. Existe una memoria circular en cada marino: debes mantenerte en pie sobre cubierta para que se tense, se relaje, fluya.

Se formaron dos grupos. Por un lado, estaban los que se ocupaban de transportar los tablones de madera desde las tripas del navío hasta la cubierta.

Por otro, los que los bajaban hasta el chinchorro y los desembarcaban en tierra.

El trabajo era fácil y triste. ¿Qué clase de marinero desmonta, tablón a tablón, su propio barco? Su casa, que es el modo correcto de decirlo. Los más viejos de entre la marinería llevaban dos décadas embarcados. En todo ese tiempo, los descensos a tierra se contaban con los dedos de las manos. Ríos aseguraba que él había llegado a estar dos años y siete meses sin pisar tierra. Se jactaba, en realidad, pues el tono ufano con el que lo afirmaba era el del que pretende, y logra, sumar galones por la hazaña. Los demás, por supuesto, le creían. Ningún marinero mentiría sobre algo así. Casi tres años embarcado. Casi tres años sin pisar tierra firme. Puerto sí, pero no tierra, porque no todos los comandantes eran partidarios de permitir que sus hombres pusieran pie en el muelle. Se conocían el percal y de lo que eran capaces sus marineros. No, mejor en casa. Se haría la vista gorda si una mujer subía a bordo. Manga ancha con eso. Pero bajar a tierra… No.

¿Se puede explicar de otro modo el dolor que aquellos hombres sentían cuando desmantelaban los maderos del *San Telmo*? Si alguno hubiera soltado unas lágrimas en la oscuridad de un rincón del sollado, nadie se lo habría reprochado jamás. Desmontaban un hogar. Entiéndase de esta manera y no de otra.

Cuando terminaron de subir a cubierta todos los tablones que habían sido el suelo del sollado, hicieron un alto para descansar. El contramaestre advirtió que no habría nada para comer y los hombres no se quejaron. Lo cierto era que la marinería casi nunca se quejaba. A diferencia de los infantes de marina o de los artilleros, ellos estaban habituados a trabajar duro sin despegar los labios. Con el orgullo, eso sí, de quienes saben que el navío y su deriva dependen de la destreza que ellos desplieguen. Que, oye, disparar un mosquete lo hace cualquiera. O abordar una cubierta enemiga: si logras juntar los arrestos necesarios, no es preciso mucho más. Con los cañoneros no acostumbraban a ser tan severos, pero casi: cargaban, disparaban, cargaban, disparaban, y así hasta que el teniente que mandaba el puente decía basta. Tampoco parecía un trabajo excesivamente complejo, teniendo en cuenta que en los navíos de línea se disparaba más a ojo que de otra manera. Ningún artillero lo reconocería jamás y hasta se partiría la cara con quien lo afirmase sin luego retractarse, pero bastante de eso había y la marinería lo sabía.

Ahora intenta tú gobernar un navío de setenta y cuatro cañones. Intenta que el *San Telmo*, con la fuerza de cien mil bueyes en sus cuadernas, vaya por donde el capitán quiere que lo haga. Vamos, inténtalo. De verdad, hazlo.

Lo desmontamos para quemarlo en la playa. Si hay una suerte maldita, sea esta.

Con todo, la marinería no era ajena a la gran pregunta. El contramaestre Manzano tenía los ojos en las tareas encomendadas por Porlier y las orejas en sus hombres. Para él solo existía un mundo: el de los marinos que se deben, hasta el final, al capitán de su barco. Hasta el final significa exactamente eso: hasta el último instante más allá del último instante.

—Somos la tripulación del *San Telmo* —soltó, como el que no quiere la cosa, cuando, tras finalizar en el sollado, se encontraban desmontando tablones cerca del primer puente. Había cinco o seis hombres trabajando, codo con codo, junto a él. Porque el contramaestre era de los que se remangaban, de los que repartían el trabajo, pero también doblaban el espinazo.

—Pero mírelo, contramaestre —dijo Noriega.

Y sí, lo miraba. Lo miraban todos. Y se les colmaba el alma de pena. Sin embargo, precisamente por ello el único asidero que les restaba era el del apego al sentido del deber. ¿Habría marineros a los que este sentimiento les viniera grande? Pues puede, porque el deber, el honor y todas esas monsergas son más propias de la oficialidad que de la marinería. Expliquémoslo, pues, con otras palabras. Que se resumen en las mismas, pero diferentes:

—Respétate a ti mismo —sentenció Manzano—, porque solo así respetarás al buque.

Sigue siendo lo que eres para que el *San Telmo* no muera del todo. El recuerdo nos sentencia a una verdad inmarcesible: que llevamos el mar pegado a la piel y que somos, seremos, siempre únicos sobre una cubierta de madera.

—Me da tanta pena verlo con la arboladura venida abajo… —dijo De la Torre.

Fue entonces cuando el contramaestre Manzano tuvo una idea. Como una iluminación por obra y gracia de la Virgen del Carmen, santa sea su efigie, santo su manto y gloriosa su figura.

—¿Y si desembarcamos las velas? —preguntó.

—O lo que queda de ellas —respondió, taciturno, Pinto.

—Dejad esto —dijo, repentinamente excitado, el contramaestre—. Con lo que hemos desembarcado, en la playa tenemos madera de sobra al menos para dos días. Vamos, subamos a cubierta.

Los marineros hicieron lo que Manzano ordenaba y se situaron junto al combés, en el pasamanos de babor. Echarri se fue hacia el castillo de proa y,

hachuela en mano, comenzó a desencajar una tabla de la cubierta.

—Deja eso ahora, hostias —dijo el contramaestre. Y continuó—: ¿Cómo veis la arboladura?

Se trataba de una pregunta retórica, pero los marineros no destacaban por cogerlas al vuelo, así que Álvarez contestó:

—Bastante mal, contramaestre.

Este ni se giró para mirarlo. Tenía la vista fija en la gran vela mayor. O en lo que quedaba de ella: en algunos extremos se había rasgado y en otros se hallaba atrapada en un amasijo de palos, cabos, aparejos y escombro.

—Se me ocurre que —comenzó a decir Manzano— si logramos llevarla a tierra y estirarla, no pasaríamos frío esta noche.

Algunos marineros se rascaron la cabeza y otros el pecho. Pensaban.

—Solo si es para nosotros —dijo Bárcena.

—Opino igual —añadió Moreno—. No me sale de los cojones compartirla con esos cabrones de la infantería.

—Que les den.

—Que les den.

Manzano se rascó la barba de varios días. Marinero que no se rasca, marinero que no cavila.

—Lo cierto es que hemos cumplido con el trabajo asignado —dijo.

Que era desembarcar leña suficiente para encender unas cuantas hogueras destinadas a fundir nieve, cocinar y entrar en calor.

—Si hicieran falta más tablones, podemos regresar mañana —adujo Echarri—. El *San Telmo* no se va a mover de aquí.

—De acuerdo —aceptó el contramaestre—. Venga, vosotros agarrad de ese lado. Nosotros de este. Cortad los cabos que traben el trapo y abajo con él.

Hubo alegría en la faena. Puede que porque se las prometieran felices de cara a la glacial noche que se avecinaba; puede que porque aquella era la última vez que los marineros del *San Telmo* bregaban con su arboladura. En cualquier caso, Pinto comenzó a cantar y el resto le siguió al unísono. La típica canción marinera que marca el ritmo del trabajo y en la que el hombre que canta solo da el pie y el resto le replica: Hay una chica que me tiene el seso sorbido en Vigo; espero arribar pronto a casa para comerle el higo.

Tras la primera ronda de seis estrofas seguidas, los marineros se detenían, se reían con descaro sin dejar de trajinar y volvían a empezar. Podían laborar así durante horas y horas. El argumento de las tonadas carecía de cualquier atisbo de buen gusto, pero, a bordo de un buque de guerra, el capitán siempre las toleraba mirando para otro lado. Hoy lo habría hecho más que nunca si se

hubiera hallado sobre la cubierta del *San Telmo*: si algo estaba en juego allí, y por Dios que lo estaba, la marinería decidiría con sus actos de qué lado, para unos cuantos, caería la fortuna.

—Yo le digo, contramaestre —dijo Ríos después de que se hubieron hartado de cantar—, que a mí me tiene de su lado. Siempre he obedecido las órdenes y no me ha ido tan mal. No voy a cambiar ahora. No, qué cojones, no seré yo quien se amotine cuando las cosas se ponen difíciles…

La vela mayor estaba libre de cabos y sobre la cubierta. Comenzaron a enrollarla hasta que se dieron cuenta de que, para transportarla a tierra en el chinchorro, parecía más efectivo plegarla como si de un mantel se tratase.

Bárcena, al lado de Ríos, asintió:

—Yo tampoco. Cuente conmigo, contramaestre. La vamos a palmar igualmente, así que sea como Dios manda.

Echarri no se quedó atrás:

—Joder, digo lo mismo.

Manzano los miró. Miró a aquel puñado de hombres forjados de una pieza y asintió. Después, expresó:

—Canta otra, Pinto. Alguna que sea picante de verdad.

* * *

Decir que había miles sería quedarse corto. Pero ni el sargento ni, menos aún, los infantes de marina bajo su mando conocían una magnitud mayor. Miles y miles, dijeron. Y miles, dijeron una vez más.

—¿Qué…? ¿Qué son, sargento? —farfulló, silabeando mucho, uno de los infantes jóvenes.

—No tengo ni idea —respondió Rodríguez, volviendo la cabeza hacia los infantes veteranos e interrogando con la mirada. No necesitó más: los tipos observaban lo que se extendía ante ellos con la mandíbula desencajada. Exhalaban vapor húmedo en cada respiración.

Eran animales, emitían un ruido a medio camino entre el llanto y el graznido, y tenían un aspecto inaudito. Erectos sobre dos patas, se apretaban los unos contra los otros en manadas tan inmensas como la propia playa: hasta donde se perdía la vista y más allá. No parecían agresivos y ninguno hizo ademán de emprenderla con los hombres cuando estos se les acercaron. Tenían el pecho blanco y el dorso negro. Un par de manos o alas cortas e inservibles para cualquier cosa que prendieran emprender con ellas y un pico largo y ligeramente curvado hacia dentro en la punta.

—Cuidado con eso —advirtió el sargento—. Un picotazo y nos hacemos una buena avería.

Sin embargo, los bichos permanecían ajenos a los recién llegados. Al igual que las focas los habían ignorado cuando se les acercaron, estos animales hacían lo propio. Muy probablemente, porque no habían visto a un ser humano en toda su vida. Sin duda, porque no sabían de lo que eran capaces. Lo sabrían muy pronto. Se aprende rápido cuando hay infantes de marina cerca. Cuando no te queda más remedio.

—¿Diría usted que son pájaros, sargento? —preguntó un infante.

El sargento siempre debe responder a las preguntas de sus hombres. Siempre, aunque no tenga ni la más remota idea de lo que dice. Porque callar socava la autoridad, y eso nunca.

—No lo parece —respondió Rodríguez señalando, con un dedo, aquellas cortas manos, o brazos, o alas, o sepa Dios qué demontre eran—. Desde luego, lo que sí puedo decir es que ninguno se ha echado a volar desde que estamos aquí. Y dado que hay miles de ellos por todos lados, no, no son pájaros.

No lo fueron durante unos minutos que no llegaron ni a cinco. Los que los infantes necesitaron para acercarse a los animales e investigarlos más de cerca.

—No atacan —dijo uno.

Y no lo hacían.

—Tienen la piel muy gruesa —aseguró otro.

La tenían, sin duda, pues no de otro modo habrían logrado sobrevivir en estas latitudes.

—¡Huevos! —exclamó un tercero.

Sí, huevos. Muchos de aquellos extraños bichos escondían, ¿incubaban?, un único huevo de grandes dimensiones sobre sus patas corvas y bajo el vientre lanudo. Dentro del vientre, para ser más exactos. De alguna forma, los animales formaban un nido vivo que proporcionaba el calor necesario al huevo.

El milagro de la vida, que diría un naturalista cursi. Por suerte, en los buques de guerra españoles tenían el paso vedado. Los marineros lo habrían arrojado por la borda al segundo día de travesía. Una inesperada ola lo arrastró, capitán. Intentamos largarle un cabo, pero resultó inútil. Sí, nosotros también lo lamentamos mucho.

No resultó complicado arrebatarles los huevos a los animales. Simplemente, lo hicieron. Los bichos se limitaban a mirarlos con

estupefacción. Como si para aquello que les estaba sucediendo la Naturaleza no los hubiera provisto de una respuesta adecuada. Carecían de fauces, de instinto de venganza, de calor engendrado en los infiernos.

La inmensa colonia no se disgregó cuando los hombres comenzaron, ya sin el menor atisbo de temor, a moverse entre los bichos. Unos bichos que les llegaban en ocasiones a la cintura y que en ningún caso se mostraron hostiles.

Pasarían años, muchos años, antes de que un hombre que no perteneciera a la tripulación del *San Telmo* volviera a poner los pies en aquella playa. Muchos quiere decir, aquí, realmente muchos. Décadas, siglos incluso. Se asomaban al recodo, comprobaban que allí no había focas y daban media vuelta. Se convertiría, así y con el tiempo, en un santuario para los extraños pájaros que, de puro tonto, habían perdido la capacidad de volar, de largarse, de poner tierra o mar de por medio entre ellos y los hombres. Y lo que los hombres traían con ellos. Algo distinto a todo.

Fue primero el destello en las miradas. Un destello que alumbró el par de ojos de un infante y que, al modo de las enfermedades infecciosas, se contagió al resto. No en unos días, ni siquiera en unas horas. Adviértase bien esto para comprender adecuadamente lo que allá sucedió. Segundos. Instantes. Parpadeos. La fugacidad con la que el signo del mal se transmite.

El infante de marina en cuestión sonrió ante lo que se extendía frente a él. Después, dejó caer el mosquete y se deshizo de la cartuchera. Podría suponerse que supuso que nadie iba a robárselos. Sin embargo, sus pensamientos nunca tuvieron nada que ver con ello. Al contrario, carecían de la simpleza de un acto concebido en la inmediatez del que conoce todos los parámetros de momento: mi arma y mi munición no interesarán a quienes a mi lado se hallan pues ninguno, armado hasta los mismísimos dientes tal y como yo lo he estado hasta que me he deshecho de lo mío, experimentará la tentación que únicamente al solo y al débil asalta.

No, quede advertido: la luz que advino lo hizo tras la sutil comprensión de que cuando ya nada se espera, todo regresa al punto de partida donde ni el mal ni el bien se revisten del sentido que en general poseen. Dicho de otro modo: en la luz de sus ojos, en sus miradas, afloró la libertad absoluta, la que precede a las órdenes, a los mandatos, a las convenciones. A todo ello y también a los instintos. Sí, se halla antes y por eso brilla de una forma tan especial. Tan primitiva. Tan salvaje.

El infante de marina, pues, mató al primero de los bichos agarrándolo por la cabeza y clavándole un cuchillo en el cuello. Se lo clavó y rasgó, rasgó arriba y abajo, vio cómo el animal se desangraba en silencio, estupefacto e

idiota, casi muerto mas no muerto del todo, inútil para la defensa. ¿Qué clase de ser era aquel que así se le abalanzaba? ¿Y por qué?

Uno muy hambriento al que la capa externa de la piel que alberga la humanidad se le acababa de desprender. No la recuperaría nunca, también quede escrito. Porque una vez que la has perdido, una vez que ya no te reconoces como humano, en lo humano y desde lo humano, accedes a un estadio superior de la existencia. No, no retrocedes: no te animalizas ni te embruteces. Asumes el rol que para todos nosotros se nos escribe antes de nacer, pero que la mayoría no reconocemos y, en consecuencia, no desarrollamos, no exploramos, no pretendemos.

Seres extremadamente inteligentes, extremadamente despiadados, extremadamente hambrientos y extremadamente solos. Esta es la definición perfecta de lo que allí sucedió. También, por supuesto, al sargento Rodríguez. Señálese, si se quiere, que fue uno de los últimos en ser contagiado por la enfermedad. O uno de los que más se resistió a ella. Qué más da… La realidad es una y es la que sigue.

Cuando el primer bicho fue destripado, el infante se apoderó del huevo que guardaba entre los pies y el vientre y usó la punta del cuchillo para abrirle un agujero. Después, se lo llevó a la boca y sorbió de él durante un rato. Parte del contenido resbaló por la comisura de los labios, alcanzó la barbilla y ensució su casaca. No importaba nada en absoluto. De la escasez a la abundancia en lo que tardas en chasquear los dedos. Cuando Dios provee, provee con justicia. Cuando es Satán quien se ocupa de ello, lo siembra todo de una generosidad perturbada que cada movimiento embriaga.

Los compañeros más cercanos al infante también se deshicieron de sus cartucheras y de sus mosquetes. Los hubo que, quién sabe por qué, hasta se quitaron las casacas y mataron animales en mangas de camisa. El frío continuaba siendo brutal y partía los pulmones en cada inhalación, pero a aquellos infantes la conversión en ultraseres parecía haberlos despojado de los sentidos mundanos. Tenían hambre, saciaban hambre. Y eso era todo, y era más de lo que en cualquier lugar o periodo de sus vidas se habrían atrevido a considerar necesario.

A medida que los infantes se iban contaminando de furia desinhibida, el brillo de la desolación asomaba a sus ojos. Indefectiblemente y en tal intensidad que, pese a lo mortecino de la luz solar que, a través de las nubes, se filtraba hasta aquella playa maldita, una fosforescencia extraña brotó del lugar y lo convirtió en el faro. Del mal.

Hubo hombres que se abrieron paso hasta muy dentro de la colonia de animales. Como estos no se apartaban pues desconocían que debían hacerlo, ni, por idéntica razón, atacaban al intruso, muchos fueron acuchillados de inmediato. Cuchillo que desbroza, más que cuchillo que mata. La muerte ya se había tornado en un asunto secundario, en una consecuencia colateral, en algo que sucedía en desproporcionada intensidad, cantidad y virulencia, pero que, desde luego, no suponía nada del otro mundo.

Devoraron cerca de mil huevos. Podrían habérselos arrebatado a los bichos con facilidad, pero los mataban, porque en el momento en el que la muerte, la real capacidad de matar que recubre al que mata cuando las consecuencias caen todas de un lado y el beneficio del otro, arraiga en ti, no le das importancia. Sucede, y sucede. Y lo haces y matas y ríes y deliras y te arrancas la ropa en medio del hielo y el viento abisal, y ríes más aún, rompes en carcajadas, en violencia, en sangre salpicada, en huevos quebrados y alimento.

Alimento, porque el hambre se sació para aquel centenar de hombres. Ah, esa luz en sus miradas… Jamás regresarían al molde de su ser anterior. ¿Por qué? ¿Para qué? Tenían un poder magnífico y así expresado: el de los que se saben perdidos y, al tiempo y perfectamente solapado a lo anterior, el de los que se sienten más poderosos que el trueno, la tormenta o el averno. El *San Telmo* los había expulsado a una conciencia nueva de sí mismos. Que llegó por sorpresa y que no supieron ni pudieron rechazar.

¿Y ahora qué?

El panorama en la playa era desolador. O lo sería, si allí existiera un espectador imparcial. Pero dado que solo estaban ellos, la infantería de marina del navío de línea español *San Telmo* no lo parecía tanto. Miles de cáscaras de enormes huevos abandonadas en el suelo, cientos y cientos de aquellos peculiares animales muertos. Masacrados, afirmaría ese inexistente espectador imparcial. Pero ¿acaso quien cosecha trigo destruye, masacra, aniquila? No, por la Virgen santa que no. Era, también, cosecha aquello que había en la playa. Cosecha de animales que alguien había puesto allí como si del maná bíblico se tratara: esta es la escarcha que Dios nuestro Señor nos envía para que no perezcamos de hambre o de sed; este es el destino que cae sobre nuestras manos abiertas.

Lo aceptamos con gusto y delirio.

El sargento Rodríguez observó la playa y a sus hombres repartidos por ella. Cualquier atisbo de disciplina militar había desaparecido por completo: los infantes de marina, algunos incluso completamente desnudos y con el

cuerpo embadurnado en sangre, vagaban por el pedregal sin aparente rumbo. Deambulaban, iban y venían, reían cuando se topaban con un compañero o cuando tropezaban en los animales muertos, o sin motivo aparente. Reían como si en ellos hubiera prendido una insólita alegría de vivir: la de los que, de pronto, comprenden el sentido de la existencia y se maravillan ante tal descubrimiento.

—¡Atención, infantería de marina! —gritó el sargento. Él tampoco había sido ajeno al delirio colectivo. Ni a la aniquilación de la colonia de animales. Pero, de pronto, había recordado que él era el sargento. Que aquellos, sus hombres. Que al otro lado del recodo existía una playa donde el resto de la tripulación del *San Telmo* aguardaba. ¿Estaban allá por algo? Sí, desde luego. Tenían una misión, y esa era la de proveer alimento. Lo había ordenado el brigadier Porlier en persona.

Los hombres, ajenos a la existencia, lo ignoraron.

—Mierda… —dijo, para sí, el sargento.

* * *

En el campamento, los hombres seguían dándole al promontorio como si no hubiera un mañana. Porlier los observaba sin mover una ceja. Quieto sobre las piedras de la playa, con la casaca de brigadier de la Real Armada perfectamente abotonada y estirada. Un caballero de los pies a la cabeza. Un señor al que el destino no solo lo ha expulsado al fin del mundo, sino que lo ha hecho junto a un grupo de hombres que desconocen lo que él sabe y, además, trata de ocultarles: que no hay esperanza para ellos.

Picaban la roca hasta reventarse los callos de las manos. De unas manos que, piénsalo muy bien, se parecen a las tuyas como un águila a un puercoespín: aquellos tipos estaban revestidos, anímica, espiritual y físicamente de una armadura extraordinaria que los convertía en lo que, sin ir más lejos, Porlier tenía ante sí.

Los seres más extraordinarios jamás concebidos por el Señor.

Gracias por ponerlos junto a nosotros. Gracias porque sin ellos el infierno no nos sería tan leve.

—Parece que vamos bien —decía, de cuando en cuando, alguno de los que excavaban. Ni diez dedos horadados llevaban, tras horas y horas de darle duro a la pared de roca.

—Perfecto, muchacho —respondía, taciturno, Porlier. El oficial, en esas mismas horas, no se había movido un dedo más de lo que sus hombres le

habían arrancado a la roca. Tenía tanto frío que no sentía los pies, pero seguía ahí. Seguiría hasta caerse desplomado si hacía falta.

Las palabras de Porlier sonaban como la sinfonía perfecta en aquellos seres desterrados a lo profundo de la existencia: Perfecto, muchacho. Y los hombres sonreían, sentían el gozo inmenso de saberse tocados por un hálito extraordinario y continuaban destrozando el filo de las hachas, de las picas, de cualquier herramienta que sirviera para emprenderla contra el inexpugnable promontorio.

—A sus órdenes, brigadier —dijo Ostos acercándosele.

—Teniente…

Porlier no giró el rostro hacia él. Ostos, por su parte, se situó prudentemente a su lado y observó en la dirección en la que el brigadier lo hacía.

—No vamos mal —observó.

El teniente no era idiota. Sabía que jamás lo lograrían. Lo que no le cabía en la cabeza era que los hombres bajo el mando directo de Porlier no se dieran cuenta de ello. Decenas de hombres. Decenas de tíos, muchos de ellos desnudos de cintura hacia arriba, reventándose en una labor, sin la menor duda, inútil.

—No, no vamos mal —contestó Porlier.

Durante unos minutos, ninguno de los oficiales dijo nada. Ni siquiera se miraban. Tampoco cuando alguno de los hombres, como en un acto condicionado, se giraba buscando la aquiescencia del brigadier.

—Parece que progresamos a buen ritmo…

—Desde luego, muchacho.

La tarde avanzaba. Lenta, constante, gris. A ratos, el viento arreciaba y, a ratos, amainaba. O nevaba un poco, desganadamente, para luego cesar del todo. Daba la sensación de que el paraje ni se había inmutado tras el embarrancamiento del *San Telmo* y el desembarco en tierra de su tripulación. Al lugar, todos ellos le importaban un comino.

—¿Cómo va el secado de la pólvora? —preguntó Porlier. Fue una cuestión sucinta pronunciada en un tono neutro. Como el que se interesa por la salud de uno ya que la noche anterior lo escuchó toser levemente. ¿Mejor de lo suyo? Sí, gracias por acordarse y preguntar.

Pero la cuestión no era trivial. Al contrario: importaba más, si cabe, que el suministro de agua y víveres. Un poco de hambre y sed no los mataría, pero el frío sí. Y aquí, en esta playa, el frío se combatía no con fuego, sino con

pólvora. La necesaria para agujerear aquel maldito promontorio. Porque, o lo hacían a barrenazos, o desistían para siempre.

—Lento, brigadier —respondió Ostos. Le habría gustado ofrecerle otra información. Sin embargo, había lo que había: un montón de barriles de pólvora mojada.

Triste metáfora de su propia situación. Hasta de su destino, si se quiere. Mira al *San Telmo*, magnífico y poderoso. Podría sacarnos de aquí y llevarnos de regreso a la civilización. Podría, si no tuviera la quilla rota, un montón de cuadernas fracturadas y varios agujeros en el casco por los que cabría una procesión de Semana Santa.

—Lento —repitió Porlier.

—No creo que podamos usarla hasta dentro de varios días —completó Ostos—. Hemos abierto los barriles y todos, sin excepción, están empapados. Hay tres de ellos que muestran un aspecto mejor. Con cuidado, hemos retirado la pólvora de los costados y hemos extraído la del centro del barril. Se halla húmeda, pero no tanto. Quizás tras cinco o seis días de secado…

Cinco o seis días. Carecían de tanto tiempo. En cinco o seis noches durmiendo a la intemperie, los hombres más débiles morirían.

—Unos marineros —añadió Ostos tratando de aportar alguna información optimista— han desembarcado una vela del *San Telmo*.

La afirmación logró que Porlier se girara hacia el teniente.

—¿Cómo dice?

—Que unos marineros, a las órdenes del contramaestre Manzano, han traído una vela a tierra. Están preparando una especie de refugio para pasar la noche. Temporal, por supuesto, hasta que estén excavadas las grutas…

¿Cómo no se le había ocurrido a él? ¡Las velas, por Dios, las velas! De acuerdo en que no supondrían la solución perfecta para todos sus males, pero sería un principio. ¡Un magnífico principio!

—¿Me acompaña y echamos un vistazo? —preguntó el brigadier.

Ostos no se esperaba un interés tan repentino y la pregunta le sorprendió a contrapié.

—Claro, señor, claro… —balbuceó—. Sígame.

La playa no era tan grande como para que un grupo de marineros trajinando con la vela mayor pasara desapercibido. No obstante, el hecho de que tal grupo se hubiera dirigido a un rincón apartado del pedregal y se hubiera apostado allí, hizo que las indicaciones de Ostos fueran necesarias.

Porlier supo rápidamente que algo iba mal. O que iría mal, y no por lo que estaba contemplando ahora, sino por lo que otros concluirían al ver lo mismo

que él veía: gente preparándose su propio refugio; iguales emprendiendo en solitario un plan.

Lo contrario de lo que une es lo que desune. Porlier lo reconoció en cuanto lo tuvo frente a las narices.

—Traerá problemas, teniente —dijo.

Ostos experimentó cierta sorpresa. ¿Qué? ¿Que los hombres buscaran refugio para no morir congelados en mitad de la noche? A él le había parecido una buena idea…

—A mí me ha parecido una buena idea…

Quien se repite no lleva la razón. Eso lo sabe todo hombre de mar que haya navegado más allá del punto exacto donde se pierde de vista la costa.

—¡Contramaestre! —llamó el brigadier.

El contramaestre Manzano, que les daba la espalda y que, por ello, no los había visto aproximarse, se giró y casi se muere del susto. El brigadier en persona se dirigía a él. Y en tono imperativo. Tragó saliva antes de soltar lo que tenía entre manos, cubrir la escasa distancia que existía hasta el lugar donde, imponentes, aguardaban los dos oficiales y, respetuosamente, responder:

—A sus órdenes, brigadier.

—¿Puede explicarme lo que sucede aquí? —preguntó Porlier.

—Bueno… —comenzó, dubitativo, Manzano. Daba por obvio lo que pasaba allí. Y cuando los tipos como Manzano dan algo por obvio, explicarlo, ponerlo en palabras y pronunciarlas, se convierte en la más ardua de las tareas —, estamos preparando un resguardo para la noche…

—¿Un resguardo?

—Sí, señor… Algo que nos defienda del frío, ¿comprende? Cuando nos hallábamos sobre la cubierta del *San Telmo*, se nos ocurrió. ¿Por qué no usar las velas del navío para cubrirnos con ellas?

—¿Y las desembarcaron sin más ni más?

Manzano sintió cómo un escalofrío le recorría el espinazo.

—No supuse que necesitara su permiso. Lo lamento mucho, señor. Yo…

Porlier se tomó un par de segundos antes de contestar.

—El *San Telmo* sigue siendo un navío de la Real Armada española —sentenció con voz firme. Los marineros del contramaestre Manzano habían dejado de trabajar en la vela mayor y, erguidos cuan largos eran, escuchaban en silencio la conversación. Algunos no habían estado tan próximos al brigadier desde que partieran de Cádiz casi cuatro meses atrás—. Todo, repito, todo lo que se halla a bordo es propiedad de la Armada. En

consecuencia, su desembarco debe realizarse bajo mi autorización expresa o, en su caso, la del capitán Toledo.

—Señor, yo… —farfulló Manzano. Si no fuera porque sus hombres se encontraban presentes, habría roto a sollozar.

—Que sea la última vez que sucede —concedió Porlier. Y sin aguardar respuesta, continuó—: Ahora, si es tan amable, contramaestre, le ruego que tenga a bien ponerme al día de los detalles de lo que está ocurriendo aquí.

Porlier escuchó en silencio las explicaciones ofrecidas por el contramaestre y confirmó sus sospechas: la idea era brillante y, al tiempo, un inmediato motivo de desavenencias y conflictos. Necesitaría solo unas pocas horas para comprobarlo.

Por supuesto que le agradaba la idea… Las velas del *San Telmo* habían sido cosidas en un tejido grueso capaz de inflarse al viento sin sufrir daños. Cierto era que algunas, la propia vela mayor que tenían frente a ellos, se habían rasgado durante el vendaval del cabo de Hornos o en la posterior deriva… Pero no era menos cierto que un vendaval como aquel, capaz de partirles el timón y enviarlos directos al naufragio, no suponía algo común en los mares del mundo. O sí, puede que sí, pero cuando te los topas de frente y te engullen, eres tú, el comandante de la nave y no la nave en sí misma, la responsable de lo que suceda. Así lo entendía Porlier, quien exculpaba, sin fisuras, al *San Telmo*.

Dicho de otro modo y resumiendo: las velas representaban una excelente solución que les ofrecería resguardo en la playa.

Pero no a todos. No, al menos, en la noche que ya se les echaba encima. Tenían que haberlo planificado de otro modo. Tenía que habérsele ocurrido a él antes que al contramaestre Manzano. Solo así no se vería en la actual tesitura.

¿Decía a los marineros gracias a cuyo esfuerzo se había desembarcado la vela que no podían utilizarla pues con ella no se resguardaría a la totalidad de la dotación en la playa o, por el contrario, autorizaba su uso y cruzaba los dedos para que los que se quedaran fuera no montaran en cólera?

Porque los que se quedaban fuera montarían en cólera. Y Porlier, que se conocía el percal, sabía que esos serían, desde luego, los infantes de marina. Porque los marineros odiaban a los infantes y los infantes odiaban a los marineros. Y porque si a bordo esas diferencias resultaban irreconciliables, en tierra y en aquellas circunstancias, el desacuerdo devendría en irresoluble.

El brigadier se conformaba, de momento, con mantener la paz. Por ello, optó por una solución salomónica.

—Contramaestre —dijo—, me temo que no puedo permitir que continúe con sus planes.

El teniente Ostos observó los rostros de los hombres de Manzano. Uno a uno, tomándose su tiempo para escudriñarlos, para leer en ellos. No había animadversión o recelo hacia el brigadier, pero tampoco simpatía. No, cuanto menos, por la decisión que acababa de tomar.

Ostos guardó silencio, aunque sostuvo las miradas. Sabía de lo relevante de los próximos instantes puesto que en ellos se determinaría un sesgo, una actitud, una deriva en la identificación de los hombres que tenía frente a él. De los hombres que se suponían, al menos en teoría, más próximos, más cercanos, más fieles: la marinería del *San Telmo*. Porlier les iba a quitar la vela y ellos responderían de una de estas dos formas: acatando la orden y resignándose o matándolos allí mismo y sin más miramientos.

Lo en verdad terrorífico era que podían hacer cualquiera de estas dos cosas y su futuro no cambiaría significativamente. De hecho, si se rebelaban y los mataban dormirían más calientes.

—Brigadier… —dijo el contramaestre.

Eso solo. Después se calló y allí nadie dijo nada más. Todos permanecieron quietos, en sus sitios. El viento les helaba el rostro y los sonidos provocaban esa extrañeza de no saberse ni reconocerse siquiera en lo más íntimo de uno mismo: golpes de palanca contra la roca del promontorio, un hombre que grita algo que nadie puede discernir, las focas rezongando en el otro extremo de la playa, el viento bajando hasta las piedras y silbando, los corazones palpitando, la sangre bombeando, otro hombre que grita para responder al anterior, más golpes contra la roca, más golpes contra la desdicha, más ganas de adentrarse en el mar y dejarse ahogar, las olas, las olas, las olas rompiendo en la orilla con un ritmo premeditado diríase que hasta en el último compás…

—Gracias, contramaestre —quebró el silencio el brigadier. Y, dirigiéndose a Ostos, añadió—: Teniente, si me acompaña…

Los dos oficiales giraron sobre sus talones y abandonaron el lugar. El contramaestre Manzano observó cómo se alejaban y chasqueó la lengua. Le habría gustado dormir bajo aquella vela. Vaya que sí.

⁎ ⁎ ⁎

Montar el cañón en la playa no les llevó demasiado tiempo. El brigadier eligió el lugar exacto, lo marcaron clavando un madero en las piedras y trasladaron

hasta él la cureña. Después montaron encima el cañón, lo sujetaron con cuñas y listo.

Si acaso, la maniobra sirvió para tomar la temperatura al ambiente en el campamento. Por mucho que Porlier se hubiera empeñado en mantener a todos los hombres ocupados, eran demasiados. Muchos miembros de la tripulación, sobre todo infantes de marina, deambulaban de un lado a otro sin nada que hacer. Mosquete al hombro, cartuchera en la espalda y aire en el estómago.

Y demasiadas ganas de rebelarse contra su mala fortuna. O contra lo primero que se pusiera a tiro.

—¡Un cañón! —rio uno de ellos mientras los artilleros situaban las balas junto a una de las ruedas de la cureña. Los cartuchos de pólvora los habían llevado, en cuanto fueron desembarcados, a la lancha que servía de refugio a los oficiales. Dijeron que para que no se mojaran, pero todo el mundo conocía la verdadera razón: ya había demasiada pólvora en manos de los hombres.

—¡Ja, ja, ja! —Se carcajeó, a mandíbula batiente, otro.

—¡Ja, ja! —Acompañó un tercero.

Entre los tres infantes no sumaban sesenta años. El teniente Marín observó su aspecto desgarbado, los rostros sucios y el cabello apelmazado. En modo alguno le agradaba su actitud. Deberían estar arrimando el hombro, trabajando en algo, contribuyendo a la supervivencia del grupo. En lugar de eso, vagaban por la playa deteniéndose aquí y allá y mostrando una conducta un tanto pendenciera. Como si las cosas hubieran comenzado a darles igual. Como si, para ellos, la autoridad de todo un teniente, allí presente, no mereciera el debido respeto.

Se sujetaban las cartucheras a la altura del pecho, aunque sin ánimo de intimidar a nadie: de la forma más sencilla, habían decidido que esa munición les pertenecía como podía pertenecerles un brazo o una pierna de sus cuerpos. Era parte de ellos, y comprenderlo, eso sí, intimidaba a los hombres que se cruzaban en su camino.

¿De qué se reían? ¿Acaso el asunto del cañón les parecía una ocurrencia desternillante? Podría considerarse que el cañón no era preciso, que estaba de más, que tanta precaución suponía un exceso de celo por parte del brigadier, pero ¿reírse abiertamente? A los artilleros que se habían pasado la jornada descargando el cañón desde el *San Telmo* la risa destemplada de aquellos tres imberbes les supo a cuerno quemado. Y no lo ocultaron en sus rostros.

—Basta ya —dijo el teniente Marín, dándose cuenta de la incomodidad de los hombres.

—Eh, no se ofenda, teniente —repuso uno de los infantes.

En condiciones normales, una respuesta de ese tipo dirigida a un oficial de guerra habría bastado para que el infante en cuestión fuera arrestado y sufriera un duro castigo. A un teniente ni se le mira a la cara. Y, por supuesto, no se le habla a menos que él hable primero.

Marín miró en torno a sí en la playa. Había más infantes de marina, todos ellos muy jóvenes, yendo de un lado para otro sin un rumbo fijo.

—¿No se os ha asignado una tarea? —preguntó Marín.

Los tres muchachos se rieron un poco más, y uno de ellos, sin duda el más bobalicón, respondió:

—Sí, nos dijeron que acudiéramos a ayudar en la excavación de los refugios. Ya sabe, en la pared de ahí atrás… Pero nosotros somos soldados y ese trabajo no nos corresponde.

—Ah, ¿no?

—No, teniente.

Marín, mientras hablaba, miraba a los ojos al infante y el infante le sostenía la mirada.

—¿Y qué trabajo creéis que os corresponde?

El infante dudó un poco.

—Somos soldados —repitió por única respuesta.

—Pero nuestro navío ha embarrancado y ahora hemos de hacer todo lo posible por sobrevivir —explicó el teniente.

Entonces, otro de los infantes presentes terció en la conversación. Si no fuera porque a Marín le constaba que aquellos hombres no habían tenido acceso al alcohol, diría que se hallaba ebrio.

—Si, como dice, el navío ha embarrancado, no veo por qué tenemos que seguir obedeciendo sus órdenes —dijo.

Los cinco artilleros que ultimaban el montaje del cañón se quedaron paralizados al escuchar tal aseveración. Puede que a todo el mundo le rondara la idea por la cabeza, pero de ahí a ponerlo en palabras había un trecho largo.

El artillero Urquizu, que doblaba con creces la edad del infante, usó las dos manos para estirar el pelo de su coleta antes de decir:

—Tío, no deberías hablar así al teniente.

El infante lo enfiló con la mirada. Ya no se reía. Y, por fin, había encontrado algo que hacer en aquella asquerosa playa. Algo que mereciera la pena y digno de alguien como él.

—¡Cállate, maricón! —le espetó dando un paso al frente y asiendo con fuerza el mosquete. Marín vio cómo sus dedos se volvían blancos en torno al

arma.

—¿A quién llamas tú maricón, puto fantoche? —replicó Urquizu sin dar crédito a lo que oía.

En ese momento, el infante deslizó el mosquete desde su hombro y lo puso en posición horizontal. Sus dos compañeros hicieron ademán de imitarlo, pero al final desistieron. El paso que el primer infante dio hacia delante, los otros dos lo dieron hacia atrás. Estaba claro que no querían problemas.

Marín sabía que el mosquete se encontraba descargado. No con total certeza, pero casi. La infantería no va por ahí con las armas cargadas y menos cuando no existe riesgo alguno para la dotación.

Fuera como fuese, daba igual. El hecho de encañonar a Urquizu, a uno de los tuyos, bastaba.

—Baja el arma —ordenó el teniente—. Ahora.

El infante había perdido por completo el control sobre sí mismo. Dijo algo que resultó ininteligible y la comisura de los labios se le llenó de saliva espesa.

—He dicho que bajes el arma —repitió Marín.

Urquizu, que era el encañonado, no movía un dedo. Los dos compañeros del infante, menos aún. Algunos hombres a los que el incidente les había sorprendido en las inmediaciones miraban en silencio.

Porlier se situaba a unos cincuenta pasos del lugar. Observaba el curso de los acontecimientos, y Marín tuvo tiempo de cruzar una rápida mirada con él. A continuación, supo qué debía hacer. Y lo hizo.

—Tu arma no está cargada —dijo el teniente.

El infante lo miró como un enajenado.

—¡No lo jure! —gritó.

—Sabes que el mosquete no está cargado. Te lo diré una sola vez más: baja el arma.

Solo sentían el frío intenso. Urquizu escuchó los gruñidos de las focas y se preguntó por qué en semejante situación prestaba atención a algo tan poco relevante. Quizás a él también se le había torcido definitivamente el juicio.

Entonces, el teniente Marín se llevó la mano al cinturón y extrajo su pistola reglamentaria. Se trataba de un arma de cañón muy corto y con la culata curvada en un ángulo de casi noventa grados. Nada parecido a las pistolas que usaba la tripulación durante las batallas, que eran de apariencia larga y esbelta, casi como la de un mosquete recortado.

Los oficiales portaban pistola como parte de su uniforme habitual. Por supuesto, ninguno llevaba cartuchos de munición, pero ese no era el problema ahora.

Marín estiró el brazo y apuntó con la pistola a la cabeza del infante que, a su vez, encañonaba a Urquizu. Ambas armas se hallaban descargadas, lo cual no era óbice para que uno de los dos hombres fuera a morir en los próximos instantes.

—¡No está cargada! —gritó, desquiciado, el infante de marina. Tenía la boca del cañón de la pistola de Marín a tres dedos de la sien.

—No lo jures —repuso, imitándolo, el teniente. No apartaba los ojos del muchacho.

Lo que sucedió acto seguido, solo los que lo observaron en persona podrían narrarlo con la debida precisión. El infante de marina echó su mano a la cartuchera e intentó extraer un cartucho. Por desgracia para él, se encontraba tan nervioso que, al tiempo que asía uno, dejó caer varios al suelo.

El teniente no se lo pensó. En un veloz gesto, se agachó y recogió el más cercano a él. Se lo llevó a la boca, lo rasgó, se guardó la bala bajo la lengua, introdujo la pólvora dentro del cañón de su pistola, escupió dentro el proyectil y usó el papel que había formado el cartucho a modo de tapón.

Después, miró al hombre y aguardó.

El infante de marina realizó exactamente la misma operación, pero bastante más despacio. Porque lo que cargaba era un mosquete y no una pistola, porque las manos le temblaban y, sobre todo, porque sabía que acababa de cometer el error de su vida.

Marín continuaba esperando. Diríase que se deleitaba con las torpes evoluciones del infante. Cuando este, por fin, tuvo el mosquete cargado, empuñó la baqueta para prensar la pólvora, la bala y el papel. El teniente, en un rápido y preciso movimiento, le arrebató la baqueta y la usó para prensar su propia arma. Tras hacerlo, arrojó la primera a su espalda.

El infante de marina lo contempló estupefacto. No era para menos, pues Marín extendió el brazo, apuntó con su pistola a la cabeza del hombre, amartilló el arma y apretó el disparador.

* * *

El sargento Rodríguez se dijo que debía dar término a todo aquello. De pronto, sus infantes de marina se habían vuelto hombres felices. O como tales se comportaban: corriendo de un lado a otro, riendo locamente, arrancándose la ropa y descalzándose sobre el hielo.

Claro, claro que había que dar término a todo aquello. Si al brigadier Porlier le daba por doblar el recodo de la playa y los sorprendía en pleno estado de enajenación mental, mandaba al grupo de infantes que a su lado había quedado que abriera fuego a discreción. Y lo peor sería que el grupo de infantes obedecería sin rechistar. Dispararían cientos de balas sobre sus amigos, compañeros, hermanos. Porque, hasta el sargento Rodríguez se daba cuenta, al verlos así, nadie dudaría un instante: sea lo que sea lo que les ha sucedido, no queremos que nos contagie a nosotros. Matémoslos sin el menor remordimiento.

Rodríguez se aproximó a tres infantes que todavía no se habían desnudado. No, al menos, por completo: a uno le faltaba la casaca, a otro los zapatos y el tercero lucía el torso descubierto y una estúpida sonrisa de oreja a oreja.

—Vamos, recuperad vuestra ropa —ordenó Rodríguez.

Los hombres lo ignoraron. Uno de ellos sostenía un cuchillo ensangrentado en la mano derecha. Los otros dos, por suerte, lo habían envainado o perdido. Fuera como fuera, Rodríguez no los veía. Lo que sí veía era sangre por doquier. De hecho, los hombres estaban empapados en ella pues no se habían limitado a matar a los animales, sino que los habían destripado. En muchas ocasiones, sin ni siquiera aguardar a que estuvieran muertos del todo. Les abrían las tripas, el vientre, dejaban al aire sus pulmones aún respirantes y se embadurnaban con la sangre caliente que manaba de las heridas. Se la bebían, densa y húmeda.

—He dicho que os vistáis —repitió el sargento asiendo por el brazo a uno de los infantes. Tendría veintipocos años. El cabello sucio y grasiento, y cuatro pelos en el labio superior y la barbilla—. ¡Que te vistas, joder!

Por fin, el muchacho pareció reaccionar. Al menos, borró de sus labios su sonrisa de loco y consiguió fijar la mirada en Rodríguez.

—Sargento… —dijo, algo confuso. Como el que se despierta de una larga siesta y no sabe muy bien dónde está.

—Venga, vístete —rebajó el tono Rodríguez. Se daba cuenta de que le aguardaba una ardua tarea por delante: la de devolver al mundo real a todos los que habían huido a otro, que sería pleno, feliz y radiante, pero que no era auténtico. Los necesitaba aquí. Vestidos, armados y listos para obedecer. La infantería, en dos palabras.

El muchacho, en silencio, obedeció. Buscó entre los cuerpos de los animales muertos y encontró la ropa que le faltaba. De pronto, se puso a tiritar. Lo cual llenó de satisfacción al sargento, pues significaba que estaba

de vuelta. Al frío infernal, al dolor, a la incomodidad permanente, al sufrimiento que les aguardaba. De regreso al naufragio, a las playas pedregosas y a la silenciosa nieve que a ratos caía sobre ellos.

Solo estando aquí, consciente aquí, puedes enfrentarte a los problemas reales que aquí nos acaecen. Si dejamos que permanezcas allá, quizás la muerte te advenga dulce y placentera, pero será muerte con todas las consecuencias. Y al abandono no hemos llegado. No, pues el brigadier Porlier lleva toda la jornada construyendo la defensa. Nosotros, ¡nosotros!, llevamos toda la mañana construyendo la defensa. Se nos mandó a por comida y ya la tenemos. Bien, no ha resultado un proceso tan limpio como se esperaría, pero tampoco vamos a andarnos con memeces: lo que nos ha sucedido no tiene parangón, así que hágase la vista gorda y constátese que el objetivo se ha cumplido con creces.

Llevamos víveres para una semana. Hambre no se va a pasar en este campamento. De lo demás, que responda quien le toque.

Poco a poco, intercalando órdenes en tono imperativo con canturreos más propios de una madre que de un sargento de infantería, Rodríguez trajo de vuelta a los otros dos infantes. Después, se encaminó hacia otro grupo y repitió el proceso. Se había asentado una sorprendente paz sobre la playa. Un silencio inmaculado que engrandecía la desolación del paraje. Porque hacía frío, pero el frío no lo era todo; porque el viento arreciaba, pero el viento no marcaba sus destinos; porque, en suma, el sonido de las olas rompiendo en la orilla pedregosa era ruido candoroso entregado a unos hombres que luchaban por recomponerse.

Y sobrevivir.

En veinte minutos, Rodríguez consiguió que más de la mitad del grupo se vistiera y se pusiera a trabajar. Debían despojar de las vísceras a los animales muertos y amontonarlos en una esquina de la playa para proceder a un primer recuento de las piezas cobradas. Con eso le irían a Porlier: con la grata sorpresa de una cifra alta; y cruzarían los dedos para que estuviera lo suficientemente ocupado como para no formular más preguntas.

La playa se desenajenó. Quedaban algunos animales vivos al fondo, pero los alcanzaron y los mataron, y matarlos supuso el punto final al enloquecimiento colectivo. Fue clavar el cuchillo en el cuello del último bicho, abrírselo de un tajo, y regresar a la luz gris y plomiza de la playa.

A algunos que más tarde, por la noche, comentaron al calor de las hogueras lo que les había sucedido, les dio por hablar de la efervescencia que

los embargó, del ansia desmedida por internarse en una selva espesa y cálida, del color azul verdoso que adquiere el océano en el Caribe.

—¡Apiladlos ahí, junto a esas piedras! —ordenó a gritos el sargento Rodríguez.

Tenía a casi todos sus hombres de vuelta y trabajando. Los animales muertos, en un primer recuento, sumaban unas tres mil piezas. Rodríguez no podía asegurarlo con precisión porque había perdido la cuenta varias veces. Intentó que los hombres formaran montones separados de cien piezas cada uno, pero luego decidió que no merecía la pena tomarse tanto trabajo y desistió.

Los obligó a que recobraran las cartucheras y los mosquetes. A que se abrocharan las casacas y a que, dentro de lo que cabe, mostraran un aspecto digno. Después, cada infante se echó un bicho al hombro y puso rumbo al campamento. Necesitarían realizar varios viajes para transportar toda la comida.

* * *

Y atardeció. Con una parsimonia y una plenitud tal, que los hombres no pudieron evitar abandonarse a un ensimismamiento pasajero. Porque el final de la tarde no tuvo nada de extraordinario y, sin embargo, lo tuvo todo: una lentitud en la extinción de la luz, de una luz ya de por sí mortecina y turbia, que los redujo a un estado anterior a la consciencia. Estaban allá y, al tiempo, no lo estaban, lo cual, bien mirado, suponía la medida exacta de las cosas.

Duró unos minutos. Los suficientes para, en la belleza del final de la tarde, verle la panza a la ballena. Grande, descomunal, lenta, poderosa y pesada. Sobre ti y tú bajo ella. Puedes advertir las marcas que los dientes de los tiburones han dejado en su carne. Puedes advertirlos y reconocer que eso, precisamente eso, la convierte en una superviviente.

Extiendes el brazo hacia la panza de la ballena. Hay agua por todas partes, pero, pese a lo que pudiera imaginarse, eres capaz de respirar sin dificultad. En ocasiones, Dios te hace un magnífico regalo para que puedas seguir vivo y completar el curso completo de tu desdicha. No te puedes ir todavía. Debes terminar de recorrer la senda. Para ello estás aquí. Estáis aquí.

Con la vela mayor plegada en uno de los extremos de la playa, los hombres se agruparon en torno a las hogueras recién encendidas. El brigadier ordenó que se usara el combustible justo para cocinar la cena. Ni un leño más. Por supuesto, los hombres ignoraron la orden y las pusieron a arder tan altas

como pudieron. El frío que con el atardecer se aproximaba carecía de nombre para este grupo de españoles sin sentido de lo genuinamente glacial.

Porque cualquier noción que trajeran acerca del frío debían olvidarla y sumirse en lo que se les abalanzaba. La noche no sería sencilla. Algunos, incluso, no la superarían. Al raso, sin ropa de abrigo, con esa nieve absurda que sobre ellos se derramaba de cuando en cuando… Sí, algunos morirían y jamás serían tripa de ballena, jamás cicatrices de tiburón, jamás recuerdo que abruma para siempre.

Devoraron la carne de la cena. En grupos tan cerrados y tan cercanos a las hogueras que varios hombres se quemaron. Y no les importó, pues siguieron comiendo y comiendo y comiendo. La carne recién cocinada les supo a susurro de ángel custodio. Suponía, entiéndase así, un soplo de persistencia donde ya casi nada restaba.

Se sintieron bien tras cenar en abundancia, desde luego que sí. Se habrían repantigado hacia atrás si eso no hubiera supuesto alejarse del fuego y de su calidez. Oh, el fuego… Ojalá jamás se extinguiese. Ojalá el sopor los alcanzase ahí mismo, en esa cómoda y sencilla tibieza, en el arrullo tenue del crepitar de las llamas.

Durante una hora, apenas nadie cruzó una palabra. Nadie se levantó ni abandonó su lugar en la playa, en la hoguera, en la minúscula piedra que habían elegido para sentarse y que ahora era lo más parecido que tenían a un hogar.

Una piedra. Una sola piedra del tamaño de la palma de la mano. Erige tú una casa en eso. Hazlo, y después aprehende el gesto cardinal de aquellos hombres.

* * *

Algo después, con la noche ya más que caída sobre el campamento, los hombres se apretaban los unos contra los otros para darse calor. Aquí y allá, las hogueras en las que se había cocinado la cena comenzaban a apagarse. Tras la manga ancha inicial, varios oficiales se encargaron de que la orden de Porlier se cumpliera a rajatabla. Ni un madero más de lo necesario pues convenía ahorrar leña. Claro, como él no dormía al raso… Por otro lado, si bien el *San Telmo* no constituía una fuente infinita de combustible, a efectos prácticos, como si lo fuera. ¿O es que acaso esperaban sobrevivir años y años, quizás décadas, en aquella isla remota para ver cómo se quemaba el último madero proveniente del que, en tiempos, fuera uno de los más orgullosos navíos de línea de la Real Armada española? Hombres con las costillas al aire

y barbas hasta la cintura se dirían: Mirad, este es el último tablón del viejo *San Telmo*. ¿Lo recordáis? Aquel maldito cascarón que nos arrojó a este islote perdido de la mano de Dios. Pues esta tabla formaba parte de la segunda cubierta. Por la parte de proa. Con ella echada al fuego, ¿qué será de nosotros? Ahora sí que estamos perdidos de verdad.

No, algunos hombres no pensaban aguardar a que eso sucediera. Si había que morir, que fuera intentando lo imposible. Yéndose de este lugar tan parecido al propio infierno.

Y para salir de una isla, solo existe un modo: hacerse a la mar.

Sarachaga, Porras, González y Collado apenas habían cruzado palabra en el viaje de regreso a la playa. Ni entre ellos ni con el alférez Manrique. Una vez en el campamento, nadie se interesó por su aventura: unos estaban demasiado ocupados en las tareas que les habían asignado, otros tenían demasiado frío como para preguntar y a la inmensa mayoría le importaba un carajo si habían descubierto o no algo digno de mención. Nadie estaba para nada, la verdad.

Manrique, sin duda, informaría de inmediato a sus superiores. Los cuatro infantes de marina no tuvieron duda de ello. De hecho, en cuanto ya en el campamento, se separaron, el alférez se dirigió hacia el lugar donde se encontraba la lancha vuelta boca abajo, convertida ahora en una especie de alcázar en tierra, de cuartel general para la oficialidad, de último reducto para el lujo, la calidez y el bienestar en aquellas tierras.

—Yo me largo de aquí —dijo González. Al llegar a la playa nadie les había ofrecido ni comida ni agua. Ellos mismos tuvieron que agenciarse un pedazo de carne de foca casi congelado y lo asaron sobre unas brasas que apenas calentaban. Porras solicitó permiso para tomar un madero del improvisado leñero y obtuvo una negativa como respuesta. Solo cuando dijo que era para que se alimentaran los cuatro infantes que habían salido de expedición junto al alférez Manrique, se lo dieron, aunque no de buena gana.

El madero avivó el fuego, el fuego asó la carne de foca y, cuando la vieron dorada y crujiente por fuera, la cortaron en cuatro trozos y se la repartieron. Comieron en silencio durante un buen rato, cada uno absorto en sus pensamientos. La carne, grasienta y caliente, los reavivó lo necesario como para urdir un plan.

—Yo me largo de este puto lugar —repitió González.

Se habían ubicado en un lugar un tanto apartado en la playa. En la zona asignada, no sabían si oficialmente o por el simple procedimiento de ocuparla antes que nadie, a la infantería de marina, pero con los suficientes pasos de

por medio entre ellos y el grueso del contingente como para que sus conversaciones pasaran desapercibidas. Al menos, la playa era amplia y había sitio de sobra para todos. Habría sido de risa que, además de todo, el mar los hubiera arrojado a una orilla del tamaño del sollado del *San Telmo*. Para que durmieran calentitos.

—¿Cómo? —repuso Sarachaga. Aún roía la carne adherida a un hueso grande, del tamaño del antebrazo de un hombre.

El resto de infantes observaba las llamas y trataba de secarse la ropa.

—En el bote —respondió González casi susurrando.

De las tres embarcaciones auxiliares del *San Telmo*, era la opción más fiable. En realidad, la más fiable, por eslora, manga y calado, era la lancha, pero vete tú ahora y húrtasela a la oficialidad, a buen resguardo bajo ella, sin que se den cuenta. Además, no serían capaces de moverla solo entre cuatro hombres. Quedaban el chinchorro y el bote. El chinchorro se había revelado mucho más eficaz para sortear las rocas sumergidas de la orilla, pero tenía el problema de que se trataba de eso: de un simple chinchorro que en alta mar volcaría a la primera ola. En cambio, el bote podía ser arrastrado hasta la orilla por los cuatro hombres y se defendería con solvencia en aguas abiertas. O no, quién sabe, pero cruzaban los dedos para que así fuera: echaran las cuentas que echaran, no existían más posibilidades.

Los cuatro infantes se giraron hacia el lugar donde se hallaba el bote. Lo habían abandonado allí tras desembarcarlo y nadie había vuelto a preocuparse por él. Asintieron en silencio a modo de confirmación del plan y aguardaron pacientemente a que todos sobre la playa se fueran quedando dormidos. No era sencillo, porque el frío era tal que muchos hombres no lograban conciliar el sueño. Pero el frío, si es lo suficientemente intenso, y el que sufrían ellos lo era, atonta y embota los sentidos. En cierto modo, un batallón de mujeres desnudas podría haber atravesado la playa y la mayoría de ellos, absortos en sus propias penalidades, ni se habría dado cuenta.

—Es el momento —dijo, incorporándose despacio, González. Hacía horas que se había puesto el sol, de manera que se encontrarían, más o menos, en mitad de la noche.

El resto lo imitó. Los cuatro infantes recogieron las cartucheras y los mosquetes, se los colgaron a las espaldas y caminaron en silencio hasta el lugar donde dormía el bote. Porras y Collado se fueron al lado de babor, y Sarachaga y González ocuparon el de estribor. A una señal de este último, que parecía haberse erigido en el jefe del grupo, los cuatro hombres levantaron el

bote. Por desgracia, pesaba tanto que se vieron obligados a volverlo a dejar sobre las piedras.

—Joder… —farfulló González.

—¿Qué hacemos ahora? —musitó Sarachaga.

González se lo pensó un poco y, desembarazándose de la cartuchera y del mosquete y arrojándolos dentro del bote, dijo:

—Empujaremos.

Llegados a este punto, se trataba de rendirse o ir a por todas. Sabiéndose, como se sabían, casi muertos, nunca había sido tan sencillo tomar una decisión.

Porras, Sarachaga y Collado pusieron sus cartucheras y sus mosquetes dentro del bote y se dispusieron a empujarlo hasta la orilla. Lo bueno de estas preciosas noches australes es que hiela a la menor ocasión. En mitad de la madrugada, cuando las temperaturas se desploman hasta más allá de lo concebible, el hielo se convierte en amo de todo lo circundante. Del bote y de las piedras de la playa también.

Deslizarlo hasta la orilla no resultó una tarea tan complicada como *a priori* hubieran previsto. Cuando alcanzaron el agua, González se introdujo en ella y trató de empujar desde la proa del bote. El resto, ahora en la popa, hizo lo propio. El bote, silencioso y hasta señorial, se deslizó lentamente en el agua oscura y quedó a flote.

Algo parecido a una sonrisa afloró en el rostro de los cuatro infantes de marina. ¡Lo habían logrado! Y más importante aún: nadie parecía haberse dado cuenta.

Subieron a bordo, se pusieron a los remos y comenzaron a bogar muy lentamente, como no queriendo tentar su suerte.

Por desgracia para ellos, la habían tentado. Y mucho.

En la playa, el teniente Ostos se arrastró por el agujero que servía de acceso al refugio bajo la lancha y se puso a inspeccionar la quilla de la misma. Los oficiales llevaban un buen rato discutiendo en torno a la posibilidad de instalar una estufa para caldear la estancia. En el *San Telmo* quedaban varias y no sería complicado traer una y colocarla en el refugio. El problema más importante a resolver era el de la chimenea: si no conseguían que los humos se evacuaran adecuadamente hacia el exterior, podrían morir todos de asfixia. Ostos, entonces, aseguró que bastaría con abrir un hueco en la quilla de la lancha y hacer pasar por allí el tubo de la chimenea. Ello inutilizaría para siempre la embarcación, pero ¿en serio que algo así importaba? Fuera como fuese, había decidido salir al exterior y comprobar de

qué manera podía realizarse el agujero en el casco de la lancha. Quizás existiese un modo de no hacerlo irreversible, quién sabe… En eso estaba cuando los vio: cuatro hombres echando el bote al agua, subiéndose a él y poniéndose a remar.

Si esto no era una deserción en toda regla, que bajara Dios y lo viera.

—Brigadier —dijo asomándose a la entrada del refugio—. Sea usted tan amable de salir y observar algo con sus propios ojos.

⁎ ⁎ ⁎

En una ocasión, durante una corta visita a Madrid, el teniente Ostos asistió a la representación de un *ballet*. Durante las casi dos horas que duró el espectáculo, Ostos contempló, obnubilado, cómo los bailarines se movían sobre el escenario en algo que no pudo denominar sino mágico: existía un equilibrio intangible en los movimientos, un esplendor oculto en las cadencias y en los silencios, un encanto leve mas perfectamente reconocible en la armonía con la que todo, hasta el más nimio de los gestos, sucedía.

Cuando por primera vez estuvo al cargo de las baterías del primer puente del *San Telmo*, sintió que la batalla se trataba justo de eso: de armonía y belleza destinada a triunfar sobre el desorden y la fealdad. El primer puente era, para el que no lo sepa, el puente que decidía la suerte del navío. En él, justo sobre la línea de flotación, se colocaban los descomunales cañones de treinta y seis libras. Auténticas máquinas de sembrar destrucción, si se las disparaba de una en una. El infierno en la tierra cuando, como si del más rumoroso de los *ballets* se tratase, todas actuaban en la cadencia de fuego precisa, sin descomponer la línea ni abandonar el compás de la andanada. Magia, una vez más, para todo aquel que supiera apreciar la más refulgente de las artes: la guerra.

Ostos se hallaba honrado de que el primer puente estuviera bajo su mando. Tras el capitán sobre el alcázar del navío, no existía puesto de mayor relevancia en el servicio de un buque de guerra. Cuando toda la magnífica fila de cañones y las decenas y decenas de hombres que los sirven están bajo tu mando y responsabilidad, algo más fuerte que el gozo prende en tu interior. Se llama orgullo y, una vez experimentado, no lo olvidas ni aunque vivas cien años más.

El teniente sabía que las probabilidades de volver a servir en el primer puente de un navío de línea español eran escasas para él. Pero, al menos, tenía este disparo. El brigadier Porlier se lo había ordenado de forma directa y explícita:

—Teniente, despierte a sus mejores artilleros y condúzcalos hasta el cañón.

No fueron necesarias más palabras. Ostos asintió, y, con el pundonor del que sabe cómo bailar un cañón ante cientos de tan pasmados como admirados pares de ojos, hizo lo que Porlier le había ordenado.

Los artilleros, seis en total, se aproximaron al cañón y, en silencio y con movimientos mil veces practicados, lo cargaron. La danza más precisa sobre las estrellas: un hombre introdujo un cartucho de pólvora en el ánima del cañón y lo empujó, atacador en mano, hasta el fondo; se retiró y otros dos, que ya aguardaban, encajaron la bala; un cuarto metió la estopa que apretaba la bala contra el cartucho de pólvora y la prensó con el atacador; el quinto, por lo usual ya con rango de cabo, introdujo un finísimo punzón a través del oído del cañón y agujereó el cartucho; acto seguido, el propio cabo cebó el oído con pólvora y puso la mecha; el sexto hombre observaba en silencio cada movimiento para ayudar en caso de necesidad.

—A su orden, brigadier —dijo el capitán.

La práctica totalidad de la tripulación del *San Telmo* se había reunido en la playa. Observaban, sin separar los labios, las maniobras de los artilleros. Porlier, con el uniforme intacto, formó sobre las piedras de la orilla junto al capitán y el resto de la oficialidad.

—Un único disparo, teniente —pidió.

—Desde luego, señor —repuso este.

—Fuego.

El cabo encendió la mecha y el cañón bramó. El retroceso fue de tal intensidad que la cureña se desplazó un buen trecho hacia atrás en la playa y el cañón se detuvo con la boca mirando hacia el cielo.

La bala golpeó de lleno sobre el bote. Sarachaga y Collado murieron en el acto a causa de la violencia del impacto. Al primero la bala le arrancó la cabeza y al segundo le hundió la espalda a la altura del omóplato izquierdo. Porras sintió cómo una astilla del tamaño de su muslo se le clavaba en la entrepierna y lo enfilaba hacia el cuello. Cayó al agua todavía vivo, pero él mismo se quedó pensando en si se moría por la brutal herida o de súbito ahogamiento. González, ese sí, salió mejor parado que el resto de sus compañeros de insurrección y simplemente voló por los aires para acabar en el mar. La Virgen lo había acompañado y dio gracias por ello. El brigadier Porlier no tanto, pues ordenó que nadie acudiera en su auxilio. González no sabía nadar y se fue al fondo.

Los desertores siempre acaban como alimento para los peces.

9
6 de septiembre de 1819
Comieron del árbol del conocimiento del bien y el mal

Además de Sarachaga, Porras, González y Collado, el 5 de septiembre, por una causa o por otra, murieron doce hombres. Sumados a los cuatro mencionados, hacían un total dieciséis bajas. Si las cuentas no fallaban, quedaban quinientos sesenta y seis hombres en el campamento de la playa.

Pero fallaban. Y de qué manera. Cuando el teniente Ostos salió del refugio de los oficiales, se dispuso a realizar el recuento de los hombres sobre la playa. Se trataba de un encargo directo de Porlier, así que convenía hacerlo bien. Ostos era un tipo diligente al que la desventura de *San Telmo* le había afectado, pero lo justo. No quería morir en aquella playa, nadie lo quería; sin embargo, la idea de la muerte no le rondaba los pensamientos. No, al menos, constantemente. La afrontaría como buenamente supiera cuando se le presentase. Qué remedio. Pero aún le quedaba, les quedaba, mucho camino por recorrer.

Fallaban las cuentas, por lo visto. El teniente Ostos necesitó de una larga media hora para darse cuenta de lo que había sucedido. Sumó las cabezas de los hombres, quiso pensar que se había equivocado y volvió a sumar para toparse de bruces con el mismo resultado.

En los naufragios se quiebra casi todo, excepto la aritmética más elemental. La que afirmaba que donde debía haber quinientos sesenta y seis hombres, él solo conseguía recontar cuatrocientos cincuenta y cuatro. Faltaban, por lo tanto, ciento doce hombres. No uno ni dos, sino ciento doce.

Búscalos. Búscalos, a ver si los encuentras.

—¡Brigadier! ¡Brigadier! —llamó Ostos asomándose por el hueco de acceso al refugio bajo la lancha boca abajo.

—Teniente —dio respuesta el aludido mientras hacía que su cuerpo atravesara el agujero.

—Brigadier —repitió Ostos. Retenía su mensaje para dar tiempo a que Porlier se incorporara y se sacudiera el polvo de los hombros de la casaca. Un gesto muy español: inmersos en la penuria más desquiciada, finjamos que nada es para tanto y que el uniforme ha de lucir como Dios manda, porque sí, porque somos lo que somos y, mientras lo seamos, el desaliento absoluto no logrará darnos alcance—. Nos faltan ciento doce hombres.

Porlier miró al teniente y enarcó la ceja derecha, manteniendo perfectamente paralela al ojo la izquierda. Ciento doce. Desde luego, la peor de sus previsiones.

Porque claro, claro que Porlier lo había previsto. Era nuevo en los naufragios, pero no en la existencia. Y aquí se hallaban corriendo, a gran velocidad e intensidad, trozos inmensos de existencia. Trozos de anchos descomunales, de pesos magníficos, de larguras extraordinarias.

Y es que, al final, cada vez eran menos una dotación militar y más un grupo de hombres desesperados. Porlier se moriría con esta idea bulléndole en la cabeza. Nunca, nunca jamás la verbalizaría. Antes eso: muerto.

Ostos, por el contrario, sí se hallaba sorprendido:

—¿Cómo ha podido pasar? —preguntó.

¿Cómo? Se han levantado en mitad de la noche y se han largado. Tampoco es que resulte una táctica compleja que precise de gran previsión. Unos cuantos se levantan y los que quieren los acompañan y los que no, pues no. Que nadie se asombre de que en tal manera y en tal grado se hayan simplificado tanto aquí los procedimientos.

—Necesitamos saber de quiénes se trata y qué se han llevado —dijo Porlier.

No parecía que la situación lo alterara en exceso.

—Diría que la mayoría de los ausentes son infantes de marina —informó el teniente.

¿Quiénes, si no? ¿El carpintero, el cocinero y el buzo?

* * *

Nadie premedita una cifra como aquella: ciento doce fue el resultado de un azar tan inesperado como cualquier otro. Sucedió así, eso es todo.

Sucedió tal y como sigue.

Los infantes de marina Zarraluqui, Irisarri, Sotomayor, Escalante y Téllez lo habían decidido en el preciso instante en el que el brigadier ordenaba que el cañón sobre la playa abriera fuego contra sus compañeros. O no, seamos más

concretos aún: ese instante supuso la chispa que prendió en ellos, que los incendió después y que devino en una determinación sólida y única.

Vayámonos ya.

Porque allí corrían peligro y porque allí ya no pintaban nada. Dijeran lo que dijesen los oficiales, aquello que se extendía sobre la playa era una pantomima de proporciones ciclópeas: ni eran una dotación de guerra ni se encontraban sujetos a ningún tipo de disciplina castrense. Bastaba con mirar en torno a ellos. Hacerlo y comprender que allí solo se amontonaba un puñado de hombres desesperados sin nadie con un plan al frente.

Porque necesitaban un plan, un plan audaz y decidido que diera la vuelta a la situación. Se morían, se morirían en cuestión de dos o tres días. ¡Dios santo, dormían a la intemperie mientras una capa de hielo se formaba sobre ellos! ¡Sobre sus insuficientes ropajes, en el cabello, en la piel!

Te despertabas en mitad de la noche y escuchabas el ruido que efectuaba, al quebrarse, la capa de hielo que había prendido en ti. Ese es el verdadero susurro de Satán. El que forma el resquebrajamiento del fatal destino que, muy muy lentamente, se cierne sobre ti, te envuelve, te cubre.

Bien, pues ante esto, la autoridad y quienes la ostentan desaparecen. Los cuales, por cierto, se han procurado abrigo para dormir calientes. Todo hombre sobre la playa, todo hombre en mitad de la noche, podía, y porque podía lo hacía, girar el rostro hacia la lancha vuelta boca abajo y observar una fina línea de luz amarillenta que solo significaba una cosa: que allá dentro las condiciones de vida eran infinitamente mejores que allá fuera.

Sin ir más lejos, tenían luz, paredes y techo. Compáralo tú con la nada absoluta de la que disponían los cientos de hombres durmiendo al raso. Compáralo con la nieve cayendo en sus rostros, el frío envolviendo los dedos de sus manos hasta el punto de tornarlos inútiles, el viento en los riñones. Cientos de pares de riñones congelándose al unísono sobre aquella playa a la que ni se habían molestado en poner nombre.

Tierra Devastación. Ahí tienes uno. Es exquisito, de esos con los que la boca se llena al pronunciarlos. Las generaciones que nos sucedan sentirán un escalofrío al declamarlo en voz alta. De. Vas. Ta. Ción.

Siendo justos, en ninguno de los cinco hombres en los que primero germinó el propósito de la huida, es decir, en Zarraluqui, Irisarri, Sotomayor, Escalante y Téllez, hubo animadversión hacia la oficialidad. No los odiaban; no, al menos, en el sentido que a este término le damos desde la comodidad de la civilización, la lumbre y un tejado sobre nuestras cabezas. Simplemente, creían, pensaban sin el menor atisbo de duda, que ya nada los ligaba a aquel

lugar, a aquella expedición, a aquel buque varado, a la oficialidad que hasta entonces había ostentado el mando, a nada de nada de nada.

Eran hombres libres que tomaban decisiones propias y hacían, o se disponían a hacer, uso de su recién adquirida autonomía. ¿Para qué? Para salvarse. Para intentar salvarse. Dado el desistimiento que la oficialidad parecía haber hecho de ello, para luchar por sus vidas.

Quizás muriesen en aquel lugar. Pero, desde luego, no sería en aquella playa. Y no sin haber antes intentado, siquiera a la desesperada, la búsqueda de una escapatoria.

Zarraluqui lo habló con Escalante un rato después del suceso del cañón. Inclinados el uno sobre el otro para que las palabras no se las llevara el viento. Que aquí, como en todas partes, maldita sea, siempre sopla del lado de los que mandan.

—Mira, tío, yo me largo ahora mismo —susurró—. Si quieres, te vienes. Si no, me voy solo.

Escalante lo miró a la luz de la luna y los dos hombres se observaron en silencio. Una foca rezongó a lo lejos.

—Voy contigo —dijo Escalante.

Téllez observó a sus dos compañeros y se interesó:

—¿Qué pasa?

—Nos largamos de aquí.

—Joder, creía que nadie lo iba a proponer nunca.

—¿Alguien más se nos uniría? Si somos un grupo numeroso, tendremos más posibilidades.

Téllez estuvo tentado de preguntar a qué tipo de posibilidades se refería, pero calló. ¿Qué más daba? Cualquier intento de cambiar el presente le parecía una idea brillante.

—¿Qué hacéis? —preguntó entonces Irisarri, que se les había acercado al advertir movimientos y susurros.

—Irnos —respondió Zarraluqui.

—Contad conmigo —aseveró Irisarri—. Y esperad, que Sotomayor se viene con nosotros.

Lo demás sucedió deprisa y sobre la marcha. Los infantes de marina, cada vez con menor disimulo a medida que acumulaban efectivos al grupo, se prepararon para la marcha. Ellos jamás dirían que la huida. Menos, si cabe, la deserción. Sencillamente, se iban porque les daba la gana hacerlo.

Eso sí, se llevaban con ellos los mosquetes y la munición. Que, qué diablos, les pertenecían por derecho propio. A cuenta de las soldadas que se

les adeudaban. Si, después de todo, lograban regresar a España, ya echarían cuentas.

El grupo de los que se marchaban pronto superó el centenar de hombres. Y cien hombres moviéndose en el silencio nocturno de un campamento despiertan a cualquiera. Ninguno de estos, ninguno de los que tomaron conciencia de lo que sucedía y, sin embargo, decidieron no unirse, separó los labios para convencerles de lo contrario. Al revés, fingieron que seguían dormidos. Si, como sucedió, por la mañana alguien les preguntaba si habían visto u oído algo, ellos responderían que se hallaban profundamente dormidos.

Nadie ve a un compañero que deserta. Porque los que se quedaban sí eran capaces, siquiera mentalmente, de pronunciar esa palabra: deserción. Se paga con la pena de muerte y nada de lo que puedas argüir a tu favor te salvará de ella.

En fin, tampoco es que los marineros, artilleros, grumetes y pajes que no se unían a la partida tuvieran demasiadas esperanzas de sobrevivir en la playa. No obstante, entendían que en la playa existía un futuro, si se quiere, más tangible, más compacto, menos vaporoso.

En cuanto a los infantes de marina que se quedaron… Fue más cuestión de indecisión que de otra cosa. Aguardaron a que el sargento Rodríguez se decidiera, pero el sargento no se decidió. Simuló, como uno más, seguir dormido. Por la mañana, cuando el teniente Ostos lo interrogara, afirmaría que él no había sentido nada. Una noche normal y corriente. Fría como la mirada con la que una orca te toma las medidas, pero sin novedad reseñable.

Zarraluqui, Sotomayor y Téllez se pusieron al frente del recién formado grupo y comenzaron a caminar en dirección al interior del territorio. El plan no era un gran plan: cambiar la playa por cualquier otra cosa que no fuera la playa y, después, ir viendo qué opciones se abrían ante ellos.

Partieron sin víveres ni agua. Con las armas y lo puesto. Ya se abastecerían por el camino. Además, ya estaban haciendo demasiado ruido. Se marcharían igual si la oficialidad se despertaba y les interrogaba acerca de sus intenciones, pero aquello supondría un enfrentamiento que, en ese momento, no deseaban. Y, ojo, que liquidar a todos los que se resguardaban bajo la lancha habría supuesto un giro notable a los acontecimientos. Todos los oficiales muertos. Quedaban el sargento y el contramaestre, pero ellos no insistirían demasiado cuando se les invitara a renunciar a sus galones.

Ya, genial, ¿y luego qué? Pretendían salir con vida de aquella región inhóspita. Regresar a España. A casa, al hogar que cada uno había dejado

atrás. Si lo conseguían, ¿qué contarían? ¿Que durante el naufragio, se va usted a reír, murieron todos los oficiales al mando del navío? ¿Todos, oiga, todos? ¿Ni uno quedó con vida?

El grupo caminó durante diez minutos a paso lento. Todavía había hombres uniéndose a él por retaguardia. Los que lo habían decidido a última hora. Los que se estuvieron mordiendo el labio inferior hasta hacerse sangre y, después, se pusieron en pie y caminaron hacia la oscuridad helada.

El último, o uno de los últimos, fue el padre Pizarro. En lugar de mosquete y cartuchera, portaba su biblia. Y una fijación más allá de cualquier titubeo: recoger nombres para el Nombre.

* * *

Porlier quiso quitarle hierro al asunto, pero, por más empeño que puso, no lo logró. Le habían desertado ciento doce infantes de marina con ciento doce mosquetes y ciento doce cartucheras a razón de setenta cartuchos en cada una. Eso hacía una suma total de casi ocho mil balas, ocho mil disparos, ocho mil bajas en el bando enemigo, fuera ese cual fuera en aquel lugar.

De momento, y dado que no parecía que hubiera por allí nadie más y, por una pura cuestión de eliminación, ellos. El grupo de la playa. Tocaban a diecisiete balas enemigas por barba. Y lo de enemigas, expresado quede con todas las consecuencias.

Porque para Rosendo Porlier ya no había, al menos en esto, una vuelta atrás: quienes habían abandonado el campamento en mitad de la noche llevándose consigo armas y munición pertenecientes a la Real Armada eran, con todas las de la ley, desertores. Si ahora, por un azar del destino, regresaran a la playa, arguyeran que todo había sido un malentendido, una confusión, el producto de un instante de ofuscamiento, y que pedían, más aún, ¡imploraban!, que se les perdonase y se les reintegrara a sus puestos en la dotación del *San Telmo,* Porlier, con gesto impertérrito, los invitaría a desarmarse, después los mandaría prender y, en menos de media hora, los tendría fusilados a todos.

Si para algo no estaban, era para complicaciones. Para más complicaciones de las que ya tenían encima.

Le dolió, sobre todo, la falta de respeto. Porque con el hecho de que, tarde o temprano, allí hubiese una desbandada general, era algo con lo que él había contado desde el principio. A fin de cuentas, habían naufragado y naufragar significaba que se habían quedado sin nave. De acuerdo, el *San Telmo* continuaba ahí, a la vista de todos, pero no se engañaba al respecto: eso no era

el *San Telmo*, sino el pecio de un navío de línea que, en tiempos, fue el *San Telmo*. Cosas, se mire como se mire y le des las vueltas que le des, muy distintas.

Ni que decir que todo esto Porlier lo pensaba para sus adentros, pero no lo ponía en palabras ni siquiera con el capitán Toledo. A efectos formales, los hombres sobre la playa eran la tripulación del *San Telmo*, ese buque varado que tenían ahí delante; y el hecho de que estuviera varado y no fondeado suponía solo un pequeño detalle de apreciación en el que no convenía profundizar.

¿Él también habría puesto tierra de por medio si hubiera sido infante de marina y no brigadier? Pues a saber, pero lo obvio, lo palmario y lo indudable era que él era quien era y se debía, hasta el último de sus suspiros, a una causa que lo superaba en grandeza, divinidad y relevancia.

Resguardo y defensa. Su plan se circunscribía a eso. A guarecerse del frío y a defender la posición. Puede que incluso aquella fuera España. Porque si nadie había puesto antes los pies en ella, si eran los primeros en realizarlo, la reclamación se alzaba legítima y comenzaba a contar desde el momento en que el primer marinero español a bordo del chinchorro del *San Telmo* pisó el pedregal de este fin del mundo. Amén a eso y tened por seguro que una constatación de tal calibre la defenderemos con uñas y dientes hasta nueva orden.

También, de paso, nos defenderemos a nosotros y a nuestras vidas. Que tampoco nos vendrá mal.

Porlier reunió a la oficialidad y los llevó a un aparte. Exactamente, tras la lancha boca abajo, que era todo lo aparte a lo que podían aspirar sin levantar murmuraciones o sospechas. Lo único que les faltaba era que los hombres los vieran alejarse e interpretaran la situación como un abandono del campamento. ¡La oficialidad! ¡El brigadier! ¡El capitán! ¡Los tenientes! ¡Se largan! ¡Todos!

No. Allí no se largaba nadie más. Porlier hizo una cruz con los dedos índice y pulgar de la mano derecha y la besó con ardor. Por sus muertos que allí no se largaba nadie más.

—Caballeros, esta es la situación —dijo. No alzaba la voz, pero tampoco hablaba en susurros. Marcaba, con sus primeras palabras, el tono y el volumen que, para la conversación, deberían adoptar el resto de los oficiales —: Así están las cosas.

No las explicó porque, a estas alturas, nadie desconocía que, durante la noche, ciento doce infantes se habían echado al monte.

—El plan —continuó Porlier sosteniendo sin titubeos la mirada a sus oficiales— pasa por resistir en esta playa. Hemos explorado los alrededores y no existe un lugar más benigno que este. Parece, y así lo confirma el alférez Manrique tras la exploración de ayer, que nos hallamos en una isla y que en ella no hay más que lomas de roca cubiertas de hielo y nieve. Ni árboles ni animales más allá de la línea de costa. Así que aquí permaneceremos, ya que el *San Telmo*, el bendito *San Telmo*, nos aprovisionará de combustible durante todavía mucho tiempo.

Es muy de oficial español carraspear antes de tomar la palabra ante un superior. No te lo enseñan en la Academia de Guardiamarinas ni aparece en ordenanza alguna, pero carraspear, carraspea hasta el cabo del cañoncito de la toldilla, que está allí más para que el capitán luzca vistoso a su lado que para barrer cubiertas enemigas. Normalmente, se trata de un cabo más guapo que diestro, que para eso su función principal es hacer bonito.

Por lo tanto, el teniente Ostos carraspeó, hizo una pausa y dijo:

—Según mis cuentas, contamos con ochenta y cuatro infantes de marina en la playa.

De los cuales, ni la mitad sería leal hasta el tuétano a la oficialidad del *San Telmo*. No obstante, se contaba con lo que había. Y con una realidad que convenía tener presente: el motivo podría ser el miedo o la prudencia, pero el hecho irrebatible se resumía en que, pudiendo y dándose las condiciones, aquellos infantes no habían desertado.

Porque todos, cada uno de ellos sin excepción, se habían formulado, durante la noche, la siguiente pregunta: ¿es mejor para mí permanecer en la playa o desertar hacia lo desconocido?

Los ochenta y cuatro que permanecían en la playa habían tomado una decisión tan única y determinante como los ciento doce que la habían abandonado. Los que hasta hacía unas horas habían sido compañeros de armas ahora eran enemigos.

Que fue lo que el brigadier se encargó de recordar, por si a alguien se le escapaba:

—Quiero que establezcamos puestos de defensa del campamento, tanto al este como al oeste. Quiero un servicio de cuatro hombres siempre listo junto al cañón. Quiero, también, que se vigile la retaguardia. Vamos a armar la posición y la vamos a defender. Ahora mismo, caballeros, hay un enemigo real ahí fuera. Debemos hacer lo posible para defendernos de él.

Los oficiales asintieron con mayor o menor énfasis. Porlier hizo una pausa, porque si carraspear es muy español, realizar un alto en mitad de tu

discurso para ver si los demás te siguen lo es aún más. Saltas con la mirada de rostro en rostro y continúas:

—Me doy perfecta cuenta de que nuestra situación es precaria. Lo era ayer y lo es mucho más hoy. Pero precisamente por ello no permitiré titubeos. No los permitan ustedes, caballeros. Los infantes de marina sobre la playa son, como han sido en todo momento, los encargados de la defensa de la tripulación. Ellos mantienen el orden porque así les ha sido encomendado y así lo ordeno yo. Dispararemos sobre cualquiera que se nos acerque. Repito: sobre cualquiera que se nos acerque.

Incluidos los que eran de los nuestros y ya no lo son.

—¿Y si acuden en nuestro rescate? —preguntó el teniente Marín. En fin, uno se mantiene en su puesto porque existe una esperanza, ¿no?

A Porlier casi le aflora una sonrisa a los labios. Habría resultado feo. Y hasta poco elegante, dado su rostro sin afeitar desde hacía varios días. Esto sí que te lo enseñan en la Academia de Guardiamarinas: un oficial como Dios manda se viste y muestra siempre con el decoro pertinente, lo cual incluye afeitarse cada mañana y sonreír solo si la sonrisa va a resultar digna.

—Si acuden en nuestro rescate y gritan a los cuatro vientos que son la tripulación de la Primorosa Mariana, que lo hacen desde una embarcación auxiliar de la Primorosa Mariana y vemos, con nuestros propios ojos, a la mismísima Primorosa Mariana anclada a distancia de tiro, entonces vienen y me lo consultan. En cualquier otro caso, les ruego que no pierdan el tiempo y ordenen abrir fuego contra quien sea. Será el enemigo, no lo duden.

Qué diablos, un día es un día: el brigadier Porlier, ahora sí, sonrió a los oficiales bajo su mando. Aquellas miradas de estupor bien merecían una pequeña transgresión de la ordenanza. Total, ya nos han desertado ciento doce hombres… ¿Qué puede ir peor?

* * *

La determinación de que a los infantes huidos durante la noche se los consideraba desertores y que, en adelante, recibirían trato de enemigos, corrió como la pólvora por el campamento. Los hombres se sentían preocupados y aliviados al mismo tiempo. Preocupados, pues la noticia no era, ni mucho menos, menor. ¡Ciento doce desertores! ¡Y todos ellos armados! No, nadie en la tripulación de un buque de guerra se tomaría a broma una decisión semejante.

Sin embargo, la rapidez con la que el brigadier Porlier había resuelto llamar a las cosas por su nombre y ordenar la protección y defensa del

campamento tranquilizó y confortó a muchos. Porque para desertar son necesarias partes iguales de coraje e inconsciencia, pero para quedarte, en el mejor de los casos te basta con la primera. Y muchas veces ni eso: permaneces en casa porque en casa te sientes a salvo y con la cadena de mando meridianamente clara.

No todos eran infantes de marina de veinte años de edad mal cumplidos. No todos sabían cargar y empuñar un mosquete. No todos eran inconscientes, idiotas, impetuosos o todas esas cosas al mismo tiempo. Allí, sobre la playa, había hombres tranquilos que se sabían a bordo de un navío de guerra y que incluso habían entrado en batalla y sentido un miedo real y profundo. Pero que eran carpinteros, o cirujanos, o pilotos, o calafates, o marineros, o grumetes, o pajes, o cualquiera de los cien oficios que puede desempeñar un hombre a bordo de un buque de guerra. Incluso los artilleros, llegado el momento de la confrontación, trabajaban a oscuras: servían en los cañones y disparaban cuando se les daba la orden; pero lo hacían siempre a ciegas, sin divisar realmente al enemigo.

Uno puede ser artillero en el *San Telmo* como ser sastre en Madrid. Haces tu trabajo y no se espera de ti especial ardor, arrojo o valentía. Con que cumplas sin que te tiemble el pulso, te has ganado el pan.

Esa era la tripulación del *San Telmo* que quedaba en la playa y que Porlier había decidido proteger a cualquier precio: ochenta y cuatro infantes de marina fieles al capitán y aproximadamente trescientos setenta hombres de muy diferentes capacidades y destrezas.

Lo bueno: que ahí estaban, dispuestos a seguir a su lado y a obedecer las órdenes.

Lo malo: que eran hombres de mar con oficios propios de hombres de mar; que solo los infantes de marina se hallaban entrenados para realizar una tarea en tierra; que esa tarea suponía atacar y destruir posiciones enemigas; que había más infantes vagando fuera del campamento que infantes sometidos a la disciplina de Porlier; que la comida, el agua, la leñera y los refugios que se disponían a construir a lo largo de la jornada, estarían aquí y solo aquí.

Y deberían defenderlos con la vida.

—Oiga, alférez —dijo el brigadier tomando a Manrique por un brazo. Tras darse por finalizada la breve reunión de la oficialidad, Porlier había seguido sus pasos y había aguardado una oportunidad para abordarlo discretamente.

Manrique no pudo ocultar su sorpresa:

—Señor…

Porlier no se anduvo por las ramas:

—Usted es, de todos nosotros, el que mejor conoce las inmediaciones. Por ello, quiero que escoja un grupo de hombres y salga tras los desertores. Los necesito vigilados día y noche.

Y es que hombre prevenido, golpea dos veces.

* * *

El paje Domingo Sanz se despertó antes que la mayoría de los hombres. Se frotó los ojos, giró el rostro de izquierda a derecha para observar el campamento y se levantó. Tenía la intención de buscar algún resto de comida, pero, de pronto, notó cómo el vientre se le estremecía en un retortijón y decidió apartarse del grupo para aliviárselo.

No se alejó demasiado. Caminó unos cuantos pasos hacia el fondo de la playa y llegó al lugar donde se había instalado el leñero con los maderos traídos del *San Telmo*. Se bajó los calzones, procedió a obrar y, mientras lo hacía, tomó la decisión que cambiaría para siempre su vida.

Domingo, a sus nueve años de edad, solo había estado en dos lugares: los muelles de Cádiz y el *San Telmo*. En realidad, ni siquiera sabía si tenía nueve años. Fue el cocinero del capitán Toledo, cuando lo aceptó bajo su protección, quien decidió su edad. Y lo hizo siguiendo un criterio harto sencillo: dado que la edad mínima para enrolarse como paje en un buque de guerra de la Real Armada era de seis años y que Domingo, en aquel momento, no aparentaba muchos más, el cocinero decidió que seis serían y seis fueron.

Un buen tipo, el cocinero del castillo de popa del *San Telmo*… Solo Dios sabe qué habría sido de Domingo si el hombre no lo hubiera tomado bajo su tutela y lo hubiera enrolado. Por supuesto, al paje se le exigía trabajar de sol a sol en el navío. Existían jornadas en las que el cocinero no lo veía durante horas. Pero el hombre sabía que Domingo estaba bien, que conocía el navío como la palma de su mano, que había aprendido a distinguir la bondad de la malicia y a reconocerlas en el rostro de las personas.

¿Y antes del enrolamiento? Pues los muelles de Cádiz. Una historia imposible de narrar. Sencillamente, adquieres noción de ti mismo, consciencia propia y de las circunstancias que te rodean y estas son la penuria, la miseria y las necesidades siempre insatisfechas. Lo más probable es que Domingo Sanz fuera un niño abandonado o un huérfano. Un crío del que todo el mundo se olvidó pero que, por un puro y afortunado azar, logró sobrevivir.

En suma, que pese a que había recorrido medio mundo durante sus tres años a bordo del *San Telmo*, el mundo que él había conocido en toda su existencia se reducía a tres sucias callejuelas del muelle gaditano y a los entrepuentes del *San Telmo*. Ya está, punto y final.

Y ahora… Ahora la inmensidad. Toda ella volcada como un mar de abundancia lujuriosa frente a él.

Domingo se limpió con una piedra y se subió los calzones. Miró hacia el campamento y observó a los hombres yendo de un lado a otro. La jornada daba comienzo y, al parecer, algo había sucedido que hacía que los oficiales se hallaran inquietos. ¿Qué? No lo sabía y, probablemente, de haberlo sabido no lo habría logrado comprender.

Lo que sí comprendía, con la claridad radiante de sus nueve años de edad y la limitación de expectativas en la que los había vivido, era que tanto aire, tanto cielo y tanta inmensidad a su alrededor solo podían significar algo bueno y solemne.

El horizonte. Domingo Sanz se había pasado la jornada anterior embelesado con el horizonte. Cierto era que en el *San Telmo* lo había observado prácticamente a diario. Pero no menos cierto era que los pajes apenas pasaban tiempo en cubierta. El justo para realizar sus necesidades y nada más. Además, el horizonte en alta mar carece de emoción: una interminable línea recta que separa el cielo de la mar. Te acostumbras tanto a él que ni reparas en su existencia.

Sin embargo, ahora todo se había vuelto distinto. El horizonte se había colmado de detalles, de matices, de tonalidades, de anomalías a cada cual más bella y sorprendente. Embriagaba y Domingo Sanz se dejó llevar por la embriaguez. Por primera vez en su vida sentía cosas. Experimentaba sensaciones y las percibía en sus múltiples gradaciones.

De algún modo, para Domingo, el naufragio del *San Telmo* había supuesto un golpe de buena suerte. Por supuesto, lamentaba la muerte del cocinero en el momento del embarrancamiento, pero, por lo demás, en los dos días y medio que llevaban en aquel paraje desolado él no había advertido nada que no fueran ventajas.

Porque la desolación, precisamente eso y no otra cosa, suponía lo contrario del abigarramiento asfixiante en el que había vivido la totalidad de su vida. Hacía frío, claro, mucho frío, y puede que hasta le incomodara, pero no había tenido demasiado tiempo para pensar en él. La noche anterior, como los demás miembros de la tripulación, se había acercado a una hoguera y había comido un trozo de carne asada. En silencio, escuchando a los hombres

hablar entre sí. Unos marineros decían esto y otros lo contrario. Cada uno tenía su punto de vista, aunque, en general, nadie parecía demasiado optimista.

Lo cual sorprendió a Domingo. ¿Por qué? ¿Acaso los hombres no sentían, como había sentido él, que su alma se expandía? Lo notó en el taxativo instante en el que el *San Telmo* rompió la quilla al chocar contra el fondo marino. Y siguió notándolo en su trayecto hacia la cubierta del navío, durante el desembarco y en el final establecimiento del campamento en la playa.

Ah, la playa… La playa supuso un cambio radical en la existencia de Domingo. Él nunca había estado en un lugar semejante: abierto, despejado, vasto hasta extremos que jamás habría soñado que existiesen. La primera vez que puso pie en ella, tras saltar del chinchorro cuando el marinero que lo gobernaba se lo ordenó, comprendió que el suelo era suelo de una forma en la que nunca lo habría supuesto. Carecía de las palabras necesarias para describirlo. Carecía de un nombre para expresar lo que sintió al pisar los guijarros redondeados por las mareas. Pero sí supo que algo desgarradoramente dulce y amable le recorría el pecho, la garganta y su consciencia.

Se supo, puede que por única ocasión en su existencia, feliz. Satisfecho de estar vivo. Conforme con lo que le rodeaba y acontecía.

Y le pareció que podía aspirar a más. Nueve años podrán parecer pocos. Sin embargo, los de Domingo Sanz representaban lo que para el común de los mortales suelen ser tres vidas seguidas. Aspiró a más y consideró que dicha aspiración se le antojaba irrenunciable.

De manera que, con los calzones en su sitio y nada encima que no fuera justamente todo lo que tenía en este mundo, Domingo dejó de mirar la playa y observó el interior del territorio. Comprobó, como se lo había oído escuchar a los hombres la noche anterior, que allá no parecía haber nada distinto a piedras, nieve, hielo y viento. Añadieron que no había árboles ni ríos, pero a Domingo, que nunca había visto un árbol ni un río y que, en consecuencia, no tenía ni la más remota idea de qué eran, poco le importó. Podría vivir sin ellos, por Dios que sí.

En cambio, la extensión sin más límites que el horizonte y las nubes le cautivó. Por eso comenzó a caminar en dirección contraria a la del campamento. Nadie le echaría en falta. A buen seguro, el teniente Ostos anotaría su ausencia como una baja indeterminada. ¿Ha desaparecido un paje? Se lo habrá comido cualquier bicho salido de la espesura de la noche. Pobrecito. Rezaríamos una oración por él, pero tenemos demasiados asuntos

urgentes de los que ocuparnos. ¿Su nombre? ¿Alguien recuerda su nombre? ¿No? ¿El muchacho del cocinero?

¿A quién le importaba el muchacho del cocinero?

Caminó despacio hasta que las voces y los sonidos provenientes del campamento se extinguieron por completo. Entonces estuvo solo por primera vez desde que tenía recuerdo. Y le agradó la sensación. Hacía frío, pisaba sobre un hielo blando que se resquebrajaba bajo sus pies, pero era libre. Tardó un buen rato en comprender la dimensión precisa de este hecho. Había oído hablar de la libertad y los hombres de la tripulación del *San Telmo* la mencionaban a menudo cuando divagaban en voz alta tras la cena o después de haber dado cuenta de su ración diaria de vino. Si yo fuera libre haría tal cosa o iría a tal lugar. Fantaseaban con la idea de serlo y, aunque Domingo no comprendía qué era exactamente lo que los retenía a bordo del *San Telmo*, sí daba por hecho que existía una fuerza poderosísima que tiraba en sentido contrario al de la libertad de cada hombre para decidir su futuro.

O no tan poderosa porque ahí estaba él. Y le había bastado con ponerse a caminar. Sin aspavientos ni alharacas.

Durante más de una hora caminó en dirección oeste. Seguía la línea de la costa, aunque a ratos el relieve del terreno hiciera que perdiera de vista el océano. Por algún motivo, no deseaba perderse, si es que en un lugar como aquel el extravío tenía algún sentido. Una vez dejado atrás el campamento, todo era tierra por recorrer y reconocer. Sin embargo, algo dentro de él le dijo que mantenerse cerca de la costa suponía una buena idea. ¿Puede que porque, mal que le pesara, él era un hombre de mar? Puede, puede…

No, no resultó una mala ocurrencia. Domingo se encaramó a un risco y halló una colonia de pájaros que no tuvo dificultad en identificar como albatros. Los había visto volar cada vez que el *San Telmo* se aproximaba a una costa. Tenían un graznido penetrante, lastimero y algo desagradable. Como si siempre estuvieran molestos por algo.

Con sumo tiento, Domingo se acercó a la colonia, que no era demasiado numerosa, y necesitó unos minutos para deducir que aquel era un lugar de anidamiento. Insólito, porque los albatros, a diferencia de los pájaros que él había conocido en Cádiz, construían su nido a ras de suelo, y no bajo los aleros de los edificios, que era lo natural y lo que, o eso creía Domingo Sanz hasta ese momento, Dios mandaba.

Varios de los animales se le encararon y Domingo, cauteloso, retrocedió. Cuando desplegaban las alas los pájaros tenían una envergadura superior a la

altura del propio muchacho. Lo que no tenían, desde luego, era la inteligencia de él y, mucho menos, su hambre.

Con paciencia y sin apresurarse, Domingo vagó a una distancia prudencial de las aves y fue aprovisionándose de una carga razonable de piedrecitas que guardó en los bolsillos de sus calzones. Después eligió su objetivo. Había pájaros que todavía incubaban un huevo y otros que, por el contrario, ya tenían al pollo salido del cascarón y hasta correteando por las inmediaciones. Domingo supo que donde hay pollo hay alimento para el pollo.

O para alguien lo suficientemente listo como para arrebatarle la pitanza al pollo.

El nido elegido por Domingo se hallaba algo separado del resto, lo cual le pareció que le daba ventaja. No sabía si los albatros, al sentirse atacados, acudirían unos en auxilio de los otros, y no quería correr más riesgos de los necesarios. La verdad es que sospechaba que no, pero él, que se había criado en el interior de la cocina de un barco, sabía que toda precaución es poca.

Con cuidado y tratando de no alborotar a la colonia, se aproximó al nido elegido. Cuando se situó a unos diez pasos de él, el pájaro que lo ocupaba giró la cabeza y lo miró. Domingo reparó en su pico: si le alcanzaba con él, a buen seguro le arrancaba un brazo. Tenía entre las patas un pollo de un plumaje por completo blanco y aspecto más bien tontorrón.

Domingo aguardó su oportunidad, que llegó cuando el pájaro se aburrió de vigilarlo y dirigió la mirada en otra dirección. Entonces el muchacho recuperó su arsenal de piedrecitas y la emprendió contra el pájaro y su pollo. Habría esperado más gallardía por parte de aves de semejante porte, pero lo cierto fue que ambos bichos emprendieron una huida que tuvo bastante poco de airosa.

Cuando Domingo Sanz se acercó al nido tan diestramente desocupado, miró en su interior y sonrió: estaba lleno de peces a medio roer y grandes pedazos de calamar recién pescado. El desayuno estaba servido.

* * *

El grupo de huidos caminó durante el resto de la noche y, sin detenerse, vieron cómo el alba se aproximaba y, poco a poco, con gran sobriedad, amanecía. Y el amanecer hizo que se sintieran tristes, porque la tristeza es lo que acompaña a la llegada de un nuevo día cuando las circunstancias son más que inciertas.

Ojalá hubieran visto el sol. Ojalá hubiera amanecido como lo hacía en España, como ellos recordaban desde que eran niños, como en un mundo

proporcionado debería ser. Sin embargo, la luz áspera de los últimos días regresó y ellos pensaron que sería la costumbre en el lugar, lo propio de la tierra, lo que les había caído en suerte. En mala suerte.

Caminaron, pues, hasta que se hallaron muy lejos del campamento. Por supuesto, no tenían forma de medir la realidad de semejante afirmación. Además, tampoco es que les importara… El objetivo, a grandes rasgos, se había cumplido: ya no pertenecían a la disciplina del *San Telmo* y buscarían la salvación por sus propios medios.

Para gran parte de los ciento doce desertores, la tristeza de la alborada llegó acompañada de dudas e incertidumbres: ¿habían tomado la decisión correcta? ¿Zarraluqui y los otros los llevarían hacia la salvación? ¿Existía, en suma, algo que pudiera ser considerado como tal?

¿Tenían alguna posibilidad de lograrlo?

Tenían armas y una determinación que, si bien bañada en abundante amargura y desazón, los impulsaba hacia delante.

—¡Vamos! —exclamó Escalante. Caminaba en la vanguardia de la columna y hacía gala, como lo había hecho durante toda la noche, de un denuedo que sabía que le venía algo grande, pero del que no pensaba desprenderse pues atisbaba las consecuencias de ello: su propio sucumbimiento.

Sin galones, sin cadena de mando, sin jerarquías. Todos eran lo mismo y parte de lo mismo.

La columna marchó en silencio.

—¿Cuál es el plan? —le preguntó Irisarri—. No podemos caminar indefinidamente. En algún momento deberemos detenernos y pensar algo.

Escalante no lo miró, sino que dio dos pasos más y entonces contestó:

—Hay que continuar avanzando. De momento no creo que tengamos más opciones.

—Dudo que el brigadier envíe una patrulla en nuestra búsqueda. Un enfrentamiento armado no beneficia a nadie.

—Yo tampoco lo creo. Si estuviera en su pellejo, nos daría por perdidos y me ocuparía de mis asuntos.

Ser joven tiene multitud de virtudes, la mayoría más que incuestionables. Incluso la falta de destreza vital puede jugar, en ocasiones, de tu parte, pues te hace tomar decisiones arriesgadas o inéditas que la experiencia te habría desaconsejado. Y en situaciones desesperadas como la actual, el camino trillado puede llevarte al hoyo y la improvisación sacarte del apuro.

No obstante, no hay nada peor que ser joven y, al tiempo, incapaz de calibrar adecuadamente a tu enemigo. Que era exactamente lo que a Escalante e Irisarri les estaba sucediendo. Porque enemigos del brigadier, aunque lo desconocieran, eran, y porque el brigadier ya se encontraba, en ese preciso instante, mientras ellos marchaban rumbo a lo inexplorado, poniendo a una partida tras su rastro. Que no sería de ataque y aniquilación, pero que sí se trataba, sea como sea, de un puñado de hombres obsesionados con no perderlos de vista y medirles el ancho del pecho.

A media mañana, el grupo se detuvo. Fue a iniciativa de Téllez, que se limitó a parar y a interrogar con la mirada al resto. El paraje no podía resultar más inhóspito: hacia los cuatro puntos cardinales, lomas de roca, pedregales, hielo, nieve y viento.

Habrían encendido fuego si hubieran tenido con qué. En su lugar, los infantes se limitaron a sentarse en el suelo y, muy juntos los unos de los otros, se encogieron dentro de sus casacas.

—Deberíamos regresar a la costa —dijo Sotomayor—. Allí hay animales a los que podemos dar caza.

—Y si hay alguna población habitada, la encontraremos junto al mar —apoyó Zarraluqui—. ¿Qué os parece?

—Me da miedo el brigadier —adujo Irisarri—. No me fío de él.

—Poner tierra de por medio ha sido un favor que le hemos hecho —repuso Téllez—. Ciento y pico tíos menos de los que preocuparse.

—¿Tú crees? —dudó Irisarri.

—Me juego el cuello a que sí. Seguro que ahora mismo está brindando por nuestra partida. Además, para él solo somos soldados. Rufianes paletos de tierra adentro.

—Eso sí que es verdad.

—Entonces, ¿estamos todos de acuerdo? ¿Regresamos hacia la costa y mantenemos siempre el mar a la vista?

—Me parece lo más razonable.

—A mí también.

—Y a mí.

El grupo se puso de nuevo en marcha. Se hallaban obligados a mantenerse en movimiento para no perecer helados. En dos o tres horas, quizás hacia el mediodía, avistarían de nuevo la línea de costa. La seguirían y averiguarían adónde los llevaba. En el peor de los casos se toparían con animales gracias a los cuales podrían llenar el estómago.

Sin embargo, no llegarían demasiado lejos. O no tan deprisa como lo habían planeado. Media hora después de reemprender el camino, uno de los infantes que avanzaba en la zona delantera de la columna se desplomó. Cayó redondo al suelo, con los ojos abiertos y la mandíbula desencajada. Zarraluqui y Téllez se encontraban lo suficientemente cerca de él como para, abriéndose paso entre los hombres, alcanzarlo en cuestión de segundos.

—¿Qué pasa?

—¿Habéis escuchado el disparo?

Nadie les había disparado. Téllez, arrodillado en el hielo, se inclinó sobre el infante caído y lo examinó. No era un experto y tampoco hacía falta serlo: sencillamente, aquel pobre diablo no había aguantado más. Las fuerzas le habían abandonado, el frío le había calado demasiado hondo o la desesperación prendida en él consiguió que sus piernas se rindieran. Puede que las tres cosas al mismo tiempo. No habría sorprendido a nadie.

—Creo… —dijo Téllez observando el rostro céreo del infante—, creo que ha muerto.

Unos cuantos hombres se persignaron. Vaya, pensábamos que íbamos a durar más. Que la muerte no se nos echaría encima con tanta prontitud. Somos jóvenes, somos duros, estamos sanos y no hemos cometido demasiados errores. ¿Podrías darnos un poco más de manga ancha, Señor?

—Mierda… —repuso Escalante.

—A lo mejor estaba enfermo —aventuró Irisarri—. Desde antes del naufragio, quiero decir…

Nadie le dio ni le quitó la razón. ¿Acaso importaban los motivos por los cuales el tipo había pasado a mejor vida? El hecho incuestionable era que había sucedido y que poco podían hacer ya por él. Si tuvieran una pala y el terreno se prestara, quizás le cavaran una tumba. En un lugar como aquel, formado de piedras, piedras y más piedras, abandonarlo para que sirviera de alimento a los pájaros suponía la única opción que se les ocurría.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó, de pronto, alguien que se hallaba muy retrasado en la columna.

—¿Quién es? —preguntó Zarraluqui.

—Oh, el padre Pizarro —respondió Sotomayor—. Se unió a la fuga en mitad de la noche. Lleva el día entero caminando en retaguardia. He hablado con algunos de los hombres que avanzan a su lado y dicen que no ha despegado los labios desde que partimos…

—No los había despegado, querrás decir…

El capellán del *San Telmo* se abría paso a codazos. Sobrepasaba hombres tan a trompicones que, en un par de ocasiones, se precipitó contra el suelo y se clavó de rodillas en él. No pareció importarle porque, de inmediato, retomó la verticalidad y continuó hacia delante propinando empellones a la tropa. Un par de tíos llegaron a quejarse en voz alta.

—¡Alto! —repitió una vez más. Le faltaba el aliento y respiraba agitadamente.

—Su puta madre… —murmuró Zarraluqui comprendiendo lo que se les venía encima.

—¡Es un nombre! ¡Es un nombre! —gritó el cura ya a tres pasos del caído.

Tendrían para un rato con lo que se avecinaba, así que los hombres rompieron la formación y rodearon al sacerdote. En fin, no es que les apasionara la idea de hacerlo, pero sabían que no continuarían hasta que el cura terminara con lo suyo. Y, la verdad, allí no había demasiadas cosas que hacer, salvo encajar el viento helado y observar en silencio.

Harían ambas cosas.

—¡Descubríos todos, hijos míos! —gritó Pizarro—. Estáis en presencia de un alma que ahora pertenece a Dios. ¡Descubríos ante la grandeza de una memorable partida!

Los infantes, a pesar del penetrante frío, obedecieron. De una forma o de otra, cierto era que a todos les habría gustado que, de ser ellos el finado, el resto se hubiera quitado, por una pura cuestión de aprecio y reconocimiento, el sombrero en su momento final.

—Padre, si puede usted ser breve… —dijo, en tono bajo y respetuoso, Téllez.

Pizarro se volvió hacia él como un mecanismo de relojería. Clic. Clic, clic, clic.

—¡Pero qué dices, impío! —gritó como poseído por una fuerza tan violenta e implacable que no parecía de este mundo. ¿Este era el mismo hombre que Sotomayor le habían contado que llevaba horas y horas caminando sin despegar los labios?—. ¡Oremos al Señor!

Los infantes agacharon la cabeza hasta tocarse el pecho con la barbilla. No suficiente, a juicio del padre Pizarro.

—¡De rodillas! —gritó, enfervorecido. Al igual que había hecho durante la larga deriva del *San Telmo*, asía su biblia en la mano derecha y la agitaba como si de un báculo, y no de las Sagradas Escrituras, se tratase.

Los infantes de marina volvieron a obedecer. Estaban a pleno día. La luz, aunque mortecina y apagada, era suficiente como para disponer de visibilidad en muchísima distancia a la redonda. Tenían piedras, hielo, frío y soledad, es decir, muchos asuntos mundanos y pocos sobrenaturales. Y así, con todo, hasta al más curtido de los infantes se le estremecía el alma cuando el capellán desplegaba su descomedida exaltación. Por si acaso, preferían seguirle la corriente. Porque a salvo de cualquier mal no se hallaban y, en semejante coyuntura, merecía la pena tener a alguien con influencias sobre Dios.

—Somos el amor que nos precede —comenzó a decir el padre Pizarro. Irisarri se atrevió, durante un instante, a levantar la mirada hacia él y vio cómo el sudor resbalaba a chorros por sus sienes y mejillas. El frío era tal que si mantenías abierta la boca durante demasiado tiempo la humedad de la lengua se te congelaba—. Somos el amor que se extingue y el amor que de la extinción brota limpio como una nueva denominación aún no pronunciada. Debéis creerme cuando os digo que vuestro sufrimiento no es en vano. Que la fe en la palabra de Dios nuestro Señor convertirá vuestras mundanales designaciones en un nombre tan bello que no será necesario manifestar. ¡Él vendrá! ¡Él viene ahora mismo, lo hace, hijos míos, y recoge para su Nombre el nombre de este muchacho al que, con pena, sí, pero también con gozo y celebración, ahora despedimos!

Los hombres se mantuvieron con la cabeza gacha y en completo silencio. Escuchaban la respiración agitada del padre Pizarro, nada más.

—¿Convenís conmigo, hijos míos, en que existe un Nombre que a todos, llegado nuestro momento, nos contendrá? Formulé cuestiones semejantes, ¡formulé cuestiones semejantes!, y tú me has escuchado, oh, Señor. Pregunté si seríamos polvo o semilla y he aquí la respuesta. ¡Ni lo uno ni lo otro!

El rostro del infante de marina muerto empalideció, si cabe, más y más. La sangre se le había congelado en las venas y una leve capa de escarcha comenzaba a cubrirle la piel del rostro y de las manos. Parecía suceder tan rápido que muchos hombres dijeron más tarde haber percibido el crujido del hielo al formarse entre los párpados y en los agujeros de la nariz.

—¿Convenís?

—Convenimos…

Lo dijeron todos al unísono. Los ciento once infantes de marina sobrevivientes. Por un momento, aquel páramo bañado por una luz lánguida y grisácea se manifestó como la más fastuosa catedral de Europa.

No como la de Burgos, ni como la de Santiago, León o Toledo. No, mucho más perfecta y prodigiosa que todas ellas por separado y juntas.

Somos siervos que ruegan ser escuchados. Somos siervos que anhelan el Nombre exacto.

⁎ ⁎ ⁎

El alférez Nicolás Manrique se lo tomó con cierto humor. Del que surge cuando ríes por no llorar, pero humor a fin de cuentas. Ahora era un espía. O algo por el estilo. Si lo viera su padre se moría del susto. Pobre hombre, él, que tanto esfuerzo había realizado para enviarlo a la Academia de Guardiamarinas… Quería que llegara lejos, que se labrara una carrera sobre la cubierta de un buque de guerra, que revistiera al apellido de los Manrique de laurel y fama, de honra y prestigio, de crédito y distinción.

Ahora estaba eligiendo a cuatro marineros para seguir los pasos de un grupo de más de un centenar de desertores armados. Sin que estos se dieran cuenta de que lo hacían porque así lo había mandado el brigadier, porque el éxito de la misión lo precisaba y porque, de sorprenderles los desertores, su futuro inmediato resultaría un tanto incierto.

—Bárcena, Pinto, Moreno, De la Torre —dijo Manrique acercándose al lugar donde la marinería había pasado la noche—. Os venís conmigo.

—¿Adónde, alférez? —preguntó Moreno.

—Tenemos trabajo por delante —respondió sucintamente el aludido. No quería dar explicaciones delante del resto de hombres.

Los marineros, que se hallaban sentados en el suelo cuando el alférez se les había aproximado, no lo tuvieron difícil para cumplir la orden: se pusieron en pie y listo. Les habría gustado entretenerse recogiendo algo de ropa de abrigo, o cambiándose el calzado por otro más apropiado para un largo día de travesía, o eligiendo los pertrechos para la expedición; sin embargo, todos en la playa vivían con lo puesto. De la forma más literal en que esta expresión pueda ser concebida. Había corrido el rumor, no obstante, de que a lo largo de la jornada se trabajaría de firme en la construcción de refugios. Al parecer, el brigadier tenía un plan alternativo a la horadación de las grutas en la roca. Mejor, porque aquel frío extremo acabaría por aniquilarlos si alguien no hacía algo cuanto antes.

Al menos daba la sensación de que hoy no nevaba tanto. Algo era algo.

Manrique caminó hacia el fondo de la playa y los cuatro marineros le siguieron a cinco pasos de distancia. Podían adivinar, por el ritmo que el alférez imprimía a sus pasos, que el oficial no iba de buen grado. Hasta

creyeron oírlo renegar por lo bajo… Que una cosa es que te debas a quien te debas, que cumplas las órdenes y que ni se te pase por la cabeza revelarte contra ellas, y otra bien distinta que uno no pueda permitirse un bufido cuando lo atrapan a contrapié.

—¿No nos va a contar adónde vamos? —preguntó desde atrás De la Torre. Él, junto a Moreno, había estado en la segunda guardia sobre la cubierta del *San Telmo* después de que toda la tripulación quedara refugiada en las tripas del navío. Dicho de otro modo: un respeto también para nosotros.

El alférez no se giró y, por toda respuesta, animó a los marineros a continuar. Y apretó el paso. Parecía ansioso por abandonar cuanto antes el campamento de la playa.

Los marineros, por su parte, decidieron tomárselo con la resignación propia del oficio: vale, obedecemos, porque nosotros siempre obedecemos, pero se nos va a permitir cierta socarronería, ya que no nos queda nada más. No dirigida hacia usted, alférez, líbrenos Dios, sino hacia la situación. Hacia las circunstancias y hacia esta maldita mala suerte que no acaba de cambiar.

Una sonrisa melancólica en los labios porque, a poco que nos descuidemos, nos morimos hoy mismo. Y lo haremos sin rechistar, pierda cuidado todo el mundo, que para lo que padecemos poco nos amotinamos.

—Venga, alférez… —insistió Moreno.

Manrique, ahora sí, se dio media vuelta y miró a los hombres. Aunque todavía podían escuchar las voces provenientes del campamento en la playa, lo habían dejado lo suficientemente atrás como para que las explicaciones pasaran desapercibidas. Lo cual, se dijo de pronto, daba más o menos igual, porque ¿acaso alguien en la playa reaccionaría de alguna forma si conociera el objeto de su misión? Por Dios, si bastante trabajo tenían con mantenerse vivos una jornada más…

—El brigadier nos manda que localicemos al grupo de desertores y que los tengamos vigilados —expuso.

Los cuatro marineros lo miraron inexpresivamente. El alférez había detenido un momento su avance para hablar y, tras hacerlo, retomaba la marcha. No aguardaba contestación, no necesitaba contestación, le importaba un carajo lo que los marineros tuvieran que aportar al respecto. Él tampoco se moría de ganas por ir, e iba.

De igual forma, he aquí otra de esas verdades inmarcesibles, ha nacido el individuo capaz de hacer callar a un marinero cuando un marinero tiene algo que decir. Que es casi siempre.

—Pues si lo sé no me levanto y vengo —dijo Pinto.

—¿Te ha parecido que el alférez te lo pedía? —repuso Bárcena. Sabían perfectamente que el alférez, al frente del grupo, estaba escuchando sus palabras. Pero mientras no sobrepasaran un límite el oficial no separaría los labios. Un límite que, por cierto, se había ensanchado un tanto tras el naufragio: que ellos no se hubieran unido al grupo de desertores tras cuya pista, precisamente, los enviaba el brigadier, no significaba que no fueran conscientes de su nueva disposición.

¿Que cuál era esta? Siempre al lado del capitán del barco. Y siempre a muerte con el mejor amigo del marinero: él mismo.

—Y a nosotros ¿qué cojones nos importan los infantes? —continuó Pinto —. Que les den por culo a todos. Nosotros nos hemos quedado, ¿no? Pues eso debería bastar.

—Ahí te doy la razón —concedió Moreno.

—Porque la tengo —repuso Pinto.

—Si se tiene, se tiene —agregó De la Torre.

Fue entonces cuando el alférez Manrique consideró que había llegado el momento de añadir algo más. Solo eran marineros, y a los marineros jamás se les ofrece ningún tipo de explicación, pero ellos, la oficialidad, también era consciente de que las cosas habían cambiado desde que no tenían una cubierta de madera bajo sus pies.

—Mirad, si os soy sincero, a mí tampoco me hace ninguna gracia abandonar el campamento. No es que allí estemos rodeados de lujos, pero os aseguro que lo que hay ahí delante es mucho peor.

—¿Qué hay, alférez? —preguntó Bárcena.

—Piedras, hielo y nieve. Nada más que eso.

—Entonces, ¿por qué no nos damos la vuelta y…?

—Porque el brigadier considera que es mejor tener bajo vigilancia a los desertores. Han franqueado un punto del que ya es imposible regresar. En adelante, en lo que respecta a ellos las cosas solo pueden ir a peor. ¿Qué significa eso? Que podrían poner en peligro nuestras vidas. Recordad que están armados y que saben cómo usar esas armas.

Los cuatro marineros rumiaron en silencio lo que les había expuesto Manrique.

—Al menos seguimos estando en el bando de los buenos, ¿no, alférez? —dijo, al cabo de un rato, De la Torre. Sonreía.

Necesitaron diez minutos, no más, para hallar el rastro de los desertores. Un grupo de ciento doce infantes de marina pisando nieve recién caída no es algo que pase desapercibido, ni siquiera para cinco tipos que lo sabían todo

acerca de un navío de dos puentes y setenta y cuatro cañones, pero, y aunque ellos acostumbraran a negarlo, bastante poco de la vida en tierra firme. Si acaso, el alférez algo más que los marineros, pero tampoco nada del otro mundo: cuando tocaban puerto y bajaban a tierra, los oficiales ocupaban su tiempo en cultivar la red de relaciones sociales que todo hombre que pretenda ascender en el escalafón ha de trabar tanto dentro como fuera de la Real Armada; los marineros, por su parte, se iban de putas.

—Allá están —dijo, de pronto, Pinto. Señalaba con el dedo hacia delante.

El alférez mandó parar porque se dio cuenta de que avanzaban demasiado deprisa.

—Sí, son ellos —confirmó.

Los marineros intercambiaron miradas de refilón, pero ninguno tuvo valor para decir nada. Claro que eran ellos. ¿Acaso el alférez esperaba toparse con más gente? ¿Justamente él, que en la jornada anterior había explorado el territorio y había regresado con el convencimiento de que se hallaban perdidos en una isla desierta?

No se lo tomarían en cuenta. Con este frío nadie acababa de razonar con claridad.

Durante un buen rato siguieron a la columna de infantería tratando de no ser vistos. Al principio tomaban muchas precauciones para que así sucediera: se ocultaban tras las rocas que hallaban a su paso y aprovechaban los desniveles del camino para ganar terreno al abrigo de miradas indiscretas. Más tarde se dieron cuenta de que miradas indiscretas, ciertamente, no eran las que los infantes de marina dedicaban a sus perseguidores: quién sabe si porque no los aguardaban o porque confiaban en su capacidad de abrir fuego contra cualquiera que se presentase con aviesas intenciones, los infantes caminaban sin volver la vista atrás.

Observaron, protegidos tras un terraplén de piedra fina, casi grava, cómo el grupo se apelotonaba. Durante un rato no comprendieron qué sucedía. Después se dieron cuenta de que un infante, víctima probablemente del agotamiento, había expirado y los demás se habían detenido para darle cristiana despedida. Fue entonces cuando advirtieron que el padre Pizarro caminaba con el grupo de prófugos. ¿Qué hacía él ahí? ¿También desertaba? ¿O acaso se había unido a la columna para tratar de disuadirlos y animarlos a regresar a la disciplina del campamento en la playa?

Fuera de una forma o de otra, el capellán del *San Telmo* dirigió un breve responso por el alma del fallecido. No podían, debido a la distancia, escuchar

las palabras que pronunciaba, pero vieron claramente cómo los hombres agachaban la cabeza y mostraban el debido respeto por el compañero ido.

Más tarde, la columna volvió a ponerse en marcha. Bueno, no toda, como pudieron comprobar en cuestión de minutos: cuando seguían el rastro de los desertores se toparon con un tío obrando. Le habría dado un retorcijón y se quedó atrás para aliviarse. Ya los alcanzaría más tarde. Por desgracia para él, eso jamás sucedió.

Manrique necesitó algo de tiempo para valorar la situación. Él y, en realidad, todos. Diablos, ellos eran gente de mar. Manrique, un alférez de navío, y los cuatro marineros, marineros. Entre los cinco no sumaban una vida en tierra. Y ahora tenían que aprender los compases del día a día en esta región olvidada de la mano de Dios.

Improvisarían. De hecho, fue Moreno el que lo hizo. Sin embargo, para el caso, habría dado lo mismo uno que otro.

El infante tenía los calzones bajados, el mosquete y la cartuchera a dos pasos de distancia y se acuclillaba con la cabeza encajada entre las rodillas. Al parecer, tenía interés por averiguar qué salía de allí. No advirtió la presencia del alférez y los cuatro marineros hasta que los tuvo encima.

Giró la cabeza hacia el mosquete y Manrique dijo:

—No.

Nada más que eso. Después, Moreno precipitó los acontecimientos. Se agachó, recogió una gran piedra del suelo, la asió con ambas manos y la descargó en la cabeza del infante.

El tipo cayó de lado en una postura bien poco honorable y Bárcena, aproximándose a él, dictaminó de inmediato:

—Te lo has cargado, tío.

Moreno se encogió de hombros y se explicó:

—Bueno, qué querías… Tenía un mosquete.

—A dos pasos de él —intervino Manrique.

—Por si acaso, alférez. Ya sabe usted cómo son estos capullos… En cuanto te descuidas te la juegan.

Manrique no añadió nada. Técnicamente, el hombre que yacía inerte ante ellos, el tipo al que Moreno acababa de dar muerte, era un desertor. Con toda la ley de parte de ellos, podían, tras atraparlo, ejecutarlo de inmediato. Quizás con más pompa y ceremonia, con una ocasión para las últimas palabras, unos rezos, el adiós definitivo y todas esas tontadas, pero de la ejecución no lo libraba ni el papa de Roma. Pues ejecutado estaba. Invóquense las especiales

condiciones en las que se hallaban inmersos si alguien tenía algo que decir al respecto del procedimiento.

—De la Torre —dijo el alférez.

—¿Señor?

—Creo que tienes la misma talla que este idiota.

* * *

Defensa y resguardo. Defensa y resguardo. Defensa y resguardo. Podría repetirlo mil veces y aún no serían suficientes. Este era el plan que el brigadier Porlier había decidido seguir al pie de la letra. La posición en la playa suponía la única posición posible. Se atrincherarían en ella y la defenderían con uñas y dientes. Pasaban de ser una guarnición embarcada a ser una guarnición en tierra. Salvo por este pequeño detalle, que Porlier consideraba sin importancia, no existía motivo alguno para que la normalidad entre la dotación se alterase.

Una dotación de guerra. Una dotación a la que se le ha desgajado una parte. Una parte que ahora es el enemigo. Un enemigo del que debemos defendernos. Porque puede que regrese y nos ataque. Porque va a regresar y nos atacará.

¿O acaso esperan que su plan les salga bien? ¿Huir de allí por tierra? ¿Caminando? Ni hablar. Porlier no creía, ni por un instante, en esa posibilidad. No la consideraba remota: la consideraba imposible. El alférez Manrique había sido taxativo al respecto y la información que había facilitado era la información que, para el brigadier, iba a misa.

Lo cual no significaba que él albergara mejores esperanzas para los del *San Telmo*. No, en absoluto. No lo formulaba en voz alta, no lo haría jamás, pero Porlier no daba un real por ellos. Su futuro se constituía de muerte, extinción y ocaso. Creía firmemente que nunca lo contarían. Pero era el comandante. Un tío de honor. El que vestía los galones de brigadier, el que mandaba más que el capitán. Así que le venía con el oficio: no se rendiría en ningún momento, y en ningún momento permitiría que los hombres que servían bajo su mando lo hicieran. Era su superior y un asunto semejante, para los tipos como Porlier, no suponía algo para tomárselo en broma.

La defensa supuso el levantamiento de dos puestos de vigilancia en el campamento: uno de ellos al este del mismo y el otro al oeste. Apilaron piedras y construyeron sendos parapetos tras los cuales los infantes de marina leales al brigadier podrían resguardarse del enemigo y, si fuera el caso, hacerle frente abriendo fuego a discreción. Cierto era que únicamente se

podían situar a cinco tiradores en cada uno de ellos, pero no menos lo era el hecho de que los desertores, si decidían atacarles, deberían hacerlo avanzando a cielo abierto: los acribillarían sin dudar. O, cuanto menos, llenarían unos cuantos pechos de plomo. Los suficientes como para que sus compañeros se lo pensaran dos veces antes de continuar intentándolo.

También se situó un retén de guardia permanente en la parte final de la playa. A aquella zona, Porlier la denominaba la retaguardia. Se trataba de un área desigual y pedregosa que ninguna infantería hecha y derecha elegiría para atacar una posición consolidada, pero en peores plazas habíamos toreado: Porlier no cometería el error de confiarse.

En cuanto al cañón, se dispuso que cuatro artilleros estuvieran siempre preparados para servirlo. El grupo sería relevado cada cinco horas, día y noche, sin descanso. Muchos hombres, y la oficialidad al completo entre ellos, se preguntaron qué pretendía Porlier con aquella decisión. A fin de cuentas, el cañón apuntaba hacia el mar y era imposible que los desertores atacaran el campamento desde allí. ¿Acaso intuía que otro enemigo podría pretenderles mal? En ese caso, ¿de quién se trataba? Rumiaron la respuesta durante toda la jornada.

Que era justamente lo que Porlier pretendía: que nadie tuviera descanso, que todos se ocuparan en hallar el mejor modo de defender la posición, de afianzar el sentido de posición en sí mismo. Y no, no era idiota: sabía que la idea se le escurriría entre los dedos en cuanto transcurrieran un par de días. Los hombres se cansarían de pensar siempre en lo mismo y dedicarían su tiempo a quién sabe qué. A Porlier no se le escapaba que sucedería de esta forma y no de otra. Pero paso a paso. Debía ocuparse de lo que hoy importaba y postergar para mañana lo que hoy carecía de relevancia.

Se morirían en cuestión de días. O los matarían, tanto daba. En cualquier caso, el final que les aguardaban no se diferenciaba el uno del otro si entornabas lo suficiente los ojos. Y el discernimiento. Para Porlier, vivir al instante y prever lo que sin remisión había de llegar se habían convertido en acciones solapadas, profundamente imbricadas, indisociables la una de la otra.

En cuanto al resguardo de la tripulación desembarcada, el brigadier recurrió al contramaestre Manzano y a los marineros bajo su mando. La idea que habían tenido de crear refugios en la playa utilizando el velamen del *San Telmo* suponía una gran idea. No había permitido su puesta en práctica la noche anterior, pues ello habría supuesto una rebelión segura entre los

hombres que no hubieran encontrado hueco en el improvisado refugio, pero hoy, con todo el tiempo del mundo por delante, podían intentarlo.

El frío constituía el mayor problema de la tripulación. Se podría explicar de una y mil maneras, pero era el frío lo que terminaría por matarlos. He aquí una constatación única y crucial. Simplemente, no podían soportarlo por más tiempo. Sus ropajes no es que fueran livianos o insuficientes: es que se hallaban en el punto opuesto a los que precisarían para sobrevivir en un lugar como aquel.

Porlier lo había hablado con Ostos, Marín y Toledo: de ninguno podría decirse que fuera experto en el clima austral, pero los cuatro coincidían en que se hallaban en el final del invierno. Si aguantaban un poco más, la primavera los aguardaba a la vuelta de la esquina y, con ella, la moderación en las temperaturas.

A propósito, Porlier no creyó que fueran capaces de aguantar tanto tiempo. Sin embargo, se lo calló y no dijo nada. En un mes o dos el sol calentaría de firme y la nieve y el hielo se fundirían. ¡Ja! ¿Pruebas de que eso no sucedería jamás? No había vegetación en toda la isla. Manrique, que era quien la había explorado, así lo confirmaba. Piedras, piedras y más piedras por todas partes. La isla carecía de vegetación y eso, Porlier lo comprendió desde el principio, solo podía significar que allí no se daban, en ninguna época del año, las condiciones necesarias para que la hierba germinara, las plantas floreciesen y los árboles crecieran.

Así que de tumbarse en cueros a tomar el sol ya podían ir olvidándose.

De momento, probarían con las velas del *San Telmo*. A ellas se encomendaban para no perecer congelados en plena noche. Ah, nuestro *San Telmo*… Llevaba muerto más de dos días y aún seguía asistiéndolos, cuidando de ellos, protegiéndolos…

El contramaestre Manzano se puso en marcha apenas recibió la orden del brigadier. A grito pelado, que, joder, ya era hora. ¿Como si estuvieran en alta mar y trajinando sobre la cubierta del gran *San Telmo*? De esa manera, ¡de esa manera!, por la Virgen que sí. Y los marineros, ojo, sin rechistar. Que esto ya es decir: marinero que mientras trajina no protesta por lo bajo no es marinero ni es nada. Y ahí estaban. Levantaron el chinchorro, lo botaron, se encaramaron a él y recorrieron la corta distancia que los separaba del *San Telmo* con ese brillo en los ojos. El brillo de los que sienten un orgullo corriéndoles por las venas. El brillo de los que rezongan, pero aman; de los que reniegan y, sin embargo, no les arrebates el objeto de su protesta.

Subieron por las sogas tendidas desde la borda y, una vez en cubierta, aguardaron las instrucciones del contramaestre. Manzano se había llevado a un nutrido grupo formado por Suárez, Álvarez, Echarri, Vela, Noriega y Ríos y, a todos sin excepción, se les había acelerado un poquito el corazón. Por un quítame allá esta congoja.

—Me cago en mi calavera, el *San Telmo*… —resumió, en voz alta, Álvarez.

El resto asintió. Porque me cago en mi calavera, el *San Telmo*. Porque probablemente no volvieran a pisar jamás esa cubierta, porque hasta al más pintado se le encogía el alma ante semejante perspectiva y porque, me cago en mi calavera, el *San Telmo*.

El aparejo del navío era un maremágnum de velas, palos, vergas y jarcias enredadas los unos en las otras. En algunas partes, quizás sobre todo en el palo de mesana, el aspecto se mostraba más o menos digno. En otras, el desastre era de los de echarse a llorar.

El trabajo de un marinero consiste en crear el movimiento preciso de un buque en mar abierta a las órdenes de un hombre llamado capitán. El preciso, el que el capitán determina, y ninguno más. Esto, en un navío de setenta y cuatro cañones, no supone ninguna minucia. Cada uno de los hombres que brega sobre la cubierta del buque, lo hace en pos de un cometido concreto, bajo un mandamiento exacto, en consonancia con decenas y decenas de cometidos y mandamientos tan concretos y exactos como los suyos.

Y rezonga, vaya que si lo hace… Le va en el carácter a un marinero. Sin embargo, también canta, también reza, también da gracias a Dios nuestro Señor por la dicha de servir sobre la cubierta de un navío que cortaría, con perdón, el aliento a un rey. A un rey, a una reina y a toda una corte de maricas que, día sí y día también, se tocaba los huevos en los majestuosos salones de Madrid, capital del imperio y del mundo. Imaginadlos, imaginadlos vosotros, sí, crear allá donde nadie puede ver cómo crean, en la más alta de las mares.

¿Ya? ¿Lo habéis hecho? Pues ahora imaginad que, armados de hachas y cuchillos, los envían a esa misma cubierta y el contramaestre les ordena:

—Arrasad con todo.

Me cago en mi calavera, el *San Telmo*.

Pero manda quien manda, que no era el brigadier, sino el insoportable frío que, en cada inhalación, les dejaba sin resuello. Esa misma noche habían perdido a varios hombres más. No sabrían decir cuántos, pero sabían que el teniente Ostos llevaba la cuenta en un cuadernito que guardaba en uno de los bolsillos interiores de su casaca.

Si querían que la próxima noche les resultara más liviana, obedecerían al pie de la letra la orden del contramaestre. De hecho, no tardaron ni medio segundo en ponerse a ello. A golpes de hacha, a cuchilladas allá donde se pretendía que un tajo mal dado no rasgara la tela de la vela, los marineros fueron abriéndose paso en mitad del desastre. Como quien desbroza un bosque y aparta, sin miramiento alguno, la maleza, liberaron grandes pedazos de velamen que, posteriormente, doblaron con cuidado para descenderlos hasta el chinchorro y llevarlos a tierra firme.

Hombres que sabían crear como los ángeles, hombres a los que Francisco de Goya les habría tosido, pero lo justo, ahora se involucraban en la más penosa de las tareas: destruir. Y a quien destruye, aunque, como era el caso, sea para salvar la propia vida, se le castra algo en la esencia de su ser.

Desde la playa, junto a la orilla, el brigadier Porlier, flanqueado por los tenientes Ostos y Marín, observaba la maniobra. La tristeza de la maniobra de quien arría las velas de su propio navío en tal manera que nunca podrán volver a ser izadas. Existe un desamparo distinto a todos los desamparos: el que experimentan quienes, además de la soledad, sienten el quebranto de la capacidad de retornar a alguna parte. Llegado un punto, sea cual sea esa parte.

Te has quedado al margen de todo.

Había hombres, no tan lejos de allí, experimentando fielmente lo mismo.

* * *

El incidente del infante muerto les dejó con mal cuerpo. O no, no lo hizo. Eran tropa y la muerte les iba con el oficio. Lo que les dejó retorcidas las entrañas fue la insólita intervención del padre Pizarro. Que tampoco lo era tanto, porque todos lo habían visto antes diatribando de aquella manera, pero… Pero nunca en mitad de un lugar donde la exposición a todo lo exterior y a todo lo interior es completa: jamás ninguno de los hombres se sintió tan desamparado como en el tiempo que duró el responso del capellán del *San Telmo*.

Anhelaban, así quedó señalado, el Nombre exacto: la salvación de sus mentes, de sus cuerpos y, ante todo, de sus almas. Aspiraban a salir con vida del paraje donde habían naufragado. Y si no con vida, cuanto poco sí salvados.

Bien, ambas cosas, al menos por el momento…

Tenía que haber gente en algún lugar. Maldita sea, se aferrarían a esa idea con todo. No estaban solos, no estaban solos, no estaban solos. Únicamente

necesitaban encontrar a esa gente. Y siguiendo la línea de la costa lo lograrían. Si la Virgen los acompañaba y empujaba de su lado, lo lograrían.

Al infante de marina caído lo cubrieron con piedras y así quedó enterrado. Empedrado, en un sentido literal del término, y no demasiado pío según se encargó de repetir una y otra vez el padre Pizarro, pero no les quedó otro remedio: ni siquiera lograron hallar un par de trozos de lo que fuera para construir una cruz y clavarla sobre el túmulo… Alguien pidió voluntarios para que entregaran sus bayonetas y, con ellas, formar un rudimentario crucifijo, pero nadie dio un paso al frente y ofreció su arma. Hermanos hasta el infinito, pero las armas son de cada cual y quién sabe si te salvarán la vida. Adiós, compadre, y que esta tierra extraña te sea leve. Pensaremos en ti.

Sin duda, hasta el siguiente muerto.

Se toparon con la costa un rato más tarde. No tenían demasiada idea de en qué hora del día se encontraban y, honestamente, les importaba bien poco porque no trazaban grandes planes: caminar y caminar hasta dar con la salvación. Uno no precisa pasarse el día midiendo el tiempo o la posición, como hacen los oficiales. ¿Qué más da saber que pasan tres horas del mediodía o que nuestra latitud es ahora tal o cual? ¿Acaso tanta información nos protegerá del frío, nos proveerá de alimento, hallará la senda correcta hacia un refugio amigo?

Hablando de alimento y de su provisión… Experimentaron un hambre atroz y fue simultánea en la totalidad de la tropa, así que se dijeron que había llegado la hora de comer. Mira, ¿querías horarios? Aquí tienes uno y bien importante: el de llenar el estómago.

—Va siendo hora de hacer un alto —dijo Escalante, que continuaba llevando el mando oficioso de la columna. A él, sus propias decisiones le impulsaban a continuar; al resto, tropa del montón sin demasiado empuje ni carácter, la iniciativa de otros le evitaba tener que pensar.

Desde el lugar donde se hallaban podían escuchar el sonido del mar.

—Avancemos un poco más —repuso Zarraluqui. Y señaló frente a él—. En esa dirección. Con un poco de suerte hallaremos una colonia de focas y podremos dar caza a unas cuantas.

—Lástima que no tengamos con qué encender una hoguera.

Lástima. Pero mejor era comer carne cruda que no comer nada. Además, el hígado, los riñones y hasta el corazón de los animales, constituían, crudos y aún calientes, bocados deliciosos que muchos hombres no solo no desdeñaban, sino que apreciaban con indisimulada gula. Y no, no suponía una barbarie que con las circunstancias había advenido: algunos, sobre todo los

hombres de tierra adentro que, desde niños, habían tenido contacto con el ganado, recordaban el placer exquisito de comer carne cruda o semicruda y beber sangre todavía sin coagular.

La playa a la que accedieron era anchurosa y compuesta por piedras más pequeñas y redondas que aquella en la que se hallaba establecido el campamento. En algunas partes, incluso, una arena gruesa y compacta hacía su aparición en el desnivel que separaba la tierra firme de la mar. Olas de cierto tamaño rompían, abruptas y espumosas, contra el litoral.

Y sí, claro que había focas. En abundancia y por todas partes. Solo tenían que acercarse a ellas, matarlas de una cuchillada y abrirlas en canal para disponer de un inmediato festín. Tan sencillo que muchos hombres, a pesar del hambre que los acompañaba, se demoraron un rato y procedieron a quitarse los zapatos y a masajearse sus pobres pies helados.

—¡Que nadie se disperse demasiado! —gritó Escalante—. Descansaremos un rato y después continuaremos avanzando.

Al padre Pizarro, único en la partida que no contaba con armas propias, varios infantes se le ofrecieron para matarle un bicho. La diferencia entre un puyazo o dos no suponía gran cosa. Después abrirían la tripa del animal y le extraerían las vísceras humeantes: quedaban a buenas con el cura y, cruzaban los dedos para ello, ante Dios que lo guiaba y la Virgen que lo, los, protegía.

Sin embargo, Pizarro, quien, tras el responsorio del infante muerto había caído en una languidez evidente, hizo un gesto con las palmas de las manos hacia abajo y se separó del grupo caminando hacia la orilla. Los hombres lo siguieron con la mirada sin saber qué pensar. Quizás precisaba de cierto recogimiento para rezar por la salvación de todos. O quizás buscaba intimidad para echarse a llorar sin que hasta el último de los infantes lo viera. Se tratara de lo uno o de lo otro, las ganas de rezar y de llorar se habían convertido en los sentimientos generales por antonomasia.

Entonces las vieron. Primero de forma muy vaga, pero pronto con una rotundidad fuera de cualquier duda. El padre Pizarro se había encaminado hacia un extremo de la playa separado unos cien pasos del grueso del grupo. Junto a las olas, en un talud arenoso donde cuatro o cinco focas despistadas daban pequeños brincos de aquí para allá, el capellán del *San Telmo* miró hacia el frente y las tuvo a muy corta distancia. Cortísima. Por Dios y todos los santos que podría haber entrado en el agua y avanzado hasta ellas antes de que le cubriera más allá del pecho. Algunos infantes se pusieron en pie. A ninguno se le ocurrió dar un grito de aviso. Una voz de alerta. La llamada al

resguardo tan propia entre compañeros de armas que se juegan la vida juntos en la cubierta de un buque de guerra.

Por el contrario, se quedaron absortos y observaron embobados. Sotomayor se adelantó dos pasos hacia el frente en la playa y ese fue el gesto más digno de mención de entre todos los que efectuaron los hombres.

Las tres enormes aletas dorsales de color negro brillante encararon la playa. Una de ellas giró hacia la derecha y otra hacia la izquierda. Como si se retiraran para no entorpecer la acción de la tercera.

Las orcas se disponían, tal y como se hallaban haciendo los infantes españoles, a almorzar. Foca vivita y coleando. O cualquier cosa tierna que se encontrara sobre la arena de la playa y en el camino de sus fauces abiertas. ¿Un capellán de un barco embarrancado a varias horas de camino de allá? Sin duda alguna.

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo… —dijo, por lo bajo, Irisarri.

La orca tomó un descomunal impulso agitando su poderosa cola en el agua. Desde la posición donde se encontraban los hombres escucharon el chapoteo. Y vieron las hileras de decenas y decenas de dientes afiladísimos. Y al cura idiota en la mitad exacta de la ruta prevista.

El magnífico animal se salió, literalmente, del agua y, por fortuna para el padre Pizarro, torció en el último momento su inmensa boca abierta y la cerró sobre una de las focas. La presa se puso a proferir unos chillidos que pusieron en alerta al resto de sus compañeras, las cuales, puede que confusas, puede que aterradas, comenzaron a corretear por la playa en dirección paralela a la de las olas.

Las dos orcas restantes tuvieron, entonces, su momento. Una de ellas embistió contra un ejemplar no demasiado grande, pero de movimientos especialmente aturdidos y la otra hizo lo propio por el flanco contrario. En menos de un minuto, la cacería parecía haber concluido y los animales regresaron, arqueándose sobre sus poderosos músculos ventrales, a aguas algo más profundas. Cada orca portaba una foca entre los dientes y, esto lo observaron con nitidez los hombres desde su disposición en la playa, les quitaron la vida, o malhirieron de muerte, golpeándolas con saña contra la superficie del agua.

El padre Pizarro, por su parte, permaneció, puede que paralizado por el susto o el desconcierto, sin moverse del punto donde le había sorprendido el brutal encuentro entre animales tontos y animales listos. No intuyó, pues de

haberlo hecho deberíamos incluirlo entre los segundos y precisamente no fue eso lo que demostró, que nada había tocado a su fin sobre la playa.

¿O puede que fuera eso, justamente, lo que sus inusitados actos posteriores declararon? Que Pizarro, él y nadie más, era el más soberbio de los españoles naufragados. Que tenía al milagro en los dedos, lo portentoso en la mirada, un toque que amansaba diablos en su actitud desplegada.

Ninguno de los infantes que, más tarde y en pequeños y discretos grupos, debatió en torno a lo sucedido, alcanzó una determinación clara y rotunda al respecto.

Sea como fuere, la gran orca que había atacado en primer lugar volvió a encarar la playa con su majestuosa aleta dorsal sobresaliendo del agua la altura de un hombre adulto. Había lanzado hacia atrás el cadáver de su foca cobrada y allá aguardaba, flotando, a que más tarde regresara a por él. Ninguna de las otras dos orcas osó tocarlo. Por algo sería.

Irisarri pensó, cuando vio al animal embarrancarse voluntariamente, que ojalá el *San Telmo* también tuviera músculos en lugar de cuadernas, tendones en lugar de baos, piel gruesa como un puño cerrado a modo de tablamen en el casco. Soñó, por un instante, con un *San Telmo* revolviéndose hacia atrás y regresando a aguas profundas con la quilla, el vientre o como quiera que pretendiéramos denominarlo intacto de heridas o quebrantos. Y ellos, como Jonás, sanos y salvos en su interior.

Después dejó de soñar. Porque lo que ante sus ojos se expuso superó con creces cualquier producto de la imaginación de un hombre.

La orca, sin el menor atisbo de duda, había avistado al padre Pizarro y lo había elegido como su próxima presa. Si lo había confundido con una foca o reconoció su naturaleza humana es algo que quedará, para siempre, en el ámbito de lo ignorado. La verdad cierta fue que Pizarro, inmóvil en la arena, aguardó. La orca se abalanzó sobre él, salvaje y precisa, y separó, cuan ancha era, su colosal mandíbula.

Entonces el padre Pizarro adelantó la mano derecha y la sostuvo frente a él. El gesto fue liviano, puede que hasta imperceptible. Pero lo vieron, desde luego que lo vieron los infantes que había en la playa. Muy despacio, casi con ternura, como si de una caricia se tratase, posó la mano en el hocico del animal embarrancado y lo amansó. Lo hizo e, incluso, se inclinó un poco sobre él para hablarle al oído.

La orca en ningún momento cerró la boca. Al contrario, la mantuvo abierta, como hacen los sordos para advertir mejor las palabras de quien les

habla. ¿Habría un nombre también para ella? ¿Una denominación exacta que la reuniera en aquello hacia lo que, instante a instante, tendíamos?

Por fin, la gran ballena infló su vientre y saltó en la arena hacia atrás. Hacia el mar profundo, hacia su suerte ahora ineludiblemente discernida, hacia la comprensión de su propósito de ser por Dios y para Dios concebido. Sometida al influjo de quien sabe que un poder superior lo arropa, conduce sus trances, invierte en sus movimientos.

¿Existen los milagros? Existen.

* * *

La tenía. La talla. La del idiota. De la Torre se desnudó mientras Bárcena, Pinto y Moreno quitaban la ropa al infante que acababan de matar.

—Como un pincel —dijo el alférez Manrique al ver a su marinero con el uniforme de la infantería puesto.

—No sé yo si esto es una buena idea, alférez —protestó De la Torre mientras Pinto, acuclillado, tiraba de los faldones de la casaca para ajustársela al torso—. ¡Hostia puta, estate quieto ya!

Pinto se tomó a mal el reproche. A él, que lo estaba haciendo con la mejor intención del mundo…

—Que te den.

—Que te den a ti.

—Basta ya —cortó Manrique. Y, observando el aspecto de De la Torre, dio su conformidad—: Creo que podrá pasar.

—¿Y si no pasa? —protestó el marinero. El plan le había parecido una pésima idea desde el principio. Y si no el plan en sí mismo, sí el hecho de que fuera él quien debiera llevarlo a cabo. ¿Infiltrarse en la columna de desertores como si fuera un infante de marina más? ¿Y si lo descubrían? ¿Qué clase de explicación ofrecería?

—Seguro que algo se te ocurre —dijo el alférez—. Improvisas sobre la marcha.

—¿Y si se dan cuenta de que les falta un tío? ¿Y si alguien reconoce que el uniforme que llevo puesto le pertenece?

—Te queda como un guante —aseguró Pinto, que, quién sabe por qué, se había tomado como un reto personal que el aspecto de su compañero fuera impecable.

—Hay que joderse… —rezongó, a modo de única respuesta, De la Torre.

Aquel plan era un mal plan. ¿Qué había de malo en continuar persiguiéndolos a una distancia prudencial? Al menos, siendo así, si los

descubrían tendrían tiempo de salir a la carrera. Pues no, debían innovar. Dar un paso hacia el frente, como había dicho el alférez. Genial. ¿Y por qué no lo daba él? ¿Que a él lo reconocerían todos los infantes? ¿Acaso a De la Torre no? ¿No era él un marinero popular entre la tripulación? Joder, que había estado en la segunda guardia sobre la cubierta del *San Telmo* durante la deriva del cabo de Hornos… A Moreno y a él los habían tenido que bajar al sollado en medio de tremebundos delirios acerca de no sé qué bollitos de canela…

No, la idea le parecía la peor idea del mundo. Pero iría, claro. Porque, ¿qué podía hacer? ¿Negarse? ¿Dar media vuelta y regresar solo al campamento en la playa? ¿Qué diría? ¿Que había desobedecido una orden directa del alférez por no estar de acuerdo con ella ni creerla dentro de sus obligaciones? Ni hablar. La Real Armada le debía un buen dinero y no estaba dispuesto a renunciar a él. Su propósito, el de De la Torre, era salir de aquella isla, regresar a España y cobrar hasta la última moneda de lo que se le adeudaba. Que era mucho, por cierto. Así que si para lograrlo tenía que jugársela, pues se la jugaría. Tampoco es que el trabajo sobre la cubierta del *San Telmo* estuviera exento de dificultades. Pobres marineros… Al final, siempre eran ellos los que se llevaban la peor parte de todo. ¿Por qué ahora iba a ser distinto?

—Y cuando me incorpore al grupo, ¿qué hago, alférez? —preguntó, yendo a lo práctico, De la Torre.

—Intenta pasar desapercibido —respondió Manrique—. Te sitúas en la popa de la columna y no te mueves de ahí, ¿entendido?

—Entendido —confirmó el marinero. Se echaba el mosquete al hombro, lo apoyaba en tierra y volvía a echárselo. Había que practicar, cuanto menos fuera un poco.

—Tu objetivo es averiguar cuáles son sus intenciones —continuó Manrique—. Nos interesa saber si siguen un rumbo fijo o simplemente van dando tumbos por ahí.

—Averiguar sus intenciones. Bien, alférez. ¿Y cómo lo hago? ¿Voy preguntando por ahí?

—Ni se te ocurra. Al contrario, procura no separar los labios. Abre bien los oídos y escucha lo que dicen los demás.

Que no sería gran cosa. En eso confiaba Manrique: en que al grupo apenas le quedaran fuerzas o ganas para hablar de nada que no fuera lo que ansiaban. ¿Qué? Suponía que hallar una salida de aquel lugar. Suponía que el regreso a casa. O, de forma más inmediata, un refugio, calor, alimento, cierta paz de

espíritu… Carecían de todo ello. Y ahí residía el problema y la peligrosidad de los desertores: cuando lo has perdido todo no tienes nada más que perder.

Despidieron a De la Torre y observaron cómo apretaba el paso para incorporarse a la columna de huidos. En condiciones normales, no habría pasado por un infante de marina ni a cien leguas de distancia. Le faltaba el porte, pero también la edad, la actitud, la formación, el impulso que mueve a los soldados, que es completamente opuesto al que empuja a los marineros.

Mientras tanto, Bárcena, Pinto, Moreno y el alférez Manrique continuaron realizando lo que habían venido haciendo hasta entonces: perseguir al grupo a cierta distancia y observarlo sin ser observados. Y, modestia aparte, habían aprendido a hacerlo bien. Bastante bien, diría más tarde, a modo de reconocimiento de sus propios méritos, el alférez Manrique.

A De la Torre le perdieron pronto de vista, lo cual, interpretaron todos, constituía una buena señal. Se habría incorporado al grupo y, parecía, que sin problemas aparentes. Las cosas marchaban sobre ruedas.

Al rato, los desertores arribaron a una playa ancha y de piedras pequeñas. No parecía una decisión tomada a la ligera: el alférez se había percatado de que el tamaño de las piedras que debían pisar determinaba de forma importante que fueran por un lado o por otro. Podría parecer una estupidez, pero no lo era: todos llevaban zapatos de suela fina, muy práctica, debido a su flexibilidad, para moverse rápido por los puentes y cubiertas de un navío de línea. ¿Cuántas escaleras subía o bajaba un hombre al cabo de una semana? Muchísimas. Y si, como ocurría en el caso de los infantes de marina, se hallaban forzados a hacerlo con gran presteza cuando se tocaba a zafarrancho de combate, las suelas finas y el calzado ligero constituían una clave de su éxito. Prueba tú a mover un ejército con botas de plomo, como las de los buzos.

Prueba tú, ahora, a caminar por este pedregal helado en el que hemos recalado. Eliges el mal menor de entre todos los males: caminas sobre las piedras que menos se te clavan en las plantas de los pies. Y si te topas con un camino de grava, ¡o de arena!, ya no lo abandonas jamás, aunque nos lleve al infierno.

Y no fue el infierno donde recalaron, pero sí un lugar que se le parecía un tanto. Aquella playa tenía algo extraño cerniéndose sobre ella en el ambiente.

El alférez y los tres marineros se ocultaron tras un pequeño cerro. Pinto dijo que se trataba de una duna, Bárcena puso en duda que en aquellas latitudes existieran dunas y debatieron durante un rato hasta que el alférez terció y mandó que se callaran si no querían que los descubrieran.

Observaron cómo los infantes daban caza a algunas focas y procedían a comerse sus vísceras. Nadie parecía alterado ni se observaban movimientos bruscos o insólitos. La tropa, tras la larga caminata, se encontraba exhausta. Esa era la única conclusión que el alférez sacaba en claro. Y que, en las actuales condiciones, no parecían un enemigo temible.

Fue entonces cuando tuvo lugar el incidente del padre Pizarro y la orca. ¡Y eso sí que los turbó! ¡Y de qué manera!

—Joder… —dijo Moreno.

—Mi madre… —añadió Pinto.

El padre Pizarro tenía su mano derecha posada en el formidable hocico de la gran orca. Habría bastado un movimiento del animal para que el cura acabara devorado. Y, sin embargo, no solo no acaeció nada parecido, sino que, a la vista de todo el mundo estaba, los sucesos se precipitaron en un sentido realmente opuesto.

Los marineros retrasaron un par de pasos su posición en el cerro y se situaron fuera de la línea de visión de los hombres en la playa.

—Pero… Pero… ¿ha visto eso, alférez? —preguntó Bárcena, todavía incapaz de creer lo que habían contemplado sus ojos.

Manrique no contestó a la pregunta. No era necesario ni Bárcena, en realidad, precisaba de respuesta alguna. A los cuatro hombres el corazón les había dado un vuelco en el pecho. ¿Qué significaba aquello que acababan de ver? ¿Que se enfrentaban a fuerzas poderosas y sobrenaturales que no habían sabido calibrar? Bueno, Pizarro era un sacerdote, sí, desde luego, lo entendían. Pero cualquiera habría dicho que lo era al modo que lo es el resto de los sacerdotes que habían conocido hasta hoy: promete esto y asegura lo otro, pero tú convienes por una simple cuestión de creencias. Lo que haya de suceder, sucederá cuando hayas superado el umbral de la muerte. Ahí comprobarás la literalidad de la palabra de Jesús, el color de las barbas de su Padre y la envergadura de las alas de los ángeles que los custodian.

Y, ya puestos, si los milagros existen. Si a los hombres mundanos, a algunos de ellos, les está dado el don de realizarlos.

Para Manrique y el resto, todos estos interrogantes habían dejado de serlo. Tras contemplar el modo en que el padre Pizarro había dominado al gran animal de fauces abiertas y descomunales, por la Virgen que no dudaban de que se hallaban frente a un hecho extraordinario.

Más todavía: ante un ser capaz de transmutar con sus acciones el devenir de los acontecimientos.

—No sé cuántos días de vida me restan por delante —dijo Manrique, más para sí mismo que para sus hombres—, pero algo me queda meridianamente claro: he visto a Dios actuar en la Tierra.

Pinto, tumbado a su lado con la espalda apoyada en las piedras y la mirada fija en las nubes grisáceas que cubrían el cielo, añadió:

—Mucho afirmar me parece eso.

Se decidió, entonces, que uno de los hombres regresara al campamento e informara a Porlier. Dijera lo que dijese Pinto, al alférez no le cupo la menor duda de que tenían a Dios de su parte. Y una información semejante no podían guardársela por más tiempo. Debían regresar a casa y transmitírsela a la oficialidad al mando para que actuara en consecuencia. ¡La suerte nos sonreía y ellos habían sido testigos de una prueba irrefutable al respecto!

Era pronto para echar las campanas al vuelo, pero Manrique ya se veía saliendo de la isla elevados en los aires por obra y gracia del Señor. Vale, o de otra forma quizás más plausible: ¿qué tal la Primorosa Mariana acercándose a las costas de aquella tierra y reembarcándolos rumbo a la civilización?

Echaron a suertes, pues el propio alférez así lo permitió, quién, de entre los tres marineros, regresaría al campamento. Le tocó a Bárcena, y este no supo si considerarlo o no un golpe de fortuna.

Si algo podían decir de aquel lugar era que confundía los sentidos hasta el punto de trastocar las apreciaciones: lo que, en cualquier caso, habría sido considerado bueno, aquí se desconocía si lo era, si no lo era o si en ambas situaciones, antagónicas pero unidas por hilos tan invisibles como quiméricos, confluía la opción más razonable.

—No vayas a perderte en el camino de regreso —advirtió el alférez a Bárcena. Portaba las mejores noticias posibles. Y este idiota era capaz, ahora, de extraviarse para siempre y morir congelado antes de llegar a su destino.

—Descuide, alférez —repuso Bárcena. Creía, francamente, conocer el camino de vuelta. Tampoco llevaban tanto tiempo fuera. Más dudas le suscitaba la información que debería transmitir al brigadier—: Entonces, ¿le digo que tenemos a Dios trabajando de nuestra parte?

Manrique y el resto de hombres retrocedieron unos pasos para poder incorporarse sin ser vistos desde la playa que ocupaban los desertores.

—Ni más ni menos que eso —dijo el alférez.

Se hallaban prácticamente salvados. ¿Qué otra cosa se puede pensar cuando notas que la providencia ha acudido en tu rescate?

* * *

En el campamento de la playa no se las prometían tan felices. Se las prometerían dentro de un rato, pero no todavía. Un rato corto, quizás de dos o tres horas, no más. Pero largo, largo al modo en que se estiraban aquí los tiempos. Un acontecimiento sucedía a otro con la desgana de quien se pregunta para qué. Para qué continuar, si el cielo, plomizo y abundante, nos devorará. Para qué, si del mar no llegará nunca el rescate. Para qué, si nos hallamos tan caídos hacia el interior de nosotros mismos que precisamos del frío y el viento para recordarnos. ¿Como cuando estás teniendo una pesadilla mientras duermes y alguien te devuelve de un guantazo a la vigilia? Igual.

Una vez que las velas fueron llevadas a tierra, Porlier ordenó que, sin demora, se comenzaran a construir los refugios en la playa. Aún tenía que, alma arriba, alma abajo, proteger las vidas de cuatrocientos cincuenta hombres.

Construir. Cuando todo un brigadier pronuncia una palabra semejante, uno espera que la actividad se vuelva frenética en la playa, que decenas de hombres vayan de un lado hacia otro afanados en mil tareas. ¡Construyamos, construyamos, construyamos! O, de alguna manera, luchemos a brazo partido contra un destino que se nos echa encima a una velocidad vertiginosa.

La verdad ramplona era que no tenían con qué construir. Salvo la madera proveniente del *San Telmo*, allí no había nada. Un carpintero, el tal Fernández que en el segundo puente del *San Telmo* había claveteado todos los cajones del lado de babor durante los instantes del embarrancamiento, era el único hombre con conocimientos suficientes para levantar una construcción como Dios manda. Por cierto, su actividad frenética durante la salvaje detención del navío no sirvió de nada: el *San Telmo* se fue igualmente al carajo y de lo que guardaban aquellos cajones nadie se acordaba ya.

Ahora el tipo se acuclillaba en un rincón de la playa y se abrazaba las piernas mientras miraba hacia un punto indeterminado en el horizonte. Alguien le había dicho, más por piedad que por otra cosa, que se quedara allí y vigilara. No fuera a llegar una nave amiga y a todos, ocupado cada uno en sus asuntos, se les pasara por alto. El carpintero se tomó la recomendación al pie de la letra: hasta donde sabían los más cercanos a él, llevaba en esa posición desde el funeral por los muertos durante el naufragio. Dos noches hacía de eso.

Hablando de los cuales, un inciso, si se quiere, hasta risible: el mar comenzó a devolverlos. Risible en el sentido de reír por no llorar, claro está. Ahí se encontraba la orgullosa tripulación del *San Telmo*, con el tiempo ralentizado sobre sus cabezas y una tonta aguanieve cayéndoles encima,

maldita fuera su estampa. Y no va la mar y comienza a devolverles los cadáveres que ya daban por olvidados…

—Teniente, creo que sus cálculos han fallado —le dijo el capitán Toledo a Ostos cuando tuvo noticia de que tres o cuatro cuerpos hinchados y malolientes habían tocado tierra muy cerca de donde se levantaba el campamento. No, se extendía, ¡se extendía! Con el carpintero en su actual estado, levantar cualquier estructura que tuviera intención de perdurar constituía un propósito que, sin duda alguna, les venía más que grande.

—Habrá que volver a intentarlo —repuso Ostos mirando en la dirección que el capitán le señalaba. Sí, tres o cuatro cuerpos. Las corrientes, ya se sabe, son muy traicioneras. Lo anotaré en mi cuaderno para transmitirlo a quien corresponda una vez que nos hallemos de regreso en España.

—¿Y si probamos a hundirlos atándoles piedras? A modo de plomada, ya sabe… —sugirió Toledo.

—Algo así habrá que intentar —reconoció Ostos. ¿Por qué se había dado por hecho que deshacerse de los cadáveres suponía una tarea para Alonso Ostos? Caray, que él era un teniente. Que había mucho escalafón hacia abajo. Y que, ¿en serio que nos importa tanto llevar la puta cuenta de los hombres que la diñan?

—Póngase a ello de inmediato, si es tan amable.

—A la orden, capitán.

Allí, entre la oficialidad al menos, las formas se seguían guardando. Faltaba que el clima acompañara un poco para que los tiempos volvieran a ser felices.

Ostos eligió, al azar, a varios hombres. La playa estaba repleta de ellos y casi nadie hacía nada. En realidad, la actividad se había reducido a dos asuntos: primero, extender las velas del *San Telmo* sobre la playa para, más tarde, escurrirse bajo ellas y dormir o aguardar la muerte, dependiendo del gusto de cada cual; y segundo, observar cómo se ponía en práctica el punto anterior.

No se le insubordinaron, como esperaba. El teniente Ostos dijo que tú, tú y tú, y ellos, los tres elegidos, lo siguieron sumisamente. El trabajo no podía ser más desagradable: buscar unas piedras de gran tamaño y, mediante cabos, sujetarlas a los cadáveres para ver si así se hundían de una santa vez y no volvían a verlos más.

—Ya están demasiado hinchados, teniente —dijo uno de los hombres escogidos por Ostos.

—Habrá que ponerles muchas piedras —reflexionó otro.

—Será lo mejor. De lo contrario, en tres días nos vemos en las mismas.

A Ostos le conmovió que, en mitad de la desesperanza, aquellos tres hombres se interesaran por realizar bien un trabajo, por lo demás, de mierda. Se remangaron y se pusieron, como el que no quiere la cosa, a devolver cadáveres hinchados al mar. Sin contemplaciones, pero con respeto: aquellos tíos habían sido, no mucho tiempo atrás, sus compañeros sobre la cubierta de un navío de guerra español. Cuidado con eso.

Y poco más. La jornada avanzaba taciturna. Aunque Porlier se empeñara en mantener ocupados a sus hombres, lo cierto era que las tareas que estaban en condiciones de emprender eran las que eran. Y ya se hallaban completadas. ¿Resguardo y defensa? Pues tenían resguardo y defensa hasta el fin de los tiempos.

Y, de pronto, apareció Bárcena. Gritando su nombre desde lejos, para que todos en la playa tuvieran claro que era él y no uno de los desertores. A ver si, trayendo como traía excelentes noticias, no era capaz de llegar a transmitirlas porque un infante excesivamente celoso de las órdenes dadas le metía un plomazo en mitad del pecho.

—¡Estamos salvados! ¡Estamos salvados!

Bárcena, en un principio, no había sido tan optimista como el alférez Manrique. Por supuesto, fue testigo del lance del padre Pizarro con la fenomenal orca. Vio cómo amansó, simplemente levantando su mano derecha, al gran animal, y vio, asimismo, cómo los infantes presentes en la playa se rendían ante las evidencias: existe un poder sobrenatural muy cerca de nosotros y, además, se manifiesta.

No, no lo había sido en un principio, pero se convenció durante la larga caminata de regreso al campamento. Tenían a Dios, sin atisbo de duda, trabajando de su parte. Por la mano del padre Pizarro, por supuesto, que era lo que correspondía.

—¿Qué cojones grita ese hombre? —preguntó Porlier. Tenía a su lado al teniente Marín. Ostos se aproximaba a grandes zancadas.

Bárcena se hallaba todavía a unos cien pasos de distancia del campamento. Se le oía bien si uno quería oír. Pero dado lo que decía, más valía poner en cuarentena sus palabras.

—Creo que afirma que estamos salvados —respondió Marín.

Toda la playa se había puesto en pie y observaba en silencio. A Porlier le dieron ganas de ordenar un disparo. Solo por alterar la paz de la que disfrutaban, se lo merecía. Le dolía mucho la cabeza.

Bárcena, por fin, se aproximó a los límites del campamento. Allá, se abrazó a un par de hombres que, estupefactos, le devolvieron el apretón. Nadie estaba para efusividades, pero tampoco para lo contrario: si alguien tenía que decir algo que contrarrestara la adversidad en la que se veían inmersos, bienvenido sería.

Cuatrocientos cincuenta hombres en pie sobre la playa. Hasta el carpintero se había animado a levantarse y mirar. No en vano alguien gritaba que se hallaban salvados. Pues escuchemos, escuchemos qué tiene que contarnos.

Cuatrocientos cincuenta hombres silenciosos bajo el aguanieve. Y un marinero loco agitando los brazos en el aire y gritando sinsentidos.

—Llame al contramaestre, haga el favor —pidió Porlier a Marín.

Lo más probable era que a Porlier le entraran unas irrefrenables ganas de estrangular a aquel idiota. Sin embargo, el brigadier continuaba siendo el brigadier y el escalafón, el escalafón: que lo estrangulara Manzano, que para eso se trataba de uno de sus marineros.

El contramaestre llegó a la carrera. De pronto, en la inmensa quietud de la playa, en aquel lugar donde centenares de hombres no movían un pelo de su coleta, unos pocos tipos corrían de un lado a otro como arrastrados por invisibles y peregrinas corrientes de aire.

—A sus órdenes, brigadier —dijo Manzano.

—¿Conoce a ese hombre? —preguntó Porlier sin molestarse en señalar. ¿Qué hombre? Ese hombre: el que se aproxima a nosotros repartiendo abrazos y apretones de manos. Como si la Primorosa Mariana aguardara anclada dos playas más allá sin que nosotros nos hubiéramos dado cuenta de nada. Un tonto error que ahora se solventa en menos de lo que canta un gallo.

—Desde luego, señor —informó el contramaestre—. Es Alfredo Bárcena, uno de los marineros que partió esta mañana junto al alférez Manrique. Ya sabe usted, con la intención de ir tras los desertores…

Porlier asintió a modo de única respuesta.

Aguardaron a que Bárcena alcanzara la posición en la que se encontraban. El campamento entero se moría ante las expectativas. Todo el mundo lo había escuchado gritar.

—Señor, señor… —comenzó a balbucear el marinero. Le faltaba el aliento, no se sabe si por el esfuerzo, la emoción o ambas cosas al mismo tiempo.

El contramaestre dio un paso al frente y puso al marinero en su sitio.

—Basta —dijo—. Te dirigirás a mí, no al brigadier.

—Pero traigo un mensaje del alférez —protestó Bárcena—. Me ha pedido que se lo transmita directamente al brigadier.

—De acuerdo, de acuerdo —intervino Porlier. Quería acabar cuanto antes con aquello, de manera que interrogó directamente al marinero—: ¿Qué sucede?

—Hemos sido testigos de sucesos extraordinarios —aseguró Bárcena.

—¿Qué clase de sucesos?

—El padre Pizarro.

—¿El padre Pizarro?

Ni se habían dado cuenta hasta ahora de que el padre Pizarro faltaba en el campamento. De acuerdo, no lo oían hacía horas, pero un hecho así no suponía algo extraño tratándose del capellán del *San Telmo*: tan capaz era de perorar sin descanso durante tres días con sus tres noches como de sumirse en un sopor melancólico que le duraba una semana entera.

—El padre Pizarro.

—¿Qué cojones pasa con el padre Pizarro?

Porlier comenzaba a perder la paciencia. El marinero estaba a un pestañeo de que el brigadier ordenara al contramaestre que lo estrangulara. Allí mismo, en el sitio, aprovechando que los cuatrocientos cincuenta hombres les tenían la mirada puesta encima: que os sirva de lección, por si a alguien más se le ocurre desvariar más de la cuenta.

Bárcena, quizás porque lo intuyó, quizás porque supo que había llegado el momento de explicarse con más detalle, se extendió:

—Mire, brigadier. Nosotros estábamos tras la pista de los desertores, tal y como usted ordenó al alférez. Nos costó poco dar con ellos y los seguimos a una distancia prudencial. Para no ser descubiertos, ya me entiende usted… Total, que al rato fueron a recalar a una playa que estará a una distancia de… Bueno, no sabría decírselo en leguas… He tardado en regresar algo así como… Un rato largo, sí, pero he venido directo, sin entretenerme…

—Al grano, Bárcena —apremió el contramaestre.

—Sí, señor. El caso es que estábamos agazapados tras una pequeña loma. Espiando sus movimientos, como usted pidió. Al parecer, los desertores habían arribado a la playa con la intención de aprovisionarse de víveres. De hecho, dieron caza a varias focas y se comieron sus hígados crudos. Aseguró el alférez que había sido una opción inteligente, que él, en idénticas circunstancias, habría hecho lo mismo.

—¡Al grano! —Se impacientó, ante tanta cháchara deshilvanada, el contramaestre. Porlier continuaba escuchando en silencio.

—Disculpe, señor. Estoy un poco nervioso. Es que vimos actuar a la mano de Dios.

⁎ ⁎ ⁎

¿Qué podrían esperar de alguien que amansaba al mismísimo diablo? Hubo infantes que se pasaron las horas siguientes debatiendo en torno a la conveniencia de liquidarlo. Porque muerto el perro, se acabó la rabia.

Pero ¿se puede acabar con un ser de estas características? Unos lo dudaban. Otros, puede que demasiado pragmáticos y optimistas, eran de la opinión de que con alguien así de su lado se convertían en invulnerables.

Como si el padre Pizarro supusiera el talismán necesario para abandonar aquellas tierras.

—¿Pero lo visteis, lo visteis? —insistía, una y otra vez, Irisarri. La columna se había puesto, de nuevo, en marcha, y avanzaba a no demasiado buen paso siguiendo la línea de la costa y alejándose, cada vez más y más, del campamento donde se agrupaba el grueso de los naufragados.

—Claro que lo vimos, imbécil —respondió Zarraluqui. Y quien dice Zarraluqui, dice cualquiera, pues todos comenzaban a estar hartos de la suspicacia de Irisarri: sí, vieron cómo el capellán del *San Telmo* amansaba una descomunal orca hambrienta con la simple extensión de su mano derecha —. Deja de darle vueltas a lo mismo.

—Pero es que, joder, la orca iba derechita a por él…

—Y el padre la detuvo. Que sí, que nosotros también estábamos allí…

—¿Y ya está? ¿Os conformáis con eso? ¿Acaso no os dais cuenta de las implicaciones que un hecho así conlleva?

Hubo un silencio durante el que caminaron sin ni siquiera mirarse. Habían vuelto a toparse con largas placas de hielo compacto en el suelo y se andaban con tiento para no resbalar, caer y partirse una pierna. Al que algo así le sucediera, que se diera por muerto, ya que ni todo el poder, magia, hechizo o fuera lo que fuese aquello que emanaba de la punta de los dedos del padre Pizarro lo habría salvado de una muerte segura.

—¿Y si es al revés? —continuó, cuando volvieron a pisar sobre roca seca, Irisarri.

—¿A qué te refieres? —Le dio réplica ahora Sotomayor.

—A que si el diablo… —Irisarri dudó antes de continuar. Existen asuntos en los que merece la pena avanzar con prudencia y mesura. Bajó la voz—: ¿Y si el diablo es él?

El resto de hombres se lo pensó. Hicieron como que no y continuaron caminando, pero por la Virgen del Carmen que todos se lo pensaron. Ninguno lo había dicho en voz alta, pero que la tierra se abriera y se tragase a aquel a quien no se le había ocurrido la idea. Había algo inconcebible en la escena que habían observado en la playa. Inconcebible significa que no existe forma de concebirlo, de imaginarlo, de creerlo. Y ahí estaban ellos devanándose los sesos para lograrlo.

—No, el padre Pizarro no es el diablo —determinó, a la postre, Escalante. Al final, uno opta no por la conclusión que más le convence, sino por la que más le conviene: porque lo que les faltaba, ¿no?—. Si fuera Satanás, ya nos habría matado a todos.

—¿Por qué lo haría? —preguntó Irisarri—. Eso no cuenta para él. No puede matarnos. Debemos morirnos por nuestros propios medios y luego él…

—¡Joder, cállate ya de una puta vez! —intervino Téllez. La conversación le provocaba un nudo en la boca del estómago.

—A ver, a ver… —no se rindió Irisarri—. ¿Qué repite una y otra vez el capellán?

—Que está aquí para recolectar almas para el Señor —respondió Zarraluqui.

—Como todos los curas del mundo —razonó Sotomayor—. Menuda novedad…

—Puede, pero ¿tú has visto alguna vez a algún cura sudar en mitad de un frío gélido como este? Porque él lo hace, él lo hace… Cada vez que nos suelta un sermón, cada vez que levanta los brazos y ase su biblia, al cabrón se le desorbitan los ojos y el sudor corre por sus sienes.

—Por no hablar de toda esa mierda del nombre que recogerá nuestros nombres… ¿Qué cojones quiere decir eso?

—Supongo que se refiere a que, cuando llegue nuestra hora, Dios nos acogerá en su seno. A veces, los curas hablan torcido para que comprendamos lo que quieren decir…

Téllez, que de niño había sido monaguillo, no dudó en confirmarlo:

—Pueden pasarse horas y horas hablando y tú no entender una sola palabra de lo que dicen. Pero el meollo de la cuestión es siempre más o menos el mismo: que nos conviene ser buenos porque solo así iremos al cielo cuando la diñemos.

Hecho que sucedería en, a lo sumo, un par de días si no lograban hallar a alguien en su camino. Dicho de otro modo: por muy bien que tuvieran solucionada la obtención de víveres, no sobrevivirían indefinidamente a la

intemperie. Tenían que hallar refugio seguro y tenían que hacerlo cuanto antes. Si lo pensaban bien, aquel condenado clima era lo que en estas latitudes se podría denominar un tiempo tranquilo. Nevaba de cuando en cuando, sí, pero sin virulencia. Y el viento se les clavaba en el rostro y les atravesaba la ropa, aunque, en rigor, no se trataba sino de una brisa más o menos animosa. Si de verdad arreciaba una ventisca sobre ellos, entonces sabrían lo que sería sufrir. Algunos, los más débiles, a buen seguro que no la superarían con vida.

—Yo no me fío un pelo —resumió Irisarri.

—Yo tampoco —concedió Téllez—. Pero ¿qué propones? ¿Que lo matemos de una cuchillada?

—Bueno…

—¡No, joder! ¡No vamos a matar al cura! Resulta un poco cargante, no te niego eso, pero no es el puto diablo. Eso tenlo por seguro. Venía con nosotros en el *San Telmo*, ¿recuerdas?

—Lo dices como si el diablo no pudiera ser español…

Si Irisarri necesitaba un argumento a su favor, lo acababa de formular. Allá, quien más, quien menos, sabía que Satanás hablaba castellano. Amigos, puede que la tropa del *San Telmo* no fuera demasiado despierta, pero, para lo esencial, tenía un ojo de agudeza innata: si la malquerencia existe, y existe, nosotros somos los que nos llevamos la palma.

Más tarde, en un recodo de una playa, se toparon con los restos de lo que parecía un barco. Apenas veinte o treinta maderos viejos y casi podridos. Intentaron averiguar de qué clase de nave se trataba, pero no sacaron nada en claro. Reconocieron los alrededores buscando cualquier tipo de resto de un naufragio, pero con resultados infructuosos: sin duda, aquellos tablones suponían las migajas finales de un pecio a la deriva que, por capricho de las corrientes, habían terminado en aquel recodo del mundo.

Los hombres que alguna vez los guiaron, orgullosos, a través de los mares, hacía decenios, quizás siglos, que dormían el sueño de los justos en un fondo del mar muy alejado de allí.

No obstante, tan verdad es que de donde no hay no se puede sacar, como que cuando suena la música resulta de idiotas no bailar.

Escalante se inclinó sobre los maderos y comprobó que se hallaban secos.

—Arderán —sentenció.

Palabras mágicas para aquellos hombres infectados de frío perpetuo. No hubo ni que solicitar voluntarios: mientras unos hombres, los más torpes, comenzaban a amontonar los maderos para formar una hoguera, otros, los más hábiles, extrajeron astillas a cada cual más pequeña para prenderla.

—Junto a ese farallón —dijo Zarraluqui señalando unas rocas a unos cincuenta pasos de donde se hallaban—. Nos protegerá del viento.

El resto obedeció sin rechistar. Y no porque reconocieran autoridad alguna en Zarraluqui, sino porque costaba menos acatar que contradecir. Y, en cualquier caso, ¿para qué? Si alguien tiene una idea razonablemente buena, se adopta y ancha es Castilla: estaban demasiado agotados como para pensar de continuo; gracias, Zarraluqui, por hacernos parte del trabajo.

Necesitaron media hora larga para obtener una buena fogata, pero lo consiguieron. Reunidas unas cuantas astillas de un tamaño diminuto, varios hombres se alinearon en la dirección de la que provenía el viento para cortarlo. Después, Téllez se inclinó sobre las astillas, extrajo de su cartuchera un trozo de yesca y las dos piedras de sacar chispa. Tras arrodillarse, inclinarse hasta casi rozar con la frente el suelo y encomendarse a san Judas Tadeo, patrón de los imposibles, Téllez golpeó las piedras y obtuvo, por fricción, varias chispas que dejaron indiferente a la yesca.

—Hay que calentarla un poco —alegó Téllez, a modo de explicación. No se había movido un dedo de su posición encogida, pero levantó el rostro en el momento de explicarse.

Los hombres que le cortaban el viento se apretaron, si cabe, más los unos contra los otros. Necesitaban esa hoguera. Podían, porque podían, sentir ya el calor del fuego en sus cuerpos.

Tras nuevos intentos, la yesca, por fin, prendió. Téllez, con muchísima más delicadeza de la que había puesto jamás en acariciar a una mujer, sopló sobre la imperceptible brasa y comenzó a alimentarla con las minúsculas astillas obtenidas de los maderos. Un rato después, una llama que pudo sostener en la palma abierta de su mano se elevó ante ellos. Algunos hombres rieron nerviosos. Si en aquel momento les hubieran ofrecido cambiar la llama que Téllez sostenía en su mano por arcones llenos de monedas de oro, cofres repletos de piedras preciosas, castillos con todas sus habitaciones ocupadas por concubinas de piel tan blanca como la cal, se habrían negado sin pensárselo dos veces.

Cuando los maderos ardieron, obtuvieron una fogata de un tamaño más que razonable. Por desgracia, no lo suficiente para que los ciento once infantes se apiñaran, al unísono, en torno a ella. Hubo reyertas, algunas más subidas de tono que otras. Sotomayor y Escalante determinaron un sistema de relevos gracias al cual la mitad de los hombres se situaba, durante un rato, en primera fila mientras la otra mitad aguardaba inmediatamente a sus espaldas. Después, a la señal convenida, intercambiaban las posiciones.

Sin embargo, la ansiedad por ocupar los mejores lugares iba en aumento y pronto el fuerte trató de imponerse al débil. Dicho está: allá, quien más, quien menos, sabía que Satanás hablaba castellano.

—¡No pienso moverme de aquí! —exclamó, enfurecido, un infante.

—¡Es mi turno, hijo de puta! —le replicó otro intentando empujarlo hacia un lado.

—¡Vete a tomar por culo, cabrón!

Sotomayor y Escalante dejaron que se pelearan. A fin de cuentas, a ellos nadie los había elegido como jefes de la partida, y si habían tratado de mediar para que se impusiera la cordura, lo habían hecho guiados por la intuición de que juntos serían más capaces de alcanzar su objetivo.

Pero, a partir de ahí, que cada palo aguantara su vela. Si querían matarse entre ellos, que se mataran. Mirarían en silencio y no intervendrían.

—¡Te digo que es mi turno! —gritó el infante que se creía agraviado.

El empujón que descargó sobre su compañero fue tal que este, impulsado hacia delante, cayó de bruces sobre la hoguera llameante. Con tal tino, o mala baba, según se mire, que tuvo tiempo para agarrar por la solapa de la casaca a su agresor y arrastrarlo con él.

Los hombres se abrasaron entre aullidos de dolor y desesperación. Y eso no fue todo: ambos, al igual que el resto de infantes, portaban, a las espaldas, sus cartucheras con los setenta cartuchos reglamentarios en el interior de cada una de ellas. Cuando el fuego alcanzó la pólvora, los infantes, literalmente, saltaron por los aires. Un brazo por aquí, una pierna por allá, las cabezas hechas pedazos a los pies de los que se apelotonaban en primera fila. Un espectáculo que, en cualquier otra circunstancia, los habría dejado paralizados pero que, entonces, no alteró demasiado el devenir de los acontecimientos. La mayoría de los hombres ni siquiera dejó de extender, buscando el calor, las manos hacia las llamas.

Irisarri, entonces, buscó con los ojos al padre Pizarro. Lo halló no demasiado lejos de donde él se encontraba. En primera fila y junto a las llamas, pues a él nadie parecía discutirle el sitio. A Irisarri le sorprendió que el cura no moviera un músculo del cuerpo. Observaba fijamente las llamas y escuchaba, como lo hacían todos, el crepitar de un fuego que devoraba, sin aspavientos, los cuerpos de los infantes muertos.

¿Y sus almas? Pizarro, en un gesto que a Irisarri le cogió por sorpresa, levantó la mirada y la fijó en él. Sin titubeos, sin búsquedas, sin indecisiones: el sacerdote fijó la mirada en la de Irisarri y se la sostuvo. Acto seguido,

sonrió a modo de explicación: estas almas no pertenecían a la recolecta de Dios. No al Nombre.

¿Quién precisa de más aclaraciones? ¿Completa o no Pizarro el número de la bestia?

⁎ ⁎ ⁎

En aquella playa no dejaban de aparecer muertos. Antes, por mar. Y ahora, por tierra. Aunque, por hacer honor a la verdad, los muertos que llegaban por tierra no estaban exactamente muertos. O no, todavía.

A Bárcena se le cuajó el gesto cuando, desnudo y tambaleándose, vio aparecer al infante de marina al que horas antes ellos mismos habían matado para robarle el uniforme. Moreno le había atizado una pedrada en plena cabeza mientras el tío se ocupaba de su vientre. Y lo habían dado por muerto. Que es lo que cualquiera habría hecho al verlo caer desplomado y sin aliento.

Pues no, el tarado no había tenido la decencia de pasar a mejor vida y dejar, al tiempo, de complicarse la suya y la de los demás.

—¡Es Mínguez! —exclamó uno de los infantes de marina leales al brigadier.

El puto Mínguez. El hombre que no acababa de morirse. El necio al que, pese a haber recibido un brutal golpe en mitad del cráneo, campaba a sus anchas por tierra helada y complemente desnudo. Si él se viera en semejantes circunstancias se moría, ahora sí, pero de risa.

—¡Dadle algo de ropa! —gritó alguien. Y más risa. ¿Algo de ropa? Pero ¿acaso nos sobra una sola camisa?

Lo cubrieron con una manta, por una pura cuestión de piedad, mientras el tipo no dejaba de avanzar lentamente, de farfullar algo mientras se le caía la baba y de señalar en la dirección en la que se encontraba Bárcena. Que era la del brigadier, lo cual, de alguna manera, lo salvaba. De momento.

—¿Alguien se dignaría a informarme de qué cojones sucede, por favor? —preguntó, despacio y sin levantar la voz, Porlier.

El contramaestre Manzano, al lado del brigadier, no movió un dedo. Bárcena, en tanto en cuanto marinero, era cosa suya. En cambio, a aquel hombre que llegaba caminando descalzo y desnudo lo había identificado un infante de marina. Así que infante de marina sería. Asunto de quien sea, excepto suyo.

El teniente Marín, también presente junto al brigadier, pensó, si no en dirección opuesta, sí en una nítidamente divergente: si eras hombre en la

playa y hablabas español, a buen seguro estabas, habías estado o deberías estar bajo las órdenes del teniente Marín.

Dio unos cuantos pasos apresurados en dirección al recién llegado e interrogó a los infantes que se le habían acercado. La información que recabó, breve y directa: se llamaba Mínguez, pertenecía al contingente de infantes desertores y farfullaba algo acerca de una traición. O una sanción. O un aluvión. Al pájaro no se le entendía de la misa la media. Parecía obvio que había recibido un gran golpe en lo alto de la cabeza y que esto le había torcido las entendederas. Que ya de por sí, muy probablemente, no fueran de las de pararte y alardear.

Marín regresó al punto donde aguardaba el brigadier e informó:

—Se trata de uno de los desertores. Al parecer, ha sufrido un accidente.

Bárcena lo escuchó y respiró aliviado. No daba la sensación de que el infante revivido fuera a delatarlo. Y si lo hacía, Marín no se inclinaba demasiado a otorgarle crédito alguno.

El teniente Ostos, que había permanecido callado y observante durante largo rato, habló:

—Habría que fusilarlo cuanto antes.

Porlier y Marín se giraron hacia él.

—Es un desertor, ¿no? —se explicó Ostos.

Lo era. Y, desde luego, habría que fusilarlo. Sin embargo, Porlier reparó en que cierto nerviosismo se extendía entre los hombres del campamento. Entre todos, tropa y marinería. No, nerviosismo no era la palabra que definía aquello con exactitud… Lo que había en el aire se parecía más a la… ¿excitación? ¿Entusiasmo? ¿Ansiedad? Hum, nada de eso. Lo que se podía oler en las respiraciones de sus cuatrocientos cincuenta hombres naufragados era auténtica y genuina euforia.

Porque, a juicio de casi todos, las tornas se acababan de volver de cara. Piénsalo: cuando te hallas sumido en la más desesperante de las angustias, cuando te das por perdido y solo deseas que el tiempo transcurra rápido y la muerte advenga ligera, el hecho de que un cabrón llegue y afirme que tenemos a Dios actuando de nuestra parte y que, además, acto seguido, dicha afirmación quede incuestionablemente confirmada con la aparición, cuasi milagrosa, de un huido desprendido de ropaje, sentido y entendimiento, el hecho, ese hecho, logra que la euforia prenda.

Como para no hacerlo, ¿verdad?

Se agarraban a un clavo ardiendo y lo harían hasta abrasarse la carne y dejar el hueso al aire.

La tripulación entera del *San Telmo* observaba al recién llegado. Con creciente hostilidad en sus miradas. Incluso sus antiguos compañeros, la infantería de marina, recelaban de él. Bien, aceptaban la deserción porque, llegado el caso, cada cual toma sus decisiones. Comprendían que tan respetable había sido marcharse como, tal y como habían hecho ellos, quedarse. Pero ¿regresar desnudo y farfullando?

Cuando tienes a Dios de tu parte, las señales que envía son claras si sabes leer en ellas: aquel hombre idiotizado llegaba para confirmar la buena nueva y advertirles de que se hacía necesario, ¡vital!, recuperar al padre Pizarro. Que, por pura bondad derrochada, se había marchado tras los desertores. Quizás para convencerlos de la conveniencia de retornar a casa, de postrarse e implorar perdón, de, en suma, arrepentirse de su pecado. ¿Puede haber algo más cristiano que eso?

Al padre Pizarro había que traerlo de regreso como fuera. Esa fue la idea que prendió en los cuatrocientos cincuenta hombres sobre la playa. Porque si disponían de una posibilidad, esa posibilidad se concentraba en la punta de los dedos de la mano derecha del capellán del *San Telmo*, en su prédica, en su capacidad para guiarles hacia las salvaciones, hacia todas y cada una de las salvaciones posibles: la espiritual, la física y, por supuesto, la real.

Porlier, también hay que decirlo, se mostró escéptico al respecto. Puede que porque no precisara de clavos ardiendo pues él mismo llevaba días incendiado por dentro. Fuera como fuera, se mantuvo firme en sus convicciones, aunque reconoció el repentino impulso que habían tomado las de los demás. Sus tenientes incluidos.

—¿Lo fusilamos o no? —preguntó Ostos. Daba la sensación de que estuviera a punto de encogerse de hombros. Como si le fastidiara andar buscando certidumbre en torno a algo tan de cajón.

—¡Fusiladlo! —gritó, de repente, alguien de entre la multitud.

—¡Eso! ¡Fusilad al traidor! —Se unió otro.

No fueron cientos, ni siquiera decenas, las voces que se sumaron a la apelación. Estaban demasiado escasos de fuerzas. Pero sí lo eran las voluntades. ¿Acaso alguien no deseaba ser salvado? ¿Y cuanto antes? Pues fusilemos al desertor. Al parecer, ha quedado claramente establecida la relación entre la causa y la consecuencia. Siendo así, ¿a qué diablos espera el brigadier? ¿A que la suerte, siempre esquiva, siempre impaciente, se harte y nos dé la espalda?

—¡Se ha escapado del padre Pizarro! —exclamó un tío cinco o seis filas por detrás del lugar donde se hallaban Bárcena, el contramaestre y los

oficiales.

Si ese no era motivo suficiente, que bajara Dios y lo viera.

—De acuerdo, fusiladlo —accedió el brigadier Porlier. Era un desertor, de eso no cabía duda. El castigo, por tanto, se justificaba de sobra.

En menos de un minuto, se abrió un gran hueco en la playa. Tras un breve intercambio de opiniones, los tenientes decidieron ejecutarlo con el reo dándole la espalda al mar. Con tanto hombre yendo de un lado a otro, lo último que querían era que alguien recibiera un balazo perdido.

—Ponedlo ahí, en la orilla —indicó el teniente Marín. Pensaba solicitar voluntarios de entre la tropa, que es lo usual en estos casos, pero no hizo falta: casi hay tortas para disparar contra el idiota. ¿Y si la suerte empujaba un poco más en favor de quien la auspiciaba? Se trataba de una posibilidad un tanto remota, pero, dadas las condiciones en las que se encontraban, todo lo que ayudara, ayudaba.

Al tal Mínguez lo situaron sobre las piedras donde las olas rompían. Unas olas pequeñas, casi imperceptibles. Apenas se levantaban un palmo, recorrían un breve trecho y se extinguían hasta desaparecer. El agua helada mojó los pies descalzos del desertor.

Había codazos por lograr un sitio de primera fila para observar la ejecución. Y había, propagándose como un reguero de pólvora encendida, una llamarada de indignación contra el pobre Mínguez. ¿Pero cómo había tenido los santos cojones de regresar al campamento? ¿Acaso quería echar por tierra los avances conseguidos por el padre Pizarro? ¿Ahuyentarles la fortuna? ¿Impedir que abandonaran, sanos y salvos, la playa? Suerte tenía el hijo de puta de que el brigadier todavía mandara sobre un destacamento de hombres civilizados. De lo contrario, lo habrían linchado sin contemplaciones.

Durante los minutos que duraron los preparativos, en la playa solo se escuchaban las respiraciones de los hombres y el rumor de las olas rompiendo en torno a los pies de Mínguez. De un Mínguez que, la verdad, se daba muy vagamente cuenta de lo que estaba sucediendo allí. Volvió a intentar farfullar algo y volvió a intentar señalar a Bárcena. Sin embargo, al hacerlo se le deslizó hacia atrás la manta con la que se cubría y prefirió recuperarla. Bárcena, que observaba desde cerca y sin perder detalle, lo miró a los ojos e intentó averiguar si el infante sería capaz de lograr su objetivo: delatarle.

Pues que se diera prisa porque el pelotón de fusilamiento se hallaba conformado. Ostos indicó a los infantes de marina que formaran una fila a doce pasos de distancia de Mínguez. De hecho, el propio teniente los contó dando las zancadas oportunas. El método es el método y las ordenanzas, las

ordenanzas. ¿Preguntáis que si continúan rigiendo sobre la playa? Pues mirad, mirad y sacad vuestras propias conclusiones.

El pelotón se hallaba constituido por diez hombres. Ostos sabía que la tarea caía bajo su mando, pero desconocía, o no recordaba, los detalles. ¿Que cuántos hombres forman un pelotón de fusilamiento una vez el navío ha embarrancado en una playa desconocida y mantenemos el orden, aunque por los pelos? Cinco, diez, los que hagan falta. Se habría conformado con tres. Le habría metido él mismo un tiro en la sien si no hubiera conseguido voluntarios entre la tropa.

Hala, procedamos, que se nos hace de noche.

—Traición… —masculló Mínguez. Contemplaba cómo los que habían sido sus compañeros hasta la noche anterior cargaban los mosquetes y se los llevaban al hombro listos para abrir fuego.

—¿Qué dice? —preguntó Porlier.

Ostos se acercó a Mínguez:

—¿Qué has dicho?

El desertor volvió a balbucear. Lo raro era que fuese capaz de articular palabra. Tras sobrevivir a un devastador naufragio le habían abierto el cráneo mientras cagaba. Después perdió el sentido y lo recobró en cuestión de quién sabe cuánto tiempo. Reparó en que le habían robado la ropa y decidió regresar, solo y desnudo, al campamento. Ahora parecía que se aprestaban a fusilarlo. Por él, perfecto. Que alguien acabara con este vía crucis.

Pero denunciaría antes al tío que participó en su asesinato.

—Traición…

Ostos frunció el ceño. No acababa de entender lo que el reo quería transmitirle.

—¿Qué dice, teniente? —volvió a preguntar Porlier. No es que tuvieran gran cosa que hacer, pero el fusilamiento se les estaba alargando más de lo debido.

—Algo sobre una sanción… —contestó Ostos.

—Se referirá a la suya. Dígale que es por desertar. Y proceda de una santa vez, hágame el favor.

Ostos se acercó a Mínguez, hizo como que le daba las explicaciones que el brigadier le había indicado y regresó junto al pelotón. Escogió a los cinco hombres de mayor altura para que permanecieran en pie. Los otros cinco se situaron, rodilla en tierra, frente a ellos.

—Atención… —dijo desenvainando su sable y alzándolo en el aire. Se había hecho un silencio en el que se podría escuchar el vuelo de una mosca.

Por cierto, en la playa no había moscas. Ni ratas. Raro, verdaderamente raro, pues en el *San Telmo* las llevaban a miles. Se habrían muerto de frío. Al parecer, la mano de Dios actuando a través de la del padre Pizarro era larga, pero no tanto: para los bichos no habría clemencia—. A mi señal…

Fue lo mejor que les había sucedido en días.

* * *

El cielo se abrió durante tres o cuatro minutos y lució el sol. Los hombres levantaron la mirada arriba y lo contemplaron hasta, en algunos casos, dañarse las retinas. Se quedarían ciegos si hacía falta, pero al sol lo miraban de frente a modo de feliz agradecimiento. Por retornar, por abrigarnos, por darnos calor, por ponerte de nuestra parte. Gracias, gracias, gracias.

Después, volvió a encapotarse y comenzó a nevar despacio. Una nieve desganada que humedecía el suelo pero que no llegaba a cuajar. Muchos hombres maldijeron su mala suerte con el clima, pero ninguno sabía que, en realidad, lo que tenían sobre las cabezas era un inesperado trocito de estío en mitad del invierno. Llegarían tiempos peores y los doblarían de rodillas.

De la inicial tripulación de seiscientos cuarenta y cuatro hombres, quedaban quinientos cuarenta y ocho hombres vivos. Solo en aquella jornada, desde que el teniente Ostos hiciera el recuento a primera hora de la mañana, habían caído, por una razón u otra, dieciocho hombres.

De esos quinientos cuarenta y ocho, ciento nueve eran desertores y ya no pertenecían a la tripulación del *San Telmo*. Si el rigor del clima no acababa con ellos, la dotación bajo las órdenes del brigadier Porlier debería capturarlos y ejecutarlos. Era la ley.

Por suerte para los ciento nueve desertores, la ley no llegaba tan lejos. Y, si llegaba, lo hacía de forma etérea e invisible. Como el polen de las flores en la primavera española: caminas campo a traviesa y el germen de un millón de plantas te rodea con dulzura, te acuna, te reviste de una languidez plácida y acogedora. Como el vientre de una madre.

Irisarri se había convencido de que por la mano del padre Pizarro actuaba Satanás. Eso, si él mismo no era el propio demonio personificado. Tras la mirada en la hoguera, cualquier duda se disipó como el vaho de sus alientos. No, no serían el frío gélido ni los hombres que continuaban bajo la disciplina del brigadier los que acabarían con ellos. Sería el mismísimo Satán.

—No me hace ni puta gracia que esté con nosotros —le dijo Irisarri a Zarraluqui. Tras extinguirse la fogata, la columna se había puesto de nuevo en marcha. Caminaba en dirección opuesta a la playa de los naufragados con la

sola esperanza de que, en su senda, hallaran la salvación. Tan sencillo como ello, y tan improbable si llevaban a su lado al auténtico Lucifer.

—Pues está y se acabó —trató de zanjar la cuestión Zarraluqui. No tenía la menor intención de discutir sobre aquello. Estaba, como todos, demasiado cansado como para andarse con estupideces.

—No soy el único que piensa así.

Puede que Irisarri delirara en ocasiones, pero no ahora. Entre los infantes de marina había corrido el rumor de que el padre Pizarro era algo más que un cura. Todos lo habían visto amansar a una orca, así que tampoco se hacía necesario elucubrar gran cosa: lo uno llevaba a lo otro de forma natural e irremisible.

Ese tío tiene algo, no sabemos qué es y desconocemos en qué nos beneficia. Y, más importante aún, si nos salvará o nos matará.

Había intranquilidad, pero como para no haberla. Irisarri, de una manera inconsciente, se había convertido en el fermento del desasosiego. Al menos, él no murmuraba por lo bajo, sino que hablaba en voz alta y diciendo las cosas claras.

Mientras tanto, no conviene olvidar que existía en marcha un plan, un plan que estaba destinado al fracaso y que fracasó en ese preciso instante. Lo raro fue que se mantuviera en pie durante tanto tiempo…

En la retaguardia de la columna de desertores caminaban los hombres más débiles. De cuando en cuando, alguno se rezagaba, bien porque le dolían los pies, bien porque se quedaba sin resuello a causa del frío en los pulmones. O por puro agotamiento: algunos infantes de marina eran simples muchachos a los que una racha de viento los había levantado de sus cuarteles andaluces y los había dejado caer en mitad del infierno. ¿Cómo no iban a creer que Satán los rondaba? ¿Cómo?

Quedarse atrás no significaba el abandono. Tampoco la detención de la columna. No se dejaría a nadie atrás y no se interrumpiría el avance. Conjugar ambas determinaciones devenía, cada vez más a menudo, en una imposibilidad manifiesta. Si un infante se paraba, los que avanzaban a su lado le conminaban a continuar. Por lo habitual, el hombre respondía a los requerimientos y retomaba la marcha. Cuando así no sucedía, se pasaba a las amenazas: que si te dejaremos aquí, que si estarás perdido fuera de la disciplina del grupo, que si tal, que si cual. A un hombre completamente desesperanzado, y la desesperanza era el sentimiento que más rápido se extendía entre aquellos desgraciados, las exhortaciones y las advertencias le entraban por una oreja y le salían por la otra. ¿Qué podía ir peor si lo

abandonaban a su suerte? ¿Que se moriría? Si así sucedía, todavía deberían explicarle en qué consistía el empeoramiento.

Uno de estos infantes tomados por el abatimiento final se detuvo, dejó caer su mosquete y observó la espalda del resto de hombres avanzando. Despacio, pero con un ritmo constante. Hacia ningún lugar y hacia todos los lugares posibles.

—Eh, vamos —le apremió uno al girarse y verlo parado en mitad de la nada.

El infante no respondió. Se limitó a quedarse quieto y con la mirada perdida. Tendría unos diecinueve años. Puede que ni los hubiera cumplido todavía.

—Vamos… —repitieron desde la cola de la columna—. Tío, no nos hagas regresar a por ti. Los demás también estamos muy jodidos.

Por toda respuesta, el infante se clavó de rodillas. Continuaba con la cabeza alta y la mirada fija en los compañeros que le hablaban.

Entonces se hizo, aunque a regañadientes, lo que había que hacer: volverse, desandar el trecho que los separaba del tipo y ayudarle a que se reincorporara. Fueron cuatro o cinco hombres. Alguno bufaba por lo bajo y se escuchaba el sonido que sus armas realizaban al caminar.

—Venga, hay que seguir —dijo un infante cuando estuvo a dos pasos de distancia del rezagado. Usaba un tono amistoso, deliberadamente apacible.

El infante que caminaba a su lado añadió algo parecido. Vamos, no seas estúpido. Si te quedas atrás, solo te aguarda una muerte segura. Estamos muy cerca, compañero. Todos vamos jodidos en la popa, ¿sabes?

Sabían. El resto de infantes que caminaban a su lado se volvieron hacia él. Lo miraron de arriba abajo, se fijaron en su cara y hasta entornaron los ojos como si así la certeza fuera mayor.

—Yo a ti te conozco —dijo uno.

—Claro, aquí nos conocemos todos.

—No, no, quiero decir que te conozco del *San Telmo*.

—¿De dónde iba a ser?

—¡Que te digo que te conozco del *San Telmo*, hostias! ¡De la tripulación!

Aquí fue donde uno no supo qué decir y el otro lo supo todo:

—Tú eres De la Torre. Un marinero. Estuviste en la segunda guardia sobre la cubierta del *San Telmo*. Después de que rompiéramos el timón y el brigadier nos confinara a todos abajo.

El alférez Manrique no cometía demasiados errores, pero el de infiltrar a un marinero con un rostro popular entre las filas enemigas había supuesto uno

que igualaba, con creces, todos sus éxitos anteriores. Una carrera repleta de buenas decisiones se iba a freír espárragos en un instante.

—Me confundes con otro —trató de defenderse De la Torre.

—Por los cojones.

—Que sí.

—Avisad al resto.

Avisaron al resto. Por los rezagados, la columna no detenía su avance. Por los infiltrados, al momento y de buena gana. Vamos a ver qué pasa ahora aquí. ¿Te envía el brigadier? ¿Sí? ¿Con qué fin? ¿Quieres ver cómo te rajamos la tripa, cabronazo?

Sotomayor y Zarraluqui se abrieron paso entre el grupo de infantes apelotonados en mitad del camino. Escalante, Téllez e Irisarri los seguían a corta distancia. Muchos infantes aprovecharon la ocasión para sentarse a descansar. ¿Un infiltrado? Bien… Bien, haced lo que sea preciso, pero dejadnos descansar un momentito. Será un siesnó. ¿Ajusticiarlo de inmediato? Por supuesto por supuesto…

—¿Qué pasa? —interrogó Sotomayor.

—Este no es de los nuestros —respondió el infante que había reconocido a De la Torre.

—Sí lo soy —intervino el propio De la Torre. Sabía que lo hacía a la desesperada.

—No lo eres. Ese uniforme que llevas puesto no es tuyo —dijo el infante.

—¿Eres de la infantería, tío? —preguntó Sotomayor.

—Sí —respondió De la Torre.

—No —repuso el infante.

—Yo también diría que no —se sumó Sotomayor.

—No lo eres —sentenció Irisarri.

No lo era y el propio De la Torre se dio cuenta de que era imposible engañarles. Intentó algo diferente:

—De acuerdo, tenéis razón. Solo soy un marinero. Quería largarme y cuando vi que vosotros lo hacíais… Bueno, os seguí.

—¿Y ese uniforme?

—Lo encontré por ahí. Me pareció que haciéndome pasar por uno más, tenía más posibilidades… Sé que nos os gusta demasiado la marinería y, además…

De la Torre dejó de hablar. No iba a convencerlos de nada. Lo leía en sus semblantes.

—¿Cuántos más sois? —continuó interrogando Sotomayor. Se hallaban bastante lejos del campamento, pero no convenía tomarse a la ligera al brigadier.

—Solo yo. Os lo juro, estoy solo.

—Mientes.

—No me jodas, tío. En serio, ¿crees que alguien más iba a seguiros hasta aquí? Mirad, no vamos hacia ningún lugar. Estamos perdidos.

—No lo estamos —intervino Irisarri. Tenía un brillo en la mirada. Una especial tensión en los hombros—. Al contrario: hemos encontrado el rumbo.

Sotomayor, Zarraluqui, Téllez y Escalante se volvieron hacia él. ¿Incrédulos? No, pero sí sorprendidos. De nuevo, Irisarri ponía palabras a lo que flotaba en el aire. Un don único, si se quiere. O, simplemente, más miedo del que querría admitir.

Irisarri no solo se había convencido de que por la mano del padre Pizarro actuaba Satanás, sino de que eso, precisamente, era lo que iba a sacarlos con vida de aquella.

—¿Que habéis encontrado el rumbo? —preguntó De la Torre. Él, a diferencia de la mayoría de los tipos que tenía frente a sí, no era un crío. Pertenecía a la tripulación del *San Telmo* desde hacía años y había visto demasiado como para que, ahora, un imberbe le fuera con milongas—. Mirad, idiotas, estáis perdidos en el puto culo del mundo. Nadie va a acudir en nuestro auxilio, ¿comprendéis?

Quien amansa una foca, amansa un marinero con el culo pelado. El padre Pizarro se aproximó y enfiló a De la Torre con una mirada que partía peñascos.

—Adorad a Dios y servidlo solo a Él —dijo.

Para ser el diablo, no parecía una sentencia maligna en exceso.

—Es lo que intento, padre —repuso De la Torre.

—Pues no lo hagas —jugó con él el cura.

—¿Cómo dice, padre?

—Que no intentes adorar a Dios porque, si lo haces, jamás los más ricos y prósperos territorios del mundo serán tuyos.

Irisarri miró a Sotomayor, Sotomayor a Zarraluqui y Zarraluqui casi se mea encima. ¿No habló así el diablo cuando tentó a Jesús en el desierto? Los reinos más exuberantes del mundo ante él y la posibilidad de gobernarlos solo si inclinaba la rodilla ante el maligno, si se postraba frente a él.

—Mi madre… —farfulló Zarraluqui.

—¡No adores a Dios, hijo mío, pues el camino hacia tu destino se verá nublado! ¡Habrá un vendaval de ruido y de falsas identidades! ¡Habrá confusión, dolor y nombres escritos en vano! ¡No, hijo mío, no! Han concluido los tiempos de la bondad. Ahora caminamos desde el desastre y hacia lo inhóspito. Y, para este viaje, solo la especial compañía de un Nombre que recoja vuestros nombres será necesaria. ¡Escuchadme cuando os digo que yo sé qué hemos de hacer! ¡Oídme cuando os imploro razón y sentido! Iremos hacia el lugar donde el Nombre se pronuncia una sola vez. Pero no podremos escucharlo, pues el Nombre verdadero carece de sílabas y de sonidos audibles. ¡Resonará, oh, resonará en lo más hondo de nuestras almas y así, solo así, comprenderemos!

Nadie tuvo agallas para quebrar el silencio que se cernió sobre ellos cuando el padre Pizarro hizo una pausa. Solo Irisarri, ansioso por verse reafirmado en la convicción de que hablaba con el mismísimo Satanás en persona, preguntó:

—¿Qué… qué comprenderemos, padre?

Pizarro no se volvió hacia él ni ofreció una respuesta inmediata. Al contrario, se tomó algo de tiempo antes de añadir:

—Que el nombre de este hombre ha de ser entregado.

—¿A… a quién, padre?

* * *

Había que traer de vuelta a la playa al padre Pizarro. Si tenían alguna posibilidad de salir con vida de aquel lugar, esa posibilidad estaba en las manos del padre Pizarro. ¿Cómo no se les había ocurrido antes? Esto lo saben hasta los niños de tres años: solo con Dios de tu parte, como ha sido siempre y siempre será, la salvación es posible.

Bárcena lo había asegurado y Mínguez, con su funesta aparición, confirmado. Dios no nos ha abandonado. Está aquí, sigue con nosotros, aunque no nos lo pondrá fácil, porque ¿cuándo el Señor no ha exigido algo a cambio de su chorro de magnanimidad? Hemos de ser buenos, buenos en el sentido cristiano del término, piadosos, honrados, compasivos los unos con los otros.

Por supuesto, traeremos de vuelta al padre Pizarro y lo haremos por las buenas o por las malas. Cierto grado de violencia es admisible a los ojos de Dios. Sobre todo cuando se pone en práctica al servicio de un bien superior y quienes son objeto de nuestra ira se la merecen. Como Jesús en el templo.

¿Había cambistas y vendedores de ganado en la casa del Señor? Pues sin medias tintas y a correazos.

Siendo honestos como lo estamos siendo, conviene añadir que todos en el campamento sobre la playa se declararon partidarios de traer de vuelta, y cuanto antes, al capellán del *San Telmo*. Pero de todos, de los cuatrocientos cincuenta hombres que se apiñaban allí, ni media docena levantó la mano cuando el teniente Marín pidió voluntarios.

Porque una cosa es desear algo y otra bien distinta poner tu pellejo en peligro para conseguirla. El clavo ardiendo al que se agarraba la tripulación del *San Telmo* era un clavo que ya quemaba lo suficiente como para exigir sacrificios adicionales. ¿No ves, por el amor de Dios, que me estoy abrasando vivo? ¿Acaso este no supone un suficiente acto de fe? ¡Mira mi mano achicharrada! ¡Me mantengo de vuestro lado, pero que vaya otro!

Así las cosas, el brigadier Porlier estuvo a punto de desechar la idea. Ni siquiera creía que se tratase de un plan beneficioso para ellos. El padre Pizarro, fueran cuales fueran sus intenciones, se había marchado con los desertores. Y puesto que los desertores, tal y como el marinero Bárcena le había confirmado, continuaban dando tumbos por ahí, no parecía que la influencia del sacerdote fuera para echar las campanas al vuelo. ¿Que había amansado una orca con sus propias manos? Habría que verlo para creerlo. ¿Cómo? ¿Una orca fuera del agua? ¿En la playa? ¿Desde qué distancia observaron el suceso? ¿Mucha? Entonces, ¿por qué había que creer en el carácter sobrenatural del incidente?

No, Porlier no creía en nada de lo que había escuchado en las últimas dos horas. Bastantes problemas tenía ya como para buscarse, inútilmente, más. El hecho de que los desertores no hubieran sido salvados de inmediato por regimientos celestiales confirmaba sus sospechas. Seguían todos en el mismo barco, sin que esto suene irónico: en el mismo barco que está ahí mismo, embarrancado sobre una quilla hecha añicos.

Dificultades aparte, Marín consiguió reunir un grupo de voluntarios. A algunos los empujaron más las circunstancias que la determinación o el arrojo, pero se dispusieron a ir. ¿Quién quería que lo tomaran por un cobarde? Pues la totalidad de la marinería, los pajes y los grumetes, y un buen número de los artilleros. A todos ellos les traía sin cuidado qué pensaran los demás sobre sus disposiciones. Bastante tenían con luchar para mantenerse con vida.

Sin embargo, y para regocijo general, en la playa quedaba un buen número de idiotas. La infantería de marina siempre está ahí cuando la necesitas.

—No desprotegeré la posición —advirtió Porlier. Consentía que se formara una partida para dar alcance a los desertores, los atacara, recuperara con vida al padre Pizarro y lo trajera de vuelta a la playa. Pero la playa debía continuar siendo un lugar seguro. Esta condición era innegociable.

—Desde luego, señor —acotó Marín.

—Tenemos un problema —dijo Ostos.

¿Uno?

—Adelante, teniente —se interesó Porlier.

—La partida no puede estar formada por infantes de marina —sentenció Ostos.

—¿Ah, no? ¿Y qué quiere que llevemos? ¿Una docena de pajes? ¿Muchachos de diez años incapaces de sujetar un mosquete?

—No, desde luego que no. Pero no podemos llevarnos soldados a luchar contra soldados.

—No tendría por qué haber lucha. ¿Va a comandarla usted, Ostos?

—Si usted lo ordena…

—Yo no ordeno nada. Sinceramente, enviar una partida de hombres a rescatar al padre Pizarro me parece una soberana pérdida de tiempo. Si de mí dependiera, de aquí no se movía nadie más.

—De usted depende.

Porlier fijó su mirada en la del teniente Ostos. Le seguía doliendo mucho la cabeza. Y tenía más frío del que podría suportar un español medio durante toda su existencia. Así que, tonterías, las justas.

—No me joda, teniente. Sabe tan bien como yo que no me puedo negar a esto. Debo autorizar la expedición de rescate porque así lo desea la mayoría de la tripulación. ¿Quieren al puto cura? Pues no seré yo quien impida que aquí esté el puto cura. Hoy mejor que mañana. Lo más precioso para mí en este momento es la moral de los hombres. Si nos venimos abajo, sucumbimos en cuestión de horas. Y le juro por mi santa madre, que en paz descanse, que no será su hijo, Rosendo Porlier y Asteguieta, quien eche sobre sus espaldas la responsabilidad de la liquidación del *San Telmo*. Ya lo he embarrancado. Deje que haga todo lo que esté en mi mano, absoluta y radicalmente todo lo que esté en mi mano, para salvar a la tripulación.

El brigadier sentía la tentación de creerse sus propias palabras. Sin embargo, necesitaría una dosis de cinismo o de inconsciencia adicionales con la que no contaba. El problema de los lúcidos: que siempre ves el vaso medio vacío porque lo está y, aunque trates de vestirlo, lo seguirá estando.

¿Vestiría la situación el padre Pizarro? Sí, sin duda. Pues adelante, tráiganmelo.

—Disculpe, brigadier —dijo Ostos—. No pretendía molestarlo.

Porlier asintió a modo de aceptación. Entre los oficiales, las maneras se mantenían intactas. Y el respeto a los galones. Algo era algo.

—¿Qué me decía, teniente?

—Que si acudimos al rescate del capellán con una partida constituida por infantes de marina nos arriesgamos a que, a la hora de la verdad, se nieguen a enfrentarse a sus compañeros de armas. Recuerde que los que han desertado son, en su totalidad, miembros de la infantería.

—¿Cree que el enfrentamiento es inevitable, teniente?

—Creo que es posible, brigadier. Y dudo de la respuesta que nuestros infantes, los que ahora mismo permanecen en el campamento, ofrezcan una vez que nos hayamos alejado de aquí.

—El hecho de que permanezcan entre nosotros no asegura su eterna fidelidad, ¿no es así, teniente?

—Me temo que así es, señor.

—¿Marín?

—Opino igual que Ostos, señor. Se trata de hombres muy jóvenes y me atrevo a decir que la mayoría no desertó porque no logró reunir los arrestos necesarios para hacerlo.

El brigadier levantó su labio inferior sobre el superior. Necesitó un par de segundos para rumiar las aportaciones de sus dos tenientes y darlas por buenas.

—¿Y qué sugiere, Ostos? —preguntó para romper el silencio.

—Deberíamos ir con la artillería.

—¿Cómo dice?

—Que pienso que nuestra mejor opción pasa por completar una partida con artilleros. Son hombres recios que sabrán moverse en este territorio inhóspito. Mucho mejor que los infantes de marina, no le quepa duda.

—No me cabe duda. De lo que sí me cabe es de que sea usted capaz de convencerles de la bondad de la misión. Son artilleros. Los mejores que han servido bajo mi mando, pero artilleros de un modo u otro.

—La mayoría es reacia, no se lo niego. Pero he observado sus rostros hace un rato. Hay varios hombres que tienen ganas de mover el culo, si me permite la expresión.

—¿Tiene nombres concretos en mente, teniente?

—Urquizu, Valdivia, Dávila, Reig y Atienza. Desembarcaron el cañón a las órdenes del teniente Marín. Todos acumulan experiencia sobrada y sirven en el primer puente.

El primer puente de un navío de línea suponía la madre del cordero. Allí se alineaban los monstruosos cañones de treinta y seis libras, unas bestias brutales que podían, con su potencia de fuego, decidir la suerte de una batalla. En plata, y ahora que ya nada importa demasiado: lo que no decidieran las baterías del primer puente, las que podían lanzar feroces descargas contra el enemigo sin desestabilizar la propia nave, no lo decidía ni Dios. En pie ante estos cañones y un respeto para los tíos que los sirven. No hay muchos que puedan, sin dobleces, estar a su altura.

—De acuerdo… —accedió, aunque no convencido del todo, Porlier—. ¿Saben disparar un mosquete?

—Supongo que sí, brigadier. Aunque estarán desentrenados.

—¿Hay mosquetes y munición de sobra?

No le parecía conveniente pedir a los infantes de marina que no habían desertado, que entregaran sus armas y sus cartucheras. En ese caso, ¿para qué demonios estaban aquí? ¿Debían defender la posición a bofetones?

—Tenemos una decena de mosquetes y varias cartucheras con algunos cartuchos. Fue lo que quedó en los pañoles de la munición cuando el sargento Rodríguez armó a toda la tropa. Ya sabe, durante el embarrancamiento… Él pensaba que nos atacaban y…

—Lo sé, lo sé —cortó Porlier. Conocía la historia. El sargento creyó que tocábamos a zafarrancho de combate y armó a sus hombres. En buena hora, la verdad sea dicha—. Bien, adelante, teniente. Póngase en marcha y que Dios lo acompañe.

Marín estiró los labios en lo que simuló ser una sonrisa desangelada. Iban, precisamente, en búsqueda de Dios. ¿Podría, al tiempo, acompañarlos Él en el camino? ¡Omnipresencia, omnipresencia! ¡A ella fiaban su fortuna!

Se había decidido, de una manera un tanto informal, que la partida la dirigiera el teniente Ostos. Este no tenía motivos para oponerse, pero se sentía algo incómodo. De alguna forma, era consciente de sus capacidades, pero también de sus limitaciones: no se le daba demasiado bien tratar directamente con los hombres. Lo hacía, por supuesto, pero porque a la fuerza ahorcan. Ojalá Hernaiz no la hubiera palmado de aquella manera tan tonta durante el naufragio del navío. Un alférez, a su juicio, sabría conducirse mucho mejor con los hombres.

Mientras Marín se ocupaba de preparar las armas, Ostos se dirigió hacia el lugar donde la sección de artillería, unos cuarenta hombres en total, se hallaba reunida en torno a una piedra. Aguardaban a que se diera permiso para encender las hogueras y, mientras tanto, y con la excepción de los artilleros destinados en la guardia del cañón que apuntaba hacia el mar, pasaban la jornada sin ocupar su tiempo en nada. Más o menos, como el resto de la tripulación.

En teoría, la artillería pertenecía, al igual que la infantería, a la tropa embarcada. En la práctica, existía un abismo entre unos y otros. Mientras que los infantes eran lisa y llanamente despreciados por todos los hombres de a bordo, a la artillería se la toleraba e, incluso, hasta respetaba. Tenía mucho que ver en esto la percepción que cada cual mantuviera de sí mismo y de los que le rodeaban: mientras que los infantes eran hoy unos y mañana otros, la artillería no. Tú puedes transportar soldados para que hagan trabajo de soldados. Es sencillo: basta con que ocupen los lugares que a bordo se les asignen, no molesten demasiado durante las travesías y se batan fieramente el cobre en el momento en el que el capitán lo ordene. En la borda propia, en la abordada, en un desembarco o donde sea. Vas y lo das todo hasta que alguien se rinda o te maten.

Sin embargo, los artilleros se hallaban hechos de otra pasta. Conocían el navío como la palma de la mano porque de otra forma no podrían hacer su trabajo. La artillería no entra en combate a la buena de Dios. Al contrario: los artilleros entendían tan bien el buque que cada movimiento en él resultaba preciso, exacto, correcto. Eso, o el cañón te arrancaba un brazo, o una pierna, o un ojo.

La marinería respetaba a los tipos que sabían qué era abrir la porta de una tronera y sudar la gota gorda en ella. No hasta el extremo de considerarlos sus iguales, pero casi.

—Urquizu —dijo el teniente Ostos. No había terminado de pronunciar el nombre cuando el aludido ya se había puesto en pie.

—¿Señor?

—Te vienes conmigo. Valdivia, Dávila, Reig y Atienza. Vosotros también.

Los señalados se pusieron en pie. Cinco artilleros que sumaban, entre los cinco, trece amputaciones. ¿Tenían o no tenían experiencia los cabrones?

—¿Adónde nos dirigimos, teniente? —preguntó Reig.

Ostos ya se había dado media vuelta y se encaminaba hacia el lugar donde Marín se hallaba preparando los mosquetes y las cartucheras.

—Vamos en misión de Dios.

⁎ ⁎ ⁎

Hacer el mal para que todo salga bien. Este es el resumen. Podríamos adornarlo, explicarlo con otras palabras, de otro modo, pero el fondo no cambiaría. Vamos a dar por culo para que alguien lo vea, se regocije y nos dé un respiro. Que puede que merezcamos o puede que no, pero que necesitamos como el comer.

Salimos de esta isla o perecemos en menos de cuarenta y ocho horas. No existen más formas de verlo. Por más que te empeñes, no existen más.

Los desertores, no obstante, se empeñaron. Eran desertores, claro que lo eran. Sin embargo, uno no viene a este mundo y, en cuanto adquiere consciencia de sí mismo, se dice: eh, un día yo seré desertor de la infantería de marina española; no veo el momento de que suceda.

Al contrario, los ciento nueve desertores que había sobre la isla, los ciento nueve que tomaron la decisión de levantarse en mitad de la noche y poner tierra de por medio, no eran nada de lo que podría pensarse de ellos: ni malos tipos ni seres inicuos ni ventajistas que esperan sacar algo al final de todo esto.

Eran hombres con mala suerte. Un puñado de muchachos demasiado jóvenes a los que el destino, ese hijo de puta, los había colocado en una tesitura que no estaba prevista. Que no solo no estaba prevista, sino que, no estándolo, se aparecía ante ellos como la más demencial y perturbada de todas las posibles. Entiende lo que les pasa. ¿Lo haces? ¿Te pones en su pellejo? Porque si no lo haces, si pasas de puntillas, no comprenderás nada de lo que sigue. Te vas a perder la parte auténtica de la verdad sucedida. El pedazo de irrebatibilidad que existe en cada acto pasado, presente y futuro.

Por esto, cuando los desertores interpretaron las palabras del padre Pizarro, las tradujeron al idioma que todos hablaban, las tornaron comprensibles hasta para el más memo de ellos, se horrorizaron. ¿Cómo no iban a hacerlo, por el amor de Dios? Tenían al diablo a su lado, lo cual, en principio, causaba cierto estupor, pero nada más. Cuando, literalmente, te mueres de frío, la presencia de Satanás en las inmediaciones no es algo que te perturbe. Bien, ojalá que no estuviera, ojalá que una legión de ángeles descendiera ahora mismo desde el cielo y nos rescatase en almadías celestiales, pero, mientras eso no pase, sucede lo que sucede: que Satán ha encontrado un hogar a nuestro lado.

Del dicho al hecho hay un trecho. De saberlo, de reconocerlo, de comprenderlo a actuar, media una distancia mayor que la que existe desde el cabo de Hornos hasta aquí. Ahora el diablo nos pide que hagamos algo. Que convirtamos un influjo etéreo en una acción de la que no habrá vuelta atrás. Hechos, hechos y más hechos. ¿No queréis salir de la isla? Pues comenzad a hacer el mal. Hacedlo para que todo salga, más tarde, bien. Una lógica perversa, qué duda cabe, pero es la perversa lógica del diablo. ¿Qué esperabas?

El nombre de ese hombre, de De la Torre, debía ser entregado al Nombre. Así lo había explicado el padre Pizarro. Lo dijo en voz alta y se calló. Durante un buen rato no añadió nada. No hacía falta. Los hombres disponían de toda la información precisa y podían tomarse unos minutos para rumiarla. El demonio, si así puede lograr un mal mayor, acostumbra a mostrarse comprensivo. Puede parecer benigno, pero no: una vez más, resulta, como corresponde, diabólico.

Tenían que sacrificarlo. O, en lenguaje más comprensible para la infantería, ejecutarlo. ¿Cómo? Llevaban casi ocho mil balas encima. Una más, una menos, no se notaría. Para la infantería no había más preguntas que hacer.

Sin embargo, el padre Pizarro resultó, al respecto, taxativo:

—Al Nombre se lo sirve con silencio y resplandor.

Debían, pues, acuchillarlo. Rebanarle el cuello o algo por el estilo. Honestamente: nadie tenía ganas de matar a nadie. Escalante, el primero.

—Yo no pienso participar en esto —manifestó, rotundo. La columna volvía a estar en marcha. Porque sí, había que darle un nombre al Nombre, pero ello no significaba que, de pronto, una puerta se abriera en mitad de la nada y, atravesándola, todos accedieran a un verde prado español. Creían en el poder de Satán, aunque no tanto.

—¿Acaso piensas que a mí me hace gracia? —replicó Irisarri. Se había convencido, firmemente y sin fisuras, de que Pizarro era el diablo. O, al menos, de que la mano del maligno actuaba por la del capellán. Sin embargo, aborrecía verlo caminar al lado de ellos. Aunque en su mano se hallara la salvación.

En Irisarri, y en muchos más hombres, engordaba una conmoción dolorosa: que también es mala suerte que nuestra buena suerte dependa de quien nos ha de traer la condenación tras la salvación.

—Pues ya me dirás qué hacemos…

Irisarri necesitó varios minutos para responder. Como tenían tiempo, se tomó todo el del mundo. La columna avanzaba rodeando la base de una montaña más o menos alta cuya cumbre se hallaba cubierta de nieve por completo. Ni siquiera se habían detenido a deliberar cuál suponía la mejor opción: los hombres que marchaban en vanguardia eligieron un camino y el resto les siguió.

—Matarlo, claro —concluyó, Irisarri.

Porque si de la muerte de un solo hombre depende la salvación de los demás, morirá. De hecho, siendo sinceros, moriría igualmente si, en lugar del grupo al completo, solo estuviera en juego la vida de una sola persona. Al final, quien más, quien menos, prefiere su propia vida a la de cualquier otro.

—¿Lo acuchillarás tú? —preguntó Zarraluqui, que había escuchado las palabras de Irisarri. No lo preguntaba con segundas intenciones: quería saber realmente si Irisarri estaba dispuesto a hacerlo. Media un abismo entre aprobar que se realice una tarea, no oponerse o, simplemente, mirar hacia otro lado, y dar un paso al frente para llevarla a cabo tú mismo.

—¿Por qué yo? —replicó Irisarri. Se lo veía incómodo, molesto.

—¿Y por qué no tú? Al final, tendrá que ser uno de nosotros.

—Yo no voy a matar al marinero —dijo Escalante.

—Lo harás si te toca.

—¿Y quién me va a obligar?

La conversación terminó ahí. Al menos por el momento, nadie más tenía ganas, ni fuerzas, para seguir discutiendo. Caminaban, ¿no? Permanecían vivos, ¿no? Pues adelante. A De la Torre lo habían maniatado y marchaba en mitad de la columna. Lo cierto era que el marinero apenas había ofrecido resistencia: le pidieron que extendiera los brazos y un infante se los sujetó, con un trozo de cabo, a la altura de las muñecas. Ni siquiera habían apretado demasiado el nudo.

¿Adónde iba a escapar si la llave hacia la única escapatoria posible la tenían ellos y se llamaba Pizarro?

* * *

Mientras tanto, el alférez Manrique, junto a Pinto y Moreno, los dos marineros que le quedaban tras la partida de Bárcena y la infiltración de De la Torre, continuaban siguiendo el rastro de los desertores. En ocasiones se acercaban demasiado a la retaguardia de la columna y, entonces, el alférez mandaba parar y aguardar a que se abriera una brecha entre los unos y los

otros. Ya había caído De la Torre. Si ahora caían ellos, nadie podría hacer nada por salvarlos.

—Yo propongo que regresemos al campamento e informemos al brigadier —dijo Moreno. Se hallaban agazapados tras una loma de piedras. Tras otra loma de piedras. Y otra, y otra. Se pasaban las horas agazapados tras lomas de piedras. Teniendo en cuenta que el alférez y los dos marineros eran gentes de mar, tanta loma y tanta piedra clavándoseles en el estómago empezaba a hastiarles.

—Tú no propones nada —contradijo Manrique. Utilizaba un tono condescendiente con el que pretendía evitar un arrebato en los marineros que terminara en amotinamiento. Si hubiera sabido cómo hacerlo, habría cambiado la condescendencia por cierta comprensión. Pero para un oficial de la Real Armada, el solo hecho de estar allí tratando casi como a iguales a dos miembros de la marinería ya suponía un salto al vacío de los que causan vértigo y temblores. Se apañaba como podía. Y los marineros, la verdad, tampoco tenían excesivos problemas con el trato condescendiente: representaba bastante más de lo que habrían recibido del alférez en caso de seguir a bordo del *San Telmo*.

—Como usted diga, alférez, pero parece que las cosas se han puesto feas para De la Torre —dijo Moreno.

—Lo sé, lo sé. ¿Crees que no me doy cuenta?

—Algo hay que hacer —terció Pinto—. Lo llevan maniatado. Además, no me gusta nada la actitud del padre Pizarro…

Habían observado cómo, hacía un rato, el capellán sermoneaba a la tropa con De la Torre en medio de todos ellos. No habían logrado escuchar las palabras exactas que el cura había pronunciado, pero no les dio buena espina. Como casi siempre que el padre Pizarro peroraba, por otra parte.

—No me gusta nada… —repitió Pinto mirando en dirección a la columna que se alejaba.

* * *

El padre Pizarro avanzaba cerca de De la Torre. Como si no quisiera perderlo de vista, ahora que ya lo había recolectado para el Nombre. Una buena pieza, el tal De la Torre. Robusto, fornido, dotado de esa solidez tan necesaria para contener un alma de las buenas.

El espécimen perfecto.

Desde el mismo momento en el que el padre Pizarro había comprendido que el *San Telmo* se hallaba perdido, mucho antes, por supuesto, de arribar a

estas tierras, él había asumido su misión. De una forma natural y lúcida: el capitán dirige el barco, el contramaestre dirige a la marinería, el capellán dirige almas recolectadas hacia el lugar adecuado. De ser pastor que guía, de ser perro que encamina ovejas, de convertirse en faro para almas que navegan sin derrota aparente, de todo ello se construía su esfuerzo, su labor y su oficio.

Un simple encantador de espíritus, nada más que eso. Desde la más esencial de las humildades, pero también a través de una firmeza que destrozaría muros, que echaría abajo montañas, que no dudaría en emprenderla, si fuera necesario, contra un ejército perfectamente pertrechado y dispuesto.

¿Salían las cosas según lo previsto? Bueno, el padre mentiría si afirmara que no. ¡Los acontecimientos se precipitaban a buen ritmo y en la dirección oportuna! ¡Pero porque era lo que debía suceder, lo que estaba escrito que fuera, lo que hasta el último de aquellos hombres precisaba!

Y sí, por supuesto que daba empujones en la dirección adecuada. ¿Acaso los perros que pastorean un rebaño no muerden de cuando en cuando las patas de las ovejas? No es algo que agrade al pastor. Pero los perros lo hacen y los pastores, si no se daña al ganado, lo toleran con el gesto circunspecto: no existe mejor aliado para un hombre que su perro y el hecho de que el animal se exceda, de cuando en cuando, algo en su celo, no supone razón para castigarlo. Si acaso, una regañina amistosa, un ligero pescozón afable en la parte alta de la cabeza, un toque de atención que todos saben que quedará en nada.

Así se veía a sí mismo el capellán del *San Telmo*. Vestido, todavía, con su uniforme rigurosamente negro, caminaba portando su biblia en una mano y su rosario de cuentas de madera en la otra. Un avance lento a través de caminos ásperos y un áspero avance a través de las lentas rutas que conducen al Nombre. Perseverar. Perseverar y no desfallecer jamás. Tenía tanto trabajo por delante que el simple hecho de pensar en él lo agotaba. Y lo llenaba, por qué no decirlo también, de júbilo y de pasión: quedaban cientos de nombres descarriados, cientos de hombres aún respirando sobre este paraje yermo y desamparado.

El rebaño que le había sido asignado. Lo conduciría, aunque fuera lo último que hiciera en la vida. Empujoncito a empujoncito. Solo rogaba que las fuerzas lo acompañaran, que no desfalleciera, que la intensidad de la energía que lo impulsaba no faltara en las yemas de sus dedos. Se encomendaba al Nombre.

* * *

Domingo Sanz se hallaba afinando una existencia, de por sí, ya hartamente sencilla. Había pasado gran parte de la jornada yendo de una playa a otra, sin avanzar al modo en el que lo hacía el resto de hombres: él caminaba, se topaba con un lugar, lo admiraba durante un rato y, después, dejándose guiar únicamente por su instinto, continuaba hacia delante o daba marcha atrás. Hubo playas que visitó hasta tres veces. Cuando tenía hambre, robaba la comida de los albatros; cuando tenía sed, buscaba un poco de nieve, la recogía usando ambas manos a modo de cuenco y esperaba a que se derritiera antes de lamer las gotas de agua resultantes.

En ningún momento se sintió solo o extraviado. Al contrario: gozaba tanto de aquella maravilla que se extendía, grandiosa, ante sus ojos abiertos de par en par, que cualquier emoción distinta a la de la plena complacencia carecía de hueco en su corazón.

Recordó, también, algo que el cocinero del castillo de popa le había repetido una y mil veces: Domingo, es de bien nacido ser agradecido. Por ello, en una de sus idas y venidas, se detuvo y caviló durante largo rato. Se hallaba en una playa de no más de un centenar de pasos de longitud. Poco más que una cala sin apenas profundidad. Observó varios nidos de albatros en uno de los promontorios situados al este y una pequeña colonia de focas somnolientas junto a la orilla, al oeste. Por lo demás, todo era sonido celestial en sus oídos: los graznidos de los unos, los rezongos de las otras, el mar, las olas, el viento racheado que tropezaba en los farallones y, sin embargo, se abría paso indiferente ante los obstáculos.

Debía dar gracias y a ello se dedicó con ahínco durante un buen rato. Sabía rezar, pero no demasiado bien. Además, no tenía muchas ganas de hacerlo. No se atrevió a pensar de forma irreverente, pues, a fin de cuentas, el ser que le había regalado todo aquello que le rodeaba bien podía quitárselo sin miramiento alguno. Concluyó que oraría, que agradecería los dones otorgados, pero a su manera.

En primer lugar, construyó, en el suelo de la playa, una gran cruz hecha de piedras. La hilera que representaba el madero vertical tenía dos veces su tamaño. Le llevó lo suyo terminarla y, cuando lo hizo, se situó a sus pies y la contempló. Una cruz humilde, pero digna. Había elegido, sin saber por qué, las piedras que consideró más bonitas de entre todas las que encontró en las inmediaciones.

Después, giró en torno a ella varias veces para observarla desde todos los ángulos posibles. Sí, definitivamente el resultado había sido bastante

satisfactorio. Dios, nuestro Señor Todopoderoso que reinaba en los Cielos, podría sentirse orgulloso de su trabajo.

Pero hubo algo que no le gustó a Domingo. Cuando se detenía en el extremo superior de la hilera de piedras que representaba el madero vertical de la cruz, allá donde habría estado la cabeza de Jesús, veía una cruz invertida. Y él no sabría nada sobre casi nada, pero de esto se había encargado muy bien de instruirle el cocinero del *San Telmo*: Domingo, inclina respetuosamente la cabeza ante los símbolos del Señor; y, Domingo, expulsa de ti aquellos que pertenezcan al diablo.

No caigas en la tentación, Domingo. No permitas que otros invoquen aquello que no eres, no precisas y no deseas. Cuida de ti y de tu alma, Domingo. Hazlo tú porque serás tú, en último término, quien haya de rendir cuentas a la hora de la verdad.

El paje, durante algunos minutos, no supo qué hacer. Si dejaba la cruz tal y como estaba sería algo y lo contrario. Lo bueno y lo malo, la mezcla de una cosa y de la otra. En suma: todo.

Comprendió que no podía consentirlo, así que deshizo la cruz. Piedra a piedra, Domingo Sanz fue desmontando aquel símbolo que tanto trabajo le había llevado construir. Mejor deshacer una cruz piadosa que ofrecer una puerta de entrada a Satanás.

Cuando no hubo nada ante él, salvo la misma playa pedregosa que se había encontrado a su llegada, comprendió que había retornado al punto de inicio: constituía su deber dar gracias por la suerte que le había sido entregada. Debía hacerlo, no le cabía duda al respecto. Pero el símbolo, la oración, esa muestra de aprecio y reconocimiento que requería, se le escurría de las manos.

Estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse sin más. Volvería más tarde, o al día siguiente, cuando sus pensamientos se hubieran aclarado. No quería parecer irrespetuoso. Sin embargo, recordaba el carácter calmoso de su protector, el cocinero, y supo que mañana sería otro día.

Se estaba marchando ya cuando sufrió una especie de revelación. Sabía qué debía hacer. Conocía el modo de obrar para que su objetivo se llevara a cabo sin posibilidad de equívocos. ¡Claro que lo sabía!

Domingo miró hacia un lado y hacia otro. Hacia el lugar donde criaban los albatros y hacia aquel en el que las focas gruñían, puede que hartas de una existencia insulsa y regalada.

Por supuesto, no advirtió la presencia de ningún ser humano. Se hallaba lejos de todos, pues ese era su deseo y de esta manera lo celebraba. No habría

más hombres en su vida. Más navíos, más puertos, más tormentas en alta mar. La existencia llevada hasta hoy durante sus nueve años no había sido mala, pero no era la que deseaba vivir.

La vida, para él, en adelante sería esta.

Acumuló piedras las unas sobre las otras hasta levantar un túmulo de forma cónica que le llegaba al pecho. No resultó fácil, pero tampoco complejo. No dudó, aunque tampoco le asaltó certidumbre alguna. No erró y, lo supo, tampoco acertó.

Sencillamente, lo hizo.

Observó el túmulo concluido. Dio varias vueltas en torno a él y lo admiró desde todos los puntos de vista imaginables. Comprendió, no sin satisfacción, que lo mirara como lo mirara, el túmulo no variaba.

Siempre era igual a sí mismo y, además, carecía de nombre. Domingo Sanz, complacido tras un deber que creía cumplido, se marchó de la playa. Al rato, se había olvidado de que acababa de construir un árbol sin serpiente.

* * *

El teniente Ostos y sus cinco artilleros se pusieron en camino. Llevaban los mosquetes y las cartucheras preparadas por Marín, aunque, a última hora, se habían hecho con sendas hachas de abordaje. Para no andarnos con rodeos: los artilleros no se sentían cómodos manejando armas individuales. Si hubieran sido caballeros de la corte, habrían afirmado que lo consideraban de mal gusto; como solo eran hijos de su padre y de su madre, y no siempre, decían que se veían lentos, torpones, inexpertos. Tenían los dedos demasiado gordos para realizar el trabajo de filigrana que requería la carga de un mosquete. ¿Y si lo hacían mal y les estallaba en la cara? Maldita sea, lo que les faltaba: las amputaciones producidas durante el servicio del cañón se llevaban con cierto orgullo. Como si fueran galones: yo disparé en Trafalgar, yo cañoneé a unos hijoputas ingleses cerca de Gibraltar, una vez le metimos una bala por la popa a una fragata holandesa.

¿Pero aparecer en el campamento con la cara reventada porque el disparo de un mosquete había salido por la culata? Hicieron un pacto entre los cinco para ajusticiarse los unos a los otros si algo así sucedía. Total, morirían igualmente, así que debía ser con honor, que iba siendo ya lo único que les quedaba. Acordamos que el resto de la tropa de artillería no nos vea con el ojo derecho colgando de la cuenca. Y, sobre todo, sobre todas las cosas que puedan sucederles desde hoy hasta su hora de la verdad, que así no los vean los tíos de la infantería. A esos, ni agua. Mataremos piadosamente al que haya

tenido la mala suerte de liarla parda y aquí no ha pasado nada. Seguro que el teniente Ostos lo comprende. Él, de honor y nobleza, sabe un rato largo.

En cuanto a las hachas de abordaje, fue un impulso de última hora. Estaban allí, a los pies del teniente Marín y Urquizu pidió permiso para llevarse una.

—¿Sabes utilizarla? —preguntó Marín, mientras observaba cómo el artillero la sujetaba con sus dedos de mono y la blandía frente a sí.

—Es un hacha, ¿no, teniente?

—Lo es, zopenco.

—Pues supongo que no tendrá demasiado misterio. Apuntas a la cabeza del tipo que tienes delante y se la partes con el lado afilado, ¿verdad?

Marín hizo como que no había oído nada. Se pasaban el día haciendo como que no habían oído nada. Sobre la cubierta del *San Telmo* y en alta mar, aquellas palabras le habrían valido a Urquizu un severo correctivo. Aquí, en la playa, lo mejor era dejarlo pasar. Fuera como fuera, Urquizu no se estaba amotinando. Simplemente, era un bocazas más en un lugar donde los bocazas abundaban.

—De acuerdo, llevaos una cada uno.

Valdivia, Dávila, Reig y Atienza tomaron sus hachas y, al igual que había hecho Urquizu, las sopesaron frente a sí.

—Venga, espabilad —apremió Marín—. Son unas putas hachas. Os las metéis en el cinto y tratáis de no cortaros los huevos con ellas. Andando, que el teniente Ostos aguarda.

Bárcena les había explicado qué camino debían tomar para dar alcance a la columna de desertores. Porlier, en un principio, había valorado la posibilidad de enviarlo junto a la partida para asegurarse de que no se perdían. Sin embargo, Ostos le convenció de lo contrario: el marinero se hallaba agotado y, además, pretendía evitar cualquier conflicto entre los hombres. Los artilleros con los artilleros, los marineros con los marineros y los infantes de marina colgados del palo mayor. Esa era la situación ideal y cada esfuerzo que realizaran debía estar encaminado a alcanzarla.

La tarde avanzaba cuando abandonaron el campamento. Se pusieron en fila de a uno, con el teniente en cabeza, y caminaron a buen paso. Apenas hablaban entre ellos. Puede que porque los artilleros fueran gente de pocas palabras. A diferencia de la marinería, que no calla ni debajo del agua, o de la infantería, que acostumbra a comentar el vuelo de una mosca, la artillería trabaja en silencio. Por muchas razones, pero sobre todo porque en los puentes de un buque de guerra no se ve un carajo y se trabaja, muy a menudo,

de oído. Debes escuchar a los hombres que están sirviendo a tu lado. Debes oír y comprender qué ordena, en cada momento, el cabo de cañón. Tienes que leer el avance de la carga en los pasos que, sobre las tablas del suelo, efectúan tus compañeros. No, los artilleros no van a la batalla a estar de cháchara.

Conocían el plan, que era simple. Conocían las consecuencias tanto del éxito como del fracaso, que se aparecían ante ellos, si cabe, más simples. En resumen, tenían que llevar al padre Pizarro de vuelta al campamento. Si lo conseguían, quizás, a su regreso, el brigadier les dirigiera unas palabras de agradecimiento. Si no lo conseguían, estarían muertos antes de que se pusiera el sol.

Ah, y por si la tarea no fuera de las de realizar malabarismos con cartuchos de pólvora a los que se les había prendido la mecha, un marinero leal llamado De la Torre viajaba infiltrado entre los desertores. Ostos juzgó que el alférez Manrique se había vuelto loco. ¿A santo de qué infiltrar a un hombre? ¡Quién, y un marinero! Los tíos más discretos del mundo, sí, señor. Seguro que no habían notado que dentro de aquel liviano uniforme de infante de marina había un rudo marinero con los brazos tatuados y el culo pelado.

Bueno, dentro de lo que cabe, desconocían que a De la Torre lo habían descubierto hacía un rato. Y que planeaban, cosas que pasan, sacrificarlo para contentar al diablo. Hacer el mal para que todo salga bien. Suplicar al Nombre ofreciéndole un sacrificio humano. Suerte que nadie regresaría a España porque, de ser así, lo cuentan y no les creen.

* * *

La columna de desertores avanzaba cada vez más despacio. Porque se hallaban agotados y porque, convenía empezar a reconocerlo, no parecía que se dirigieran a ningún lugar seguro. Piedras y más piedras, lomas y más lomas, hielo, nieve, viento y frío. Su tercera jornada en esta tierra y siempre lo mismo: desolación por todas partes.

Algunos infantes de marina comenzaban a arrepentirse de haber desertado.

—No desertamos porque, al no existir navío, la disciplina de… —dijo un infante.

—Oh, cierra la boca, joder… —le replicó el que caminaba a su lado.

Cuando el hartazgo sustituye a la esperanza, estás a punto de deslizarte hacia el abismo. Tenían que jugar la baza de De la Torre. Si no lo sacrificaban cuanto antes, no salían vivos de esta.

—Yo digo que en el momento en el que se partió la quilla del *San Telmo* dejamos de estar bajo la disciplina de la oficiali…

—Te juro por Dios que o te callas o te meto un puto tiro entre ceja y ceja.

Mejor caminar en silencio. Llegaron a una cala con farallones nevados al fondo y a los infantes les pareció que ya habían transitado antes por allí. No era cierto, pero vista una cala con farallones nevados, vistas todas.

—Debemos tomar decisiones —dijo Zarraluqui al grupo formado por Irisarri, Sotomayor, Escalante y Téllez. Los cinco infantes caminaban juntos, como si se necesitaran mutuamente para lograr la suma de uno.

—Hay que sacrificar al marinero —sentenció Irisarri, al que ya no le cabía duda alguna al respecto—. Si lo hacemos, quizás tengamos una posibilidad de llegar a mañana. No lo juraría, porque no estamos para jurar nada, pero creo que sí. Necesitamos que cambie nuestra suerte. Además, ¿qué creéis que sucederá si no lo matamos? Que mañana amanecerá muerto por congelación. Con la pequeña diferencia de que, a su lado, estaremos tiesos todos nosotros.

—Así que el asunto se reduce a cuántos la diñan hoy, ¿no? —preguntó Téllez.

—De verdad te lo digo: no me busques. Porque si me buscas, me encuentras.

—Solo era una pregunta.

—Solo era una respuesta.

Escalante, el más reacio del grupo a ejecutar a De la Torre, llevaba un buen rato callado. Buscando motivos y razonamientos que le sirvieran para admitir lo inadmisible. Y, por extraño que parezca, no los había encontrado en la reflexión pausada ni en el templado juicio de los pros y los contras. No, se trató de la suela de su zapato izquierdo. Se le había desprendido. Ya está, así de sencillo. Caminaba tan tranquilo con el calzado reglamentario a la altura del paralelo cuarenta grados norte y, visto y no visto, se había quedado sin ella en el paralelo sesenta y dos grados sur. El primero pasa por Madrid y en el segundo nos hemos perdido nosotros.

—Matadlo —dijo.

Irisarri se volvió hacia él. Sin intención de ir a la greña.

—¿En serio?

—En serio. Matadlo de una puta vez.

Escalante no era muy listo, pero, al menos, sabía que no era muy listo. Y que el diablo es poderoso. Quizás, tras el sacrificio, proveyera de calzado para todos los hombres. O quizás no, no lo sabía… Ojalá pudiera pensar con algo más de claridad. Si no hiciera tanto frío.

Nevaba. No copiosamente, pero sí con la intensidad suficiente como para partirte el alma. Algunos infantes comenzaron a llorar. Pocos evitaban que sus compañeros lo advirtieran.

—Así, las cosas mejorarán —reflexionó Escalante.

Silencio. Nieve, nieve, el rumor de los pasos al avanzar sobre ella y el silencio simultáneo: aquí podían, sin el menor de los problemas, cohabitar los flancos antagónicos. Sonreírse en el llanto y llorar, como ahora, a través de la risa.

Escalante soltó una carcajada que las paredes de roca devolvieron en un eco lúgubre.

—Pero hay que hacerlo exactamente como diga el padre Pizarro —intervino Sotomayor.

—A cuchillo —zanjó Zarraluqui—. Eso ya nos lo ha dejado claro.

—De acuerdo, pero ¿cómo? No es lo mismo rajarle el cuello que abrirle las tripas y aguardar a que se desangre.

—Creo que se refería a que le rajemos el cuello. Es más rápido y más limpio.

—Si es que lo que el padre Pizarro desea es un sacrificio rápido y limpio, cosa que pongo en duda…

Irisarri intervino:

—Satán no ataja.

—Entonces, ¿le abrimos las tripas? —inquirió Sotomayor.

—Habrá que consultarlo.

—Yo no molestaría más al padre Pizarro.

Sotomayor, mira, todavía tenía fuerzas para la coquetería: había resuelto más o menos elegantemente el innegable hecho de que jamás conseguiría reunir el valor necesario para ir y preguntárselo de forma directa. Que cómo le metemos el tajo al marinero. Que si por las tripas o por el cuello.

Transigir con Satán no es lo mismo que adorar a Satán. Todavía estaban en el primer estadio. No demasiado orgullosos de ello, pero absolutamente convencidos. Pensándolo con detenimiento, no era para tanto. Ni habían vendido sus almas ni habían comprometido sus futuros. Sencillamente, entregarían una ofrenda al príncipe de las tinieblas. El cual se les había aparecido a ellos sin ser invocado. ¿Tenía esto último alguna importancia? Por supuesto, toda. Se disponían a hacer el mal, pero para exorcizarlo. Para que, una vez vencidos los plazos, el sol brillara y la brisa cálida del verano acariciara los campos de verde trigo.

—No queda mucho para que caiga la tarde —observó Téllez.

Les costaba medir el paso del tiempo, pero no, al día no le restaban demasiadas horas.

—¿Será inmediato? —preguntó, más para sí que para el resto, Zarraluqui —. ¿Lo mataremos y llegará la buena suerte?

—¿Como un torrente tras las lluvias? —Le siguió Escalante.

—Aguas desbocadas alcanzándonos con violencia.

—Pero colmadas de buena suerte.

—Que traerán la dicha y la placidez.

—Y unos zapatos nuevos. Yo necesito unos zapatos nuevos.

Escalante caminaba pisando con la planta del pie desnuda. Una vida humana, unos zapatos nuevos… La balanza se inclinaba sin titubeos hacia el lado correcto.

—¿Cuándo lo haremos?

—Dentro de un rato.

—¿Cuánto es un rato?

—No lo sé. Un rato.

—Si al menos dejara de nevar…

—Dejará.

Dejará.

* * *

Pinto se había puesto en pie. La nevada era tal que apenas podía ver treinta pasos por delante de él. En buena correspondencia, tampoco a él podrían advertirlo desde la misma distancia.

—Creo que han perdido el rumbo —dijo, acuclillándose. Moreno y el alférez Manrique estaban a su lado y lo miraban con los dedos de las manos apoyados en las piedras del suelo.

—¿Has visto a De la Torre? —preguntó Manrique.

—No, pero seguro que sigue ahí. Caminará en una posición más adelantada.

—Yo también creo que se han extraviado —intervino Moreno.

—Se limitan a avanzar, eso es todo —dijo Manrique. A ratos, se le olvidaba que era un alférez de navío español. Que aquellos dos tipos que tenía a su lado solo eran un par de marineros y que, en condiciones normales, ni siquiera debía conocer sus nombres de pila. Caer en la cuenta de esto suponía caer en la cuenta de una realidad desesperante. Manrique sacudió la cabeza para intentar, así, sacudirse sus pensamientos. Necesitaba concentrarse en lo que ahora importaba, que era rescatar a De la Torre.

—Deberíamos prepararnos para pasar la noche —reflexionó Pinto.

—De momento, los seguiremos durante un rato más —replicó Manrique —. No quiero arriesgarme a perder su rastro…

—¿Vamos a intervenir, alférez?

—¿En favor de De la Torre? Solo somos tres…

—Pero De la Torre es de los nuestros…

—Las órdenes del brigadier son que mantengamos la vigilancia sobre los desertores.

—No me joda, alférez. De la Torre está ahí delante porque usted lo ordenó.

—Lo sé, pero el brigadier…

—Al infierno con el brigadier.

—Cuida lo que dices, Pinto.

—Solo digo que De la Torre cumple las órdenes de usted. Y que aquí usted tiene los galones y manda. Usted, y no el brigadier.

El alférez Manrique sabía que Pinto estaba en lo cierto. Se habría equivocado o no infiltrando a De la Torre en el grupo de infantes desertores, pero a lo hecho, pecho. Debía tomar decisiones en función de lo que sucedía aquí y ahora. Que se resumía en que ellos eran tres tíos desarmados y tenían, frente a sí, a más de cien infantes de marina que cargaban con mosquetes y munición.

—Buscaremos nuestro momento —dijo Manrique—. Puede que la nevada juegue a nuestro favor.

—O que nos mate —le repuso Moreno.

* * *

El teniente Ostos miró hacia el cielo y se dijo que les daban las uvas. Así que puso a sus hombres a correr.

—¿Correr? —preguntó Atienza, quien, como el resto, sujetaba el mosquete con una mano y el hacha de abordaje con la otra—. ¿Qué quiere decir con correr?

No había la menor sorna en su pregunta. Para un artillero naval, la idea de correr resultaba extravagante y hasta grotesca. Como si el teniente les hubiera ordenado que ahora se echaran a volar en dirección a las estrellas. Vamos, si apretamos mucho el entrecejo y nos concentramos lo suficiente, seguro que lo conseguimos.

—Sí, hay que correr o no llegaremos antes de que anochezca —explicó Ostos.

—Pero correr… —protestó Dávila.

Había corrido alguna vez, sí, pero siempre dentro del navío. Se tocaba a zafarrancho de combate y cada hombre debía acudir, corriendo, a su posición. Allí, despejaban el lugar de cualquier cosa que no fuera precisa para la batalla y se aprestaban a recibir órdenes. Eso es correr. En ello pensamos cuando se nos habla de correr. No conocemos, y no nos interesa, cualquier otro significado de esta palabra absurda y estrafalaria.

—Es fácil —dijo Ostos. También él hablaba sin atisbo de sorna alguna—. Se trata de seguir caminando, pero más deprisa. Hay que moverse a mayor velocidad. O no llegaremos a tiempo.

—¿Y qué más da? —rezongó Valdivia—. Al anochecer buscamos un buen sitio para resguardarnos, pasamos la noche y continuamos por la mañana.

Fue entonces, al escuchar las palabras de Valdivia, cuando, sin que el teniente tuviera que repetirlo se pusieron a correr. Veloces como el viento. Los dedos de mono sujetando las armas y los cuerpos rectos como palos. Corrían de una forma un tanto peculiar, pero corrían, a fin de cuentas. ¿Que nuestra suerte depende de que encontremos un buen sitio para resguardarnos y pasar la noche? ¿Dónde? ¿Aquí? Antes morimos y nos congelamos en mitad de la noche.

Seis españoles armados en fila de a uno trotando a buen paso por caminos de piedra y hielo en el confín del mundo. Una imagen que nadie observó y que nadie observará jamás, pero que, de haberlo hecho, habría resultado inolvidable. Ese abisal silencio que los rodeaba tan solo quebrado por el sonido de sus pasos apresurados. Esa infinitud hacia los cuatro puntos cardinales completada con el margen perfecto de presencia. Ese impulso de seis almas aturdidas ante su propia suerte, que era buena, que era mala, que se aparecía ignota, lúgubre y espléndida ante la certeza de que a la muerte se la evitaba con más muerte.

Las respiraciones de los seis se volvieron sonoras, audibles, visibles en forma de enorme nube de vaho que brotaba por sus bocas, pero también a través de las ropas. Vaho de pulmón, vaho de espaldas, de cuello y de pecho. Vaho de hombres que corren para salvar a un hombre que ha de salvarlos a todos. Vahos que se acompasan, como los pasos y los ruidos. Durante dos horas, la partida fue eso, exactamente eso: una unidad indivisible de voluntades. Corrían para recobrar al padre Pizarro y, mientras lo hacían, las certezas de cada hombre se fueron condensando para depositarse en la parte baja de sus estómagos. Creían firmemente en que la razón estaba de su parte.

Creían que deberían matar a todo el que se interpusiera entre ellos y dicha razón. Creían que Dios corría ya a su lado, como uno más, y lucharía, más tarde, en la batalla.

Porque corrían hacia la batalla. No se engañaban al respecto.

10
6 de septiembre de 1819
La batalla del túmulo que decide la intensidad del mundo

Alguien aseguró que dejaría de nevar, y dejó. Y, por si no fuera poco, de repente. Estaba nevando y, como si todo dependiera de una manivela que a saber quién se hubiera hartado de hacer girar y girar, la nieve cesó y el cielo escampó. Se abrió, entonces, un soberbio atardecer sobre los hombres en la isla. Un atardecer que no dejó indiferente a nadie, pues, a pesar de las penurias, a pesar de la congoja y del descorazonamiento, cada miembro de la tripulación del *San Telmo* que todavía seguía vivo alzó, siquiera durante un instante, la mirada hacia el firmamento para admirarse ante una magnificencia hecha de materiales distintos a los que traían conocidos de casa: aquí, el gran sol rojo, que, si bien no calentaba, sí se extendía sobre ellos con la indiferencia de quien advierte su propia majestuosidad, se cimentaba en una estupefacción completa y absoluta.

El brigadier Porlier levantó la mirada y observó el sol inyectado en sangre. El teniente Ostos levantó la mirada. Lo hizo también el teniente Marín. Y el padre Pizarro. Y los infantes de marina Zarraluqui, Irisarri, Sotomayor, Escalante y Téllez. Y el contramaestre Manzano, el alférez Manrique y los dos marineros a su lado, Pinto y Moreno. También los artilleros Valdivia, Dávila, Reig, Urquizu y Atienza. Oh, y Domingo Sanz. El muchacho de nueve años levantó, desde su soledad perpetua, la mirada hacia el rojo sol de la tarde y lo contempló, ensimismado ante una belleza jamás advertida por un ser humano.

Al unísono, la tripulación del *San Telmo* levantó la mirada y observó el sol cayendo sobre el horizonte. Fueron uno y como uno se comportaron. Durante el tiempo que dura el pestañeo de un bebé, así sucedió. Después, su trayectoria hacia la destrucción final se reanudó. ¿Si cabe con más saña? No lo dude nadie.

La columna de los desertores llegó a una playa que no tendría más de un centenar de pasos de longitud. En uno de los promontorios que se situaban al este anidaban unas cuantas parejas de albatros y al oeste, al resguardo de las rocas donde la playa concluía, una pequeña colonia de focas se preparaba para pasar la noche.

—¿Qué os parece este lugar? —preguntó Irisarri. Qué os parece este lugar para sacrificar al marinero. Para realizar la ofrenda a Satanás.

Podían ver el sol rojo sobre la línea del horizonte. Zarraluqui echó cálculos:

—Queda poco menos de una hora para que el sol se ponga —dijo.

—Razón de más para no continuar avanzando —añadió Téllez, que levantó un brazo en el aire a modo de señal.

La columna se detuvo y los infantes de marina comenzaron a desperdigarse por la estrecha playa. Ciento nueve infantes vivos, el padre Pizarro y el marinero capturado.

—Ha dejado de nevar —observó Escalante. Miraba hacia el cielo. Las nubes, oscuras y compactas desde primera hora del día, se habían vuelto, ahora, algodonosas—. Creo que se trata de un buen presagio.

—No adelantemos acontecimientos —apuntó, escéptico, Escalante.

—¿Estamos de acuerdo? —preguntó Irisarri, buscando, por última vez, una confirmación para lo que se disponían a hacer.

—Lo estamos —respondió, en nombre de todos, Zarraluqui.

—Traed al marinero.

* * *

El padre Pizarro examinó el paraje con la mirada y descubrió el túmulo. Varios infantes se habían detenido junto a él y, sentados en el suelo, se descalzaban para masajearse los pies. Ninguno había visto nada que no fuera un montón de piedras. Ninguno se daba cuenta de ante qué hipótesis se hallaba: la de que el lugar a partir del cual deberían medir el resto de sus existencias era este y solo este.

El cura, a renglón seguido, observó a los infantes que, en el grupo, llevaban la voz cantante. Nadie los había elegido para servir de guías, sino que ellos, por iniciativa propia, habían asumido dicho rol. En lo que al capellán respectaba, perfecto. Se hacía preciso que alguien liderara el grupo como se hace preciso que un carnero inspire los movimientos de las ovejas en el seno de un rebaño. Las ovejas creen que el carnero guía al rebaño y, en consecuencia, se muestran tranquilas, calmosas. No ven al perro ni al pastor

y, si los ven, los olvidan de inmediato. Tan de inmediato como se olvida el paisaje o un sonido. Son ovejas. No se espera de ellas que guarden memoria de cada instante. Son infantes de marina: otro tanto.

Precisamente uno de estos se le acercaba con paso firme. El padre Pizarro compuso la más beatífica de sus expresiones mientras contemplaba cómo llegaba. ¿Cuál era su nombre? No, no podía recordarlo… En fin, carecía de importancia. No importan los nombres; importa el Nombre.

—Padre… —dijo Escalante cuando se hallaba a tres pasos de distancia del capellán del *San Telmo*—. Padre, es la hora.

—¿Habéis elegido este lugar, hijo mío?

Su peregrinaje los había traído hasta aquí. En modo alguno había sido deliberado, pero si así quería verlo el sacerdote, Escalante no pondría trabas:

—Sí, si le parece a usted bien.

El padre Pizarro miró, de reojo, hacia el túmulo de piedras.

—Me parece un sitio adecuado —dijo con los dedos de las manos entrecruzados sobre el estómago.

El padre Pizarro sostenía la mirada a Escalante. Lo hacía colmado de tantas certezas que pesaba, que empujaba, que te horadaba la cabeza y sentías cómo hasta tus más íntimos pensamientos eran leídos.

El infante de marina, en un movimiento reflejo, apartó los ojos y miró hacia el suelo. Después, con voz temblorosa, dijo:

—Pues vamos allá.

Al lío, que cuanto antes comencemos antes mejorarán las perspectivas para nosotros. Porque usted cumplirá su parte del trato, ¿verdad? Nosotros sacrificamos a un hombre y usted nos envía lo que ahora más necesitamos. Ropa seca y caliente. Sería lo ideal antes de que anochezca. Ciento nueve uniformes gruesos, con capas de tres dedos de espesor, y zapatos de cuero con forro de lana; sí, lana, necesitamos mucha lana en cada una de nuestras prendas. Y no se olvide usted de los sombreros. Precisamos de sombreros que nos cubran las orejas. A varios hombres se les han puesto negras y creemos que se les han congelado. A uno de ellos ya se le ha caído un lóbulo. No es por quejarnos, pero tenemos un poco de prisa porque si no conseguimos todo esto antes de media hora, estamos jodidos.

* * *

Esta vez, el alférez Manrique dijo que iría él a averiguar cuáles eran los avances de los desertores. Llevaba la jornada entera encargando esa tarea a sus hombres y se dijo que, ya puestos, esta vez podría ir él mismo. Por nada

en particular. Simplemente, se le ocurrió dar un descanso a los dos marineros. Dos marineros que, por otra parte, no parecían agotados en exceso. Desde luego, el alférez se notaba incomparablemente más hecho polvo que Moreno y Pinto. Dos tipos que continuaban en mangas de camisa avanzando por la nieve. Tocados, por supuesto, pero respirando con normalidad. Al final, hay hombres y hay hombres. Y estos dos eran de los que se habían hecho a sí mismos en la brega diaria con un navío de guerra de tres palos.

Manrique se acodó en un desnivel del terreno y observó. El grupo de desertores se había detenido en una pequeña cala y parecía que se disponían a pernoctar en ella. Tuvo un instante para admirar el sol en el horizonte. Derramaba una luz turbadora que, en otras condiciones, habría juzgado como sublime.

No dispuso de más tiempo para pensar en otros asuntos. No, porque fue entonces cuando descubrió a De la Torre y al grupo de infantes que se arremolinaba en torno a él. ¿Qué sucedía? Manrique, aun a riesgo de ser descubierto, avanzó unos palmos y se tumbó, cuan largo era, en el suelo. Advirtió, claramente, al padre Pizarro. Sus movimientos eran lentos, casi inexistentes. Apenas giraba la cabeza. A su lado, cuatro o cinco infantes de marina empujaban a De la Torre hacia una posición concreta. Junto a un montoncito de piedras que, o al menos eso le pareció al alférez, era producto de una mano humana.

En aquel momento vio el arma. Se trataba de un cuchillo pequeño, de esos cuyo filo se pliega sobre la empuñadura y que cada hombre, sin excepción, porta en su bolsillo. Y vislumbró, además del arma en manos de un infante, las intenciones de este. No le cupo duda al observar cómo se acercaba a De la Torre por su espalda y levantaba el cuchillo a la altura del cuello del marinero.

—Mierda puta… —farfulló para sí antes de, empujándose con las manos, dejarse caer hacia atrás y alcanzar terreno seguro donde ponerse en pie sin ser descubierto.

Manrique corrió hasta el lugar donde Moreno y Pinto le aguardaban. Diez, quince pasos a lo sumo. Sentados en el suelo y frotándose las manos para intentar que entraran en calor.

—¿Qué ha visto, alférez? —preguntó Pinto.

—A un hijo de puta con un cuchillo junto al cuello de De la Torre.

—¿Cómo dice?

—Lo que oyes. No hay tiempo. Tenemos que hacer algo y hacerlo ya.

—¿Nosotros tres?

—¿Y qué propones? ¿Que dejemos que maten a De la Torre?

—¿Pero está usted seguro de que van a matarlo? Joder, son un puto hatajo de tarados, pero de ahí a matar a sangre fría… Cojones, que somos compañeros…

—Mira, te digo que no hay tiempo para discusiones. Esos hijoputas van a degollar a De la Torre. Y solo nosotros tres podemos impedirlo. Nadie más en el mundo.

—No tenemos armas. ¿Pretende que nos acerquemos y se lo pidamos por favor?

—¡Pretendo no quedarme de brazos cruzados!

El alférez Manrique había dicho esto último a voz en grito y hasta él mismo se había dado cuenta. Bajó la voz:

—A esto no estáis obligados. No puedo ordenaros algo así, lo comprendo. Pero yo no me voy a quedar mirando mientras ejecutan a uno de los hombres que se hallan bajo mi mando. Yo lo envié ahí. Yo soy, por lo tanto, responsable de lo que le suceda.

Pinto y Moreno se miraron el uno al otro.

—¿Podemos echar un vistazo? —preguntó el primero.

—No es que no nos fiemos de usted, alférez, pero… —añadió el segundo.

—Por supuesto —zanjó Manrique—. Vamos, seguidme.

Los tres regresaron al lugar desde el que el alférez había observado a los desertores. Vieron al padre Pizarro frente a De la Torre y con los brazos levantados.

* * *

A Escalante le temblaban las piernas. Se hallaba al lado de Irisarri, el cual sostenía en su mano la navaja con la que pretendían rajarle el cuello al marinero.

—Hijos míos —comenzó a decir el padre Pizarro. Levantaba los brazos en el aire y, por primera vez desde que lo conocían, no esgrimía su biblia ni su rosario. A los que vacilaban, si es que quedaba alguno, aquello los sacó de dudas: ¿se serviría el demonio de los símbolos más queridos del Señor?—. ¡Ha llegado la primera de las horas! Os aseguré que seríais seres de amor infinito para él y estoy aquí para mostraros cómo cumplo esa promesa. ¡Hay un nombre inteligible, un nombre único para cada uno de vosotros! ¡Y ese nombre no se pronunciará jamás, pues está formado de silencio y de ruido, de sosiego y de furia, de inacción y de ritmo imperecedero!

Escalante escuchó los graznidos provenientes de los nidos de albatros. Descalzo de un pie, apenas le quedaban fuerzas para continuar. Lo fiaba todo a aquella estrategia. ¿Le importaba algo la vida del marinero? No, nada en absoluto. ¿Sentía pena? Sí, una pena enorme, pero por sí mismo, por su lamentable situación, por hallarse en los umbrales de la muerte.

Iría al infierno, lo supo con total certeza. Pero le dio igual. Cualquier cosa era preferible a continuar tal y como estaba. No podía seguir así, no podía seguir así, ¡no podía seguir así!

—Mátalo, Irisarri —dijo.

Dos palabras que escucharon todos sobre la playa. Albatros, focas, hombres iracundos y un rojo sol detenido sobre el horizonte que no se digna a calentarnos hasta que le entreguemos lo suyo. Bien, ¡démoselo!

—¡Recolecto este nombre para el Nombre! —exclamó, entonces, Pizarro.

Irisarri acercó la hoja de su cuchillo al cuello de De la Torre.

* * *

El teniente Ostos dejó de correr y aguzó el oído.

—Creo que he escuchado voces —dijo mientras levantaba el brazo con la palma de la mano extendida.

Los cinco artilleros se detuvieron y se mantuvieron a la expectativa mientras trataban de recuperar el resuello. ¿Correr? En serio, ¿correr? ¿No estaban en suficientes dificultades como para ponerse a correr? Se les iba a salir el corazón por la boca. Se alejaría unos pasos dando saltitos por el suelo y terminaría deteniéndose en un estertor final. Y, con él, las vidas de sus dueños.

—Cómo… ¿cómo dice, teniente? —terminó por preguntar Urquizu.

—Me ha parecido escuchar la voz del alférez Manrique —repuso Ostos.

—¿Está usted seguro?

—No, no lo estoy. Pero me lo ha parecido.

Ostos se echó, de nuevo, a correr. A un trote lento que le permitiera no perder detalle de lo que sucedía en las inmediaciones. Entonces los vieron. Vieron, en realidad, sus espaldas, pues tanto el alférez Manrique como los marineros Pinto y Moreno se hallaban tumbados en el suelo boca abajo y cuan largos eran. Observaban algo que sucedía tras un pequeño desnivel en el terreno. Algo que Ostos, desde su posición, no podía advertir. Ni, aunque pasara mil años intentándolo, adivinar.

—¡Manrique! —gritó a veinte pasos de distancia. No nevaba. No soplaba el viento. No se escuchaba el sonido de los pájaros, ni de las focas. Parecía

haberse detenido el mundo. Para observarse a sí mismo y determinar cuál sería su siguiente dimensión.

—¡Ssssh! —le chistaron de inmediato. Ni siquiera fue el alférez. Se trató de uno de los marineros, quien se giró, reconoció al teniente y no dudó en llevarse el dedo índice de su mano derecha a los labios y pedirle, ordenarle, que guardara silencio.

Ostos se sorprendió. Y reconoció que aún quedaba margen para hacerlo, lo cual, de una forma íntima y profunda, le agradó. Bien, no estamos acabados. No del todo.

Manrique y el otro marinero se volvieron también y les hicieron señas para que, primero, se agacharan y, después, se aproximaran. Obedecieron. Un teniente es el superior directo de un alférez y ambos lo son, a leguas y leguas y leguas de distancia, de la marinería y de la artillería, pero ¿acaso importaba ya? ¿No se habían desnudado de todo, excepto de la humanidad que llevaban dentro, muchos de ellos sin ni siquiera saberlo?

Reducidos a lo esencial. A seres buenos que hacen cosas buenas y a seres malvados que practican el mal.

—A sus órdenes, teniente —saludó el alférez Manrique siguiendo un protocolo, dadas las circunstancias, absurdo e innecesario. Pero reconfortante. Hizo que ambos se reconocieran el uno al otro en un mundo cuyas coordenadas se difuminaban por momentos. E hizo que los hombres, marineros y artilleros, allí presentes, reconocieran y apuntalaran dichas coordenadas. Seguimos siendo nosotros. Lo seguimos, lo seguimos, por Dios que lo seguimos.

—¿Me informa, alférez? —preguntó Ostos aproximándose.

—Al suelo, al suelo —apremió el marinero Moreno—. Échese al suelo, teniente.

Ostos obedeció de inmediato y transmitió la orden a los cinco artilleros que le seguían. En unos segundos, los recién llegados se habían sumado a Manrique y los dos marineros. Tres más seis, nueve. De pronto, esto comenzaba a tener otro aspecto.

—Asómese con cuidado —dijo Manrique dirigiéndose al teniente, pero saltando la mirada, alternativamente, de él a los hombres que lo acompañaban —. Los desertores están ahí abajo, en la playa.

El teniente Ostos asomó la parte alta de la cabeza sobre el desnivel. Observó un generoso grupo de hombres que no hacía nada, que no se movía, que parecía expectante. No fue capaz, sin la explicación adicional del alférez, de comprender la situación.

—¿Ve al hombre maniatado? —continuó Manrique—. Es uno de los míos. De la Torre. Cometí el error de infiltrarlo en la columna de desertores. Lo han descubierto y lo van a ejecutar. ¿Distingue la navaja en su cuello?

—¿Lo van a ejecutar? —preguntó, incrédulo, el teniente Ostos—. ¿Por infiltrarse en el grupo de huidos? Me parece excesivo…

—En realidad —explicó Manrique—, desconfiamos de que ese sea el motivo. Más bien, lo van a sacrificar. No estamos seguros de lo que sucede, pero sí le puedo confirmar que el comportamiento de esta gente durante las últimas diez horas se ha tornado muy extraño. Ya no son desertores. Han perdido la confianza en hallar un lugar habitado donde refugiarse. Y, por supuesto, no saben cómo salir de la isla. Están atrapados, tan atrapados como lo estábamos ayer. Ellos han tardado un poco más en darse cuenta, eso es todo…

—¿Y qué cojones tiene que ver lo que me está contando con la ejecución de un marinero?

El alférez Manrique hizo una pausa antes de continuar. Breve, porque para perder el tiempo no estaban.

—Como le digo, creemos, por lo que hemos podido observar, que se trata más de un sacrificio que de una ejecución.

—¿Un sacrificio… humano?

—Sí, señor.

—¿Se han vuelto locos o qué?

—Desde luego. Se han vuelto locos, no lo dude, teniente.

—Pues no lo podemos permitir.

—¿Se le ocurre alguna idea? Hasta que usted ha llegado con sus hombres, aquí solo éramos tres. Y no tenemos armas. A nosotros, nos envió el brigadier en tareas de observación. No somos una fuerza de choque.

El teniente apoyó la barbilla en las piedras del suelo. Se hallaban frías y húmedas, como el alma de todos los malnacidos que caminan por la superficie de la Tierra y navegan por sus mares.

—Nosotros sí —sentenció. Y volviéndose hacia sus artilleros, comenzó a repartir órdenes. Órdenes, no instrucciones—. Dávila, entrega tu mosquete y tu cartuchera al alférez. Reig, Urquizu, dad vuestras hachas a los marineros. ¡Ahora, vamos, no hay tiempo!

—Pero, teniente… —comenzó a decir Manrique—. ¿No estará pensando en…?

—Desde luego que sí. Aquí nadie sacrifica a nadie. No me joda, alférez. ¿Está conmigo o no lo está?

Manrique no se lo pensó porque la respuesta, entre oficiales que continúan siéndolo, solo podía ser una.

—Por supuesto, señor.

—Vosotros —dijo Ostos dirigiéndose a Pinto y Moreno—. Espero que no os neguéis a venir.

No les daba la posibilidad de no hacerlo, pero les dejaba una puerta abierta. Una puerta que los marineros no cruzarían jamás. El que estaba ahí abajo con el cuchillo al cuello era uno de los suyos.

—No, señor —repuso Pinto hablando en nombre de los dos. Sostenía en sus manos el hacha de abordaje que le había entregado el artillero Urquizu. Sabía cómo usarla, por la Virgen que sabía cómo hacerlo. La marinería recibía instrucción militar regularmente para, en caso de necesidad, servir de apoyo durante un abordaje ejecutado o recibido. La instrucción era muy básica, pero, por suerte para todos, aquel día y en aquella hora, la lección de cómo abrirle el cráneo a un tipo con un hacha la habían recibido. Tampoco, la verdad sea dicha, había que ser un genio: la levantas y la estrellas con todas tus fuerzas sobre la cabeza del cabrón que se interponga en tu camino. Listo.

—Pues andando —ordenó Ostos asumiendo el mando y poniéndose en pie —. Alférez, un tiro sobre el hijoputa del cuchillo en la mano.

—Desde esta distancia no le aseguro el blanco, señor —objetó Manrique mientras imitaba al teniente y se ponía en pie. El resto hizo lo propio. Componían una tropa un tanto peculiar: dos oficiales de alta graduación que jamás habían sido entrenados para la lucha cuerpo a cuerpo y siete hombres de mar que estaban, sin excepción, forjados de una pieza, pero que lo desconocían todo acerca de la lucha en tierra.

Frente a ellos, un centenar largo de infantes de marina. Armados, bien pertrechados y con la instrucción bien aprendida: ellos, puesto que en esto y no en otro cometido consistía su trabajo, sí sabían batirse el cobre contra el enemigo. En tierra o sobre la cubierta de un barco. Si podían apoyar los pies, podían luchar. Y lo harían.

—Están exhaustos —dijo Manrique mientras echaba la mano a la cartuchera que le acababa de entregar Dávila y extraía un cartucho. Lo rasgó con la boca y procedió a efectuar las maniobras de carga. Manrique, como cualquier oficial, sabía disparar mucho mejor que cualquiera sobre la cubierta de un navío—. Agotados y desmoralizados.

—Juguemos esa carta a nuestro favor —arguyó Ostos. Y mirando a su menguada tropa, añadió—: No tenemos muchas más.

* * *

Irisarri introdujo la punta de la navaja bajo la oreja derecha de De la Torre. Acto seguido, en un movimiento no excesivamente rápido, pero sí preciso, la hundió con fuerza y procedió a rebanar el cuello del marinero hasta alcanzar la parte inferior de la oreja izquierda. De la Torre, que continuaba maniatado, abrió, de par en par, los ojos, y sintió cómo los pulmones se le llenaban de sangre. Supo que le quedaban dos, quizás tres segundos de vida. La orden del cura había sido llevada a cabo con una minuciosidad que, incluso a él y en tan excepcional coyuntura, le pareció admirable. Caramba, qué tajo tan bien dado.

Reparó en que las piernas no le sostenían y, sin quererlo, dobló las rodillas. También creyó que cien pares de ojos le observaban sin perder detalle, pero esto ya no podría asegurarlo con certeza porque, entonces, expiró.

De pronto, se escuchó el sonido ronco de una detonación e Irisarri, él también, cayó de rodillas. Un sonido inconfundible para cualquier infante de marina. El sonido que realiza un mosquete cargado al ser pulsado el disparador.

—Le he dado —dijo, desde su lugar en el talud sobre la playa, el alférez.

Lo había hecho. Manrique había apuntado al bulto, pero la suerte quiso que le diera en mitad del rostro. Justo en el cartílago de la nariz. Ahí, una bala, incluso a la distancia desde la que había sido hecho el disparo, se abría paso sin dificultad. Irisarri estaba muerto.

—¡Atención! —gritó el teniente Ostos—. ¡Zafarrancho de combate! ¡Corred hacia ellos y embestidlos con furia! ¡Somos menos, pero somos mejores! ¡Matadlos!

El propio Ostos, para dar ejemplo, se puso a la cabeza de los nueve hombres. En último término, el teniente, viendo la disposición del enemigo sobre la cala, tomó una decisión arriesgada: no cargarían los mosquetes y se limitarían a calarles las bayonetas. Así, los utilizarían como un arma blanca más. Hachas y bayonetas, con eso irían. Con eso fueron. Como locos.

—¿Otra vez a correr? —protestó Atienza—. Mierda…

Necesitaron más de dos minutos para cubrir el trayecto entre el lugar desde el que se habían ocultado y la propia playa. En ese intervalo de tiempo, ninguno de los infantes cargó sus armas. Y no lo hizo no porque estuvieran extenuados, que lo estaban, o porque los reflejos les fallaban, que lo hacían. No cargaron simplemente porque nadie lo ordenó. Porque la infantería no iba a mear sin que antes su sargento lo mandara. ¿Y dónde se encontraba el

sargento de infantería de marina Sebastián Rodríguez? En el campamento, fiel a su brigadier y dirigiendo a la tropa que aún le era leal.

Estos tipos de la playa tenían que tocar una sinfonía y, aunque conocieran la partitura y se supieran la melodía, nadie se había subido, batuta en mano, al atril. Para cuando Zarraluqui dio el primer grito, los atacantes se hallaban a diez pasos de distancia. Los podrían haber acribillado a balazos si hubieran tenido la determinación suficiente para hacerlo. No la tuvieron y ahora pagarían las consecuencias. Y de qué manera.

—¡Cargad! ¡Cargad! —gritó Zarraluqui. Mientras él mismo se disponía a echar mano de su cartuchera para extraer de ella un cartucho, dio un paso hacia atrás y pisó el montoncito de piedras que alguien había levantado hacía no demasiado tiempo. Zarraluqui lo miró de reojo, pero evitó entretenerse: tenía cientos de asuntos en los que pensar.

Podría argüirse que las fuerzas se hallaban muy desequilibradas. Podría, pero, sin contemplar algunos aspectos adicionales, quien así obrase erraría de pleno. ¿La proporción era de uno a diez? Sin duda, pero mira qué uno y mira qué diez. La infantería de marina estaba constituida por hombres muy jóvenes, muchachos en su mayoría. Tíos inexpertos a los que la idea de desertar en mitad de una isla al sur del cabo de Hornos les había parecido la mejor de sus opciones. Jóvenes que sabían hacer su trabajo, sí, pero siempre y cuando alguien los guiara con mano firme. Y aquí estaban solos. Completamente solos.

Frente a ellos, dos oficiales de guerra de un navío de línea. Dos hombres de honor que morirían sin bajar los brazos. Y, muchísimo más importante aún: siete tipos hechos de bronce fundido. Cinco artilleros y dos marineros a los que el dolor no les asustaba y el cuajo les rebosaba. Protestaban cada orden, pero cada orden que recibían, la cumplían. Sabían que tenían muy pocas posibilidades de salir con vida de esta aventura y, sin embargo, habían alcanzado la determinación de comportarse de la única forma que conocían.

Fieles a sí mismos. Porque, qué carajo, solo se vive una vez.

El marinero Moreno levantó su hacha de abordaje, la blandió sobre su cabeza para tomar impulso y se la clavó en mitad del cráneo al primer infante que se interpuso en su camino. Uno menos.

Suelen narrarse las batallas desde su fragor épico. Hombres contra hombres y la vida pendiendo de un hilo. El miedo, la sangre y las armas entrechocando. Nada de esto sucedió en aquella batalla que, de tan mansa, parecía atrapada en el desconcierto y la confusión.

Uno menos para Moreno que no sería el último. Levantó varias veces el hacha de abordaje, un arma perfecta en manos de un marinero: no pesaba poco ni mucho, no era sencilla de manejar, pero tampoco difícil, no se atoraba en la carne o los huesos, sino que fluía a través de ellos como en el viento o en el agua. Moreno mató, él solo, a nueve infantes de marina. Estúpidos infantes de marina que lo miraban embobados mientras él, uno a uno, los iba matando sin el menor miramiento. Luego, una vez concluida la batalla, Moreno experimentó algo parecido a los remordimientos. Fue y se lo contó, sin duda preocupado por su alma, al teniente Ostos. Este le respondió que había luchado bien, que había hecho lo correcto, que tenían a Dios de su parte y que no temiera porque habría un trocito de cielo para él.

Moreno se quedó más tranquilo, claro.

Sus golpes se dirigían, sobre todo, al cráneo de los infantes. A la frente, para ser más precisos. Asía el hacha con ambas manos, la levantaba en el aire tanto como podía, tomaba el impulso de Dios y enviaba a otro desgraciado al infierno. Los miraba, mientras tanto, a los ojos. Y leía sus miradas: las miradas de unos cuantos muchachos españoles que, de pronto, caen en la cuenta de que todo ha sido un grandísimo error. No desertar y abandonar el campamento. No, eso no. O sí, pero como culmen de una serie larga y fatídica de errores encadenados: nacer mal, torcerse desde el primer paso dado, crecer deprisa, alistarse en la infantería de marina, aprender a disparar sin que a la hora de la verdad recuerdes cómo se hace, subirte al *San Telmo*, partir hacia la guerra en un lugar remoto del que nada sabes, perderte y terminar en un lugar todavía más remoto y del que aún sabes menos, rebelarte a pesar de todo, perseverar en las decisiones erróneas, perseverar en el despropósito, cagarla con todas las de la ley y, por fin, observar cómo un marinero con los brazos del tamaño de tu muslo blande un hacha de abordaje frente a ti y da por concluida una vida que nunca debió suceder.

Hasta le estás agradecido por acabar con tu infortunio.

Moreno apenas se manchó de sangre. No así el artillero Reig, que acabó perdido de los pies a la cabeza. Él, a diferencia del marinero, no disponía de un hacha de abordaje, sino de un mosquete descargado con la bayoneta calada. Durante un buen rato, sobre todo al principio, Reig se obsesionó con la idea de que la bayoneta se soltara. Se descalase, si es que se dice así. Era un artillero, que no le pidieran más. Podía servir un cañón de cualquier calibre, desde los mataniñas de la toldilla a los brutales monstruos del primer puente. Pero lo de poner un mosquete en sus manos quizás no había sido una buena idea. De una forma o de otra, era lo que había y se defendió como

buenamente supo o pudo. Defendió. Es una estupenda forma de explicarlo, porque Reig, que era de los que más protestaba cuando el teniente Ostos los ponía a correr, no se detuvo al alcanzar el nutrido grupo de infantes de marina, sino que continuó avanzando a través de él. Pronto, en cuestión de suspiros, se vio rodeado de infantes armados y preparados para el ataque. Moderadamente preparados, porque lo cierto es que apenas realizaron ademán de defenderse. Reig, allá solo, en la tripa de la fila enemiga, mató a cinco hombres, los cinco a bayonetazos más o menos limpios. Más o menos, tampoco se le puede pedir más a un artillero que corría con la cartuchera reglamentaria a la espalda pero que, de haber querido usarla, lo habría tenido que hacer sacudiendo zurriagazos con ella. Se rieron, más tarde, tras la batalla, cuando comprobaron que a Reig no le entraba el dedo índice de la mano derecha en el hueco del disparador del mosquete. Reig afirmó, tajante, que la pieza de hierro que lo protegía para impedir disparos accidentales era demasiado estrecha. ¿Quién cojones pergeñaba estas armas absurdas? No, no le entraba el dedo, y se rieron por ello. Tampoco en exceso, pues estaban, incluso con la batalla vencida, más para echarse a llorar que a reír.

Se las arregló, en todo caso, a las mil maravillas. Y la bayoneta no se le descaló, por suerte. La clavó dieciséis veces y mató, dicho está, a cinco hijoputas. Dejó a muchos más rajados: en las mejillas, en el torso, en los muslos. Donde pudo. Hasta que no pensó en el mosquete como en el atacador de un cañón no se sintió cómodo. Pero una vez que lo hizo, que llamó a las cosas por su nombre, asió el mosquete con ambas manos, lo mantuvo en posición paralela al suelo y comenzó a atacar un cañón invisible. Los movimientos de Reig, entonces, se tornaron exactos y lo convirtieron en una máquina de acuchillar.

Un hombre, un hombre solitario y tonto, trató de detenerlo. El infante, con el que Reig no llegó a entrecruzar palabra alguna, se aproximó por el extremo de la culata del mosquete que empuñaba el artillero y, aprovechando que el terreno había sido desbrozado y que disponía del sitio suficiente, comenzó una maniobra de carga. Rápida y minuciosa, pues él, él sí, era un infante de marina y los infantes de marina cargan a la velocidad del rayo. Pestañea una vez y tienen el cartucho en la mano. Pestañea otra, y la bala está bajo la lengua. Pestañea una tercera, y mira cómo el hombre comienza a encañonarte para abrir fuego sobre ti. A esta distancia, tres, cuatro pasos a lo sumo, la palmas seguro.

Reig lo vio a tiempo. Si el tiempo se pudiera medir en grosores de pelo, por menos de la mitad del que luce un bebé recién nacido. Pero visto es visto,

sea como sea. Lo vio mientras lo encañonaba, cuando lo encañonó y en el instante en el que, él sí, llevaba el dedo índice de su mano derecha al disparador y se aprestaba a presionarlo. Dios mío, Dios mío. Eso pensó Reig mientras volteaba el mosquete en el aire, lo esgrimía, a modo de lanza, con una sola mano y se lo arrojaba al infante. La bayoneta se le clavó en la parte baja del cuello, allá donde las clavículas dejan un pequeño hoyuelo por el que puedes colar cualquier arma, si es fina, y siempre con resultado de muerte.

La prueba de que el grosor del tiempo era de medio cabello de bebé recién nacido se mostró en el hecho de que el cabrón tuvo tiempo de disparar. Ya empezando a caerse hacia atrás, ya muerto, ya pasmado hasta los restos y, por lo tanto, con el cañón de su mosquete un poco levantado. Le salió el tiro alto y la bala pasó por encima de la cabeza del artillero Reig. Dios mío. Eso fue lo que el artillero Reig volvió a pensar.

En cuanto al teniente Ostos, él estaba en misión santa. Lo sabía desde el momento en el que había dado el primer paso en la colina sobre la playa. Abatirían a tantos enemigos como pudieran, ejecutarían desertores, rebeldes, fugitivos e idiotas. Pero, sobre todo, rescatarían al padre Pizarro de las manos funestas de quienes se lo habían llevado. Tráigame al puto cura. Esas habían sido las palabras del brigadier Porlier. Tráigamelo hoy mejor que mañana. Bien, a ello se había dedicado durante casi toda la jornada y por conseguirlo se jugaba ahora su vida y la de sus hombres. Por el puto cura.

Cuando llegó a la playa, el teniente Ostos, con un mosquete en una mano y un hacha de abordaje en la otra, echó un vistazo a su alrededor. Observó a los desertores y precisó de un chispazo de luz para advertir que, a pesar de la diferencia de fuerzas, la victoria caería de su lado. Aquellos infantes ya no eran infantes, sino ánimas desesperadas. Acababan de sacrificar a un hombre, y eso solo podía significar lo peor: que la consternación los empujaba a un abismo de maldad sin límite. En realidad, ni siquiera se lo tenía en cuenta. Por supuesto, continuaban siendo desertores y su rango de teniente de navío exigía, exigiría siempre y en todo momento, un pelotón de fusilamiento para ellos. Sin excepciones ni atenuantes. Pero Ostos también sabía desvestirse de su oficialidad, también era hombre y también miraba con ojos desnudos. Desde luego, nunca diría nada en voz alta, porque estos asuntos se llevan por dentro y ya está, pero experimentó cierta conmiseración por aquel grupo de hombres jóvenes que, simplemente, se había equivocado. Somos todos cristianos, a fin de cuentas.

Así que muerte rápida para los que no depusieran, de inmediato, sus armas. Por piedad, de nosotros que no se diga.

Al padre Pizarro lo rodeaba un nutrido grupo de infantes. Se hallaba situado junto a un montoncito de piedras cuyo significado el teniente no supo desentrañar. Tampoco le preocupó gran cosa: lo miró, dejó de hacerlo y lo olvidó para siempre. Como si no tuviera suficientes asuntos en los que pensar… ¿Y si a algún infante le daba por tomar al cura como rehén? ¿Exigir algo a cambio? No daba la sensación de que fuera a suceder así, pero quién sabe… En los umbrales de la muerte, quien no llora es porque ya le ha emigrado el alma.

—¡Pizarro! —gritó Ostos. Un grito que le brotó de las entrañas y que hizo que la progresión de la batalla se detuviera para recibir, desde los farallones cercanos, el eco. Como si los contendientes no estuvieran seguros de qué habían escuchado y aguardaran confirmación. Sí, ha pronunciado el nombre de la bestia. Y continuaron luchando. Dando unos y recibiendo los otros. Ganando los primeros y comprendiendo que lo habían echado todo a perder el resto.

El padre Pizarro escuchó su nombre y se giró para distinguirlo sostenido en el aire. Allá, en aquella tierra donde cada palabra pronunciada se convertía en vaho pulmonar, lo dicho se veía. El cura entrecruzaba los dedos de sus manos en su regazo. Afirmar que sonreía sería demasiado afirmar. Pero a Ostos no le pareció que su semblante fuera el adecuado para hallarse en mitad de una batalla. De alguna forma, el capellán del *San Telmo* daba la sensación de sentirse… De sentirse tranquilo.

Varios infantes de marina que se situaban al lado del sacerdote vieron al teniente acercándose y decidieron defender su posesión. Ya habían entregado su alma al diablo tras la ejecución del marinero, de manera que poco podía ir a peor. Iniciaron las maniobras de carga de los mosquetes y Ostos supo que iban en serio. Eran unos críos y eran imbéciles, pero si conseguían cargar las armas, nada los detendría y él moriría.

El teniente abrió la mano y dejó caer su mosquete. No lo necesitaba. En el hipotético e improbabilísimo caso de que él fuera capaz de cargar antes de que terminaran de hacerlo los infantes de marina, solo dispondría de un disparo. Mataría a un hombre. ¿Y el resto? ¿Cuántos tenía frente a sí? ¿Seis? ¿Siete? El resto lo acribillaría sin dudar. De manera que prefirió actuar de la más práctica de las formas posibles. Por el rabillo del ojo distinguió a Moreno abriendo cráneos con su hacha de abordaje y se dijo que él podría hacer lo mismo. No era un modo caballeroso de conducirse en la batalla, pero la batalla, por mucho que se empeñen los que jamás han estado en una, no es un

salón de baile donde cada cortesía y cada ademán determinan el honor de un caballero.

Este lugar es para matar. Cuanto más, mejor.

Ostos dio un paso y levantó el hacha. Y gritó, y dijo su propio nombre, o algo ininteligible, o quién sabe qué. Ostos aulló como no sabía que podía hacerlo y todo él se colmó de furia.

Dejó caer el hacha sobre el hombro de un infante de marina y lo derribó. Tenía al infante arrodillado junto a él cuando volvió a levantar, sobre su cabeza, el hacha. Observó el horror en el rostro de los que le combatían y supo que los vencería. Que sus galones de teniente los impresionaban y que el furor que imprimía a cada uno de sus movimientos sembraba una duda en ellos: ¿saldremos de esta y continuaremos vivos dentro de tres respiraciones? Quien tiene la certeza de la victoria, tiene la victoria. Ostos la tenía y los infantes no.

Arrolló con su hacha a varios muchachos más. Algunos lo miraban embobados; otros, hasta estupefactos. El teniente se preguntó por qué. Por qué un hombre ha llegado hasta aquí y renuncia, de esta manera, a sí mismo. Eso sucedía: que los muchachos no luchaban, no parecían dispuestos a hacerlo, ni siquiera emprendían las más elementales maniobras para la defensa.

Y, por supuesto, ninguno huyó. Eso, se dijo Ostos, los honraba. Se quedaron para la muerte, para ser vencidos, para resultar aniquilados por dos marineros, dos oficiales y cinco artilleros. ¿Qué sucedía? ¿Acaso aguardaban algún tipo de exhortación suprema? ¿Que alguien, surgido de la nada, acudiera en su rescate? Se buscaban los unos a los otros, las decenas de muchachos se buscaban, con las miradas, como si nada comprendiesen. Como si este martirio no estuviera previsto.

Ostos no conseguía ser preciso con el hacha, de manera que a algunos los mataba y a otros, por el contrario, los dejaba malheridos. Abrió pechos, rasgó músculos y quebró huesos. Para él, el sonido habitual de la batalla mutó. Del servicio en el primer puente del *San Telmo* recordó el estruendo de los cañonazos. Las órdenes cortas y sonoras transmitidas por los guardiamarinas a los cabos de cañón. El bramido de los monstruos de hierro fundido, el clamor de la grandeza que en el disparo de una pieza se reúne. El puente casi a oscuras y el sumo encaje de más de mil piezas distintas. A eso le había sonado, hasta hoy, cada batalla al teniente Ostos.

Ahora quebraba la mandíbula de un hombre. O le abría una brecha por la que, a chorros, manaba la sangre. Una sangre que, como era de esperar, teñía

de rojo la nieve que cubría la playa. Una sangre que llevaba implícito el rumor de quien la pierde. Chasquidos, eso es, chasquidos. La batalla que nunca había soñado con librar se resumía en una sucesión híbrida y desordenada de chasquidos, crujidos y rechinamientos.

Algunos de los muchachos que mataban se lamentaron de su mala fortuna. Pero fueron los menos. Allí, quien más quien menos, moría en silencio y sin exhibiciones.

—Pizarro —repitió Ostos cuando alcanzó la posición en la que se hallaba el cura.

—Teniente —replicó el capellán. Lo miraba con regocijo y hasta cierto deleite. Ostos tuvo la impresión de que, en lugar de una playa empapada en sangre, se lo acababa de topar sobre la cubierta del navío. Hace una noche magnífica, padre. Es obra del Señor, hijo. Con Dios, padre. Con Dios, teniente.

Mientras tanto, el alférez Manrique advirtió que algunos infantes de marina se metían en el agua. Aquello lo pasmó tanto que, durante unos segundos, no se movió del sitio mientras observaba. ¿Estaba ante un desesperado intento de huida? Se dijo que no, que resultaba imposible pues, de pretender marcharse de la playa, los infantes podrían haber optado por hacerlo tierra adentro. Fuera como fuera, ellos nueve no cubrían, ni de lejos, todos los flancos. Podrían haberse largado y nadie los habría detenido.

Sin embargo, optaban por la mar. Embutidos en aquella extraña luz solar con la que la tarde tocaba a su fin, los infantes se dijeron que hasta aquí habían llegado y decidieron partir. Con lo puesto y hacia dentro, siempre hacia dentro.

Avanzaban hasta que el agua los cubría por completo y, después, se sumergían. Manrique no los volvía a ver. Se morían, en un último gesto que el alférez no supo identificar como de cobardía o de extremo coraje. Porque cobarde es el que abandona la batalla antes de que el oficial al mando retire el zafarrancho de combate y porque cobarde es, también, el que abandona la existencia sin que medie una voluntad expresa de Dios. Pero, siendo verdad todo esto, no lo es menos que quienes deciden por sí mismos lo hacen en soledad. ¿Y puede existir algo más audaz que enfrentarse a la gran soledad final contra la que nadie puede amotinarse? La del instante previo a la muerte, a la que no burlas ni engañas, esa que te cala los huesos y ya no se va.

—¡Eh! ¡Vosotros! —chilló Manrique sin poder contenerse. Tenía frente a sí al enemigo, pero igualmente a sus hombres. Esos chicos habían sido de los

suyos no hacía tanto tiempo. Supuso que se merecían un grito de amparo, de despedida: la retentiva de sus identidades—. ¡Volved atrás! ¡Hacedlo, hostias!

No obstante, los suicidas no saben detener el paso, escuchar, recapacitar. No lo serían si supieran hacerlo.

El grupo de ahogados fue de siete, puede que ocho hombres. Manrique creyó ver que algunos se cogían de la mano antes de que sus cabezas desaparecieran, bajo el agua, para siempre. Fuese así o no, no tuvo tiempo para más porque la batalla en tierra continuaba. Aún había contendientes, o al menos hombres que no habían arrojado su arma y levantado las manos para rendirse.

—¡Pasmados, alférez! —Oyó que gritaba Atienza cerca de él. Soltaba hachazos hacia el frente sin apenas molestarse en apuntar.

—¿Qué? —preguntó Manrique. Hasta que Atienza no le respondió, no supo si lo había pensado o pronunciado en voz alta.

—¡Que parece un ejército de pasmados!

No exactamente: era un ejército que se estaba hartando de aguardar a que Lucifer interviniese. ¿A qué esperaba el padre Pizarro? Por favor, que se abrieran ya las grietas en la tierra y brotara el magma del mal. Que los soldados de las huestes diabólicas surgieran a través de ellas, que se alinearan frente a ellos, los protegieran, hicieran lo que tuvieran que hacer para que todo terminara.

No imploraba otra cosa: que todo terminara de una vez.

—¡Atienza! —Mandó el alférez—. Ve hacia el cura. Protege al teniente. ¡Ayúdale!

El artillero asintió y, a hachazos, se abrió camino hacia la posición que ocupaban el teniente y el sacerdote. No hubo, sin embargo, que proteger a ninguno de agresión alguna: en torno a los dos hombres se había abierto un círculo de respeto. Un espacio que nadie pisaba y en el cual solo estaba el túmulo construido con piedras.

—A sus órdenes, teniente —dijo Atienza tras internarse en el círculo. Varios infantes de marina los observaban desde el margen exterior. Atienza se dio cuenta de ello—: Pero qué cojones…

Valdivia también se les acercaba. Y Dávila. Entraron en el círculo, dedicaron una mirada al túmulo y, a continuación, posaron las armas en el suelo para ayudarse a recuperar el resuello.

El padre Pizarro levantó la mano derecha y, con las puntas de los dedos tocándose, hizo la señal de la cruz frente a ellos.

—Benditos seáis —los santificó.

Qué menos, teniendo en cuenta que habían atravesado mil penurias para acudir en su rescate. Llegó entonces Pinto. Acto seguido, Reig, Moreno y el resto. Todos ingresaron en el círculo y a todos los bendijo el padre Pizarro.

—Bendito sea el Nombre —sentenció. Puede que sonriera, aunque los hombres nunca sabían atenerse a este respecto cuando de curas se trataba: no resulta extraño que el semblante de un sacerdote desconcierte, ¿verdad? Pues el del padre Pizarro lo hacía por partida doble. O triple.

Los infantes que habían sobrevivido a la batalla quedaron fuera de los límites invisibles del círculo invisible. Los que se hallaban dentro podían salir y a los que estaban fuera nada les impedía entrar. Nada salvo las decisiones propias, que son más sólidas que cualquier mandamiento.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Urquizu. Tenía el torso empapado en sangre.

—¿Alguno está herido? —se interesó el teniente.

A diez pasos de distancia, los infantes de marina, puede que en número de treinta y cinco o cuarenta, los acechaban en silencio. No parecían hostiles.

—Deponed las armas —ordenó el teniente Ostos de un grito que resonó en toda la playa. Comenzaba a anochecer—. Hacedlo y no os sucederá nada. Lo prometo.

Los infantes, tan hastiados como un hombre pueda haberlo estado alguna vez, no respondieron. Ni se movieron. Incluso dio la sensación de que habían renunciado a respirar.

—Haced lo que os digo —repitió el teniente.

Unos y otros se observaron largamente. El silencio era tal que hasta los albatros y las focas parecían haber enmudecido. La luz disminuía muy deprisa y al día le quedaba un instante. Tras él, el frío desolado en mitad del páramo.

—Joder, han caído como fruta madura —dijo Pinto, atónito él mismo ante la facilidad con la que los acontecimientos se habían sucedido.

Fue terminar de decirlo y ver cómo otros dos infantes de marina se desplomaban.

—Las heridas —aventuró Dávila.

—Sí, las heridas —asintió Reig.

—Anochece —dijo Ostos. Le preocupaba quedarse sin luz solar en mitad de aquella playa.

—El círculo nos protege —explicó Atienza, con una seguridad que más tarde juzgaría estúpida.

—El Nombre os protege —corrigió el padre Pizarro.

Todos se volvieron hacia él. Todos, incluidos los infantes derrotados. El mundo, en ese momento, cambió de tamaño y menguó. No en forma apreciable para ellos, por supuesto, pero lo hizo. Habían matado a más de cincuenta infantes y en esa dimensión se contrajo el mundo.

—¿Alguien está herido? —preguntó Ostos.

—Yo tengo un corte en el brazo —respondió Urquizu.

—Yo otro en el muslo —añadió Valdivia.

—¿Pernoctaremos aquí, teniente? —preguntó Manrique.

El grupo de hombres se apretaba espalda contra espalda. El hueco interior lo ocupaba el padre Pizarro, oh, bien preciado.

—No los perdáis de vista —ordenó Ostos ignorando la pregunta del alférez—. Todavía están ahí.

No obstante, como Atienza bien había señalado, el ejército que los acosaba era de pasmados. De hecho, a varios de los infantes les resbalaba, entre las comisuras de los labios, un hilo de baba.

—¿Qué hacemos, teniente? —insistió Manrique. La noche se les había echado encima y debían tomar una decisión—. La playa no es segura.

Porque, ¿y si el enemigo se desempasma? Sería raro, pero de asuntos más increíbles tenemos los ojos llenos.

Ostos se debatía entre varias decisiones. En resumidas cuentas, disponían de dos opciones: o se quedaban donde estaban y pasaban allí la noche, en pie, junto al túmulo y confiando en que ningún infante atravesara los límites del círculo invisible, o bien avanzaban, se abrían paso entre los supervivientes de la batalla y se enfrentaban a lo que el destino les deparase.

—Tenemos al cura, ¿no? —dijo Valdivia como si aquella afirmación, en sí misma, lo explicara todo.

Lo tenían. Ostos tomó una determinación.

—Comenzad a caminar muy despacio —ordenó—. Reig, Urquizu. Abrid la marcha. Al primero que respire, le reventáis las ideas.

11
6 de septiembre de 1819
Ninguna luz, sin señales, la rotunda soledad que nos engulle

Ostos y sus hombres alcanzaron el punto más alto sobre la playa y se detuvieron en él. Con la noche completamente caída sobre ellos, ni siquiera se veían las palmas de las manos cuando las ponían frente a sus caras.

—Mierda… —Se oyó que dijo alguien.

—¿Qué sucede? —preguntó el alférez Manrique.

—Nada, nada, señor —respondió la voz—. Que he tropezado y casi me caigo de bruces, eso es todo…

—¿Dávila?

—Soy Atienza, señor.

—Mirad por dónde camináis.

Los oficiales de guerra estaban acostumbrados a pensar rápido y a tomar decisiones en un instante. Decisiones que afectaban a cientos de hombres. Desde que eran simples guardiamarinas todavía sin embarcar por primera vez, la obsesión de los que les enseñaban no se apartaba de la instrucción maestra: manda, manda ahora, manda bien, manda siempre. Manda, si no sabes qué pensar, manda; si lo sabes, manda también. Manda para que los hombres a los que mandas sepan qué hacer, cómo actuar, en qué dirección encaminar sus esfuerzos.

A veces, suele pasar, se manda de forma adecuada y, a veces, no. A veces las circunstancias mandan sobre ti y todo se impone sobre el imperio de tu mandato. Sin ir más lejos, eso mismo les había pasado a los que gobernaban el *San Telmo*. Mandaban, sí, pero el temporal y las corrientes mandaron más.

En ocasiones, se mandaba desde la supina estupidez. Se mandaba con obviedad manifiesta, con un punto de puerilidad, a lo tonto. Pero porque quien mandaba se había vuelto, de repente, idiota de remate. No, al contrario:

quien así manda, manda porque mandar es lo único a lo que puede aferrarse; y se aferra. Porque si no lo hace, el vendaval de los acontecimientos lo arrasa.

Mirad por dónde camináis. Se lo había dicho el alférez Manrique a un grupo de hombres que venía de matar a decenas de enemigos. Todavía con las hachas en las manos, todavía con el sabor de la sangre en sus labios. Todavía con los corazones desbocados. Porque tú puedes ser un artillero tan sólido como el cañón que sirves, o un marinero duro y tieso como el palo mayor del navío con el que bregas, pero matar encorva el alma propia. Es una reacción natural, no pasa nada. Tienes razón, tienen razón, nadie les reprochará jamás nada. El brigadier, el hombre que manda sobre todos los que mandan, el hombre que no es mandado por nadie, quizás les dedique unas palabras de aliento y reconocimiento. Habéis matado bien, muchachos. Estoy orgulloso de vosotros. Gracias.

Ya, pero el que ha partido cráneos eres tú. Y sí, el alma de hasta el mejor plantado se arquea.

Por ello, es de agradecer que, en una situación como esta, el alférez mande. De la forma más bobalicona posible, pero mande. Agradeces que haga lo que se supone que debe hacer. Ojito, no os vayáis a torcer un tobillo. Que esto está lleno de piedras traicioneras y no se ve tres en un burro.

—Nieva —dijo alguien.

—¿Pinto?

—Soy Urquizu, señor.

Nevaba, lo cual significaba que el cielo se había vuelto a cubrir. Levantaron la vista y no distinguieron estrellas. Menos aún, la luna, que, la verdad, les habría venido de perlas.

—Nieve negra, señor —añadió Urquizu.

—Nieve que no puedes ver, Urquizu.

—Pues negra.

Nadie replicó porque la percibían en sus rostros y no de otra forma: tan negra que aterraba. Lo cual, si cabe, resulta difícil de creer, pero así era. La nieve oscura en torno a ellos les provocaba un terror esencial, un miedo que apretaba dentro, en sus tripas, sí, pero también en los intelectos. En las fantasías y los ensueños. Sintieron pánico de lo que los rondaba en la oscuridad, de una soledad demenciada y solemne, de saberse extraviados, extraviados dos veces, tres, mil.

—¿Dónde está el padre? —preguntó Ostos, que consideró oportuno añadir —: Soy el teniente.

—Aquí, a mi lado —dijo alguien, quien hizo lo propio—: Soy Moreno, señor.

—Sujétalo por un brazo, Moreno —ordenó Ostos—. No quiero perder al padre en medio de esta oscuridad.

El marinero obedeció de inmediato y asió al cura.

—Disculpe, padre —se excusó por tocarlo.

Caminaban despacio hacia un lugar desconocido. De momento, Ostos se había puesto al frente del grupo y se limitaba a alejarlo de la playa. Fue entonces cuando escucharon la voz del sacerdote. Una voz que no se identificó. Tampoco habría hecho falta, pues hasta el menos avispado la habría reconocido entre un millón.

—Aguardemos, pues han de ser recolectadas las almas de los que han caído en la batalla.

Se sucedieron unos segundos en los que nadie dijo nada. De hecho, se detuvieron, y el sonido de los pasos en las piedras y el hielo, que suponía su única compañía, se extinguió.

—¿Ahora, padre? —Rompió el silencio el teniente Ostos. Entendía la necesidad de rezar por los muertos, pero juzgó que no era el momento. Ni el lugar—. ¿Podemos dejarlo para más adelante? Le prometo que se hará un responso como Dios manda…

Los hombres escucharon respirar al capellán. Inhalaba despacio y exhalaba deprisa. Pensaron que engullía lo circundante para retenerlo en él. Se estaba volviendo entorno: oscuro y solo.

—Ahora —sentenció el padre Pizarro—. Este es el tiempo de las almas.

—Pero, padre…

Con la noche, el frío había adquirido la textura de una cama de cristales de vidrio: cada movimiento los laceraba, los hería, sometía todo intento de seguir adelante.

—No nos llevará demasiado rato —concedió el cura, quien, dócil, no hizo nada por liberarse del apretón de Moreno—. Solo debemos observar. Únicamente eso. Detenernos y observar. La recolección de los nombres para el Nombre se lleva a cabo por simple contemplación.

A Ostos, la idea no le hizo la menor gracia, pero transigió. En cualquier caso, tampoco disponía de un plan firme. Avanzarían, pero ¿hacia dónde? Ni se sentía capaz de orientarse en mitad de la noche, ni, aunque lo lograra, serían capaces de llegar hasta el campamento donde les aguardaba el resto de la tripulación.

—De acuerdo —aceptó.

—Observad —escucharon que decía el sacerdote.

Observaron. Al principio, nada. Les rodeaba una oscuridad impenetrable, un frío punzante, la nieve negra, el silencio del fin del mundo.

—Si no nos movemos, moriremos —dijo Manrique. Quiso dirigirse al teniente, pero su preocupación la escucharon todos.

Di que, si no se movían, probablemente también. Así que tampoco era para tanto.

De pronto, percibieron algo en la playa. No era una luz, pero sí algo que se distinguía de la oscuridad. Que refulgía sin iluminar, que brillaba sin resplandecer, que carecía de nombre porque la ausencia de nombre es el primer paso en la progresión hacia el Nombre.

Se diría que enmudecieron, si no fuera por que ya estaban callados. Y se diría, asimismo, que contemplaron lo que sucedía, a pesar de que la oscuridad no se quebró en ningún instante.

—Las almas —dijo alguien.

—Las almas —repitió otro.

Eran los espíritus liberados de los hombres que no hacía ni veinte minutos que habían matado en sangrienta batalla. Eran los que ya se marchaban: si no salvados de esta penuria, sí aliviados, eximidos.

—¿Van al cielo, padre?

—¿O al infierno?

Pizarro no respondió a ninguna de las dos preguntas. Él también observaba en la oscuridad, él también percibía los acontecimientos que estaban teniendo lugar. La migración de los nombres transcurría lenta y callada.

—¿Qué pasará ahora, padre?

Y esta sí era una pregunta pertinente que, como todas las que lo son, merece una respuesta. En adelante, ¿qué? Porque por usted obra Dios nuestro Señor, ¿no es así? Esperamos que no lo niegue, pues nos hemos jugado el pellejo apostándolo todo a esa baza. Ahora debería usted interceder, dicho sea desde el mayor de los respetos y la más tibia de las humildades, por nosotros. Estamos en un estado lamentable, suponemos que se da cuenta de ello, ¿verdad?

Vamos a morir en cuestión de horas. Todos moriremos y nos convertiremos en eso que ahora mismo trascurre frente a nosotros: nombres para el Nombre.

—¿Qué nos sucede, padre?

El padre Pizarro levantó sus brazos y los sostuvo en el aire, aunque nadie lo vio porque la total oscuridad lo impedía.

—Avanzamos —dijo. Una palabra sencilla que, sin embargo, colmó el silencio.

—El frío, padre. El frío.

—Habrá un calor que nos sosegará.

—¿No bromea al decirlo, padre?

—No bromee al decirlo, padre. No con estas cosas. Llevamos demasiado soportado. Demasiado.

—Padre…

—Hijos míos, tened fe pues el Nombre no nos abandonará, pues precisamente él nos necesita más a nosotros que nosotros a él.

Se volvió a hacer el silencio y en silencio continuaron intuyendo la transmigración de los nombres hacia el Nombre.

—Es bonito —señaló alguien.

La saliva se les convertía en hielo dentro de las bocas.

—Hay que continuar, padre —dijo el teniente Ostos. Se daba cuenta de que, o se ponían en camino, o se desplomarían allí mismo. Carecían de opciones y solo se le ocurría caminar. Conservar el calor manteniendo ágil el paso. Lo cual suponía una medida delirante en mitad de una noche tan cerrada, pero se trataba de eso o de la muerte. No había más.

—La recolección no ha finalizado —dijo el cura.

—Padre… —insistió el teniente.

—Concedo, adelante.

—Seguro que no se pierden, padre. Quédese tranquilo. Todo va a salir bien.

—Tenlo por seguro, hijo mío. Todo va a salir bien.

Hicieron lo que Ostos había ordenado y se pusieron en marcha. Como no podían verse los unos a los otros, el teniente, con la ayuda del alférez, ideó un sistema para que nadie se extraviara: puso al grupo a caminar en fila de a uno con la instrucción de que, de cuando en cuando, cada hombre se interesara por el que avanzaba inmediatamente delante de él. Por ejemplo:

—¿Sigues ahí, Valdivia?

—Aquí sigo.

—¿Sigues ahí, Urquizu?

—De momento, sí.

Etcétera. Un sistema un tanto rudimentario, pero efectivo. Ninguno se perdía y los hombres mantenían sus mentes ocupadas en algo. Ostos abría la

marcha y Reig la cerraba. De esta forma, cuando la retahíla de preguntas y respuestas llegaba al final, el teniente daba un grito que retumbaba en los planetas:

—¡Reig, hijo de la gran puta! ¡Dime el nombre de tu santa madre si continúas con vida!

—¡María Isabel, señor!

—¡Un nombre precioso, me cago en mi puta vida!

Nadie reía la gracia, porque las fuerzas eran las que eran, pero por dentro se sentían reconfortados. Al final, siempre sobrevive el que le sobran arrestos para la gilipollez. Por eso los marineros jamás perdían el sentido del humor cuando bregaban sobre cubierta. Por eso los artilleros, en plena batalla y sirviendo en el infierno de sus puentes, canturreaban por lo bajo mientras cargaban sus cañones con balas y pólvora suficientes para hacer saltar el mundo por los aires.

De cuando en cuando, alguno tropezaba y doblaba las rodillas. En condiciones normales, aquello no habría supuesto ningún inconveniente, pero, salvo normalidad, allí tenían cualquier cosa: Ostos mandaba detener el avance de la columna y se aguardaba a que el hombre volviera a incorporarse. Así:

—¡Me he caído, teniente, me he caído!

—¡Di tu nombre!

—Pinto, señor.

—¡Quietos todos! ¡Sin moverse del sitio!

Diez hombres solos en la oscuridad acompasando la escarcha de sus respiraciones.

—¿Te has vuelto a poner en pie, Pinto?

—Estoy en ello, señor.

—No me vaguees, Pinto. Que te conozco.

—No lo hago, señor. Pero es que creo que me he hecho daño en la rodilla y…

—¿Me estás tocando los cojones, marinero?

—Ni por asomo, señor.

—¿Cómo se llama tu madre, marinero?

—Ana María, señor.

—¿Vive todavía, marinero?

—Sí, señor, creo que sí.

—Pues Ana María, escúcheme, si puede hacerlo: le juro por Dios Todopoderoso, por su Hijo, por el Espíritu Santo, los ángeles, los arcángeles

y, sobre todo y entre todas las cosas, por la Virgen madre de nuestro Señor, que le devuelvo a casa a su hijo el idiota o fallezco en el intento.

Adivina qué pasó.

* * *

En la playa, quedaron supervivientes. La batalla había diezmado al grupo de desertores, pero a no todos les migraba, en esos instantes, el alma hacia el Nombre.

Irisarri había muerto, y también Sotomayor. Escalante se hallaba gravemente lastimado, con un tajo en mitad del rostro, pero respiraba. Solo Zarraluqui y Téllez se movían por la playa sin heridas aparentes. En total, quedaban treinta y siete infantes de marina vivos. Había sido una escabechina, pero porque renunciaron a defenderse.

¿Y por qué renunciaron a hacerlo? Quién sabe. Cierto fue que el ataque les sorprendió. No se lo esperaban y no supieron reaccionar a tiempo. Sin embargo, cierto era también que la proporción de fuerzas era de diez a uno. Los podrían haber derrotado sin despeinarse. ¿Y qué había sucedido? Que bajaron los brazos, o que se negaron a levantarlos. Como se quiera. Les había faltado el sargento para ordenar la lucha, sí, pero ello no explicaba con suficiencia tal inacción. Por el amor de Dios, eran soldados… Y los habían derrotado unos pocos artilleros, un par de marineros y dos oficiales navales que en su vida se habían batido en un cuerpo a cuerpo.

Quizás fue la desidia. La pereza, la desgana a la hora de mantenerse con vida. Quizás los atacantes fueran, en cierto modo, bienvenidos, pues, por su mano, llegaba lo que por la de ellos mismos no se atrevían a darse: el sucumbimiento, el final, la cesación, una muerte medianamente honrosa y rápida.

Zarraluqui y Téllez caminaron sobre las piedras de la playa. Escuchaban el rumor de las olas rompiendo en la orilla y el viento silbando dulcemente entre los farallones. Y puesto que la oscuridad era absoluta, carecían de más referencias, salvo los lamentos. Los lamentos de unos muchachos que llamaban a casa:

—Mami, mami… Quiero irme a la cama. Me duele la barriga, mami…

—¿Saldremos mañana de pesca? ¿Sí? Pues ahora mismo voy al bosque y busco lombrices. No, no te preocupes, papá, iré yo… Sigue con lo tuyo.

—Abuelita, abuelita, cuéntanos otro cuento.

¿Cuál, queridos niños?

—Cuéntanos un cuento de miedo, abuelita.

Érase una vez unos jóvenes que se perdieron en la boca del infierno. Que conocieron a Satanás, que escucharon su voz y olieron su aliento nauseabundo. Ni hartos ni perezosos, los jovenzuelos le vendieron su alma por treinta monedas de plata. Y por la salvación de sus cuerpos terrenales, dicho sea de paso. Hatajo de tarados… Pero no os preocupéis, nietecitos míos, porque los grandísimos hijos de la gran puta lo pagaron bien caro. El mismísimo Satán los traicionó, para pasmo de los que sobrevivieron a la contienda que allá se libró entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal. Lo cual, de algún modo, deberían haberlo previsto porque, ¿quién, en su sano juicio, confía en el diablo? A la primera oportunidad, te la juega. Lo hace porque está en su naturaleza hacerlo, porque no sería Lucifer si se condujera con honestidad y respeto por la palabra dada. También a Jesús trató de engañarlo, ¿recordáis? Fue en el desierto, durante aquel larguísimo ayuno de cuarenta días con sus cuarenta noches. Pero Jesús, nietecitos míos, era, y es, el hijo de Dios y, en consecuencia, el hombre al que no resulta sencillo metérsela doblada. Nada, por supuesto, que ver con aquellos infantitos de marina a los que les partieron el cráneo en el culo del mundo.

Quedaban treinta y siete desertores con vida. Todos ellos, sin excepción, habían perdido el juicio. Afortunadamente, ha de decirse.

La noche oscura se hizo más oscura y la oscuridad se plegó sobre ellos. Empujó y empujó hasta que los muchachos quedaron aprisionados contra las piedras de la playa. Solos y ajenos a cualquier certidumbre pasada, presente o futura.

12
7 de septiembre de 1819
Señor, me temo que se está usted volviendo de color azul

¿Amaneció un día más? Amaneció. De momento, eso. El teniente Ostos continuaba, junto a su grupo de expedicionarios, el lento regreso al campamento de la playa. Por ello, y por más razones que no viene al caso enumerar pero que podrían resumirse en un rotundo ¿para qué?, la cuenta de los supervivientes no se llevó a cabo. Sin embargo, hay curiosos de las cifras y los datos, de la contabilidad, de los balances y los recuentos. Como si ellas y ellos, por sí mismos, explicaran algo… En cualquier caso, quede escrito aquí: en la isla, quedaban cuatrocientos cuarenta y dos hombres vivos. O, dicho de otro modo: dos centenares de miembros de la tripulación del *San Telmo* habían fallecido en las últimas jornadas. Diríase que a buen ritmo. Diríase, si no se conociera lo que sucedió a continuación.

Vamos con ello.

Que quedaran cuatrocientas cuarenta y dos almas sin migrar significaba que, esa misma noche, varias decenas de hombres habían perecido en el campamento. Si quieres cifras, dos tazas. Varias decenas de, sobre todo, grumetes, pajes y hombres de cierta edad. Por irónico que parezca, ya que en esta estamos, falleció el contador. El tipo que se pasaba el santo día apuntando que habíamos consumido esto o se había repuesto lo otro. Se llamaba Juan Bautista Beltrán, tenía cumplidos ya largamente los sesenta años de edad y pertenecía a esa clase de hombres que viven embarcados durante décadas pero que no acaban de comprender la gracia del invento.

Digamos que eres un hombre joven, que, por hache o por be, has conseguido hacerte con una educación más que digna, pero que no tienes quien te coloque en ninguna parte. De pronto, un buen día oyes hablar de que en tal o cual navío necesitan un contador. Alguien que se ocupe de llevar la contabilidad del buque. Y te dices que eso tú lo haces sin despeinarte, así que

te enrolas. Luego resulta que el trabajo no era tan sencillo como lo habías previsto, pero tampoco te quita el sueño: una vez que le has pillado el tranquillo, ocuparse de la contabilidad de un navío de línea se convierte en un trabajo agradable y llevadero. Además, ostentas rango de oficial mayor, lo cual significa que, oye, a ti en esa ciudad con velas se te respeta y valora. De cuando en cuando, muy de cuando en cuando, el capitán decide entrar en batalla, hecho que para ti supone un plus importante de trabajo: se gasta mucho y en tus libros hay que anotar muchas menguas. Materiales, entiéndase, que de las otras, de las humanas, se ocupan otros en el buque. Y ya está. Te van pasando los años y las décadas como el que no quiere la cosa. El navío cruza los mares, tú llevas una vida relajada y no te preocupas demasiado por comprender los ritmos internos del barco porque nada que no sea trasladable a los libros de contabilidad tiene importancia para ti.

Hasta que un buen día, el navío naufraga, alguien te desembarca en una playa helada y, en cuestión de tres jornadas, ya no aguantas más y te mueres de frío.

Que alguien me anote donde corresponda, por favor.

El brigadier Porlier, el capitán Toledo y el teniente Marín abandonaron al alba su refugio bajo la lancha volcada. Los tres eran conscientes de que el tiempo se les estaba acabando. Porlier levantó la cabeza hacia el cielo y observó las mismas nubes grises que los habían acompañado en los días anteriores. Ahora no nevaba, pero lo haría, sin duda, dentro de un rato.

—Comencemos —dijo. Como podría haber dicho lo contrario, la verdad. Porque a Porlier, en ese momento, el cuerpo le pedía abandonar. Se lo llevaba pidiendo desde que había tomado conciencia de que se hallaban condenados a desaparecer. De que, por mucho que se esforzaran, no sobrevivirían en aquel clima desquiciado y hostil. Pero era el brigadier, el comandante de la expedición, el hombre del que se esperaba que no bajara jamás la guardia porque… ¿Qué sería del resto si él lo hacía? ¿Qué?

Ordenemos también nuestra propia muerte. Y que no decaiga el ánimo.

Los tres oficiales recorrieron la playa con la mirada. Era el primer vistazo de la mañana y en él se suponía que se debía reconocer a una tripulación ordenada despertándose ordenadamente y disponiéndose, en el debido orden, a recibir las instrucciones que la oficialidad tuviera a bien transmitirle. Se suponía, porque la realidad resultó bastante distinta: muchos de los hombres ya habían abandonado los toscos refugios que la noche anterior habían preparado con los trozos de las velas recuperadas del *San Telmo* y ahora se movían de un lado a otro encendiendo hogueras, tomando víveres de la

despensa y, en general, haciendo lo que les parecía oportuno. Que, salvo deambular con lentitud, no era gran cosa. Dicho sea para que no parezca que urdían grandes planes.

—Pienso que la disciplina se ha relajado un tanto… —comentó el capitán Toledo.

—Si así lo cree, capitán… —comenzó a decir el teniente Marín. No obstante, él mismo lo dejó estar. ¿Qué podían hacer? ¿Castigar a los que robaban un trozo de carne en salazón? ¿Emprenderla contra los que habían encendido hogueras sin el debido permiso? Los mataban allí mismo, seguro.

Porlier se acercó a un grupo de unos veinte hombres, marinería en su totalidad, que se reunía en torno a una hoguera minúscula. Flanqueado por el capitán y el teniente, caminó hacia ellos y se detuvo sin despegar los labios. Los marineros lo miraron en silencio mientras extendían las manos hacia las llamas.

Por fin, alguien se dignó a decir algo. Se trataba del contramaestre Manzano, al que, como a todos en la playa, se le había ralentizado el raciocinio: por mucho que se esforzara para que así no fuera, los pensamientos fluían lentos entre los recovecos de su mente. Algo parecido a una fenomenal resaca, pero sin haber ingerido una sola gota de vino.

—Brigadier —dijo—. A sus órdenes… Disculpe que…

Porlier asintió. Él también notaba la ralentización de sus propias cavilaciones.

—Contramaestre, debemos ponernos manos a la obra.

Algunos marineros lo miraron sin molestarse en ocultar cierta estupefacción.

—Sí, señor —contestó Manzano.

—Esta noche hemos sufrido algunas bajas. Deberíamos deshacernos de los cadáveres, contramaestre.

—Mis hombres están muy débiles, señor.

—Sus hombres son lo mejor que tengo, Manzano. ¿Con quién quiere usted que trabaje? ¿Con los pajes de diez años? Se me han muerto ya la mitad, así que no me venga usted con hostias…

De manera que ahora la marinería constituía la flor y nata de la tripulación. Mira tú por dónde. Un hombre se puso a silbar y Porlier hizo como que no oía. Se estaban volviendo expertos en fingir que nadie hacía nada. Una especie de funambulismo de los sentidos: cada instante es un paso que das en una cuerda floja suspendida entre lo que éramos y lo que seremos.

—A sus órdenes, brigadier —accedió, por fin, el contramaestre. Lento, demasiado lento.

—¿Qué le parece si recogen los cuerpos de los que han fallecido y los apilan en un extremo de la playa?

Porlier, un hombre acostumbrado a que cada palabra que brotara de su boca fuera siempre una orden incuestionable, formulaba una pregunta y se la dirigía a ni más ni menos que un contramaestre. El asunto tenía miga, teniendo en cuenta que, para los oficiales de tan alta graduación, de alférez hacia abajo apenas existían diferencias.

Los marineros se percataron de ello. O, por expresarlo con mayor precisión: se percataron del insólito hecho de que el brigadier se dirigiera al contramaestre preguntándole su opinión acerca de la idoneidad de apilar los cuerpos de los caídos; sin embargo, el cedazo a través del cual los estímulos y las percepciones se colaban hacia sus mentes se había vuelto tan grueso que, junto a la pregunta del brigadier, llegaron, en idéntica intensidad, el rumor de las olas, el crepitar de la hoguera, los rezongos de las focas y las voces de dos hombres que unos pasos más allá se habían puesto a discutir por los zapatos de un muerto.

—Lo que usted mande, brigadier —repuso el contramaestre.

—Pues a ello —apremió Porlier—. Ah, y me gustaría que hicieran un viaje al *San Telmo*.

—¿Al *San Telmo*, señor?

—Debemos tomar posesión del territorio.

* * *

Se decidió que, al menos por el momento, bastaría con apilar los cadáveres en un extremo de la playa. Por un lado, la idea de darlos al mar no había funcionado tan bien como pretendían, y, por otro, se habían percatado de que la carne que almacenaban a modo de provisiones para el futuro, se congelaba en cuestión de horas. Sucedería lo mismo con los cadáveres.

Mientras que diez o doce marineros se ocupaban de arrastrar cuerpos por la playa, el contramaestre Manzano, acompañado de los marineros Álvarez, Vela y Echarri, botó el chinchorro y remó hacia el *San Telmo*. Les dolían los huesos, uno por uno, todos sin excepción, hasta las falanges más diminutas. Echarri se puso a remar porque era el único de los cuatro que se sentía capaz de flexionar los dedos de ambas manos.

Una vez que alcanzaron el navío, Álvarez asió uno de los cabos que colgaban desde la cubierta y comenzó a trepar por él. En una ocasión, años

atrás, tuvieron un mono a bordo y los infantes se entretenían dándole vino a todas horas. El mono se pasaba el día borracho, tanto que, en un par de meses, enfermó. Se lo llevaron al cirujano para ver si podía hacer algo por él y el hombre dictaminó que le habían reventado el hígado al bicho. Duró todavía tres o cuatro días más, pero ya no conseguía trepar a los hombros de los infantes. Mucho menos aún encaramarse a la arboladura del barco.

Pues exactamente al mono medio muerto les recordó Álvarez en su triste intento de ascender por el cabo. ¡Álvarez, que era de los que se subía a las vergas sin tan siquiera descalzarse! Ahora sus dedos no se cerraban sobre el cabo, no conseguía ejercer presión sobre él, le costaba horrores impulsarse hacia arriba.

—Lo estás consiguiendo —le animaron desde el chinchorro, conscientes todos de que ellos no iban a hacerlo mejor.

El frío les había traído un abotargamiento del que ya no se desprenderían: pensaban despacio, se movían con extrema torpeza y los reflejos les habían abandonado.

—¡Ánimo, Álvarez! —repitieron con voz ahogada. Al contramaestre le dio por pensar que sería una buena idea quedarse ahí para siempre. Como la escena congelada de un cuadro: ellos en el chinchorro y animando al marinero que trepaba hacia la cubierta del navío; y el marinero que trepaba, apretando los dientes y los esfínteres en un esfuerzo supremo para alcanzar la borda sin cagarse encima.

Quietos para siempre en un instante plácido que ni avanza ni retrocede, pero del que eres plenamente consciente. Marineros embarcando en el *San Telmo*. Ese sería un magnífico título. Al contramaestre, con la cabeza alzada y la mirada fija en el culo de su hombre, le pareció sugestiva la imagen de la gente deteniéndose ante tan pintoresca escena y contemplándola con admiración y reconocimiento.

—¡Ya está! —bufó, desde arriba, Álvarez. Se sujetaba a la borda con ambos brazos, como si temiera caerse desde allá y partirse el espinazo contra el chinchorro.

—Echarri, tu turno —indicó Manzano.

El marinero lo miró y se mantuvo en silencio durante un rato. Parecía no haber escuchado la orden del contramaestre.

—Me gustaría dormirme y no despertar jamás —dijo espaciando mucho cada palabra.

Manzano rumió la pretensión de Echarri y se dijo que no le parecía mal. Él se apuntaba, si pudiera ser.

—Agarra el cabo, Echarri —ordenó el contramaestre—. Tenemos trabajo. Ya has oído al brigadier.

—Oh, es cierto —repuso Echarri. No había ningún tipo de inflexión en sus palabras. No existía, literalmente, propósito alguno tras ellas. Echarri decía lo que podía y lo olvidaba un instante después de haberlo pronunciado. A eso llegaba y a nada más.

El marinero asió el cabo y comenzó a tirar de él.

—Así no vamos a ninguna parte —dijo Manzano, observándole.

—No sé qué sucede, contramaestre.

—Prueba a impulsarte hacia arriba. ¿No has visto cómo lo ha hecho Álvarez?

Echarri soltó el cabo y se giró, con todo su cuerpo, para mirar a Manzano. En él, mirar, hablar, cavilar y experimentar se habían fundido en un sentido único: si quería dirigirse a quien le hablara, debería mirarlo, pensarlo, unificarlo en cualquiera de sus perspectivas.

—¿Álvarez ya está arriba? —preguntó.

—Sí, acaba de subir.

—No lo recuerdo, contramaestre.

—Pues sí, lo ha hecho.

—Si usted lo dice…

Manzano supo que Echarri estaba en las últimas. Él mismo necesitó un buen rato para llegar a esa conclusión: miró a Echarri, Echarri le devolvió la mirada y ambos se la sostuvieron durante varios minutos. Dos hombres silenciosos que se miran y tratan de recordarse el uno al otro. Que luchan internamente para que las palabras fluyan, para que los pensamientos no se atoren, para que sus cuerpos respondan como siempre lo han hecho.

—¿Qué pasa? —preguntó Álvarez desde la cubierta. Se asomaba por la borda y miraba hacia abajo.

Vela, que no había abierto la boca desde que botaran el chinchorro al agua, respondió:

—¡Se trata de Echarri! ¡Se ha parado!

Álvarez se rascó la barba.

—No me jodas… —dijo.

A Manzano, el grito de Vela lo trajo de vuelta a este lado del mundo.

—Subiré yo —decidió—. Vela, tú te quedas aquí junto a Echarri, ¿de acuerdo?

Vela asintió.

—Cuidaré de él —aseguró.

El contramaestre Manzano asió el cabo y comenzó a trepar. Él mismo debía recordarse a cada momento las instrucciones que no hacía ni dos minutos le había dado a su marinero: sujetar el cabo con las dos manos e impulsarse hacia arriba; repetir la operación tantas veces como sea necesario siempre y cuando se perciba que ascendemos; seguir, seguir, seguir sin desfallecer; acordarse de parar una vez que nos hayamos topado con Álvarez y la borda del navío.

Manzano notó que se cansaba y luego que dejaba de hacerlo. Que el esfuerzo le imbuía de una fuerza inusitada. Sonrió, pues tan obvia ausencia de lógica en lo que le sucedía le pareció gracioso.

—Vamos, contramaestre, ya casi lo ha conseguido —oyó que decía Álvarez.

El marinero le echó una mano en el tramo final y, por fin, Manzano pisó la cubierta inclinada del *San Telmo*.

—¿Y ahora qué? —preguntó Álvarez.

—Déjame que piense… —repuso Manzano—. Ah, sí, tenemos que completar el encargo del brigadier.

—Pues usted dirá…

—Una verga, necesitamos una verga…

Álvarez levantó la vista hacia la arboladura del buque.

—Vayamos hacia la popa, si le parece. Creo recordar que allí quedaron varias que…

—En realidad, da lo mismo si es una verga o no. Cualquier palo que podamos usar a modo de mástil nos servirá.

Fue entonces cuando Álvarez cayó en la cuenta de que no sabía qué demonios hacían allí. Sin embargo, no le importó. Se le habían apagado todos los instintos y se limitaba a seguir adelante sin pensar en nada que no fuera esencial para él.

* * *

El grupo del teniente Ostos continuaba camino hacia el campamento en la playa. No se habían detenido en toda la noche, y no porque el cuerpo no se lo pidiese. Lo hacía, y a gritos. Pero cada vez que lo intentaban, notaban que un momento de inmovilidad era un momento que los acercaba peligrosamente a la muerte.

Ostos, por consiguiente, se mantuvo tajante al respecto. Avanzarían despacio, pero avanzarían en todo momento. Así, llegó el alba y, con ella, un frío profundo y casi sobrenatural que los envolvió en silencio.

Al menos, llevaban al padre Pizarro.

—Lo vi con mis propios ojos —dijo el alférez Manrique. Con las primeras luces, habían abandonado la fila de a uno y los dos oficiales marchaban juntos y algo separados del resto—. El poder de Dios actuando por la mano del padre Pizarro. Se lo juro, teniente, se lo juro…

Ostos había escuchado las explicaciones dadas por el marinero Bárcena, así que se conocía la cantinela: que si el cura había amansado una orca, que si por la mano del cura obraba un poder milagroso, que si tal, que si cual. Sea como fuera, allá estaba él por culpa de aquel influjo: mucho más débil que la tarde anterior, con varias muertes sobre sus espaldas y la vista nublándosele por momentos. O llegaban pronto al campamento y recuperaba fuerzas o moría ahí mismo, en mitad de la nieve.

—Ojalá tenga usted razón, Manrique, porque esto no pinta bien…

—¿Qué quiere decir? ¡Tenemos al cura con nosotros!

—Pues que vaya espabilando. No soportaremos una sola noche más.

—No diga eso, señor. ¡Verá qué bien nos va ahora!

Manrique tiritaba, lo cual no impedía que una inhabitual luz hubiera aflorado a sus ojos. Miraba como mira un loco, un trastornado, alguien que ya ha huido hacia dentro porque hacia fuera no existe ruta posible.

—Creo que es por aquí —dijo Ostos intentando cambiar de tema—. En una hora a lo sumo, estaremos en el campamento.

—Nos recibirán con entusiasmo, ¿no es así, teniente?

En este aspecto, Ostos tuvo que reconocer que así sería. Al menos, si las cosas continuaban tal y como él las había dejado el día anterior. El campamento entero pensaba que Pizarro era la llave para salir de la isla. Él y nadie más.

—Lo harán, Manrique.

La mañana clareaba y pronto fue de día por completo. Un artillero dijo, en voz alta, que tenía calor, pero nadie le hizo caso. Continuaron caminando en silencio durante un rato más y el artillero volvió a la carga.

—¡No lo puedo soportar más! —exclamó mientras comenzaba a quitarse la ropa.

La partida se detuvo y Ostos retrocedió para comprobar qué sucedía. Se trataba de Valdivia.

—¡Me abraso! —exclamó ya a pecho descubierto.

—Valdivia, deja de hacer el idiota y vístete —ordenó Ostos sin apenas fuerzas para hablar.

—Pero, teniente, es que tengo mucho calor…

—Estás delirando. Vamos, ponte la ropa y continuemos. Si nos detenemos durante demasiado tiempo, nuestras piernas se negarán a reanudar el viaje.

—Teniente, le juro por mi madre que…

—Vamos, Valdivia, haz lo que dice el teniente —intervino Urquizu.

—Sí, vamos, hazlo —le apoyó Reig.

Entre los dos artilleros, ayudaron a que Valdivia se volviera a poner la camisa. Al parecer, comprendieron que los delirios que sufría su compañero bien podrían golpearles a ellos más tarde. Debían, pues, llegar al campamento y esperar que el padre Pizarro se pusiera al mando y resolviera, de una santa vez, los problemas que tanto les acuciaban.

—¡Estamos muy cerca de casa! —exclamó Manrique.

Ostos comprendió que en su mirada había, antes que cualquier otra cosa, pánico. Pánico no ya a morir, sino a que la muerte les alcanzara sin merecerla. Porque estaban haciendo méritos suficientes para salvarse, claro que sí. Porque se esforzaban a cada instante que transcurría, porque lo daban todo sin dejarse nada dentro. Dios les debía la salvación, si es que algo así puede ser expresado. Dios se hallaba en deuda con este grupo de hombres que no lo había abandonado, que no se había separado ni por un segundo de la senda correcta, que seguía al pie del cañón.

Dales algo, Señor, porque se lo están ganando a pulso.

* * *

En la playa, el chinchorro llegó a la orilla y el contramaestre Manzano procedió a desembarcar el encargo del brigadier Porlier: un trozo de verga algo más largo que la eslora del chinchorro y la bandera que el brigadier pretendía izar en él.

No había sido fácil encontrarla. El capitán Toledo les había dado, antes de partir hacia el *San Telmo*, explicaciones precisas acerca de dónde debían buscar. Un pañol en la parte de popa del sollado. Allí estaban, cuidadosamente guardadas, las enseñas del *San Telmo*. Por supuesto, la enorme bandera de combate que solo se izaba cuando el navío entraba en batalla. Cabrían al menos cincuenta hombres bajo ella. Pero también varias banderas de menor tamaño que se usaban en otras circunstancias. Toledo, cuando el brigadier no escuchaba, le sugirió al contramaestre que no se complicara la vida y que eligiera una de estas últimas. Para lo que tenían en mente, bastaría y sobraría.

Eso hicieron. La búsqueda del pañol en cuestión les llevó bastante tiempo y no porque las indicaciones del capitán no hubieran sido las adecuadas, sino

porque la ralentización progresiva de los hombres hacía que cada movimiento y cada decisión se enmarañara sobremanera. Por ejemplo, para descender de la cubierta al segundo puente necesitaron casi quince minutos. No recordaban el modo de hacerlo, eso era todo. No lo recordaban unos hombres que realizaban ese simple desplazamiento diez o quince veces al día, miles de veces al año, decenas de miles de veces a lo largo de toda una vida en la mar. ¿No era por aquí, Álvarez? Se confunde usted, contramaestre. No, Álvarez, no, te digo que es por aquí.

El propio Manzano tuvo, en un par de ocasiones, que pararse a recordar qué demontre hacían allí. ¿Cuál era tu nombre, muchacho? Ah, sí, Álvarez, es cierto… Oye, Álvarez, ya que estamos, ¿sabrías decirme qué hacemos en este lugar? ¿No? ¿De verdad que tú no sabes nada? ¡Ah, sí, ahora lo recuerdo! ¡Una bandera para el brigadier!

Clavaron el pedazo de verga más allá de la línea de la marea alta y Porlier mandó que la tripulación al completo formara en torno a él. Sin excepciones. Había hombres que literalmente no se podían mover, bien porque tenían las piernas congeladas, bien porque no eran capaces de regir cabalmente. Se les obligó, igualmente, a formar. Aquel era un momento solemne y todo el que respiraba en la playa debía hallarse presente.

El panorama fue de los de echarse a llorar. Salvo un grupo reducido de artilleros, marineros y algún que otro infante de marina, la mayoría de los miembros de la tripulación se limitaba a aguardar la muerte. ¡Que el padre Pizarro estará al caer, por el amor de Dios! ¡Arriba esos ánimos! ¡Nuestra suerte está a punto de cambiar!

La bandera se encontraba en excelente estado. No la habrían izado más de una o dos veces. En su extremo más largo tenía la altura de un hombre.

—Teniente Marín, haga el favor de atarla a una soga y procedamos.

—A sus órdenes, brigadier.

Los cuatro centenares de hombres que quedaban en la playa por fin sabrían dónde se encontraban. Magnífico, ¿verdad? De estar perdidos, pasarían a estar en España. Se trataba de un simple trámite burocrático. Nada que les llevase demasiado rato, en serio. Por favor, los pajes y los grumetes: que formen como es debido. Somos la tripulación de un buque de guerra español y vamos a tomar posesión de todo esto. Así que dignidad y porte.

La ceremonia duró cinco minutos. No más. Durante ese tiempo murieron dos hombres. Un paje de nueve o diez años se desplomó en el sitio y el ayudante del carpintero hizo lo propio. Pasaron a mejor vida observando la conquista del gran y salvaje sur del mundo. Más honor, no se puede.

—Caballeros —comenzó a decir el brigadier Porlier mientras los cuatrocientos hombres fijaban su mirada en él. La fijaban de verdad, sin apartarla en ningún momento, sin parpadear, sin realizar gesto alguno que denotara cualquier tipo de emoción: estaban ahí de una forma tan presente y tenaz que hasta la playa pareció hundirse un poco bajo el peso de semejante solidez—, hoy es un día grande para nosotros. Yo, Rosendo Porlier y Asteguieta, brigadier de la Real Armada, hincado de rodillas ante Dios, tomo posesión absoluta de este territorio para el rey de España y le doy el nombre de isla de la Salvación. Teniente, proceda.

En un silencio solo roto por los gruñidos de las focas, el teniente Marín izó la bandera de España, la cual, tras unos titubeos iniciales, ondeó, larga y orgullosa, al viento racheado. La tripulación la miró ensimismada.

Habrían enviado un emisario con la buena nueva si hubieran tenido cómo y sabido adónde.

* * *

Tenían de todo. Así que se tumbaron a esperar.

Puede que, sabido lo sabido, suene un tanto pretencioso, pero, siendo honestos, aquel grupo de hombres ya no necesitaba nada más. No morirse, por supuesto. Salvo eso, disponían de lo esencial: víveres, agua, combustible, trincheras para defender la posición y hasta un cañón sempiternamente servido por un puñado de los mejores artilleros que ha parido madre.

Así que se sentaron a esperar. El padre Pizarro, el hombre que tenía la llave para salir de este lugar, debía estar al caer. Ostos y unos cuantos hombres habían ido en su búsqueda y no era Ostos de esos tipos que te fallan a la primera de cambio. No, se les ordenó que lo trajeran y lo traerían.

De hecho, nada más cierto que eso. En cuestión de media hora, no más.

Mientras tanto, el brigadier decidió dar una vuelta y comprobar la situación en el campamento. Hacer la ronda, lo llamó él. Básicamente, la operación consistía en que Porlier, acompañado del capitán Toledo y del teniente Marín, iban de aquí para allá y daban por bueno todo lo que veían. Todo, sin excepción.

¿Que advertían que se habían encendido hogueras sin permiso? Perfecto. ¿Que algunos hombres se habían tumbado boca abajo en el suelo y no daban señales de hallarse con vida? Sin problema. ¿Que a algunos tipos les había dado por hablar solos y deambulaban sin rumbo aparente? Porlier sentía cómo una pena desgarradora lo resquebrajaba por dentro y, sin embargo, seguía hacia delante en su ronda.

—Mejor imposible —dijo al finalizarla y enfilar camino hacia la lancha boca abajo.

Toledo y Marín no supieron qué replicar. ¿Hablaba en serio el brigadier o, por el contrario, había decidido adoptar esa actitud de distanciamiento para no enloquecer él también?

Varios marineros que se hallaban sentados junto a una de las hogueras encendidas los siguieron con la mirada. Suárez, Ríos, Noriega, tíos que lo habían dado todo en los últimos días. Bárcena, incluso, que había caminado solo en el hielo para comunicar al brigadier que tenían a Dios de su parte. Hombres, en suma, buenos. Si ahora se les hubiera ordenado que regresaran al *San Telmo* para buscar un poco de sal, pues al capitán le parecía que la carne de foca resultaba un tanto sosa al paladar, habrían ido. Protestando por lo bajo, pero habrían ido. Porque ellos eran de los que no se rebelaban ante una orden dada por quien debe darla. ¿Se trataba de una orden completamente estúpida? Si nunca se habían parado a pensar en algo semejante, no empezarían ahora. Se subían al *San Telmo*, buscaban la puñetera sal y el capitán comía la carne a su gusto. Y aquí paz y después gloria.

Observaron cómo, al llegar a la lancha volcada, los tres oficiales se agachaban, gateaban a través del agujero que daba acceso al interior del refugio y desaparecían de su vista.

—Al puto refugio —dijo Noriega—. Al calorcito.

—Manda huevos… —añadió, sin apartar la mirada de la lancha, Ríos.

—Parece que con ellos no va la fiesta… —refunfuñó Suárez.

—Tranquilos, que los refuerzos deben estar al caer —intentó apaciguarlos Bárcena.

—¿Refuerzos? ¿Qué cojones de refuerzos? —preguntó, sin esperar respuesta, Suárez.

—Que sí, tío, que el padre Pizarro está por ahí y lo van a traer de vuelta al campamento…

Habían escuchado la historia de Bárcena unas cien veces, pues Bárcena la repetía siempre que tenía ocasión. El cura nos va a salvar de esta, veréis como sí. La primera vez que la contó el campamento casi prorrumpe en aplausos y vítores. La segunda también, aunque un poco menos. A la tercera y cuarta, algunos tipos se dieron media vuelta y regresaron a sus asuntos.

Ahora, simplemente habían dejado de darle crédito. En otras circunstancias, habría resultado un buen tema de debate para la marinería. De esos en los que las posturas se enrocan y nadie da su brazo a torcer. Diversión

asegurada durante semanas. En esta circunstancia, agotados y ateridos, se limitaban a dejarlo estar.

Lo de Bárcena. Lo de los oficiales, no tanto.

—Oye, ¿por qué la lancha les pertenece a ellos? —preguntó Suárez.

—Digo yo que será porque es del *San Telmo* —contestó, tras una pausa en la que pareció estar rumiando la respuesta, Ríos.

—Tú lo has dicho —repuso Suárez. Hablaban con lentitud y espaciaban mucho las sílabas. Como si tuvieran la boca seca—. La lancha es del *San Telmo*, o sea, de la Real Armada.

—Quien manda, manda —sentenció Ríos.

Los marineros se quedaron callados. Miraban la lancha.

—Yo no creo que aquí mande ya nadie —dijo, al rato, Noriega—. El *San Telmo* no existe, la tripulación no existe, ninguno de nosotros existirá dentro de dos días.

—El padre Pizarro seguro que… —intervino Bárcena.

—Cierra el puto pico, haz el favor —le cortó Ríos—. Cuando esté aquí, veremos de lo que es capaz. Mientras tanto, déjalo estar, tío. Nos vas a volver locos con la murga del capellán…

Regresó el silencio. Apenas movían un músculo. Parecían cavilar sobre lo dicho, pero, en realidad, no lo hacían. Sencillamente, se limitaban a estar, a permanecer en el sitio sin gastar un ápice de energía. Porque les quedaba muy poca y porque la poca que les quedaba la necesitaban para que el corazón siguiera bombeando, para que a los pulmones llegara aire, para mantener a raya una somnolencia que les rondaba y de la que no se fiaban un pelo.

—Yo digo que bajo esa lancha cabemos todos —dijo Suárez.

—No sé… —dudó Ríos.

—Desde luego, yo sí que quepo.

Dicho esto, Suárez se puso en pie.

—¿Qué haces? —preguntó Bárcena.

—He pensado que esa lancha es mía —respondió Suárez.

—No lo es —replicó Bárcena, que no acababa de comprender la doblez que subyacía tras la afirmación realizada por Suárez—. Pertenece al *San Telmo* y ya sabes que, siendo así, en realidad…

—¿No has oído lo que te ha dicho Ríos? Cállate de una santa vez.

Noriega y Ríos también se pusieron en pie. Bárcena, un tanto confuso, les imitó. Comenzaron, muy despacio, a caminar en dirección a la lancha. A plantear un antes y un después. Por las buenas, sin sulfurarnos. A lo mejor, la oficialidad se atenía a razones. El plan era este: están todos ustedes

degradados a soldados rasos; ya no hay galones, ya no existe privilegio alguno asociado a ellos. Comienza una época nueva. ¿Feliz? Pues no, pero nueva, novísima.

Son ustedes iguales a nosotros. Les vamos a dar unos segundos para que se lo piensen.

Cuando los cuatro marineros llegaron a la altura de la lancha, Noriega golpeó con los nudillos en el casco. Aguardaron. Ríos carraspeó. Vaya, lo creas o no, se te hace cuesta arriba degradar a la oficialidad. Días atrás ni se les habría pasado por la mente. Días atrás, dicho sea de paso, su mente era otra. Tan diametralmente distinta a la de hoy que hasta se podría decir que pertenecía a otros hombres.

Ah, el paso del tiempo. La cadencia de los naufragios, el frío, el abotargamiento, los delirios… En fin, a lo que hemos venido.

—Llama otra vez —indicó Ríos—. Igual no te han oído.

Noriega frunció el ceño e hizo lo que Ríos le sugería. De nuevo, aguardaron. Y, de nuevo, no hubo respuesta.

—¿Y ahora qué? —preguntó Suárez.

—A tomar por culo —dijo Noriega mientras se agachaba, asía la lancha por la borda y comenzaba a tirar de ella hacia arriba con intención de levantarla—. Humff…

—¿Pero qué cojones haces? —se sorprendió Ríos.

—Terminar con esto de una puta vez. Hala, se acabó el refugio.

Ríos se daba cuenta de que un solo hombre jamás conseguiría levantar la lancha. Ni siquiera los cuatro, trabajando al unísono, lo lograrían. No ya estos cuatro pobres diablos desfallecidos y languidecientes, sino los cuatro marineros en pleno uso de sus facultades físicas y mentales. La lancha tenía casi veinte pasos de eslora. Cuando se hallaba en el agua, remaban en ella veinticuatro hombres, doce por cada lado. Pesaba…, ¿cuánto pesaría? Lo desconocían, pero, desde luego, mucho más de lo que cuatro tíos podían levantar en solitario. Haría falta, como mínimo, un grupo de ocho o diez hombres. Y, dado el estado de debilidad general en el que se encontraban, puede que unos cuantos más.

—Déjalo, Noriega. Te vas a reventar los riñones —dijo Ríos.

—Sí, déjalo… —agregó Suárez.

Noriega, por no rendirse a la primera, continuó haciendo fuerza durante unos segundos y, después, lo dejó.

—Es imposible —aseguró, como si revelara una información novedosa para los demás.

Los cuatro hombres permanecieron quietos junto a la lancha. Bárcena miró hacia el cielo y comprobó que hoy también se cernían nubarrones cerrados sobre ellos. Un buen grupo de integrantes de la tripulación los contemplaba. Suárez se dio cuenta de ello y decidió, no sin antes rumiarlo largamente, que las cosas no podían quedar de aquel modo. Pudiendo, tranquilamente: si no fuera por aquellas miradas, a Suárez no le pareció una idea mala del todo quedarse allí sin hacer nada. Ni hostiles ni mansos: estacionarios.

—¡Brigadier! —gritó, entonces, el propio Suárez. El acopio de fuerzas para dar el grito había sido tan importante que comenzaron a picarle los ojos y terminó por rascarse la nariz. En la nebulosa de su mente, intuyó que algo estaba yendo mal; sin embargo, lo dejó estar, que era lo que debía haber hecho con la oficialidad y su refugio. Pero no, se había empeñado y, aunque no recordaba con nitidez en qué, ahora sabía que se hallaba obligado a seguir adelante—. Salga usted de ahí dentro, si tiene lo que hay que tener…

La frase fue de más a menos. Al principio, las palabras sonaron recias y rotundas. Sin embargo, a medida que avanzaba y sobre todo a partir del comienzo de la baladronada, lo dicho por Suárez fue diluyéndose en un susurro cada vez más y más mustio…

Resultó que el brigadier sí tenía lo que había que tener. Al poco de que Suárez diera su grito, Porlier se arrastró a través del agujero que daba acceso al interior de la lancha, se incorporó y se sacudió el uniforme antes de hablar.

—¿Sucede algo, marinero? —preguntó, circunspecto.

A Suárez le faltó un valor que suplió con arrogancia.

—Sucede que nosotros nos morimos de frío al raso mientras ustedes se resguardan bajo la lancha. Eso sucede, brigadier.

Porlier comprendió que el momento que tanto había temido que llegara había llegado.

—¿Se me está amotinando usted, marinero? —soltó Porlier, obviando el tuteo para intimidar al hombre.

—No, señor. No lo hago —respondió Suárez. Puede que, en un sentido estricto, no lo estuviera haciendo. Con el *San Telmo* embarrancado y todo eso… En fin, daba igual. Lo cierto era que, en el sentido real de los acontecimientos, en la perceptibilidad del presente, del instante, de los hechos que en ese preciso tiempo les acaecían, tampoco diría que ellos se estaban amotinando. Francamente, elevaban una reclamación porque, mire usted, los galones ya no valen de nada. Si lo piensa, estamos desnudos. Desnudos de los

pies a la cabeza. Reducidos a una humanidad ramplona y hasta triste, pero evidente y palmaria.

—¡Oiga! ¡Oiga! —gritó de pronto Bárcena. Se sujetaba la cabeza con ambas manos y se le había crispado el semblante—. ¡Salga, salga de aquí, brigadier!

Ríos, Noriega y Suárez se giraron para observar a su compañero. Bárcena apretaba los dientes con todas sus fuerzas y se había inclinado hacia delante.

—¿Qué te pasa, tío? —inquirió Noriega.

Bárcena hizo caso omiso de la pregunta y continuó con lo suyo. Subiendo, cada vez más, la intensidad de sus lamentos.

—¡Le he dicho que se marche de mi cabeza, brigadier! —gritó—. ¡No! ¡No! ¡Deje de mirar ahí! Eso es mío, me pertenece solo a mí. ¡Solo a mí!

El brigadier Porlier vigilaba a Bárcena con la mirada impertérrita. Toledo había asomado la cabeza a través del agujero y se aprestaba a arrastrarse por él. Noriega advirtió que algo había comenzado a funcionar mal dentro de la cabeza del marinero. El gran esfuerzo realizado el día anterior le pasaba factura.

—¡No hurgue en mis pensamientos! ¡No los mire!

Durante un rato, la playa permaneció en calma. No se movían, no articulaban palabra. Bárcena se había acuclillado y se sujetaba el pelo con los dedos. Al fondo, a unos ochenta pasos de donde esto sucedía, alguien se desplomó. Permanecía en pie observando la escena y, de repente, las piernas le fallaron y se fue al suelo. Nadie le hizo demasiado caso. Nadie comprobó si había expirado. ¿Para qué?

De improviso, unas detonaciones los sacaron del ensimismamiento. Habría más, muchos más. De hecho, a medida que el tiempo transcurría, mayor esfuerzo y mayores energías debían dedicar a contrarrestar su propensión al enajenamiento. Se les apagaba la cabeza, se les detenía el cuerpo, se les iba el santo al cielo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Porlier.

El capitán Toledo había terminado de atravesar el acceso al refugio y ahora lo hacía el teniente Marín.

—Disparos —respondió este todavía a cuatro patas.

Pausa. Pausa para intentar atar el cabo que va desde la palabra que ha pronunciado el teniente hasta el significado real que para ella cada cual almacena en lo más profundo de sus pensamientos.

—¿Dónde? —volvió a preguntar el brigadier.

A modo de respuesta, se escuchó una nueva salva. Quienes la efectuaban habían tenido tiempo para, primero, recargar, y, segundo, comprobar que aquello contra lo que disparaban seguía ahí y continuaba suponiendo una amenaza.

—En el parapeto del este —dijo el capitán Toledo, que se había girado para otear en esa dirección. Entornaba los ojos como si la luz fuese cegadora. El cielo, por supuesto, continuaba tan cargado de nubes como lo había estado siempre.

—Vamos —dijo el brigadier realizando un esfuerzo casi sobrehumano para ponerse en marcha.

Dejaron atrás a Bárcena y los tres oficiales, seguidos de Ríos, Noriega y Suárez, avanzaron en dirección al parapeto. Cuando se hallaban a unos sesenta pasos de distancia, examinaron la situación. Desde que el brigadier había dado orden de mantener siempre retenes de vigilancia en los dos parapetos que habían sido levantados en los extremos de la playa, guardias formadas cada una de ellas por cinco infantes de marina se turnaban para defender la posición. Y eso parecían estar haciendo: defenderla.

La pregunta era: ¿contra quién?

—¡Al suelo! ¡Al suelo, brigadier! —gritó uno de los infantes desde el parapeto. Apoyaba la espalda en el muro de piedras y se apresuraba a cargar su mosquete. Tenía los ojos desorbitados y, hasta desde aquella distancia, era posible advertir el terror dibujado en ellos. Ese que solo aflora cuando entras en combate. Cuando frente a ti se encuentra un enemigo real que has sabido evaluar suficientemente: es capaz de enviarte al otro barrio en cuanto te descuides—. ¡Tírense al suelo! ¡Nos atacan!

Porlier, en un gesto reflejo, hizo lo que el infante le indicaba. Uno no duda de sus hombres en plena batalla. Porque los hombres mienten durante toda su vida. Mienten cada vez que hablan, mentimos todos. Pero en la guerra no. En la guerra no se miente y no porque el tipo que hable albergue los mejores deseos para ti. No, al contrario. No miente por puro egoísmo; porque tu muerte es también parte de su propia muerte, las acerca un poco más la una a la otra. Y en la guerra, amigos, lo importante es librarla con más o menos solvencia y salir de ella para contarla. Convertir la batalla en la batallita.

Porlier, Toledo, Marín y los marineros que los acompañaban echaron cuerpo a tierra. Playa abierta, unos sesenta pasos, quizás menos, hasta el parapeto. Apretaron las mejillas contra las piedras mientras los infantes lanzaban una nueva ráfaga de fusilería.

—¡Cubrid los flancos! —Se oyó que gritaba uno.

—¡Se dispersan! —aulló otro.

La verdad es que daba gloria ver a la infantería en acción. Se trataba de un cuerpo con el que nadie simpatizaba a bordo de un navío de guerra, pero a cada cual lo suyo: cuando los muchachos se ponían a trabajar, lo bordaban.

Los cinco infantes abrían fuego de forma coordinada, repartiéndose proporcionalmente por el parapeto y tomándose el tiempo exacto para apuntar antes de disparar. La carga la realizaban, obviamente, a resguardo del parapeto. Sin embargo, cuando se levantaban, apoyaban el arma y aproximaban a ella el rostro para apuntar, el lapso de tiempo que transcurría entre ese momento y el de presionar el disparador no era ni mucho ni poco, sino el adecuado. Bang. Y una humareda blanca surgía del mosquete y el olor a pólvora quemada alcanzaba incluso el lugar donde se hallaban los oficiales.

—¿Quién nos ataca? —preguntó, en un susurro, el teniente Marín. A su lado estaba el brigadier, pero también Noriega y Ríos. Estos dos los miraron expectantes.

No era la primera vez que los marineros echaban cuerpo a tierra durante un tiroteo enemigo. Cuando el *San Telmo* entraba en combate, la marinería acostumbraba a situarse en cubierta porque al navío había que gobernarlo. Si hay algo que va a misa en mitad de una batalla, es la posición del buque propio: si es la adecuada, ganas; si yerras, pierdes. Así de simple. Pero, claro, lo malo de la guerra es que los otros también juegan sus cartas. Y en cuanto pueden y la distancia les da, no es raro que intenten batir la cubierta del adversario con metralla. Se tiraba no a matar, sino a joder. Porque, a efectos prácticos, lo uno y lo otro vienen a ser lo mismo mientras estás moviendo un animal del tonelaje del *San Telmo*. Total, que, de cuando en cuando, alguien daba la voz de echar cuerpo a tierra y eso hacía la marinería: pegarse a las tablas de la cubierta y no separar ni el flequillo, no vaya a ser que te lo vuelen.

—No lo sé, teniente —contestó el brigadier—. Pero le aseguro que vamos a enterarnos. Atento a la próxima descarga.

Tan atentos que, en cuanto los cinco infantes se levantaron para disparar, Porlier, Toledo y Marín hicieron lo propio y, a cubierto por los disparos de sus hombres, corrieron hasta alcanzar el parapeto. Noriega, Ríos y Suárez los imitaron, pero con cierto retraso. Llegaron, no obstante, sanos y salvos a la posición. Parecía que el enemigo lo era de medio pelo: marineros torpones avanzando en línea recta por una playa descubierta sin tener ni la más remota idea de que, en una situación así, lo más cabal es realizar eses para esquivar las balas, y ni un triste disparo al pecho. Los tuvieron a tiro y los dejaron con vida.

—¿Qué pasa? —preguntó el brigadier a los infantes de marina, los cuales parecían, de tan absortos que estaban en lo suyo, ni haber advertido su presencia.

Porlier miró a Marín y Marín a Toledo. Se acuclillaban a medio paso del parapeto: la distancia justa para protegerse del ataque enemigo sin obstaculizar la labor de los infantes de marina. Mira, otro axioma de la guerra: ya puedes ser tú la flor y nata de la oficialidad al mando y alcanzar la posición impregnado en una nube de olor a rosas y lavanda, que la prioridad la tiene siempre el que está abriendo fuego. Aunque sean, como era el caso, un puñado de muchachos todavía con granos en la cara.

—¿Quién nos dispara? —insistió el brigadier, que no acababa de verlo claro. Sí, sus hombres disparaban salva tras salva. Ordenados y trabajando bien la defensa. Como debe ser. Tenían munición para rato, así que, si de ellos dependiese, el resguardo de la posición estaba a salvo. Quien quisiera tomar el parapeto, debía correr durante un buen trecho a cielo descubierto. Tiempo suficiente como para que los infantes lo abatieran de un plomazo. ¿Solución que emplean habitualmente los oficiales de infantería? Si la posición lo merece, no dudan en poner más pechos que balas. Al final, ganan los pechos y la posición se toma. Si, ojo, la posición lo merece. ¿Lo merecía en este caso? Porlier sabía que no y, precisamente por este motivo, no acababa de verlo claro: ¿quién demonios nos ataca y, sobre todo, para qué? ¿Para robarnos la carne de las focas?

—¿Ha averiguado algo? —preguntó Marín mientras escuchaba las respiraciones agitadas de los infantes durante la carga tras los disparos.

—No —respondió el brigadier—. Creo que no comprenden mis preguntas.

Los tenían a medio paso. Tocarían con las frentes en las piernas de los infantes si echaban las cabezas hacia delante. Pero pareciera que los infantes no se habían percatado de que estaban ahí, agazapados, expectantes.

Porlier se hartó de la situación y agarró por el pantalón al infante que más próximo se hallaba a él.

—Escúchame —dijo—. ¡Escúchame!

Solo tras una pausa que duró, a juicio del brigadier, demasiado tiempo, el infante se agachó para colocarse a la altura de su comandante. Tenía los ojos muy abiertos y sudaba sienes abajo. Se había manchado las manos y el rostro de pólvora.

—¡Brigadier! —exclamó, por fin—. ¡Nos atacan! ¡He de abrir fuego! ¡He de abrir fuego!

El brigadier sujetó al infante por las solapas para obligarle a permanecer agachado.

—¿Quiénes nos están atacando? —preguntó Porlier. Tenía el rostro del infante a solo un palmo de distancia del suyo. No se separaría hasta que obtuviera una respuesta clara.

El infante de marina, de pronto, cerró los ojos y respiró varias veces de manera entrecortada. Luego los abrió y dio una respuesta que a él le pareció la única sensata, pero que sembró el desconcierto en los demás.

—¿Quién va a ser, brigadier? ¡Los ingleses!

* * *

Cuando el grupo del teniente Ostos avistó el campamento, un sentimiento de satisfacción generalizada recorrió a los hombres. Ninguno la exteriorizó en exceso, porque para tanto no estaban, pero sí que sintieron cierta paz, cierto sosiego, cierta sensación de que las penurias, al menos las penurias extremas, finalizarían en breve.

Fue entonces cuando Reig recibió el balazo en el cuello y murió. Un balazo lento, de los que hacen que al tipo le dé tiempo a darse cuenta de que se muere. El plomo penetró la carne, seccionó la vena yugular y la sangre comenzó a derramarse a borbotones por el cuello del artillero.

Varios disparos más hicieron que Ostos ordenara un improvisado cuerpo a tierra.

—¡Eh! —gritó en dirección al campamento—. Somos nosotros. ¡Dejad de disparar!

Se daba, desde la distancia a la que se hallaba, perfecta cuenta de que quienes abrían fuego contra ellos eran los infantes del parapeto que protegía el campamento. Podía, incluso, distinguir los rostros de los infantes de marina. Se acodaban en la parte superior del muro, apuntaban, disparaban y, raudos, se retiraban para recargar.

¿Por qué disparaban? ¿Qué había sucedido durante su ausencia? ¿Los habrían confundido con otros? Y, en ese caso, ¿con quiénes?

—¡Soy el teniente Ostos! —volvió a gritar. Se encontraba tendido en el suelo, boca abajo, y apenas levantaba un poco la cabeza para orientar sus palabras a favor del viento—. ¡Hostias, parad de una puta vez! ¡Nos vais a matar a todos!

A todos quizás no, pero a Reig sí. Reig ya estaba muerto. Bueno, medio muerto, pero era cuestión de uno o dos minutos que lo estuviera por completo. El pobre artillero se había clavado de rodillas y se sujetaba el cuello con

ambas manos. El intento de taponar la herida era, a todas luces, inútil, pero cualquiera en su misma tesitura habría intentado algo parecido.

Si de los seiscientos cuarenta y cuatro hombres que integraban la tripulación del *San Telmo* antes de que las cosas se torcieran para siempre, tuviéramos que elegir cuatro o cinco que lo hubieran dado todo y en todo momento, uno de ellos sería el artillero Alfonso Reig. Estuvo a bordo del chinchorro durante el vaciado del navío. Participó en el desembarco del cañón que ahora protegía la playa. Mató a bayonetazos a cinco desertores en la batalla de la playa del túmulo. Y ahora traía de regreso a casa al padre Pizarro. La última baza que les quedaba para que su suerte cambiara. Y sin perder la cordura, como le había sucedido a Valdivia, a quien cada dos por tres le daba por desnudarse y quedarse en cueros.

Los infantes desaparecieron del campo de visión del teniente. Una vez más, recargaban tras la salva. Mierda, todo esto estaba siendo un fenomenal error y ¿solo él parecía darse cuenta?

—¡Deberíamos contraatacar! —exclamó, también tumbado en el suelo, el artillero Urquizu.

Sí, ¿cómo? Ostos era plenamente consciente de la situación. Ellos eran diez hombres que habían echado cuerpo a tierra. Dos oficiales, un cura, dos marineros y cinco artilleros. Cuatro, en realidad, pues Reig ya no respiraba.

De estos nueve hombres, ni dos eran capaces de abrir fuego de mosquete con solvencia. No, desde luego, frente a un retén de infantes de marina entregados en cuerpo y alma a lo que mejor sabían hacer.

—¡No te muevas de donde estás! —gritó Ostos. Y dirigiéndose al resto, añadió—: ¡Que nadie levante la cabeza si no quiere que se la vuelen!

Una nueva salva de mosquetería barrió la zona de la playa donde permanecía el grupo de Ostos. Este y el alférez Manrique intercambiaron miradas. A la de tres, ¿nos levantamos y corremos hacia uno de los extremos del pedregal? Quizás nos dé tiempo a llegar antes de que los infantes recarguen. ¿Y si no? ¿Y si alguien se rezaga y lo abaten? Venimos justos de nervio, muy justos. La noche ha sido la peor de nuestras vidas y apenas nos queda un hilo de fuerza.

¿Y si estos desgraciados matan al padre Pizarro? Después de tanto esfuerzo y tanto sacrificio para traerlo de vuelta a casa, sería graciosísimo que lo matara nuestra propia gente. Porque llegado este punto, hasta daban por saldada la muerte de Reig. No por buena, claro, pues tampoco eran tan hijos de puta ni estaban tan tan tan desesperados. Sin embargo, hombre… Reig había cumplido con creces. Pero tampoco se esperaba otra cosa de él: era un

artillero del *San Telmo*, carne de cañón en el sentido más literal de la expresión. Su servicio había sido magnífico y así lo consignarían para que constase donde procediera una vez que regresaran a España.

No obstante, el padre Pizarro era distinto. No podían, de ninguna manera, permitir que muriera. Si el sacerdote caía, ellos se quedaban enterrados para siempre en aquella isla. De eso no le cabía duda a nadie. Ni siquiera a Ostos, que, de entre todos, era el que más escéptico se había mostrado siempre.

Por suerte o por desgracia, el padre Pizarro tenía sus propios planes. Como el resto, se había echado cuerpo a tierra cuando el teniente lo había ordenado. ¿Significaba ello que acataba las decisiones que otros tomaban? La respuesta no era ni afirmativa ni negativa. Pizarro no se enfrentaba a la oficialidad. No negaba la validez de su autoridad, en modo alguno se rebelaba. Pero tampoco hacía lo contrario: tampoco se mostraba dócil y obedecía siempre y en cualquier situación. Pizarro, por decirlo claramente, había tomado hacía tiempo la decisión de ir por libre. Recolectar nombres para el Nombre constituía su única misión. Haría lo que fuera necesario, exactamente cada movimiento que él juzgara oportuno, para conseguir que tal fin se completara sin dilación ni desviaciones.

Quizás por ello se había tumbado en el suelo cuando el teniente lo ordenó. Junto al resto de los hombres, allá, en el pedregal, mientras las balas impactaban cerca, muy cerca. Un hombre estaba muerto. El artillero Reig. Su nombre pertenecía ya al Nombre. Sin embargo, algo le dijo al padre Pizarro que aquel no era el camino. Si permitía que los que abrían fuego lo hicieran a discreción y sin límite, terminarían por abatirlos a todos. Y sí, eso supondría más nombres para el Nombre, pero no en el orden adecuado.

Dicho de otro modo: si lo mataban a él, el plan perfecto quedaba suspendido en el aire. Piénsalo: su nombre terrenal yéndose hacia el Nombre, comprendiéndolo Todo en un instante, pero sin poder hacer nada ya por los centenares de almas que todavía quedaban en la playa.

No quería morir, pero no por egoísmo, sino por responsabilidad. ¡Claro, claro que él también terminaría por sucumbir! No obstante, sería tal y como lo había previsto de antemano, con él quedándose para el final porque solo así podría asegurarse de que las cosas salían como se hallaban previstas.

Y se puso en pie. Aguardó a que los infantes parapetados cargaran, aguardó a que apoyaran los mosquetes en el muro y se incorporó. Una figura negra, erecta y quieta en mitad de un instante de enajenación y desconcierto.

—Hijos míos —dijo, entonces, el padre Pizarro. Los infantes lo tenían encañonado. Los cinco infantes del parapeto, los cinco infantes de los cuales

solo se advertía la parte superior de sus cabezas, apuntaron a la mitad del pecho del capellán. Un blanco seguro. Si abrían fuego, lo mataban. No existía ninguna posibilidad de que los cinco, al unísono, erraran el tiro. No a aquella distancia. No tratándose de infantes de marina perfectamente adiestrados para hacer justamente esto que estaban haciendo.

El padre Pizarro dio un paso hacia el frente. Ostos apretó los dientes y el alférez Manrique abrió tanto los ojos que casi se le salen de las órbitas. Llevaba realizando el mismo gesto desde la tarde anterior, váyase a saber por qué. Como si, de pronto, cualquier situación que les acaeciese mereciera el inmediato desorbitamiento de sus ojos. Y sí, cierto que estaban atravesando situaciones y padeciendo experiencias que merecían pasmo, pasmo a raudales, pero tanto… Hasta para el éxtasis existe cierto límite. Si lo dilatas eternamente en el tiempo, solo podemos afirmar que te has vuelto loco de atar. Lo cual, siendo sinceros, no habría que descartar en el caso actual.

Los infantes miraban al padre Pizarro. Con los dedos en los disparadores y cada uno de los músculos y tendones de sus cuerpos tensado. Dolía ser uno de ellos. Tres de los cinco hombres habían comenzado a presionar el disparador de su mosquete. Habían cubierto una parte del recorrido, aunque sabían que todavía les restaba un buen trozo. Tenían, para el arma, la pericia y el tacto de relojeros.

Ostos levantó la cabeza para observar. Manrique hizo lo propio. Y, desde el otro lado del parapeto, el brigadier Porlier, el capitán Toledo y el teniente Marín los acompañaron. De hecho, comenzó a llegar gente desde el campamento para observar la escena. Parecía que iba a obrarse un milagro y nadie quería perdérselo. Los ingleses habían dejado de serlo o, si seguían siéndolo, el padre Pizarro caminaba con ellos. No tenían nada que temer o lo tenían todo. Fuera como fuese, irían a verlo. Lo verían, porque Pizarro era la clave de la salvación.

No en vano, el brigadier le había puesto su nombre al paraje: isla de la Salvación, a la mayor gloria del rey.

Lo que a continuación acaeció, Manrique y los dos marineros ya lo habían contemplado con anterioridad. Fue en aquella playa lejana y parecía haber sucedido hacía mil años, aunque, en realidad, no habían transcurrido ni veinticuatro horas. El padre Pizarro amansó, con el poder de su mano, una orca de proporciones descomunales. Una orca hambrienta que no había dudado en salirse del mar para devorarlo.

Bárcena había caminado durante horas para llevar la buena nueva al campamento. Tenemos a Dios de nuestra parte. Estamos salvados.

Bien, pues al igual que el padre Pizarro amansó una orca a punto de engullirlo, amansó un retén de infantes de marina españoles que se hallaban a punto de abatirlo. Unos infantes convencidos, como probablemente lo estuviera la orca, de que no había nada de malo en lo que se disponían a hacer. ¿Matar al enemigo? ¿Acabar con los ingleses? Tan natural como alimentarse para continuar con vida.

El capellán del *San Telmo* dio otro paso sobre las piedras de la playa. Ostos juzgó que debía intervenir y así lo hizo:

—Padre, échese al suelo, que lo van a matar.

Pero el cura no oía más música que la que llevaba en su cabeza. Los sonidos que pertenecen a otro estadio, a una dimensión separada de lo mundanal, el ruido de la eternidad.

—Hijos míos —repitió, avanzando y, al igual que había hecho con la orca, levantando la mano derecha y manteniéndola erguida frente a él—, refrenad el impulso de la muerte y deponed las armas. Hacedlo, pues el camino no es este, la dación de la muerte no os pertenece y debemos ser cautos.

Debemos ser cautos, no vaya a ser que no nos muramos en el orden adecuado.

A los infantes de marina les dolió, si cabe aún más, ser ellos, estar dentro de sus pieles, soportar la presión del aire, de las miradas, del tiempo volviéndose concreto en torno a sus existencias.

—Haced caso al padre —dijo, desde el otro lado del parapeto, el brigadier Porlier. Se había incorporado lo suficiente como para observar lo que sucedía más allá: el cura en pie en mitad de la playa y un puñado de hombres con el estómago pegado a las piedras.

—Son ingleses —susurró uno de los infantes.

—No son ingleses, por el amor de Dios —repuso Porlier—. Se trata del teniente Ostos, del alférez Manrique y del padre Pizarro. ¿Acaso no los distinguís o qué os pasa?

—Son los ingleses… —repitió el infante, pero ahora silabeando más y más cada palabra. Porlier, a su espalda, vio cómo la casaca se le pegaba al cuerpo por efecto del sudor. Allí, en mitad del frío más profundo al que se habían visto sometidos jamás.

—Te digo que no son los ingleses. Bajad las armas.

El infante ya no dijo nada más. Él, al igual que sus otros cuatro compañeros, se puso a temblar. Para entonces, ya se habían acercado, desde el campamento, unas cuantas decenas de hombres. Quizás cien, quizás más.

—Es mi mano la que determina el sentido del mundo —manifestó el padre Pizarro, ya a menos de diez pasos de distancia del parapeto—. Es mi mano la que sirve de llave maestra para abrir la puerta hacia lo que ha de llegar. Somos humildes nombres que no han de ser pronunciados. Recordad lo que os he enseñado: existe el Nombre que recoge vuestro nombre. Existe lo que lo sustenta y lo sustentado. Debemos desnudarnos de nuestras propias denominaciones para, así, ser acogidos por el Nombre y en el Nombre ser reconocidos.

—Amén —dijo el marinero Pinto, que continuaba tumbado en el suelo con la mejilla pegada a las frías rocas.

—Amén —se le sumó el marinero Moreno, también desde el suelo.

—Amén —repitió el artillero Atienza.

—¡Amén! —gritó Dávila.

Desde el otro lado del parapeto, al frente del cada vez más numeroso grupo de hombres que se había reunido, Bárcena no dudó en apoyarles.

—¡Amén! —gritó, lo cual hizo que Porlier se girara hacia él con cierta sorpresa en el rostro. Porque, en serio, ¿qué diablos estaba sucediendo allí? ¿Habían perdido la cordura?

Pues sí o no, quién sabe, pero lo cierto es que lo que vino no se lo esperaba nadie. En un sitio donde prácticamente cualquier cosa podía suceder, y a las pruebas se remitían.

Todos, todos los hombres reunidos tras el parapeto defensivo, cien, ciento cincuenta, puede que, a esas alturas, muchos más, replicaron en una sola voz:

—¡Amén!

Un amén que se levantó sobre la playa y se mantuvo allí, sostenido en el aire, incapaz de marcharse sin la aquiescencia del padre Pizarro.

—¿Veis, hijos míos? —dijo este dirigiéndose a los cinco infantes de marina.

—Lo…, lo vemos —titubeó uno.

—Sí, padre, lo vemos… —dijo otro.

Lentamente, abandonaron la posición de combate y se desentendieron de los mosquetes. En cuanto Porlier se dio cuenta, se hizo con el que más cercano a él se hallaba y realizó una señal a Toledo y a Marín para que le secundaran. Desarmaron a los cinco hombres en cuestión de segundos.

—Creíamos que eran ingleses —comenzó a lloriquear uno de los infantes.

—Vimos las casacas rojas avanzando por la playa y respondimos —aseguró otro.

El padre Pizarro recorrió el corto trecho que le restaba hasta el parapeto y sonrió a Porlier.

—Buenos días, padre. Bienvenido.

—Buenos días, brigadier. Señor, me temo que se está usted volviendo de color azul.

13
7 de septiembre de 1819
La ley de los círculos concéntricos

¿Se estaban volviendo azules? Se habían vuelto azules. Todos, todos sin excepción. La tripulación del *San Telmo* mostraba la piel en tonos azulados que, eso sí, se perdían en diferentes grados de tonalidad en función de lo helado que estuviera el hombre. Por ejemplo, el brigadier Porlier se hallaba azul, pero sin pasar del celeste. Un azul leve, digamos. Mustio, algo, incluso, cetrino. Las ventajas de dormir con un techo bajo su cabeza. Precario y todo lo que se quiera, pero techo a fin de cuentas. El brigadier tenía la lancha volcada y eso convertía su azulidad en algo todavía incipiente.

Sin embargo, otros hombres ya se habían azulado, y de qué manera. Había pajes, muchachillos de ocho o nueve años, que tenían la piel tan azul que lo extraño es que los demás no se hubieran dado cuenta hasta entonces. Tuvo que venir el padre Pizarro y sacarlo a colación para que cayeran en la cuenta. Vaya, sí que estás azul, tío… ¡Anda, pues tú más! ¡Y tú! ¡Mírate!

Se habrían partido de la risa si no fuera porque se morían por momentos. Se congelaban vivos, si es que esto puede decirse así. Una muerte horrorosa, como, por otro lado, todas. Morirse es un asco, sobre todo para el que se muere. Pero morirse poco a poco y sin darte cuenta, morirse tontamente, es algo que enfurecería a quien le pasase si tuviera, tras sucederle, capacidad de regresar a la vida y preguntarse qué diablos le había ocurrido. ¿Cómo que me he muerto? Pero si yo estaba tan tranquilo caminando por ahí… Ocupado en mis cosas. ¡Íbamos a salir a cazar focas por la tarde! ¡Habíamos planeado asarlas a la brasa antes de que cayese el sol! Sí, notábamos el frío, por supuesto que sí, cómo no lo íbamos a notar… Pero llevábamos varios días soportándolo, de manera que ya nos habíamos acostumbrado a él. Al principio resulta molesto pasarte el día tiritando, pero, trascurridas unas cuantas horas, te olvidas. Sigues con el frío helándote las entrañas y, no obstante, no le das

más vueltas. Qué vas a hacer, la vida viene como viene y debes aceptarlo y adaptarte. Sobre todo, teniendo en cuenta que no nos queda más remedio.

O no nos quedaba, porque ahora, ¡ahora sí!, vamos a salir de esta. ¡El padre Pizarro está de regreso en la playa! ¡El padre Pizarro, el hombre por cuya mano actúa el mismísimo Dios! Albergamos grandes esperanzas. Esto va a terminar en cuestión de unas horas. Porque, en fin, suponemos que evacuar a tantos hombres llevará un tiempo, ¿no? Somos, ¿cuántos? ¿Cuatrocientos? Pues habrá que disponer de algún mecanismo que nos ordene y nos ponga en marcha. Dios es todopoderoso, pero suponemos que hasta cierto punto. Una cosa es decirlo y otra bien distinta verlo obrar. Sea como sea, nos basta con esperar y mantenernos a la expectativa. Esto es cuestión de horas…

Los cinco infantes de marina que habían defendido el campamento desde el parapeto fueron relevados de su guardia y enviados de regreso al campamento. Parecían aturdidos, y hasta desconcertados. Cuando, guiados por varios compañeros, retornaron al lugar que ocupaban en la playa y se acercaron al calor de una hoguera encendida, algunos se mantuvieron ensimismados y en silencio, pero a otros les dio por hablar por los codos: exponían una y otra vez que lo que habían tenido frente a sí eran ingleses, ingleses de verdad, de los que visten casaca roja y portan la peor de las intenciones, de los que odian a muerte a los españoles, de los que… Al final, terminaron por inclinar la cabeza y enmudecer. Sus compañeros les decían que sí a todo, les conminaban a que se acercaran más al fuego, les ofrecían algo de comida, un poco de agua…

Tenían la piel de un azul profundo, casi negro. Supusieron que se trataba de un aviso premeditado. El grado de azulidad como señal de advertencia: cuanto mayor sea la intensidad de tu color azul, más cerca estás de algo. Ahora, solo faltaba averiguar de qué. Algunos, unos pocos, pensaron que se trataría de algo malo. El resto, la mayoría, creyó que estaba frente a la indicación expresa de que serían los primeros en ser salvados. ¿Cómo? Bueno, ahí tenían al cura. Se lo preguntarían, él lo explicaría y, en cuestión de un rato, daría comienzo la evacuación.

El capellán del *San Telmo* caminó hacia el campamento. Lo seguían Porlier y el resto de la oficialidad, Ostos y Manrique incluidos. Este último apenas había probado alimento durante veinticuatro o treinta horas. Tampoco había dormido ni bebido. Sí había recorrido media isla a pie, sí había luchado en una sangrienta batalla y sí había averiguado, antes que nadie, que de allí no había forma humana de salir.

Creía, puede que por ello, en que la forma sobrehumana constituía su única oportunidad. Y puede también que, por idéntico motivo, no se separara ni tres pasos del padre Pizarro.

—Bien —dijo el cura cuando se halló en el centro exacto del campamento.

—Bien —le dio réplica Porlier. Le mantendría el respeto, que nadie lo dudaba. Porque Pizarro seguía siendo, a todos los efectos, el capellán de su navío. Pero también porque sabía que la tripulación los vigilaba de cerca. Una tripulación tan derrotada como expectante. Vamos… Vamos, que dé comienzo lo que sea que vaya a suceder.

En primer lugar, un nutrido grupo de pajes y grumetes se abrió paso hasta el lugar donde se hallaban el sacerdote y los oficiales. Llegaban desde las zonas más alejadas del campamento, desde el fondo de la playa, desde los roquedales alejados de las hogueras encendidas. En la jerarquía de un navío de guerra, ocupaban el último escalafón. Y puede que muchos se hubieran desgañitado en controversias acerca de la vigencia o no de las ordenanzas, de la existencia misma del deber de someterse a la disciplina de un buque de la Real Armada teniendo en cuenta que buque, lo que se dice buque, ya no tenían bajo los pies. Pero ninguno, ni siquiera el más benévolo de aquellos hombres, discutió la categoría que en el navío le correspondía si no fue porque la consideraba insuficiente. Ninguno, de igual modo, se levantó y habló a favor de los débiles. Eh, tenemos ahí a casi cincuenta o sesenta niños. Son los que nos acercan los cartuchos de pólvora en el servicio de los cañones, los que acarrean los baldes de agua sucia cuando se friega la cubierta, los que realizan las tareas más ingratas en un navío donde casi todas lo son. ¡Hagámosles un hueco en nuestras hogueras!

No, ni hablar. Algunos lo intentaron y hasta lo lograron, pero la mayoría de los niños que viajaban en el *San Telmo* se había tenido que conformar con ubicarse en los límites del campamento. Y, bueno, no es que aquello hubiera supuesto un hecho que marcara las diferencias de forma ostensible, que los que se quedaron junto a las hogueras saltaran de alegría mientras que los críos se hallaran más muertos que vivos, pero… Pero algo más de humanidad se podría haber esperado. Sobre todo de gentes que, precisamente, se lo fiaban todo a la intervención divina.

Cuando estás en manos de Dios, amigo, ten la decencia de disimular y hacer el bien, aunque sea mal y tarde.

Ni eso. Y puede que a este motivo se agarraran los que dieron un paso atrás cuando los chiquillos avanzaron hacia el padre Pizarro y constituyeron,

así, el círculo más cercano a él. Dejad que los niños se acerquen a mí.

Pues casi medio centenar de niños azules se acercó al padre Pizarro y el padre Pizarro se congratuló de ello. Porlier observaba con un semblante en el que nadie podría haber leído ni beneplácito ni reprobación. Él miraba, tan solo. El resto de la oficialidad sí, el resto sí que, de pronto, se convirtió a la causa de los exhaustos. Se escucharon rumores. Hubo quien protestó, quien aseguró que qué era eso de perder el tiempo con los pajes y los grumetes. ¡Que lo salvaran a él primero, pues bien ganado se lo tenía! Sus propios compañeros lo mandaron callar, no fuera a echarse a perder un equilibrio que todos entendían endeble. Dios no se anda con tibiezas y si le tocamos mucho las narices es capaz de largarse con la dicha a otra parte. Que de desgraciados está el mundo lleno.

Los críos iban vestidos con calzones y camisa. Algunos habían perdido un zapato; otros, los dos. No hablaban, sin duda porque no sabrían qué decir o cómo articular palabra. Se les había olvidado. Pero es que, aunque quisieran hacerlo, los labios se les habían amoratado a tal extremo que bastaría tocarlos para que se fracturaran. Desde luego, se veían incapaces de moverlos, como se veían incapaces de sujetar algo entre sus dedos ennegrecidos y ya inútiles.

Por un instante, Porlier experimentó cierto remordimiento. Comprendió que se había olvidado de ellos. Que, evidentemente, debería haber estado más atento y haberlos protegido. Pero ¿cómo? Ni se le habría ocurrido algo antes ni se le ocurría algo ahora. En su favor, se dijo que tanto los pajes como los grumetes tenían, y se les debía, tratamiento de hombres a bordo de un navío de guerra. No sumar más de seis o siete años de existencia no servía de eximente. Eran hombres, a todos los efectos lo eran.

Bien, bien, bien, no convenía martirizarse inútilmente. El azulamiento de los niños era más intenso que el del resto de la tripulación, pero quizás fuese a causa de sus menudos organismos. A saber. En cualquier caso, ¿no anhelaban que el padre Pizarro los sacara del entuerto? ¿No actuaba la intensidad del azulado de sus pieles como un criterio destinado a seleccionar a los que primero habrían de ser salvados? Pues que le estuvieran agradecidos al brigadier Porlier y a su incapacidad para, teniendo mil asuntos en la cabeza, no dar abasto con todo.

Una vez que los pajes y los grumetes ocuparon el primer círculo en torno al padre Pizarro, fue el turno de un buen número de hombres que, siéndolo en el sentido estricto, no pertenecían a la parte recia de la tripulación. Y es que un navío como el *San Telmo* se gobierna con fuerza, pericia y oficio, pero también con inteligencia. Y los hombres inteligentes, los que verdaderamente

lo son a bordo de un buque de guerra, resultan unos mindundis una vez en tierra. ¿Qué hace un cirujano en una playa cubierta de nieve y hielo? Congelarse desde antes de que le haya dado tiempo a tocar tierra y persignarse por ello. No digamos si hablamos de su ayudante, un individuo que resulta igual de inútil para la vida abrupta pero que, además, carece de la brillantez intelectual de su patrón. O los pilotos, tíos capaces de prever la virada del gran *San Telmo* veinte minutos antes de que se produzca. Los más duchos en lo suyo, los más ineptos tras un naufragio. O los cocineros, los pinches de cocina, los carpinteros y sus subalternos, los calafates, los mozos, los faroleros y un sinfín de hombres que, a bordo, lo suyo lo niquelaban, pero que, una vez en tierra, como ahora, se venían abajo por completo.

Azulados en un tono que iba desde el turquesa hasta el añil.

Se trataba, sin duda, del grupo menos numeroso y, sin embargo, más entusiasta. Estos, al menos, mantenían intacta la capacidad de hablar. Y lo hacían. Daban las gracias al padre Pizarro, inclinaban la cabeza ante los oficiales y murmuraban un par de palabras en muestra de respeto e, incluso, cruzaban entre ellos alguna que otra impresión.

El capellán los miró con ojos de cura viejo y levantó una mano con la intención de bendecirlos, hecho que ellos interpretaron como una señal para que dejaran de moverse y permanecieran quietos. Así lo hicieron y, de golpe y por unos instantes, el campamento permaneció inactivo y expectante. Pizarro supo que aquellos tipos tenían grandes esperanzas puestas en él. Más, desde luego, de las normales. Algo habrían oído, algo que les había insuflado ánimo y hasta cierto coraje. Sacaban de donde no había.

—Queremos ver a Dios, padre —dijo uno de ellos, rompiendo el silencio. O sea, que póngase usted a trabajar, porque aquí no hay quien pare.

Los artilleros Urquizu, Atienza y Dávila se habían ocupado de arrastrar hasta el campamento el cuerpo inerte de Reig. Por ir poniendo a cada cual en su lugar, conviene ya explicar que tanto Ostos como Manrique, una vez que el fuego de mosquetería cesó, se desentendieron del asunto como si no fuera con ellos. Oiga, que este que yace aquí es uno de los nuestros. Que acaba de dar la vida por esta causa y por la supervivencia de esta tripulación. ¡Un respeto! Ni por esas. Para el teniente y el alférez, fue advertir la figura del resto de la oficialidad y llamarse andanas.

Cierto, ya que estamos poniendo a cada cual en su sitio, que los marineros Pinto y Moreno se arrimaron y se ofrecieron a echar un cable. Que sí, que unos son artilleros y los otros, marinería, pero el roce hace el cariño y nosotros llevamos mucho trote juntos en las últimas jornadas. Además,

tampoco cuesta tanto: Oíd, ¿necesitáis ayuda con el pobre Reig? ¿No? ¿De verdad que os ocupáis vosotros? Y en cuanto a Valdivia, ¿habéis pensado algo? Vuelve a estar medio desnudo y dice que se abrasa de calor…

Al artillero muerto lo condujeron hacia el lugar que ocupaba la artillería. No lo iban a velar, pues para algo así no estaba nadie, la verdad, pero puede que alguno quisiera despedirse del amigo caído. Pues no pudo ser ya que, cuando llegaron al lugar, allí no quedaba ni Dios. Dios estaba reordenando, en una ley de círculos concéntricos, a toda la tripulación. Un criterio discutible, pero que nadie discutiría. Venga, venga, que hay prisa por salir de aquí. En círculos o en carretas, pero nos largamos.

Tras conseguir que Valdivia se volviera a poner la camisa, y ya iban cien veces con esta, Urquizu, Atienza, Dávila, Pinto y Moreno se abalanzaron sobre los restos de carne que habían quedado olvidados por ahí y dieron buena cuenta de ellos. Ya ni recordaban el tiempo que llevaban sin probar bocado. Y tampoco es que, entre una cosa y otra, entre vamos, libramos una batalla, volvemos y nos tirotean, hayamos tenido demasiadas ocasiones como para pensar en comida, pero, ahora que estamos aquí y, por fin, disfrutamos de un instante de paz, hemos caído en la cuenta de que tenemos las tripas en los pies. Así que, mira, mientras el cura lo dispone todo, nosotros picaremos algo. Para no irnos con el estómago vacío, que a saber cuánto dura el asunto de la evacuación divina…

El tercer círculo fue para la marinería y el cuarto y último para la infantería de marina y los artilleros. Creyeron que tenía sentido. Nadie acababa de tener claro cómo actuaría la mano de Dios. No dudaban de que lo haría, desde luego, sin embargo, a ninguno se le había ocurrido preguntar cómo. Dado que eran gente de mar, vagamente daban por sentado que sería así, en barco, como se marcharían. Quizás surcando el océano, quizás a través del cielo abierto. Tratándose de Dios, sería de ingenuos descartar posibilidades.

No obstante, sin descartarlas, Dios no hace malabares ni actúa a topa tolondro. Por eso había reunido a los grumetes y los pajes en el primer círculo. Porque suponían la parte más quebradiza de la tripulación. He aquí un indicador que revelaría a cualquier observador medianamente avispado cómo actúa el Señor: los que precisan, más que ningún otro, de su protección, a su vera. Y, justo por este mismo motivo, reservó el segundo círculo concéntrico a los hombres menos templados. No eran niños, pero tampoco tipos forjados de una pieza. Cerca, por lo tanto, de la mano divina.

Y ya después, los que todavía podían arreglárselas por sí mismos. Que, a estas alturas, era un decir, pero bueno… Los marineros en el tercer círculo. ¿Acaso Dios los quería cerca por si necesita auxilio para gobernar su nave? Puede, puede, pero, si así fuera, ¿no estaríamos ante un Dios un tanto disminuido de fuerzas? Un Dios como Dios manda es un Dios todopoderoso que mueve un tres puentes con la simple certeza de su deseo. Como para no sacar a cuatrocientos tíos de una isla desierta…

De un modo o de otro, Él sabría y nadie se lo pondría en cuestión. Los detalles, para cuando haya tiempo. Y, por fin, el cuarto y último círculo: la tropa. Los de las armas. Y los de las almas. Los que, concretamente, más contribuyen a enviar género al Reino de Dios. Porque en un buque de guerra se va a sembrar la muerte, pues ese y no otro es su fin último. Quizás también la paz, pero por descarte. Porque frente a quienes se sitúan optan por no dar batalla y rendirse. Que, bien lo sabrá el Señor, no suele ser la opción habitual: en este mundo, quien más, quien menos, se dice que todo o nada y desencadena la devastación, propia o ajena.

Urquizu, Atienza, Dávila, Valdivia, Pinto y Moreno se encaminaron hacia el último círculo y, cuando ellos se integraron en él, la totalidad de la tripulación quedó ordenada de forma perfectamente geométrica.

—Creo que vosotros dos debéis ir hacia dentro —le dijo Atienza a los dos marineros.

—Ah, es verdad —repuso Pinto, tendiéndole la mano para estrechársela.

—Yo creo que nos veremos pronto —sonrió Atienza, aceptándole el estrechón.

—Bueno, por si acaso. Uno sabe cuándo empiezan estas cosas, pero nunca cuándo terminan…

Palabra que el propio Pinto se tuvo que tragar muy pronto porque, dando por hecho que allí debía suceder algo y de inmediato, no sucedió nada. Nada de nada de nada. Que la tripulación se mantuvo formada en aquella extravagante disposición, pero hasta ahí.

Transcurrieron diez minutos. Quince, veinte, media hora. Se puso a nevar tenuemente y continuaron escuchando el sonido de las olas, el rezongo de las focas, el chillido de los albatros cuando surcaban el cielo. Estaban más cerca de la libertad los malditos pájaros que ellos mismos.

—Quizás no sea sencillo soltar amarras —le susurró, al oído, Moreno a Pinto.

—¿Para quién? ¿Para Dios? No me jodas, hombre…

Desde no muy lejos, se les mandó callar con un chistido. A ver si se nos va a desconcentrar el cura y la liamos.

Siguió, pues, transcurriendo el tiempo. En la parte central del círculo, al lado mismo del padre Pizarro, la oficialidad, como correspondía, ocupaba un lugar de honor en la salvación. Si Dios venía, que los encontrara los primeros y los más dispuestos, que para eso ellos eran oficiales y de buena cuna.

El padre Pizarro se estaba tomando su tiempo, qué duda cabe. Para disfrutar del momento, por supuesto. Si los cuatrocientos hombres azules que lo rodeaban hubieran conocido sus más íntimos sentimientos, lo habrían lapidado allí mismo y sin contemplaciones. Sin embargo, los desconocían. Desconocían tan por completo la interioridad del padre Pizarro que causaría asombro, analizado desde la distancia, que se le hubiera prestado tanta credibilidad y atención a un individuo semejante.

Amansó una orca, no se olvide. Y a un retén de infantes de marina que habían creído ver a los ingleses intentando tomar la posición.

Convendría que hubieran advertido un pequeño detalle adicional. Pequeño, pero significativo: que el capellán del *San Telmo* también se había vuelto de color azul.

—¡Padre! —gritó alguien rompiendo el silencio. Puede que estuviera en el segundo o tercer círculo—. ¿Cuándo va a venir Dios?

La pregunta, extravagante en cualquier otra circunstancia, tenía en esta todo el sentido del mundo. Para eso estaban allí formados en la playa.

La bandera de España ondeaba sobre su mástil improvisado. Parecía que, aunque a ratos el viento arreciaba con fuerza, el palo aguantaba firme. Isla de la Salvación, el territorio más austral del rey. No se podría decir de ellos que su viaje había sido en vano. No era la misión que tenían encomendada, pero era una misión cumplida. Gloria para todos nosotros.

De nuevo, hubo quienes se impacientaron. Cada vez más y más:

—¡Padre! ¡Necesitamos que Dios venga cuanto antes!

—¡Eso! ¡Vea usted si puede hacer algo por avanzar!

—Se acaba de desplomar un hombre. ¿Qué hacemos con él?

El brigadier Porlier tenía la mirada fija en el frente, un poco por encima de las cabezas de los hombres formados. Él no era el artífice de esto, de manera que a otro con esas lamentaciones. Ostos, otro tanto, o casi. Toledo, Marín y Manrique, si acaso, sí se mantenían expectantes. Y esperanzados. Parece que la evacuación se está retrasando, pero hemos dado los pasos adecuados y en el sentido correcto, así que esto es más cuestión de paciencia que de otra cosa.

Nada puede salir mal.

Una hora después de haber concluido la conformación de los círculos concéntricos habían muerto cuatro hombres. Por puro derrumbamiento en el sitio, por simple extenuación. La azulidad se les oscurecía tanto que las orejas, la nariz y los dedos se les tornaban negros. Tenían la lengua y el paladar helados y ya no podían pestañear. Hubo tíos que se murieron sin parpadear durante la última media hora de su existencia. Cuando por fin expiraron, en sus semblantes se les quedó cuajada una expresión a medio camino entre el estupor y la ingenuidad.

—Padre, yo creo que debería usted ir haciendo algo —dijo, por ver si avanzaban, el alférez Manrique. Se había inclinado hacia el sacerdote y se dirigía a él impregnado de un fervor casi reverencial.

En la parte exterior del círculo, algunos hombres comenzaron a conversar. Un buen número de infantes de marina murmuraban y los artilleros, prácticamente al completo, se mostraron disconformes con su ubicación en el círculo. Parecía que esto iba para rato y que el abandono de la isla sería lento, de manera que, dando por buena la certeza de que la evacuación se llevaría a cabo primero en el centro del círculo, a ellos les daban las uvas.

—Lo que me toca los cojones es que, habiéndome partido el puto culo en esta mierda, se me deje para el final —aseveró Urquizu.

—Ninguno de esos cabrones de ahí delante —le replicó Dávila señalando, abiertamente y con la mano extendida, hacia el interior del círculo— ha movido un dedo por nadie.

—No estoy conforme con esta disposición. Pero nada conforme, así de claro te lo digo.

—Deberíamos quejarnos. Si la cosa se va a alargar, yo quiero salir con el primer grupo. Y me llevo el cuerpo de Reig para entregárselo a su mujer. Se merece que lo entierren como es debido.

—Di que sí. A Reig no lo abandonamos aquí. Cuenta conmigo, hermano.

Atienza, entonces, decidió, desde su posición en el último círculo, dar un grito que expresara su malestar.

—¡Queremos ver a Dios actuar por su mano, padre Pizarro! ¡Y lo queremos ahora!

El cura no respondió y, así, respondió. Quien espera demuestra templanza. Y en la templanza se halla la virtud. El plan de Pizarro, la ley de los círculos concéntricos, consistía en permanecer allí en pie mientras se iban muriendo poco a poco. De hecho, las muertes ya habían dado comienzo. Los hombres se desplomaban como caen los frutos maduros en el estío.

¿Atienza quería ver a la mano de Dios actuando? Pues que se fijara bien, porque la tenía frente a sí. La evacuación no se produciría en naves celestiales al mando de osados querubines y protegidas del enemigo por compañías de temibles arcángeles armados de furia y relámpagos.

La evacuación se produciría por inacción. Esperando. Quedándose quietos en el orden más preciso de todos, el circular, y aguardando que la muerte los alcanzara por extenuación. Eran los nombres que para el Nombre el capellán del *San Telmo* recolectaba.

Lo que el cura desconocía es que, también para la muerte, debe existir una cadencia que la guíe y la establezca. Esto bien lo conocen los oficiales que alguna vez han entrado en batalla. Sostén los ritmos, mantén las consonancias, escucha la melodía de la guerra y acompásate, y acompasa a tus hombres, con ella.

Pizarro era un capellán castrense, pero tenía más de lo primero que de lo segundo. Por ello, sonrió. El cura sonrió y el brigadier Porlier lo sorprendió haciéndolo. Y este se dijo que en aquel campamento se habían terminado los despropósitos.

14
7 de septiembre de 1819
El ataque de los hombres aturdidos

No, en realidad, no. Quedaba uno más. Uno grande, uno de los gordos, un enorme despropósito que significaría el comienzo del final.

Sucedió en el mismo instante en el que el brigadier se dijo que hasta ahí habían llegado. Y sucedió por las bravas, a lo loco, sin previsión ni concierto. Si hasta entonces, mal que bien, el esqueleto sobre el que se aguantaba la tripulación se había mantenido intacto, en el futuro todo cambiaría. Para mal, por supuesto. ¿O qué te creías?

Se escuchó una detonación de mosquete. Alguien, al fondo, en el último círculo, lanzó un lamento y, al poco, se escuchó el golpe de un cuerpo cayendo al suelo. Un ruido sordo y nada llamativo que, dado que allí había más de cuatrocientos hombres en perfecta formación, nadie diría que fuera a resultar audible. Pues lo fue. Tal era el silencio que imperaba en la playa, que lo fue. El bang del disparo y el blom del cuerpo desplomándose.

—¡Nos atacan! —gritó uno de los infantes del cuarto círculo.

—¡Fuego de mosquete! —informó otro.

Información apreciable que, de inmediato, se reveló innecesaria, pues se produjeron más detonaciones y más cuerpos cayeron desplomados. ¿Acertaban mucho los tiradores o, más bien, las víctimas aprovechaban los plomazos para dejarse ir? Un poco de ambas cosas, la verdad. Los tíos que abrían fuego sabían lo que hacían, desde luego. Disparaban con tono y, aunque erraban muchos tiros, estaban haciendo daño. Tampoco es que fuera complicado: hasta un manco habría acertado sobre una masa de cuatrocientos hombres extendida sin fisuras sobre la playa.

—¡Nos acribillan! —gritó un infante de marina. En tanto en cuanto ellos constituían la última línea del círculo, formaban la primera para cualquiera que, desde fuera, se acercara a él.

—Me temo que, de momento, no nos vamos de aquí —farfulló el brigadier antes de dar la orden de poner a la tropa a defender la posición—. ¡Zafarrancho de combate! ¡Romped filas y en posición defensiva! ¡Infantería de marina! ¡Cargad las armas! ¡Cargadlas ahora!

¿Que no se iban de ahí? El padre Pizarro no podía sentirse más satisfecho. ¿Cómo que la evacuación se retrasa en exceso? ¿Acaso no han comenzado a partir almas? Pues estamos en marcha, caballeros. Ahora lo importante es que el ritmo no decaiga. ¡Que ni un alma quede sin recolectar para el Nombre!

—Manrique, ocúpese del padre —ordenó Porlier—. Ostos, Marín, con la infantería. Los necesitamos para rechazar el fuego enemigo. Toledo, ocúpese usted de su tripulación, si es tan amable.

El capitán Toledo lo miró. Tenía muchas preguntas en la cabeza y, sin embargo, no se molestó en formular ninguna, pues conocía las respuestas para todas ellas. ¿Ocuparse de la tripulación? ¿Cómo en una playa abierta?

—¿Desde dónde viene el fuego enemigo? —gritó Porlier caminando en dirección hacia los infantes. Los círculos se habían roto y, entre el zafarrancho de combate y el sálvese quien pueda, la playa parecía una verbena.

—¡Desde todas partes! —Dio respuesta, también a gritos, alguien.

Porlier se detuvo para estudiar la cadencia de las salvas. Contó: uno, dos, tres disparos; silencio, cuatro, cinco, hasta diez; un silencio más largo que el anterior, un solo disparo y, otra vez, pausa. Aquello no tenía sentido alguno. Quien disparaba lo estaba haciendo a discreción. ¿Pero quién en su sano juicio ataca a una guarnición como Dios manda con fuego a discreción desde el primer instante? Él habría ordenado un fuego coordinado que batiera las filas enemigas, que batiera a los hombres que debían hacerles frente antes de que fueran capaces de cargar. Teniendo al adversario en tus manos y la sorpresa de tu parte, solo un memo atacaría desordenadamente.

—¡Infantería! —gritó desgañitándose para asegurarse de que sus efectivos lo escuchaban—. ¡Cuerpo a tierra! ¡Cuerpo a tierra!

Estaban en terreno abierto, así que aquella era la única opción razonable. La playa continuaba despejándose y todos aquellos que no sostenían un mosquete y portaban una cartuchera estaban poniendo tierra de por medio. Corrían hacia el fondo de la playa, hacia los extremos, muchas veces en la dirección desde la que provenían los disparos de los que les atacaban. Sí, pero ¿cómo saberlo?

Varios hombres cayeron bajo aquel fuego inconsistente y atropellado. Incluso media docena, quizás más, de grumetes y pajes rodó por tierra,

heridos o muertos.

—¡Marín, ordene a sus hombres! —gritó Porlier—. Quiero una fila en el suelo. ¡La quiero ya!

El teniente Marín corrió hacia la posición donde una veintena larga de infantes había echado, como el brigadier había ordenado, cuerpo a tierra. Muchos todavía no habían superado el estupor inicial y, agarrotados, se encogían sobre sí mismos y se limitaban a cruzar los dedos para que las balas enemigas no les alcanzasen.

Marín puso orden en todo aquello. Cuando alcanzó el grupo, se echó, él también, cuerpo a tierra y reptó entre sus hombres.

—¡Vamos, hostias, a cargar todo el mundo! ¿No habéis escuchado el zafarrancho de combate? Pues a tirar, cojones.

Una salva de cuatro o cinco disparos los alcanzó relativamente cerca. Puede que a ocho o nueve pasos. Los que disparaban no afinaban en exceso, gracias a Dios, pero con esa suerte no debían contar para siempre. O se defendían o caían ahí con todas las de la ley. Lo bueno era que tenían armas en perfecto estado y munición de sobra para disparar de seguido durante horas. Lo malo, que el hecho de que los mataran no parecía, a esas alturas, una opción de las de lamentarlo en exceso. Una bala rápida en una parte sensible de tu cuerpo y adiós a las penalidades. Ha sido un placer, pero yo ya voy evacuando mi alma. El padre Pizarro tenía razón. Ahí delante se extiende un Nombre que se apresta a recoger el mío. Soy siega tras la siembra, soy…

—¡Basta ya, hatajo de cabrones! —gritó el teniente Marín a sus hombres apretados en el suelo—. ¡Cargad, por vuestras madres, cargad!

El teniente Ostos se había encaminado en dirección a otro grupo de infantes de marina que se tumbaba en el suelo a veinticinco pasos de distancia del de Marín. El grupo era más numeroso y se hallaba más apiñado, hecho por el cual, quizás, se había convertido en objetivo prioritario de los atacantes. Cuando Ostos llegó hasta el grupo y se tumbó junto a él, ya había tres o cuatro infantes caídos por fuego enemigo. Ahí, tumbados en el suelo, sin haber tenido siquiera una oportunidad para defenderse.

Ostos arrebató el mosquete y la cartuchera a un cadáver y se dispuso a cargar. Los infantes, algunos de ellos, para ser honestos y no decir una sola palabra que no sea la verdad cierta, habían comenzado a realizar lo propio. Cargaban sus armas, pero con la torpeza natural en los hombres azules: los dedos no acertaban a moverse ágiles, la lengua bajo la que debían guardar la bala se les había quedado rígida y no fueron pocos los que, sumidos en su ya perpetua niebla mental, olvidaron prensar con la baqueta.

¿Resultado? Una defensa, a todas luces, más que deficiente.

El alférez Manrique, quien, como le había ordenado el brigadier Porlier, conducía al padre Pizarro a zona segura, vio que el sacerdote se sonreía. Sonrisita de cura, de esas que parecen poca cosa, que no darían para risa ni en cien años, pero que resultan rotundas e inconfundibles.

La sonrisa de satisfacción que esbozas cuando los acontecimientos han comenzado a sucederse tal y como tenías previsto.

Porlier ya era el único hombre que permanecía en pie sobre la playa. La mayoría la había abandonado y se refugiaba donde buenamente podía: tras algunas piedras, en un desnivel del terreno, incluso camuflados entre la colonia de focas. Se trataba de animales tranquilos, y los hombres lo sabían. Vas, te haces un hueco y rezongas para despistar. A ellas no parece importarles.

El brigadier solo tenía oídos para la cadencia de tiro enemiga. Se daba cuenta de que sus propios infantes todavía no habían abierto fuego en condiciones, pero avistaba a los tenientes ocupándose de ello. Necesitaban un par de minutos más. Bien.

Porlier contó otra vez los disparos enemigos. Observó que procedían desde varias direcciones, pero ninguna de ellas era la que él habría elegido en caso de ser atacante. Había algo en el enemigo que lo desconcertaba: su ausencia de lógica militar. No actuaban con sentido común y, aunque de cuando en cuando acertaban y hacían blanco, podrían haberles causado un número significativamente mayor de bajas si el ataque lo hubieran llevado a cabo con la debida ordenación. Un sargento hecho y derecho bastaría para organizar el ataque a aquella playa.

Por cierto, el suyo, el sargento de infantería Rodríguez, se encontraba en el grupo de Marín auxiliándole en las tareas de poner a trabajar a los hombres. Un Rodríguez al que se le había caído una oreja no hacía ni tres horas. Que esa es otra, pero no la vamos a contar porque tampoco es momento ni lugar: a muchos miembros de la tripulación habían comenzado a caérseles las orejas, bien los lóbulos, bien el órgano al completo. Estabas tú a lo tuyo, tranquilamente, y percibías que algo resbalaba cuello abajo. Te fijabas, lo recogías y comprendías que se trataba de tu propia oreja, la cual se había puesto negra y se había desprendido de la cabeza. Dirías que seguías oyendo con normalidad, así que tampoco le dabas mayor importancia. Además, ni siquiera te había dolido. Se te había caído una oreja, eso es todo. Cosas que pasan.

Porlier necesitaba adivinar ante qué clase de adversario se hallaba. Resultaba esencial, pues solo así podría enfrentarse a él con eficacia. De momento, sabía, sin lugar a duda alguna, que los tiradores se encontraban relativamente cerca de la playa, aunque parapetados tras resguardo seguro. Resguardados, pues abrían fuego desde diferentes ángulos. Y, más relevante todavía: carecían de la destreza propia de un ejército regular, pues no disparaban como lo haría alguien que ha recibido el más elemental adiestramiento. Lo hacían, lo llevaban haciendo desde el primer disparo, en un absurdo, incoherente e ineficaz fuego a discreción.

Un balazo impactó sobre una piedra dos pasos por delante de las botas del brigadier. La partió por la mitad, limpiamente, y, entonces, Porlier lo comprendió todo. Comprendió que el enemigo lo era, desde luego, y se explicaba su ineficacia con absoluta nitidez.

Su intención fue comunicarse con sus tenientes, pero no hubo necesidad de ello, pues los acontecimientos se precipitaron, dieron la razón al brigadier y, de paso, hablaron por sí mismos.

Una horda de salvajes surgió de entre las rocas y avanzó, aullando, playa adelante: cinco hombres aquí, tres más allá, seis o siete a quince pasos de distancia… Porlier tuvo que entornar los ojos para reconocer a varios de los que no mucho tiempo atrás habían pertenecido a la infantería de marina del *San Telmo*. Entre ellos, los infantes Zarraluqui y Téllez, quienes, al igual que el resto de los atacantes, se cubrían el cuerpo con pieles de foca recién desolladas y el rostro con sangre fresca.

—Madre del amor hermoso… —musitó el brigadier.

Las cartucheras en bandolera y los mosquetes eran las únicas pruebas de que se hallaban ante los restos de una infantería civilizada. Porque lo demás caía del lado de lo bárbaro, de lo feroz, de lo completamente desquiciado. Porlier cruzó la mirada con uno de ellos y trató de sostenérsela. No pudo, ya que el loco no fue capaz de corresponderle. ¿No quiso o no le salió de las narices? Quién sabe, pero al brigadier le dio por pensar que la razón auténtica era que el tipo físicamente no podía, pues los ojos le volteaban como campanas en el interior de sus cuencas.

Los supervivientes de la batalla en la playa del túmulo habían regresado a casa. Tan frenéticos como iracundos, trayendo con ellos la muerte desquiciada y carente de sentido: os vamos a matar, pero ni siquiera recordamos por qué. Hemos quedado reducidos a un único impulso, a una sola emoción, a la última de nuestras determinaciones: nadie saldrá con vida de este lugar.

Porlier desenvainó su sable y maldijo por ello. Que él, a estas alturas de su vida, tuviera que desenvainar, hacía que lo llevaran los mil demonios. Un auténtico brigadier de la Real Armada. Ese sable, ¡ese sable!, por el amor de Dios. Una pieza única labrada para el deleite, no para la carne. Pero aquí las cosas se tornaban de carne, y carne, pues, habría.

Al menos tuvo ocasión de escuchar el majestuoso sonido que produce la hoja de acero cuando se desliza a través de la vaina. Sería la penúltima vez que lo escuchara, pues no mucho más tarde habría una más, y, qué diablos, mereció la pena. Los sables son como los vinos: todos emborrachan, pero los hay de medio pelo y exquisitos. Y el que llevaba Porlier al cinto era una puñetera obra de arte. Aquí, las cosas como son.

El primero de los desertores que llegó hasta el lugar donde él, Porlier, aguardaba como único hombre en pie sobre la playa, no pareció reconocerlo. Se movía espasmódicamente, gritaba, reía incluso. Porlier no movió ni una ceja. Se quedó quieto, con el sable empuñado en la mano derecha y con la punta del mismo mirando al suelo. Después, muy lentamente, giró su torso y le mostró el hombro izquierdo al desertor.

Este no se dio cuenta y, si se dio, no pareció importarle. Venía a imponer la barbarie, la locura, la venganza por afrentas que no lograba recordar.

—Muchacho —dijo, cuando lo tuvo a cinco pasos de distancia, el brigadier.

El desertor, que fue antes infante de marina, antes tripulante del orgulloso *San Telmo*, antes hombre, antes hijo, antes vasallo del rey y antes, y sobre todas las cosas que sobre la faz de la tierra pudieran darse en ese preciso momento, un infante bajo las órdenes de Rosendo Porlier, intentó respirar. Abrir la boca, inhalar aire en su justa medida, dirigirlo hacia los pulmones, usarlo, expulsarlo, volver a empezar… Intentó regresar a lo que fue, mas no pudo. No pudo y se dio cuenta, pues Porlier leyó en la expresión de sus ojos que así era. Has enloquecido y lo sabes. ¿Existe algo peor que el loco que se sabe loco? ¿Que asume su total incapacidad para retornar a la cordura?

No, no existe nada peor. A este hombre la muerte no le asusta. A este hombre no se lo puede combatir. A este hombre debemos exterminarlo, sacrificarlo como a un perro rabioso.

—¡Arrrrrgghh! —gritó el infante de marina.

Porlier lo observó. Tras la piel del rostro embadurnada en sangre de foca, dos ojos extrañamente blancos intentaban abarcar la totalidad de la playa. Miraban en dirección al brigadier, pero también en la de los infantes tumbados que habían comenzado a abrir fuego. Reconoció, en un gesto fugaz,

al que fuera su sargento. Sí, lo reconoció tan rápido como olvidó que lo había reconocido. Después, miró la lancha de los oficiales, la vela bajo la cual se refugiaban los miembros de la tripulación que habían permanecido en la playa, la bandera ondeando en un palo clavado en las piedras…

No era gran cosa, pero nosotros, de momento, llamamos a esto civilización. Vosotros vais vestidos con pieles de foca sin curar. No, sin curar, no. Ni siquiera habéis sido capaces de desprenderlas correctamente y, en muchas partes, la carne del animal aparece todavía adherida. Matasteis unos cuantos bichos, los desollasteis con las bayonetas y os cubristeis con sus pieles, abandonando en tan demencial gesto el último rastro de humanidad que albergabais. Os imaginamos desnudándoos en mitad del hielo. Cuerpos blancos y escuálidos, cuerpos de jóvenes españoles a los que todavía no les ha terminado de brotar el vello, a los que no se les ha redondeado el vientre ni han echado culo de hombre. Un puñado de chavales que tienen tantas armas como ideas delirantes, tanto frío como deseos de venganza, tanta fijación como olvido.

Jamás habíamos visto a nadie vestido con trajes de piel de foca, pero, desde luego, estamos seguros de que se puede hacer muchísimo mejor. Bien, en cualquier caso, ya no portáis el uniforme oficial de la infantería de marina española. Deberíais entregar esos mosquetes y esas cartucheras porque no os pertenecen. Son propiedad de la Real Armada y cualquier uso inadecuado está sancionado con la muerte. En realidad, no, con la muerte no. Según la gravedad de la infracción, la pena varía, pero suele rondar las cuatro o cinco semanas de arresto. En fin, hemos hecho tabla rasa con las ordenanzas cuya vigencia tanto os preocupaba. Ahora, aquí, en esta parte de España, cualquier infracción se castiga con la muerte. Somos juez y verdugo, parte y condena. No estamos para que nos toquen los cojones unos cretinos disfrazados a los que el juicio se les ha escapado por las orejas. Aquí, muchachos, a los hombres decentes, las orejas se les caen. Como al sargento Rodríguez. ¿Ha protestado? Ni lo más mínimo. Aparte de que, todavía, le queda la otra.

Menos dramas, porque os vamos a matar.

El brigadier continuaba quieto. No habían transcurrido más de dos o tres segundos desde que el desertor gritara. En las infanterías de chichinabo se grita mucho, sobre todo al atacar. Al parecer, al enemigo se le encoge el alma ante su bravura demostrada y baja las manos.

La infantería de marina española no ha gritado jamás. Los marineros que abordan naves enemigas sí que lo hacen, también es cierto. Pero son marineros, tipos que están echando un cable, que no son soldados

profesionales, que lo suyo es la cubierta, el velamen, esas cosas con las que, además, van que arden. Gritan cuando atacan, pero más para infundirse ánimos a sí mismos que para aterrorizar contrarios.

Y ahora vienes tú, vestido de foca sangrienta, y le gritas al brigadier.

El loco no llevaba calada la bayoneta en el mosquete así que, tras el grito, dio otro grito, y un tercero, y se dispuso a cargar. Ahí, a cinco pasos de distancia de un oficial que lo encaraba con el sable desenvainado.

—Lo diré una vez más y será la última, muchacho —dijo Porlier sin quitar ojo del desertor y, de paso, de los infantes de marina leales que, desde el suelo, lo observaban entre disparo y disparo.

—¡Por aquí se acercan más! —gritó el teniente Marín—. ¡Atención, compañía! ¡Fuego a mi señal!

Antes se pegaban ellos un tiro que ordenar fuego a discreción. El brigadier, con toda la razón del mundo y porque eran un ejército como Dios dicta, había mandado ordenar la defensa y en ello estaban.

—¡Atentos todos! —se oyó gritar también al teniente Ostos, quien, por su lado, organizaba al grupo que tenía bajo su mando—. ¡No quiero un puto disparo a destiempo! ¡Por mi vida que me cargo al cabrón que se me quede atrás!

Porlier casi sonríe. Bien, las cosas comenzaban a ir bien. Entiéndase: dentro del descomunal y gigantesco desastre al que se habían visto abocados, el hecho de que los hombres bajo su mando estuvieran repeliendo una agresión al estilo ordenado y cabal de toda la vida le producía cierta satisfacción. Vamos a morir todos, pero en el orden debido y como está mandado: primero caen los hijos de puta, y, después, ya lo haremos el resto.

El loco, pues, se puso a cargar. Extrajo un cartucho de la cartuchera, se lo llevó a la boca, lo rasgó y dio comienzo a la maniobra. Lo hacía de forma instintiva, precisa. Al menos, existía en él una parte profunda en la que continuaba siendo un infante de marina. Los salvajes no cargan mosquetes siguiendo, una detrás de otra, la veintena de maniobras necesarias para preparar un disparo. El loco, no obstante, respiraba ruidosamente, agitado y convulso. Levantó los ojos hacia el brigadier y fijó una mirada iracunda en él. Hasta se diría que le sonreía. Como el que se las promete felices. Como el que se guarda una y tú te vas a enterar.

Porlier, entonces, avanzó, cubrió el corto espacio que lo separaba del desertor y, tras levantar el sable con el brazo derecho y situar el izquierdo en posición horizontal para mantener el equilibrio, lanzó un tajazo mortal sobre el cuello del loco. En la base, sobre la clavícula, allá donde, si la profundidad

es la adecuada, la muerte resulta inevitable. Y lo fueron, tanto la hondura como la inevitabilidad.

A veces, cuando se asesta este golpe, sobre todo si el que lo da no va sobrado de destreza, la hoja del sable toca hueso, penetra en él y se atora. En una batalla te pueden suceder muchas cosas, pero que un cuello enemigo no te atore el sable, por todos los santos. El truco, y esto bien lo sabía el brigadier, consiste en ladear un poco el filo justo cuando la hoja está penetrando en la carne, cuando está comenzando a tajar músculos y tendones. Un leve giro de muñeca y parece que estás cortando mantequilla. El enemigo se te cae muerto a los pies. Sin rechistar, palabra.

—¡Ostos! —gritó Porlier sin molestarse en comprobar si el tipo se movía. Su sable chorreaba goterones de sangre que teñían las piedras de la playa.

—¡Señor! —repuso el aludido.

—¡En pie todos sus hombres! ¡Dos grupos, quiero dos grupos para que el fuego sea constante!

—¡A la orden, señor!

Con los salvajes corriendo por la playa, su cadencia de fuego se había reducido notablemente y el brigadier se había dado cuenta de ello. Este era el motivo de que hubiera dado la orden de sofisticar la defensa: el cuerpo a tierra y el disparo continuado desde esa posición puede resultar efectivo, pero lo es aún más un pelotón dividido y turnándose en el disparo y la carga.

Los infantes de marina bajo las órdenes del teniente Ostos se pusieron en pie y el propio teniente, tocándolos en el hombro, los fue dividiendo. Habían abatido a varios atacantes y algunos de los hombres no acababan de comprender qué sucedía. Téngase en cuenta que la inmensa mayoría de la tropa no se había aventurado ni veinte pasos más allá del fondo de la playa. Los desembarcaron tras el naufragio y ahí seguían, a lo que pudiera suceder.

—¡Marín! —gritó Porlier.

—¡A la orden, señor! —respondió el otro.

Cada palabra innecesaria que evitas durante una batalla, es una palabra que te acerca más a la victoria. Que no te la da, obviamente, porque en la batalla, y en general en la vida misma, las palabras no sirven de gran cosa, pero ayuda. Tiempo que ganas para dedicárselo al enemigo. Tiempo para la lucha, para la contienda, para tenértelas con el tío que hay delante de ti en el universal idioma de la violencia.

Con los dos pelotones en pie y los infantes de marina tomándole el pulso al embate, los salvajes comenzaron a caer. Tres, cinco, siete desertores yacían

en mitad de la playa con el cuerpo cosido a balazos. Las pieles de foca abrigarían lo suyo, eso seguro, pero no detenían las balas.

¿Recuerda alguien cuántos desertores habían sobrevivido a la batalla de la playa del túmulo? Treinta y siete, treinta y siete hombres quedaron atrás una vez que Ostos, Manrique y el resto de su gente salieron de allí con el padre Pizarro a buen recaudo. Teniendo en cuenta que, antes de iniciarse el ataque, en la playa se reunían más de cien infantes desertores, el resultado que se exhibía ante ellos tampoco parecía extravagante en demasía: tú también habrías perdido el juicio; eso, o te habrías metido en la boca el cañón de tu mosquete cargado.

Idos y aturdidos, sí, pero no inútiles. Ahí dentro había, aunque no lo pareciera, soldados. Y la partecita de soldados que portaban se hallaba batiendo duro al enemigo. Dispararon a discreción desde el principio y lo hicieron con pulso más que incierto. Pero treinta y siete infantes perfectamente entrenados y con las cartucheras repletas de munición han de causar bajas en el adversario, aunque luchen con una mano atada a la espalda.

—¡Tengo tres bajas! —gritó Ostos.

—¡Seis! —Asumió Marín.

Porlier tomó una decisión. Además de las dos secciones bajo el mando de sus tenientes, había más infantería desperdigada por la playa. Echó un vistazo en torno a sí y observó varios grupos, puede que ocho o diez, integrados por dos, tres o, a lo sumo, cuatro hombres. Continuaban tumbados contra las piedras y muchos ni siquiera disparaban. Uno de ellos fue degollado por un desertor sin que apenas hiciera nada por defenderse. Tuvo miedo, el miedo que siempre aqueja a los soldados que se han quedado sin nadie que les cubra las espaldas.

—¡Agrupaos! —ordenó el brigadier.

Silbaban las balas, pero con desgana. Porlier calculó que contaba con razonables posibilidades de avanzar por la playa sin que un plomazo lo enviara al otro mundo. Lo cual habría resultado un alivio, porque se muere con honra y, al tiempo, acaba este tormento; pero no, no y mil veces no: sería el comandante hasta el final. El hombre al mando, el responsable de todas aquellas vidas, el jefe.

Cuatro infantes de marina tumbados en el suelo giraron la cabeza hacia él y lo observaron. Erguido. No, erguido no; tieso, tieso como el palo que sostenía la bandera, con la barbilla alzada y el sable en la mano derecha. Azul, de un azul tan bello como el cielo, el mar o ambos juntos. El brigadier parecía un mediodía en el curso de una singladura hacia poniente. Venía, con su

porte, a decirles lo siguiente: mirad, muchachos, sé que lo que lleváis encima es de tanta envergadura que no hay buque en el mundo con bodega suficiente para albergarlo; pero creo, también, que de cierta gallardía podríamos vestir nuestro final; al menos, mientras nos queden fuerzas, joder, al menos, mientras nos queden fuerzas…

Los infantes se pusieron en pie. Porlier les dio una orden corta y precisa:

—Agrupaos y cargad.

Los hombres ni rechistaron. Sacaron, los cuatro al unísono, sendos cartuchos de las cartucheras y procedieron a cargar. Tenían a uno de los salvajes a una distancia de veinte pasos. Atascado en su propia demencia, pero avanzando hacia ellos mientras, él también, cargaba su arma.

—¿Veis al tarado? —preguntó Porlier—. Pues lo vamos a abatir. Pero como Dios manda. Dispararéis a mi orden, ¿entendido?

Al tarado ya no lo mandaba Dios ni nadie, así que continuó avanzando. Quince pasos, doce, diez pasos. Lo tenían frente a ellos. El pelotón de cuatro hombres no era como para levantar una ovación, pero se aguantaba, parecía consistente, la alineación de hombro con hombro no distaba demasiado de la que podrían haber realizado un mes antes durante una instrucción rutinaria sobre la cubierta del *San Telmo*.

Y, entonces, lo reconocieron. No el brigadier, que de nombres, los justos. Los cuatro infantes reconocieron al salvaje que se acercaba a ellos con un mosquete en las manos. La cara empapada en sangre y el cuerpo entero recubierto de pieles de foca. Al parecer, les había dado tiempo a elaborar unas finas tiras de cuero, por supuesto sin curtir, con las que sujetaban la vestimenta. Un espectáculo digno de ver, en cualquier caso.

Zarraluqui. Aquel diablo enfervorecido era Andrés Zarraluqui, infante de marina de la Real Armada española. Virgen santa que todo lo puedes, baja un momento y dinos qué hemos hecho para merecer esto. Por qué hemos acabado así. Por qué, ahora, sí o sí, tenemos que abrir fuego contra nuestro amigo Zarraluqui. Uno de los nuestros.

—Atención… —dijo el brigadier.

Los infantes conocían el significado de esa palabra. Quien no se había echado el mosquete al hombro, debía hacerlo ya. Cargado y dispuesto.

Zarraluqui, el pobre Zarraluqui, se detuvo y los miró. Escudriñó en el aire de la playa, convendría decir. Dijo algo que resultó ininteligible y se echó su propio mosquete al hombro. Ni Porlier ni los cuatro infantes de marina sabían si el hombre aturdido había tenido tiempo de cargar. Suponían que sí, pues ningún soldado iría de farol en una situación semejante. Más que nada,

porque no funciona: los otros van a apretar los disparadores tengas o no tengas tú bala en tu mosquete.

—¡Fuego! —ordenó, entonces, el brigadier.

No las tenía todas consigo, esa es la verdad. Dudaba de que los cuatro infantes fueran a disparar contra uno de los suyos. ¿Qué les podría suceder? ¿Cuál sería el castigo? Aquí ya no opera más orden que el que queramos extender y respetar. Somos nosotros en la medida en que deseemos continuar siendo nosotros.

Quisieron. Por lo menos durante un rato más aquello fue unidad naval a la vieja usanza. Un oficial con el sable desenvainado y el pelotón a lo suyo, que es obedecer las órdenes. Abrieron fuego casi a la vez y las cuatro balas impactaron en el torso de Zarraluqui. A aquella distancia solo se podía fallar aposta. Se apiadaron de él, hasta el brigadier lo hizo. A nadie agrada ver en qué se ha convertido uno de los nuestros. Porque esto nos estaba pasando a todos sin excepción, a todos al mismo tiempo.

La tripulación es una unidad indisoluble que mide el universo observable y cognoscible desde un buque de guerra. Y cuando una parte de la tripulación enferma, se desquicia, se gangrena, lo hacemos, de alguna manera, todos, pues un único ser somos.

Porlier sintió cómo, a sus espaldas, el gran y silencioso *San Telmo* los observaba. Jamás volvería la mirada hacia él. Nunca más, pues ya no se sentía capaz de aguantar las lágrimas. Lloraría, lloraría como un niño ante la pérdida de una existencia que, él podía decirlo sin temor a equivocarse, había merecido la pena ser vivida.

Nos vemos en el otro mundo, Zarraluqui.

⁎ ⁎ ⁎

Las batallas son como el café: si aguardas lo suficiente, los posos tienden a irse al fondo y se asientan. Esta no iba a ser menos. Poco a poco, las fuerzas coordinadas de la infantería leal fueron abatiendo a los invasores. Invasores, desertores, atacantes, salvajes, locos, desquiciados, furibundos. En la desdicha es cuando emerge, como un magma caliente, el borbotón de los adjetivos precisos. Tenían más formas de describirlos de las que se hallaban dispuestos a utilizar.

Por supuesto, en las filas amigas también se habían dado bajas. Y muchas. El ataque se rechazaba, el orden se restablecía en el campamento, la bandera continuaría ondeando y, de momento, seguiríamos llamando, al paraje, isla de la Salvación. Pero muertos, lo que se dice muertos, los había por doquier. En

un conteo rápido, Porlier advirtió dos docenas de cuerpos inertes sobre las piedras de la playa. Eso, sin sumar los caídos que él no podía, desde su posición, observar.

Sí, el castigo había sido importante.

⁎ ⁎ ⁎

O no, porque para gustos, las opiniones. En uno de los extremos más seguros de la playa, tras un pequeño desnivel que resguardaba del viento y donde había pernoctado un reducido grupo de hombres, el alférez Manrique, acompañado de una minúscula dotación de artilleros, Urquizu, Dávila y Atienza entre ellos, protegía al padre Pizarro.

Un padre Pizarro al que comenzaban a no cuadrarle las cosas. Él necesitaba nombres, ¡nombres para el Nombre! Que se recolectaran almas, muchas almas y muy deprisa. Por favor, tampoco era tan complicado… ¿Podía existir una situación más extrema y desesperada que la de ellos? No. Y si las había, se podrían contar con los dedos de una mano.

Sin embargo, allí todo el mundo se resistía a expirar. ¿Por qué? ¿Por qué luchar contra la evidencia, contra el pronóstico más sensato, contra la voluntad que para nosotros fue escrita desde el instante mismo en el que el timón del *San Telmo* se partió y el navío, con sus seiscientos cuarenta y cuatro hombres a bordo, quedó a la deriva?

Aquí hemos venido a morir. Pues muramos. Y si no es por las buenas, será por las malas.

El padre Pizarro estaba a un instante de perder la paciencia. Él, que se había tomado tantas molestias, que, incluso, había formado a la tripulación entera y la había ordenado por clases y condiciones. Cualquier cosa con tal de facilitar la evacuación final. La recolección de las almas. Su transmigración. ¿Para qué? ¿Para que ahora no cayeran al ritmo adecuado? Se estaba descompensando la llegada del sucumbimiento, y él mismo se sentía débil y azulado. Pizarro se moría y no podía permitir que eso sucediera. Se había prometido a sí mismo que él se quedaba para el final pues solo así podría asegurarse de que la tripulación al completo era entregada al Nombre.

Se postergaba la recolección y esto era algo que él no podía permitir. Así que, a grandes males, grandes remedios. El sacerdote extrajo de su bolsillo una navaja y la desplegó muy despacio. Manrique, a su lado, observó que lo hacía, aunque no le dio mayor importancia. Bastante ocupado estaba viendo los devenires de la batalla… Ojalá el brigadier no le hubiera ordenado hacerse

cargo del capellán. Ojalá él también pudiera hallarse junto a Ostos y Marín, dando hasta el último hálito en la refriega…

Ojalá, porque esa sería la única forma de evitar lo que le sobrevino. Que resultó sencillito de explicar: el padre Pizarro asió la navaja con la mano derecha y se la clavó en el corazón al alférez. Sin aspavientos ni emociones. Aprovechando que Manrique estaba a lo suyo, apoyó la punta de la navaja en el pecho del oficial y presionó con fuerza. Tuvo tiempo de poco el alférez: de volverse hacia el cura, de poner cara de pasmo y de morirse sin más. Un final un tanto deslucido, pero cada uno arrea con lo que le toca.

En un primer momento, los artilleros, que andaban cerca, no se percataron de lo sucedido. El alférez no había gritado ni había tratado de defenderse. Solo cuando el padre Pizarro comenzó a caminar, con paso firme, en dirección al centro de la batalla, repararon en lo que había sucedido. Repararon, aunque no lo comprendieron. Sin testigos presenciales del hecho, ¿a quién le daría por pensar que un cura había asesinado a un oficial con una navaja de bolsillo? Sin motivo aparente, además, pues el oficial muerto estaba protegiendo al sacerdote. Con estos antecedentes, las pocas luces de las que los artilleros siempre habían hecho gala y el aturdimiento de los sentidos al que ahora se estaban viendo abocados, ninguno ató cabos. No en primera instancia.

Luego, tras seguir con la mirada las evoluciones del capellán y contemplar, para asombro general, que acuchillaba a todo aquel con el que se topaba en su camino, comprendieron lo de Manrique.

—El cura —dijo Atienza.

—Será hijoputa… —añadió Urquizu.

—Miradlo. Está matando a los nuestros. Al descabello, el muy cabrón —resumió Dávila.

Porque el sistema que seguía el padre Pizarro no era lucido, pero sí efectivo: se acercaba a un hombre, quien, al tratarse del cura, no sospechaba nada, y, entonces, este aproximaba la navaja al cuello del primero y se la clavaba hasta la empuñadura.

Después, a por otro, y a por otro, y a por otro. Los ojos atónitos de Urquizu, Dávila y Atienza contemplaron cómo, tan tontamente, el capellán del *San Telmo* mataba a quince o veinte hombres. Tipos que estaban con la poca atención que les restaba puesta en la batalla y en el enemigo, no en los de casa.

—¿Hacemos algo? —preguntó Urquizu.

Los otros dos no respondieron de inmediato. Hacer algo solo podía significar una cosa: salir a la playa, avanzar en mitad de una batalla que daba señales de apaciguarse, pero en la que aún se intercambiaban disparos, y detener con sus propias manos al padre Pizarro. O sea, jugarse una vez más la vida.

—Me jodería recibir una bala perdida… —dijo Atienza.

—Bah, creo que ya lo tienen controlado… —aseguró Dávila.

—Por los cojones —replicó Atienza.

—Por los cojones —se sumó Urquizu, quien añadió—: Vamos, total…

Fueron. Y corriendo, como cuando al teniente Ostos le había dado por ponerlos a correr el día anterior. Entonces, Reig continuaba con vida y Valdivia no había perdido el juicio. Parecía que hubiera transcurrido un siglo desde aquello.

Fueron. Fueron y a mitad de camino olvidaron a qué iban. Porque había partes de sus mentes que se apagaban, y después se encendían, y volvían a apagarse… Es una sensación extraña: la de, de pronto, haberte extraviado de la misma existencia en la que sabes que permaneces inmerso.

A detener al cura, a eso iban. A evitar que continuara recolectando almas. La verdad: los artilleros habían terminado hasta la coronilla del capellán del *San Telmo*. Dicho estaba: hartos de tanta monserga y tanto sermón. Se lo habían aguantado porque creían que él era el hombre que los sacaría de allí. El que los llevaría de regreso a casa. Pero una vez que se dieron de bruces con la abrupta realidad, la abrupta realidad los sacudió, y de qué manera. Los estaba sacudiendo, de hecho, mientras corrían: Urquizu, incluso, se detuvo, ¡se detuvo en mitad del fuego cruzado de una batalla que estaba teniendo lugar ahí mismo!, y trató de poner en orden sus pensamientos. Ah, sí, debo detener al cura porque no para de asesinar gente. Asesinar gente que no ha hecho nada o que no es inglesa está mal. Las balas que silban a mi lado, ¿por qué lo hacen?

¿Adónde voy? ¿De dónde vengo?

—¡Quita de en medio, gilipollas! —le gritó el teniente Ostos, quien se desgañitaba para que su grupo de infantes mantuviera la cadencia de fuego.

Urquizu se giró, miró al teniente a los ojos y no supo ni qué decir. ¿Nos conocemos de algo? Mire que su cara me suena… ¿No vendría a bordo de un barco que encalló por aquí cerca? ¡Anda, si está ahí…! Caray, qué triste se lo ve, embarrancado en las rocas… Sería bonito volver a verlo navegar, ¿verdad?

—¡Que te quites de en medio, idiota! —volvió a gritar el teniente.

¡Ostos! ¡Claro, es usted el teniente Ostos! Yo servía a sus órdenes, yo pertenecía a la tripulación del navío, yo era un orgulloso artillero, yo he luchado en mil batallas y he enviado a pique barcos enemigos, yo…

—Si le metéis una puta bala en el pecho, que se joda.

—Pero teniente, es Urquizu…

—Me importa tres cojones. ¡Seguid disparando, que ya son nuestros!

—¡Urquizu, por el amor de Dios, sal de ahí! ¡Estás en nuestra línea de tiro!

Por el amor de Atienza y Dávila, que, viendo cómo su compañero se había extraviado de sí mismo, decidieron rehacer parte del camino que llevaban hecho y volver a por él.

—¿Qué haces, Urquizu? —gritó Dávila, que se agachó instintivamente cuando una bala partió una piedra a tres pasos de él.

—No lo recuerdo…

—¿Sabes quién soy yo?

Otra bala, esta a la altura de la cabeza. Y otra más.

—Urquizu, tenemos que evitar que muera más gente. Detener al cura, ¿te suena? Y eso no va a suceder si nos matan.

—¿Por qué?

—Oh, porque estamos en mitad de una batalla. Luego te lo explico más despacio, tío. Ahora voy a echarme a correr y tú me seguirás, ¿vale?

—Vale.

—Prométeme que lo harás.

—Te lo prometo.

El atontamiento definitivo de Urquizu avanzaba muy deprisa, pero, por suerte para él, todavía era capaz de responder a instrucciones sencillas. Y había reconocido a Dávila. Aguantaría un rato más.

Cuando los tres artilleros se pusieron, de nuevo, a correr, Atienza tomó del brazo a Urquizu. No sabían mucho acerca de lo que les estaba sucediendo, y, sin embargo, ya se habían dado cuenta de que, una vez iniciado el proceso de extravío, el regreso a la lucidez completa se tornaba poco menos que imposible.

El padre Pizarro, mientras tanto, seguía recolectando almas para el Nombre. Tenía el rostro y las manos de un color azul profundo, casi negro. Observado a media distancia, uno no distinguía entre el hombre y su uniforme. Sin embargo, la azulidad no parecía entorpecer sus movimientos, sino avivarlos.

—Más le valdría al teniente Ostos ordenar que le metieran un plomazo al cura —dijo Atienza cuando llegaron a diez pasos de donde el padre Pizarro estaba rematando a un muchacho que había servido como grumete en el *San Telmo*. Tendría unos dieciséis años, lo cual, en un navío de guerra, no era ninguna minucia. Seguro que el chaval aspiraba a pasar a formar parte de la marinería del buque en cuestión de uno o dos años. Un hombre de verdad ante el que se extendía la mejor de las vidas posibles. Bien, pues ya no. Un sacerdote loco le había clavado una navaja en la parte trasera del cuello y lo había dejado seco. Fin de tus perspectivas. Dieciséis años, eso es exactamente lo que has vivido. Nunca nadie sabrá que exististe.

—Olvídalo —repuso Urquizu, quien parecía de vuelta. Que nadie se llame a engaño: al aturdimiento final no te deslizas de forma constante, sino que, a ratos, la bruma se disipa un poco—. Lo vamos a tener que hacer nosotros.

—Padre —dijo, entonces, Dávila. Los tres artilleros se hallaban a cinco pasos de distancia del cura. A los pies de este, el grumete muerto, su última víctima. Al menos, sobraban las palabras, las explicaciones. Esto es lo que parece que es.

—Hijos míos… —comenzó a decir el padre Pizarro.

No le dieron ocasión de hablar. Atienza se abalanzó sobre él y, de un manotazo, le arrancó la navaja. De hecho, casi le arranca la navaja, la mano y el brazo entero. Lo cierto es que un cura es un cura: en cuanto cierra el pico, ya no impresiona tanto.

Por si acaso, y teniendo en cuenta que ya había asesinado a treinta o treinta y cinco hombres, convenía conducirse con tiento. Que sí, que puede que la mayoría fueran pajes, grumetes o esa parte de la tripulación de un navío que lo más que levanta durante una travesía es la cuchara para llevarse la sopa a la boca, pero, aun así, toda precaución resulta siempre poca para un artillero. Porque si algo aprende un artillero es a tomar precauciones. El servicio en un cañón se resume en tres reglas: ten cuidado, cumple puntualmente con tu labor y ten cuidado. La primera y la última son la misma y no se trata de un error: si una sola vez te despistas, el cañón te arranca un pedazo de ti. Eso, si no es la vida.

—¿Qué ha hecho, padre? —preguntó, un tanto retóricamente, Atienza. Se había agachado para recoger del suelo la navaja ensangrentada del cura. La observó durante unos instantes, entrecerró los ojos para tratar de reconocer qué era aquel objeto y por qué se hallaba cubierto de sangre, lo recordó y, tras cerrarla, se la guardó en un bolsillo de los pantalones.

—Recolecto nombres para el Nombre. Ninguna tarea es más importante ahora.

—Pero ha matado a un montón de nuestra propia gente.

—Ayudo al Nombre.

—Está usted loco.

—Solo me ocupo de que nadie se pierda, nadie se desperdicie.

—Si se mueve, le parto la crisma.

—Yo he de ser el último.

—Pues muévase y será el siguiente.

La batalla se extinguía. Los últimos desertores que habían atacado el campamento eran abatidos, y el teniente Marín mandó romper la formación a su grupo y distribuyó a los integrantes del mismo por la playa. Necesitaban asegurarse de que aquel continuaba siendo un lugar seguro.

—¿Qué hacemos con los que están malheridos? —preguntó un infante de marina.

—Cercioraos de que están desarmados —respondió el teniente Marín.

—De acuerdo, ¿y después?

Porque a un herido siempre se le dispensaba algún tipo de trato. Si era propio, se lo conducía a retaguardia y se le proporcionaba auxilio. Si, por el contrario, pertenecía a las filas atacantes, se lo hacía prisionero para, después, intercambiarlo o ajusticiarlo. En fin, al menos así habían sido siempre las cosas…

—Los dejáis donde están.

—¿Tendidos en el suelo, señor?

—Exacto.

Abandonados. Que se murieran por sí mismos. Marín juzgó que se lo merecían. ¿No habían atacado como una horda de salvajes? Pues como a una horda de salvajes se los trataría. Ni la menor compasión para ellos. Que se jodan.

En menos de cinco minutos, la humareda del fuego de mosquetería se levantó y solo quedó silencio, algún que otro lamento desgarrado y el olor de la pólvora quemada. Algunos supervivientes de la tripulación del *San Telmo* salían de sus escondites y avanzaban hacia el lugar donde se hallaban Porlier, Marín y Ostos. Tres hombres que todavía blandían sus respectivos sables en las manos diestras.

El propio Porlier notó cómo una ráfaga de ensimismamiento se apoderaba de él. Sabía dulce y cubría su interioridad de infancia y ensoñación. Un

campo verde, una mar plácida, un cielo limpio de nubes, el agradable calor de la primavera recién estrenada.

Primero luchó contra el ensimismamiento. Lo hizo, porque su responsabilidad aquí no había finalizado. Era el comandante, era el comandante, era el comandante. Sin embargo… Al otro lado solo había paz. Y la veía, la podía sentir, experimentar, oler. Si se dejaba ir, las penurias se esfumarían de inmediato. Volvería a casa, estaría en territorio amigo. Para siempre.

—¡Brigadier! —gritó alguien a dos palmos de su oreja. Se trataba de Ostos y, por el semblante de su cara, no parecía ser la primera vez que pronunciaba su nombre.

—Teniente —repuso Porlier. El esfuerzo supremo que realizó para regresar únicamente lo supo él. Habían sido unos segundos, puede que medio minuto, no más. Se había marchado y había vuelto. Eso era todo. Seguía al mando.

—Brigadier, tenemos un problema.

El teniente Ostos miró a Porlier y parpadeó dos veces. Tras la segunda, se cayó hacia dentro y aterrizó a diez mil leguas de distancia de allí. No reconocía el paisaje, ni los rostros de las gentes. Eran de tez y cabello claros, pero, dado que él se había vuelto completamente azul, prefirió no darle demasiada importancia: quizás, en adelante las cosas serían así. En América todo el mundo se mestizaba sin remilgos, de manera que no entendió que fueran a mirarlo mal meramente porque su piel fuese azul. Sonrió a las gentes claras, recibió sonrisas a cambio y se sintió tranquilo y sosegado. Un sosiego tangible y vivo que le requería permiso para crecer, crecer y crecer. ¿Quieres la felicidad completa? Di, ¿la quieres?

—¿Teniente?

Ostos volvió a parpadear y estuvo de vuelta en la isla de la Salvación. Rocas, hielo, viento y un dolor insondable.

—Disculpe, brigadier —se excusó Ostos.

—¿El ataque? —preguntó Porlier dirigiéndose a Marín.

—Controlado por completo, señor —respondió este.

—Regresamos a la normalidad. Que cada cual retome sus quehaceres.

¿Cuántos hombres sobrevivían? En el mejor de los casos, unos trescientos. O puede que estas fueran unas cuentas un tanto optimistas. ¿Qué tal doscientos cincuenta? Sí, puede que no pasaran de ahí. El capellán, él solo y con la simple ayuda de una navajita de bolsillo, había acabado con unos cuarenta hombres.

—Brigadier… —repitió Ostos.

—Qué —intentó Porlier concentrar su atención en él.

—Tenemos un problema —volvió a decir el teniente.

Porlier se tomó un momento para concentrarse en su mano derecha. Con ella, asía la empuñadura de su sable. Un sable que, lo sabía, ya no debería estar ahí, sino envainado. Todo era cuestión de realizar una sencilla maniobra y devolverlo a la vaina. ¿Lo lograría? Porlier se limitó a quedarse muy quieto. Tanto que pensó, lo pensó con la rotundidad con la que se asumen las cuestiones al margen de cualquier duda, que el corazón ya no le latía ni la sangre le corría por las venas. Seguía en pie, podía escuchar al teniente, pero poco más. Niebla espesa, inmovilidad y un deseo imperioso de hallar la salida del laberinto.

—¿Qué problema? —preguntó.

—Es en relación al padre Pizarro.

—Sí, sí, dele permiso para organizar un responso por los caídos. Y le ruego que me disculpe ante él, pero creo que no voy a poder asistir…

—No se trata de eso, brigadier.

—¿Ah, no?

—No. Esto se ha torcido.

Bueno es saberlo. Hasta ahora, avanzábamos por el camino recto.

15
7 de septiembre de 1819
Antes de que el más dulce de los sueños nos acoja, esto

Treinta y ocho tíos. Treinta y ocho. Atienza se había tomado la molestia de contarlos, aunque nadie se lo había pedido. Pero ¿cómo diantres el padre Pizarro había conseguido matar a tantos hombres antes de que los tres artilleros lo detuvieran? La respuesta residía en el aturdimiento. Se adormecían. Se dormían. Se apagaban. He aquí la única explicación y he aquí la auténtica verdad en torno a lo que les sucedía.

Se estaban yendo. Algunos con parsimonia, otros rápidamente. Pero se iban, se volcaban hacia dentro y caían, exhaustos, a un pozo de placidez del que jamás retornarían.

Sin embargo, los doscientos hombres más o menos conscientes que en aquella tarde quedaban sobre la superficie de la isla de la Salvación todavía tenían algo pendiente. Algo que no pensaban dejar atrás, incluso sabiendo que ya nada cambiaría. Por los treinta y ocho hombres que el padre Pizarro había matado con sus propias manos, pero también por los que ya no lo contarían, bien porque se hallaban muertos, bien porque la lucidez se les había disipado para siempre.

Ejecutarían al cura. Lo matarían para vengarse, que es la única manera de hacer justicia en parajes como este.

Oh, y la batalla. Se extinguió, como las hogueras o las presencias. En realidad, la superioridad de la tropa leal a Porlier marcó tanto la evolución como el resultado de la contienda. Dos tenientes organizando el combate cuentan como veinte salvajes lanzados a la carrera. Esto lleva siendo así desde que el hombre es hombre: la horda jamás vence al ejército regular. Salvo desproporción abismal de fuerzas, que no era el caso. Mataron o dejaron heridos a casi todos los infantes desertores. Algunos, muy pocos, huyeron y se internaron, solos, en el interior de la isla. Morirían en cuestión de horas.

Media docena, sin embargo, se mantuvo firme en sus posiciones. Habían hallado cierto resguardo en un extremo de la playa y, atrincherados allí, presentaban batalla. Disponían de la munición que portaban en sus cartucheras y solo de esa, de manera que los tenientes prefirieron dejarlos hacer. Los desertores dispararon hasta quedarse sin balas, y, después, se rindieron. El brigadier ni siquiera prestaba ya atención. Ostos mandó que los maniataran y que los apartaran por ahí. Lo hicieron y nunca más nadie se acordó de ellos, pese a que estaban a diez pasos de distancia de los demás. Pero es que las circunstancias eran las que eran: de vaporización de los recuerdos, de la propia memoria. Si alguien, un rato después, preguntaba acerca de la contienda a los infantes que habían estado disparando en los pelotones de Ostos y Marín, no pocos se encogían de hombros. La contienda, sí, hombre, la contienda… ¿No la recuerdas? Nos atacaron y vosotros nos defendisteis con bravura. Gracias a vosotros continuamos con vida.

No recordamos casi nada y, además, intentar hacerlo duele, así que preferimos quedarnos quietos, dejarnos llevar, realizar pocos esfuerzos.

Uno sí. El de juzgar y ajusticiar al padre Pizarro sí lo vamos a emprender. Los recuerdos son como las piedras que caen al agua: todas se hunden, pero algunas crean unas ondas mayores que otras. Y la onda que el capellán del *San Telmo* había formado en ella era de tal dimensión que todavía avanzaba lentamente en las orillas más lejanas del estanque de la memoria.

Nos hemos olvidado de casi todo excepto de que tú eres un hijo de la gran puta que nos las vas a pagar.

Llevaba todo el día nevando a intervalos. Una nieve lenta y poco densa que apenas cuajaba aquí y allá. Sin embargo, con la caída de la tarde y la extinción de la batalla, un temporal de nieve y viento arreció. Parecía que quien se hallaba a cargo de las inclemencias del tiempo había decidido que ya habían tenido suficiente tregua. Y era cierto que la habían tenido, pues al invierno austral todavía le restaban unos cuantos coletazos. Coletazos de los que te arrancan el ánimo y las esperanzas. Se hallaban azules de los pies a la cabeza y, paradójicamente, todo esto no había sido sino un magnífico golpe de buena suerte: en condiciones normales, no habrían durado ni seis horas.

Así que sí, todo era dicha y maravilla hasta que la nieve se tornó densa, prieta y oscura. Se cerró el cielo y se cerraron, con él, los ruidos y las expectativas.

Dejaron de escuchar el sonido de la naturaleza y ya solo tenían el rumor de sus interioridades y el de los hombres más cercanos. Cuando hablaban, lo

hacían a gritos o en susurros, pues se les había olvidado cómo modular sus voces, cómo acompasarlas a las de los demás.

—Padre, lo único que puedo prometerle es que esto va a ser rápido —dijo el brigadier Porlier.

Habían conducido al cura hasta el lugar donde se hallaba el mástil con la bandera. Supusieron que aquello era lo más parecido, de entre todo lo que disponían, al orden y la civilización. Al lugar del que ellos provenían. Solo era un símbolo, ahora ferozmente agitado por los vientos, pero era su símbolo, el único que reconocían y el único que todavía despertaba en ellos un sentimiento sordamente parecido a la lealtad.

Nuestra casa es un lugar que se llama España.

El padre Pizarro miró a Porlier y a los hombres que se arremolinaban en torno a ellos. Habían formado, lo que son las cosas, un círculo casi perfecto. ¿Lo veis, desdichados? Si hubiéramos aguantado en el círculo, ahora todos nos hallaríamos al otro lado del Nombre. Sin dolor, ajenos al pesar, tranquilos, dormidos.

—Se le acusa de traición —dijo el brigadier. Cada palabra que pronunciaba suponía un esfuerzo casi sobrehumano. Se llevó una mano a la frente y notó que no la sentía. La veía, sólida y azul, pero no comprendía cómo había llegado hasta allí ni qué debía hacer para retornarla a su lugar de origen. La miró ensimismado durante dos o tres larguísimos minutos. Un hombre, de entre los que contemplaban el juicio, murió mientras tanto.

—Ha asesinado a treinta y ocho de los nuestros —continuó el teniente Ostos, dándose cuenta de que el atasco del brigadier necesitaría de algo de tiempo para desatorarse. Ya le iban cogiendo el tranquillo al progresivo aturdimiento de las consciencias: perdían capacidades, pero, llegado el caso, entre varios hombres podían sumar fuerzas y realizar las tareas de uno solo. No se trataba de una gran solución, pero con ella se las tendrían que apañar.

—¿Quiere alegar algo en su favor? —añadió el teniente Marín. Tenía sangre en el rostro, quién sabe si de una herida propia o ajena. No se había preocupado en averiguarlo.

—Se le acusa de traición —repitió el brigadier Porlier, quien, por fin, había recordado cómo mover su brazo y devolver la mano a su posición habitual.

El padre Pizarro no intentó justificarse. Se lo agradecieron, porque todos tenían, en primer lugar, sueño, y, en segundo, unos irrefrenables deseos de venganza. ¿Y si, al final, todo lo malo que les ocurría había sido a causa del padre Pizarro? Si era el mal, si encarnaba al diablo, bastaba con sumar dos

más dos. Incluso los más atontados podrían llegar a la conclusión de que las cosas malas suceden por culpa de las malas personas. ¿Buscabais alguna? Miradla, la tenemos frente a nosotros.

—Mátelo ya, brigadier —dijo alguien desde el corro de hombres expectante. Lo había dicho a gritos, pero no por fervor o enfado, sino porque esta era la única forma de que el mensaje atravesase la densa nieve que caía sobre ellos y, más importante aún, la neblina de sus sentidos.

Anochecía, pero despacio, pues aquí, también para el paso de las horas, parecía existir cierta ralentización.

—¿Va a alegar algo o se calla? —preguntó el teniente Marín.

El padre Pizarro, que había permanecido hasta entonces en una posición sumisa, levantó el rostro y dos ojos perversamente blancos se abrieron, de par en par, en medio de su sombra negra.

—He vencido —respondió. Su voz, alta y segura, alcanzó a los supervivientes de la tripulación del *San Telmo* y los penetró. Hasta el mismísimo brigadier experimentó un escalofrío de espanto.

—¿Cómo…? ¿Cómo dice, padre? —se interesó Marín.

—Que el Nombre se halla próximo a completarse. Que advendrá un instante distinto y que lo hará envuelto en una lengua de calor y certidumbres. He traído hasta vosotros el significado de lo impronunciable, la presencia de lo intangible, el Nombre que recoge vuestro nombre. Sois el proyecto más querido.

Ninguno entendió demasiado, pero la mayoría supuso que tenía bastante que ver con el hecho, irrefutable, cierto es, de que iban a morir. Hoy, esta misma noche, en mitad del temporal de nieve y abrupto frío.

—Solo ayudé al Nombre —añadió el sacerdote—. Me limité a cumplir con mi deber, a colaborar en la cosecha, a seleccionar nombres para su silenciosa enunciación.

—¡Culpable! —gritó alguien desde el fondo. Un artillero, probablemente.

—¡Culpable! —Se sumó otra voz, también alejada de la primera fila.

—¡Culpable! —bramó una tercera.

Tres son multitud y sentencia. El cura estaba condenado. Lo habría estado de cualquier forma, pero así se hacía tangible el veredicto. Donde no hay papel ni tinta ni refugio, existe lo contrario, que es la ira, el ansia y la sed de resarcimiento.

El brigadier Porlier arqueó los ojos y giró el rostro hacia su tripulación. Aquellos hombres orgullosos necesitaban un punto de partida para iniciar el

sucumbimiento. Se sostenían como podían, a la vista estaba, pero anhelaban el fin, la muerte, la paz. La noche, el frío y la nieve se ocuparían de ello.

—Teniente Marín.

—Señor.

—Ordene que se apilen unas cuantas piedras. Aquí, junto al mástil.

—A la orden, señor.

Necesitaron más de media hora para cumplir con la instrucción. En condiciones normales, no se habrían demorado ni cinco minutos. Se trataba de levantar un pequeño degolladero en el que un hombre arrodillado pudiera apoyar la cabeza.

Marín eligió a varios hombres para llevar adelante la tarea. Ninguno se negó y, de hecho, todos se acercaron a él e intentaron obedecer. Sin embargo, no podían, o no sabían, agacharse, recoger unas cuantas piedras y apilarlas unas sobre las otras. Alguno de los que observaban ayudó tratando de hacerles recordar: cierra las manos con más fuerza; ahora tira hacia arriba sin abrir los dedos; intenta caminar sin que se te caiga la piedra.

Varios grumetes comenzaban a desaparecer bajo la nieve. Se les acumulaba en los hombros y sobre la cabeza y ellos, sin moverse del sitio ni desplomarse, se ausentaban en una duermevela terrorífica, pues ya no estaban vivos, pero tampoco acababan de morirse. Es triste y doloroso no servir ni para morirte como está mandado. Pues algo así les sucedió a unos cuantos pobres desgraciados del *San Telmo*.

—Yo creo que ya está —dijo por fin el teniente Marín.

Porlier respiró hondo y condujo al hombre negro hacia el cadalso. La expectación los mantenía a todos en vilo. Entonces, la mayoría lo comprendió. Sirviera el padre Pizarro a Dios o al demonio, sí, había vencido. La recogida estaba en marcha. ¿Hacia dónde los conduciría el destino? Esperaban que hacia algún puerto amigo, hacia un lugar seguro, hacia la calma y el letargo. Existiría una denominación para ello, pero ellos la desconocían y, la verdad, poco les importaba.

—Tiene derecho a la última palabra —informó Porlier mientras los tenientes Ostos y Marín obligaban al hombre a arrodillarse y a apoyar su cabeza en las piedras apiladas.

El cura no dijo nada. Mantuvo los ojos abiertos y emanó blancura de ellos. Y furor, y martirio, y una vehemencia que atajaba cualquier intento de censura. Lo ejecutaban, pero victorioso.

El brigadier Porlier supo que este trabajo no podía encomendárselo a nadie. Lo llevaría a cabo él mismo. Desenvainó, por última vez en su vida, el

sable, y lo mantuvo unos segundos pegado a su pierna derecha. Reunía arrestos y energía para levantarlo y actuar. Todo hombre merece un tajo limpio y una muerte piadosa. Que era exactamente de lo que ellos carecerían, pero nosotros somos hombres buenos y por nuestra mano no actúa, ni lo hará jamás, la malevolencia.

Fue rápido y más sencillo de lo que había previsto. El cuello quedó seccionado por completo y la cabeza del padre Pizarro rodó por las piedras de la playa. Nadie se acercó para cerrarle aquel par de ojos. Quedaron así, abiertos de par en par, hasta que, unas horas después, ya en mitad de la noche, se helaron.

16
7 de septiembre de 1819
El sucumbimiento

Antes de morir, se sintieron muertos. No se supieron, pues es obvio que se sabían: se sintieron, en el más explícito y amplio de los sentidos que se pueda otorgar a esta expresión.

Cayó la noche sobre el campamento y los hombres fueron, progresivamente, perdiéndose de vista los unos a los otros. Hubo quien tuvo la intención de encender una hoguera e, incluso, caminó hasta la leñera y extrajo de ella algún que otro madero proveniente del *San Telmo*. Sin embargo, una vez conseguido esto, los maderos fueron olvidados en la oscuridad y el hombre que había recordado que existían y que podían usarlos para calentarse, comprendió que la muerte lo había alcanzado y que, en consecuencia, cualquier acción resultaba inútil.

¿Acaso los muertos se entretienen en trivialidades solo reservadas a los vivos?

Respiraban y, aunque apenas, caminaban. Hablaban poco, pero, de cuando en cuando, lo hacían. Para advertir de que uno se hallaba allí, en mitad de la oscuridad, envuelto en la ventisca, muerto, muerto y sin la menor posibilidad de regresar al universo de los vivos. Pero se lo decían al de al lado, porque ni muerto te agrada que te pisen los dedos de los pies.

Los muertos, los muertos, por decirlo de alguna forma comprensible, cadavéricos, habían quedado olvidados allá donde expiraron. El alférez Manrique, por ejemplo, seguía en el lugar exacto donde el padre Pizarro le había clavado la navaja. Con la misma cara de sorpresa y extraviado en la oscuridad más salvaje. La nieve lo cubrió parcialmente en cuestión de cuatro o cinco horas y se heló. Se heló por completo, desde las uñas y la piel hasta el tuétano de los huesos.

Los artilleros Urquizu, Atienza y Dávila se mantuvieron unidos desde el principio de la noche. No podían verse, pero, de cuando en cuando, se

llamaban los unos a los otros en la oscuridad. Fue Atienza el primero en sentirse muerto. Lo notó no como una sensación que te invade poco a poco, sino como una epifanía: ya no estás aquí, pese a que creas que lo estás.

Pese a que partes de ti, como tu cuerpo mismo, se hayan rezagado respecto a la muerte completa. No estás ni estarás jamás, no existe posibilidad alguna de regresar, no vivirás ni experimentarás nada como ser viviente, pero aún tu cuerpo ronda, cual excrecencia dejada atrás, el mundo terrenal.

—¿Sabéis? —dijo—. Pensaba que todo estaría más limpio.

Se hallaban sentados en el suelo de la playa, expuestos al extremo rigor de la ventisca y el frío. Los tres se habían levantado los cuellos de las camisas y se protegían, de esta forma, los pescuezos. Ya no podían verse, pero, de haber podido, se habrían dado cuenta de que la azulidad se había tornado negritud. La piel y las capas superficiales de la carne se encontraban arrasadas por la intemperie, heladas como helado está el hielo auténtico. Si, como por arte de magia y en aquel preciso instante, los trasladaran, de forma tan súbita como inmediata a latitudes ecuatoriales, no se habrían recuperado jamás. La carne helada es carne que ha muerto, que solo puede ser extirpada.

La azulidad, y mucho menos la negritud, no tenía marcha atrás.

—¿No creéis que la Primorosa Mariana se está retrasando un poco? —preguntó Urquizu. Se le había ocurrido la idea y le preocupó. ¿Y si están buscando en la cala contigua? ¿Y si por cualquier estupidez pasan de largo y no los encuentran?

—Hemos tenido días de calma chicha —respondió Dávila, quien notó cómo las tablas de la cubierta del *San Telmo* crujían bajo sus pies—. Además, siempre fui de los que afirmó que los tíos de la Primorosa Mariana no tenían demasiadas luces. ¿Os había contado que el año pasado se enroló en ella el marido de mi hermana? Es un buen tipo, pero, lo dicho, de luces…

—Desde luego, aquí habría que limpiar —insistió Atienza. La idea de que, tras la muerte, los corredores y las estancias que las almas habitarían durante el resto de la eternidad no estuvieran en las debidas condiciones le alteraba un tanto el ánimo. Uno no vive una vida entera, una vida dura y plagada de sinsabores, para luego morirse y comprender que lo que pertenece al tiempo ilimitado se halla manga por hombro. Se consoló como pudo—: Quizás vengan más tarde. O nos toque hacerlo a los recién llegados.

—¡Hombre, Atienza! —exclamó Urquizu. Lo hizo, pero ya desde el lado de la muerte. A él también le había advenido el sucumbimiento. E igual que le había sucedido a Atienza, el cuerpo se le había quedado atrás—. ¿Esto es así? Yo pensaba que…

—Tranquilo, Urquizu —le dijo Atienza—. He oído que se trata de un desajuste sin importancia. Te devolverán tu cuerpo dentro de poco. En cuanto se muera él también.

—¿Y cómo puedo estar yo muerto sin estarlo mi cuerpo?

—¿Y cómo ha podido naufragar nada más y nada menos que el esplendoroso *San Telmo*? Son cosas que nadie prevé y que, sin embargo, suceden. Solo nos resta conformarnos, amigo Urquizu, conformarnos…

—¿No te da pena Dávila?

—¿Por qué iba a dármela?

—Míralo, continúa sintiéndose vivo dentro de su cuerpo vivo.

—Oh, no te preocupes. No le queda demasiado tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los que hemos muerto de verdad, accedemos al conocimiento pleno de todas las cosas presentes, pasadas y futuras. Mira, inténtalo tú mismo…

—¡Es cierto…! Joder, quién me lo iba a decir. Si lo sé…

—Me muero antes.

Los dos muertos rieron en su dimensión de seres muertos a medias. Dávila, que seguía en el lado de los completamente vivos, enterró la cabeza entre las rodillas y se puso a sollozar. La nieve lo cubrió rápidamente y sus lágrimas se sincronizaron con cientos de lágrimas que, en aquel instante único, los hombres del *San Telmo* derramaban sobre las piedras de la playa en la isla de la Salvación.

Dávila murió diez minutos más tarde. Quizás a modo de compensación por la demora, en cuerpo y consciencia. Lo cual no acabó de hacer demasiada gracia a Urquizu y a Atienza, que no entendían por qué a ellos se les retrasaba tanto el verdadero final.

* * *

Quienes, con la caída de la noche, también se habían mantenido unidos, fueron los marineros Pinto, Moreno, Ríos y Noriega. Cuatro hombres con una sola obsesión metida en sus cabezas: la lancha. Ya no sentían hambre ni sed, ni siquiera frío. Experimentaban tan solo un ansia irrefrenable por hacerse con la lancha que los oficiales utilizaban como refugio, botarla al agua y largarse, remando, de aquel lugar maldito.

—Es ahora o nunca —dijo Ríos.

—Estoy contigo, tío —se unió Moreno. Era el único marinero superviviente de todos los que realizaron las guardias en la cubierta del *San*

Telmo durante la deriva sin rumbo. Hacía cuatro jornadas de aquello. Parecían cuatro existencias completas.

—Subámonos a la puta lancha y larguémonos de aquí —animó Noriega.

—Os sigo —se limitó a afirmar Pinto. Tenía una de sus piernas completamente inmovilizada y se movía arrastrándola por el suelo. Se dijo que si lograba llegar hasta la lancha, eso no supondría un problema. Fuera como fuese, en plena oscuridad nadie se daría cuenta. Además, ¿quién le decía a él que el resto se hallaba en plena forma?

Los cuatro marineros avanzaron en mitad de la ventisca cogidos de la mano. Lo bueno de haberte pasado la vida sirviendo en un navío de guerra es que aprendes a orientarte en la oscuridad. En los puentes apenas se distinguen siluetas, y en el sollado y la bodega la negrura es total a menos que sostengas una lámpara frente a ti.

—¡Tiene que estar por aquí! —gritó Noriega lanzando un brazo hacia el frente. La ventisca arreciaba y les costaba avanzar.

—¡La tengo! —exclamó Moreno—. ¡Aquí está!

—¡Debemos darle la vuelta! —indicó Ríos—. ¡Vamos, los cuatro al mismo tiempo!

Los marineros asieron la lancha por la borda y tiraron hacia arriba. Sin embargo, el esfuerzo resultó inútil: la embarcación pesaba demasiado y ellos se hallaban muy cortos de fuerzas.

—¡No lo lograremos! —gritó Noriega mientras luchaba para que el viento no lo derribase.

Entre la marinería siempre hay trucos para todo. También para este: cuando la tarea te supere, silba.

Moreno se llevó dos dedos a sus agrietados labios y, tras introducirlos entre ellos, dobló sobre sí la lengua y silbó largamente. A sotavento, varios hombres que aguardaban la muerte en mitad de la playa reconocieron la llamada y se encaminaron hacia su origen.

—Soy Suárez —dijo uno cuando llegó hasta la lancha.

—Soy Vela —dijo otro.

—Álvarez.

—Echarri.

Echarri llevaba paralizado desde la mañana. Quieto, sin mover ni las pestañas. Se había sentado sobre una piedra y llevaba casi medio palmo de nieve cuajado sobre él cuando escuchó el silbido. El inconfundible silbido que un marinero da sobre la cubierta de su navío. Ese lugar es nuestra casa y el

silbido te muestra el camino hacia ella. Así que se levantó, se sacudió la nieve y caminó hacia el lugar donde se hallaba el hombre que lo había lanzado.

—Ocho —sumó Moreno—. Ahora sí que lo lograremos.

—¿De qué se trata? —preguntó Vela.

—¡Acercaos un poco más! —gritó Ríos—. ¡Tenéis frente a vosotros la lancha! ¿La tocáis? ¿Sí? ¿Hay un hombre a vuestro lado? ¡Bien! Pues lo intentaremos todos a una. ¡Vamos a darle la vuelta! ¡Nos largamos de aquí!

Los ocho marineros comenzaron a tirar de la borda de la embarcación. Al principio, esta apenas se movió y Noriega gritó algo acerca de que quizás la hubieran trabado desde el interior. Pero no, pues, tras seguir intentándolo durante un buen rato, la lancha comenzó a moverse.

—¡Aseguradla con las rodillas! —indicó Pinto—. ¡Que no se nos caiga!

Fue el último esfuerzo que aquellos ocho hombres realizaron en sus vidas. Pero fue, hay que decirlo con todas las palabras, un esfuerzo memorable. La lancha pesaba un quintal y las fuerzas de aquellos ocho tipos no es que estuvieran menguadas: es que casi resultaban inexistentes.

Cuando tenían la borda de la lancha a la altura de los hombros, la apoyaron en ellos y se tomaron un respiro. Solo restaba el impulso final y lo habrían logrado. Sin embargo, una sorpresa más les deparaba el destino: allá, bajo la lancha, bien protegido e iluminándose con una lámpara de aceite, se encontraba el capitán Toledo.

Suárez agachó la cabeza y lo observó. Tiempo atrás, lo habría hecho con ira, quizás con rabia. Mientras nosotros nos helamos en mitad de la ventisca, usted permanece aquí, tan ricamente, a buen resguardo. Ahora, la mente de Suárez se limitaba a, en el mejor de los casos, reconocer lo obvio. Hay un hombre aquí, tiene una luz, es el capitán. Fin de la deliberación.

—¿Se viene usted? —le preguntó Suárez.

Toledo se hallaba acuclillado y tuvo que levantar la cabeza para mirar a los marineros. Su rostro tenía un color azul turquesa. Hasta para el azulamiento parecían existir clases y categorías. Todos negros como el azabache y el capitán del navío luciendo un precioso turquesa que haría las delicias de las damas de la corte madrileña.

—¿Adónde…, adónde vais? —acertó a farfullar el capitán Toledo.

—A casa, capitán, por supuesto. Véngase, tenemos sitio de sobra.

Toledo asintió y los marineros aguardaron a que se incorporara y abandonara el que, hasta ese momento, había sido su refugio.

—No olvide la lámpara —dijo Ríos—. Nos vendrá bien un poco de luz. La mar está oscura hoy.

—¡A la de tres! —gritó, entonces, Noriega—. Una, dos y… ¡tres!

Empujaron la borda sobre sus cabezas y la lancha cayó, lenta y pesada, hacia el otro lado. Tras bambolearse varias veces, se detuvo y quedó firmemente afianzada sobre el lecho de piedras de la playa.

—¡A los remos! —ordenó Pinto—. ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

—¡Capitán! —gritó Ríos—. Sea tan amable de iluminar aquí. ¡Gracias!

Los ocho hombres subieron a bordo de la lancha y se repartieron, la mitad por babor y la otra mitad por estribor, en los cuatro primeros bancos más cercanos a la proa. Cada uno de ellos asió un remo y se situó en posición. Los nervios comenzaron a aflorar y a alguno se le escapó una risa floja. ¡Nos vamos a casa!

—¡Venga, capitán! —apremió Ríos—. No querrá usted quedarse en tierra, ¿verdad?

El capitán Toledo, con la lámpara de aceite todavía en su mano, dio un paso al frente y subió, por proa, a la lancha. Allá, de cara a sus hombres, levantó el farol y los iluminó. Ocho rostros expectantes que no precisaban de explicación alguna. Ocho mentes devastadas para las que cualquier explicación se hallaba, por fin y para siempre, de más.

—¡A su orden, capitán! —gritó Pinto.

El capitán Toledo dejó la lámpara entre sus pies y usó ambas manos para estirarse la casaca. Convenía partir con el uniforme en el estado más digno que fuera posible.

—Atención, caballeros… —dijo Toledo.

* * *

Valdivia deambulaba, aislado y solo, por el campamento. Continuaba obsesionado con la idea de que allí, en la isla, el calor se había vuelto insoportable y actuaba en consecuencia: desde hacía un buen rato, incluso antes de que cayera el sol, se había desnudado por completo y de tal guisa vagaba sin rumbo fijo. Fueron unos cuantos los hombres que, al verlo, se apiadaron de él y le pidieron que se volviera a vestir. Alguno, incluso, le echó una mano a la hora de ayudarle a buscar sus pantalones y su camisa. No obstante, y visto que Valdivia insistía en su enajenación, decidieron dejarlo por imposible. Ahora, con la noche caída y la oscuridad rodeándolos, simplemente se olvidaron de él. Valdivia, loco y desnudo, caminaba de aquí para allá murmurando por lo bajo y quejándose de lo desgraciado de su situación.

La mente de Valdivia se había vaciado por completo. Si le hubieran preguntado por su nombre, no habría dicho que no lo recordaba: habría preguntado qué es y para qué sirve algo así.

No, esto tampoco es cierto del todo: Valdivia recordaba el tacto de un cañón tras realizarse un disparo. Valdivia, Miguel Valdivia, era un artillero viejo del *San Telmo*. Conocía al dedillo su oficio y podría haber servido en cualquiera de las maniobras necesarias para atender un cañón. Sin embargo, los oficiales al cargo de los puentes, que de tontos no tenían un pelo, utilizaban a los artilleros experimentados como Valdivia para realizar las tareas que mayor pericia precisaban. Por ejemplo, cualquiera puede introducir una bala en la boca de un cañón. Incluso, si se quiere, tampoco es necesaria demasiada habilidad para atacarlo y dejar bien prensada su carga.

Valdivia dominaba, y a las mil maravillas, un arte en el que pocos se distinguen: sabía apuntar. Que puede parecer una minucia, pero que resulta clave cuando estás en plena batalla. El capitán, desde la cubierta del barco, allá en lo alto de la toldilla, da la orden de disparar una andanada. Por babor o estribor, según venga el enemigo. Al teniente al mando del puente le llega la noticia por voz de un guardiamarina y él se la transmite a los cabos de los cañones. A partir de ahí, comienza el baile de los artilleros. Decenas de hombres se aprestan, porque ese, precisamente ese, es el cometido final que justifica su presencia en el navío, a cargar los cañones. Los cabos encenderán las mechas, pero alguien debe afinar la orden dada por el capitán. No nos han mandado disparar contra el enemigo. Nos han ordenado que acertemos de lleno sobre el enemigo y lo hagamos saltar por los aires.

De ello se encargan los apuntadores. Los tíos que, como Valdivia, posan una mano abierta sobre el cañón, lo acarician, lo tientan, lo escrutan y, después, deciden el ángulo de inclinación con el cual dispararán. Si el tiro es bueno y aciertan de lleno en el objetivo, el apuntador sonríe y vuelve a pasar la mano sobre el cañón. Está caliente, ardiente en muchas ocasiones, y un par de pajes se apresurarán a baldearlo con agua para enfriarlo y prepararlo para una nueva carga. Sin embargo, el calor tras el disparo bien ejecutado, ese calor, es como el ronroneo de reconocimiento que te brinda la pieza. Te da las gracias por hacerlo grande, por convertirlo en poderoso, por extraer de él todo el potencial de muerte y destrucción que lleva dentro.

Valdivia, ahora, se había convertido en ese calor.

—¡Ja, ja, ja! —reía, solo y extraviado, en la noche—. ¡Justo en la línea de flotación! Tenéis una preciosa vía de agua y desde aquí puedo escuchar

vuestros gritos de pánico. ¡Parecéis unas nenazas, putos ingleses de los cojones! ¡Al fondo del mar! ¡Al fondo del mar!

Valdivia sabía que eso no sucedería. Que ni aunque cuatro artilleros más hubieran conseguido clavar su mismo disparo, el navío enemigo se habría ido a pique. Pero sabía, lo sabía con una nitidez prístina, que, en ese preciso momento, decenas de hombres corrían de un lado a otro para taponar las vías de agua: carpinteros, calafates, mozos y grumetes. Incluso, si la cosa se ponía fea, algunos artilleros deberían abandonar lo suyo y ayudar con lo más urgente.

El calor de un cañón es la respuesta en tu cuerpo a la cólera que recorre el del capitán del navío enemigo.

—¡Ja, ja! —continuaba riendo mientras la nieve cuajaba sobre su desnudez—. Estás enfadado de verdad, amigo mío. Hum, el calor es hondo, es profundo, por momentos, abrasa…

Valdivia intentó arrancarse más ropa, pero no pudo, pues ya se había deshecho hasta de los zapatos. No conforme, clavó las uñas en su pecho y comenzó a tirar de la piel. Y más, aún más: clavó las uñas en la propia carne y avanzó hacia las costillas de la parte baja del tórax. No experimentaba ningún tipo de dolor pues las sensaciones, al igual que los pensamientos, le habían sido extirpadas.

—¡Ja, ja, ja! —reía, loco bajo el temporal de nieve—. ¡Tenéis el primer puente con tres palmos de agua, hijos de la gran puta! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué calor hace! ¡Me abraso!

Consiguió asir las dos costillas flotantes inferiores y tiró de ellas. Sin prisa, logró desplazarlas hacia delante y la carne se rasgó. Chorros de sangre resbalaron por sus manos, pero a Valdivia solo le preocupaba el tacto de un cañón de hierro fundido. Suave y firme, firme y caliente.

Experimentó un apagón momentáneo de la consciencia. Consiguió dar un paso más y, después, cayó de rodillas. A continuación, recordó que recordaba, que la artillería estaba dispuesta, que el capitán había dado orden de disparar. A su lado, en el primer puente del navío, donde sirven los auténticos artilleros, el teniente le preguntaba si desde esa distancia podría afinar un buen tiro. Valdivia se interesó por la velocidad del viento. A través de la porta abierta penetraba una tibia luz que envolvió a los hombres.

* * *

El infante de marina Diego Ortiz de Zárate sintió que no podía parpadear. Que la oscuridad total, la completa ausencia de luz, se lo impedía. Él estuvo

en el reparto de armas cuando el sargento Rodríguez creyó que se estaría tocando a zafarrancho de combate durante el embarrancamiento. Tenía asignado el pañol donde se guardaban los mosquetes, lo cual, en un buque de guerra, no era cosa menor: Ortiz de Zárate, por decirlo de alguna forma, se hallaba entre los hombres de confianza del sargento y, por lo tanto, de la oficialidad al mando del navío.

Sabedor de que nada era en vano ni porque sí, Ortiz de Zárate se había mantenido, siempre, fiel al brigadier. Ignoró a los infantes desertores cuando, en mitad de la noche, se levantaron y pusieron tierra de por medio y, hasta esa misma tarde, lo había dado todo por el uniforme y por la guarnición luchando en el grupo del teniente Ostos contra la invasión de los salvajes enajenados.

Nadie diría de él que no supo estar en el lado correcto, que es siempre el de los buenos. Y ¿para qué? Para comprender que, de pronto, la capacidad de parpadear te había sido suprimida. Una hoja de servicios impecable, Zárate, pero ahora te jodes y miras sin descanso lo invisible, lo impenetrable, el futuro.

No se echó a dormir pues supo que no lo lograría. Supo, también, y como muchos, que no llegaría a ver la luz del alba. El frío era tal y le había calado tan hondo que apenas podía moverse. Así que se sentó en las piedras de la playa y aguardó. No sabía si había hombres cerca de él, aunque, de cuando en cuando, escuchaba algunos susurros y bastantes lamentos. Al final, uno se quedaba a solas consigo mismo, lo cual, para un infante de marina, cuya instrucción consistía precisamente en hacerte comprender que no eras nadie hallándote solo y lo eras todo en compañía de los demás, suponía la antivida. El sinsentido corporeizado frente a tus ojos. ¿Que se les olvidaba parpadear? Como para no hacerlo…

Durante un rato, jugó con la idea de saltarse la tapa de los sesos. Resultaría un irónico final para el soldado que había tenido el cometido de repartir el armamento en caso de combate contra el enemigo. Descartó la posibilidad porque no estaba seguro de ser capaz de cargar el mosquete con los dedos completamente anquilosados a causa del frío. Luego, más tarde, se dio cuenta de que ni siquiera portaba el mosquete. Se lo habría dejado por ahí y se olvidó de él. En la oscuridad, te reduces drásticamente y, en el frío, toda reducción mengua aún más.

Supo, por tanto, de su pequeñez, de su insignificancia, de la levedad con la que partía de este mundo. Ojalá hubiera estrellas en el cielo. Las echaba de menos. Tanto o más que a sus compañeros de armas. Con los infantes bromeas, compartes, afinas la vida. Las estrellas, sin embargo, te hacen ser

consciente de quién eres en este mundo, de cuál es tu lugar y cuál tu perspectiva. Ahora, sin faros ni asideros, se miró hacia dentro y supo que el enemigo caminaba directo a él.

De un salto, Ortiz de Zárate se puso en pie. No del todo, pues el entumecimiento de sus piernas avanzaba rápido y solo las pudo flexionar un poco. Pero se incorporó y arqueó la espalda hacia delante.

—¿Quién anda ahí? —dijo.

Hay un miedo que todos conoceréis. El miedo a la noche, el miedo a la soledad, el miedo al desamparo. Pues, hallándose Zárate en mitad, precisamente, de todo eso, no experimentó un miedo dirigido en estas direcciones. O sí, pero no fue nada en comparación al auténtico pavor que le causó el conocimiento de una certeza: que fuera de ti siempre avanza alguien al que has de considerar el enemigo único y universal, pues de esa misma forma te considera él a ti. No te matará, sino que se ensañará contigo en mil modos que ni siquiera eres capaz de imaginar; no te disparará, pues las balas solo alivian; y no te clavará una bayoneta en el pecho ya que el pecho de un hombre solo se horada con abismos de incertidumbre.

—¿Quién anda ahí? —repitió Ortiz de Zárate.

Los copos de nieve cuajaban sobre el rostro empavorecido del infante. Abría los ojos, los abría aún más de lo que ya lo había hecho. Porque intuía, de una forma tan rotunda que no podría expresarse con palabras, que el enemigo se alzaba frente a él. Y que era indestructible, y que cualquier defensa, por tanto, resultaba superflua.

El enemigo perfecto no es el enemigo que no puedes ver o no puedes destruir, sino el que, hagas lo que hagas, se reproduce y regresa. El enemigo perfecto es el caos y como tal se comporta.

—Por favor, no… —rogó el infante.

Sabía que lo tenía a menos de tres pasos de distancia. Pensó en su aliento y olió su aliento. Imaginó una sonrisa en sus labios y lo vio sonreír. Observó cómo su contendiente, con toda la calma del mundo, extraía un cartucho de su cartuchera, se lo llevaba a la boca y lo rasgaba con los dientes. Guardó la bala bajo la lengua y Zárate observó cómo lo hacía. La nieve se negaba a cubrir el espacio entre ambos y comenzaba a retornar, desde el suelo, hacia el cielo.

—¿Me vas a matar? —inquirió.

Extraña pregunta para un infante de marina. Nunca se les había explicado que al enemigo no se lo interroga. Tu trabajo consiste en aniquilarlo, no en darle conversación. Sin embargo, llegado este momento, con una oscuridad

tan poderosa rodeándolos, creyó adecuado intercambiar unas palabras. Somos hombres que luchan, que comprenden el sentido de la batalla, que matan.

Y mueren.

Ortiz de Zárate extendió los brazos en la noche. No conseguía erguirse por completo y, sin embargo, él se imaginó como un gran general avanzando a lomos de un fastuoso caballo blanco. Los correajes recién lustrados brillaban al sol y el golpeteo de los cascos del animal recién herrado henchía de orgullo a quien lo escuchaba. Ahí van nuestros soldados. Ahí, nuestros guerreros. Sabemos que estamos en buenas manos, que nuestra vida y la de nuestras familias no peligran.

Nos protegen de los malvados que moran más allá de las montañas.

⁎ ⁎ ⁎

El contramaestre Manzano intentó mantenerse hasta el final junto a sus hombres. Pertenecía a la clase de tipos que no están arriba pero tampoco abajo. Es decir, que no completan la oficialidad del navío, pero que tampoco son marinería, tropa, chusma. El contramaestre Manzano, tal y como le sucedía al sargento Rodríguez, navegaba siempre en aguas de nadie.

Y ahí se quedaron ambos, para siempre. Perdidos en la nieve densa, en una oscuridad impenetrable que ya ni las sensaciones atravesaban. Nadie ha estado solo al modo en el que lo estuvieron estos hombres. Debería existir una palabra que designe esta soledad más allá de toda soledad. Por desgracia, no la hay, y debemos conformarnos con lo trillado: con lo que tú sientes, con eso que identificas con el término. Por desgracia, de nuevo, no tiene nada que ver. Nada, nada, nada, nada que ver.

¿Fue este el motivo de que al contramaestre Manzano le sucediera lo que le sucedió? Pues muy probablemente. O no, quién sabe. Sucedió que Enriqueta apareció frente a él y lo llamó por su nombre. Enriqueta, su esposa, a la que suponía aguardándole en España. Enriqueta, su mujer, en la que llevaba sin pensar desde que el *San Telmo* partiera el timón. No porque no la quisiera o no la añorara, cuidado: Manzano amaba a su mujer, quería a todos y cada uno de sus hijos e hijas, los adoraba y habría dado la vida por ellos. De hecho, estaba a punto de darla. Un marinero se embarca porque así da de comer a su familia. Y embarcado estaba hasta que unas olas llegadas desde el mismísimo abismo de los océanos lo desembarcaron. A él y al resto de la tripulación del glorioso *San Telmo*.

No había pensado en ella porque la mente de un hombre tiene habitaciones y una habitación ocupada no puede reocuparse salvo que,

previamente, se desocupe. O, dicho en plata: que no estaba para hostias. Así que Enriqueta pasó a formar parte de los asuntos postergados. Tanto que, cuando Manzano comenzó a olvidarse de todo lo anterior a su propio instante vital, Enriqueta partió con el torrente de los abandonos.

Ahora, la resaca del sucumbimiento la traía de vuelta. Porque cada asunto que el mar se lleva, el mar devuelve. Es cuestión de tiempo que lo haga, pero lo hace. El contramaestre tuvo suerte de continuar respirando cuando Enriqueta, vestida con un precioso e inmaculado traje blanco, se apareció ante él.

—¿Así que no llegasteis al Perú? —preguntó. Tenía los brazos en jarras, y Manzano torció el gesto.

—Pues no, pero no por nuestra culpa.

—Nunca es por vuestra culpa…

—Una fortísima tormenta nos alejó de nuestro rumbo en el cabo de Hornos.

—¿Y tus hombres no lograron hacer nada? ¿Qué clase de contramaestre eres tú?

—Hicimos lo que pudimos, amor mío.

—Al parecer no, porque mírate…

—Bueno, no estamos tan mal, según se vea.

—Yo diría que no habéis tenido demasiada suerte.

—El problema es el frío. Si no hiciera tanto frío…

—Bueno, al menos habéis izado la bandera. ¿Todo esto es ahora España?

—Sí, cariño, hasta donde alcance la vista.

—¿También en la noche?

—También en la noche.

Enriqueta pareció darse por satisfecha con las explicaciones que le había ofrecido su marido. Al final, con este tipo de hombres, una debe decir basta y hasta aquí hemos llegado. Si no lo haces, puedes pasarte la vida en una discusión perpetua. Y, mira, los tienes tan poco tiempo en casa que, la verdad, no sale a cuenta. Así que les das la razón. Que puede que, en parte, la tengan, pero se la das al completo. Naufragaron como si se hubieran puesto a gobernar un navío de guerra por primera vez. ¿En qué estaba pensando el capitán? Porque los hombres, en esto Enriqueta estaba completamente al lado de su marido, eran de los de ponte firme y saluda. La marinería que mandaba su esposo podría haber manejado al *San Telmo* y a diez buques más como él. ¡Hasta ahí podíamos llegar! Que los hombres serán lo que se quiera, pero su oficio lo bordan. Y esto va a misa.

—Bueno, al menos no os marcháis de manos vacías —dijo la mujer.

Manzano se pensó la respuesta. Casi hubiera preferido seguir con el rumbo previsto. Hemos descubierto una tierra ignota, pero esto acaba siendo para el rey. A nosotros no nos darán ni una palmada en la espalda. Se nos tragará la historia, eso es todo. De hecho, ha comenzado a hacerlo. ¿Escuchas? ¿Escuchas el rumor tras la nieve? Es el flujo de los movimientos inexistentes. Creímos que estuvimos aquí. Mas no, en realidad, nada de esto estará pasando cuando se nos observe desde el futuro. Yo, el contramaestre primero Francisco Manzano, no existí jamás, no embarranqué en una isla que luego bautizamos como de la Salvación, no di un solo paso por esta playa de piedras que se apresta a tragarme.

—Menos es nada —repuso, por decir algo. Sabía que a su mujer no se la debía dejar con la palabra en la boca.

—Muy bien. ¿Y ahora qué? ¿Os esperamos para Navidad?

—Yo diría que no, mi vida.

—¿Por qué? Dijiste que ibais a sofocar una revuelta, pero que era cuestión de ir y venir. Que la Nochebuena la celebrábamos en casa.

—Sí, recuerdo que lo dije, pero las cosas se han torcido un tanto.

—Siempre con excusas, Paco…

El contramaestre Manzano abrió los brazos en mitad de la noche. La nieve caía tan silenciosa que apenas la notabas. Si no le prestabas atención, hasta lograbas hacerte a la idea de que no te estaba enterrando en vida.

De pronto, las circunstancias se suprimieron y Manzano fue él y la más preciosa extensión de él: ella. Caminó hacia el frente, hacia la negrura de la noche helada, y cerró los ojos pues para ver lo que se extendía ante ellos no precisaba de nada, salvo de ese minúsculo halo de luz que aún brillaba en lo más profundo de su ser.

—Dame un abrazo, cariño.

—Claro que sí, amor.

—Será el último.

Será para siempre.

* * *

El sargento Rodríguez tampoco encontraba a sus hombres. Ni los buscaba, ya que, a estas alturas, nadie buscaba a nadie salvo a lo que restara de sí mismo. Que, en el caso de Rodríguez, iba siendo poco.

Esa misma tarde se le había caído una oreja. Resultó un hecho un tanto curioso y no fueron pocos los que, en su momento, se interesaron por él.

Después, cuando a más hombres también se les cayeron las orejas, el asunto pasó a resultar intrascendente. De alguna forma, era algo que te esperabas, que veías venir. Además, como no causaba dolor alguno, bastante gente ni se enteraba.

La noche sorprendió al sargento, como siempre, junto a sus hombres. No quedaban demasiados infantes de marina en la playa, pero aún podría decirse que el contingente tenía hechuras. Lamentablemente, los infantes se dispersaron una vez que oscureció por completo. Rodríguez había planeado encender una hoguera y es cierto que varios de sus hombres se ofrecieron para ir hasta la leñera y hacerse con unos cuantos maderos, pero, después, se les olvidó. El olvido, antes que el delirio, era la peste que se había extendido sobre el campamento. Ya no recordaban nada y no hacerlo les acercaba peligrosamente a la muerte.

Rodríguez se puso a pensar en su oreja. La llevaba en el bolsillo y no por nada en especial. Cuando se le cayó, la recogió, la observó con curiosidad, se la enseñó a los hombres que mostraron interés y, después, la guardó. Se hallaba por completo negra y helada, de manera que no suponía ningún trastorno ni parecía que estuviera haciendo algo raro. Bueno, oye, era tu oreja, ¿no? Entra dentro de lo normal que le hayas tomado cariño y que, en lugar de arrojarla como quien tira una piedra, te la guardes y pospongas, así, cualquier decisión. Siempre hay tiempo.

Para continuar desmembrándote.

El sargento no se encontraba lejos de la orilla del mar. A pesar de la ventisca, oía el ruido de las olas rompiendo en la playa. ¿Aseguraría que tenía los pies dentro del agua? No tanto, pero sí que los tenía delante de sí. Es decir, cuatro o cinco pasos por delante del lugar donde él se hallaba. Por supuesto, quedó inválido e incapaz de caminar. Los pies se le habían desprendido, o eso creyó él, y le habría gustado guardárselos, tal y como hizo con la oreja. No es bonito saber que te estás desperdigando por ahí. No duele, no resulta traumático, y, sin embargo, desagrada. Uno, para sus cosas, debe ser cuidadoso. Para sus órganos, qué decir…

Por ello, cuando, además de los pies, observó sus piernas desprendidas, juzgó que la situación pasaba de castaño oscuro. Se le habían partido a la altura del medio muslo y el sargento se preguntó por qué habría sucedido algo así. Lo normal, si es que existe un modo normal de desmembrarse, es que la partición hubiera ocurrido bien a la altura de la rodilla, bien de las ingles. Es más sencillo para todos cortar por las articulaciones. Bien, pues no. El

sargento se había partido en la mitad de los muslos, fíjate tú qué extravagancia y con la que está cayendo…

En ningún momento le dio por preocuparse. Lo cual le extrañó, porque algo le decía que desmembrarse de aquella manera debería suponer motivo suficiente para, al menos, inquietarse. Uno no va perdiendo órganos por ahí y se queda tan tranquilo… Pues en el caso del sargento de infantería de marina Rodríguez, así sucedía.

Sabía que le estaba pasando a él, pero le daba por pensar que no, que en realidad aquel extraño suceso atañía a otro. De alguna manera, el cuerpo, su cuerpo, se había desvinculado de su consciencia. ¡Hasta qué punto un hombre siente paz cuando algo semejante le sucede…! Ni que decir tiene que cuando las manos y los brazos siguieron el mismo camino que sus extremidades inferiores, el sargento Rodríguez observó el suceso desde la calma más chicha.

Sí experimentó un poco de dolor cuando se cayó de espaldas y quedó tendido, boca arriba, sobre las piedras de la playa. Definitivamente, se encontraba en la misma orilla. Podía sentir las olas rompiendo en su oreja buena, la que todavía tenía en la cabeza, no en la de su bolsillo.

Vaya, ojalá se abriera un claro en el cielo y pudiera ver la luna… No es que, a lo largo de su vida, le hubiera interesado gran cosa, pero ahora, ya que estaba tendido boca arriba y sin posibilidad de moverse, hacer algo útil con su tiempo habría estado bien. Sin embargo, no, parecía que la ventisca arreciaba, pues la nieve se le metía en los ojos y le impedía abrirlos.

Perdido en sus pensamientos, se planteó que nada de lo que le sucedía fuera verdad. En primer lugar, comenzó por cuestionarse su propio desmembramiento. Lo de la oreja había sido creíble. Incluso lo de los pies tuvo ciertos visos de verosimilitud. Pero que el proceso hubiera continuado de una forma tan constante como metódica le hacía sospechar. No, quizás todo esto fuera un fenomenal engaño. Alguien lo estaba sometiendo a una prueba. Alguien que él no podía ver le gastaba una broma morrocotuda.

¿Sería cosa de los muchachos? ¿Y si los muchachos tampoco existían? ¿Y si el *San Telmo* era una filfa? ¿Y si jamás se había embarcado en un buque de guerra ni tenía el grado de sargento de infantería ni, tan siquiera, sabía cómo cargar un mosquete? ¿Qué es una bala, sino un punto de inflexión tras el cual solo se halla el sumidero de la racionalidad?

Sí, tenía que ser una broma. Por ello, cuando experimentó claramente cómo su tronco se separaba de su cabeza y esta, libre de cualquier ligazón, rodaba por la ligera pendiente de la orilla hacia el mar, se echó a reír.

La verdad es que lo habéis bordado, cabrones.

⁎ ⁎ ⁎

Los tenientes Ostos y Marín, tras asegurarse de que el ataque de los desertores se hallaba extinguido por completo, se miraron el uno al otro. Tenían sangre en el rostro y pólvora en el uniforme. Mientras se observaban, trataron de estirar las espaldas y casi lo consiguen: se encorvaban progresivamente como un efecto más del frío y el entumecimiento general que conllevaba, pero dos oficiales jóvenes como ellos sabrían disimularlo.

Comprendieron que acababan de librar la última de las batallas. Y comprender eso es comprender algo medular. Supieron que no había muchas más cosas que hacer sobre la playa, que todo estaba condenado al olvido, que nadie saldría de allí para poder contarlo.

Miraron a los hombres deambulando de un lado a otro, los contemplaron locos, estupefactos, aturdidos. En el mejor de los casos, asolados por un sopor que los amodorraba y del que solo se salía con la muerte.

Por ello, por todo ello, tomaron una determinación. Giraron, con la última luz del día, los rostros hacia el *San Telmo* y lo admiraron largamente. El grandioso *San Telmo*, casi desarbolado por completo y caído de uno de sus lados, continuaba luciendo un aspecto imponente. Aquel era un navío de línea de la Real Armada, uno de los últimos, uno de los mejores.

El mejor barco a vela que hemos tenido en toda nuestra historia.

Ostos y Marín botaron el chinchorro al agua y el primero se puso a los remos mientras que el segundo se ubicaba en la proa. No les costó ni diez minutos alcanzar el casco del navío. Colgaban cabos desde varios lugares y Marín se ocupó de examinarlos y elegir el más seguro de ellos para ascender hasta la cubierta.

Estaban agotados, pero, además, imbuidos de una determinación: que para el *San Telmo* también exista una ceremonia, un ordenado adiós, la muestra del respeto que todo oficial de mar debe al barco que da sentido a cada una de sus vibraciones.

Los tenientes habían servido en los puentes artillados. Ostos tenía a su cargo el primero y Marín el segundo. Ahora, en un *San Telmo* desierto y tras los destrozos acaecidos durante el embarrancamiento, los puentes aparecían espectrales. Ostos y Marín se encaminaron a sus camarotes e hicieron dos cosas: la primera de ellas, encender sendas lámparas de aceite, pues la noche había caído por completo y en las entrañas del *San Telmo*, en medio de una ventisca como aquella, la oscuridad era total.

La segunda y, si cabe, más importante: se asearon. Los tenientes, que disponían de camarotes contiguos ya que estos se repartían en función de los grados, entraron en ellos y buscaron en sus baúles. Allá estaban, intactos y aguardando una ocasión propicia, los uniformes de gala de los oficiales.

Tanto Ostos como Marín se desnudaron en silencio y, a la luz tenue y fantasmagórica de sus lámparas de aceite, observaron con indiferencia sus pieles completamente azules y procedieron a vestirse. Con parsimonia, pues, aunque dentro del navío el frío era de los de helarte la sangre, ellos ya venían helados de la playa y, además, merecía la pena extraerle a la ceremonia cada uno de sus matices.

Primero, se enfundaron los pantalones blancos, largos hasta los tobillos. Después, se pusieron las camisas y, sobre ellas, los chalecos rojos con botones dorados. En un gesto casi involuntario, los oficiales tiraron de los chalecos hacia abajo para ajustárselos al torso.

Tras ellos, quedaban las medias y las botas. Ostos disponía de un pequeño taburete de madera, pero Marín se tuvo que sentar sobre su catre para calzárselas. Ya no restaban sino las casacas. Las extrajeron con tiento, con mimo, de los baúles y las desplegaron y estiraron antes de proceder a vestírselas. De paño suave y buen corte, el hilo dorado que ribeteaba la tela azul oscura les daba un aspecto de eso que exactamente eran: dos caballeros a punto de encarar aquello de lo que nadie ha regresado para describir.

Por fin, los hombres se sujetaron los sables al cinturón y se encasquetaron los sombreros, los cuales, como correspondía a los tenientes de navío, disponían, cada uno de ellos, de una preciosa pluma de color rojo sangre.

Ostos salió al corredor y Marín, al escuchar el sonido de sus botas sobre la madera, se apresuró a hacer lo propio.

Los dos hombres se situaron el uno frente al otro. Sostenían las lámparas de aceite con las manos izquierdas y utilizaron las diestras para saludarse. Sería la última vez que lo hicieran, pues jamás volvieron a verse las caras.

—Suerte, amigo —aseveró Ostos.

—Lo mismo digo —repuso Marín—. Ha sido un honor.

A partir de ahí, los dos oficiales se separaron y se encaminaron hacia sus respectivos puentes. Aunque jerárquicamente ambos hombres gozaban de idéntico rango, el puente asignado a Ostos, el primero, suponía un reconocimiento implícito de una categoría superior: allá se encontraban los temidos cañones de treinta y seis libras, y allá servían los artilleros más experimentados del navío. La batalla se libraba en cada rincón del buque, literalmente en cada uno, pero las baterías del primer puente suponían la

garganta del dragón: de ahí y solo de ahí brotaría el fuego capaz de acallar enemigos.

Marín llegó el primero a su posición y aguardó a que a Ostos le diera tiempo a alcanzar la suya. Cuando ambos hombres estuvieron listos, se hallaban el uno sobre el otro. Tan es así, que la distancia entre la cabeza de Ostos y los pies de Marín no iba más allá de dos o tres palmos.

Los tenientes colgaron las lámparas de los ganchos que, en los baos, se destinaban para tal uso. No podría decirse que los puentes quedaron perfectamente iluminados, pero sí que cada teniente tuvo una visión razonable de lo que ante sí se extendía. En cualquier caso, conocían aquellos lugares como la palma de sus manos, de manera que bastaba con cerrar los ojos para imaginar lo que gracias a ellos no podían ver.

E imaginaron, y lo percibieron con una nitidez tal que, sencillamente, no era un sueño, sino lo que ocurría.

—¡Teniente! —gritó Ostos posando su mano azul en la empuñadura del sable.

—¡Teniente! —Le devolvió el grito Marín, justo encima de él.

—¡Fuego por estribor!

—¡Fuego por estribor!

* * *

Tras decapitar al padre Pizarro, el brigadier Porlier mantuvo el sable en la mano. Caminó unos cuantos pasos, se alejó del lugar de la ejecución y se sentó sobre las piedras de la playa. Desde allí, contempló a su tripulación hasta que cayó la noche. Entonces, continuó escuchándola en silencio. Más tarde, con el paso de las horas, las voces casi se apagaron por completo.

No podría decir en qué momento volvió a ponerse en pie. Pero sí que le costó un gran esfuerzo y que tuvo que apoyarse en el sable, aún en su mano, para lograrlo. El temporal había dejado más de un palmo de nieve sobre él, le había empapado el uniforme y ahora esa humedad se estaba convirtiendo en hielo. Sabía que su tiempo se acababa, así que tampoco le importó gran cosa.

Constató el fracaso al que se veían abocados. Le habría gustado dejarlo por escrito, pero ¿acaso importaba? Nadie daría jamás con sus restos. Nunca los encontrarían. Escribir su epopeya o no hacerlo, en consecuencia, daba lo mismo.

Porque el destino lo había enfilado bien y hasta el final, el brigadier no perdió la cabeza en sus horas últimas. Sus capacidades físicas se habían deteriorado tanto como las de cualquiera: se movía con mucha dificultad, a

ratos se desorientaba y, por supuesto, el color de su piel era de un azul tan intenso como el de los demás. Sin embargo, continuaba más o menos lúcido y, desde luego, no había perdido el juicio ni deliraba.

El resto, sí. Todos, todos los hombres que quedaban vivos en la playa, se habían sumido en una alucinación cuyo final al brigadier no se le escapaba. Él mismo comenzó a tiritar con violencia y, producto de los temblores, la punta del sable golpeteaba rítmicamente en las piedras.

Se le pasó por la cabeza, entonces, la idea de clavárselo en la base del cuello. Habría resultado un final sencillo. Poco honroso, desde luego, pero quedaría entre él y la eternidad. Sin embargo, se dijo que no, que era el hombre al mando hasta que no quedara nadie sobre quien mandar, y que encararía la muerte tal y como le viniera. No había hecho otra cosa en los últimos días. No había hecho otra cosa en toda su vida.

Por ello, puesto en pie, trató de averiguar el lugar donde se hallaba el mar. Creyó adivinarlo entre la ventisca de nieve y, en un instante en que se sintió el hombre más solo del planeta, envainó el sable y, con la mano libre, saludó al *San Telmo*. Fue un saludo largo, prolongado, intenso al principio y lánguido al final. Cuando terminó, bajó la mano, la pegó a su cadera y, girándose en redondo, comenzó a caminar hacia el fondo de la playa.

Escuchó las voces de cinco o seis hombres. De no todos logró distinguir lo que decían. No obstante, no le cupo duda de que se trataba de lamentos, de lloros, de, incluso, gemidos. Algunos de los hombres más duros que había conocido yacían ahí, en la oscuridad, a escasos pasos del lugar donde él se encontraba, y lloraban, lloraban por lo perdido, por la derrota, por el fracaso.

Lloraban porque él, Porlier, no había sabido, como era su deber, cuidar de ellos. Un hombre ampara a su tripulación y lo hace siempre y en toda condición. También en esta, por imprevista e irreal que les pareciera.

La palabra que todo marino aspira a no escuchar nunca es la que resumía lo que les había sucedido a ellos. Naufragio. Bien, pues naufragados estaban y, como buenos náufragos que eran, la muerte los aguardaba.

Nadie sobreviviría a la noche. Nadie.

Porlier siguió caminando, superó el fondo de la playa y se internó tierra adentro. Cinco minutos más tarde, escuchó el último sonido proveniente del campamento. Media hora después, sin fuerzas y derrotado, cayó de rodillas, farfulló algo y terminó por desplomarse. Murió pensando en que quizás los tíos de la Primorosa Mariana anduvieran buscándolos por ahí. Deberían haber encendido una hoguera en un alto para señalar su posición. Deberían haberlo hecho, maldita sea.

Cuando expiró, guardaba en el bolsillo de su casaca un cuaderno con varias hojas arrancadas, una cucharilla y un botón del chaleco.

Aunque no fue cierto que todos murieran aquella noche. No, no lo fue.

LIBRO TERCERO

17
8 de septiembre de 1819
Merecían algo distinto a yacer inertes sobre la nieve

Domingo Sanz se despertó acurrucado en su refugio. Lo había improvisado la jornada anterior, cuando la ventisca de nieve se aproximaba y comprendió que no sobreviviría a la intemperie.

Tener nueve años y ser muy poca cosa apenas tiene ventajas en un navío de línea de setenta y cuatro cañones. Te pasas el día de aquí para allá, trabajando en las mil tareas que te han sido asignadas y sin derecho a levantar la voz. Porque sí, las ordenanzas afirman que el tratamiento que se te ha de dispensar es el de un hombre, pero las ordenanzas están escritas en un papel que tú jamás has visto. En lo que a ti respecta, como si pone que tienes derecho a mear en un orinal de plata. Lo que cuenta es lo que a efectos prácticos cuenta. Lo que los demás, con sus actos, deciden que es la realidad, lo importante, lo que sucede.

Tener nueve años y ser muy poca cosa es un asco cuando navegas en un buque de guerra, pero tiene sus ventajas a la hora de buscar refugio ante la inminente tormenta. Entre otras cosas, porque tú cabes en cualquier parte.

Dicho y hecho. Domingo se puso a buscar y pronto halló lo que necesitaba: en la pared vertical de un farallón próximo a la playa en la que se hallaba, se abría un pequeño hueco en el que, a duras penas y tras probar varias posturas, cupo encogido en posición fetal. Ya tenía refugio. O casi.

El agujero no estaba nada mal y lo protegería de la nevada, pero no lo suficiente. Los agujeros son como las cazuelas: sin tapa sirven de poco.

Así que Domingo Sanz se puso a buscar su tapa. No era idiota y sabía dónde encontrarla. De hecho, llevaba un par de días viendo tapas por doquier, de manera que bastaba con ir y hacerse con una. Sería sencillo.

Desde que había abandonado el campamento, Domingo se había alimentado, casi exclusivamente, de comida robada a los albatros. Al principio se condujo con precaución, pues algunos de estos bichos tenían la

misma altura que él. Un picotazo suponía, en el mejor de los casos, perder un par de dedos. No, jamás debía ponerse a su alcance. Pronto se dio cuenta de que si respetaba a rajatabla esta regla, relacionarse con los albatros no albergaba demasiados misterios. Se trataba de unos pájaros no demasiado listos que nunca aprendían de las acciones que Domingo realizaba. Por ejemplo, si espantaba a pedradas a uno de ellos, cualquiera de los que lo hubieran observado hacerlo lo olvidaba al instante, con la ventaja que eso supone. El mismo albatros al que había apedreado sin miramientos, olvidaría que Domingo lo había hecho en cuanto se le pasase el susto. Magníficos animales, los albatros: extraordinarios pescadores, obsesivos ponedores de huevos y tontos de remate.

Bien, en los huevos estaba la tapa de su cazuela. O no exactamente en los huevos, de los que, por cierto, se había dado sus buenos atracones, sino en el recipiente que los contenía: los nidos.

Un nido de albatros es, simplemente, una plataforma circular a la que se le han levantado unos pequeños bordes en las esquinas. No vaya a ser que el huevo salga rodando y tengamos que empezar desde el principio. Domingo Sanz no tuvo más que elegir uno de ellos y espantar a pedradas al albatros que lo ocupaba. El pájaro chilló como un descosido, aleteó unas cuantas veces e, incluso, hizo amago de irse a por Domingo. Un Domingo que, listo como solo el hambre hace listas a las personas, se había situado a una distancia más que prudencial antes de ponerse a tirar piedras.

Dicho y hecho. El pájaro se largó asustado y Domingo, a la carrera, se aproximó al nido y, apartando el huevo, lo levantó en el aire y se lo llevó. ¿Podríase decir que ante la mirada estupefacta de los albatros allá presentes? Podríase, pero quizás la estupefacción suponga un rasgo de inteligencia. Y eso, desde luego, no era algo de lo que, como se ha dicho, los albatros fueran sobrados. Digamos que lo miraron fijamente y luego se olvidaron de él para siempre.

Domingo cargó con el nido durante unos veinte pasos y, después, exhausto, lo dejó caer en el suelo. Pesaba mucho más de lo que había supuesto. Formidable, porque cuanto más grueso y sólido fuera, mejor lo aislaría del temporal.

Precisó de un largo rato para llevar el nido hasta el agujero. De cuando en cuando, debía pararse a descansar y, sobre todo en la parte final del trayecto, el nido tuvo que ser llevado a rastras porque el pobre muchacho se veía incapaz de echárselo sobre los hombros. Pero lo logró. Domingo era tenaz

pues sabía que solo la tenacidad lograría mantenerlo con vida en aquel paraje, a sus ojos maravillados, extraordinario.

Cuando, por fin, la nevada arreció, Domingo Sanz ya dormía plácidamente en el interior de su agujero con el nido de albatros sirviéndole de cerramiento. Pasó un poco de frío, pero nada que le quitara el sueño.

Por la mañana, la capa de nieve sobre el nido era de tal espesor que Domingo tuvo que empujarlo con las piernas para que se desplazara y, así, poder salir al exterior. De la ventisca no quedaba ni rastro, en el cielo lucía un sol que comenzaba ligeramente a calentar y el muchacho, tras desperezarse, se dijo que sentía un apetito atroz y que pensaba desayunar como un rey.

Se agachó y eligió unas cuantas piedrecitas del tamaño adecuado: ni demasiado pequeñas ni demasiado grandes. Lo justo para que el cráneo de un albatros hiciera cloc.

* * *

Pasó casi toda la mañana holgazaneando en la playa. Le encantaba aquella vida: sin nadie que le diera órdenes, oliendo siempre la pureza del aire y libre. Sobre todo, esto último: libre. Domingo Sanz no se debía a nadie y no hacía nada que no deseara hacer. En cada uno de los momentos de su vida, él hacía exactamente lo que le daba la gana. Lo cual, a su vez, le causaba una sensación placentera en extremo que no tardó en identificar con la felicidad.

Qué suerte habían tenido naufragando en aquellas costas. Comida abundante, horizontes ilimitados y nadie gritándole a cada instante. Sabía que se llamaba Domingo, pero pensó que ojalá llegara el día en el que lo olvidara. ¿Quién quiere nombres cuando planeas vivir el resto de tu vida en completa soledad? Uno es en el modo en el que se piensa. Eres tú porque tu consciencia así te lo indica, no porque alguien haya decidido para ti un nombre que ni te gusta ni te define.

En fin, todo llegaría.

Cuando el sol se hallaba en lo alto del cielo, Domingo volvió a sentir hambre y, tal y como lo había hecho hasta ahora, se sirvió. Después, pensó en dormir una buena siesta, pero le dolían las piernas tras pasar una noche completa encogido en el agujero y se dijo que mejor sería estirarlas y dar una vuelta por las calas adyacentes. Domingo, acostumbrado a las angosturas de la vida a bordo de un navío, le había tomado el gusto al hecho de realizar ejercicio físico. Así que, haciendo uso de su libertad plena, se puso en pie y comenzó, sin prisa, a caminar.

La única precaución que guardaba era la de no perder de vista el mar. Sabía que en la costa no pasaría hambre y que le sería más sencillo hallar refugios en los que pernoctar. La tierra adentro, por el contrario, le intimidaba. A saber qué animales salvajes podría encontrarse allí… Sabía dominar a los albatros con unas cuantas piedras, pero poco más. Incluso las focas, que no parecían agresivas, provocaban en él cierto recelo y evitaba acercarse a ellas.

Mientras caminaba, Domingo dejaba que sus pensamientos fluyeran sin cortapisas. No reflexionaba acerca de grandes cuestiones, pues la mayoría de ellas ni siquiera las intuía, pero sí que recordaba su vida anterior a bordo del *San Telmo* y la comparaba con la que ahora llevaba. No sabía que había sido profundamente infeliz hasta que la felicidad lo había tomado por sorpresa impregnándolo de los pies a la cabeza. Se preguntó por qué, no halló respuesta alguna a esta pregunta y la dejó pasar. Todo daba igual y esta premisa se había convertido en la única premisa que para él importaba.

Hasta que, de pronto, algo interfirió en el flujo de sus meditaciones. Fue el cuerpo de un hombre tendido en la nieve. Se hallaba boca abajo, tumbado a unos treinta pasos de distancia de su posición y no se movía.

Su primera reacción, puramente instintiva, fue la de ocultarse. Se agachó y, a la carrera y tratando de no realizar el menor ruido, alcanzó unos peñascos que le sirvieron de resguardo.

El corazón le latía a toda velocidad. ¿Qué hacer? Sin duda, se trataba de uno de los hombres del *San Telmo*. No creía estar tan cerca del campamento, pero podría ser. Lo cierto era que todas las playas se parecían mucho entre sí y que él no se había molestado en memorizar señales en el paisaje que le sirvieran de referencia. Deambular sin rumbo fijo supone que el azar puede jugarte una mala pasada. Y quizás lo estuviera haciendo.

Domingo, oculto tras los peñascos, observó largamente la figura del hombre tendido en el suelo. No se movía. Ni siquiera parecía respirar. Por fin, el muchacho juzgó que no podía pasarse la vida oculto tras aquellas piedras y salió a cielo abierto. Muy despacio, con los cinco sentidos puestos en el hombre, se acercó a él y lo examinó.

Llevaba puesto el uniforme de la infantería de marina del *San Telmo*. Yacía con el pecho y el rostro pegados a las piedras y tenía los brazos extendidos y las palmas de las manos abiertas hacia arriba. Domingo se dio cuenta de que tenían un color tan negro como el betún que usaba para lustrar las botas de los oficiales.

Lo tocó con uno de sus pies y el hombre no se movió. Después, se acuclilló y lo examinó con mayor sosiego: sin la menor duda, el hombre estaba muerto. Domingo lo olisqueó tratando de averiguar cuánto tiempo llevaba allí, pero el tipo no olía a nada.

Se volvió a incorporar y pensó muy detenidamente en cuáles serían sus próximos pasos a dar. ¿Seguía hacia delante? ¿Daba media vuelta? Él no tenía ningún sitio al que regresar. Su casa era aquel territorio, todo él al completo. Y, al parecer y dado lo que tenía a sus pies, a la tripulación del *San Telmo* no parecía haberle sonreído la suerte. Quizás habían enfermado y precisaran de su ayuda. Pero, en ese caso, ¿y si se contagiaba? ¿Y si la enfermedad también lo volvía a él de color negro y lo mataba?

Al final, la curiosidad le pudo más y pensó que por investigar un poco no se ponía en peligro. Dejó atrás el cadáver y continuó caminando. El sol lucía en el cielo y el reflejo de su luz en la nieve le obligaba a entornar los ojos para no ser deslumbrado. La sensación, aunque molesta, le pareció única: era la primera vez que el sol lo deslumbraba.

Lo harían, también, los acontecimientos que siguieron.

* * *

Cuando se topó con otro cadáver, esta vez de un marinero, supo que el campamento de la playa no se encontraba lejos. Nervioso, se movió con sumo tiento y sin jugársela. Se aproximó dando un rodeo y se asomó a la playa desde uno de sus extremos laterales. Lo que contempló, en aquel momento, le heló el alma. Ante él, cientos de hombres yacían muertos y semienterrados en la nieve. Por mucho que se esforzó en localizarlas, no dio con señales de vida. Ni una hoguera encendida, ni una voz, ni el crujiente sonido de unos pasos en la nieve.

Nada.

Estaban todos muertos. La tripulación al completo del *San Telmo* había fallecido. Bueno, excepto él, pues él también formaba parte de esa tripulación. Aquella gente que se extendía frente a su mirada, aquellos cuerpos sin vida, eran, en consecuencia, sus compañeros, sus amigos, los suyos.

Merecían algo distinto a yacer inertes sobre la nieve. Lo supo de inmediato y a ponerle solución decidió dedicar los próximos días. Total, no tenía nada mejor que hacer.

Pero primero estaba él. Eso, Domingo lo llevaba a misa. Si él no se ponía a salvo, moriría. A salvo con toda la previsión y todas las consecuencias.

Necesitaba un refugio estable en el que pasar las noches y guarecerse cuando el temporal azotara.

Antes de nada, inspeccionó el campamento. La intensa nevada caída durante la noche había suavizado el desastre. Hallaba multitud de cadáveres, de enseres desperdigados, de, incluso, armas abandonadas y restos de lo que parecía haber sido una cruenta batalla. Sin embargo, la nieve, al menos en parte, lo cubría todo y daba al entorno un aspecto plácido, etéreo, inofensivo. Advirtió restos de sangre coagulada en algunos cuerpos amoratados por el frío, pero ni siquiera sintió la necesidad de apartar la mirada: no le dolía observarlos fijamente, ni siquiera aunque tuvieran los ojos abiertos de par en par y un gesto de horror congelado en los rostros.

El hielo. De esto sí cayó en la cuenta cuando trató de mover a uno de los hombres: los cadáveres se habían helado durante la noche. Quizás no por completo, pero sí lo suficiente como para mostrar una rigidez más que evidente. En un extremo de la playa, varias decenas de hombres estaban vestidos con pieles. Domingo las examinó y llegó a la conclusión de que eran de foca. ¿Por qué a aquellos tipos les habría dado por vestirse de aquella forma tan estrafalaria? En un principio no lo comprendió. Sin embargo, tras rumiarlo durante un rato, llegó a la conclusión obvia: los hombres habían tratado de protegerse del frío cubriéndose con pieles. A él no se le habría ocurrido jamás tal cosa. Puede que porque las focas le daban miedo y los albatros no servían para tal menester.

Le pareció una idea la mar de útil. Y decidió aprovecharse de ella. Por supuesto, él no saldría a cazar focas. ¿Para qué? No le hacía falta: tenía ante sí un buen número de pieles. Veinte, treinta, quizás más. Sí, sin duda había pieles de sobra. Lo difícil sería despojar a los cadáveres de ellas.

Lo intentó de la forma más intuitiva: tal y como se desnuda a un hombre. Pero un muerto pesa como un muerto y Domingo solo tenía la fuerza de un muchacho de nueve años. Además, la rigidez producto de la congelación no ayudaba en absoluto. De esta manera, tuvo que improvisar un plan más elaborado. Volvió a deambular por el campamento y registró los bolsillos de varios muertos hasta dar con lo que buscaba: un cuchillo de hoja afilada con el cual podría cortar las pieles de foca y quitárselas a los que ya no las necesitaban.

En mitad de la playa, Domingo Sanz se permitió un momento para la fantasía. Él no sabía que allí, en aquel mismo lugar en el que él se encontraba, cientos de hombres habían muerto tomados por delirios, espejismos y alucinaciones. Esos mismos hombres entre los cuales ahora él caminaba como

el que no quiere la cosa. Bien, pues alucinó también él. Un poco, sin perder la cordura y por el simple placer de hacerlo. A fin de cuentas, no era más que un niño criado en un mundo de hombres al que pertenecía sin pertenecer del todo. En su día a día, se relacionaba con infantes, marineros y artilleros, tíos tan duros como el mismísimo acero. Domingo los temía tanto como los admiraba. Mentiría si dijera que no aspiraba a convertirse, algún día, en uno de ellos. El cocinero que lo tenía bajo su tutela era firme partidario de que Domingo aprendiera el oficio de los fogones, pero ¿a qué muchacho le seduce algo así? ¡Él quería luchar con armas de verdad! ¡Vencer al enemigo! ¡Sumar victorias para el rey!

Por eso, cuando halló el cuchillo, un cuchillo no de cocina, sino de batalla, lo blandió con mano firme y lanzó un par de tajazos hacia el frente. Con el brazo libre extendido y el ceño crispado.

—¡Morid, cabrones! —gritó en mitad de la playa desierta—. ¡Morid, perros bastardos!

Si el cocinero del *San Telmo* lo hubiera escuchado hablar así, se habría llevado un buen pescozón.

Tenía tantos cadáveres en torno a él que no le costaba nada imaginarlos como enemigos vencidos. He aquí un chaval jugando a los buenos y los malos con todas las de la ley. Esgrimiendo armas de guerra y con muertos para dar y tomar. Aquel juego, en aquel instante y en aquel lugar, fue uno de los más intensos que los millones de muchachos que en el mundo han sido y serán hayan podido disfrutar jamás.

—¡Ja, ja…! —rio Domingo en su soledad. Puede que asombre que no experimentara, dado lo que se extendía ante él, pesadumbre alguna, pero conviene que se sepa que los chicos de su clase daban por bueno lo que el devenir les deparara con dos condiciones: que no doliera y que los mantuviera vivos. Pues, y esto es una verdad tan palmaria que a nadie se le escapará, los muertos acostumbran a dejarte en paz y él seguía vivo, respirando y disfrutando de la mejor de las vidas posibles. Feliz como un pollo recién salido del huevo. ¡Vida! ¡Vida por delante y a raudales! ¡A por ella!

De vuelta al trabajo, Domingo usó el cuchillo para seccionar las pieles de los hombres que se vestían con ellas y, en cuestión de media hora, se había hecho con una buena provisión. Eligió un sitio sobre la línea de la marea, juzgó que se encontraba razonablemente a resguardo de los vientos que azotaban el paraje y se dispuso a construir su refugio.

Tan sencillo como pequeño. Así se lo había planteado Domingo y así sería. En primer lugar, separó unas cuantas piedras hasta crear, en la playa, un

agujero de tres palmos de profundidad y poco más de un paso de ancho. Después, cubrió, cuidadosamente, su fondo con parte de las pieles arrancadas a los cadáveres. Por fin, se dirigió a la leñera y tomó varios tablones que habían pertenecido a alguna de las cubiertas del *San Telmo*. Con ellos, tapó el agujero dejando una minúscula rendija a modo de acceso. Usó las pieles restantes para cubrir los tablones y aseguró el conjunto con tantas piedras como pudo. A media distancia, ningún observador diría que allí se ocultaba un refugio. Pero lo hacía.

Domingo probó, varias veces, a entrar y salir de él. Colaba su diminuto cuerpecillo a través de la rendija, se acurrucaba en el interior del agujero y alargaba una mano para deslizar un tablón adicional que hacía las veces de portilla. Perfecto. No era el lugar más cómodo del mundo, pero tampoco el más incómodo. Al menos, le pertenecía y lo mantendría con vida en las frías noches y durante las ventiscas. ¿Por qué cada uno de los hombres de la tripulación no se habría construido un agujero idéntico? Ahora estarían vivitos y coleando y a él no le aguardaría la más ingrata de las tareas.

Una tarea que dio comienzo esa misma tarde. Domingo observó que todavía quedaban grandes trozos de carne apilados en el fondo de la playa. Se aproximó a ellos y comprobó que se hallaban congelados y, en consecuencia, incomestibles. Él, sin embargo, sabía qué debía hacer: encender una fogata y cocinarlos sin prisa hasta que la deliciosa grasa gotease y chisporrotease sobre las brasas.

¿Y cómo se enciende una hoguera? En un lugar como este, con yesca y paciencia. Salvo que, claro, dispongas de un poco de pólvora. ¿Disponía de pólvora Domingo? Más que de cualquier otra cosa que pueda ser imaginada. La de los barriles que desembarcaron del *San Telmo* todavía continuaba húmeda y, por lo tanto, inservible, pero no así la de los cartuchos que los infantes guardaban en sus cartucheras. En cuanto se acercó al primero de ellos, comprendió que tenía razón. Tanta, que, en su dicha, casi se vuela, a sí mismo, por los aires. Apiló unas cuantas astillas de madera, las cubrió con abundante pólvora y, usando el percutor de un mosquete, obtuvo la chispa necesaria para encenderla. El fogonazo fue tal que, del susto, cayó de espaldas y se golpeó en la parte trasera de la cabeza. El dolor le duró un par de días.

Por suerte, la pólvora hizo que las astillas prendieran y Domingo, raudo, se dispuso a alimentar la incipiente hoguera. Poco a poco, como le había enseñado el cocinero del *San Telmo*. Las prisas solo consiguen que el fuego se ahogue y la hoguera se extinga.

Cuando las llamas brotaban alegres, el muchacho eligió un buen pedazo de carne y se dispuso a asarlo con paciencia. Tenía toda una vida por delante.

⁎ ⁎ ⁎

Tras la comilona, Domingo se puso manos a la obra. La tarea que se había echado sobre los hombros era ardua, lo sabía. En resumen, su plan pasaba por recolectar todos aquellos cadáveres y dárselos al mar. No estaba demasiado seguro de las razones que lo movían a actuar de semejante forma y a asumir una labor que, pronto se dio cuenta, resultaba abrumadora. Sencillamente, pensó que la tripulación del *San Telmo* no podía quedar olvidada sobre una playa en los confines del universo conocido. ¿Es una razón convincente, de peso, razonable? El muchacho ni se hizo estas preguntas ni, en consecuencia, buscó respuestas para ellas. Le daba completamente igual. Sabía que deseaba hacer algo y lo haría en la medida en la que sus fuerzas lo acompañaran. Dependía, por entero, de sí mismo, y esa sensación le hacía sentirse pleno y feliz. No en vano, la independencia de lo circundante supone el siguiente paso tras la libertad. Libre lo era, porque así lo había decidido días atrás y porque ya no quedaba nadie con vida que fuera a impedírselo. Pero depender de él y de nadie más incluso para las acciones que, como esta que se apresuraba a emprender, no le iban a reportar un beneficio directo. Significaba abrazar la más plena, completa y perfeccionada de las felicidades.

Se ocuparía de los cadáveres de sus antiguos compañeros porque sí.

Para empezar, eligió el cuerpo de un paje. Lo conocía de vista, aunque no recordaba su nombre. Quizás fuera un año más joven que él, no lo sabía… Lo sujetó por los tobillos y comenzó a tirar de él en dirección a la orilla. Ya desde entonces, tuvo la certeza de que mover los cuerpos de los hombres más fornidos le iba costar Dios y ayuda. En fin, de momento, se limitaría al paje. Cuando lo tuvo en la orilla, Domingo le introdujo piedras entre la piel y las ropas para asegurarse de que se iba al fondo. Él era un tonto que nada sabía, pero había vivido en un navío. Y hasta los tontos conocen que en los navíos muere gente y que a esa gente se la lanza por la borda debidamente lastrada para que el mar no la devuelva.

Ya estaba a punto de echar el cadáver al agua cuando un pensamiento lo asaltó con tal fuerza que lo dejó reflexionando. Ese muchacho que daba al mar, ese muchacho que tranquilamente podría haber sido él, merecía un nombre y la dignidad que ese nombre provee. ¿Quién no era merecedor de ser despedido con un nombre único que lo designara y lo resumiera?

Por ello, pensó un nombre para el chico. Y pensó que debería pensar muchos más, pues desconocía todos los de los miembros de la tripulación. Decidió inventárselos sobre la marcha. Bautizar a cada cuerpo que, tras recolectarlo, daba al mar.

Eso hizo. Bautizó al muchacho con un nombre que nunca pronunció en voz alta y así lo despidió empujándolo contra las olas. El cuerpo avanzó despacio sobre la superficie del agua y, después y muy poco a poco, comenzó a hundirse.

Domingo se sintió satisfecho. Consideró que, de algún modo, aquel y el resto de nombres falsos que se inventaría en los próximos días se reunirían, más tarde, en un nuevo nombre, más grande, auténtico y poderoso.

El Nombre que recogía los nombres.

18
21 de diciembre de 1819
Tan pronto os poséis en el lecho marino

Pensó que bastaría con unos cuantos días, pero le llevó más de tres meses completar su misión. Se mirara como se mirara, sobre la playa y en las inmediaciones había más de quinientos cadáveres aguardando su recolección.

Por suerte para Domingo, el tiempo experimentó una notable mejoría. El invierno finalizó y la primavera comenzó, poco a poco, a abrirse paso. En ningún momento llegaron la nieve y el hielo a desaparecer por completo, pero sí que dieron tregua y retrasaron su presencia a las zonas más sombrías y desprotegidas de la playa.

Domingo salía de su agujero con las primeras luces del alba. Comía un trozo de carne cocinada el día anterior y, para beber, fundía agua en un cuenco metálico. Se había acostumbrado a mantener la hoguera siempre encendida. Al principio, le costó bastante esfuerzo lograrlo, pero, con el tiempo, aprendió: bastaba con conservar vivas unas brasas por la noche para, en la mañana, reavivarlas. No obstante, como el sol ya lucía alto en el firmamento y hasta calentaba de cuando en cuando, Domingo no se preocupó demasiado del asunto. Además, tenía pólvora de sobra y, si el fuego terminaba por extinguirse, sabría cómo encenderlo de nuevo.

Comenzó la recolección con los pajes y los grumetes. Eran los que, por su tamaño, menos esfuerzo requerían. Durante una jornada entera se dedicó, exclusivamente, a apilarlos en orden sobre la línea de la marea. Todos, sin excepción, tenían la piel negra y la carne endurecida tras helarse. De cuando en cuando, más a medida que avanzaba la primavera, percibió ciertos olores extraños: algunos cadáveres se descongelaban y comenzaban a pudrirse. Domingo no le otorgó demasiada importancia. Le daría tiempo a deshacerse de todos antes de que llegara el verano.

Los cuerpos los entregaba al mar de uno en uno. Creyó que cada hombre merecía su ceremonia personal y única. De esta manera, fue adquiriendo unas

costumbres que terminaron por convertirse en un ritual: llevaba un cadáver hasta la orilla, lo lastraba con piedras y, tras pensar un nombre único para él, lo empujaba hacia las olas y observaba cómo se hundía. Si así no sucedía, y al principio le ocurrió en varias ocasiones, se desnudaba por completo, se metía en el agua helada y procedía a lastrar aún más el cuerpo sin vida. Con el paso de los días y las semanas, se acostumbró a caminar entre los cadáveres hundidos. De cuando en cuando, sus pies descalzos pisaban uno de ellos y Domingo pedía perdón a ese nombre simplemente pensando en él. Después, lo olvidaba. Puede que el nombre que utilizara para la disculpa y el nombre que el cadáver recibió al ser despedido no coincidieran, pero ¿acaso importaba? En absoluto. Importaba el rito, importaba la determinación de denominar para, así, trascender hacia algo más grande y poderoso.

Por las noches se retiraba a su agujero protegido por tablones y pieles. Allí dormía plácidamente hasta que un nuevo día hacía que se despertase. Se sentía feliz y, a cada día que transcurría, esa felicidad se incrementaba. Alguna que otra vez le asaltó la idea de qué haría una vez que terminara con la recolección, pero la dejó pasar y se concentró en lo que se traía entre manos. Que, poco a poco se iba dando cuenta, suponía un trabajo mucho más grande del que había previsto.

Tras hundir los cuerpos de los pajes y los grumetes, se ocupó de los hombres que había sobre la lancha. Se habían muerto a los remos, como si bogaran en mar abierta. Sin embargo, la lancha se hallaba muy lejos de las olas, en un sitio que el mar jamás alcanzaría. ¿Por qué aquellos hombres habían intentado remar en aquel lugar? Domingo lo pensó durante un rato y luego decidió que le daba igual. En realidad, esta se había convertido en su reacción natural a todo lo que le rodeaba: le daba igual. Sentía curiosidad, desde luego, pero el hecho de ignorar qué había sucedido aquí o allá no le quitaría el sueño.

Él recolectaba, eso era todo. Daba nombres a los innombrados y los entregaba al mar, su destino final. No experimentaba congoja, ansiedad ni desazón. Era feliz, completamente feliz, y nada apagaría tanta dicha. No lo permitiría.

De entre los hombres embarcados en la lancha, reconoció al capitán. Lo había visto unas cuantas veces en el *San Telmo*, y, además, Domingo sabía identificar los galones. Cuando vives en un buque de guerra, conocer las diferencias entre un alférez y un capitán resulta esencial. No es que, en la práctica, un paje deba un trato diferente a uno u otro en función de su rango, pero ignorarlo suponía una especie de descrédito que se castigaba con el

encargo de las labores más ingratas. Y créase cuando se afirma que en un navío de línea las hay, y a cientos. Así que sí, todos los pajes y grumetes se cuidaban de reconocer bien las graduaciones, incluso hasta de los guardiamarinas. Sobre todo de los guardiamarinas, pues estos, por razón de edad, se sentían más próximos a los pajes y ello, sin duda alguna, los incomodaba.

Domingo Sanz no se lo tuvo en cuenta a ninguno de ellos. Cuando los recolectó, los fue apilando en un lugar concreto para ceremoniarlos a todos uno tras otro. No lo consideraba importante ni vital, pero introducir, de cuando en cuando, variantes en un trabajo esencialmente monótono, le otorgaba cierto aliciente a lo que hacía. Así que avanzado el segundo mes de recolección, procedió a crear montones diferenciados de hombres sobre la playa. Los guardiamarinas con los guardiamarinas, los artilleros con los artilleros, los infantes con los infantes y así hasta el último de los oficios de a bordo.

También, con el tiempo, separó las horas del día en función de las tareas que desarrollaba. A diferencia de lo que hizo en las primeras jornadas, en las que recolectaba un cadáver y, de inmediato, lo bautizaba y lo daba al mar, con el transcurso del tiempo se acostumbró a dedicar las mañanas a la recolección y las tardes a las ceremonias. Incluso hubo días en los que, tomado por una inusual excitación, recolectó de golpe diez o doce cadáveres, usando para ello la totalidad de las horas de luz. Como ese día, por lo tanto, no había ceremoniado a nadie, a la mañana siguiente, tras levantarse y desayunar, se ponía a bautizar y despedir.

No se aburría, esa es la meridiana verdad. A medida que la playa iba quedando más o menos limpia de cuerpos, Domingo comenzó a batir las inmediaciones en búsqueda de cadáveres. Por motivos que, una vez más, se le escapaban, había hombres que se habían echado a caminar y no se habían detenido hasta que la muerte los sorprendió. Yacían a mil pasos de la playa, incluso a más. Domingo los localizó a todos, pero tuvo serias dificultades para arrastrarlos de vuelta a la playa. Simplemente, carecía de la fuerza necesaria para acarrear el cuerpo de un hombre adulto desde aquella distancia. Además, en cuanto conseguía moverlo un poco, al cadáver se le abrían los brazos, los cuales actuaban a modo de anclas en las piedras o la nieve que, aquí y allá, todavía cubría el paraje.

Al final, en la leñera encontró un tablón ancho proveniente del *San Telmo* y se las apañó para atar un cabo a uno de sus extremos. Lo cargó hasta donde se hallaba el primero de los cuerpos desperdigados, lo dejó en el suelo y, no

sin gran esfuerzo, puso el cadáver sobre él. ¡Funcionó a la primera! Tras tirar del cabo como si de un mulo se tratara, Domingo consiguió que el tablón se deslizara entre las piedras de cantos redondeados y la nieve. Así, en cuestión de tres o cuatro horas, era capaz de llevar hasta la playa un cuerpo que se encontraba tan lejos de ella que, si no hubiera realizado un reconocimiento atento y minucioso, habría pasado por alto.

A pesar de todo lo anterior y de que se esforzaba tanto como podía, se dieron varias ocasiones en las que, sencillamente, no pudo transportar un cuerpo de ninguna de las maneras que se le ocurrieron. Tras toparse con el primero de los casos, regresó a la playa meditabundo y algo frustrado. Tenía claro que el cadáver debía ser conducido hasta la orilla para, así, ser nombrado y despedido. Pero ¿cómo? Durante una semana, se acostó dándole una y mil vueltas al asunto. Le acuciaba un problema que no sabía cómo resolver y hasta que no dio con la respuesta no respiró tranquilo.

Lo que hizo Domingo Sanz puede sonar truculento y hasta siniestro, pero él lo llevó adelante con una naturalidad totalmente desprovista de inquina. Hacía el trabajo que se había propuesto realizar y este era un modo tan aceptable como cualquier otro. Entre los cientos de enseres olvidados en el campamento, halló varias hachas de abordaje. Eligió la que tenía mejor filo y, con ella al hombro, caminó hacia el cadáver imposible de arrastrar. Lo que siguió a continuación puede deducirse sin dificultad. Lo cierto fue que, como los cuerpos estaban helados total o parcialmente, seccionarlos con un hacha no resultó distinto a cortar leña: no se derramaba sangre, no saltaban astillas de huesos y, por supuesto, nadie ponía la menor queja. Así que, en trozos, se llevó hasta la playa varios cuerpos.

¿Acaso no existen los nombres compuestos? ¿Acaso una persona no puede llamarse de dos, tres, cuatro y hasta más formas distintas? Pues eso mismo pensó Domingo y así bautizó a cada uno de los hombres troceados: tantos nombres como pedazos y todos pensados de un tirón. Se irían al mar con nombres largos, rotundos y hasta, en cierto modo, poéticos en su extravagancia discordante.

Poco a poco, a medida que los meses se sucedían, la playa se despejaba y en las inmediaciones apenas se encontraban ya cadáveres. Durante una larga semana, Domingo caminó tierra adentro hasta perder de vista el campamento y la misma línea de costa. Eso lo asustaba, pues temía no saber cómo hallar el camino de vuelta y, en consecuencia, dejar inconclusa su tarea. Sin embargo, y aunque en tres ocasiones se le echó la noche encima, supo regresar y continuar con su meticuloso trabajo.

Un día decidió que ya no había más cadáveres que recolectar. Que todos habían sido hallados y que todos habían recibido el nombre que merecían. Los hubo bellos y espléndidos, y los hubo feos y austeros. Domingo odiaba la mezquindad, de manera que no se dejaba guiar por el cadáver que en ese instante tenía entre manos para decidir un nombre mejor o peor. Meramente, esperaba a que se le ocurriese uno, lo pensaba y se lo adjudicaba. Allá, en el lugar a donde los hombres y sus nombres iban, las denominaciones son eso y nada más. Los matices han desaparecido, las tonalidades carecen de significado, todo es igual a todo: piezas de un rompecabezas descomunal que, una vez concluido, nos muestra algo que, de otra forma, jamás advertiríamos.

Llegó un día en el que el mar dejó de devolver cuerpos. Porque lo hizo, lo hizo durante los más de tres meses que Domingo estuvo recolectando. Había días, sobre todo al final, en los que se ausentaba de la playa durante casi la jornada entera. Al regresar, con la caída de la tarde, se daba cuenta de que, en la orilla, las olas mecían a dos o tres cadáveres que no había sabido lastrar bien. Entonces, se mordía el labio inferior, los ponía a salvo sacándolos del agua y, aguardaba al día siguiente para volverlos a lastrar, ahora sí de forma absolutamente concienzuda, y entregarlos, esperaba que por última vez, al mar.

El veintiuno de diciembre, Domingo se sentó en la orilla y miró hacia el frente. El imponente y silencioso *San Telmo*, único testigo de sus andanzas, continuaba allí, caído sobre uno de sus lados, pero orgulloso de ser quien había sido.

Las aguas se hallaban en calma y unas olas de apenas un palmo de altura rompían en la orilla. El sol lucía, alto, en un cielo soberbiamente azul y, en el fondo del mar que Domingo abarcaba con su mirada, la tripulación del *San Telmo* dormía un sueño merecido y eterno.

El muchacho se echó hacia atrás. Vestía una camisa y unos pantalones, y sintió cómo las piedras de la playa se clavaban en su espalda. Cerró los ojos, percibió la paz circundante y comprendió que había concluido.

Ya no estaban.

19
16 de enero de 1820
Yo soy el Nombre que recoge vuestro nombre

El *Williams* costeaba el archipiélago a una velocidad que le permitiera cartografiar, siquiera someramente, las costas y reconocer y señalar los puntos donde se asentaban las colonias de focas más numerosas. El barco era un bergantín mercante británico y llevaba varios meses explorando las islas cercanas desde que, tres meses atrás, descubriera estas tierras que se adivinaban inmensas y las reclamara para el rey de Inglaterra. Su capitán, William Smith, se lo estaba tomando con calma: tras desembarcar en una gran isla que denominó del Rey Jorge, había adquirido conciencia de que, primero, se hallaban frente a un territorio jamás pisado por ningún hombre y, segundo, aquel territorio los haría ricos. A él el primero, y también a los que vinieran después.

El plan inicial consistía en explorar el territorio recién descubierto y elegir bien los puntos donde desembarcar a sus foqueros. Ah, las focas… Magníficos animales que se dejaban cazar sin apenas esfuerzo. Al principio, cuando las divisaron por primera ocasión, dispararon sobre ellas desde una distancia prudencial; sin embargo, una vez que tomaron conciencia de que los animales no suponían peligro alguno, se dio la orden de no desperdiciar munición y matarlas a garrotazos. En lo alto de la cabeza, para no estropear sus valiosísimas pieles.

Smith mantenía un recuento detallado de sus ganancias y, en los meses que llevaba costeando, ya había capturado algo más de ocho mil ejemplares. El procedimiento era sencillo: avistaban las colonias desde el mar, elegían las más nutridas y, tras fondear lo más cerca posible, echaban los botes al agua y la tripulación del *Williams* desembarcaba y se ponía, de inmediato, a trabajar. En seis horas, eran capaces de matar y desollar alrededor de trescientos ejemplares.

Aquella jornada, a mediodía, uno de los hombres que se hallaba en puestos de vigilancia sobre la cubierta del bergantín, avisó de que acababa de descubrir un navío de línea. Posiblemente español. Sin duda, español.

Posiblemente peligroso. Muy peligroso.

El *Williams* navegaba artillado, pero con cuatro petarderos de mala muerte. Servían para hacer frente a piratas que quisieran acercarse para robarles la carga, aunque poco más. Ante todo un buque de guerra español, carecían de cualquier posibilidad.

Por suerte, el susto les duró poco, pues el propio vigía que había advertido de la presencia del navío se fijó mejor y comprendió, debido a su inclinación, que se hallaba varado.

Durante algo más de una hora, se aproximaron muy despacio y examinándolo a conciencia con sus catalejos. No parecía haber nadie sobre cubierta. Se hallaba desarbolado casi por completo y daba señales obvias de abandono. Poco a poco, comprendieron que el navío había naufragado en aquellas costas y que, en principio, sus cañones no supondrían un peligro para ellos. De hecho, cuando se hallaron lo suficientemente cerca para advertirlo sin equívocos, observaron que las portas de las troneras se encontraban, en su inmensa mayoría, cerradas.

No les atacarían.

* * *

El verano avanzaba parsimonioso y Domingo Sanz pasaba los días tumbado al sol. La nieve y el hielo no habían desaparecido por completo y, en ocasiones, el viento soplaba frío desde el sur, pero las temperaturas resultaban agradables y Domingo podía fundir agua para beber simplemente exponiéndola a los rayos solares.

A eso del mediodía, el muchacho, que se hallaba sentado en la playa y contemplaba el mar, descubrió un barco en la lejanía. Se acercaba desde el este y parecía aproximarse costeando sin demasiada prisa. El descubrimiento lo alteró e hizo que se pusiera alerta. ¿Se trataba de un buque amigo que acudía al rescate? No lo sabía y no tenía modo de averiguarlo. Decidió permanecer donde se encontraba y no darle mayor importancia. Fuesen quienes fuesen, él no tenía nada que temer, pues, ¿con qué motivo le harían daño? Carecía de cualquier cosa que fuera de valor, no era nadie, no valía para nada. Un muchacho perdido en una tierra lejana. Eso era y nada más.

Se lo pensó una segunda vez, por si acaso, se encaminó hacia su agujero y se ocultó en él.

⁎ ⁎ ⁎

El capitán Smith había denominado a aquella isla como la de Livingston. Se encontraban en su costa norte, en un cabo que se abría largo hacia el mar y en el que, lo intuyó pronto pues él mismo había navegado en varias ocasiones por aquellas aguas, confluían las corrientes que provenían del cabo de Hornos. El navío español no era el primer pecio que descubría, aunque sí el primero de tales dimensiones.

Puso a varios de sus hombres a observar las tierras cercanas al lugar donde había embarrancado el navío. Buscaban supervivientes, soldados, tropa capaz de infligirles algún tipo de daño si se les acercaban. No vieron ni un alma. Sí un mástil clavado en mitad de una playa y con una desgarrada bandera española ondeando en él.

Smith torció el gesto. No le gustaba aquello, no le gustaba nada. La presencia de españoles solo podía suponer un contratiempo. Él estaba allí para ganar dinero, lo estaba haciendo y de qué manera. Toparse con españoles quizás llevara al traste sus planes. Pensó que debía conducirse con cautela. Sin renunciar a nada, pues lo que ante sí se extendía era simplemente irrenunciable, pero con sumo tiento. Esos tíos de ahí podían volar el *Williams* en menos de lo que les daba tiempo a decir que aquí estamos y venimos en son de paz. Los españoles, qué hijos de puta, siempre habían tenido la maldita costumbre de disparar primero y preguntar después. No eran caballeros, no, al modo en el que lo eran los ingleses. Lo cual no evitaba que un tipo como Smith, comerciante antes que militar y, por ello mismo, capaz de evaluar los riesgos y las situaciones mejor que nadie, ordenara que su bergantín, que era suyo en el sentido más literal del término, se aproximara poco a poco hacia la playa donde había varado el gran navío español.

De cuando en cuando, los hombres de Smith acudían a él para darle reporte de sus averiguaciones. Las cuales básicamente se resumían en nada: no había nadie a la vista y no parecía que el pecio o la tripulación del mismo fueran a suponer un peligro inmediato para ellos. Progresivamente, la hipótesis de que el naufragio había sucedido bastante tiempo atrás fue calando tanto en el capitán Smith como en los miembros más avezados de su tripulación. Ellos mismos llevaban meses en aquellas tierras y conocían de primera mano la rigurosidad del clima. De hecho, lo primero que habían hecho tras tomar tierra fue confeccionarse ropajes que los protegieran del frío y del viento. Ahora mismo, aunque se encontraban en pleno verano, todos los hombres a bordo del *Williams* vestían pantalones, chaquetas, gorros, manoplas y botas confeccionados con pieles de foca.

Por fin, el capitán Smith tomó la decisión de echar un bote al agua y desembarcar para explorar sobre el terreno. Si deseaban beneficiarse de las riquezas de aquellas costas, y lo deseaban con todas sus fuerzas, tenían que dar los pasos necesarios que los condujeran a ello. No, no parecía haber españoles en las inmediaciones. No habría, en consecuencia, peligro aparente.

Y si lo había, ellos también tenían armas y sabían usarlas. En el mejor de los casos, ¿con qué se toparían? ¿Con un contingente de supervivientes mal alimentados y poco dispuestos a disputarles su hegemonía? No, avanzarían cautelosos, pero sin miedo.

Más le preocupaba a Smith la certeza de que, a la vista de lo que se extendía ante sus ojos, no habían sido ellos los primeros en pisar estas tierras remotas. Había una bandera española izada en la playa y había, como un hecho indudablemente irrebatible y que no admitía discusión, un navío de setenta y cuatro cañones varado junto a ella.

Cuando el bote alcanzó la orilla, Smith y sus hombres saltaron a tierra y, de inmediato, realizaron una concienzuda inspección de los alrededores. Cada uno de ellos portaba entre las manos un mosquete cargado y, aunque eran marineros y no soldados, sabían cómo usarlos. El capitán Smith permaneció cerca del mástil con la bandera izada y observó las evoluciones de sus hombres sobre la playa. Sin duda, las evidencias de que allí había acampado gente eran más que palmarias. Vio restos de fogatas y descubrió una leñera fabricada, sin duda alguna, con maderos provenientes del navío. Había una lancha varada sobre la línea de la marea e, incluso, encontró un cañón de razonable calibre.

Sin embargo, no había ni rastro de un solo ser humano. Los hombres de Smith, tras el registro de la playa y el territorio más cercano a ella, confirmaron sus sospechas: tiempo atrás, en esta playa hubo un campamento formado por los españoles que habían sobrevivido al naufragio.

Sin embargo, nadie quedaba ya con vida. Absolutamente nadie.

* * *

Domingo Sanz, oculto en su agujero, escuchaba las voces de los hombres. Hablaban un idioma que no era español y no entendía una sola palabra de lo que en él exponían. Lo cual no suponía un problema para intuir qué se estaban diciendo. Los tonos usados por los recién llegados y las inflexiones con las que modulaban sus palabras sirvieron para que Domingo comprendiera que exploraban las inmediaciones y que, si bien caían en la cuenta de que allí había sobrevivido gente, nadie quedaba con vida.

Más tarde, escuchó algunas risas y supo que los recién llegados se relajaban. Sabían que no estaban en peligro, que nadie había allí para presentarles batalla, que la tripulación del navío que se hallaba encallado frente a ellos había desaparecido por completo. Domingo pensó en ellos. En los cientos y cientos de hombres que él mismo había hundido, uno a uno, en el mar. Estaban ahí mismo, a muy poca distancia. De hecho, si los recién llegados entraran en el agua y comenzaran a caminar, muy pronto notarían que sus pies tropezaban con los primeros cuerpos. Cuerpos despojados de sus nombres terrenales y dependientes de un nombre único y superior.

Solo él conocía dicha circunstancia. Solo a él le pertenecía.

De pronto, uno de los recién llegados comenzó a proferir gritos muy cerca de donde Domingo se escondía. Escuchó un sonido inconfundible para alguien que se ha criado en un buque de guerra: el de alguien echándose un mosquete al hombro y apuntando con él. Alguien que acaba de ponerse muy nervioso.

Más voces se acercaron y rodearon el lugar donde se ocultaba Domingo. Comprendió que habían descubierto su escondite. Y que eso les provocaba miedo.

De golpe, alguien retiró los tablones que le servían de protección y apartó las pieles y las piedras que los cubrían. Domingo Sanz, encogido lateralmente en su agujero, quedó por completo al descubierto.

Seis o siete hombres lo apuntaban con mosquetes. Después, un nuevo hombre apareció y les ordenó que se apartaran. Sin duda, este último se había dado cuenta de que solo se trataba de un niño, de que estaba desarmado y de que, en consecuencia, no suponía un peligro para ellos.

Tendiéndole una mano, el hombre le invitó a salir. Domingo mantuvo la cabeza gacha, pero obedeció. Aceptó la mano del hombre y sintió cómo él tiraba hacia sí con energía.

Puesto en pie, Domingo y el hombre se miraron cara a cara. Al muchacho, que continuaba vestido con el mismo pantalón y la misma camisa que llevaba puestos cuando el *San Telmo* embarrancó, le sorprendió la suntuosidad de las vestimentas del hombre. De hecho, pensó que iba demasiado abrigado. Teniendo en cuenta por lo que habían pasado, hoy hacía calor.

El recién llegado se tomó un tiempo antes de pensar el siguiente movimiento. Sus hombres, reunidos junto a él, mostraban una actitud sosegada y expectante.

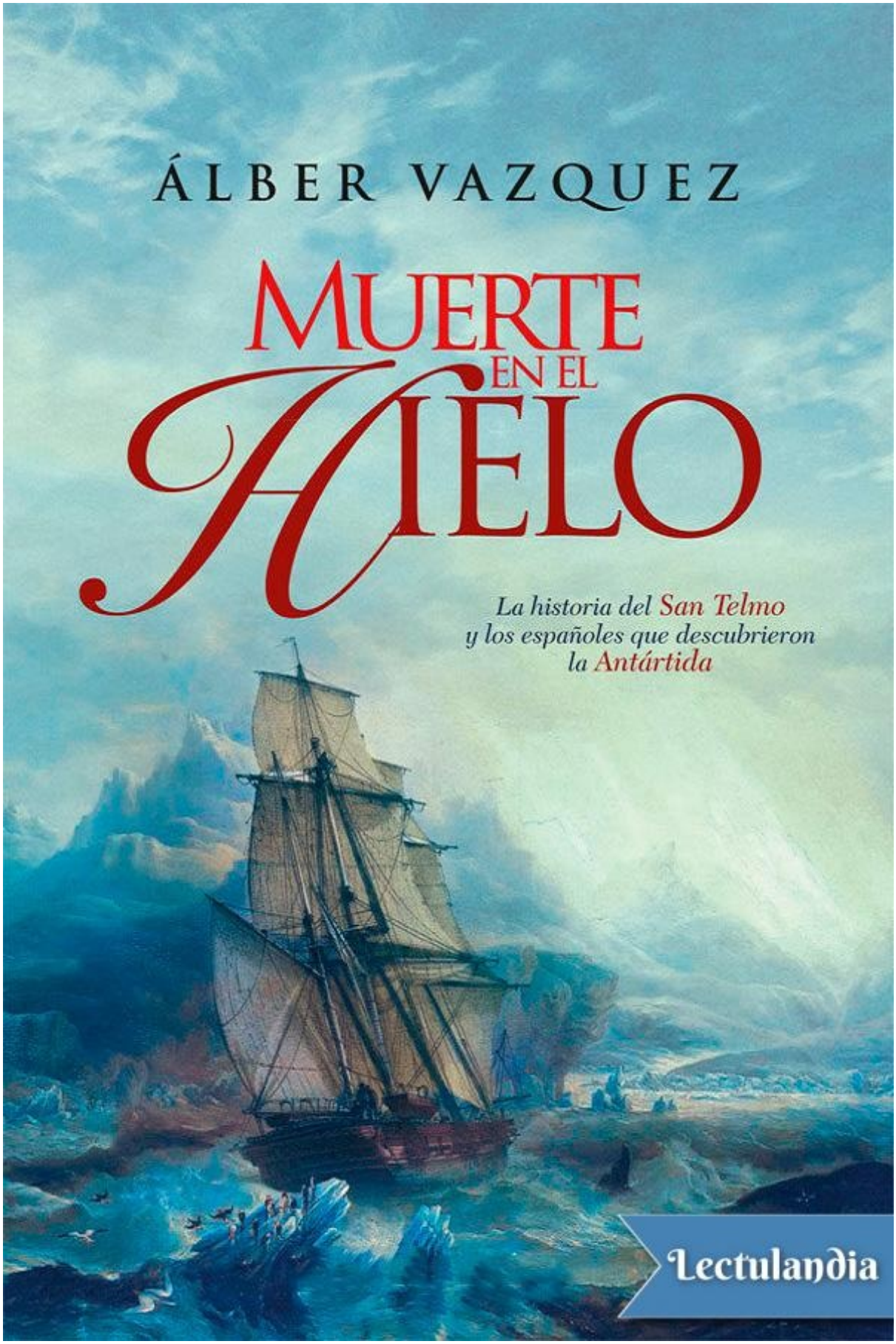
Por fin, el capitán Smith miró a Domingo y le preguntó:

—*What is your name?*

Domingo levantó el rostro hacia el majestuoso sol del verano austral, lo volvió a bajar y fijó la mirada en el capitán inglés. Llevaba más de cuatro meses sin cruzar una sola palabra con ningún ser humano. Más de cuatro meses viviendo en completa soledad. Más de cuatro meses condensándose en algo que, ahora, expresó:

—Yo soy el Nombre.

ALBER VÁZQUEZ (Rentería, Guipúzcoa, España, 22 de marzo de 1969) es un novelista, poeta, bloguero, periodista y editor español. Ha escrito sobre historia, arte, literatura y tecnología para diversos medios impresos y digitales, entre los que destaca la revista El Víbora. Además de por su labor literaria, se encuentra vinculado a la industria editorial gracias a su trabajo como lector profesional.


ÁLBER VAZQUEZ
MUERTE EN EL HIELO
La historia del San Telmo y los españoles que descubrieron la Antártida
Lectulandia